

Prabhupāda

Los expertos alaban a Śrīla Prabhupāda Los expertos alaban a Śrīla Prabhupāda

Esta biografía de Śrīla Prabhupāda es una prueba evidente de que es posible transmitir la verdad y, aun así, ser una persona enérgica y singular, incluso —en cierto sentido, creo que no es incorrecto decir— «original», en algunos aspectos... A una edad que casi todo el mundo considera muy avanzada, cuando la mayoría de la gente se hubiera dormido en los laureles, siguió el mandato de su maestro espiritual y emprendió el difícil y agotador viaje a América. Por supuesto, Śrīla Prabhupāda es solamente uno de los miles de maestros que hay. Pero, por otra parte, es único entre miles... o quizá único entre millones.

*Harvey Cox.
Profesor de Teología.
Universidad de Harvard.*

Pocas veces hemos tenido un relato tan íntimo y detallado sobre un maestro espiritual que funda un nuevo movimiento religioso, y, probablemente, nunca ha existido tal riqueza de datos contemporáneos para apoyarlo. Los que somos historiadores de la Religión, explotaremos esta rica mina durante un largo futuro.

*Dr. Thomas J. Hopkins.
Presidente del Departamento de Estudios Religiosos.
Franklin and Marshall College.
Lancaster, Pensilvania.*

Quizás lo que revela este volumen, más que nada, sean aquellos atributos personales extraordinarios de Śrīla Prabhupāda que despertaron en sus

discípulos tan profunda reverencia y afecto. Además de ser un hombre de profunda fuerza moral, gran humildad y santidad, era genuinamente renunciado. A diferencia de los *gurus* modernos, estaba satisfecho viviendo como vivían sus discípulos... La vida de Śrīla Prabhupāda, tal como se nos revela aquí, es el compendio de su ideal, un ideal que estableció para que fuera seguido por otros. En una época de hipocresía y cinismo, es esta clase de ejemplo poco frecuente lo que necesitamos.

Dr. J. Stillson Judah.
Profesor Honorario, Historia de las Religiones.
Titulado por la Theological Union and Pacific School of Religion.
Berkeley, California.

En la biografía de Bhaktivedanta Swami, una de las lecciones primordiales que se dan al astuto lector es la complejidad y profundidad de la relación *guru*-discípulo. La mayoría de las críticas que formulan padres y grupos contrarios a las «sectas» se centran en la exigencia autoritaria que los líderes de estas «sectas» hacen de una sumisión absoluta por parte de sus seguidores. Se da por supuesto que el líder tiene motivos personales (por ejemplo, poder o beneficio económico) que le llevan a controlar a otras personas, mientras los discípulos, que se encuentran en un estado de enajenación, son manipulados por el capricho del maestro espiritual. En este libro sobre la vida de Bhaktivedanta Swami, vemos la insensatez de semejante análisis. Lo que surge página tras página es la devoción espontánea de muchachos y muchachas hacia un hombre al que admiran por su profunda fe y humildad, no por sus exigencias autocráticas o contundentes. Es una crónica fascinante, cuya lectura les recomiendo.

Dr. Larry D. Shinn
Profesor de Religión, Danforth.
Oberlin College
Oberlin, Ohio.

Los lectores de la biografía de Bhaktivedanta Swami estarán encantados. Aporta una gran cantidad de datos para comprender el desarrollo de un movimiento religioso nuevo para los occidentales. Aporta una documentación más extensa que la de cualquier otro movimiento semejante.

Es de particular importancia el hecho de que este libro hace ver que la

Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna no es meramente una religión «nueva», concentrada en las dos costas de Norteamérica, sino un movimiento profundamente enraizado en la India, que se extiende por todo el mundo. Es un movimiento religioso indio, ya que tiene su origen en la India y sigue viviendo y creciendo en la India moderna.

*Dr. Robert D. Baird
Profesor de Historia de las Religiones
Facultad de Religión.
Universidad de Iowa*

Estas páginas cuentan la historia de un maestro espiritual precursor que comprendió el caos de la civilización actual, y resucitó los valores espirituales, frente a los materiales del consumismo y hedonismo que ahora dominan la sociedad. En este volumen, encontramos a un santo que, indiscriminadamente, inspira en la gente que le rodea un propósito en la vida, y les ofrece, no una mera teoría, sino una manera práctica de vivir.

*Shaligram Shukla
Profesor de Lingüística
Universidad de Georgetown*

Introducción

La fama universal de Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami, conocido más tarde como Śrīla Prabhupāda, iba a manifestarse después de 1965, tras su llegada a América. Antes de salir de la India, había escrito tres libros; en los doce años siguientes iba a escribir más de setenta. Cuando salió de la India había iniciado a un discípulo; en los doce años siguientes, iniciaría a más de cuatro mil. A su salida de la India, apenas hubiese creído nadie que podría realizar su visión de una asociación mundial de devotos de Kṛṣṇa; pero en la década siguiente fundaría y mantendría la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna, y abriría más de cien centros.

Antes de embarcarse para América, no había salido nunca de la India; pero en los doce años siguientes daría varias veces la vuelta al mundo propagando el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.

Aunque pueda parecer que la contribución de su vida se produjo en un estallido tardío de logros espirituales revolucionarios, los primeros sesenta y nueve años fueron una preparación para aquellos logros. Y aunque para los americanos, Prabhupāda y sus enseñanzas fueron una desconocida y repentina aparición («Parecía como el genio que surge de la lámpara de Aladino»), era el resuelto representante de una tradición cultural secular.

Śrīla Prabhupāda nació el 1 de septiembre de 1896, en Calcuta, India, con el nombre de Abhay Charan De. Su padre fue Gour Mohan De, un comerciante de tejidos, y su madre fue Rajani. Sus padres, siguiendo la tradición bengalí, encargaron a un astrólogo el horóscopo del niño, a cuya lectura se llenaron de júbilo. El astrólogo hizo una predicción muy concreta: cuando aquel niño tuviese setenta años, cruzaría el océano, sería un gran defensor de la religión, y abriría 108 templos.

La casa de Abhay, en el número 151 de Harrison Road, estaba en el sector indio del norte de Calcuta. El padre de Abhay, Gour Mohan De, pertenecía a la aristocrática comunidad de comerciantes *suvarṇa-vaṇik*. Estaba relacionado con la opulenta familia Mullik, que había comerciado en oro y sal con los británicos durante cientos de años. Originalmente, los Mullik habían sido miembros de la familia De, *gotra* (linaje) que se remonta hasta el famoso sabio Gautama; pero durante el período Mogul de la India, anterior a la dominación británica, un gobernante musulmán había conferido el título de Mullik (lord) a una próspera e influyente rama de los De. Tras varias generaciones, una hija de los De contrajo matrimonio en la familia Mullik, y desde entonces, las dos familias habían permanecido unidas.

Dos bloques enteros de fincas, uno a cada lado de Harrison Road, pertenecían a Lokanath Mullik, y Gour Mohan y su familia vivían en unas habitaciones de un edificio de dos pisos, dentro de la propiedad de Mullik. Del otro lado de la calle, frente a la residencia de los De, había un templo de Rādhā-Govinda, en el que durante los últimos ciento cincuenta años, los Mullik habían mantenido la adoración de Rādhā y Kṛṣṇa. Varias tiendas dentro de la propiedad de Mullik proporcionaban una renta para la Deidad y para los sacerdotes encargados de la adoración. Todas las mañanas, antes del desayuno, los miembros de la familia Mullik visitaban el templo para

ver a la Deidad de Rādhā-Govinda. Ofrecían arroz cocido, *kacaurīs* y verduras en una gran fuente, y distribuían el *prasādam* entre los vecinos que visitaban a las Deidades por la mañana. Entre los visitantes de cada día estaba Abhay Charan acompañando a su padre, a su madre o a un sirviente. Gour Mohan era un *vaiṣṇava* puro, y educó a su hijo para que fuese consciente de Kṛṣṇa. Puesto que sus propios padres también habían sido *vaiṣṇavas*, Gour Mohan no había probado nunca la carne, el pescado, los huevos, el té ni el café. Era de tez clara y disposición reservada. Por la noche, antes de cerrar su tienda de tejidos, dejaba un cuenco de arroz en el suelo, en medio del local, para que comiesen los ratones y así no royese las telas debido al

hambre. Al volver a casa, leía el *Caitanya-caritāmṛta* y el *Śrīmad-Bhāgavatam* (las escrituras principales de los *vaiṣṇavas* bengalíes), cantaba con sus cuentas de *japa*, y adoraba a la Deidad de Śrī Kṛṣṇa. Era amable y afectuoso, y no castigaba nunca a Abhay. Incluso si se veía obligado a corregirle, primero se disculpaba: «Eres mi hijo y ahora debo corregirte. Es mi deber. Hasta el padre de Caitanya Mahāprabhu Le reñía. De manera que no te preocupes».

Prabhupāda conservó siempre en su memoria el recuerdo de su padre adorando con devoción a Śrī Kṛṣṇa. Recordaba que cuando su padre volvía a casa por la noche, tarde, de la tienda de tejidos, adoraba fielmente a Śrī Kṛṣṇa ante el altar familiar. «Nosotros estábamos durmiendo –recordaba Prabhupāda– y mi padre llevaba a cabo el *ārati*. Oíamos el ding, ding, ding; oíamos la campana, nos despertábamos y le veíamos postrándose ante Kṛṣṇa.»

Gour Mohan tenía objetivos *vaiṣṇavas* para su hijo; quería que Abhay fuese un servidor de Rādhā y Kṛṣṇa, que fuese un predicador del *Bhāgavatam*, y que aprendiese el arte devocional de tocar el tambor llamado *mṛdaṅga*. Recibía con regularidad a *sādhus* en su casa, y siempre les pedía: «Por favor, bendice a mi hijo para que Śrīmatī Rādhārāṇī le conceda Sus bendiciones». Cuando la madre de Abhay dijo que quería que su hijo, de mayor, fuese un abogado británico (lo que significaba que tendría que ir a Londres a estudiar), uno de los tíos del muchacho pensó que era una buena idea. Pero Gour Mohan no quiso ni escucharlo; si Abhay iba a Inglaterra, se vería influenciado por las costumbres y las ropas europeas. «Aprenderá a beber y a ir detrás de las mujeres –objetaba Gour Mohan–. Yo no quiero su dinero.»

Desde el comienzo de la vida de Abhay, Gour Mohan puso en práctica su plan. Contrató a un tambor *mṛdaṅga* profesional, para que enseñase a Abhay los ritmos que se emplean generalmente para acompañar el *kīrtana*. Rajani era escéptica: «¿Para qué sirve enseñar a un niño tan pequeño a tocar la *mṛdaṅga*? Eso es algo sin importancia». Pero Gour Mohan tenía el sueño de un hijo que creciese cantando *bhajanas*, tocando la *mṛdaṅga*, y pronunciando discursos sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

La madre de Abhay, Rajani, tenía treinta años cuando él nació. Como su marido, venía de una familia *vaiṣṇava-gauḍīya* muy antigua. Ella tenía la piel más oscura que su marido, y mientras que él era de disposición serena, la de ella tendía a ser fogosa. Abhay vio a sus padres vivir juntos en paz; ningún conflicto conyugal profundo, ni descontento complicado, amenazaron jamás su hogar.

Rajani era casta y con ideas religiosas, un modelo de ama de casa en el sentido védico tradicional, dedicada al cuidado de su marido y de sus hijos. Abhay observaba los sencillos y conmovedores esfuerzos de su madre para asegurar, con votos y oraciones, que él siguiera viviendo.

Como Gour Mohan, Rajani trataba a Abhay como al hijo predilecto; pero mientras su marido manifestaba su cariño con su benevolencia y sus planes para el éxito espiritual de su hijo, ella manifestaba el suyo con sus tentativas de proteger a Abhay de todo peligro y enfermedad, y de la muerte. Cuando nació Abhay, su madre prometió comer con la mano izquierda hasta el día en que su hijo se diese cuenta de ello, y le preguntase por qué lo hacía. Cuando un día el pequeño Abhay se lo preguntó, ella interrumpió inmediatamente aquel hábito. No había sido más que otra prescripción para que él sobreviviese, ya que creía que, por la fuerza de su voto, el niño crecería, por lo menos, hasta preguntarle la razón de lo que hacía. Con frecuencia, su madre le llevaba al Ganges y le bañaba ella misma. Una vez que tuvo una disentería, ella le curó con *purīs* calientes y berenjenas fritas con sal. A veces, cuando se ponía enfermo, Abhay mostraba su obstinación negándose a tomar medicina alguna. Pero su madre era tan resuelta como él obstinado, y le ponía la medicina en la boca a la fuerza. Cuando Abhay mostró su falta de deseo de ir al colegio, su padre fue indulgente, pero Rajani insistió y hasta contrató a un hombre para que le llevase allí.

Por todo el norte de la India, la gran mayoría de la gente acepta a Śrī Kṛṣṇa como la forma Suprema de Dios. Esta versión de Kṛṣṇa concuerda con las Escrituras védicas, en especial con la *Bhagavad-gītā* que es la obra *védica* de

lectura más extendida. Por tanto, de un modo natural, Abhay absorbió la conciencia de Kṛṣṇa desde que nació. Además, su padre era especialmente religioso, y en los últimos años Prabhupāda se refería a ṛi como Śun devoto puro de Kṛṣṇa. Gour Mohan solía llevar a su hijo, incluso antes de que el niño pudiese andar, a un templo cercano de Rādhā-Kṛṣṇa, conocido como Rādhā-Govinda Mandir. Más tarde, Prabhupāda recordaba «estar de pie a la puerta del templo de Rādhā-Govinda, orando juntos a la *mūrti* de Rādhā-Govinda durante horas. La Deidad era muy hermosa, con Sus ojos rasgados».

Abhay también estaba fascinado por el festival Ratha-yātrā de Śrī Jagannātha, celebrado anualmente en Calcuta. El mayor Ratha-yātrā de Calcuta se celebraba en Rādhā-Govinda Mandir, con tres carros que llevaban separadamente las deidades de Jagannātha (Kṛṣṇa), Balarāma, y Subhadrā. Desde el templo de Rādhā-Govinda, los carros seguían por la Harrison Road una corta distancia y después volvían. Aquel día, los administradores del templo distribuían grandes cantidades de *prasādam* de Śrī Jagannātha entre el público.

El Ratha-yātrā se celebraba en ciudades de toda la India, pero el Ratha-yātrā original, al que acudían millones de peregrinos cada año, tenía lugar a quinientos kilómetros al sur de Calcuta, en Jagannātha Purī. Durante siglos, en Purī, tres carros de quince metros de alto han sido remolcados por las multitudes, desfilando a lo largo de un camino de tres kilómetros, en conmemoración de uno de los pasatiempos eternos de Śrī Kṛṣṇa. Abhay escuchaba cómo Śrī Caitanya personalmente, cuatrocientos años antes, había bailado y dirigido cánticos extáticos de Hare Kṛṣṇa en el festival de Ratha-yātrā de Purī. Abhay miraba a veces el horario de trenes o preguntaba el precio del viaje a Purī, pensando en cómo reunir el dinero para ir allí.

Abhay quería tener su propio carro y celebrar su propio Ratha-yātrā, y, como es natural, acudió a su padre en busca de ayuda. Gour Mohan le compró una reproducción de segunda mano de un *ratha* (carro) de un metro de altura, y padre e hijo construyeron juntos unas columnas y pusieron sobre ellas un dosel que se pareciese lo más posible a los que llevaban los grandes carros de Purī. Abhay llamó a sus compañeros de juegos para que le ayudasen, en especial a su hermana Bhavatarini, siendo él quien de un modo natural los dirigía. En respuesta a sus ruegos, las madres del vecindario accedieron divertidas a preparar platos especiales

para que distribuyese *prasādam* en el festival de Ratha-yātrā.

Lo mismo que el festival de Purī, el Ratha-yātrā de Abhay duró ocho días consecutivos. Los miembros de su familia se reunieron, y los niños del vecindario tiraron del carro en procesión, cantando y tocando tambores y *karatālas*.

Cuando Abhay tenía unos seis años, pidió a su padre una Deidad, para tener su propia adoración. Desde su primera infancia había visto a su padre celebrar la *pūjā* en casa, y había observado con regularidad la adoración de Rādhā-Govinda pensando: «¿Cuándo podré yo adorar a Kṛṣṇa así?». Gour Mohan compró unas Deidades pequeñas de Rādhā-Kṛṣṇa y se las dio a su hijo. Desde entonces, todo lo que comía el pequeño Abhay se lo ofrecía primero a Rā dhā-Govinda, e imitando a su padre y al sacerdote de Rādhā Govinda, ofrecía a sus Deidades una lámpara de *ghī* y las retiraba a descansar por la noche.

Cuando, a finales de los años sesenta, Śrīla Prabhupāda comenzó a introducir los grandes festivales de Ratha-yātrā en algunas ciudades de los Estados Unidos, y cuando comenzó a instalar Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa en sus templos de ISKCON (Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna, decía que había aprendido todas aquellas cosas de su padre. Lo único importante de la conciencia de Kṛṣṇa que no había aprendido de su padre, decía, era la importancia de imprimir y distribuir literatura trascendental. Esto lo aprendió exclusivamente de su maestro espiritual Bhaktisiddhānta Sarasvatī, con quien habría de encontrarse más tarde, en su juventud.

Durante los años de facultad de Abhay, su padre dispuso para él su matrimonio, escogiendo a Radharani Datta, hija de una familia de comerciantes con los que estaba asociado. Varios años vivió Abhay con su familia y ella con la suya, de manera que sus responsabilidades conyugales de mantener una familia no eran urgentes. Primero debía terminar sus estudios en la facultad.

Pero durante su cuarto año de estudios, Abhay comenzó a sentirse reacio a obtener su título. Se había vuelto simpatizante de la causa nacionalista, que preconizaba escuelas nacionales y gobierno propio.

En el curso anterior al de Abhay, había un nacionalista muy enérgico, Subhas Chandra Bose, que más tarde fue el líder del Ejército Indio Nacional, que se organizó para derrocar el dominio británico en la India. Cuando Subhas Chandra Bose pidió a los estudiantes que apoyasen al movimiento

para la independencia de la India, Abhay prestó atención. Le gustaba la fe que Bose tenía en la espiritualidad, su entusiasmo y su determinación. Abhay no se interesaba por la actividad política, pero sentía la llamada del ideal del movimiento por la independencia. La llamada a *svarāj*, independencia, aunque velada, atraía prácticamente a todos los estudiantes, y Abhay entre ellos.

Abhay se interesaba en especial por Mohandas K. Gandhi. Gandhi llevaba siempre consigo la *Bhagavad-gītā* y decía que la *Gītā* le guiaba más que ningún otro libro. Era de costumbres puras, absteniéndose de intoxicantes, de comer carne y de tener vida sexual ilícita. Vivía con sencillez, como un *sādhu*, y sin embargo parecía tener más integridad que los *sādhus* mendicantes que Abhay había visto tantas veces. Abhay leía los discursos de Gandhi y seguía sus actividades.

Y pensó que quizá Gandhi pudiese llevar la espiritualidad al campo de la acción.

Gandhi exhortó a los estudiantes indios para que abandonasen sus estudios. Las escuelas del mandato extranjero, decía, inculcaban una mentalidad de esclavo; hacían que la persona no fuera más que un títere en manos de los británicos. Sin embargo, un título universitario era una base para toda la vida. Abhay pesó los pros y los contras cuidadosamente, y en 1920, después de terminar su cuarto año de facultad y aprobar sus exámenes, no quiso aceptar su diploma. De esta manera, expresó su protesta y dio su respuesta a la llamada de Gandhi.

Después de la matanza de Jallianwalla Bagh, en la que los soldados británicos hicieron fuego sobre una multitud de indios desarmados que se habían reunido pacíficamente, matando a cientos de ellos, Gandhi convocó a una total falta de cooperación con los británicos y a boicotear todo lo que fuese británico. Al rechazar su título, Abhay iba aproximándose cada vez más al movimiento de independencia de Gandhi. Aunque el padre de Abhay estaba inquieto, no se ofendió por la acción de su hijo. Le preocupaba más el futuro de Abhay que el destino de la política india. Por tanto, dispuso un buen empleo para Abhay mediante un amigo influyente de la familia, el Dr. Kartick Chandra Bose. El Dr. Bose era un cirujano, químico e industrial muy conocido, que tenía su propio establecimiento en Calcuta, los Laboratorios Bose, y admitió de buena gana a Abhay como director de un departamento en su empresa.

A lo largo de su vida, Śrīla Prabhupāda recordaba con emoción,

frecuentemente, su primer encuentro, en 1922, con su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. Al principio, Abhay no quería verle, ya que nunca le habían impresionado los así llamados *sādhus* que solían visitar la casa de su padre. Pero uno de sus amigos había insistido, y le acompañó a la sede de la Gauḍīya Maṭh, donde les llevaron a una azotea ante la presencia de Bhaktisiddhānta Sarasvatī.

Tan pronto como Abhay y su amigo se postraron respetuosamente ante aquella persona santa y se dispusieron a sentarse, él les dijo: «Vosotros sois jóvenes educados. ¿Por qué no predicáis el mensaje de Śrī Caitanya por todo el mundo?».

Abhay estaba muy sorprendido de que el *sādhu* les hubiese pedido tan pronto que se hiciesen predicadores en su nombre. Estaba impresionado por Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y quiso ponerle a prueba con preguntas inteligentes.

Abhay estaba vestido con una tela de *khāḍi* blanca, lo que en aquel tiempo, en la India, significaba que se apoyaba la causa de Gandhi por la emancipación política. Por tanto, en el espíritu del nacionalismo indio, Abhay le preguntó: «¿Quién va a escuchar el mensaje de su Caitanya? Somos un país dependiente. Primero, la India debe ser independiente. ¿Cómo vamos a extender la cultura india si estamos bajo el dominio británico?».

Śrīla Bhaktisiddhānta replicó que la conciencia de Kṛṣṇa no tenía que esperar a que cambiase la política india, ni dependía de quién gobernaba. La conciencia de Kṛṣṇa era tan importante que no podía esperar.

Abhay estaba sorprendido por su audacia. La India entera estaba agitada, y parecía apoyar lo que Abhay había dicho. Muchos líderes famosos de Bengala, muchos santos, hasta el mismo Gandhi (hombres educados y mentalizados espiritualmente), podían muy bien haber hecho la misma pregunta, desafiando lo relevante de las palabras de aquel *sādhu*.

Pero Śrīla Bhaktisiddhānta arguyó que todos los gobiernos eran temporales; que la realidad eterna era la conciencia de Kṛṣṇa, y el verdadero yo, el alma espiritual. Ningún sistema político hecho por el hombre podía ayudar a la humanidad. Éste era el veredicto de las Escrituras vṛdicas y de la línea de maestros espirituales. El verdadero esfuerzo por el bienestar público, dijo, debe ir más allá de la preocupación por lo temporal, y debe preparar a la persona para la vida siguiente y su relación eterna con el Supremo.

Abhay había llegado ya a la conclusión de que este *sādhu* no era

ciertamente otro más entre los *sādhus* dudosos, y escuchó con gran atención los razonamientos de Śrīla Bhaktisiddhānta, viendo que poco a poco le estaba convenciendo. Bhaktisiddhānta Sarasvatī citó unos versos sánscritos de la *Bhagavad-gītā*, en los que Śrī Kṛṣṇa declara que la persona debe abandonar todos los demás deberes religiosos y rendirse a Él, la Suprema Personalidad de Dios. Abhay no había olvidado nunca a Śrī Kṛṣṇa ni Sus enseñanzas en la *Bhagavad-gītā*, y su familia había adorado siempre a Śrī Caitanya Mahāprabhu, a cuya misión se adhería Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pero estaba asombrado de escuchar aquellas enseñanzas expuestas con tanta maestría.

Abhay se sintió derrotado por aquellos argumentos. Pero ello le gustaba. Cuando la discusión se terminó, al cabo de dos horas, él y su amigo bajaron las escaleras y salieron a la calle. La explicación de Śrīla Bhaktisiddhānta sobre el movimiento por la independencia, tratándolo como una causa incompleta y temporal, había hecho una profunda impresión en Abhay. Se sintió menos nacionalista y más seguidor de Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pensó también que hubiese sido mejor no haber estado casado. Esta gran personalidad le pedía que predicase; podía haberse unido a él inmediatamente. Pero dejar a su familia, sintió que era una injusticia.

–¡Es maravilloso! –dijo Abhay a su amigo–. El mensaje de Śrī Caitanya está en manos de una persona muy experta.

Śrīla Prabhupāda recordaría más adelante que, en realidad, aquella misma noche había aceptado a Bhaktisiddhānta Sarasvatī como a su maestro espiritual. «No de manera oficial –decía Prabhupāda–, sino en mi corazón. Pensaba que había encontrado una persona santa muy buena.»

Tras su primer encuentro con Bhaktisiddhānta Sarasvatī, Abhay comenzó a tratar más a los devotos de la Gauḍīya Maṭh. Éstos le dieron libros y le contaron la historia de su maestro espiritual. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī era hijo de Bhaktivinoda Ṭhākura, otro gran maestro *vaiṣṇava* que pertenecía a la línea discipular de Śrī Caitanya. Antes de Bhaktivinoda, las enseñanzas de Śrī Caitanya habían sido oscurecidas por maestros y sectas que pretendían falsamente ser seguidores de Śrī Caitanya, pero que se desviaban de diversas maneras, drásticamente, de Sus puras enseñanzas; la buena reputación del vaiṣṇavismo se había visto comprometida. Bhaktivinoda Ṭhākura, sin embargo, con sus prolíficos escritos y por su posición social como alto cargo del gobierno, había restablecido la respetabilidad del vaiṣṇavismo. Predicaba que las enseñanzas de Śrī

Caitanya, eran la forma más elevada de teísmo y que iban dirigidas no a una secta, religión o nación determinadas, sino a toda la gente del mundo. Profetizó que las enseñanzas de Śrī Caitanya se extenderían por todo el mundo, y él suspiraba por ello.

Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī estaba enseñando la conclusión que se saca de las enseñanzas de Śrī Caitanya: que Śrī Kṛṣṇa es la Suprema Personalidad de Dios, y que el canto de Su santo nombre tiene que hacerse resaltar por encima de todas las demás prácticas religiosas. En tiempos remotos se disponía de otros mṛtados para alcanzar a Dios, pero en la presente Era de Kali, solamente resultaba efectivo el canto de Hare Kṛṣṇa. Apoyándose en la autoridad de Escrituras como el *Bṛhan-nārādīya Purāṇa* y los *Upaniḍads*,

Bhaktivinoda Ṭhākura y Bhaktisiddhānta Sarasvatī habían subrayado específicamente la importancia del *mahā-mantra*: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/ Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Abhay conocía estas citas de las Escrituras, conocía el canto, y conocía las conclusiones de la *Gītā*. Pero ahora, a medida que leía ávidamente los escritos de los grandes *ācāryas*, se sentía renovado en su comprensión del alcance de la misión de Śrī Caitanya. Ahora estaba descubriendo la profundidad de su herencia *vaiṣṇava* y su eficacia para crear el mayor bienestar para la gente, en una época destinada a estar llena de conflictos.

Por necesidades de sus negocios, Abhay, con su mujer y familia, fueron a Allahabad, y fue allí, en 1932, donde recibió iniciación de Bhaktisiddhānta Sarasvatī y se convirtió en su discípulo. La historia de los treinta años siguientes de su vida en la India es la historia de un solo y creciente deseo de predicar la conciencia de Kṛṣṇa por todo el mundo, como su maestro espiritual le había ordenado.

Sin embargo, las responsabilidades familiares de Abhay y su predicación parecían estar en conflicto. Su mujer era religiosa en el hogar, pero no aprobaba la idea de trabajar para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Incluso cuando Abhay intentó celebrar reuniones en su casa y dar charlas basadas en la *Bhagavad-gītā*, ella prefería quedarse arriba tomando té. Sin embargo, a pesar de su obstinación, Abhay seguía con paciencia y trataba de que se le uniese.

Como representante de productos farmacéuticos, Abhay viajaba mucho por ferrocarril, sobre todo por el norte de la India. Pensaba que si llegase a ser rico, podría emplear su dinero en propagar la misión de Bhaktisiddhānta

Sarasvatī, y este pensamiento le alentaba en sus negocios.

Abhay no podía viajar con su maestro espiritual ni verle con frecuencia, pero, cuando era posible, trataba de que sus viajes de negocios a Calcuta coincidiesen con el momento en que su maestro espiritual se encontraba allí. De manera que, en los cuatro años siguientes, consiguió ver a su maestro espiritual unas doce veces. Aunque Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī era tan fuerte al debatir otras filosofías que hasta sus propios discípulos tenían cuidado de acercársele cuando estaba solo, y aunque el contacto que tenía Abhay con él era muy limitado, Śrīla Bhaktisiddhānta le trató siempre afablemente. Prabhupāda recordaría más tarde: «A veces mis hermanos espirituales me criticaban porque hablaba con él con cierta libertad, y citaban ese proverbio inglés: "Los tontos irrumpen donde los ángeles ni pisan". Pero yo pensaba: "¿Tonto? Quizás. Pero ésta es mi manera de ser". Mi Guru Mahārāja era siempre muy, muy afectuoso conmigo».

En 1935, con ocasión del sesenta y dos aniversario de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, Abhay presentó un poema y un ensayo ante una reunión de sus hermanos espirituales en Bombay. Los escritos tuvieron buena acogida y, por consiguiente, se publicaron en la revista de la Gauḍīya Maṭ, *The Harmonist*. De modo amistoso, uno de sus hermanos espirituales le apodó *kavi*, «poeta instruido». Sin embargo, para Abhay, la gloria de su primer escrito publicado vino cuando el poema llegó a manos de Bhaktisiddhānta Sarasvatī, que se sintió muy complacido. Una estrofa especialmente le hizo tan feliz que se creyó obligado a mostrársela a todos sus invitados:

El Absoluto es consciente

Tú lo has probado

La calamidad impersonal

Tú la has quitado.

De algún modo, en este sencillo pareado, Abhay había encerrado la esencia de la predicación de su maestro espiritual contra las filosofías impersonalistas, y Śrīla Bhaktisiddhānta lo interpretó como una indicación de lo bien que conocía Abhay la mente de su *gurudeva*. Śrīla Bhaktisiddhānta se sintió también muy satisfecho por el ensayo de Abhay, y se lo mostró a algunos de sus devotos más íntimos. «Todo lo que escriba –ordenó al editor de *The Harmonist*–, publícalo.»

Uno de los encuentros más importantes que tuvo Abhay con su maestro espiritual tuvo lugar en Vṛndāvana, en 1935. Abhay ya no era un recién

llegado, sino un auténtico discípulo que hacía cuanto podía, en el contexto de un jefe de familia. Un día en el que Śrīla Bhaktisiddhānta paseaba a orillas del lago sagrado de Rādhā-kuṇḍa con Abhay y algunos discípulos más, el maestro comenzó a hablar confidencialmente con Abhay. Algunos de sus discípulos más destacados habían estado disputando, dijo, y esto le causaba una gran pena. Los discípulos habían estado riñendo sobre quién podría servirse de las diferentes habitaciones y comodidades de la sede de la Gauḍīya Maṭh, en Calcuta. Si entonces reñían, ¿qué harían cuando ya no estuviera su maestro espiritual? Abhay no tomaba parte en la cuestión y ni siquiera conocía los detalles del caso. Pero al oír de su maestro espiritual, también se sintió afligido.

Muy preocupado, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le dijo a Abhay: «Habría fuego». Algún día habría fuego en la Gauḍīya Maṭh de Calcuta, y aquel fuego de intereses particulares se extendería y lo destruiría todo. Abhay lo escuchaba, pero no sabía como reaccionar. «Sería mejor –dijo Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī– quitar el mármol de las paredes para obtener dinero. Si pudiera hacer esto e imprimir libros, sería mejor.»

Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī dijo entonces a Abhay directamente: «Yo quería imprimir algunos libros. Si alguna vez tienes dinero, imprime libros». Al lado del Rādhā-kuṇḍa y mirando a su maestro espiritual, Abhay sintió que estas palabras penetraban en su vida profundamente: «Si alguna vez tienes dinero, imprime libros».

Śrīla Bhaktisiddhānta dejó este mundo mortal en diciembre de 1936. Un mes antes de su partida, Abhay le escribía una carta. Pensaba que como *gṛhastha* no podía servir plenamente a su maestro espiritual, y quería saber qué más podría hacer. Así pues, le preguntaba: «¿Hay algún servicio especial que yo pudiera cumplir?».

Dos semanas más tarde, Abhay recibió la respuesta:

Estoy seguro de que puedes explicar en inglés nuestros pensamientos y razonamientos a la gente que no conoce los idiomas (bengalí e hindú)... Esto sería muy provechoso tanto para ti como para tu audiencia. Tengo plena esperanza en que puedas convertirte en un excelente predicador de habla inglesa.

Abhay reconoció al momento que se trataba de la misma instrucción que había recibido en su primer encuentro con Śrīla Bhaktisiddhānta, en 1922. Lo interpretó como una confirmación. Ya no tenía duda alguna sobre cuál

era el propósito de su vida.

«El fuego en la *maṭha*» que había predicho Śrīla Bhaktisiddhānta se declaró casi inmediatamente. Algunos discípulos veteranos tuvieron una disputa sobre la sucesión del liderazgo en las *maṭhas*, y la situación se degradó rápidamente en disputas legales sobre la propiedad de los templos. Como *gr̥hastha* y hombre de negocios, Abhay había tenido escasa participación en las actividades de la Gauḍīya

Maṭh, lo que iba a su favor en aquel momento. Estaba a cierta distancia del combate, pero lamentaba que la orden dada por su maestro espiritual a los discípulos para que trabajasen en cooperación no se tuviese en cuenta, y su unida institución de templos e imprentas se derrumbase.

Pronto estalló otra disputa mucho más grande: la Segunda Guerra Mundial. Con su táctica conocida como el «principio de la negativa», los británicos hundieron muchos barcos indios que llevaban alimentos, y destruyeron buena parte de la cosecha de arroz de la parte oriental de la India, ante el temor de que el alimento cayese en manos del enemigo. Esto dejó hambrientos a los indios, y sin los barcos que necesitaban para comerciar. El hambre que originaron estos hechos fue la peor de las que habían azotado Bengala en ciento cincuenta años.

Abhay consiguió comprar justo lo suficiente para que su familia sobreviviese, pero veía, un mes tras otro, cómo los caminos y los espacios sin edificar se iban congestionando de mendigos, que preparaban su alimento en cocinas improvisadas, y dormían al aire libre o bajo los árboles. Veía niños hambrientos, rebuscando en los cubos de la basura algo que comer. De aquello no había más que un paso hasta pelear con los perros por una porción de basura, y esto también se volvió una escena corriente en las calles de Calcuta.

Abhay comprendía los sufrimientos del hambre a la luz de las enseñanzas de Śrīla Bhaktisiddhānta. Dios ha dispuesto que la Tierra pueda producir suficientes alimentos; el problema reside en la codicia y la mala administración de los hombres. «No hay escasez en el mundo –decía Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī–. Lo único que escasea es la conciencia de Kṛṣṇa.» Más que nunca, parecía entonces apropiada esta visión espiritual, y Abhay estaba cada vez más impaciente por encontrar una manera de aplicar lo que sabía que era el remedio a todos los males. Convencido de que tenía un mensaje urgente para los ciudadanos del mundo, hartos de guerra, pensó en comenzar una publicación que presentase las crisis

mundiales vistas con los ojos de las Escrituras, con el mismo estilo directo de su maestro espiritual. No había escasez de ideas, y había estado ahorrando del dinero de su negocio con esta intención.

Desde la sala de estar de su piso de Calcuta, Abhay concibió, escribió, corrigió, diseñó y mecanografió el manuscrito de una revista.

Le dio el título de *Back to Godhead* (De vuelta al Supremo): «Editada y fundada por Abhay Charan De, bajo la orden directa de Su Divina Gracia Sri Srimad Bhakti Siddhanta Saraswati Goswami Prabhupada.»

Sin embargo, tuvo que suplicar repetidamente a los funcionarios del gobierno el permiso de disponer de papel para publicar su periódico. Aunque no era más que una voz entre billones, sin apoyo, ni dinero, ni seguidores, confiaba en su *guru* y en Śrī Kṛṣṇa. Tenía la convicción de su importante mensaje; por eso, incluso durante la guerra, entre explosiones y muertes, lanzó su primera publicación, «porque hay una gran necesidad de este tipo de escritos».

Durante la *ḍr*cada de los cuarenta, la India fue el escenario de grandes acontecimientos nacionales de relevancia mundial. En 1947, la India lograba su tan largo tiempo ansiada independencia de Gran Bretaña. Pero la felicidad nacional se vio pronto seguida por el horror, cuando cientos de miles murieron en las luchas que siguieron a la división de la nación entre la India y Pakistán. Como Prabhupāda recordaría más tarde: «Hemos visto en 1947 la lucha hindú-musulmana. Un bando era hindú, el otro musulmán. Lucharon, y muchos murieron. Y después de morir no se sabía quiñ era hindú ni quiñ era musulmán: los trabajadores del ayuntamiento recogían los cuerpos a montones y los tiraban en cualquier sitio».

Abhay no creía en las promesas de paz, ni pensaba que la independencia de la India fuese la solución. A menos que los líderes fueran conscientes de Dios, ¿qué cambio podía haber? En *Back to Godhead*, en su artículo «Conversaciones entre Gandhi y Jinnah», escribió: «La lucha seguirá entre hindúes y musulmanes, entre cristianos y cristianos, entre budistas y budistas, hasta el día de la aniquilación». Su punto de vista: mientras la gente eștr poseída por intereses egoístas y por deseos de complacencia de los sentidos, seguirán luchando. La unidad verdadera era posible solamente en el nivel de la comprensión espiritual y del servicio al Señor Supremo.

Incluso cuando Abhay no podía reunir siquiera el dinero necesario para publicar regularmente su revista *Back to Godhead*, él seguía escribiendo. Su proyecto más ambicioso era un comentario sobre la *Bhagavad-gītā*, pero

también predicaba el mensaje de Śrī Caitanya mediante cartas. Escribió a muchos líderes del gobierno, a conocidos importantes, y a aquellas personas cuyos artículos había leído o cuyas actividades le habían llamado la atención en los periódicos. Presentándose a sí mismo como un servidor humilde, exponía sus ideas sobre cómo aplicar la cultura original de la India, la

cultura consciente de Kṛṣṇa, como la solución eficaz ante toda clase de dilemas. A veces logró respuestas de los funcionarios y secretarios del gobierno, pero, en gran parte, sus cartas se ignoraron.

Que Abhay pensase en ocupar a Mohandas Gandhi en servicio devocional era inevitable. A causa de su vida de actividades valientes, ascéticas y morales en nombre de sus compatriotas, Gandhi tenía un gran poder para influenciar a las masas indias. Además Abhay tenía un sentimiento especial hacia él, por haber sido uno de sus seguidores cuando joven. El 7 de diciembre de 1947, Abhay escribió una larga carta a Nueva Delhi, a Gandhi. Sabía que Gandhi estaba reñido con muchos de sus antiguos seguidores, que habían tomado el liderazgo de la nación y no seguían sus doctrinas de unidad hindú-musulmana y reforma agraria. Hindúes y musulmanes le criticaban por igual. A los setenta y ocho años estaba físicamente débil y melancólico.

Abhay sabía que su carta probablemente no llegaría nunca a manos de Gandhi, pero, sin embargo, la envió. Denominándose a sí mismo como «amigo desconocido» de Gandhi, escribía: «Como amigo sincero, le digo que debe retirarse inmediatamente de las actividades políticas, si no quiere morir de un modo poco glorioso». Aun reconociendo con afecto el honor y el prestigio de Gandhi, le decía que todo aquello no quedaría más que en ilusión, a menos que se retirase de la política y se dedicase a comprender y predicar la *Bhagavad-gītā*. Especialmente cuando Gandhi estaba al final de su vida, Abhay le advertía que debía dejar el campo de la política y dirigirse hacia la Verdad Absoluta. Por lo menos durante un mes, le pedía Abhay, Gandhi debía retirarse y ocuparse en conversar con él sobre la *Bhagavad-gītā*.

Abhay no tuvo nunca respuesta a su carta, y un mes más tarde, el 30 de enero, Gandhi encontró la muerte. La carta de Abhay del mes anterior parecía, de pronto, una profecía.

Mientras Abhay se entregaba más y más a escribir y a predicar, sus negocios y asuntos de familia decrecían. Sentía que un verso de Śrī Kṛṣṇa

en el *Śrīmad-Bhāgavatam* se refería específicamente a él: «Cuando me siento especialmente misericordioso hacia alguien, le retiro poco a poco todas sus posesiones materiales. Amigos y parientes rechazan al aquejado de pobreza y desdichado como nadie»; dejándole solamente a Kṛṣṇa. Cuando los negocios de Abhay

Allahabad llegaron a presentar muchas deudas, intentó abrir una fábrica en Lucknow. Al principio parecía rentable, pero finalmente también perdió dinero con ello, y tuvo que cerrar.

Mientras seguía manteniendo a su mujer e hijos en un piso de Calcuta, Abhay vivía principalmente lejos de casa. Volvió a Allahabad, pero ponía cada vez menos energía en vender productos farmacéuticos. Le interesaba más la predicación.

Cuando un hospital cliente suyo de la ciudad de Jhansi invitó a Abhay para que diese una conferencia en el Gita-Mandir, aceptó encantado. Su conferencia fue bien acogida por la audiencia de Jhansi, constituida principalmente por jóvenes estudiantes y profesionales de la medicina. Sin embargo, su aparición fue más social que cultural. Estaban acostumbrados a escuchar a muchos conferenciantes, a los que invitaban a participar en sus programas, y nunca pensaron que Abhay tratase de establecer un centro permanente en Jhansi. Pero Abhay era un precursor, y era ambicioso. Dejó sus asuntos de Allahabad en manos de su hijo, y trató de crear un movimiento espiritual en Jhansi.

Abhay tenía 56 años, y pensó que debía comenzar muy seriamente a manifestar las ordenes de su maestro espiritual. Como había dicho a una persona de Jhansi: «Sr. Mitra, el mundo entero está esperando la revolución espiritual». Puesto que la institución de su maestro espiritual, la Gauḍīya Maṭh, había perdido toda efectividad debido a las luchas y conflictos permanentes, intentaba comenzar un movimiento de devotos con actividad en todo el mundo. Aunque sólo tenía uno o dos ayudantes activos, consiguió poder servirse de un templo abandonado, y comenzó a trabajar hacia lo que preveía que sería algo así como unas Naciones Unidas espirituales. Escribió unos estatutos y registró legalmente su movimiento como la «Liga de Devotos».

Pero cuando estaba absorto en estas cosas, recibió un telegrama diciéndole que habían robado en su establecimiento de Allahabad. Sus criados habían robado el dinero, las medicinas y todo lo que tenía algún valor. Al leer la noticia se quedó silencioso, pero después se echó a reír y recitó el verso del

Bhāgavatam: La misericordia de Kṛṣṇa consiste en destruir el éxito material de un devoto sincero. Cuando uno de los amigos que tenía en Jhansi le aconsejó que volviese a Allahabad, él contestó: «No, esto es estupendo. Al principio lo he sentido, pero me doy cuenta de que se ha terminado un gran apego, y ahora mi vida está totalmente rendida y dedicada a Śrī Śrī Rādhā-Kṛṣṇa».

Durante una visita a su familia, en Calcuta, Abhay rompió finalmente con sus responsabilidades familiares. Aún tenía allí un pequeño negocio, y había ido tratando de reunir fondos para su trabajo misionero en Jhansi. Pero inevitablemente se sumergió de nuevo en sus responsabilidades familiares: algunos de sus hijos estaban aún solteros, había que pagar alquiler y facturas. Incluso si quisiera conservar su farmacia de Calcuta, la familia le pediría todo lo que ganase, e incluso si accediese a las peticiones de su familia y viviese en su casa, quedaba siempre la mayor dificultad: no tomaban en serio el servicio devocional.

«¿De qué sirve –pensaba– si no van a ser devotos?» Su mujer y los miembros de su familia no se interesaban por su predicación en Jhansi; al contrario, querían que consagrarse más tiempo al negocio y a los asuntos familiares. Su suegro se quejaba: «¿Por qué estás siempre hablando de Dios?». Pero cuando le visitaban los amigos, Abhay seguía predicando y hablando de la *Bhagavad-gītā*, lo mismo que hacía en Jhansi. Y como antes, su mujer y el resto de la familia tomaban el té en otra habitación. Prabhupāda recordaría más tarde: «Deseaba tanto como era posible que ella colaborase conmigo a difundir la conciencia de Kṛṣṇa, tener su ayuda. Pero ella era muy determinada. De manera que, después de treinta años, pude comprender: ella no sería ninguna ayuda para mí».

Abhay había aconsejado siempre a su mujer que no tomase tṛ, ya que tomarlo no era la práctica de una familia *vaiṣṇava* estricta. Finalmente dijo: «Tendrás que elegir entre el té o yo. O se acaba el té, o yo me voy». La esposa de Abhay respondió bromeando: «Bueno, entonces tendré que renunciar a mi marido».

Después, un día cometió un grave error. Cambió el ejemplar del *Śrīmad-Bhāgavatam* de su marido por pastas para el té. Cuando Abhay volvió a casa y buscó su libro sagrado, ella le dijo lo que había ocurrido. Para Abhay fue una conmoción, y el incidente le decidió a dejar a su familia para siempre. Tomando una firme determinación, dejó familia y negocio.

Los años cincuenta resultaron muy difíciles para Abhay. Volvió a Jhansi, pero tuvo que dejar el edificio en que estaba ante la insistencia de la mujer del gobernador de que sirviese para un club de damas, en lugar de servir para la Liga de Devotos. Sin lugar donde estar y sin verdadero apoyo, abandonó Jhansi, pero no su plan de comenzar una asociación mundial de devotos. Tras irse a un *āśrama* de Delhi y vivir allí algún tiempo con varios de sus hermanos espirituales, de nuevo quedó solo, mendicante, e iba de semana en semana a diferentes templos, o a casa de cualquier persona rica y piadosa que quisiera recibirle. En lo referente a alimento, vestido y alojamiento, aquellos tiempos fueron los más difíciles que había conocido. Desde su niñez, siempre había tenido alimentos adecuados y buena ropa, y nunca le había faltado donde vivir. Había sido el hijo predilecto de su padre, y había recibido especial dirección y afecto de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Pero durante los años cincuenta, Abhay estaba solo.

Se ocupaba de escribir y pedir donaciones de personas a las que predicaba la *Bhagavad-gītā*. Su mayor aspiración no era encontrar una residencia permanente, sino publicar su literatura trascendental, y fundar un movimiento poderoso para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Y para esto necesitaba dinero. De manera que visitaba a gente rica, en sus despachos y hogares, presentando sus manuscritos y explicando su misión. Pero pocos respondían; y cuando lo hacían, el donativo era solamente de cinco o diez rupias. Sin embargo, finalmente reunió lo suficiente para volver a imprimir *Back to Godhead*.

Sin dinero para comprar ni siquiera la ropa necesaria, Abhay pasó el frío invierno en Delhi sin chaqueta. Regularmente, iba andando a la imprenta para recoger las últimas pruebas de *Back to Godhead*. Cuando el impresor le preguntó por qué quería publicar su periódico, teniendo tantas dificultades, contestó: «Es mi misión». Se arregló para pagar al impresor a plazos, en pequeñas cantidades.

Tras recoger las copias del impresor, Abhay andaba por la ciudad, vendiéndolas. Se sentaba en un puesto de té, y cuando alguien venía a su lado, le decía que por favor tomase un ejemplar de *Back to Godhead*. Con sus artículos y editoriales, Abhay criticaba las tendencias materialistas y ateas de la civilización moderna. También utilizaba sus propias experiencias personales. En respuesta a la resistencia, cortés o descortés, que encontraba al vender *Back to Godhead*, escribió un artículo: «No tengo tiempo. La enfermedad crónica del hombre medio». Sus escritos no eran

nunca chillones, estridentes ni fanáticos, a pesar de su desesperada pobreza y la urgencia de su mensaje. Escribía esperando encontrar a su lector preparado para escuchar una sólida filosofía y deseoso de aceptar la verdad, sobre todo si se presentaba con lógica, de manera apropiada, y con autoridad.

Además de vender *Back to Godhead* en los puestos de té y entregar copias a los que daban donativos, Abhay también enviaba ejemplares gratis por correo a personas tanto de la India como del extranjero. Durante años, la vasta audiencia de lectores de habla inglesa fuera de la India le había preocupado, y quería llegar hasta ellos. Había reunido direcciones de bibliotecas, universidades y delegaciones culturales y gubernamentales, todas ellas fuera de la India, y enviaba tantos ejemplares de *Back to Godhead* como podía. Preparó una carta para sus lectores occidentales, sugiriendo que debían ser aún más receptivos que sus compatriotas.

En cuanto a la propia India, Abhay envió ejemplares de *Back to Godhead* al Presidente del país, Dr. Rajendra Prasad, con una carta advirtiéndole del peligroso destino que espera a una sociedad gobernada por ateos: «Por tanto, le ruego que les salve de esta gran caída». Rogaba a Su Excelencia que por lo menos echase una ojeada a los titulares de los ejemplares de *Back to Godhead* que adjuntaba, y que considerase el conceder una entrevista al editor. «Ahora, estoy gritando solo en el desierto», escribía Abhay. Su Excelencia nunca respondió.

Incluso en el calor del verano de Nueva Delhi, época en la que la temperatura alcanzaba los 45 grados, Abhay continuaba saliendo a diario para vender su publicación quincenal. Una vez tuvo una insolación e iba por la calle tambaleándose, hasta que un amigo le recogió y le llevó en su coche a que le viese un doctor. Otra vez le corneó una vaca, y se quedó tirado a un lado de la calle por un rato, desatendido. En momentos como aquellos, a veces pensaba que por quṛ habría dejado su casa y su negocio, y por quṛ, si ya se había rendido a Kṛṣṇa, todo era tan difícil para él. Pero años más tarde, cuando su misión para la conciencia de Kṛṣṇa se había establecido en muchos países y tenía muchos discípulos, decía: «Entonces no podía comprender. Pero ahora me doy cuenta de que todas aquellas dificultades eran beneficiosas. Todo fue la misericordia de Kṛṣṇa».

Mientras se esforzaba por imprimir y vender *Back to Godhead* en Delhi, Abhay decidió irse a vivir a Vṛndāvana, a ciento veinte cinco kilómetros al sur de Nueva Delhi. Los *vaiṣṇavas gauḍīyas* consideran que Vṛndāvana es

el lugar más sagrado del Universo, porque fue allí donde tuvieron lugar los pasatiempos de la niñez de Śrī Kṛṣṇa, cuando se encarnó hace cinco mil años. Los principales seguidores de Śrī Caitanya habían ido a Vṛndāvana hacía quinientos años, habían escrito libros, fundado templos y habían hallado los lugares de muchos de los pasatiempos de Kṛṣṇa en los bosques, pastos y a lo largo de las orillas del río. La idea de Abhay era escribir sus ensayos en la atmósfera espiritual y pacífica de Vṛndāvana, y volver a Delhi a distribuir sus escritos y buscar donativos de patrocinadores respetables. Tomó un cuarto muy sencillo y barato en el templo de Vamśi-gopālajī, situado a orillas del río Yamunā, y allí se introdujo en la forma de vida tan especial de Vṛndāvana.

Abhay no veía Vṛndāvana como lo haría una persona corriente. Como un puro devoto de Kṛṣṇa, sentía una gran dicha sólo con ir por un camino de tierra o mirando la forma de las Deidades de Kṛṣṇa, que aparecían en todas las calles, en miles de templos y hogares. Desde su pequeño cuarto en la azotea, podía ver el Yamunā, que corría ante ɀl y se extendía en una ancha curva brillando al sol de la tarde. Al atardecer, disfrutaba de las brisas refrescantes del Yamunā, y escuchaba cantar a los devotos sus oraciones de la noche en el Keśi-ghāṭa. Oía las campanas de los templos, que sonaban por toda la ciudad, y a veces dejaba de escribir y paseaba por las zonas más transitadas, entre los residentes y los peregrinos. Oía cantar Hare Kṛṣṇa por todas partes, y mucha de la gente que pasaba le saludaba con el acostumbrado «¡Jaya Rādhē!» y «Hare Kṛṣṇa».

Como Vṛndāvana era la residencia de Kṛṣṇa, así Abhay era el servidor de Kṛṣṇa. En Vṛndāvana se sentía en su casa. Naturalmente, seguía pensando en predicar, anhelando que los demás conociesen la paz y el éxtasis íntimos de Vṛndāvana. Kṛṣṇa, la Suprema Personalidad de Dios, invitaba a todas las almas a que se uniesen a Él en Su morada eterna; sin embargo, incluso en la India, pocos lo entendían. Y fuera de la India, la gente no sabía nada de Vṛndāvana, ni del Yamunā, ni de lo que significaba estar libre de deseos materiales. Abhay pensaba: «¿Por qué no habría de tener esto la gente de todo el mundo?». Aquello era la morada de la paz, y sin embargo, nadie sabía nada de ello, ni se interesaba por ello. Pero era realmente lo que la gente estaba anhelando.

Llevado por el deseo de difundir las glorias del Vṛndāvana eterno, Abhay trabajaba casi constantemente en Vṛndāvana para elaborar cada número de *Back to Godhead*. Viajar, sin embargo, se volvió difícil. Tenía que tomar el

tren de la mañana para ir a Delhi, y como no tenía donde estar, debía volver a Vṛndāvana la misma noche. Esto no le dejaba mucho tiempo en la ciudad, y era costoso. A veces, algún señor piadoso le dejaba un sitio para estar, pero incluso con sus gastos personales mínimos, Abhay difícilmente reunía los donativos suficientes para los viajes, la imprenta y el correo. Después de publicar doce ediciones quincenales consecutivas, Abhay se encontró falto de dinero. El impresor le dijo que no podía imprimir sólo por amistad. De vuelta a Vṛndāvana, Abhay continuó escribiendo, pero sin plan para publicarlo.

Un día, en un estado de ánimo de soledad y renunciación, Abhay compuso un poema en bengalí, titulado «Vṛndāvana-bhajana». Las estrofas iniciales eran específicamente una reflexión interior y personal.

1

Estoy solo en Vṛndāvana-dhāma

Y con este sentimiento estoy comprendiendo muchas cosas.

Tengo mujer, hijos, hijas, nietos..., todo.

Mas no tengo dinero; así pues, son gloria estéril.

Kṛṣṇa me ha mostrado la naturaleza material completamente desnuda;

Por Su fuerza, todo es insípido actualmente para mí.

Yasyāham anugṛhṇāmi hariṣye tad-dhanaṁ śanaīḥ:

«Poco a poco dejo sin riquezas a aquellos con quienes soy misericordioso».

¿Cómo comprender yo esta misericordia del todocompasivo?

2

Todos me han abandonado al verme sin dinero:

Mujer, hermanos, amigos y parientes, todos.

Es la desdicha, pero me hace reír. Estoy solo y río.

En este māyā-saṁsāra, ¿a quién amo en verdad?

¿Dónde están ahora mis afectuosos padre y madre?

¿Y dónde mis mayores, los que fueron los míos?

¿Quién me hablará de ellos?, dime quién.

Una lista de nombres es todo lo que queda de esa vida familiar.

Una noche, Abhay tuvo un sueño sorprendente, el mismo que había tenido ya varias veces, en sus tiempos de jefe de familia. Śrīla

Bhaktisiddhānta Sarasvatī apareció exactamente como Abhay lo había conocido, el *sannyāsī* alto, erudito, que venía directamente del mundo espiritual, del sṛquito personal de Kṛṣṇa. Llamó a Abhay y le indicó que le siguiera. Le llamó repetidamente, y le hizo señas con la mano. Le decía que tomase *sannyāsa*. Ven, le exhortaba, sṛ un *sannyāsī*. Abhay se despertó maravillado. Pensaba que esta instrucción era otra forma de la primera que Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le había dado cuando se encontraron por primera vez en Calcuta, la misma instrucción que su maestro espiritual había materializado más tarde en una carta: «Predica en inglés y difunde la conciencia de Kṛṣṇa en el mundo occidental». *Sannyāsa* era para esto; si no, por qué le iba a pedir su maestro espiritual que lo aceptase? Según el modelo del sistema social védico, un hombre debe dejar a su familia a los cincuenta años para ser un monje renunciante, un *sannyāsī*, y así, dedicar el resto de sus días a cantar, escuchar, y predicar las glorias del Señor. Abhay concluyó que su maestro le decía: «Ahora toma *sannyāsa*, y serás verdaderamente capaz de cumplir esta misión. Antes, no era el momento». Abhay deliberó cautamente. Al tomar *sannyāsa*, un *vaiṣṇava* consagra totalmente su cuerpo, su mente y sus palabras al servicio de la Suprema Personalidad de Dios, renunciando a todos los demás compromisos. Abhay estaba ya haciendo todo aquello, pero le pareció que aceptando la orden de *sannyāsa*, podría afirmar su posición, y tener aún más ímpetu para la gran obra que tenía ante sí. El modelo védico y el ejemplo dado por anteriores *ācāryas* indicaba que si se quiere dirigir un movimiento de predicación, es imprescindible tomar *sannyāsa*. Al principio, Abhay se había resistido, pero ahora lo consideraba de nuevo. Se dirigió a un hermano espiritual, Keśava Mahārāja, de Mathurā, que insistió en que Abhay tomase *sannyāsa* inmediatamente.

Años después, Prabhupāda recordaría: «Estaba solo en Vṛndāvana, escribiendo. Mi hermano espiritual insistió: "Bhaktivedanta Prabhu, debes hacerlo. Sin aceptar la orden de vida de renunciación, nadie puede ser un predicador". Era mi maestro espiritual quien insistía por medio de aquel hermano espiritual. De manera que, de mala gana, acepté».

Después de una ceremonia formal de *sannyāsa* en Vṛndāvana, el nombre de Abhay fue Abhay Caraṇāravinda Bhaktivedanta Swami. Pero aún quedaban sus problemas básicos. Quería predicar la conciencia de Kṛṣṇa, pero eran pocos los que querían escuchar. Estas cosas no habían cambiado por haberse hecho *sannyāsī*.

Hubo un cambio, sin embargo: Bhaktivedanta Swami decidió escribir libros. Cuando un bibliotecario le aconsejó que escribiese libros (los libros son permanentes, mientras que los periódicos se leen una vez y se tiran), Bhaktivedanta Swami entendió que era su maestro espiritual el que hablaba por boca de aquella persona. Después, un oficial del Ejército Indio, a quien le gustaba *Back to Godhead*, le sugirió lo mismo. En los dos casos, Bhaktivedanta Swami tomó el consejo como una revelación de su maestro espiritual.

Bhaktivedanta Swami pensó en el *Śrīmad-Bhāgavatam*, porque era la Escritura *vaiṣṇava* más importante y autorizada. Aunque la *Bhagavad-gītā* era la esencia de todo el conocimiento vṛdico, presentada de una manera compendiada y breve, el *Śrīmad-Bhāgavatam* estaba más elaborado. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī y Bhaktivinoda Ṭhākura habían escrito los dos algunos comentarios en bengalí sobre el *Bhāgavatam*. En realidad, la mayor parte de los grandes *ācāryas vaiṣṇavas* del pasado habían comentado el *Śrīmad-Bhāgavatam*, «la Escritura vṛdica inmaculada». Una traducción al inglés de este libro, con un comentario, podría cambiar algún día los corazones del mundo entero. Y si Bhaktivedanta Swami pudiera publicar siquiera algunos libros, afianzaría su predicación; tendría más realce, y podría ir confiado al extranjero, y no aparecer con las manos vacías.

Bhaktivedanta Swami volvió a Delhi con nuevos propósitos. La capital de la India, en lo que se refiere al papel y a la imprenta, estaba en Chandni Chowk, un sector de la Vieja Delhi, y Bhaktivedanta Swami pensó que lo mejor sería trasladarse allí, para negociar la publicación de los libros. Por medio de una antigua relación del mundo de la imprenta, conoció al propietario de un templo que le cedió gratuitamente un cuarto en su templo de Rādhā-Kṛṣṇa, cerca de Chandni Chowk. El barrio se llamaba Chippiwada, un distrito congestionado poblado de hindúes y musulmanes. Ahora Bhaktivedanta Swami podía trabajar tanto en Vṛndāvana como en Delhi. Con nuevo entusiasmo, logró unos cuantos donativos y comenzó otra vez a publicar *Back to Godhead*, mientras comenzaba su traducción y comentarios sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Consideró la proporción del proyecto que se proponía realizar. El *Bhāgavatam* contenía dieciocho mil versos, en doce cantos, que según calculó, suponían, por lo menos, sesenta volúmenes. Pensó que quizás fuese capaz de terminarlo entre cinco y siete años: «Si el Señor me conserva

físicamente capaz –escribía–, podría acabar el trabajo, en cumplimiento de la voluntad de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī».

El que Bhaktivedanta Swami aceptase *sannyāsa*, su idea de escribir y publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*, y su deseo de predicar en Occidente, estaban íntimamente relacionados. Para predicar, necesitaba tener libros, sobre todo si había de ir a Occidente. En Occidente había millones de libros, pero ninguno como ṛste, nada que llenase el vacío espiritual de la vida de las gentes. Sin embargo, no solamente escribiría, sino que llevaría a Occidente los libros en persona, los presentaría, y enseñaría a la gente, con los libros y personalmente, cómo cultivar el amor puro por Dios.

Aunque era conocido como predicador de habla inglesa, Bhaktivedanta Swami sabía que su expresión en una lengua extranjera tenía muchos fallos técnicos; y no tenía a nadie que los pudiera corregir. Pero ello no le impediría publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Era un caso de emergencia. «Cuando hay fuego en una casa –escribía–, los ocupantes salen buscando la ayuda de los vecinos, que puede que hablen otro idioma, y sin embargo, sin un lenguaje adecuado, las víctimas del fuego pueden expresarse, y los vecinos comprenden lo que necesitan, a pesar de que no haya sido expresado en el lenguaje adecuado. El mismo espíritu de cooperación es necesario para difundir este mensaje trascendental del *Śrīmad-Bhāgavatam* por toda esta atmósfera contaminada de nuestros días.»

Bhaktivedanta Swami estaba presentando el *Śrīmad-Bhāgavatam* sin cambio alguno, con el mayor respeto por Śrīla Vyāsadeva, su autor. Y ésta era la virtud principal de Bhaktivedanta Swami. Ciertamente iba añadiendo sus propios textos, pero no con intención de sobrepasar a los maestros espirituales anteriores. Sobre la cuestión fundamental de exponer el tema estrictamente en *paramparā*, Bhaktivedanta Swami no se vio afectado por «tecnicismos erróneos e inciertos». Sabía que si no permanecía fiel a la sucesión de discípulos, las explicaciones del *Bhāgavatam* no tendrían ningún valor.

En su cuarto del templo de Chippiwada, escribía a máquina día y noche, bajo la pequeña bombilla que colgaba de un cable del techo. Se sentaba en el suelo sobre una delgada estera, con la máquina de escribir ante él, encima de un baúl. Las páginas se acumulaban, y él las sujetaba con unas piedras. Comer y dormir eran cosas incidentales, nada más. Estaba completamente convencido de que el *Śrīmad-Bhāgavatam* provocaría una revolución en aquella civilización mal encauzada. Así pues, traducía cada palabra y

escribía cada explicación con un cuidado y concentración rigurosos. Pero había que hacerlo lo más rápido posible.

Bhaktivedanta Swami había trasladado su residencia de Vṛndāvana al templo de Rādhā-Dāmodara. Allí, sin dejar ni siquiera su cuarto, podía mirar hacia fuera y ver el altar y la imagen de Vṛndāvana-candra, la Deidad de Kṛṣṇa de mármol negro, de metro veinte de altura, adorada cientos de años antes por Kṛṣṇadāsa Kavirāja. Esto era mejor que su cuarto en el templo de Vamśī-gopālajī, porque ahora vivía en el templo de Jīva Gosvāmī, donde grandes almas como los Gosvāmīs Rūpa, Sanātana, Raghunātha y Jīva se habían reunido, habían tomado *prasādam*, habían cantado y hablado de Śrī Kṛṣṇa y de Śrī Caitanya. Aquí era el mejor sitio para trabajar en el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Mientras estuvo en el templo de Rādhā-Dāmodara, Bhaktivedanta Swami se preparaba sus comidas. Y cuando se sentaba para tomar *prasādam*, podía ver, por la celosía, la tumba *samādhi* de Rūpa Gosvāmī. Al sentir la presencia de Rūpa Gosvāmī, pensaba en su propia misión para su maestro espiritual. El maestro espiritual de Bhaktivedanta Swami y los anteriores maestros espirituales de la sucesión de discípulos habían querido que el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa se extendiese por todo el mundo, y diariamente, al acumular inspiración sentado ante el *samādhi* de Rūpa Gosvāmī, Bhaktivedanta Swami rogaba a sus predecesores que le guiasen. La instrucción íntima que recibió de ellos fue un dictado absoluto, y ningún gobierno, ni editor, ni nadie podría alterarlo o reducirlo. Rūpa Gosvāmī quería que fuese a Occidente; Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī quería que fuese a Occidente; y Kṛṣṇa había dispuesto que fuera al templo de Rādhā-Dāmodara a recibir Sus bendiciones. En el templo de Rādhā-Dāmodara, sentía que había llegado a una residencia eterna, que sólo conocen los devotos puros del Señor. Pero aunque le permitían tratar con ellos íntimamente, en el lugar de sus pasatiempos, sentía que le estaban ordenando que se fuese, que abandonase el templo de Rādhā-Dāmodara y Vṛndāvana y que entregase el mensaje de los *ācāryas* a las partes del mundo que se encontraban en el olvido.

Escribir no era más que la mitad de la batalla; la otra mitad era publicar. Pero los editores no tenían interés por la serie del *Bhāgavatam* en sesenta volúmenes, y Bhaktivedanta Swami no tenía interés por nada menos que aquello. Para publicar sus libros debería, por lo tanto, solicitar donativos y

publicarlos a sus expensas.

Un editor que conocía le aconsejó que fuese a Gorakhpur y enseñase su manuscrito a Hanuman Prasad Poddar, el famoso editor religioso. Bhaktivedanta Swami hizo el viaje de ochocientos kilómetros y obtuvo un donativo de cuatro mil rupias, que había de emplear en la publicación del primer volumen del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Bhaktivedanta Swami tuvo que leer y corregir las pruebas personalmente, e incluso cuando estaban imprimiendo el primer volumen, aún estaba escribiendo los últimos capítulos. Cuando las pruebas estaban listas en la O.K. Press, él iba a recogerlas, volvía a su cuarto de Chippiwada, las corregía y volvía a llevárselas.

En 1962, cada día iba andando de su cuarto a la imprenta, y de allí a su cuarto. El barrio era una mezcla de establecimientos comerciales y viviendas, con niños jugando en la peligrosa calle. Bhaktivedanta Swami, de aspecto bondadoso pero determinado, cruzaba andando este medio. Mientras pasaba ante las viviendas, los vendedores de azulejos, los vendedores de granos, las tiendas de dulces y las imprentas, por encima estaban los cables eléctricos, las palomas y las cuerdas de tender ropa en los balcones. Finalmente, llegaba a la O.K. Press, justo enfrente de una pequeña mezquita. Iba a entregar las pruebas corregidas y a supervisar ansiosamente la impresión.

Cuando se acabó de imprimir el libro, Bhaktivedanta Swami salió a venderlo, como había hecho con su revista *Back to Godhead*. Pronto obtuvo críticas favorables de la obra, de Hanuman Prasad Poddar y del renombrado filósofo hindú Dr. Radhakrishnan. El prestigioso *Adyar Library Bulletin* hacía una crítica completa, resaltando «el vasto y profundo estudio del tema por parte del autor». Sus eruditos hermanos espirituales también escribieron mostrando su admiración. Hasta se arregló para obtener un pedido de dieciocho ejemplares para la Embajada de los Estados Unidos, con el fin de distribuirlos en América a través de la Biblioteca del Congreso. Las ventas a instituciones marchaban bien, pero después, las ventas disminuyeron. Como él era el único agente, Bhaktivedanta Swami pasaba muchas horas diarias sólo para vender unos pocos ejemplares. Igualmente, él era enteramente responsable de reunir fondos para el volumen siguiente. Mientras tanto, continuaba traduciendo y escribiendo las explicaciones. Pero al ritmo que iban las ventas, cada vez más lentas, no podría acabar su trabajo en toda su vida.

Bhaktivedanta Swami envió ejemplares a dirigentes políticos, y recibió críticas favorables de Sri Biswanath Das, gobernador de Uttar Pradesh*, y del Dr. Zakir Hussain, vicepresidente de la India. También tuvo una entrevista personal con el Dr. Hussain, y pocos meses más tarde tuvo la oportunidad de visitar al primer ministro, Lal Bahadur Shastri.

Fue una audiencia oficial en el jardín del Parlamento, donde el primer ministro, rodeado de sus ayudantes, recibió al anciano *sādhu*. Bhaktivedanta Swami, que, con sus gafas, tenía aspecto de erudito, avanzó, se presentó a sí mismo, y presentó su libro, el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Mientras entregaba un ejemplar del primer volumen al primer ministro, un fotógrafo tomó una instantánea del autor y del primer ministro, que sonreía mirando el libro.

Al día siguiente, Bhaktivedanta Swami escribió al primer ministro Shastri. Pronto recibió una respuesta, firmada personalmente por el primer ministro:

Querido Swamiji:

Muchas gracias por su carta. Le estoy muy agradecido por ofrecerme un ejemplar del «Srimad-Bhagwatam». Me doy cuenta en efecto de que está usted haciendo un valioso trabajo. Sería una buena idea que las bibliotecas de las instituciones del gobierno adquiriesen este libro.

Empleando las críticas favorables como publicidad, Bhaktivedanta Swami visitaba a probables donantes, tratando de reunir fondos para posteriores volúmenes. Finalmente, con su manuscrito en la mano, y con dinero para imprimirlo, entró de nuevo en el mundo de la publicación: comprar papel, corregir pruebas, y hacer que el editor cumpliera los plazos para que cada libro se terminara en el tiempo establecido. De manera que, con su constancia, él, que casi ni tenía dinero, consiguió publicar su tercer gran volumen, encuadernado en pasta, en poco más de dos años.

A este ritmo, con su prestigio creciente en el mundo de la erudición, Bhaktivedanta Swami podía ser pronto una figura reconocida entre sus compatriotas. Pero había puesto los ojos en Occidente. Y con el tercer volumen ya impreso pensó que, al fin, ya estaba preparado. Tenía sesenta y nueve años, y debía empezar pronto. Hacía más de cuarenta años que por

primera vez Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī había pedido a aquel joven casado de Calcuta que predicase la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente. Al principio, el joven Abhay Charan pensó que era imposible. Pero el obstáculo de sus responsabilidades familiares ya no existía, y nada le impedía ir a Occidente, aunque sin dinero.

Con la mayor parte de las dificultades vencidas, el precio del viaje y ciertos puntos del permiso del gobierno eran las últimas restricciones importantes. Entonces, de pronto, en 1965, los impedimentos finales fueron desapareciendo uno a uno.

En Vṛndāvana, Bhaktivedanta Swami conoció al Sr. Agarwal, un hombre de negocios de Mathurā, y de pasada le dijo, como solía hacer con casi todo el que encontraba, que quería ir a Occidente. Aunque el Sr. Agarwal conocía a Bhaktivedanta Swami desde hacía sólo unos minutos, se ofreció para intentar encontrarle un aval en América, pidiendo a su hijo Gopal, ingeniero en Pensilvania, que le enviase un impreso de aval. Cuando el Sr. Agarwal se ofreció a ayudarle, Bhaktivedanta Swami le animó a que lo hiciera.

Bhaktivedanta Swami volvió a Delhi, siguiendo el camino habitual de vender libros, buscando cualquier oportunidad que pudiese surgir. Un día, para su sorpresa, le llamaron del Ministerio de Asuntos Exteriores para decirle que estaba listo su certificado, que no había inconveniente en que fuese a los Estados Unidos. Como no había iniciado ningún procedimiento para dejar el país, tuvo que preguntar en el ministerio lo que había pasado. Le mostraron el impreso de Declaración Reglamentaria firmado por el Sr. Gopal Agarwal de Butler, Pensilvania; el Sr. Agarwal declaraba solemnemente que él correría con los gastos de Bhaktivedanta Swami durante su estancia en los Estados Unidos.

Ahora Bhaktivedanta Swami tenía un aval. Pero aún necesitaba un pasaporte, un visado, el formulario P, y el dinero para el viaje. El pasaporte fue cosa sencilla. Ahora, con pasaporte y certificado de aval, Bhaktivedanta Swami fue a Bombay, no a vender libros ni a reunir fondos para imprimir, sino buscando ayuda para irse a América. Fue a ver a Sumati Morarji, jefe de la Compañía Naviera Scindia, que le había ayudado con un gran donativo para editar el segundo volumen del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Enseñó su certificado de aval a su secretario, Sr. Choksi, que se quedó impresionado y fue a ver a la Sra. Morarji de su parte.

–El swami de Vṛndāvana ha vuelto –le dijo–. Ha publicado su libro con su

donativo. Tiene un aval y quiere ir a América. Quiere que usted le envíe en un barco de la Scindia. –La Sra. Morarji dijo que no, que el Swamiji era demasiado viejo para ir a los Estados Unidos e intentar hacer nada allí. El Sr. Choksi le transmitió lo que había dicho la Sra. Morarji, pero Bhaktivedanta Swami no aceptó la respuesta. La señora quería que se quedase en la India y completase el *Śrīmad-Bhāgavatam*. ¿Por qué irse a los Estados Unidos?, había dicho ella. Que termine el trabajo aquí.

Pero Bhaktivedanta Swami estaba empeñado en ir. Dijo al Sr.

Choksi que convenciese a la Sra. Morarji, e incluso le dijo lo que tenía que decirle: «Creo que este caballero está muy animado a ir a los Estados Unidos a predicar el mensaje de Śrī Kṛṣṇa a la gente de allí...». Pero cuando el Sr. Choksi se lo dijo a la Sra. Morarji, ella volvió a decir que no: el Swami no estaba bien de salud. Además, la gente en América no es muy servicial y probablemente no le escucharán.

Exasperado por la ineficacia del Sr. Choksi, Bhaktivedanta Swami pidió una entrevista personal. Se la concedieron, y un Bhaktivedanta Swami de cabello gris, pero determinado, expuso categóricamente su petición: «Por favor déme un billete».

Sumati Morarji estaba preocupada: «Swamiji, es usted tan mayor...; está usted tomando esta responsabilidad. ¿Cree usted que esto está bien?».

–No –dijo para tranquilizarla como si lo hiciese con una hija incrédula–. Está muy bien.

–Pero, ¿sabe lo que dicen mis secretarios? Dicen: "el Swamiji se morirá allí". Bhaktivedanta Swami puso una cara como para desechar un rumor absurdo. De nuevo insistió en que le diese un billete. «Muy bien –dijo la Sra. Morarji–. Consiga el formulario P, y haré lo necesario para que vaya en uno de nuestros barcos.» Bhaktivedanta Swami sonrió abiertamente y, muy contento, salió del despacho, ante los sorprendidos y escépticos empleados. Siguiendo las instrucciones de la Sra. Morarji, tomó las últimas disposiciones. Como Bhaktivedanta Swami no tenía ropa de invierno, el Sr. Choksi le llevó a que se comprase una chaqueta y otras cosas de lana. A petición de Bhaktivedanta Swami, el Sr. Choksi hizo imprimir quinientas copias de una octavilla con los ocho versos de Śrī Caitanya y un anuncio del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

La Sra. Morarji reservó una plaza para él en uno de sus barcos, el *Jaladuta*, que salía de Calcuta el 13 de agosto. Se había asegurado de que el capitán en cuyo barco había de viajar Bhaktivedanta Swami comprendiera las

necesidades de un vegetariano y *brāhmaṇa*, y dijo al capitán del *Jaladuta*, Arun Pandia, que llevase un suplemento de verduras y de fruta para el Swami. El Sr. Choksi pasó los dos últimos días en Bombay con Bhaktivedanta Swami, recogiendo las octavillas de la imprenta, comprando ropa, y acompañándole a la estación donde había de tomar el tren para Calcuta.

Pocos días antes de la salida del *Jaladuta*, Bhaktivedanta Swami llegaba a Calcuta. Aunque había pasado buena parte de su vida en la ciudad, ahora no tenía donde alojarse. Era como había escrito en su «Vṛndāvana-bhajana»: «Tengo mujer, hijos, hijas, nietos, todo/<|>mas no tengo dinero; así pues son gloria estéril». Aunque en esta misma ciudad, de niño, había sido tan cuidadosamente alimentado, aquellos días se habían ido para siempre. Se quedó con un conocido, y el día antes de su marcha fue al cercano Māyāpur, a visitar la tumba *samādhi* de Śrīla Bhaktisiddhānta. Después volvió a Calcuta. Estaba listo.

No tenía más que una maleta, un paraguas, y una provisión de cereales. No sabía lo que iba a encontrar para comer en América; puede que no hubiese más que carne... En ese caso, estaba dispuesto a vivir a base de patatas cocidas y del cereal que llevaba consigo. Su principal equipaje, varios baúles con sus libros, fue enviado por separado como carga por la compañía Scindia. Doscientas colecciones de tres volúmenes. El simple hecho de pensar en los libros, le daba confianza.

Cuando llegó el día de marchar, necesitó esta confianza. Se trataba de una ruptura de suma importancia con su vida anterior, y era viejo. Iba a un país desconocido y probablemente poco acogedor. Una cosa era ser pobre y desconocido en la India. Incluso en estos días de Kali-yuga, en que los líderes de la India rechazaban la cultura de la India e imitaban a Occidente, aun así, era la India; aun así, eran los vestigios de la civilización védica. Había podido ver a algunos millonarios, gobernadores, al primer ministro, sólo con asomarse a la puerta y esperar. A un *sannyāsī* se le respetaba; se respetaba el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Sin embargo, en América sería diferente. Allí, él no sería nadie, un extranjero. Y no había tradición de *sādhus*, ni templos, ni *āśramas* gratuitos. Pero al pensar en los libros que llevaba consigo (conocimiento trascendental en inglés), recobró la confianza. Cuando encontrase a alguien en América, le daría un prospecto: «Srimad-Bhagwatam, el Mensaje de Paz y Buena Voluntad de la India».

Era el 13 de agosto, sólo unos pocos días antes de Janmāṣṭamī, día del aniversario del advenimiento de Śrī Kṛṣṇa. En aquellos últimos años, había pasado en Vṛndāvana el día de Janmāṣṭamī. Muchos de los residentes de Vṛndāvana jamás dejarían el lugar; eran viejos, y en Vṛndāvana se encontraban en paz. A Bhaktivedanta Swami también le preocupaba pensar que podía morir lejos de Vṛndāvana. Por eso todos los *sādhus* y viudas *vaiṣṇavas* habían hecho votos de no marcharse, ni siquiera para ir a Mathurā; porque morir en Vṛndāvana era la perfección de la vida. Y según la tradición hindú, un *sannyāsī* no debía cruzar el océano y marchar al país de los *mlecchas*. Pero ante todo, estaba el deseo de Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y su deseo era igual al de Śrī Kṛṣṇa. Y Śrī Caitanya Mahāprabhu había pronosticado que el canto de Hare Kṛṣṇa se conocería en todas las ciudades y aldeas del mundo.

Tomó un taxi para ir al puerto de Calcuta, llevando consigo su equipaje, un paraguas, y un ejemplar en bengalí del *Caitanya-caritāmṛta*, que pensaba leer durante la travesía. De alguna manera podría cocinar a bordo. O si no, pasaría hambre, lo que Kṛṣṇa quisiera. Comprobó si llevaba lo esencial: el billete, el pasaporte, el visado, el formulario P, la dirección del aval. Por fin lo lograba.

Como Prabhupāda solía decir con frecuencia: «Salí del país con grandes dificultades. De un modo u otro, por la gracia de Kṛṣṇa, salí para poder difundir el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa por todo el mundo. Si no, permanecer en la India..., no era posible. Quise empezar un movimiento en la India, pero no me sentí alentado por nadie».

El barco de carga negro, pequeño y deteriorado por el tiempo, estaba amarrado en el puerto; una pasarela llevaba del muelle al puente del barco. Los marinos mercantes indios miraban curiosos a aquel *sādhu* de edad avanzada vestido de color azafrán, mientras hablaba las últimas palabras a su acompañante en el taxi y después se dirigía con decisión hacia el barco.

Capítulo Primero

Luchando solo

Calcuta

13 de agosto de 1965

El *Jaladuta* es un barco de la Compañía Naviera Scindia, que hace el servicio regular de transporte de carga, pero que tiene un camarote para pasajeros. En el viaje que hizo de Calcuta a Nueva York en agosto y septiembre de 1965, el camarote estuvo ocupado por «Sri Abhoy Charanaravinda Bhaktivedanta Swami», cuya edad estaba inscrita como sesenta y nueve años, y que estaba a bordo con «un billete de favor con mantenimiento».

El *Jaladuta*, al mando del capitán Arun Pandia, cuya esposa iba también a bordo, salió a las nueve de la mañana del viernes 13 de agosto. En su diario, Bhaktivedanta Swami anotaba: «El camarote es muy cómodo. Gracias a Sri Krisna por haber inspirado a Sumati Morarji a tomar todas estas disposiciones. Estoy muy cómodo». Pero el día catorce, decía: «Mareo, vértigo, vómitos: Golfo de Bengala. Fuertes lluvias. Estoy peor».

El día 19, cuando el barco llegó a Colombo, Ceilán (hoy Sri Lanka), Bhaktivedanta Swami pudo verse aliviado de su mareo. El capitán le llevó a tierra, y estuvo dando vueltas en coche por Colombo. Después, el barco siguió hacia Cochin, en la costa oeste de la India. Janmāṣṭamī, el día del advenimiento de Śrī Kṛṣṇa, cayó aquel año el día 20 de agosto. Bhaktivedanta Swami aprovechó la oportunidad para hablar a la tripulación de la filosofía de Śrī Kṛṣṇa, y distribuir el *prasādam* que él mismo había cocinado. El 21 de agosto era su setenta cumpleaños, que celebró sin ceremonia, en el mar. Aquel mismo día llegaba el barco a Cochin, y los baúles de Bhaktivedanta Swami con los ejemplares del *Śrīmad-Bhāgavatam*, que habían enviado de Bombay, se subieron a bordo.

Para el día 23, el barco se había hecho a la mar rumbo al Mar Rojo, donde

Bhaktivedanta Swami pasó grandes apuros. Anotó en su diario: «Lluvia, mareo, vértigo, dolor de cabeza, desgana, vómitos». En dos días tuvo dos ataques de corazón. Él toleraba las difíciles condiciones, meditando en la finalidad de su misión, pero después de dos días de ataques tan violentos, pensó que si tenía otro no podría sobrevivir.

En la noche del segundo día tuvo un sueño. Śrī Kṛṣṇa, en Sus diversas formas, estaba remando en un bote, y dijo a Bhaktivedanta Swami que no temiera, que debía seguir. Bhaktivedanta Swami sintió con fianza en la protección de Śrī Kṛṣṇa, y los violentos ataques no se repitieron.

El *Jaladuta* entró en el Canal de Suez el 1 de septiembre e hizo escala en Port Said el día 2. Bhaktivedanta Swami visitó la ciudad con el capitán y dijo que le gustaba. Para el día 6 se había recuperado ligeramente de sus trastornos y volvía a comer normalmente por primera vez, tras haberse preparado él mismo su propio *kicharī* y unos *purīs*. Anotó en su diario que sus fuerzas se iban renovando poco a poco.

Viernes, 10 de septiembre

Hoy el barco navega con mucha suavidad. Hoy me siento mejor. Pero siento la separación de Sri Vrindaban y de Sri Govinda, Gopinath, Radha-Damodar. El único consuelo es el Sri Chaitanya Charitamrita, en el que estoy saboreando el néctar de los lila (pasatiempos) de Sri Chaitanya. He dejado Bharatbhumi (la India) solamente para cumplir la orden de Sri Bhaktisiddhanta Saraswati, de conformidad con la orden de Sri Chaitanya. No estoy capacitado, pero asumo el riesgo sólo para ejecutar la orden de Su Divina Gracia. Dependo plenamente en Su misericordia, tan lejos de Vrindaban.

El viaje por mar de 1965 fue muy tranquilo para el *Jaladuta*. El capitán Pandia dijo que no había visto en toda su carrera una travesía del Atlántico tan tranquila. Bhaktivedanta Swami replicó que la tranquilidad se debía a la misericordia de Śrī Kṛṣṇa. La Sra. Pandia pidió a Bhaktivedanta Swami que se volviese con ellos, para que pudiesen tener una travesía igual. Bhaktivedanta Swami escribía en su diario: «Si el Atlántico hubiese mostrado su rostro habitual, quizás yo hubiese muerto. Pero Sri Krishna se ha hecho cargo del barco».

Al cabo de treinta y cinco días de viaje desde Calcuta, el *Jaladuta* llegaba al Muelle de la Commonwealth de Boston, a las cinco y media de la mañana del 17 de septiembre de 1965. El barco haría una corta escala en Boston

antes de continuar hacia Nueva York.

Bhaktivedanta Swami tuvo que pasar por la oficina de inmigración y las aduanas de Boston. Su visado le permitía una estancia de dos meses y un funcionario se la selló para indicar la fecha en la que debía salir del país. El capitán Pandia invitó a Bhaktivedanta Swami a dar una vuelta por Boston, donde el capitán quería hacer algunas compras. Cruzaron por una pasarela a una zona comercial muy concurrida, con iglesias antiguas, almacenes, edificios de oficinas, bares, librerías extravagantes, clubs nocturnos y restaurantes. Bhaktivedanta Swami observó rápidamente la ciudad, pero lo más importante de la breve estancia en Boston, aparte de haber pisado América, fue que en el Muelle de la Commonwealth escribió un poema en bengalí, titulado «Mārkiṇe Bhāgavata-dharma» («Enseñar la Conciencia de Kṛṣṇa en América»). Algunos de los versos que escribió aquel día, a bordo del barco, eran como sigue:

Mi querido Śrī Kṛṣṇa, eres muy misericordioso con esta alma inútil, pero no sé por qué me has traído aquí. Ahora puedes hacer de mí lo que quieras.

Pero me figuro que Tú tienes algo que hacer aquí, si no, ¿por qué me habrías traído a este lugar terrible?

Aquí, la mayoría de la gente está cubierta por las modalidades materiales de la ignorancia y la pasión. Absortos en la vida material, creen que son muy felices y que están contentos, y por tanto no se interesan por el mensaje trascendental de Vāsudeva (Kṛṣṇa). No sé como van a ser capaces de entenderlo.

Pero sé que Tu misericordia sin causa puede hacer que todo sea posible, porque eres el místico más experto.

¿Cómo van a comprender las dulzuras del servicio devocional? ¡Oh, Señor! Yo sólo te pido Tu misericordia para que pueda convencerles de Tu mensaje.

Todas las entidades vivientes están bajo el control de la energía ilusoria por Tu voluntad, y por tanto, si Tú quieres, por Tu voluntad también pueden liberarse de las garras de la ilusión.

Quisiera que los liberaras. Por eso, si Tú deseas su liberación, será el único modo en que podrán comprender Tu mensaje...

¿Cómo les haré comprender este mensaje de la conciencia de Kṛṣṇa? Soy muy desdichado, no tengo buena cualidad alguna, y soy el más

caído. Por eso busco Tu bendición para que pueda convencerles, porque no tengo fuerzas para hacerlo yo solo.

Por algún motivo, ¡oh Señor!, me has traído aquí para que hable de Ti. Ahora, mi Señor, depende de Ti que tenga el éxito o el fracaso; como Tú quieras.

¡Oh, maestro espiritual de todos los mundos! Yo sólo puedo repetir Tu mensaje. De manera que si Tú lo quieres, puedes hacer que la fuerza de mi palabra se adapte a su manera de comprender.

Sólo por Tu misericordia sin causa podrán ser puras mis pala bras. Estoy seguro de que cuando este mensaje trascendental penetre en sus corazones, ciertamente se alegrarán y así se verán liberados de toda condición desdichada de vida.

¡Oh, Señor! No soy más que un títere en Tus manos. Así que, si me has traído aquí para que baile, haz que baile, haz que baile, ¡oh, Señor!, haz que baile como Tú quieras.

Yo no tengo devoción, ni tampoco tengo ninguna sabiduría, pero tengo una gran fe en el santo nombre de Kṛṣṇa. Se me ha designado como Bhaktivedanta, y ahora, si quieres, pue des hacer que se cumpla el verdadero significado de Bhakti vedanta.

Firmado —el más desdichado e insignificante de los mendigos,

A.C. Bhaktivedanta Swami,

A bordo del barco Jaladuta, Muelle de la Commonwealth.

Boston, Massachussets, EEUU

Fechado el 18 de septiembre de 1965.

El 19 de septiembre, el *Jaladuta* entraba en el puerto de Nueva York y atracaba en el muelle de Brooklin, junto a la calle Diecisiete. Bhaktivedanta Swami vio la sobrecogedora silueta de Manhattan, el Empire State, y, al igual que otros millones de visitantes e inmi grantes anteriores, la Estatua de la Libertad.

Bhaktivedanta Swami estaba vestido conforme a un residente de Vṛndāvana. Llevaba un *kaṇṭhi-mālā* (collar de cuentas) y un sencill o *dhotī* de algodón; también llevaba un *japa-mālā* (cuentas para rezar) y una vieja *cādar*, o chal. Tenía la piel dorada, la cabeza afeitada, salvo la *śikhā* por detrás, y se había decorado la frente con el blancuzco tilaka *vaiṣṇava*.

Llevaba unas babuchas puntiagudas blancas de goma, como suelen llevar los *sādhus* en la India. Pero en Nueva York, ¿quién había visto, o soñado ver nunca, a nadie que llegase como aquel *vaiṣṇava*? Posiblemente él era el primer *sannyāsī vaiṣṇava* que llegase a Nueva York con un aspecto que no hacía concesiones. Por supuesto, los neoyorkinos son expertos en no prestar mucha atención a ningún tipo de extraño recién llegado.

Bhaktivedanta Swami estaba solo. Tenía un aval, el Sr. Agarwal, en algún lugar de Pensilvania. Seguramente habría alguien allí para recibirle. Pero no sabía claramente lo que haría mientras bajaba del barco al muelle («No sabía si volverme a la izquierda o a la derecha»), pasó por las formalidades de llegada, y se encontró con el representante de la Ayuda al Viajero, que había enviado el Sr. Agarwal de Butler, Pensilvania.

Llevando solamente cuarenta rupias en efectivo, lo que él mismo llamó «el gasto de unas pocas horas en Nueva York», y veinte dólares suplementarios que había obtenido de la venta de tres volúmenes del *Bhāgavatam* al capitán Pandia, Bhaktivedanta Swami, paraguas y maleta en mano, y aún acompañado del representante de la Ayuda del Viajero, se dirigió a la Terminal de Autobuses Port Authority para disponer su viaje hacia Butler.

* * *

Bhaktivedanta Swami llegó a casa de los Agarwal en Butler, Pensilvania, a las cuatro de la mañana, y Gopal le invitó a que descansara en el sofá. Vivía en un chalet adosado, que consistía en una pequeña sala de estar, un comedor, una cocina pequeña, dos dormitorios en el piso de arriba y un baño. Allí vivían con sus dos niños. Gopal Agarwal y su esposa americana, Sally, llevaban ya viviendo en Butler varios años, y sentían que estaban establecidos en un buen círculo social. Como su apartamento tenía muy poco espacio, decidieron que sería mejor que el Swami tomase una habitación en el YMCA* y fuese a su casa durante el día. Por supuesto, el espacio vital no era la verdadera dificultad; era él. ¿Cómo encajaría él en la atmósfera de Butler?

Sally: *Nosotros pertenecíamos a un grupo muy intelectual, y todos se vieron fascinados por él. Apenas sabían lo que preguntarle. No sabían lo suficiente. Era como un sueño sacado de un libro. ¿Quién iba a esperar encontrar a un swami en la sala de estar de alguien de Butler, Pensilvania? Era verdaderamente asombroso. En medio de la clase media de América.*

Mis padres vinieron a verle desde bastante lejos. Conocíamos a mucha gente en Pittsburgh, que también vinieron. Era algo muy poco habitual, tenerle allí. Pero el verdadero

interés que mostraban por él era sólo porque le tomaban como una curiosidad.

Tenía una máquina de escribir, que era una de sus pocas posesiones, y un paraguas. Esto fue una de las cosas que causó sensación, que siempre llevaba el paraguas. Y, como hacía un poquito de frío e iba con la cabeza afeitada, siempre llevaba ese gorro que le habían hecho, como un gorro de nadador. Causó gran sensación. Y era tan genial, que cuando veía a alguien dos veces, sabía quién era, se acordaba. Era un hombre genial. O si les había conocido en nuestra casa y les veía en un coche, recordaba su nombre, les saludaba con la mano y les llamaba por su nombre. Era un hombre genial. Gustaba a todo el mundo. La gente estaba asombrada de lo inteligente que era. Lo que les chiflaba a todos era cómo recordaba sus nombres. Y su estilo humorístico. Parecía siempre serio, pero era una persona con mucho humor. Tenía una apariencia inaccesible, pero era encantador.

Era el invitado más cómodo que he tenido en mi vida, porque cuando no podía estar con él, rezaba, y yo sabía que era totalmente dichoso. Cuando yo no podía hablar con él, rezaba. Era muy cómodo, porque yo sabía que nunca se aburría. No sentí nunca presión o tensión alguna por tenerle. Era un invitado tan fácil que cuando yo tenía que ocuparme de los niños, él simplemente rezaba. Era estupendo. Cuando yo tenía cosas que hacer, con sólo rezar, se quedaba contento. Era un invitado muy bueno. Cuando venía gente, siempre fumaban cigarrillos, pero él decía: «No se preocupe, no piense en ello». Eso era lo que decía. «No piense en ello.» Por que sabía que nosotros éramos diferentes. Yo no fumaba delante de él. Yo sabía que no debía fumar ante el padre de Gopal, por eso decidí considerarle a él lo mismo. Nunca creó problemas a nadie.

El 22 de septiembre, apareció en el *Butler Eagle* una crónica especial: «En buen inglés, devoto de culto hindú explica misión para visitar Occidente». Un fotógrafo vino al apartamento de los Agarwal e hizo una fotografía a Bhaktivedanta Swami, de pie en la sala de estar, sosteniendo un ejemplar abierto del *Śrīmad-Bhāgavatam*. El titular decía: «Embajador de Bhakti-yoga».

El artículo comenzaba:

Un hombre algo moreno, envuelto en telas color naranja descoloridas, con unos zapatos blancos de baño, salía ayer de un coche modesto para entrar en el YMCA de Butler para asistir a una recepción. Se trata de A.C. Bhaktivedanta Swa miji, mensajero de la India ante los pueblos de Occidente.

El artículo aludía al *Śrīmad-Bhāgavatam* como «literatura bíblica», y a Bhaktivedanta Swami como «el instruido maestro». Continuaba:

«Mi misión es la de revivir la conciencia de Dios de la gente —dice el Swamiji—. Dios es el Padre de todos los seres vivien tes, en miles de formas diferentes —explica. El cree—: La vida humana es una fase de perfección en evolución; si no escu chamos el mensaje, volvemos de nuevo a pasar por todo el proceso.» Bhaktivedanta vive como un monje y no permite que ninguna mujer toque su alimento. Durante un viaje de seis semanas por mar, y en el piso de los Agarwal, en Butler, se prepara su alimento en una marmita de latón, con seccio nes separadas para cocer al vapor arroz, verduras, y hacer «pan» al mismo tiempo. Es un vegetariano estrico y sólo puede beber leche, «el alimento milagroso para bebés y ancianos», señalaba... Si los americanos prestasen más atención a su pro pia vida espiritual, serían mucho más felices, según dice.

Sally: Cuando preparaba la comida, empleaba sólo un quemador. El nivel inferior de la marmita produce el vapor. Ponía el dāl en el fondo, y esto producía el vapor necesario para preparar otras muchas verduras. De manera que durante una semana estuvo preparando este gran almuerzo, que estaba listo hacia las once y media, y Gopal venía siempre a casa para comer hacia las doce. Yo acostumbraba a servir a Gopal un bocadillo, y después volvía otra vez al trabajo. Pero no tardé en darme cuenta de que las cosas que preparaba el Swami también nos gustaban, de manera que comenzó a preparar la comida del mediodía para todos nosotros. ¡Oh, y nos gustaba mucho!

Nuestra diversión era mostrarle lo que conocíamos de América. Y él no había visto nunca aquellas cosas. ¡Era tan divertido llevarle al supermercado! Le gustaba abrir los paquetes de judías con geladas o de quingombó, y no tenía que limpiarlas ni cortarlas ni hacer todas aquellas cosas. Abría el congelador todos los días y esco gía lo que quería. Era

divertido verle. Se sentaba en el sofá mientras yo limpiaba con el aspirador, y le interesaba mucho, y hablábamos largo rato sobre ello. ¡Era tan interesante!

De manera que todos los días tenía este gran banquete, y todo era muy divertido. Disfrutábamos de verdad. Yo le ayudaba a cortar las cosas. El ponía las especias, y nos reíamos. Era un hombre de lo más agradable; de lo más agradable. Yo me sentía verdaderamente algo así como una hija suya, a pesar del poco tiempo. Como él, era mi suegro, pero yo me sentía muy próxima a él. Disfrutaba con todo. Me gustaba. Pensé que era extraordinario.

Nuestro hijo Brij tenía seis o siete meses cuando vino el Swami; y a los indios les encantan los niños. Al Swami le gustaba Brij. Él estaba allí cuando Brij se tuvo en pie por primera vez. La primera vez que Brij lo intentó y lo logró realmente, el Swami se puso en pie aplaudiendo. Fue una fiesta. Otra vez, el niño se puso a chupar los zapatos del Swami. Pensé: «¡Oh, esos zapatos! Han estado por toda la India y mi niño está mordiéndolos». Ya sabe, lo que sentiría una madre.

Casi cada noche se sentaba en el patio del vecino de al lado. A veces nos sentábamos con él allí, al aire libre, o nos quedábamos en la sala de estar. Una vez, pasó una cosa con nuestra niña, Pamela, que sólo tenía tres años. Yo la llevaba a la escuela dominical, y allí oyó hablar de Jesús, en la escuela dominical. Entonces, cuando veía al Swamiji con su ropaje y todo aquello, le llamaba Swami Jesús. Y entonces, cuando nos dimos cuenta por primera vez de lo que estaba diciendo, la niña le llamó Swami Jesús, y el Swami sonrió y dijo: «Y un niño pequeño les guiará». Fue muy divertido.

Bhaktivedanta Swami habló a varios grupos de la comunidad, el Lions Club entre ellos. También dio una charla en el YMCA, y en el Seminario Universitario de St. Fidelis, de Herman, Pensilvania, y, regularmente, hablaba a los invitados de los Agarwal. Vio que la perspectiva de predicar a los americanos era buena, pero se dio cuenta de que necesitaba un apoyo desde la India.

En todo caso, después de pasar un mes en Butler, ahora sólo le quedaba un mes en América. De manera que decidió ir a Nueva York y tratar de predicar allí, antes de que terminase su visado. Pero primero quería ir a Filadelfia, donde había concertado una entrevista con un profesor de sánscrito, el Dr. Norman Brown, de la Universidad de Pensilvania.

Como era un *sannyāsi*, Bhaktivedanta Swami estaba acostumbrado a ir de un sitio a otro. Como predicador mendicante, no lamentaba dejar la vida tranquila del YMCA de Butler. Y no tenía apego por el ambiente doméstico, en el cual él cocinaba y hablaba con Sally Agarwal de aspiradores, alimentos congelados y costumbres americanas.

Pero su estancia en Butler le había sido provechosa. Había tenido

una experiencia directa de la vida americana, y tenía más confianza al ver que su salud era fuerte y que podía comunicar su mensaje. Se alegraba de que América tuviese lo que necesitaba para su régimen vegetariano indio, y de que la gente pudiese comprender su inglés. Había visto que dar una sola conferencia aquí y allí, fortuitamente, tenía una importancia limitada, y que aunque las religiones establecidas se opusiesen, la gente, individualmente, se interesaba mucho por lo que él decía.

El 18 de octubre, se marchó de Butler hacia Nueva York, pasando por Filadelfia.

Sally: Después de un mes, me había encariñado mucho del Swami. En cierto modo me sentía su protectora, y él quería ir a Filadelfia. Pero no podía imaginar, y se lo dije a él, no podía imaginar que se fuese a Filadelfia por dos días. Iba a hablar allí, y después, a Nueva York. Pero en Nueva York, no conocía a nadie. Si las cosas no salían bien en Filadelfia, se iría a Nueva York, y allí no había nadie. No podía ni pensarlo. Me ponía mala.

Recuerdo la noche en que se marchó, hacia las dos de la mañana. recuerdo que estaba sentado ahí mientras esperaba que Gopal le lle vase a Pittsburgh para tomar allí el autobús. Gopal cogió un puñado de monedas y recuerdo que le dijo cómo tenía que poner el dinero en la ranura para poder tomar un baño en la estación de autobuses, ya que debía tomar un baño varias veces al día. Y Gopal le dijo cómo hacerlo, y le habló de las máquinas automáticas de Nueva York. Le dijo lo que podía y lo que no podía comer, y le dio unas monedas en un calcetín; y así es como se fue.

* * *

Bhaktivedanta Swami no conocía a nadie en Nueva York, pero tenía alguien a quien visitar: el Dr. Ramamurti Mishra. Había escrito al Dr. Mishra desde Butler, enviándole una carta de presentación que le había dado un amigo de Bombay. También había telefonado al Dr. Mishra, que se alegró de que Bhaktivedanta Swami se reuniese con él en Nueva York.

En la Terminal de Autobuses Port Authority, a su llegada de Filadelfia, le

esperaba un alumno del Dr. Mishra, que le acompañó directamente a un festival indio que se celebraba en la ciudad. Allí, Bhaktivedanta Swami conoció al Dr. Mishra y también a Ravi Shankar y a su hermano, el bailarín Udai Shankar. Bhaktivedanta Swami acompañó después al Dr. Mishra a su piso en Riverside Drive 33, al lado del río Hudson. El apartamento estaba en el piso catorce

y tenía grandes ventanas con vistas al río. El Dr. Mishra instaló a Bhaktivedanta Swami en un cuarto para él. El Dr. Mishra era una personalidad espectacular, llamativa, dada a las miradas rápidas y los gestos expresivos con las manos. Empleaba con regularidad palabras como «lovely» (encantador) y «beautiful» (bello, hermoso). Presentando una imagen cuidadosamente acabada de lo que tenía que ser un *guru*, era lo que algunos neoyorkinos llamaban «un swami de la parte residencial de la ciudad». Aunque era *sannyāsi*, no llevaba los tradicionales *dhoti* y *kurtā* color azafrán, sino que llevaba chaquetas de sastre a lo Nehru y pantalones blancos. Su piel era oscura mientras que la de Bhaktivedanta Swami era dorada, y tenía el pelo espeso y negro. Con 44 años, era lo bastante joven como para poder ser el hijo de Bhaktivedanta Swami. El Dr. Mishra tenía problemas de salud cuando surgió en su vida Bhaktivedanta Swami, y la llegada de éste parecía ser la medicina perfecta.

Ramamurti Mishra: *Su Santidad Prabhupāda Bhaktivedanta Gosvāmī me arrolló con amor. Era una encarnación del amor. Físicamente yo era un esqueleto y, en verdad, él me volvió a la vida: su manera de cocinar y, en especial, su amor y devoción por Śrī Kṛṣṇa. Yo era muy perezoso en lo que se refiere a la cocina, pero él se levantaba y lo preparaba todo.*

El Dr. Mishra valoraba que Bhaktivedanta Swami, cocinando con la precisión de un químico, preparase muchos platos y que fuese aficionado a comer.

Ramamurti Mishra: *No era pan lo que me daba: me daba prasādam. Esto era vida, y salvó mi vida. Entonces yo no estaba seguro de si seguiría viviendo, pero su costumbre de comer a horas determinadas, lo mismo si yo tenía hambre que si no la tenía, aquello me gustó mucho. Se levantaba y decía: «Muy bien, esto es bhagavat-pra sādham», y yo decía: «Muy bien».*

Bhaktivedanta Swami habló a veces con el Dr. Mishra sobre el propósito de su visita a América, contando la visión de su maestro espiritual sobre la posibilidad de establecer la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente. Pidió al Dr. Mishra que le ayudase, pero éste hablaba siempre de su propio trabajo de

maestro, que le tenía muy ocupado, y de sus planes de dejar pronto el país. Al cabo de unas semanas, cuando le resultó incómodo tener a Bhaktivedanta Swami en el apartamento, el Dr. Mishra le llevó a su estudio de *hatha-yoga*, en el quinto piso del nº 100 de la calle Setenta y dos Oeste, cerca de Central Park. El estudio era grande, y estaba situado en el centro del edificio; tenía un despacho y una habitación, en la que se quedó Bhaktivedanta Swami. No tenía ventanas.

En completa divergencia filosófica con Bhaktivedanta Swami, el Dr. Mishra aceptaba la Verdad Absoluta en su característica impersonal o de Brahman, como suprema. Bhaktivedanta Swami insistía en la supremacía del carácter personal, o Bhagavān, siguiendo la filosofía védica teísta, de que la comprensión más completa de la Verdad Absoluta es personal. La *Bhagavad-gītā* dice que el Brahman impersonal está subordinado a Bhagavān, del que es una emanación, lo mismo que la luz del Sol es una emanación del planeta Sol. Esta conclusión se había venido enseñando por los principales *ācāryas* tradicionales de la India antigua, como Rā mānuja y Madhva. El Dr. Mishra, por otra parte, era un seguidor de Śāṅkara, quien enseñaba que la presencia impersonal de la Verdad Absoluta lo es todo y que la Personalidad de Dios es finalmente una ilusión. Mientras la filosofía teística de Bhaktivedanta Swami concebía al yo espiritual individual (*ātmā*) como un sirviente eterno del ser espiritual supremo (Bhagavān), en la concepción del Sr. Mishra, el yo espiritual no era individual. Por el contrario, su idea era que, puesto que cada persona es idéntica a Dios, el Brahman Supremo, no es necesario adorar a Dios fuera de uno mismo. Como hubiera dicho el Dr. Mishra: «Todo es uno».

Bhaktivedanta Swami le desafiaba: si en realidad cada uno de nosotros es el Supremo, ¿por qué este «supremo» sufre y se esfuerza en el mundo material? El Dr. Mishra oponía que el Supremo está cubierto por la ilusión sólo temporalmente, y que mediante el *hatha-yoga* y la meditación se consigue la iluminación, y la comprensión de que «todo es el Supremo». Bhaktivedanta Swami volvía a desafiar: Pero si el Supremo pudiese estar cubierto por la ilusión, sería porque la ilusión era más grande que Dios, más grande que el Supremo.

Bhaktivedanta Swami consideraba al Dr. Mishra como un *māyāvādi*, debido a su inconsciente aceptación de que *māyā*, o la ilusión, es más grande que la Verdad Absoluta. Para Bhaktivedanta Swami, la filosofía

impersonal no sólo era desagradable, era un insulto a la Personalidad de Dios.

Como mendicante, Bhaktivedanta Swami dependía temporalmente de la buena voluntad de su conocido *māyāvādī*, con el que comía y conversaba regularmente y del cual aceptaba albergue. Pero, ¡qué inconveniente tan grande era aquello! Había ido a América a hablar pura y directamente sobre Kṛṣṇa, pero estaba encontrando restricciones. En Butler había estado confinado por la típica clase media de sus anfitriones; ahora se le silenciaba de otra manera. Se le trataba con amabilidad, pero se le consideraba una amenaza. El Dr. Mishra no podía permitir a sus estudiantes que escuchasen su alabanza exclusiva de Śrī Kṛṣṇa como la Suprema Personalidad de Dios.

El 8 de noviembre, Bhaktivedanta Swami escribió a su hermano espiritual Tīrtha Mahārāja, que había sido nombrado presidente de la Gauḍīya Maṭh, para recordarle que su maestro espiritual, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, tenía un profundo deseo de abrir centros de predicación en los países occidentales. Śrīla Bhaktisiddhānta había intentado hacerlo varias veces, enviando *sannyāsīs* a Gran Bretaña y otros países europeos, pero como señalaba Bhaktivedanta Swami, «sin resultados tangibles». Bhaktivedanta Swami hacía notar que había ciertos grupos *māyāvādīs* que tenían casas, pero que no atraían muchos seguidores. Pero él había hablado con Swami Nikhilananda, de la Misión Ramakrishna, que opinaba que los americanos se inclinarían por el *Bhakti-yoga*.

Si los líderes de la Gauḍīya Maṭh quisiesen abrir su propia delegación en Nueva York, Bhaktivedanta Swami estaba dispuesto a dirigirla. Pero sin una casa propia, informaba, no podían organizar una misión en la ciudad. Bhaktivedanta Swami les decía que podrían abrir centros en muchas ciudades por todo el país, si hubiese cooperación por parte de sus hermanos espirituales. Señaló repetidamente que, aunque otros grupos no tenían la genuina filosofía espiritual de la India, estaban comprando muchas casas. La Gauḍīya Maṭh, sin embargo, no tenía nada.

Tres semanas más tarde, Bhaktivedanta Swami recibía la respuesta de Tīrtha Mahārāja. Bhaktivedanta Swami había expuesto sus esperanzas y sus planes para estar en América, pero había insistido en que sus hermanos espirituales tendrían que darle su voto de confianza, así como algún apoyo tangible. Sus hermanos espirituales no habían estado trabajando en cooperación. Cada líder estaba más interesado en mantener su propia casa que en trabajar con los demás para extender las enseñanzas de Śrī Caitanya

por el mundo. De manera que, ¿cómo iban a poder compartir la opinión de Bhakti vedanta Swami de establecer una delegación en Nueva York? Ellos lo consideraban como una tentativa suya independiente. Sin embargo, a pesar de las divergencias poco prometedoras, apeló a su espíritu misionero y les recordó los deseos de su maestro espiritual, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. Su Guru Mahārāja que ría que la conciencia de Kṛṣṇa se extendiese en Occidente. Pero cuando Bhaktivedanta Swami recibió finalmente la respuesta de Tīrtha Mahārāja, la encontró desfavorable. Su hermano espiritual no estaba contra su tentativa de hacer algo en Nueva York, pero le decía cortésmente que los fondos de la Gauḍīya Math no se podían emplear en aquel proyecto.

* * *

En sus paseos solitarios por Manhattan, Bhaktivedanta Swami conoció a algunas personas del lugar. Entre ellos Rubén, judío turco, que trabajaba como conductor en el metro. Rubén conoció a Bhaktivedanta Swami en el banco de un parque, y como era persona sociable y había viajado por todo el mundo, se sentó a hablar con el santo indio.

Sr. Rubén: *Parecía saber que tendría templos llenos de devotos. Miraba al vacío y decía: «Yo no soy pobre, soy rico. Hay templos y libros, existen, están ahí, pero el tiempo nos separa de ellos». Siempre decía «nosotros» y hablaba de quien le había enviado, su maestro espiritual. Él no conocía a nadie en aquel tiempo, pero decía: «Nunca estoy solo». Siempre me pareció un ser solitario. Esto es lo que me hizo pensar que era un santo, como Elías, que siempre iba solo. No creo que tuviese seguidor alguno.*

El 30 de enero, la costa Este se vio azotada por fuertes ventiscas. Diecisiete centímetros de nieve cayeron sobre la ciudad, con vientos hasta de ochenta kilómetros por hora. La ciudad de Nueva York puso a disposición de los que vivían en alojamientos sin calefacción, cuartos caldeados y alimentos. El aeropuerto John F. Kennedy estaba cerrado, así como los ferrocarriles y carreteras que llevaban hacia la ciudad. Por segunda vez en ocho días, se declaró el estado de emergencia a causa de la nieve.

A nivel individual, Bhaktivedanta Swami no podía hacer nada sobre el problema de la nieve, ni sobre la guerra internacional de la que hablaban los titulares que había leído; veía que todo aquello eran manifestaciones de la Era de Kali. Siempre habría miserias en el mundo material. Pero si

podiera llevar a Rādhā y Kṛṣṇa a alguna casa de Nueva York... Nada era imposible para el Señor Supremo. Aun en pleno Kali-yuga podría surgir una edad de oro, y la gente podría encontrar alivio frente a esas miserias. Si los americanos siguieran el proceso de conciencia de Kṛṣṇa, el mundo entero les seguiría. Mirando por los ojos de las Escrituras, Bhaktivedanta Swami avanzaba entre la ventisca y seguía la leve pista, buscando ayuda para su misión de la conciencia de Kṛṣṇa.

Al verle a lo lejos, una silueta menuda andando por las calles y avenidas de Manhattan entre otras muchas siluetas menudas, un extranjero cuyo visado estaba a punto de caducar, solamente des cubrimos la apariencia exterior de Bhaktivedanta Swami. Aquellos días de lucha fueron muy reales y difíciles, pero su conciencia tras cendental predominaba siempre. No vivía con conciencia de Man hattan, sino que estaba absorto en su dependencia de Kṛṣṇa, igual que su lectura del *Caitanya-caritamṛta* le había proporcionado « el néctar de la vida» cuando sufrió aquellos ataques al corazón en el *Jaladuta*.

Ya había triunfado. Sí que deseaba dar a Rādhā-Kṛṣṇa un templo en Nueva York, pero su triunfo era estar recordando a Kṛṣṇa hasta en la ciudad de Nueva York, en el invierno de 1965 a 1966, tanto si el mundo le reconocía como si no. No pasaba un día sin que trabajase en el libro de Kṛṣṇa, *Śrīmad-Bhāgavatam*. Y no pasaba un día en el que no ofreciese alimentos a Kṛṣṇa y hablase de la filosofía de Kṛṣṇa en la *Bhagavad-gītā*.

En la *Bhagavad-gītā* dice Śrī Kṛṣṇa: «Aquel que Me ve en todas partes y ve en Mí todas las cosas, no Me pierde nunca, ni nunca le pierdo Yo a él». Y Kṛṣṇa asegura a Sus devotos puros que «Mi devoto jamás será vencido». Sobre esto no hubo nunca duda alguna para Bhaktivedanta Swami. La cuestión era si los americanos llegarían a fijarse en un devoto puro que había entre ellos. En aquel momento, parecía que nadie iba a tomarle en serio.

* * *

El 15 de febrero, Bhaktivedanta Swami se cambió del estudio de yoga del Dr. Mishra a un cuarto suyo, dos pisos más abajo en el n= 307, de el mismo edificio. Según el Dr. Mishra, se cambió para tener su propio sitio, independiente de la Asociación de Yoga de Mishra.

El cuarto 307, sin embargo, nunca se había destinado a residencia ni *āśrama* ni a sala de conferencias. No era más que un estrecho despacho, sin

muebles ni teléfono. En la puerta había un panel grande de cristal esmerilado, cosa corriente en los despachos anti guos; sobre la puerta, había un tragaluz de cristal. Bhaktivedanta Swami puso sus mantas en el suelo ante su baúl de metal, que se convirtió en un improvisado pupitre sobre el cual escribía. Dormía en el suelo. Allí no era posible ni guisar, y ni tan siquiera tomar un baño, de manera que tenía que ir a diario al apartamento del Dr. Mishra.

Cuando Bhaktivedanta Swami vivía en el cuarto 501, en el *yoga-āśrama* del Dr. Mishra, éste había corrido con sus gastos. Pero ahora estaba solo, y todo lo que podía reunir vendiendo sus libros tenía que emplearlo para su sustento diario y para la renta de 72 dólares al mes. Observó que un poco de pimentón picante, en el Superette del West End, costaba 25 céntimos de dólar, diez veces más de lo que hubiera pagado en la India. No tenía una renta segura, sus gastos habían aumentado, y sus comodidades materiales habían disminuido. Pero, al menos, tenía su propio sitio. Ahora podía predicar como quisiera.

Había venido a América para hablar de Kṛṣṇa, e incluso desde el principio, había encontrado la oportunidad de hacerlo, ya fuese en una tertulia informal en la sala de estar de los Agarwal o ante una reunión oficial del Lions Club de Butler, en la clase de sánscrito del Dr. Norman Brown, o en la Asociación de Yoga del Dr. Mishra. Pero él no daba mucha importancia a dar conferencias ante una asistencia que había de escucharle una sola vez. Ésta era la razón principal de que quisiese tener su propia casa en Nueva York: para que la gente pudiese ir con regularidad a cantar Hare Kṛṣṇa, tomar *prasādam* en su compañía y oírle hablar de la *Bhagavad-gītā* y del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

El ir del estudio de yoga al pequeño despacho unos pisos más abajo procuró a Bhaktivedanta Swami lo que estaba buscando (un sitio para él), pero ni como eufemismo podría llamarse templo a un lugar como aquél. Su nombre estaba en la puerta; cualquiera que le buscase podría encontrarle. Pero, ¿quién iba a ir allí? Un templo tenía que atraer a la gente a Kṛṣṇa por su opulencia y su belleza. Pero el cuarto 307 era justo lo contrario, era la pobreza desnuda. Hasta una persona interesada en temas espirituales encontraría incómodo sentarse en el suelo sin alfombra, en un cuarto estrecho como un vagón de ferrocarril.

Uno de los estudiantes del Dr. Mishra le había donado un magnetófono de bobina abierta, y Bhaktivedanta Swami grabó algunos de sus solitarios

bhajanas, que cantaba acompañándose con unos címbalos. También grabó un largo ensayo filosófico, *Introducción al Gītopaniṣad*. «Aunque no vaya nadie —le había dicho Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī—, puedes seguir cantando a las cuatro paredes.» Pero como ahora nada le impedía dar su mensaje en la nueva situación que Dios había dispuesto, decidió dar charlas tres tardes por semana, lunes, miércoles y viernes, a quien asistiese.

Sus primeros auditorios estaban constituidos por personas que habían oído hablar de él, o que le habían conocido en el estudio de yoga del Dr. Mishra. Y a pesar de la pobreza de su cuarto, las reuniones fueron una fuente de nueva vida para él.

El Paradox, en el nº 64 de la calle Séptima Este, en el Lower East Side*, era un restaurante dedicado a la filosofía de Georges Ohsawa y a la dieta macrobiótica. Era un local en un semisótano, con mesas colocadas alrededor de la habitación, que estaba iluminada con velas. Comer allí no era caro, y la cocina tenía fama. El té se ofrecía gratuitamente, tanto como se quisiera. Más que un restaurante, el Paradox era un centro de interés espiritual y cultural, un lugar de reunión que recordaba algunos cafés de Greenwich Village o del París de los años veinte. Cualquiera se podía pasar el día entero en el Paradox sin comprar nada, sin que nadie le llamase la atención. La gente que llenaba el Paradox era una congregación mística, interesada por las enseñanzas orientales. Cuando llegaron al Paradox las noticias del nuevo swami que vivía en casa del Dr. Mishra, en la parte residencial de la ciudad, la voz se extendió rápidamente.

Harvey Cohen, un artista independiente, y Bill Epstein, que trabajaba en el Paradox, eran amigos. Harvey, después de haber ido varias veces a casa de Bhaktivedanta Swami, en el estudio de yoga del Dr. Mishra, fue al Paradox y comenzó a contar a Bill y otros amigos todo lo que conocía sobre el nuevo swami.

Bill Epstein era apuesto y romántico, con pelo largo, ondulado y oscuro, y barba. Era bien parecido y desbordante, y había asumido el papel de informar a la gente del restaurante de las noticias espirituales de la ciudad. Cuando tomó interés en el nuevo swami, hizo de él un tema de conversación constante en el restaurante.

El nuevo grupo proveniente del Paradox era joven y hippy, en contraste con la gente mayor y más conservadora de la parte residencial que solían asistir a las clases de Bhaktivedanta Swami. En aquellos días, no era corriente aún ver a un chico joven con pelo largo y barba, y cuando

comenzaron a venir personas así a las reuniones del Swami en el lado Oeste, algunos de los mayores se inquietaron. Como uno de ellos señalaba: «Swami Bhaktivedanta comenzó a reunir otra clase de gente. Los había encontrado en el Bowery o en alguna buhardilla. Y venían con sombreros raros y envueltos en mantas grises, y me asustaron».

David Allen, buscador de 21 años, que venía del Paradox, acababa de venirse a la ciudad, optimista y atraído por lo que había leído sobre las experiencias con las drogas. Veía al grupo de los mayores como «un grupo de remilgadas viejas de West Side*» que escuchaba las conferencias del Swami.

David: Todavía no se nos conocía como hippies. Pero era extraño para los que se habían visto atraídos por él antes que nosotros. Para ellos, relacionarse con este nuevo grupo era otra cosa. Creo que la mayor parte de los maestros que vinieron de la India, hasta ese momento, tenían seguidores mayores y, a veces, alguna viuda rica les proporcionaba fuentes de ingresos. Pero Swamiji cambió enseguida hacia el grupo de gente más joven y más pobre. Lo que ocurrió después fue que Bill Epstein y otros comenzaron a decir que sería mejor para el Swami ir al centro de la ciudad, al Lower East Side. Allí era donde estaba lo verdaderamente importante, y no en la parte residencial. La gente del centro de la ciudad le necesitaba de verdad. La gente del centro era especial y estaba madura. Allí había vida. Había mucha energía por allí.

Alguien entró en el cuarto 307 mientras Bhaktivedanta Swami estaba fuera, y robó su máquina de escribir y el magnetófono. Cuando Bhaktivedanta Swami volvió a casa, el portero le dio la noticia del robo: un ladrón desconocido había roto el cristal del traga luz, había saltado por allí, tomado las cosas de valor, y había escapado. Mientras Bhaktivedanta Swami escuchaba, se quedó con vencido de que el culpable era el mismo portero. Claro que no podía probarlo, de manera que aceptó la pérdida disgustado.

Bhaktivedanta Swami perdió el ánimo para vivir en el cuarto 307. Aunque algunos amigos habían ofrecido reemplazar su vieja máquina de escribir y el magnetófono, ¿qué podía impedir que el portero volviese a robarle? Harvey Cohen y Bill Epstein le aconsejaron que fuese a vivir al centro de la ciudad y le aseguraron que allí tendría seguidores más interesados entre la gente joven. Había sido una

proposición interesante.

En aquel momento, Harvey iba a marcharse de Nueva York para ir a California, y ofreció su buhardilla en el Bowery para que el Swami la compartiese con David Allen. Bhaktivedanta Swami aceptó.

Cuando se preparaba a dejar su cuarto de la calle Setenta y dos, un conocido, el electricista que trabajaba en la casa, fue a preve nirle. Objetaba que el Bowery no era un lugar para un caballero. Era el lugar más corrompido del mundo. Al Swami le habían robado sus propiedades del cuarto 307, pero la solución no era irse al Bowery. Sin embargo, Bhaktivedanta Swami siguió resuelto.

Bhaktivedanta Swami vivía en el Bowery, bajo una pequeña lám para, mientras cientos de desamparados también estaban bajo cien tos de bombillas desnudas en la misma zona de la ciudad. El no tenía más ingresos que esos mendigos, ni mayor seguridad en cuanto a residencia fija, pero su conciencia era diferente. Estaba traduciendo al inglés el *Śrīmad-Bhāgavatam*, dirigiéndose al mundo con sus expli caciones de Bhaktivedanta. Su deber, ya fuese en el piso catorce de un edificio de apartamentos de Riverside Drive o en un rincón de una buhardilla del Bowery, consistía en establecer la conciencia de Kṛṣṇa como la necesidad principal de la humanidad. Siguió con su traducción y con su constante visión de un templo de Kṛṣṇa en Nueva York. Como su conciencia estaba absorta en la misión uni versal de Kṛṣṇa, no dependía de su entorno para cobijarse. Para él, un hogar no era cuestión de ladrillos y madera, sino de cobijarse al amparo de Kṛṣṇa en toda circunstancia. Como ya se lo había dicho a sus amigos de la zona residencial: «Mi hogar está en todas par tes», mientras que sin el amparo de Kṛṣṇa el mundo entero sería un lugar desolado.

Las noticias del cambio del Swami a la buhardilla del Bowery se difundieron de boca en boca en el restaurante Paradox, y la gente comenzó a ir a cantar con él por las tardes. Los *kīrtanas* musicales eran muy populares en el Bowery, ya que la nueva congregación del Swami consistía principalmente en músicos y artistas, que res pondieron más a la música trascendental que a la filosofía. Todas las mañanas daba una clase sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*, a la que

asistían David Allen, un muchacho llamado Robert Nelson, y otro más, y, a veces, enseñaba a cocinar a quien quisiera. Solía estar dis ponible para sostener una conversación personal con cualquier visi tante interesado o

con su nuevo compañero de cuarto.

Bhaktivedanta Swami celebraba sus reuniones de la tarde de los lunes, miércoles y viernes, tal como había hecho en la zona residencial. La buhardilla estaba muy apartada para la mayor parte de sus conocidos, y estaba en el Bowery. La entrada de la calle estaba normalmente bloqueada por un montón de mendigos que dormían allí, y los visitantes tenían que pasar al menos por encima de media docena de vagabundos antes de poder subir los cuatro tramos de escalera. Pero era algo nuevo; se podía ir allí, estar con un grupo de hippies, y ver como el Swami dirigía el *kīrtana*. El cuarto estaba mal alumbrado, y Bhaktivedanta Swami quemaba incienso. Muchos visitantes fortuitos venían y se marchaban.

Casi todos los amigos de Bhaktivedanta Swami en el Bowery eran músicos o amigos de músicos. Les encantaba la música. La música, las drogas, las mujeres y la meditación espiritual. Como Bhaktivedanta Swami presentaba el *mantra* Hare Kṛṣṇa tanto en una forma musical como meditativa, naturalmente les interesaba.

Para la gente del Bowery, el sonido era espíritu y el espíritu era sonido, en una fusión de meditación y música. Pero para Bhaktivedanta Swami, la música sin el nombre de Dios no era meditación; era complacencia de los sentidos, o a lo sumo, una forma de meditación impersonal estilizada. Pero le gustaba ver que los músicos iban a tocar en sus *kīrtanas*, a oírle, y a responder en coro. Algunos, como habían pasado la noche en pie tocando sus instrumentos en cualquier sitio, venían por la mañana y cantaban con el Swami. Él no les corregía su interés en el sonido. Más bien les daba sonido. En los *Vedas*, se dice que el sonido es el primer elemento de la creación material; Dios es el origen del sonido, y Dios es una persona, eternamente. Bhaktivedanta Swami insistía en que la gente cantase el nombre trascendental y personal de Dios. Que lo hicieran como jazz, música folk, rock, o meditación india, daba igual, con tal de que comenzasen a cantar Hare Kṛṣṇa.

A pesar del mal barrio en el que vivía y andaba Bhaktivedanta Swami, le molestaron muy pocas veces. Con frecuencia, se encontraba en la puerta de su casa a unos cuantos vagabundos, dormidos o inconscientes, y tenía que pasar por encima de ellos. A veces un borracho, sólo por su incapacidad de mantenerse en pie, tropezaba con él, o un pordiosero farfullaba algo ininteligible o se reía

de él. Los más sobrios se levantaban y gesticulaban cortésmente, dejando

pasar al Swami cuando entraba o salía de su casa del nº 94 del Bowery. Pasaba entre ellos, dándoles las gracias por su cortesía cuando se apartaban para dejarle pasar.

Por supuesto, pocos entre los residentes del Bowery o entre los que le veían ir por la calle, sabían mucho sobre aquel *sādhu* indio, pequeño y de edad, vestido de color azafrán, que llevaba un paraguas y una bolsa marrón de comestibles.

* * *

Sentado con las piernas cruzadas, dando la espalda a una repisa con variedad de tastos con plantas, su *cādar* blancuzca enrollada en pliegues amplios y sueltos cruzando su cuerpo, Bhaktivedanta Swami parecía serio, casi triste. La fotografía y el artículo que la acompañaba aparecieron en el número de junio de *The Village Voice*. El artículo decía:

El encuentro del occidente místico y el oriente práctico revive en el curioso contraste entre Bhaktivedanta Swami y sus discípulos americanos. El swami, hombre culto de setenta años, con una formación notable, está aquí por un año para predicar su evangelio de paz, buena voluntad, acercamiento a Dios, y más prácticamente, para reunir dinero para su iglesia americana... Al igual que sus enseñanzas, el swami es sensible y directo. Su enseñanza principal es que la humanidad puede acercarse más a Dios recitando Su santo nombre.

A pesar del hecho de que el swami haya venido a América buscando las raíces del materialismo infiel, enfermedad, decía, que ya ha envuelto la India, es un hombre realista. «Si hay algún lugar en la Tierra con dinero para construir un templo, es éste.» El swami quiere fundar en América una Asociación Inter nacional para la Conciencia de Krisna, que esté abierta a todos, mujeres incluidas.

El artículo estaba escrito por un periodista llamado Howard Smith. Había oído hablar del Swami a un amigo que le había telefoneado diciéndole que había un santo que venía de la India, interesante, que vivía en una buhardilla del Bowery. «Ve allí a cualquier hora —le había dicho a Howard su amigo—. Siempre está allí. Creo que le encontrarás fascinante. Me parece que está a punto de comenzar un importante movimiento religioso.»

Howard Smith: *De manera que me fui al Bowery, a esa destartalada buhardilla de artista. En la parte trasera había una cortina pequeña, una cortina de la India tipo Madrás, y decidí echar una ojeada. Miré y allí estaba Swami Bhaktivedanta sentado con las piernas cruzadas, vestido con ropa de color azafrán, con las marcas en la frente y la nariz, y la mano en la bolsa de las cuentas. Aunque parecía una persona santa muy elevada, también parecía accesible, y dije: «¡Hola! —y miró hacia arriba. Yo dije—: ¿Swami Bhaktivedanta?», y él dijo: «Sí». Yo dije: «Yo soy Howard Smith».*

Entonces estuvimos hablando, y a mí me gustó muchísimo ense guida. Quiero decir que había visto a otros muchos swamis, y no me habían gustado demasiado. Y no creo que sea jugar limpio ponerlos a todos juntos y decir: «Esos swamis de la India». Porque él era muy, muy básico, y eso es lo que me pareció que me gustaba en él. No solamente hizo que me sintiera cómodo, sino que parecía muy abierto y honesto; por ejemplo, me pidió consejo sobre algunas cosas. Aca baba de llegar al país.

Pensé que sus ideas tenían muchas posibilidades de realizarse, por que parecía una persona muy práctica. No parecía tener la cabeza en las nubes. No hablaba de misticismo cada dos por tres. Supongo que es en lo que estaba su alma, pero su conciencia conversacional normal no estaba ocupada en ello.

Entonces dijo que varias personas le habían comentado que el Voice sería un buen sitio para que escribiesen sobre uno, y que básicamente llegaría a la clase de gente que quizá tuviese ya una inclinación o interés por lo que él predicaba. Y yo dije que me parecía que estaba en lo correcto. Me preguntó si había leído algún libro o sabía algo sobre la cultura india, y dije que no, que en realidad no sabía nada. Hablamos un poco, y me explicó que tenía aquellos libros en inglés, que ya había traducido en la India. Me los alcanzó y dijo: «Si quiere tener más conocimientos acerca del tema, puede leer estos libros».

Para mí era evidente que no estaba hablando con uno de esos tipos que han decidido que han visto a Dios y van a decírselo a la gente. Me pareció un hombre culto, mucho más que yo, en realidad. Y me gustó su humildad. Sí, me gustó aquel sujeto.

Él me explicaba todo lo que quería saber: qué significaba la ropa que llevaba, la marca en la frente, la bolsa de cuentas. Y me gustan todas sus explicaciones. Todo era muy práctico. Entonces habló de templos por todo el mundo, y dijo: «Bueno, aún queda mucho camino que andar. Pero tengo

mucha paciencia».

Bhaktivedanta Swami tenía esperanza en lo que el artículo del *Voice* había mencionado como «su iglesia americana». Había vida en sus charlas y en sus *kīrtanas*, y al menos iba teniendo un grupo pequeño de asiduos seguidores. Pero sobre la India, no había esperanza. Había tenido una correspondencia regular con Sumati Morarji, con sus hermanos espirituales, con el gobierno central de la India, pero sus respuestas no habían sido alentadoras.

Si la conciencia de Kṛṣṇa prendía alguna vez en América, tendría que ser sin la ayuda del gobierno indio y sin apoyo financiero de la India. Kṛṣṇa iba revelando Su plan a Bhaktivedanta Swami de una forma diferente. Tendría que dirigir toda su energía hacia aquellos muchachos y muchachas que iban a él, a su buhardilla del Bowery. Escribió a Sumati Morarji:

Ahora estoy tratando de formar una asociación con los amigos y admiradores locales, con el nombre de Asociación Inter nacional para la Conciencia de Krisna.

Entre todos sus amigos y admiradores, Bhaktivedanta Swami prestaba su mayor atención e instrucción personal a su compañero de cuarto, David Allen. Pensaba que estaba dando a David una oportunidad especial para ser el primer *vaiṣṇava* auténtico de América. Bhaktivedanta Swami tendría que volver a la India algún día, y quería llevar a David a Vṛndāvana. Podría mostrarle la adoración en el templo y prepararle para la predicación futura en Occidente.

—Me complace decir —dijo Bhaktivedanta Swami una tarde en su charla— que nuestro David dice a veces: "Swamiji, yo quiero aumentar mi vida espiritual *inmediatamente*". —Bhaktivedanta Swami reía al imitar la urgencia de David—. «Ten paciencia, ten paciencia —le digo—. Eso se hará, por supuesto. Puesto que tienes este deseo, Dios te ayudará. Él está en tu interior. Él está tratando solamente de ver lo sincero que eres. Después, te dará todas las oportunidades para que aumentes tu vida espiritual.»

Al principio, David y el Swami vivieron juntos pacíficamente en el amplio local; el Swami concentrado en su trabajo, en el lado que le correspondía tras la cortina, David correteando por el gran espacio abierto. Sin embargo, David insistía en tomar marihuana, LSD, y anfetaminas, y el Swami no tenía más alternativa que tolerarlo. Varias veces había dicho a David que las

drogas y las alucinaciones no le ayudarían en su vida espiritual, pero David se hacía el dis traído. Se iba poniendo a malas con el Swami.

Bhaktivedanta Swami, sin embargo, tenía el plan de servirse de la buhardilla como templo, es decir, transformarlo en el primer templo de Rādhā y Kṛṣṇa en Nueva York, y quería la colaboración de David. Aunque el barrio era uno de los más miserables del mundo, Bhaktivedanta Swami hablaba de llevar unas Deidades de Jaipur o de Vṛāvana, y comenzar la adoración en el templo, aunque fuese en el Bowery. Pensó que David podría ayudarle. Después de todo eran compañeros de cuarto, de manera que no era posible que David no colaborase; pero tendría que dejar sus malas costumbres.

Bhaktivedanta Swami trataba de ayudar a David, pero David estaba demasiado inquieto. Iba derecho al desastre, y así iban los planes de Bhaktivedanta para la buhardilla. A veces, incluso sin estar bajo la influencia de la droga, David solía dar vueltas por el cuarto. Otras veces parecía estar profundamente pensativo. Un día, bajo una dosis de LSD, se volvió completamente loco. Como explicó Carl Yeagens, uno de los visitantes del Swami: «Sencillamente, se volvió loco, y el Swami tuvo que enfrentarse con un demente. Las cosas llevaron a esto, era un chico loco que siempre tomaba demasiadas drogas», pero la verdadera locura surgió de pronto.

Bhaktivedanta Swami estaba trabajando tranquilamente con su máquina de escribir cuando David enloqueció. Comenzó a gemir y a dar vueltas por el gran espacio libre de la buhardilla. Después, comenzó a vociferar, a aullar, y a correr por todas partes. Fue hacia donde estaba el Swami. De pronto, Bhaktivedanta Swami se encontró frente a frente, no con David, el simpático David que iba a llevar a la India para que viese a los *brāmaṇas* de Vṛndāvana, sino un extraño lleno de droga, de mirada salvaje, un loco.

Bhaktivedanta Swami trató de hablarle, «¿Qué pasa?», pero David no tenía nada que decir. No había una desavenencia especial. Sólo la locura...

Bhaktivedanta Swami bajó rápidamente los cuatro pisos. No se había detenido a recoger ninguna de sus pertenencias, ni siquiera para decidir dónde iría o si volvería. No había tenido tiempo de pensar en nada. Había tenido un gran sobresalto y se marchaba del escenario de la locura de David. El acostumbrado grupo de vagabundos estaba sentado en la puerta y, con su habitual ostentación de cortesía, le dejaron pasar. Estaban acostumbrados al viejo Swami entrando y saliendo, ir de compras y volver,

y no le molestaron.

Pero aquel día no iba de compras. ¿Dónde iba? No lo sabía. Había salido a la calle sin saber donde iría.

No iba a volver a la buhardilla, esto era seguro. Pero, ¿dónde podía ir? Las palomas volaban de tejado en tejado. El tráfico retumbaba, y los permanentes vagabundos callejeaban y se emborrachaban con alcohol barato y malísimo. Aunque el hogar de Bhaktivedanta Swami se había convertido de pronto en loco terror, la calle, a su puerta, era también un lugar infernal, peligroso. Estaba desconcertado. Podía llamar al estudio del Dr. Mishra y ellos podrían llevarle allí. Pero este capítulo de su vida se había terminado, y ya había dado un paso hacia algo mejor. Tenía sus propias clases, gente joven que cantaba y escuchaba. ¿Se había terminado todo aquello? Tras nueve meses en América, había obtenido una buena respuesta a su predicación y a su *kīrtana*. No podía dejarlo precisamente entonces.

A. C. Bhaktivedanta Swami Mahārāja, al que todos conocían y respetaban en Vṛndāvana como eminente erudito y devoto, que estaba invitado a ver cuando quisiera al vicepresidente de la India y a muchas otras personas importantes, tenía que enfrentarse con la dura realidad de que no tenía un solo amigo importante en los Estados Unidos. De pronto, se encontraba sin hogar, como cual quiera de los mendigos de la calle. De hecho, muchos de ellos, tras haber tenido largo tiempo sus camastros en posadas de mala muerte, estaban más seguros que él. Aquella gente estaba arruinada, pero estaban establecidos. El Bowery podía ser un infierno si tú no estás haciendo algo determinado, como ir directamente a la tienda, o volver a tu casa. No era un sitio para quedarse pensando donde vas a vivir, o si hay un amigo a quien poder acudir. Él no iba camino de Chinatown a comprar, ni estaba dando una vuelta, para volver enseguida a su refugio de la buhardilla. Si no podía ir allí, no tenía ningún sitio.

¡Qué difícil se estaba poniendo predicar en América entre gente tan loca! El día de su llegada al puerto de Boston había escrito proféticamente en su poema: «Mi querido Señor, no sé por qué me has traído aquí. Ahora puedes hacer de mí lo que quieras. Pero me figuro que Tú tienes algo que hacer aquí, si no, ¿por qué me habrías traído a este lugar terrible?». ¿Qué iba a hacer con su programa de clases? ¿Qué iba a pasar con David? ¿Volvería para tratar de hablar con él? Éste había sido el primer arrebato de violencia de David, pero había habido otros momentos de tensión. David tenía la cos

tumbre de dejar el jabón en el suelo de la cabina de la ducha, y Bhaktivedanta Swami le pidió que no lo hiciera, porque era peligroso. Pero David no hizo caso. Bhaktivedanta Swami había seguido recordándose, y un día, David se enfadó y le gritó. Pero no había verdadera enemistad. Incluso el incidente de aquel día no se debía a diferencias personales: el muchacho era una víctima.

Bhaktivedanta Swami iba de prisa. Tenía pasaje gratuito en la Compañía Naviera Scindia. Podría volver a casa, a Vṛndāvana. Pero su maestro espiritual le había ordenado que fuese allí. «Por el deseo intenso de Śrī Srimad Bhaktisiddhanta Sarasvati Thakura —había escrito cuando cruzaba el Atlántico— el santo nombre de Sri Gauṛāṅga se extenderá por todos los países del mundo occidental.» Antes de que anocheciera, tenía que encontrar algún sitio donde poder estar, una manera de mantener el ímpetu de su predicación. Esto es lo que significaba trabajar sin el apoyo del gobierno, sin el apoyo de ninguna organización religiosa, sin nadie que le patrocinase. Significaba ser vulnerable y no tener seguridad.

Bhaktivedanta Swami se enfrentó con la crisis como una prueba que le enviaba Kṛṣṇa. La instrucción de la *Bhagavad-gītā* era depender de la protección de Kṛṣṇa: «En todas las actividades, sencillamente depende de Mí y actúa siempre bajo Mi protección. En este servicio devocional, ten plena conciencia de Mí... y así, por Mi gracia, pasarás por encima de todos los obstáculos de la vida condicionada».

Decidió telefonar a Carl Yeargens, uno de los asistentes habituales a las reuniones de la tarde, y pedirle ayuda. Al oír la voz del Swami por teléfono —¡era una emergencia!—, Carl aceptó al momento que el Swami fuese a su casa, con él y su mujer, Eva. Vivían cerca, en la calle Centre, cinco manzanas al oeste del Bowery, cerca de Chinatown. Carl llegaría inmediatamente.

* * *

Cuando había pasado una semana sin que Carl y sus amigos hubiesen encontrado un sitio adecuado, Bhaktivedanta Swami propuso que Carl y él fuesen a casa de Michael Grant, a ver si éste podía ayudarles. Mike, que era un músico joven que vivía en el Bowery, había asistido a las reuniones del Swami y había dado muestras de interés por las enseñanzas. Era un chico ingenioso y probablemente querría ayudarles.

Cuando Mike escuchó la historia del Swami, se sintió obligado a hacer algo. Al día siguiente, fue a *The Village Voice*, compró el primer periódico que

salió, miró los anuncios hasta encontrar algo apropiado, y telefoneó al propietario. Era una tienda en la Segunda Avenida, y el agente, un tal Sr. Gardiner, se puso de acuerdo con Mike para encontrarse allí. Carl y el Swami también irían.

El Sr. Gardiner y Mike llegaron los primeros. Mike se fijó en el rótulo poco habitual —«Regalos incomparables»— pintado a mano encima del escaparate. Era lo que quedaba, explicó el Sr. Gardiner, de cuando el local había sido una nostálgica tienda de regalos. Mike pasó a describir al Swami como un líder espiritual que venía de la India, un escritor importante y un erudito en sánscrito. El agente inmobiliario parecía receptivo. En cuanto llegaron el Swami y Carl y todos fueron presentados, el Sr. Gardiner les enseñó el pequeño local. El Swami, Carl y Mike consideraron cuidadosamente las posibilidades que tenía. Estaba vacío, sin decoración, y oscuro (no habían conectado la electricidad) y había que volver a pintarlo. Serviría para las reuniones, pero no para residencia del Swami. Pero por 125 dólares al mes, parecía conveniente. Entonces el Sr. Gardiner reveló que tenía un pequeño apartamento en el primer piso, del otro lado del patio posterior, directamente detrás de la tienda. Otros 71 dólares al mes, y el Swami podría vivir allí, aunque antes, el Sr. Gardiner tendría que pintarlo de nuevo. El alquiler total subiría a 196 dólares, y Carl, Mike y los demás, aportarían su contribución.

Bhaktivedanta Swami tuvo la idea de hacer al Sr. Gardiner el primer administrador oficial de su asociación en ciernes para la conciencia de Kṛṣṇa. Durante su conversación ofreció al Sr. Gardiner como presente una colección de su *Śrīmad-Bhāgavatam*, y en la ante portada escribió una dedicatoria personal, firmando después: «A. C. Bhaktivedanta Swami». El Sr. Gardiner se sintió halagado y honrado al recibir aquellos libros de manos del propio autor. Accedió a ser socio colaborador de la nueva asociación para la conciencia de Kṛṣṇa, y por tanto, a pagar a la asociación 20 dólares al mes.

El Sr. Gardiner empleó una semana en pintar el piso. Mientras tanto Mike se ocupó de dar de alta la electricidad y el agua y de que se instalase un teléfono, y junto con Carl reunieron entre sus amigos el importe del alquiler del primer mes. Cuando todo estuvo listo, Mike telefoneó al Swami a casa de Carl.

Entonces fue el momento de llevar al Swami a su nueva casa. Unos amigos que estaban disponibles acompañaron al Swami a la buhar dilla del

Bowery. Quizá no estaban preparados para convertirse en sus discípulos rendidos, pero contribuir al alquiler del primer mes y trabajar como voluntarios unas horas para ayudar a instalar la casa eran exactamente la clase de cosas que podían hacer de buena gana.

Swami, y después, se pusieron en marcha, Bowery arriba. Parecía un safari, una caravana de media docena de hombres cargados con las cosas de Swamiji. Michael llevaba el pesado magnetófono Roberts, y el Swami llevaba dos maletas. Lo hicieron todo tan deprisa, que hasta que ya habían andado bastante y el brazo de Mike comen zaba a dolerle, no se dio cuenta: «¿Por qué no hemos traído un coche?».

Era fin de junio, y un sol de verano vertía su calor entre brumas sobre la jungla del Bowery. Echando a andar y deteniéndose, el extraño safari, que se estiraba a lo largo de más de un manzana, hacía despacio su larga ruta. Swamiji luchaba con sus maletas, ante aquella fila interminable de tiendas de suministros para restauran tes y tiendas de lámparas, entre las calles Grand, Broome, y Spring. A veces, se detenía y descansaba, dejando sus maletas en el suelo. Por fin se marchaba del Bowery. Su amigo el electricista de la calle Setenta y dos se hubiera quedado tranquilo, aunque quizás no hubiese aprobado tampoco la Segunda Avenida. Por lo menos ya no viviría más en Skid Row. Siguió andando, pasando por delante de gentes sin hogar, que estaban ante el refugio del Ejército de Sal vación, por delante de tabernas con las puertas abiertas, deteniéndose en los semáforos, al lado de gente totalmente desconocida, vigilando el avance de su procesión de amigos que se esforzaba detrás de él.

Los artistas y músicos del Bowery le veían como «muy evolucio nado». Sentían que le movía el espíritu y deseaban ayudarle a ins talar su propia casa para que pudiese continuar su valiosa empresa espiritual y trasmitirla a los demás. El Swami necesitaba que ellos le ayudasen, y sin embargo sabían que él estaba en «un nivel supe rior», él era su propio protector, o, como él decía, Dios le protegía.

El Swami y sus jóvenes amigos llegaron a la esquina del Bowery y Houston, dieron vuelta a la derecha, y se dirigieron hacia el Este. Mirando fijamente hacia adelante mientras avanzaba, vio el extremo sur de la Segunda Avenida, una manzana más lejos. En la Segunda Avenida tenía que girar a la izquierda, seguir tan sólo una manzana hacia el Norte, por la calle Primera, y así llegaba a su nuevo hogar. Al dejar atrás la entrada de la línea IND del metro, vieron la tienda: «Regalos Incomparables». Agarró sus

maletas y siguió adelante. En el cruce de la Segunda Avenida con Houston se apresuró a través de una pausa en la rápida circulación. Pudo ver unos verdes árboles que asomaban las copas por encima del alto muro del patio, levantándose como hierba muy crecida en el espacio entre el edificio delantero y el de atrás de su nueva residencia.

En el edificio que daba a la calle tenía su sala de reuniones, en el de atrás, el piso en el que iba a vivir y a traducir. Al lado del edificio de la tienda, del lado norte, había un macizo almacén de ocho pisos. El edificio de la tienda era sólo de cinco pisos y parecía que lo habían añadido al edificio grande, como un hijito pequeño. En el lado sur, el nuevo templo de Bhaktivedanta Swami presentaba una superficie de cemento, disponible para añadir cualquier otra estructura; sólo había el amplio terreno de la concurrida estación de servicio Mobil, que daba a la calle Primera. Al acercarse a la tienda, Bhaktivedanta Swami pudo ver dos pequeños faroles que decoraban la estrecha entrada.

No había ninguna seguridad sobre lo que le esperaba allí. Pero ya era una buena señal que aquellos muchachos americanos, aun que a veces estuviesen locos, pudieran participar realmente en el movimiento de *sañkīrtana* de Śrī Caitanya. Quizá esta nueva casa fuese el lugar en el que encontrase definitivamente una base para su Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna.

Capítulo Segundo

Plantando la semilla

La nueva zona a la que fue Bhaktivedanta Swami no estaba tan degradada

como el cercano Bowery, aunque ciertamente tampoco estaba mal. Justo frente a su tienda, se podía ver una hilera de lápidas de sepulcro, a través de los melancólicos y mal iluminados escaparates de Hermanos Weitzner y Papper, Mármoles. Junto a Hermanos Weitzner, yendo hacia el Norte, estaba la tienda de bocadillos de Sam. Al lado de la tienda de Sam había un antiguo edificio de cuatro pisos con el rótulo A.I.R., después estaba Ben J. Horowitz, Monumentos (más lápidas), y finalmente la Funeraria Schwartz. En la manzana siguiente, en el número 43, sobresalía hacia la acera un toldo de lona gastada: Provenzano Lanza, Funeraria. Después estaba Cosmos Parcels (importadores), y unas manzanas más lejos, hacia la parte residencial de la ciudad, el llamativo rótulo en blanco y negro del Village East Theater.

Una manzana más allá, pero en el mismo lado de la avenida que la tienda, estaba la Iglesia de la Natividad, viejo edificio de dos pisos recién pintado de azul, con una cruz dorada encima. El número 26 de la Segunda Avenida tenía cinco pisos, la fachada estaba cubierta por una verduzca escalera de incendios, y daba la impresión de estar encogido contra el macizo Almacén de Refractarios Knochbocker.

La Segunda Avenida era una arteria principal del tráfico hacia la parte este de Manhattan, y el semáforo del cruce de Houston con la Segunda bombeaba un torrente de camiones de reparto, coches privados y taxis, que pasaba por delante de la puerta de Bhaktivedanta Swami. Desde por la mañana temprano hasta que se hacía de noche, había coches que pasaban por delante zumbando, seguidos por el ruido de los frenos, la tensión competitiva de esperar, un parachoques contra otro, el sonido impetuoso de los claxons, los chirridos de los cambios de marchas, motores rugiendo y acelerando, y otra vez el zumbido. El tráfico era denso y no permitía concentrarse.

En el 26 de la Segunda Avenida, había realmente dos tiendas. La que daba al norte era una lavandería automática, y la que daba al sur había sido una tienda de regalos, ahora vacía. Las dos tenían una entrada estrecha, grandes escaparates y una pintura apagada. Bajo el letrero que decía «Regalos Incomparables», había una ventana cuadrada de dos metros de largo, que unas semanas antes había mostrado cajas de cerillas decoradas con fotos de estrellas de cine de los años treinta y cuarenta. El letrero, (Regalos Incomparables), era el único recuerdo que quedaba de la nostálgica tienda de regalos que recientemente se había cerrado. Debajo del escaparate, un

par de tapas de hierro en la acera ocultaban unos peldaños de piedra que conducían al sótano y a la sala de calderas. La ancha acera estaba construida en secciones de distintas formas y tamaños correspondientes a diferentes momentos del pasado. Algunas de estas secciones estaban resquebrajadas o con socavones, y un polvo fino con diminutos trozos brillantes de cristal se había depositado en grietas y depresiones. En el bordillo había una boca de incendios de un negro opaco. A medio camino entre las entradas de las dos tiendas, estaba la entrada principal del número 26. Esta puerta daba a un vestíbulo forrado de buzones e interfonos, y, al fondo, una puerta cerrada daba al corredor que llevaba a las escaleras o al patio de detrás.

A la izquierda del escaparate de la tienda de regalos, estaba la puerta de entrada a la misma, un marco de madera oscura que sostenía un panel de cristal de una pieza. La puerta daba a la tienda, larga y estrecha, que estaba entonces sin amueblar. En el interior, a la derecha de la puerta, una plataforma, que se extendía por debajo del escaparate, tenía la altura apropiada para poder sentarse encima. Al fondo de la estancia desnuda y sórdida, dos ventanas con cristales mugrientos, protegidas con barrotes, daban al patio. Junto a la ventana de la izquierda, había una pila pequeña para lavarse las manos, sujeta al exterior de un retrete muy pequeño, cuya puerta daba hacia la parte delantera de la tienda. Una puerta, en la pared de la izquierda de la tienda, comunicaba con un corredor que llevaba al patio.

El patio estaba pavimentado con secciones geométricas de hormigón, y rodeado de jardines de arbustos y altos árboles. Había una mesa de picnic, una pila de agua para los pájaros y, en un poste, una casita, también para pájaros, y cerca del centro del patio, había dos macizos de arbustos. El patio estaba bordeado, al norte y al sur, por muros altos, y delante y en la parte de atrás, por los dos edificios. El pedazo de cielo por encima aliviaba el escenario.

Dominando el patio desde el edificio interior del 26 de la Segunda Avenida, estaba el apartamento de Bhaktivedanta Swami, en el primer piso, donde ahora iba a vivir, trabajar y adorar. Con la ayuda de sus amigos del Bowery había limpiado su nuevo hogar y se había instalado en él. En el cuarto del fondo, su despacho, había colocado contra una pared un delgado almohadón con un elefante estampado, y frente al almohadón, su maleta de metal sin pintar, que le servía de pupitre. Sobre ella había instalado su máquina de escribir, sus papeles y sus libros a los dos lados. Esto era su

espacio de trabajo. En el armario que había frente a su pupitre tenía sus manuscritos, envueltos en tela color azafrán, su reserva de él *Śrīmad-Bhāgavatams*, y sus escasos efectos personales. En la pared por detrás de su asiento colgó un calendario indio con la estampa de Śrī Kṛṣṇa (Kṛṣṇa, muchacho, estaba tocando Su flauta, con una vaca justo detrás de él. Śrī Kṛṣṇa estaba en pie sobre el planeta Tierra, que se curvaba como la cumbre de una pequeña colina bajo Sus pies). Había dos ventanas en la pared este, y los rayos de luz del sol de la mañana, filtrándose por la escalera de incendios, daban en el suelo de la habitación.

La habitación contigua estaba vacía, a excepción de una mesita de café de fantasía, que se convirtió en el altar de Bhaktivedanta Swami. Sobre la mesita colocó una imagen enmarcada de Śrī Caitanya y Sus compañeros. En la pared colgó un calendario indio con una imagen de Śrī Viṣṇu con cuatro brazos y Ananta Śeṣa, la serpiente celestial. Y, al igual que en la buhardilla del Bowery, puso una cuerda para tender la ropa.

Las dos habitaciones estaban recién pintadas, y los suelos eran de parquet de madera en buen estado. El cuarto de baño estaba limpio y se podía utilizar, lo mismo que la estrecha cocina amueblada. Bhaktivedanta Swami a veces se quedaba en pie ante la ventana de la cocina, mirando más allá del muro del patio. Había ido allí sin ninguna perspectiva de poder pagar el alquiler del mes siguiente.

Unos años antes de que Bhaktivedanta Swami llegase, un nuevo tipo de inquilino de tugurio había aparecido en el Lower East Side. Aunque hubo muchos análisis sociológicos y culturales de este fenómeno, aún permanece inexplicable el porqué de su llegada súbita, como una gran bandada de pájaros bajando en picado o como animales en una gran emigración instintiva, y por qué, después de unos años, desaparecieron.

Al principio, los recién llegados eran en su mayor parte artistas jóvenes, músicos e intelectuales, parecidos al grupo hippy de Prabhupāda en los tiempos del Bowery. Después llegaron los jóvenes marginados de clase media. Como había más espacio vital disponible y los alquileres eran más bajos que en el cercano Greenwich Village, se concentraron aquí, en el Lower East Side, que en el lenguaje de los agentes de fincas se llamó «East Village». Muchos incluso llegaron sin tener un sitio para vivir, y acampaban en los vestíbulos de entrada de las viviendas. Atraídos por los bajos alquileres y por la promesa de una libertad bohemia, estos jóvenes marginados de clase media, la vanguardia de un movimiento juvenil de

amplitud nacional, que pronto se conocerían en los medios informativos como «hippies», cambiaron su residencia por los tugurios de Lower East Side, en viva protesta contra la buena vida de materialismo de América.

Como respondiendo a una llamada instintiva, fugitivos más jóvenes, adolescentes, se unieron a los hippies mayores, y tras los fugitivos llegó la policía, llegaron los consejeros y los asistentes sociales, los albergues juveniles y los centros de asesoramiento sobre la droga. En la plaza de St. Mark surgió un nuevo tipo de comercio hippy, con tiendas sicodélicas, tiendas de posters, tiendas de discos, galerías de arte, y librerías que tenían de todo, desde papel de fumar hasta ropas hippies y luces sicodélicas.

Los hippies llegaron hasta el Lower East Side plenamente convencidos de que allí era donde debían estar, lo mismo que habían hecho sus predecesores inmigrantes. Para los emigrantes europeos de otra época, el puerto de Nueva York había sido la puerta de entrada a un país de riquezas y oportunidad, cuando al fin alcanzaban a ver con sus ojos el perfil de Manhattan y la Estatua de la Libertad. Ahora, en 1966, la juventud americana llegaba en tropel a Nueva York con sus propias esperanzas y celebraban la aparición ante sus ojos de su nuevo místico país: los tugurios del Lower East Side.

Era una coexistencia difícil, con hippies por un lado y portorriqueños, polacos, y ucranianos por otro. Los grupos étnicos establecidos se sentían molestos con los recién llegados, que no estaban verdaderamente obligados a vivir en tugurios, mientras que ellos sí lo estaban. De hecho, muchos de los jóvenes recién llegados eran descendientes de familias de inmigrantes que habían luchado durante generaciones para establecerse como americanos de clase media. Con todo, la inmigración juvenil de Lower East Side era tan real como lo había sido la de portorriqueños, polacos o ucranianos, aunque los motivos eran diferentes.

Los hippies habían dado la espalda al materialismo suburbano de sus padres, a la inútil felicidad de la tele y los anuncios, y a las efímeras metas de la clase media americana. Estaban decepcionados de sus padres, maestros, clero, dirigentes públicos y medios de comunicación, decepcionados con la política americana en Vietnam, y estaban atraídos por las ideologías políticas radicales que describían América como un gigante explotador, egoísta y cruel, que había que reformar o morir. Y estaban buscando amor verdadero, paz verdadera, existencia verdadera, y verdadera conciencia espiritual.

En el verano de la llegada de Bhaktivedanta Swami al 26 de la Segunda Avenida, la primera avanzada de la gran rebelión juvenil de los años sesenta ya había llegado al Lower East Side. Allí eran libres, libres para vivir en la pobreza y expresarse por el arte, la música, las drogas y el sexo. La charla era acerca de búsqueda espiritual. El LSD y la marihuana eran las claves que abrían nuevos reinos de conciencia. Estaban de moda las nociones sobre las culturas y las religiones orientales. Mediante las drogas, el yoga, la fraternidad o, sencillamente, estando libres, de alguna manera alcanzarían la iluminación. Cada uno debía mantener la mente abierta, y edificar su propia filosofía cósmica mediante una experiencia directa y una conciencia expandida por la droga, todo ello mezclado con sus propias lecturas eclécticas. Y si su vida parecía no tener finalidad, por lo menos, habían abandonado el juego sin sentido en el que el jugador vende su alma por bienes materiales, y de esta manera apoya un sistema que ya está podrido.

Así pues, ocurría que en 1966 miles de jóvenes andaban por las calles del Lower East Side, no solamente intoxicados o enloquecidos, aunque a menudo lo estaban, sino a la búsqueda de las respuestas esenciales de la vida, sin hacer ningún caso del «establishment» ni de la vida diaria que llevaban millones de americanos «serios».

El hecho de que la próspera tierra de América pudiera producir tantos jóvenes descontentos era algo que sorprendía a Bhaktivedanta Swami. Por supuesto, aquello probaba también que el bienestar material, el sello de la vida americana, no podía hacer feliz a la gente. Bhaktivedanta Swami no veía la infelicidad que le rodeaba en función de sus causas sociales, políticas, económicas y culturales inmediatas. Ni las condiciones de los barrios bajos, ni las rebeliones juveniles, eran las realidades verdaderamente importantes. Se trataba de manifestaciones de una infelicidad universal para la que no había otra solución que la conciencia de Kṛṣṇa. Se compadecía de las desdichas de cada uno, pero veía la solución universal.

Bhaktivedanta Swami no había hecho ningún estudio sobre el movimiento juvenil en América antes de trasladarse al Lower East Side. Nunca había hecho planes específicos de ir allí en medio de tanta gente joven. Pero en los diez meses pasados desde que salió de Calcuta, había ido de un sitio a otro por la fuerza de las circunstancias, o, según lo entendía él, «por la voluntad de Kṛṣṇa». Por orden de su maestro espiritual había venido a América, y

por la voluntad de Kṛṣṇa había llegado al Lower East Side. Su misión aquí era la misma que había sido en el Bowery o en la zona residencial o incluso en la India. Tenía la idea fija de la orden de su maestro espiritual y del punto de vista védico, un punto de vista que no iba a sufrir influencia alguna por los cambios radicales de los años sesenta. Ahora, si se daba el caso de que aquellos jóvenes, a causa de algún cambio en el clima cultural americano, se manifestaban más receptivos a sus enseñanzas, serían bienvenidos. Y esto sería también por la voluntad de Kṛṣṇa.

En realidad, a causa de la influencia ominosa de la Era de Kali, éste era, históricamente, el peor de los tiempos para la cultura espiritual, con revolución hippy o sin ella. Y Bhaktivedanta Swami estaba tratando de trasplantar la cultura védica a una tierra más extraña de la que hubiese tenido cualquiera de los maestros espirituales anteriores. Por eso pensaba que su trabajo había de ser sumamente difícil. A pesar de esta era, mala en general, inmediatamente antes de que Bhaktivedanta Swami llegase al Lower East Side, comenzaron a vibrar en la sociedad americana temblores de descontento y revuelta contra la cultura de Kali-yuga, enviando oleadas de gente joven a las calles del Lower East Side de Nueva York, en busca de algo más allá de la vida ordinaria, buscando alternativas, buscando la satisfacción espiritual. Estos jóvenes, desgajados de su pasado estereotipado y materialista, y reunidos en aquel momento en el Lower East Side de Nueva York eran los que habían de ser, por casualidad o por el destino, la congregación para las ofrendas de *kīrtana* y guía espiritual de la tienda de Bhaktivedanta Swami.

La llegada de Bhaktivedanta Swami pasó desapercibida. Los vecinos decían que alguien había tomado la tienda de regalos al lado de la lavandería. Había un cuadro extraño, ahora, en el escaparate, pero nadie sabía lo que era. No sabían lo que era la *Bhagavad-gītā*, y los pocos que lo conocían pensaron: «Quizás sea una librería de yoga, o algo así». Los portorriqueños de los alrededores veían en el escaparate el cuadro de Harvey Cohen con Śrī Caitanya y Sus compañeros cantando y bailando, y después se iban sin ninguna expresión en la mirada. El gerente de la estación de gasolina Mobil de al lado, no podía preocuparse menos de quién había ido a vivir allí; sencillamente no cambiaba nada las cosas. A los vendedores de lápidas sepulcrales y a los directores de las pompas fúnebres del otro lado de la calle no les importaba. Y para los conductores de los incontables coches y camiones que pasaban por delante, la tienda de Swamiji ni tan siquiera

existía. Pero por allí había gente joven que estaba intrigada con el cuadro, y fueron hasta el escaparate para leer el trocito de papel. Algunos de ellos incluso conocían la existencia de la *Bhagavad-gītā*, aunque no podían relacionarlo con el cuadro de Śrī Caitanya y los bailarines. Unos pocos pensaron ir a las clases de Swami Bhaktivedanta, y ver de qué se trataba.

Una mañana de julio, Howard Wheeler iba a toda prisa, desde su apartamento de la calle Mott al de un amigo en la calle Quinta, un lugar tranquilo, donde esperaba encontrar un poco de calma. Iba calle Mott arriba hacia Houston, giró a la derecha y se dirigió hacia el Este, a través de Bowery, pasando por entre el impetuoso tráfico, tropezando con los mendigos, y fue hacia la Segunda Avenida.

Howard: Después de cruzar el Bowery, justo antes de la Segunda Avenida, vi a Swamiji paseando por la acera con aire desenvuelto, la cabeza alta y la mano en la bolsa de las cuentas. Me sorprendió lo mismo que un actor famoso en una película muy conocida. Parecía no tener edad. Llevaba la ropa tradicional color azafrán de un sannyāsī y unos pintorescos zapatos blancos en punta. Mientras bajaba por la calle Houston parecía el genio que salió de la lámpara de Aladino.

Howard tenía 26 años, era alto, de cuerpo ancho, con el pelo largo y oscuro, una barba poblada y unas gafas de montura negra. Era profesor de inglés de la Universidad del Estado de Ohio, y acababa de hacer un viaje a la India, donde había estado buscando un *guruverdadero*.

Bhaktivedanta Swami vio a Howard, y los dos se detuvieron al mismo tiempo. Howard preguntó lo primero que se le vino a la cabeza: «¿Es usted de la India?».

Bhaktivedanta Swami sonrió. «¡Oh, sí!, ¿y usted?»

Howard: Yo le dije que no, pero que acababa de volver de la India y que estaba muy interesado en su país y en la filosofía hindú. Me dijo que había venido desde Calcuta y que llevaba en Nueva York casi diez meses. Tenía los ojos tan límpidos y cordiales como los de un niño, e incluso allí, al lado de los camiones que rugían y rodaban calle Houston abajo, transmitía una fresca tranquilidad incommovible, basada en algo mucho más allá de la gran metrópolis que vociferaba en torno a nosotros.

Howard no llegó a casa de su amigo aquel día. Volvió a su apartamento de la calle Mott, para ver a Keith y a Wally, sus compañeros de alojamiento, y

les habló, a ellos y a todos los que conocía, sobre el *guru* que había aparecido inexplicablemente entre ellos. Les dijo cómo él y el Swami habían estado hablando, y que el Swami había mencionado su casa, cerca de allí, en la Segunda Avenida, donde tenía la intención de dar algunas clases.

Howard: *«Fui con él y al volver la esquina, señaló un local pequeño entre las calles Primera y Segunda, al lado de la estación de servicio Mobil. Había sido una tienda de regalos, y alguien había pintado las palabras Regalos Incomparables sobre el escaparate. En aquel momento no me di cuenta de lo proféticas que eran. «¿Es éste un buen barrio?», me preguntó. Le dije que me parecía que sí. No tenía idea sobre lo que iba a ofrecer en sus «clases», pero yo sabía que todos mis amigos estarían encantados con que un swami indio se hubiese instalado en los alrededores.»*

La noticia se extendió. Aunque ya no era tan fácil para Carl Yeargens y algunos otros venir desde el Bowery y Chinatown (tenían otras cosas que hacer), Roy Dubois, un escritor de comics de 25 años, había visitado al Swami en el Bowery, y cuando supo la nueva dirección del Swami decidió pasarse por allí. James Greene y Bill Epstein no habían olvidado al Swami y también querían ir. El restaurante Paradox aún era un contacto vivo, y llevó a unos cuantos interesados en el tema. Y otros, como Stephen Guarino, vieron la señal del Swami en el escaparate. Steve, de 26 años, era un asistente social del departamento de beneficencia de la ciudad, y un día, en el intervalo del almuerzo cuando iba hacia su casa, desde la oficina en la esquina de la Calle Quinta y la Segunda Avenida, vio el aviso del Swami pegado en el escaparate. Había estado leyendo una edición de bolsillo de la *Gītā* y se prometió asistir a las clases del Swami.

Howard también había visto el pequeño anuncio en el escaparate el día que estuvo con el Swami delante de la tienda:

CLASES SOBRE LA BHAGAVAD-GITA
A. C. BHAKTIVEDANTA SWAMI
LUNES, MIÉRCOLES Y VIERNES
TARDES DE 7 A 9

–¿Traerá a sus amigos? –,había preguntado Prabhupāda.
–Sí –había prometido Howard–. El lunes por la tarde.

* * *

La tarde veraniega era calurosa, y en el local, las ventanas del fondo y la puerta de entrada estaban abiertas de par en par. Chicos jóvenes, algunos de ellos con vaqueros negros y camisas de sport con botones hasta abajo y anchas rayas deslavadas, habían dejado a la puerta sus gastadas zapatillas de deporte y se habían sentado en el suelo. La mayor parte de ellos eran del Lower East Side; ninguno había tenido que molestarse mucho para ir allí. El local, que era pequeño, estaba desprovisto de todo. Ni cuadros, ni muebles, ni alfombra, ni siquiera una silla. Sólo unas cuantas esteras lisas, de paja. Una sola bombilla colgaba del techo en el centro de la tienda. Eran las siete, y se habían reunido allí unas doce personas, cuando de pronto, Bhaktivedanta Swami abrió la puerta lateral y entró.

No llevaba camisa, y la tela color azafrán que cubría su torso dejaba desnudos los brazos y parte del pecho. Tenía la piel lisa, de un dorado oscuro, y al observarle, con la cabeza afeitada, los largos lóbulos de las orejas, su aspecto grave, parecía como las pinturas de Buda meditando que habían visto aquellos chicos. Era viejo, pero tenía una postura erguida y estaba lozano y radiante. Se había decorado la frente con las señales de los *vaiṣṇavas* con arcilla amarillenta. Bhaktivedanta Swami reconoció al grande y barbudo Howard y sonrió.

–¿Ha traído usted a sus amigos?

–Sí –contestó Howard con su voz alta y resonante.

–¿Ah!, ¿muy bien!

Bhaktivedanta Swami se quitó los zapatos blancos, se sentó en una delgada estera, frente a su congregación, e indicó que podían sentarse. Distribuyó varios pares de címbalos de latón y, de modo conciso, hizo una demostración de ritmo. Uno... dos... *tres*. Comenzó a tocar con un sonido sorprendente y resonante. Comenzó a cantar: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare

Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Entonces le tocó el turno a la audiencia. «Cantad», les dijo. Algunos ya sabían; los otros fueron comprendiendo poco a poco, y después de repetir unas cuantas veces, todos cantaban al mismo tiempo.

La mayoría de aquellos chicos y las pocas chicas que había allí, se habían embarcado alguna vez en el viaje sicodélico en busca de un nuevo mundo de conciencia expandida. Audaz e intrépidamente, habían entrado en las aguas prohibidas y turbulentas del LSD, el peyote y los hongos mágicos. Sin atender a advertencias, arriesgaron todo y lo hicieron. Sin embargo, tenía

mérito su valor, su anhelo por encontrar las nuevas dimensiones del yo, de ir más allá de la existencia ordinaria, incluso si no sabían qué era ese más allá ni si volverían jamás a la seguridad de lo ordinario.

Sin embargo, cualquiera que fuese la verdad que había encontrado, continuaban insatisfechos, y cualesquiera que fuesen los mundos que habían alcanzado aquellos jóvenes viajeros sicodélicos, habían vuelto siempre al Lower East Side. Ahora estaban probando el *mantra* Hare Kṛṣṇa. Cuando el *kīrtana* salió de pronto de los címbalos y de la sonora voz del Swami, todos sintieron al momento que allí iba a haber algo fuera de serie. Allí había otra posibilidad de «hacer un viaje», y se entregaron a ello con entusiasmo. Someterían su mente y explorarían los límites del canto hasta sus últimas consecuencias. Muchos de ellos ya habían asociado el *mantra* con los místicos *Upaniṣads* y *Gītā*, libros que los habían atraído con palabras de misterio: «Espíritu eterno... Negar la ilusión». Pero, sea lo que sea, este *mantra indio*, sea bienvenido, pensaban. Que sus ondas nos lleven lejos y alto. Nosotros cantamos y ya veremos lo que pasa. Cueste lo que cueste, que pase lo que quiera. El canto parecía sencillo y bastante natural. Era agradable y no iba a hacer daño a nadie. A su manera, era algo fuera de serie.

Mientras Bhaktivedanta Swami cantaba en su propio éxtasis interior, observaba a su abigarrada congregación. Ahora estaba abriendo brecha en un nuevo terreno. A medida que sonaban los címbalos, el canto alterno del *mantra* Hare Kṛṣṇa tomó fuerza, llenando la tarde. Algunos vecinos se molestaron. Los niños portorriqueños, encantados, se asomaban a la puerta y al escaparate, mirando. Llegó el crepúsculo.

A pesar de lo exótico que era, todos podían entender que un swami estaba elevando una antigua oración de alabanza a Dios. Aquello no era rock ni jazz. Estaban ante un santo, un swami, haciendo una demostración religiosa en público. Pero la combinación era extraña: un viejo swami indio cantando un *mantra* antiguo en un local lleno de jóvenes hippies americanos que cantaban con él.

Bhaktivedanta Swami siguió cantando, con la rapada cabeza alta y ladeada, temblándole ligeramente el cuerpo de la emoción. Seguro de sí, dirigía el *mantra* absorto en pura devoción, y los demás respondían. Más transeúntes fueron atraídos al escaparate y a la puerta abierta del local. Alguno se burlaba, pero el canto era demasiado fuerte. En el sonido del *kīrtana*, hasta los claxons de los coches eran un tenue repiqueteo. La vibración de los

motores y el estruendo de los camiones continuaban, pero ahora, en la distancia, pasaban desapercibidos.

Reunido en aquel cuarto desnudo, bajo la débil luz eléctrica, el grupo cantaba siguiendo a su director, creciendo poco a poco, de un coro débil e inseguro, a una casi armonía de voces. Ellos seguían dando palmadas y cantando, poniendo en ello todo cuanto podían, con la esperanza de descubrir sus secretos. Aquel swami no estaba dando solamente una demostración de cinco minutos como muestra. De momento él era su líder, su guía en un reino desconocido. El corto encuentro de Howard y Keith con un *kīrtana* en Calcuta no les había hecho sentirse parte del mismo. El canto no había sido como éste, en el centro mismo del Lower East Side con un auténtico swami dirigiéndoles.

En su mente había ambiciones sicodélicas de ver el rostro de Dios, fantasías y visiones de enseñanzas hindúes y la presunción de que «ESO» era enteramente luz impersonal. Bhaktivedanta Swami había encontrado un grupo parecido en el Bowery, y sabía que no estaban experimentando el *mantra* con la reverencia disciplinada y el conocimiento debidos. Pero les dejó cantar a su manera. Con el tiempo, llegaría la sumisión al sonido espiritual, la purificación, la iluminación y el éxtasis al cantar y escuchar Hare Kṛṣṇa.

El Swami interrumpió el *kīrtana*. El canto había apartado al mundo, pero en aquel momento, el Lower East Side volvía de nuevo. Los niños a la puerta comenzaron a charlar y reír. Coches y camiones hicieron oír su estruendo una vez más. Y una voz chilló desde un apartamento próximo pidiendo silencio. Eran más de las siete y media. Había pasado media hora.

* * *

Su clase es muy elemental, y sin embargo, para la juventud inquieta, cargada de filosofía. Algunos no pueden aguantarlo y se levantan bruscamente al oír las primeras palabras del Swami, se ponen los zapatos que están junto a la puerta de entrada y se van a la calle. Otros se han marchado nada más ver que el canto se había acabado. Sin embargo, hasta ahora éste es su mejor grupo. Unos pocos de la congregación del Bowery están presentes. Los muchachos de la calle Mott están aquí y precisamente están buscando a un *guru*. Muchos del grupo han leído ya la *Bhagavad-gītā*, y no son tan orgullosos como para oír y admitir que no lo han entendido.

Es otra tarde de julio calurosa y ruidosa de la puerta hacia afuera. Los niños tienen sus vacaciones de verano, y están en la calle hasta que se hace de noche. Cerca, un perro grande está ladrando – *¿Guau!, ¿guau!, ¿guau!–*, hay un estruendo constante de tráfico, delante del escaparate unas niñas pequeñas están chillando, y todo esto hace difícil dar una charla. Sin embargo, a pesar de la distracción de los niños, del tráfico y los perros, quiere tener la puerta abierta. Si la cierran, dice: «¿Por qué la cierran? La gente puede venir». Y sigue impávido, citando en sánscrito, manteniendo la atención de su auditorio, y exponiendo su mensaje urgente, mientras la cacofonía implacable rivaliza con cada una de sus palabras...

–¿Guau! ¡Guau! ¡Guau!

«¡Eeeeeeeek! ¡Yaaaaaa!» Las niñas que chillan molestan a la manzana entera. A distancia, un hombre dice a gritos desde su ventana: «¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí!».

Bhaktivedanta Swami: «Diles que no hagan ruido».

Roy (uno de los muchachos del templo): «El hombre está echando a los críos, ahora».

Bhaktivedanta Swami: «Sí, sí, estos niños están molestando. Diles...».

Roy: «Sí, esto es lo que... ahora mismo los está echando el hombre».

Bhaktivedanta Swami: «Están haciendo ruido».

Roy: «Sí, ya los está echando».

El hombre echa de allí a los niños, pero volverán. No se puede echar a los niños de la calle: viven allí. Y el perro no deja de ladrar. Y, ¿quién puede detener los coches? Los coches están siempre allí. El Swami emplea los coches para poner un ejemplo: Cuando llega a nuestros ojos momentáneamente un coche en la Segunda Avenida, nosotros no creemos que este coche no existiera antes de que le viésemos, ni que cese de existir cuando ya no le veamos; igualmente, cuando Kṛṣṇa va de este planeta a otro, esto no quiere decir que no exista ya, aunque pueda parecerlo. En realidad, solamente está fuera de nuestra visión. Kṛṣṇa y Sus encarnaciones aparecen y desaparecen constantemente en planetas innumerables por los universos innumerables de la creación material.

Los coches están pasando siempre, rugiendo y rodando con cada una de las palabras que dice Bhaktivedanta Swami. La puerta está abierta y él se mantiene sereno junto a un río de monóxido de carbono, asfalto,

neumáticos ruidosos y oleadas constantes de tráfico. Ha hecho un largo camino desde las orillas de su Yamunā, en Vṛndāvana, donde grandes santos y sabios se han reunido, a través de los siglos, para hablar de la conciencia de Kṛṣṇa. Pero su auditorio vive *aquí*, en este escenario; por eso él ha venido aquí, al lado del río impetuoso del tráfico de la Segunda Avenida, para pronunciar en voz alta el mensaje eterno.

Aún insiste sobre el mismo punto: todo lo que hagas teniendo conciencia de Kṛṣṇa, por pequeño que sea, será eternamente provechoso para ti. Sin embargo, ahora, más que cuando estaba en la zona residencial o en el Bowery, pide a sus oyentes que se adhieran *plenamente* a la conciencia de Kṛṣṇa y se hagan devotos. Les asegura...

–De manera que no importa lo que una persona haya hecho anteriormente, cuáles hayan sido sus acciones pecaminosas. Una persona puede no ser perfecta al principio, pero si se ocupa en servicio, se purificará.

De pronto, entra un mendigo del Bowery, silbando y dando voces de borracho. La asistencia permanece sentada, sin saber qué hacer.

Borracho: «¿Qué tal? Vuelvo ahora mismo. Traje algo más».

Bhaktivedanta Swami: «No moleste. Siéntese. Estamos hablando en serio».

Borracho: «Lo pondré ahí. ¿Es una iglesia? Muy bien. Ahora vuelvo».

El hombre tiene el pelo blanco, una barba corta y gris, y lleva la ropa muy sucia. El olor apesta el templo. Pero de pronto, da de banda, cruza la puerta y desaparece.

Bhaktivedanta Swami se ríe entre dientes y vuelve inmediatamente a su charla.

Pero a los cinco minutos, vuelve el viejo mendigo, anunciando su entrada: «¿Qué tal? He traído algo». Se abre paso entre el grupo, derecho hacia el fondo del templo, donde está sentado el Swami. Abre la puerta del servicio, pone allí dos rollos de papel cierra la puerta, y después se vuelve hacia el lavabo, pone encima unas toallas de papel, y debajo, dos rollos más de papel higiénico y más toallas de papel. Se queda de pie y se vuelve hacia el Swami y hacia los demás. El Swami le mira y pregunta: «¿Qué es esto?». El vagabundo no dice nada; ha hecho su trabajo. El Swami se echa a reír, dando las gracias a su visitante, que se dirige hacia la puerta: «Gracias. Muchas gracias». El vagabundo sale. «Ved –dice Bhaktivedanta Swami a la concurrencia–. Es una tendencia natural la de prestar algún servicio. Ya lo veis; él no está bien, pero pensó: "Aquí hay algo. Haré algún servicio". Podéis ver que viene por sí solo. Es algo natural.»

Los muchachos del auditorio se miraron unos a otros. Esto es realmente demasiado: primero el canto con los címbalos de latón, el Swami con aire de Buda hablando de Kṛṣṇa y cantando, y ahora, esta bufonada del vagabundo. Pero el Swami está tan tranquilo, verdaderamente tranquilo, allí sentado en el suelo, como si no tuviese miedo de nada, sencillamente hablando de su filosofía sobre el alma, y de que nosotros nos volvamos santos, y que ¡hasta el viejo borracho sea un santo!

Después de casi una hora, el perro sigue ladrando y los niños chillando. El Swami responde a algunas preguntas y después comienza otro *kīrtana*. Y el Lower East Side vuelve a calmarse. El canto comienza: los címbalos de latón, la voz de Bhaktivedanta Swami que lleva la melodía, y la audiencia que responde. Dura media hora y después se detiene.

El auditorio se sienta ante el Swami, mientras un chico le lleva una manzana, un cuenco pequeño de madera y un cuchillo. Mientras la mayor parte de la audiencia sigue aún sentada, observando, considerando los efectos del canto, como si hubiera sido una nueva droga, el Swami corta en dos la manzana, después en cuartos, después en octavos hasta que tiene muchos trozos. Él mismo toma uno, y dice a uno de los chicos que pase el cuenco entre ellos. El Swami echa hacia atrás la cabeza y con habilidad, pone un trozo de manzana en la boca, sin que los dedos hayan tocado los labios. Mastica un poco, rumiando con la boca cerrada.

Los miembros de la congregación mastican en silencio trocitos de manzana. Observan como el Swami se levanta, se pone los zapatos y sale por la puerta lateral.

* * *

«Nuestra asociación se llamará ISKCON.» Bhaktivedanta Swami había reído alegremente cuando pensó por vez primera en estas siglas.

Ya había iniciado las gestiones legales para la constitución, aquella primavera, cuando estaba aún en el Bowery. Pero incluso antes de su comienzo legal, ya había estado hablando de su «Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna»*, y así la había denominado en algunas cartas a la India y en *The Village Voice*. Un amigo propuso un nombre que hubiera sonado menos extraño a los occidentales: «Asociación Internacional para la Conciencia de Dios». Pero «Dios» era un término muy vago, mientras que «Krisna» era exacto y científico; «la conciencia de Dios» era más débil espiritualmente, menos personal. Y si los occidentales no sabían

que Kṛṣṇa era Dios, entonces se lo explicaría la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna, difundiendo Su gloria «en toda ciudad y aldea».

«La conciencia de Kṛṣṇa era la expresión con la que Bhaktivedanta Swami traducía una frase del *Padyāvalī* de Śrīla Rūpa Gosvāmī, escrita en el siglo XVI. *Kṛṣṇa-bhakti-rasa-bhāvita*: «Absorberse en la suave dulzura de desempeñar servicio devocional para Kṛṣṇa».

Los propósitos declarados en el artículo de constitución de ISKCON revelan el pensamiento de Bhaktivedanta Swami. Había siete puntos, parecidos a los que figuraban en el prospecto para la Liga de Devotos que él mismo había formado en Jhansi, India, en 1954. Aquella tentativa no había tenido éxito, pero sin embargo, sus propósitos eran los mismos.

SIETE PROPÓSITOS DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA CONCIENCIA DE KRISNA

- a) Propagar sistemáticamente el conocimiento espiritual en toda la sociedad, y educar a la gente en las técnicas de la vida espiritual, para detener el desequilibrio de valores de la vida, y alcanzar la unidad y la paz verdaderas en el mundo.
- b) Propagar la conciencia de Krisna, tal como está revelada en la Bhagavad-gita y el Srimad-Bhagwatam.
- c) Reunir a los miembros de la Asociación entre sí y acercarlos a Krisna, la entidad primordial, y así, desarrollar la idea entre los miembros y la humanidad en general, de que cada alma es parte integrante de la naturaleza de Dios (Krisna).
- d) Enseñar y alentar el movimiento de sankirtan, el canto en con-gregación del santo nombre de Dios, tal como se ha revelado en las enseñanzas de Sri Chaitanya Mahaprabhu.
- e) Erigir para los miembros y para la sociedad en general, un lugar santo de pasatiempos trascendentales, dedicado a la Personalidad de Krisna.

f) Unir más a los miembros, con la intención de enseñar una forma de vida más simple y natural.

g) Con el fin de lograr los mencionados objetivos, publicar y distribuir periódicos, revistas, libros y otros escritos.

Con independencia de lo que pensasen los socios fundadores de ISKCON de los objetivos de la Asociación, Bhaktivedanta Swami los consideraba realidades inminentes. Como había señalado el Sr. Rubén, el conductor de metro que había encontrado a Bhaktivedanta Swami en un banco de un parque de Manhattan en 1965: «Parecía saber que tendría templos llenos de devotos. "Hay templos y libros, –había dicho–. Existen, están ahí, pero el tiempo nos separa de ellos"».

Ciertamente, ninguno de sus primeros seguidores que firmaron los artículos de constitución de ISKCON, veía una forma inmediata para el sueño del Swami, y sin embargo, aquellos siete objetivos no eran simple retórica teísta, inventada para convencer a unos pocos funcionarios del gobierno del Estado de Nueva York. Bhaktivedanta Swami se proponía realizar cada uno de los puntos de los estatutos.

* * *

A causa de la presencia del Swami y las cosas que decía y los *kīrtanas*, todo el mundo llamaba «el templo» al local. Pero aún no era más que un miserable local vacío. La inspiración para decorarlo la tuvieron los muchachos de la calle Mott.

Howard, Keith y Wally imaginaron un plan para sorprender al Swami cuando viniese para el *kīrtana* de la tarde. Wally quitó las cortinas de su apartamento, las llevó a la lavandería automática (donde pusieron el agua marrón oscuro, de la suciedad), y las tiñó de morado. El apartamento de la calle Mott estaba decorado con carteles, pinturas y grandes colgaduras decorativas de seda, que Howard y Keith habían traído de la India. Los muchachos reunieron todas sus pinturas, tapices, incensarios y otras cosas, y se llevaron todo, con las cortinas moradas, al local, donde comenzaron su día de decoración.

En el local, los muchachos construyeron una plataforma de madera para que el Swami se sentase, y la cubrieron con una tela vieja de terciopelo.

Detrás de la plataforma, en la pared del fondo, entre las dos ventanas que daban al patio, colgaron las cortinas moradas, flanqueadas por otro par de ellas color naranja. Sobre un panel naranja, justo por encima del asiento del Swami, colgaron una enorme pintura circular de Rādhā y Kṛṣṇa que había hecho un chico llamado James Greene. Bhaktivedanta Swami se la había encargado a James, dándole la cubierta de su *Śrīmad-Bhāgavatam*, con sus toscos dibujos indios como modelo. Las figuras de Rādhā y Kṛṣṇa eran algo abstractas, pero los críticos del Lower East Side que frecuentaban el local aclamaron la obra como un logro maravilloso.

Keith y Howard confiaban menos en que el Swami aprobase sus pinturas y estampados de la India, así que los colgaron cerca del lado del templo que daba a la calle, lejos del sitio en que se sentaba. Una de aquellas láminas, muy conocida en la India, representaba a Hanumān llevando una montaña por el cielo para Śrī Rāmacandra. Los muchachos no tenían idea de la clase de ser que era Hanumān. Pensaron que quizás fuese un gato, por la forma del labio superior. Después estaba la pintura de una figura masculina con seis brazos, dos de los cuales, pintados de un color verduzco, sostenían un arco y una flecha; otro par, azulado, sostenía una flauta, y el tercero, dorado, sostenía un bastón y un cuenco.

Ya entrada la tarde, habían cubierto la plataforma de sentarse, habían colgado las cortinas, fijado con tachuelas las sedas y las láminas decorativas, habían colgado las pinturas, y estaban decorando el estrado con flores y candeleros. Alguien trajo un almohadón para que se sentara en él el Swami, y un cojín descolorido de una silla demasiado rellena como respaldo.

Además de los de la madriguera de la calle Mott, Robert Nelson, uno de los amigos del Swami de la zona residencial, cogió de su garaje una de las alfombras orientales estilo belga de su abuelo, y la llevó en el metro al 26 de la Segunda Avenida. Hasta Raphael y Don, dos hippies que parecían interesarse solamente por comer gratis y por un sitio donde dormir, participaron en el trabajo.

El secreto estuvo bien guardado y los muchachos esperaban ver cómo respondía el Swami. Aquella noche, cuando entró para empezar el *kīrtana*, vio el templo recién decorado (hasta había incienso quemándose), y subió las cejas con satisfacción. «Adelantáis mucho –les dijo, mientras miraba el cuarto, sonriendo abiertamente–. Sí –añadió–, esto es la conciencia de Kṛṣṇa». Su repentina satisfac-

ción manifiesta pareció a los muchachos el premio a su arduo esfuerzo. Después, subió a la plataforma, mientras los muchachos contenían la respiración, esperando que fuese sólida, y se sentó, mirando a los devotos y la decoración.

Le habían complacido. Pero entonces asumió un aire de extrema seriedad, y aunque sabían que era ciertamente el mismo Swamiji, la risa nerviosa se les quedó en la garganta y las miradas de contento que intercambiaban disminuyeron, con incertidumbre y nerviosismo. Al ver la seriedad del Swami, la alegría de un momento antes les pareció infantil. Lo mismo que una nube cubre el Sol rápidamente, como una sombra oscura, el Swami había cambiado su expresión de alegre a serio, y espontáneamente ellos resolvieron estar igualmente serios y sobrios. El Swami tomó los *karatālas* y volvió a sonreír con apreciación, y sus corazones rebosaron de nuevo.

El templo seguía siendo un local diminuto, con muchas cucarachas escondidas y sin esconder, el suelo inclinado y mala luz. Pero como mucha de la decoración venía de la India, tenía una atmósfera auténtica, sobre todo con el Swami sentado en el estrado. Ahora los visitantes que entraban se encontraban de pronto en un pequeño templo indio.

Bhaktivedanta Swami miró al grupo de sus seguidores. Estaba conmovido por el sitio de honor que le habían ofrecido y su empeño por decorar el local de Kṛṣṇa. Ver que un devoto ofrecía algo a Kṛṣṇa no era nuevo para él. Pero *aquello* era nuevo. En Nueva York, la semilla del *bhakti* crecía, y naturalmente, como jardinero de aquel tierno brote, estaba conmovido por la gracia de Kṛṣṇa. Mirando hacia las pinturas de la pared, dijo: «Mañana vendré a ver las pinturas y os diré cuáles son buenas».

Al día siguiente, Bhaktivedanta Swami bajó a valorar la nueva exposición de arte. Una acuarela enmarcada tenía un hombre tocando un tambor de mano mientras una muchacha bailaba. «Ésta está bien», dijo. Pero había otra pintura con una mujer, que era más mundana, y dijo: «No, esta pintura no está tan bien». Fue hacia el fondo del templo, seguido ansiosamente de Howard, Keith y Wally. Cuando llegó a la pintura con el personaje de seis brazos, dijo: «¿Oh, ésta es muy bonita!».

–¿Quién es? –preguntó Wally.

–Éste es Śrī Caitanya –replicó Swamiji.

–¿Poqué tiene seis brazos?

–Porque Él demostró ser los dos, Rāma y Kṛṣṇa. Éstos son los brazos de Rāma y éstos son los de Kṛṣṇa.

–¿Qué son los otros dos brazos? –preguntó Keith.

–Esos son los brazos de un *sannyāsī*.

Fue hacia la pintura siguiente. «Ésta también es muy bonita.»

–¿Quién es?, –preguntó Howard.

–Éste es Hanumān.

–¿Es un gato?

–No –contestó Swamiji–. Es un mono.

Hanumān está glorificado en el Rāmāyaṇa como el valiente y fiel servidor de Śrī Rāmacandra. Millones de indios adoran a la encarnación de Śrī Rāma y de Su servidor, Hanumān, cuyas proezas se exhiben perennemente en teatro, cine, arte, y adoración en los templos. Al no saber quién era Hanumān, los muchachos de la calle Mott no eran menos ignorantes que las viejas damas de la zona residencial que, cuando Bhaktivedanta Swami les preguntó si alguna de ellas había visto una pintura de Kṛṣṇa, se habían quedado con la mirada vacía. Los místicos del Lower East Side no distinguían a Hanumān de un gato, y habían llevado de su versión de hachís de la India una pintura de «rī Caitanya Mahāprabhu sin saber ni siquiera de quién se trataba. Sin embargo, había una diferencia importante entre aquellos muchachos y las damas de la zona residencial: los muchachos servían a Swamiji y cantaban Hare Kṛṣṇa. Habían acabado con la vida material y con el síndrome del premio al trabajo de la clase media. Su corazón se había despertado a la promesa de Swamiji de una conciencia de Kṛṣṇa expandida y sentían en su compañía algo de exaltado. Lo mismo que el vagabundo del Bowery que había donado papel higiénico durante la charla de Bhaktivedanta Swami, los muchachos del Lower East Side no tenían la mente muy en orden, y sin embargo, según la visión de Bhaktivedanta Swami, Kṛṣṇa les estaba guiando desde dentro de sus corazones. Bhaktivedanta Swami sabía que cambiarían a mejor cantando y oyendo hablar acerca de Kṛṣṇa.

* * *

El verano de 1966 entraba en agosto, y Prabhupāda se mantenía en buena salud. Para él, eran unos días felices. Los neoyorkinos se lamentaban de las olas de calor del verano, pero esto no causaba ninguna molestia a quien estaba acostumbrado a las temperaturas de más de 40 grados, en los abrasadores veranos de Vṛndāvana. «Es como en la India», decía, mientras iba sin camisa, con aspecto relajado y como en casa. Había pensado que en

América tendría que vivir de patatas cocidas (aparte de eso, no habría más que carne), pero allí estaba comiendo tan contento el mismo arroz, *dāl*, y *capātīs*, y cocinando en la misma olla de tres pisos, como en la India. El trabajo sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam* también había continuado con regularidad desde que se había instalado en el apartamento de la Segunda Avenida. Y ahora Kṛṣṇa estaba llevándole a aquellos sinceros muchachos que cocinaban, escribían a máquina y le escuchaban habitualmente, cantando Hare Kṛṣṇa y pidiendo más.

Prabhupāda seguía siendo un predicador solitario, libre de irse o quedarse, que escribía sus libros en su propia, íntima relación con Kṛṣṇa, con toda independencia de los muchachos del local. Pero ahora consideraba la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna como un hijo espiritual. Los inquisitivos muchachos, muchos de los cuales ya habían estado cantando de manera constante por más de un mes, eran como torpes niños espirituales y se sentía responsable de su dirección. Empezaban a considerarle su maestro espiritual, confiando en él para que los guiase en la vida espiritual. Aunque eran incapaces de seguir de inmediato la variedad de reglas que siguen los *brāhmaṇas* y los *vaiṣṇavas* de la India, tenía esperanzas. Según Rūpa Gosvāmī, el principio más importante era el volverse consciente de Kṛṣṇa «de una forma u otra». La gente debía cantar Hare Kṛṣṇa y prestar servicio devocional. Debían poner todo lo que tuviesen al servicio de Kṛṣṇa. Y Prabhupāda estaba poniendo en práctica este principio básico de la conciencia de Kṛṣṇa hasta el límite más extremo que la historia del vaiṣṇavismo hubiera visto nunca.

Aunque estaba ocupando a los muchachos en cocinar y escribir a máquina, Prabhupāda no hacía menos él mismo. Por el contrario, por cada alma sincera que pedía voluntariamente algún servicio, había cien que no querían servir, sino desafiar. Hablando con ellos, a veces gritando e incluso dando algún golpe sobre la mesa, Prabhupāda defendía a Kṛṣṇa contra la filosofía *māyāvāda*. También era éste su servicio a Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura. No había ido a América a retirarse. De suerte que, con el paso de cada nuevo día, llegaba otra confirmación de que su trabajo, sus seguidores y sus desafiantes no hacían más que aumentar.

Cuánto podía llegar a hacer, dependía de Kṛṣṇa. «Soy un viejo –decía–. Puedo desaparecer en cualquier momento.» Pero si hubiese de «desaparecer» en aquel momento, era seguro que la conciencia de Kṛṣṇa desaparecería también, porque la asociación para la conciencia de Kṛṣṇa no

era nada más que él: su porte al dirigir el canto mientras movía la cabeza ligeramente de atrás hacia adelante, en pequeños gestos de éxtasis, su porte entrando y saliendo del templo por el patio o al apartamento, su persona, cuando se sentaba sonriente para hablar de filosofía durante horas; él era el único soporte y sustento de la pequeña, frágil y controlada atmósfera de la conciencia de Kṛṣṇa en el Lower East Side de Nueva York.

En el cuarto de atrás de su apartamento, Prabhupāda solía estar solo, sobre todo a primera hora de la mañana (las dos, las tres o las cuatro), cuando no había casi nadie más despierto. A esas horas tempranas, su cuarto estaba en silencio, y entonces, él trabajaba solo en la intimidad de su relación con Kṛṣṇa. Se sentaba en el suelo, ante su baúl-pupitre, adorando a Kṛṣṇa al escribir a máquina las traducciones y explicaciones de su *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Pero este mismo cuarto de atrás también servía para reuniones, y cualquiera que fuese a llamar a la puerta del Swami, podía entrar y hablar con él en cualquier momento, cara a cara. Prabhupāda dejaba su máquina de escribir y consagraba su tiempo a hablar, escuchar, contestar a preguntas, a veces discutiendo o bromeando. Un visitante podía estar solo con él durante media hora hasta que llamaba algún otro y el Swami le invitaba a participar en la conversación. Unos llegaban y otros se iban, pero Swamiji permanecía allí, sentado y hablando.

En general, las visitas eran expresas: los visitantes hacían preguntas sobre filosofía, y él contestaba, más o menos como después de la clase en el local. Pero a veces, alguno de los muchachos que se estaba haciendo seguidor en firme, le monopolizaba el tiempo, sobre todo los martes, jueves, sábados y domingos por la noche, cuando no había clase por la tarde en el templo. Con frecuencia le hacían preguntas personales: ¿Qué impresión tuvo cuando llegó a Nueva York por primera vez? ¿Qué le parecía la India? ¿Tenía allí seguidores? ¿Eran devotos de Kṛṣṇa sus familiares? ¿Cómo era su maestro espiritual? Y entonces él hablaba de una manera diferente, más tranquilo, más íntimo y más humorístico.

Una noche contó cómo había conocido a su maestro espiritual. También contaba cosas de su infancia en la India, cómo había comenzado su propio negocio de farmacia, y cómo había dejado su casa y había tomado la orden *sannyāsa* en 1959. A los muchachos les interesaba, pero sabían tan poco sobre las cosas de las que hablaba el Swami que a la mención de una

palabra como *mṛdaṅga* o *sannyāsa* tenían que preguntar lo que significaba, y él seguía locuaz por la tangente describiendo especies indias, tambores indios y hasta mujeres indias. Y hablase de lo que hablase, finalmente hacía brillar sobre el tema la luz del *śāstra*. No racionaba esta clase de charla, sino que la mantenía abundante durante horas, día tras día, mientras hubiese alguien real y vivamente interesado.

A mediodía, el cuarto de delante del apartamento se convertía en comedor, y por las tardes era un lugar de adoración íntimo. Swamiji lo había conservado vacío y limpio, con sus trece metros cuadrados de suelo de parquet de madera. La solitaria mesita de café, al lado de la pared entre las dos ventanas del patio, era el único mueble. Diariamente, a medio día, había doce hombres que tomaban allí su almuerzo con él. Los platos los cocinaba Keith, que pasaba la mañana entera en la cocina.

Al principio, Keith cocinaba sólo para el Swami. Había llegado a dominar el arte de cocinar el *dāl*, el arroz y el *sabjī* en la olla de tres pisos del Swami, y solía haber bastante para uno o dos invitados también. Pero pronto comenzaron a llegar más invitados, y Swamiji había dicho a Keith que aumentase la cantidad (dejando de lado la cacerola de tres pisos), hasta que se encontró cocinando para una docena de hombres hambrientos. Los huéspedes, Raphael y Don, aunque no se interesaban por lo que decía Swamiji, llegaban puntualmente cada día a tomar *prasādam*, normalmente con uno o dos amigos que se habían dado una vuelta por el local. Steve se dejaba caer cuando salía de su trabajo en la oficina de asistencia social. El grupo de la calle Mott también venía. Y había algún otro más.

La cocina estaba abastecida con las especias indias corrientes: pimientos picantes frescos, raíces de gengibre frescas, granos de comino, cúrcuma y asafétida. Keith dominaba las técnicas de base para cocinar y se las pasó a su amigo Chuck, que se convirtió en su ayudante. Algunos de los otros muchachos se quedaban a la puerta de la estrecha cocinita observando a Keith mientras un *capātī* tras otro, espeso como una tortita, se inflaba como un balón sobre la llama, y después tomaba su sitio, uno sobre otro, en el humeante montón.

Mientras el fino arroz *bhasmatī* hervía hasta alcanzar un terminado jugoso, esponjoso y blanco, y se cocía el *sabjī*, el guiso del mediodía alcanzaba su climax con «el *chaṅk*. Keith preparaba el *chaṅk* exactamente como le había enseñado Swamiji. Ponía sobre la llama un vaso de metal lleno hasta la mitad de mantequilla clarificada, y después añadía unos cominos.

Cuando estaban casi negros, ponía pimientos picantes y cuando los pimientos ennegrecían, comenzaba a salir del vaso un humo sofocante. Entonces estaba listo el *chaṅk*. Con las pinzas de cocina, Keith retiraba el vaso, con su hirviente y crepitante mezcla humeando como el cazo de un brujo, y lo llevaba hasta el borde de la olla donde se hacía el *dāl*. Levantaba un poco la ajustada tapadera, vertía el *chaṅk* hirviendo con un rápido movimiento de muñeca, e inmediatamente volvía a tapar la olla... ¡PUMB! El encuentro del *chaṅk* y el *dāl* provocaba una explosión, que era recibida con vítores desde la puerta, pues indicaba que se había terminado de cocinar. Esta operación final era tan volátil que en una ocasión hizo saltar la tapadera hasta el techo con gran estrépito, causando a Keith quemaduras menores en la mano. Algunos de los vecinos se quejaban de olores acres y penetrantes. Pero a los devotos les encantaba.

Cuando el almuerzo estaba listo, Swamiji se lavaba las manos y la boca en el cuarto de baño y venía al cuarto de delante, con sus suaves pies de plantas rosadas, siempre descalzos, y su *dhoti* azafrán que le llegaba a los tobillos. Se quedaba al lado de la mesita en la que estaba el cuadro de Śrī Caitanya y Sus compañeros, mientras sus propios compañeros estaban en torno a él, contra la pared. Keith llevaba una bandeja grande de *capātī*, apilados por docenas, y la colocaba en el suelo, ante la mesa que hacía de altar, con las ollas de arroz, *dāl*, y *sabjī*. Swamiji recitaba la oración en bengalí para ofrecer el alimento al Señor, y todos los presentes hacían como él, postrándose con las rodillas y la cabeza en el suelo, siguiendo la plegaria en bengalí, palabra por palabra. Cuando el vapor y la mezcla de aromas se elevaba como una ofrenda de incienso ante la imagen de Śrī Caitanya, los seguidores de Swamiji inclinaban la cabeza hasta el suelo de madera y mascullaban la oración.

Swamiji se sentaba entonces con sus amigos, comiendo el mismo *prasādam* que ellos, con el extra de un plátano y un cuenco de metal lleno de leche caliente. Cortaba el plátano empujándolo contra el borde del cuenco, haciendo que las rodajas cayesen en la leche caliente.

El decreto explícito de Bhaktivedanta Swami de que todos tenían que comer tanto como fuese posible, creaba una atmósfera de buen humor y un sentirse en familia. No se permitía a nadie estar sentado picoteando la comida y mordisqueando cortésmente. Comían con un placer sobre el cual casi insistía Swamiji. Si veía que alguien no comía con entusiasmo, pronunciaba su nombre y protestaba sonriendo: «¿Por qué no comes? Toma

prasādam. –Y se reía. –Cuando estaba en el barco, camino de vuestro país –decía–, pensaba, ¿cómo van a comer nunca estas cosas los americanos?». Y al avanzar los chicos el plato para que les sirviesen más, Keith volvía a servir otra vez más arroz, *dāl*, *capātīs* y *sabjī*.

Después de todo, era espiritual. Había que comer mucho. Aquello te purificaba. Te liberaba de *māyā*. Además, era bueno, exquisito, picante. Era mejor que la comida americana. Era como cantar. Algo genial. Estos alimentos te hacían volar.

Comían con la mano derecha, al estilo indio. Keith y Howard ya lo habían aprendido, y hasta habían probado platos parecidos, pero como dijeron al Swami y a todo el cuarto lleno de gente dispuesta a creer cuanto dijeran, en la India los alimentos no habían sido nunca tan buenos.

Stanley, uno de los chicos, era muy joven, y Swamiji, casi como un padre embobado, le observaba cuando comía. La madre de Stanley le había visitado en persona y le había dicho que solamente permitiría a su hijo vivir en el monasterio si Swamiji cuidaba de él personalmente. Swamiji accedió. Con diligencia, alentaba al muchacho, hasta que poco a poco llegó a tener un apetito voraz y empezó a tomar diez *capātīs* cada vez (y hubiera tomado más si no le hubiera dicho Swamiji que ya era bastante). Pero aparte de que Swamiji limitase a Stanley a comer no más de diez *capātī*, siempre estaba diciendo: «Más..., toma más». Cuando Swamiji terminaba, se levantaba y salía del cuarto, Keith atrapaba un par de voluntarios para ayudarle a fregar, y los demás se marchaban.

De vez en cuando, algún domingo, el mismo Swamiji cocinaba un festín con platos indios especiales.

Steve: Swamiji en persona preparaba el prasādam y después nos lo servía en el piso de arriba, en la habitación de delante. Estábamos todos sentados en filas, y le recuerdo que iba y venía entre las filas de muchachos, pasando delante de nosotros con los pies descalzos y sirviéndonos con una cuchara alimentos de ollas diferentes. Nos preguntaba lo que queríamos; ¿queríamos un poco más de esto? Y nos servía con gusto. Aquellos platos no eran corrientes, sino dulces y apetitosos, como arroz dulce y kacaurīs, con sabores especiales.

Incluso después de haber tomado un plato lleno, volvía y nos decía que tomáramos más.

Un vez se acercó a mí y me preguntó de qué quería repetir. ¿Quería un poco más de arroz dulce? Debido a mi malentendido sobre la vida espiritual,

pensé que debía negarme lo que más me gustaba, así que pedí un poco más de arroz solo. Pero hasta aquel «arroz solo» era un caprichoso arroz amarillo con bolitas de queso frito.

En las noches que no había charla, el apartamento de Swamiji estaba silencioso. A veces, estaba solo toda la tarde, escribiendo a máquina y traduciendo el *Śrīmad-Bhāgavatam*, o hablando en un ambiente relajado con uno o dos visitantes hasta las diez. Pero las noches de reunión (lunes, miércoles y viernes) había actividad en todos los cuartos de su apartamento. Ya no estaba solo. Sus nuevos seguidores le ayudaban y compartían su ánimo de intentar atraer gente para cantar Hare Kṛṣṇa y oír hablar de la conciencia de Kṛṣṇa.

Los lunes, miércoles y viernes se celebraba el *kīrtana* de la tarde. Algunos de los devotos estaban ya abajo recibiendo a la gente y explicando cosas sobre el Swami y el canto. Pero sin el Swami no podía comenzar nada. Nadie sabía cómo tocar el tambor de mano, y nadie se atrevía a pensar en dirigir el canto del *mantra* sin Swamiji. Sólo podían empezar cuando él entraba, a las siete.

Recién duchado y vestido con su tela india limpia, tejida a mano, con el cuerpo y los brazos decorados con los signos *vaiṣṇavas* en forma de flechas, Swamiji dejaba su apartamento y bajaba a enfrentarse con otra oportunidad extática de glorificar a Kṛṣṇa. El pequeño templo rebosaba de cándidos americanos jóvenes, salvajes y nada brahmínicos.

* * *

Keith estaba preparando el almuerzo en la cocina como de costumbre, pero aquel día, Swamiji estaba de pie al lado de los hornillos, observando a su alumno. Keith se interrumpió y levantó la mirada de lo que estaba haciendo: «Swamiji, ¿podría ser su discípulo?».

–Sí –contestó Swamiji–. ¿Por qué no? Te llamarás Kṛṣṇa dāsa.

Este sencillo intercambio fue la primera solicitud de ser discípulo y la primera admisión a la iniciación concedida por Swamiji. Pero no fue sólo aquello. Swamiji anunció que pronto habría una iniciación. «¿Qué es una iniciación, Swamiji?», preguntó uno de los muchachos, y Swamiji respondió: «Lo diré más tarde».

Primero necesitaban unas cuentas. Keith fue a la Tandy's Leather Company y compró unas cuentas de madera de un centímetro y cuerda para

enhebrarlas. Era mucho mejor, dijo Swamiji, contar con cuentas al cantar; un rosario de 108 cuentas, para ser exactos. Esto ocupaba el sentido del tacto, y como con los *vaiṣṇavas* de la India, hacía posible contar las veces que se cantaba el *mantra*. Algunos devotos, en la India, tenían un hilo de más de mil cuentas, había dicho, y ellos, cantando, las pasaban una y otra vez. Enseñó a los muchachos a hacer un nudo doble entre cada una de las 108 cuentas. El número 108 tenía un significado especial: había 108 *Upaniṣads*, lo mismo que 108 *gopīs* principales, las devotas más íntimas de Śrī Kṛṣṇa.

Los iniciados harían votos, dijo, y uno de ellos era cantar un número determinado de rondas enteras en el rosario, cada día. Unos doce de los muchachos de Swamiji podían ser candidatos, pero no había un sistema estricto para seleccionarlos; si ellos querían, podían solicitarlo.

Steve: Aunque yo estaba ya haciendo todo lo que aconsejaba Swamiji, sentía que la iniciación era un compromiso serio. Y con mis últimos y fuertes impulsos de ser completamente independiente, vacilaba en recibir la iniciación.

Los amigos de Swamiji veían la iniciación de distintas maneras. A algunos les parecía muy serio, y otros lo tomaban como una fiesta o diversión. Mientras enhebraban sus cuentas en el patio, Wally y Howard decían, unos días antes de la ceremonia:

Wally: «No es más que una formalidad. Tú aceptas a Swamiji como tu maestro espiritual».

Howard: «¿Y qué implica esto?».

Wally: «Nadie está muy seguro. En la India, es una práctica corriente. ¿No crees que querrías tenerle como maestro espiritual?».

Howard: «No lo sé. Parece ser un buen maestro espiritual, sea lo que sea. Quiero decir, que a mí me gusta mucho él y sus enseñanzas, por eso creo que, en cierto modo, ya es mi maestro espiritual. Sólo que no entiendo en qué va a cambiar esto la situación».

Wally: «Tampoco yo. Creo que en nada. Sólo es una formalidad».

* * *

El 8 de septiembre era Jannmāṣṭamī, el día del advenimiento de Śrī Kṛṣṇa. Un año antes, Bhaktivedanta Swami había celebrado el aniversario del

nacimiento de Kṛṣṇa en el mar, a bordo del *Jaladuta*, justo a la salida de Colombo. Entonces, exactamente un año más tarde, tenía un pequeño grupo de personas que cantaban Hare Kṛṣṇa. Los iba a reunir a todos, les haría observar un día de cánticos, lectura de escrituras, ayuno y festín... y al día siguiente sería la iniciación.

A las seis, Swamiji bajó, y estaba a punto de comenzar su clase de la mañana como de costumbre, cuando uno de los muchachos le preguntó si iba a leer su propio manuscrito. Swamiji pareció tímido, pero no disimuló su satisfacción al pedírsele que leyese su propio comentario de la *Bhagavad-gītā*. De costumbre él leía un verso de la *Gītā* de la edición de Oxford del Dr. Radhakrishnan. Aunque el comentario ofrecía una filosofía impersonalista, la traducción, decía el Swami, era fiel en un noventa por ciento. Pero aquella mañana envió a Roy a buscar su manuscrito, y leyó durante una hora sus páginas mecanografiadas.

Para celebrar el Janmāṣṭamī había reglas especiales: no se comía, y el día se pasaba cantando, leyendo y hablando de la conciencia de Kṛṣṇa. Si alguien se sentía demasiado débil, dijo, había fruta en la cocina. Pero era mejor que ayunasen hasta la fiesta de medianoche, igual que los devotos de la India. Dijo que en la India, millones de personas, hindúes, musulmanes, o lo que fuesen, celebraban el nacimiento de Śrī Kṛṣṇa. Y en todos los templos tenían lugar festividades y celebraciones de los pasatiempos de Kṛṣṇa.

–Y ahora –dijo finalmente–, voy a deciros lo que se entiende por iniciación. Iniciación significa que el maestro espiritual acepta al estudiante y está de acuerdo en hacerse cargo de él, y el estudiante acepta al maestro espiritual, y está de acuerdo en adorarlo como Dios. –Hizo una pausa. Nadie dijo nada–. ¿Hay preguntas? –Como no había ninguna, se levantó y salió.

Los devotos estaban pasmados. ¿Qué le habían oído decir exactamente? Durante semanas había insitado que cuando alguien pretende ser Dios, debe ser considerado un perro.

–Mi mente acaba de estallar –dijo Wally.

–La mente de *todos* ha estallado –dijo Howard–. Swamiji acaba de lanzar una bomba.

Pensaron en Keith. Él era sensato. Consultar a Keith. Pero Keith estaba en el hospital. Hablando entre ellos, estaban cada vez más confundidos. La observación de Swamiji había confundido su juicio. Finalmente, Wally decidió ir al hospital a ver a Keith.

Keith escuchó toda la historia. Oyó que Swamiji les había dicho

ue ayunasen y que había leído pasajes de su propio manuscrito y que había dicho que explicaría la iniciación y que todos habían puesto el oído... y Swamiji había lanzado una bomba: «El estudiante acepta al maestro espiritual y está de acuerdo en adorarlo como a Dios. ¿Alguna pregunta?». Y Swamiji se fue. «Ahora ya no sé si quiero ser iniciado –confesó Wally–. Le tenemos que adorar como a Dios.»

–Bueno, ya lo estáis haciendo, al admitir todo lo que os dice –replicó Keith, y le aconsejó que volviesen a hablar de ello con Swamiji... *antes* de la iniciación.

Así que Wally volvió al templo y consultó con Howard, y juntos fueron al apartamento de Swamiji. «Lo que nos dijo esta mañana –reguntó Howard–, ¿significa que hemos de aceptar que el maestro espiritual es Dios?»

–Eso significa que se le debe el mismo respeto que a Dios, puesto que es el representante de Dios. Por tanto, él es idéntico a Dios porque puede entregar a Dios al discípulo sincero. ¿Está claro? –Lo estaba.

La mayor parte de los aspirantes a la iniciación pasaron varias horas aquel día enhebrando las cuentas rojas de madera brillante. Ataban un extremo de la cuerda a un barrote de la ventana o a un radiador, pasaban una cuenta cada vez por toda la cuerda, y la anudaban fuerte, cantando un *mantra* Hare Kṛṣṇa por cada cuenta. Era servicio devocional, cantar y enhebrar las propias cuentas para la iniciación. Cada vez que anudaban una nueva cuenta, parecía un acontecimiento de suma importancia.

Swamiji había dicho que en la India los devotos cantaban, por lo menos, 64 rondas de cuentas al día. Decir el *mantra* Hare Kṛṣṇa una vez en cada una de las 108 cuentas, constituía una ronda. Su maestro espiritual había dicho que quien no cantase 64 rondas al día, era un caído.

Al principio, algunos de los muchachos creían que ellos también tendrían que cantar 64 rondas, y estaban perplejos: ¿Eso llevaría todo el día! ¿Cómo vas a ir a trabajar, si tienes que cantar 64 rondas? Entonces alguien dijo que Swamiji le había dicho que 32 rondas sería un mínimo suficiente para Occidente. Wally dijo que él había oído decir a Swamiji 25, pero hasta aquello parecía imposible. Entonces, Swamiji ofreció el último mínimo: 16 al día, sin falta. Quienquiera que se iniciase, tenía que prometerlo.

El enhebrar cuentas, cantar, leer y dormitar duró hasta las once de la noche, cuando Swamiji invitó a todos a ir a su cuarto. Cuando pasaron uno tras otro por el patio, sintieron una calma poco acostumbrada en la atmósfera, y la calle Houston, del otro lado del muro, estaba silenciosa. No había luna.

Cuando sus seguidores se sentaron en el suelo, comiendo tan contentos el *prasādam* en platos de cartón, Swamiji se sentó entre ellos contando historias sobre el nacimiento de Śrī Kṛṣṇa. Kṛṣṇa advino aquella misma tarde hacía cinco mil años. Nació como hijo de Vasudeva y Devakī en la prisión del rey Kāmsa, a medianoche, y su padre, Vasudeva, le llevó inmediatamente a Vṛndāvana, donde se crió como el hijo de Nanda Mahārāja, un pastor de vacas.

Swamiji habló también de la necesidad de purificarse para avanzar espiritualmente. «No es suficiente cantar palabras santas –dijo–. Hay que ser puro por dentro y por fuera. Cantar siendo puro conlleva avance espiritual. La entidad viviente se vuelve impura porque desea gozar de placeres materiales. Pero el impuro puede purificarse siguiendo a Kṛṣṇa, haciéndolo todo por Kṛṣṇa. Los que comienzan en la conciencia de Kṛṣṇa tienen una tendencia a relajar su esfuerzo al poco tiempo, pero para avanzar espiritualmente hay que resistir a esta tentación y aumentar continuamente los esfuerzos y la devoción.»

Michael Grant: *Oí hablar de la iniciación por primera vez, justo el día antes de que se celebrase. Había estado muy ocupado con mi música y no iba por allí. Iba andando, Segunda Avenida abajo, con uno de los aspirantes a ser iniciados, y me dijo que iba a haber una cosa llamada ceremonia de iniciación. Pregunté que era aquello y me dijo: «Todo lo que sées que significa que aceptas al maestro espiritual como Dios». Esto fue una gran sorpresa para mí y apenas sabía como tomármelo. Pero no lo tomé del todo en serio, y la manera de decírmelo tan desenvuelta le daba un aire de que no era muy importante. Me preguntó de paso si yo también iba a hacerlo, y le dije, también como de paso: «Bueno, creo que sí. ¿Por qué? Lo probaré».*

Jan, la novia de Mike, no creyó que sería una discípula obediente, y la iniciación sonaba a temible. Le gustaba el Swami, sobre todo cocinar con él. Pero fue Mike quien la convenció: éélé iría, así que ella tenía que ir con él.

Carl Yeargens sabía algo sobre la iniciación por sus lecturas sobre filosofía oriental, y él, más que los otros, sabía de qué serio compromiso se trataba. Le sorprendió saber que Swamiji iba a celebrar una iniciación, y miraba con

cautela su posible participación en ella.

Sabía que la iniciación significaba no tener vida sexual ilícita, ni intoxicarse, ni comer carne, y que un discípulo iniciado tendría nuevas responsabilidades para difundir las enseñanzas entre los demás. Carl se sentía más alejado desde que Swamiji se fue a vivir a la Segunda Avenida, pero decidió asistir a la iniciación de todas maneras.

Bill Epstein nunca había pretendido ser un discípulo serio. Celebrar la iniciación no era más que otra parte del montaje del Swami, y tú estabas libre de tomártelo en serio o no. Él pensó que estaba muy bien recibir la iniciación, incluso si no eras serio. Probaría.

James Greene pensaba que no era lo bastante puro como para iniciarse. «¿Quién soy yo para iniciarme?» Pero el Swami le había pedido que llevase algo a la tienda. «Yo fui, y estaba claro que yo era uno de los que iban a iniciarse. De manera que pensé, ¿por qué no?»

Stanley siempre estaba con el Swami y sus seguidores. Había preguntado a su madre si podía iniciarse, y ella había dicho que estaría muy bien.

Steve necesitaba más tiempo para pensarlo.

Keith estaba en el hospital.

Bruce había estado yendo sólo una o dos semanas, y era demasiado pronto.

Chuck se había tomado una semana de vacaciones de su regulada vida espiritual en el templo, de suerte que no sabía nada de la iniciación.

A nadie se le pidió que se afeitase la cabeza, ni siquiera que se cortase el pelo o que cambiase de ropa. Nadie ofreció a Swamiji el *guru-dakṣiṇā* tradicional, donación que debe hacer el discípulo en señal del gran agradecimiento que siente hacia su maestro. Apenas le ayudaba nadie en sus quehaceres, de manera que el mismo Swamiji tuvo que cocinar y hacer los demás preparativos para la iniciación. Conocía perfectamente la mentalidad de los muchachos, y no intentó imponer nada sobre ninguno. Algunos de los iniciados no supieron hasta después de la iniciación, cuando lo preguntaron, que las cuatro reglas (no comer carne, no practicar actividades sexuales ilícitas, no intoxicarse y no participar en juegos de azar) eran obligatorias para todos los discípulos. La respuesta que dio Swamiji fue: «Me alegro mucho de que por fin me hayáis preguntado esto». Iba a ser un sacrificio védico en vivo con un fuego ceremonial allí mismo, en el cuarto de delante del apartamento de Swamiji. En el centro del cuarto estaba la arena del sacrificio, que era una plataforma cuadrada de ladrillos

de diez centímetros de altura y sesenta centímetros de lado, cubierta con un montón de tierra. La tierra era del patio, y los ladrillos, de un edificio en ruinas cercano. En torno al montón, había once bananas, mantequilla clarificada, granos de sésamo, granos de cebada sin pelar, polvos de teñir de cinco colores, y una provisión de leña. Los once iniciados llenaron casi todo el espacio del cuarto cuando se sentaron en el suelo rodilla con rodilla en torno a la arena de sacrificio. Los invitados, en el corredor, miraban con curiosidad por la puerta abierta. Para todos, excepto para el Swami, aquello era completamente nuevo y extraño, y cada fase de la ceremonia se realizaba bajo su dirección. Como algunos de los muchachos habían hecho un desastre al tratar de ponerse en la frente el *tilaka vaiṣṇava*, Swamiji les había llevado el dedo por la frente, con paciencia, dibujando limpiamente una estrecha «V».

Swamiji se sentó ante el montón de tierra, mirando a su congregación. No parecían muy diferentes de cualquier otro grupo de jóvenes hippies del Lower East Side que podía haberse reunido para cualquier acontecimiento espiritual, cultural, musical o lo que fuese. Algunos solamente estaban probando algo nuevo, otros sentían profunda devoción por el Swami. Pero todos sentían curiosidad. Él les había pedido que cantasen el *mantra* Hare Kṛṣṇa en voz baja durante la ceremonia, y el canto fue un murmullo continuo que acompañaba sus misteriosos movimientos como sacerdote principal del rito védico.

Comenzó por encender una docena de varitas de incienso. Después, hizo purificaciones con agua. Tomando una cuchara con la mano izquierda, puso tres gotas de agua que había tomado de una copa en su mano derecha, y las sorbió. Hizo lo mismo tres veces. La cuarta vez no sorbió el agua, sino que la tiró al suelo, tras él. Entonces pasó la cuchara y la copa a los iniciados, que intentaron copiar lo que habían visto. Cuando alguno de ellos ponía el agua en la otra mano o la sorbía mal, Swamiji le corregía con paciencia.

«Ahora –dijo–, repetid conmigo». Y les hizo repetir, palabra por palabra, unmantra védico de purificación:

*om apavitraḥ pavitro vā
sarvāvasthām gato 'pi vā
yaḥ smaret puṇḍarikākṣaṁ
sa bahyābhyantaraḥ śuciḥ*

śrī viṣṇuḥ śrī-viṣṇuḥ śrī-viṣṇuḥ

Los iniciados trataron de seguir con voz titubeante la pronunciación de aquellas palabras que nunca habían oído antes. Después tradujo lo que habían dicho: «Sin purificar o purificados, o incluso después de haber pasado por todas las situaciones, el que recuerda a la Suprema Personalidad de Dios, que tiene ojos de loto, se limpia por dentro y por fuera». Tres veces repitió el sorber el agua, mientras el murmullo continuo del mantra Hare Kṛṣṇa llenaba la habitación y la copa pasaba de iniciado a iniciado, hasta volver de nuevo a él, y tres veces dirigió el canto del mantra: *om apavitraḥ...* Entonces levantó una mano, y al desvanecerse el zumbido del canto y hacerse el silencio, comenzó su conferencia.

Tras la conferencia, Swamiji pidió a los devotos, uno a uno, que le diesen sus cuentas, y comenzó a cantar con ellas: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. El sonido del canto de todos llenaba el cuarto. Después de terminar una ronda, llamaba al propietario de las cuentas y las mantenía en alto mientras mostraba como había que cantar. Después anunciaba el nombre espiritual del iniciado, y el discípulo recobraba las cuentas, se inclinaba hasta el suelo y recitaba:

*nama om viṣṇu-pādāya kṛṣṇa-preṣṭhāya bhū-tale
śrīmate bhaktivedānta-svamin iti nāmine*

«Ofrezco mis respetuosas reverencias a Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami, que es muy querido de Śrī Kṛṣṇa, al haberse refugiado a Sus pies de loto.»

Había once iniciaciones y, por tanto, once juegos de cuentas, y el canto duró más de una hora. Swamiji dio a cada muchacho un hilo de cuentas para el cuello que, según dijo, eran como los collares de los perros, que identificaban al devoto como un perro de Kṛṣṇa.

Después de que Wally recibiese sus cuentas y su nuevo nombre (Umāpati), volvió a su sitio al lado de Howard y dijo: «Ha sido maravilloso. Que te den tus cuentas es maravilloso». A su vez, cada iniciado recibía sus cuentas y su nombre espiritual. Howard fue Hayagrīva; Wally, Umāpati; Bill fue Ravīndra-svarūpa; Carl, Karlāpati; James, Jagannātha; Mike fue Mukunda; Jan, Jānakī; Roy, Rāya Rāma; y Stanley fue Stryadhīsa. Otro Stanley, un muchacho de Brooklyn, que trabajaba, y Janis, estudiante de universidad,

de Montreal, que tenían una relación superficial con el Swami, aparecieron aquella noche y recibieron la iniciación con los demás, recibiendo los nombres de Satyavrata y Janārdana.

Entonces Swamiji comenzó el sacrificio de fuego esparciendo los polvos de colores sobre el montón de tierra que estaba ante él. Con extrema atención, la congregación iba observando cada misterioso movimiento, mientras tomaba las ramitas y las astillas, las sumergía en la mantequilla clarificada, las encendía en la llama de un candelero, y hacía una hoguera pequeña en el centro del montón. Mezcló los granos de sésamo y la cebada con mantequilla clarificada en un cuenco, y después lo hizo pasar entre todos alrededor. Cada nuevo discípulo tomaba un puñado de la mezcla y lo echaba al fuego como ofrenda. El Swami comenzó entonces a recitar unas plegarias en sánscrito, pidiendo a todos que las repitiesen; cada plegaria terminaba con el canto de la palabra «*svāhā*», repetido tres veces, en forma de respuesta. Y con *svāhā*, los iniciados lanzaban al fuego un poco de la mezcla de sésamo y cebada. Swamiji continuó vertiendo mantequilla, amontonando madera y cantando más plegarias, hasta que el montón estuvo en llamas. Siguió las plegarias y se vertió más mantequilla, y el fuego se agrandó, aumentando el calor del cuarto.

Pasados quince o veinte minutos, Swamiji dijo a cada uno de los iniciados que pusiera un plátano al fuego. Con once bananas amontonadas encima, las llamas comenzaron a apagarse y el humo se hizo más espeso. Algunos de los iniciados se levantaron y salieron corriendo y tosiendo al otro cuarto, y los invitados retrocedieron en el corredor. Pero Swamiji siguió vertiendo en el fuego la mantequilla y los granos que quedaban. «Este humo no molesta –decía–. Otra clase de humo molesta, pero este, no.» Aunque a todos les lloraban los ojos y los tenían irritados, dijo que no se abriesen las ventanas. De manera que todo el humo se quedó en el apartamento, y ningún vecino se quejó.

Swamiji, muy sonriente, se levantó de su asiento ante el fuego del sacrificio, la lengua ardiente de Viṣṇu, y comenzó a dar palmadas y a cantar Hare Kṛṣṇa. Con un pie delante del otro y balanceándose de un lado a otro, comenzó a bailar ante el fuego. Sus discípulos se le unieron, y bailaron y cantaron, y el humo disminuyó. Hizo que cada discípulo tocara con sus cuentas los pies de «rī Caitanya de la pintura del Pañca-tattva que estaba sobre la mesa, y finalmente permitió que abriesen las ventanas. Cuando la ceremonia terminó y el aire del apartamento se despejaba, Swamiji

comenzó a reír: «Había tanto humo aquí que creí que teníamos que llamar a los bomberos».

Swamiji era feliz. Dispuso que el *prasādam* se distribuyese entre todos los devotos e invitados. El fuego, las oraciones, los votos y todos cantando Hare Kṛṣṇa habían creado una atmósfera propicia. Las cosas marchaban. Ahora, había devotos iniciados en el mundo occidental. Finalmente, los más de los discípulos se fueron a su casa, dejando a su maestro espiritual que hiciese la limpieza después de la ceremonia de iniciación.

Tres días más tarde, Swamiji celebraba su primer matrimonio entre dos discípulos, Mukunda y Jānakī con una ceremonia similar. Estaba satisfecho. Estaba introduciendo algunos de los elementos más importantes de su misión de la conciencia de Kṛṣṇa. Tenía discípulos iniciados, los había casado, y había agasajado al público con *kṛṣṇa-prasādam*. «Si tuviese medios –dijo a sus seguidores–, podría hacer un gran festival como éste todos los días.»

Por Rādhāṣṭamī, el día del advenimiento de Śrīmatī Rādhārāṇī, la consorte eterna de Śrī Kṛṣṇa, Prabhupāda celebró su segunda iniciación. Keith fue Kīrtanānanda, Steve, Satsvarūpa, Bruce fue Brahmānanda y Chuck, Acyutānanda. Fue otro día festivo con un fuego de sacrificio en el cuarto principal de Prabhupāda, y una gran fiesta.

Allen Ginsberg vivía cerca, en la calle Décima Este. Un día recibió una extraña invitación por correo:

*Practique la vibración del sonido trascendental:
Hare Krisna, Hare Krisna, Krisna Krisna, Hare Hare
Hare Rama, Hare Rama, Rama Rama, Hare Hare.
Este canto limpiará el polvo del espejo de la mente.*

*Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna
Reuniones a las 7 h. todos los días
Lunes, miércoles y viernes a las 19 h.
Está usted cordialmente invitado a venir y
a traer a sus amigos.*

Swamiji había dicho a los muchachos que distribuyeran el prospecto por el barrio.

Una tarde, poco después de recibir la invitación, Allen Ginsberg y su compañero de cuarto, Peter Orlovsky, llegaban al local en una furgoneta Volkswagen. Allen se sintió cautivado por el mantra Hare Kṛṣṇa hacía varios años, al conocerlo por primera vez en la India, en el festival de Kumbha-melā de Allahabad, y desde entonces lo había cantado con frecuencia. Los devotos estaban impresionados al ver que el mundialmente famoso autor de *Howl* y una de las primeras figuras de la generación «beat», entraba en su modesto local. Su apoyo al amor libre, la marihuana y el LSD, sus pretendidas visiones espirituales en lo cotidiano provocadas por la droga, sus ideas políticas, su exploración de la locura, la rebelión, la desnudez, y su tentativa de crear una armonía de almas con parecida mentalidad, todo aquello tenía una influencia en la mente de la gente joven americana, sobre todo en aquella que vivía en el Lower East Side. Aunque para las normas de la clase media constituía un escándalo y un desorden, era con todo derecho, una figura de reputación mundial, mucho más que todos los que habían ido antes al local.

Allen y Peter habían ido para el *kīrtana*, pero todavía no era la hora; Swamiji no había bajado aún. Ofrecieron a los devotos un armonio nuevo. «Es para los *kīrtanas* –dijo Allen–. Un pequeño donativo.» Allen se quedó a la puerta del local, hablando con Hayagrīva, diciéndole que él había estado cantando Hare Kṛṣṇa por todo el mundo, en marchas por la paz, recitales de poesía, en una procesión en Praga, en una reunión de escritores en Moscú. «*kīrtana* seglar –dijo Allen–, pero, de todos modos, Hare Kṛṣṇa.» Entonces llegó Prabhupāda. Allen y Peter se sentaron con la congregación y se unieron al *kīrtana*. Allen tocó el armonio.

Swamiji correspondió inclinando la cabeza y uniendo las palmas. Tras el *kīrtana* estuvieron hablando un momento y después Swamiji volvió a su apartamento. Allen dijo a Hayagrīva que le gustaría volver otra vez y hablar con el Swami, y Hayagrīva le invitó a que fuera el día siguiente para el almuerzo de *prasādam*.

–¿No crees que Swamiji es demasiado esotérico para Nueva York?
–preguntó Allen.

Hayagrīva se quedó pensando. «Quizás», contestó.

Entonces Hayagrīva pidió a Allen que ayudase a Swamiji, ya que su visado acabaría pronto. Había entrado en el país con un visado por dos meses, y lo había prorrogado por dos meses más una y otra vez. Así había pasado un

año, pero la última vez que solicitó una extensión, se la habían denegado. «Necesitamos un experto en inmigración», dijo Hayagrīva. «Tendréis mi donativo para eso», aseguró Allen.

A la mañana siguiente, Allen Ginsberg fue con un cheque y otro armonio. Arriba, en el apartamento de Prabhupāda, les hizo oír *su* melodía para cantar Hare Kṛṣṇa, y después, se quedaron hablando él y Swamiji.

Allen: Yo estaba un poco azorado con él, porque no sabía de donde venía. Yo tenía aquel armonio y quería regalarlo, y también tenía algo de dinero. Pensé que era una gran ocasión que él estuviese allí para explicar el mantra Hare Kṛṣṇa; aquello podía justificar, de algún modo, que yo cantase. Yo sabía lo que hacía, pero no tenía ningún antecedente teológico que diese respuesta a las preguntas que aparecían en mí, y aquí había alguien que sí me las daba. Así que me pareció absolutamente fantástico. Ahora podía ir por ahí cantando Hare Kṛṣṇa, y si alguien quería saber qué era aquello, no tenía más que enviárselo a Swami Bhaktivedanta para que se lo dijera. Si alguien quería saber las complejidades técnicas y la historia fundamental, le diría que se lo preguntase a él.

El Swami me habló de su propio maestro, de Caitanya y del linaje anterior. Tenía la cabeza llena de muchas cosas y de lo que estaba haciendo. Estaba ya trabajando en sus traducciones. Parecía como si estuviese siempre allí sentado, día tras día y noche tras noche. Y creo que tenía una o dos personas ayudándole.

Swamiji estuvo muy cordial con Allen. Con la citación de un pasaje de la *Bhagavad-gītā*, en el que dice Kṛṣṇa que todo lo que haga un gran hombre, lo harán los otros, pidió a Allen que continuase cantando Hare Kṛṣṇa siempre que pudiese, para que los demás siguiesen su ejemplo. Le dijo que Śrī Caitanya había organizado el primer movimiento de desobediencia civil en la India, dirigiendo una marcha de *saṅkīrtana* en protesta contra el gobernante musulmán. Allen estaba fascinado. Le gustó hablar con el Swami.

Allen: Lo importante, por encima de todas nuestras diferencias, era un aire de dulzura que tenía, una dulzura personal, desinteresada, como una total devoción. Y esto era lo que siempre me conquistaba, cualesquiera que fuesen las dudas y las preguntas intelectuales que yo tuviera, o hasta opiniones cínicas de ego. En su presencia había un tipo de encanto personal, que venía de la dedicación, y que vencía todos nuestros conflictos. Incluso aunque no estuviésemos de acuerdo, siempre me gustó estar con él.

* * *

Swamiji vivía en medio de la cultura de la droga, en un barrio en el que los jóvenes estaban intentando casi desesperadamente alterar sus conciencias, ya fuese con drogas o por algún otro medio, cualquier cosa a su alcance. Swamiji les aseguraba que podrían alcanzar fácilmente la conciencia superior que deseaban cantando Hare Kṛṣṇa. Era inevitable que al explicar la conciencia de Kṛṣṇa hiciese alusiones a la experiencia de la droga, aunque no fuese más que para demostrar que eran caminos contrarios. Estaba acostumbrado a los «*sādhus*» indios que utilizaban la *ganja* y el hachís pretendiendo que les ayudaba a meditar. E incluso antes de salir de la India, los turistas hippies eran ya un elemento familiar en las calles de Delhi.

A los hippies les gustaba la India a causa de la mística cultural y el fácil acceso a las drogas. Allí encontraban a sus colegas indios, que les aseguraban que tomar hachís era algo espiritual, y entonces ellos volvían a América y perpetraban sus malosentendidos sobre la cultura espiritual india.

Así se vivía. Las principales tiendas locales tenían una línea entera de productos. Marihuana, LSD, cocaína, y drogas duras, como heroína y barbitúricos, se adquirían fácilmente en las calles y en los parques. Los periódicos clandestinos publicaban noticias importantes del mundo de la droga, presentaban un personaje de chistes ilustrados llamado Capitán High* y publicaban unos crucigramas que solamente podía contestar un «cerebro» al día.

N. de. T.: "Go high" significa "viajar" bajo los efectos de la droga.

Swamiji tenía que enseñar que la conciencia de Kṛṣṇa estaba más allá del venerado viaje del LSD. «¿Creéis que tomar LSD puede producir éxtasis y una conciencia superior? –preguntó una vez a la audiencia del local–. Entonces imaginad un cuarto lleno de LSD. La conciencia de Kṛṣṇa es eso.»

La gente solía ir allí y preguntar a los discípulos del Swami: «¿Notas algo con esto?, ¿te hace subir?». Y los devotos contestaban: «¿Oh, sí! Con sólo cantar, ya te sube. ¿Por qué no pruebas?».

Probablemente, los experimentos más famosos con LSD en aquellos días fueron los de Timothy Leary y Richard Alpert, profesores auxiliares de psicología de Harvard, que estudiaron los efectos de la droga, publicaron los resultados de su investigación en revistas profesionales, y preconizaron el

uso del LSD para experimentar y satisfacer el yo. Después de que le despidieran de Harvard, Timothy Leary continuó hasta convertirse en el sacerdote nacional del LSD, y por algún tiempo dirigió una comuna de LSD en Millbrook, Nueva York.

Cuando los miembros de la comuna de Millbrook oyeron hablar del swami del Lower East Side, que dirigía a sus seguidores en un canto que te hacía viajar, comenzaron a visitar el local. Una noche, un grupo de unos diez hippies de Millbrook fueron al *kīrtana* de Swamiji. Todos ellos cantaron, no tanto para adorar a Kṛṣṇa como para ver qué clase de viaje podía provocar el canto, y después de la charla, un líder de Millbrook preguntó sobre las drogas. Prabhupāda contestó que las drogas no eran necesarias para la vida espiritual, que no proporcionaban ninguna conciencia espiritual, y que todas las visiones religiosas provocadas por la droga no eran más que alucinaciones. Tener conciencia de Dios no era tan fácil ni vulgar que pudiera hacerse sólo con tomar una píldora o con fumar. Cantar Hare Kṛṣṇa, explicó, era un proceso de purificación para dejar al descubierto la propia conciencia pura. Tomar drogas aumentaría la cubierta e impediría la comprensión del yo.

–Pero, ¿tú has tomado alguna vez LSD? –La pregunta, en aquel momento, era un reto.

–No, –contestó Swamiji–. Nunca he tomado ninguna de esas cosas, ni siquiera cigarrillos ni té.

–Si no lo has tomado, ¿cómo puedes decir lo que es? –Los de Millbrook miraban en torno, sonriendo. Dos o tres hasta se echaron a reír y se burlaron de él, creyendo que estaba en un callejón sin salida.

–Yo no lo he tomado –contestó Swamiji regiamente desde su estrado–. Pero mis discípulos han tomado todas estas cosas, marihuana, LSD, muchas veces, y las han abandonado. Ellos lo pueden decir. Hayagrīva, puedes hablar.–Y Hayagrīva se incorporó y habló con todo su vozarrón.

–Bueno, por mucho que te suba el LSD, finalmente, alcanzas la cúspide, y entonces viene la bajada. Lo mismo que ir al espacio exterior en una nave espacial. –Daba uno de los ejemplos conocidos de Swamiji–. Tu aeronave puede ir muy lejos de la Tierra, miles de kilómetros, día tras día, pero no puedes seguir viajando y viajando, sin más. Tarde o temprano tienes que aterrizar. Con el LSD tenemos la experiencia de la subida, pero siempre tenemos que volver a bajar. Eso no es la conciencia espiritual. Si tú alcanzas la conciencia espiritual o conciencia de Kṛṣṇa, te quedas arriba. Puesto que

vas a Kṛṣṇa, no necesitas bajar. Puedes estar siempre de subida.

Swamiji estaba en su cuarto de atrás con Hayagrīva, Umāpati y otros discípulos. Acababa de terminar la reunión de la tarde, y los visitantes de Millbrook se habían ido. «La conciencia de Kṛṣṇa es algo tan bueno, Swamiji –exclamó Umāpati–. Vas cada vez más alto, y no bajas.»

Swamiji sonrió. «Sí, es verdad.»

«No más bajadas» dijo Umāpati, riendo. Y los otros también se echaron a reír. Algunos batieron palmas, repitiendo: «No más bajadas».

La conversación inspiró a Hayagrīva y Umāpati un nuevo prospecto:

¡QUÉDATE SIEMPRE DE SUBIDA!

No más bajadas

Practica la Conciencia de Krisna
Expande tu conciencia practicando la
«VIBRACIÓN SONORA TRASCENDENTAL»

HARE KRISNA HARE KRISNA KRISNA KRISNA HARE HARE
HARE RAMA HARE RAMA RAMA RAMA HARE HARE

El prospecto seguía alabando la conciencia de Kṛṣṇa por encima de cualquier otro tipo de viaje. Incluía expresiones como «terminar con todos los aterrizajes» y «dar marcha», y hablaba contra «la utilización de métodos provocados artificialmente, para obtener la experiencia del yo y expandir la conciencia». Alguien objetó que el prospecto «se acomodaba demasiado a la mentalidad hippy», pero Swamiji dijo que estaba muy bien.

* * *

Octubre de 1966

Tompkins Square Park era *el* parque del Lower East Side. Al sur, estaba bordeado por la calle Séptima, con sus viviendas de piedra rojiza de cuatro y cinco pisos. En el lado norte estaba la Décima, con más piedras rojizas, pero en mejores condiciones, y el pequeño y antiguo edificio que albergaba la agencia de Tompkins Square de la Biblioteca Pública de Nueva York. En la Avenida B, al límite este del parque, estaba la iglesia de Santa Brígida, construida en 1948, cuando el barrio era totalmente irlandés. La iglesia, la escuela y el rectorado aún ocupaban buena parte de la manzana. El lado

oeste del parque, la Avenida A, estaba bordeado de pequeñas confiterías donde vendían periódicos, revistas, cigarrillos y sodas con helado en la barra. Había también unos pocos bares, diversas tiendas de comestibles, y un par de restaurantes eslavos especializados en caldos de verdura baratos que atraían a ucranianos y a hippies, codo con codo en busca de algo que comer.

Las cuatro hectáreas del parque contenían muchos árboles altos, pero por lo menos la mitad de la superficie estaba pavimentada. Un sistema de verjas de metro y medio de altura de pesadas barras de hierro fundido zigzagueaba por el parque, bordeando los paseos y protegiendo la hierba. Las verjas y los muchos paseos y entradas al parque hacían el efecto de un laberinto.

Como el tiempo aún era cálido y era domingo, el parque estaba lleno de gente. Casi todos los bancos que bordeaban los paseos estaban ocupados. Había gente mayor, en gran parte ucraniana, vestida con trajes pasados de moda y que llevaban suéters, a pesar del calor; estaban reunidos por clanes, hablando. También había muchos niños en el parque, la mayoría portorriqueños y negros, pero también los había de pelo rubio, chiquillos de los tugurios, de facciones duras, haciendo carreras de bicicletas o jugando al balón y al «frisbee»*; los campos de baloncesto y balonmano estaban casi siempre ocupados por adolescentes. Y como siempre, había muchos perros sueltos corriendo.

Una diminuta glorieta de mármol (cuatro columnas y un tejado, con una fuente potable dentro) era un vestigio de los viejos tiempos: 1891, según rezaba la inscripción. En sus cuatro lados estaban escritas las palabras ESPERANZA, FE, CARIDAD y TEMPLANZA. Pero alguien había pintado de negro toda la estructura, haciendo dibujos vulgares y escribiendo nombres e iniciales ilegibles. Aquel día había un grupo tocando bongos y congas, y todo el parque vibraba con sus ritmos irresistibles.

Y los hippies estaban allí, distintos de todos los demás. Los bohemios barbudos y sus jóvenes compañeras de pelo largo, vestidos con tejanos viejos, eran aún algo nuevo. Incluso en el crisol de Lower East Side, su presencia creaba cierta tensión. Provenían de familias de clase media, de manera que no les había arrastrado a los barrios bajos una extrema necesidad económica. Esto provocaba conflictos en su trato con los inmigrantes desvalidos. Y la conocida inclinación de los hippies por las drogas sicodélicas, su rebelión contra sus familiares y contra la opulencia, y

su identificación con la vanguardia, les había hecho, a veces, la minoría abucheada del barrio. Pero los hippies sólo querían ocuparse de lo suyo y crear su propia revolución «por el amor y por la paz», de manera que se les toleraba, aunque no se les apreciase.

Había diferentes grupos entre los jóvenes hippies de Tompkins Square Park. Había amigos que habían ido juntos al mismo colegio, habían tomado juntos la misma droga, o que coincidían en una filosofía determinada de arte, literatura, política o metafísica. Había amantes. Había grupos que se mantenían unidos por razones indescifrables, salvo por el propósito común de hacer lo que les daba la gana. Y había otros que vivían como eremitas: un solitario se sentaba en un banco del parque, analizando los efectos de la cocaína, mirando hacia arriba, hacia las hojas verdes de los árboles, que susurraban de un modo extraño, y al cielo azul por encima de las viviendas, y después, hacia abajo, a la basura que había a sus pies, mientras, irremediabilmente, seguía su mente, desde el temor a la iluminación, al asco, a la alucinación, sin parar, hasta que la droga comenzaba a perder su efecto y él volvía a ser un vulgar desconocido. A veces se quedaban sentados toda la noche, «colgados» por el parque, hasta que, al fin, al amanecer, se echarían en los bancos a dormir.

Los hippies iban al parque sobre todo los domingos. Al menos, lo cruzaban para ir camino de la plaza de St. Mark, Greenwich Village, o al metro de la avenida Lexington en la Plaza Astor, o a la parada de la línea IND en el cruce de Houston y la Segunda Avenida, o a coger un autobús hacia la zona alta en la Primera Avenida, hacia el centro en la Segunda, o hacia el otro lado de la ciudad en la Novena. O iban al parque sólo para salir de sus apartamentos y sentarse juntos al aire libre, para volver a drogarse, para hablar o para andar por el laberinto de paseos del parque.

Pero cualesquiera que fuesen los diversos intereses y trayectos de los hippies, el Lower East Side era una parte esencial de la mística. No era simplemente un barrio bajo; era el mejor sitio del mundo para llevar a cabo sus experimentos sobre la conciencia. Porque con toda su inmundicia y amenaza de violencia, y la vida confinada de sus viviendas de piedra roja, el Lower East Side era aún la vanguardia de la revolución de la expansión de la mente. Si no se estaba viviendo allí, tomando drogas sicodélicas o marihuana, o por lo menos dedicado intelectualmente a la búsqueda de una religión personal libre, no se estaba iluminado y no se tomaba parte en la evolución más progresiva fuera de la existencia humana del americano

ordinario, materialista y «recto», evolución que dio unidad a lo que, sin ella, era sólo una ecléctica reunión de hippies en el Lower East Side.

En este cuadro caótico entró Swamiji con sus seguidores y se sentó para celebrar un *kīrtana*. Tres o cuatro devotos que llegaron antes que él buscaron una zona despejada en el parque, sacaron la alfombra oriental, donativo de Robert Nelson, se sentaron sobre ella, y comenzaron a tocar los *karatālas* y a cantar Hare Kṛṣṇa. Inmediatamente, algunos chiquillos montaron en sus bicicletas, frenaron justo al borde de la alfombra, y se quedaron a horcajadas en sus bicis, mirando con curiosidad y de manera irreverente. Otros transeúntes se pararon a escuchar.

Mientras tanto, Swamiji, acompañado de media docena de discípulos, hacía a pie la distancia de ocho manzanas que había desde el local. Brahmānanda llevaba el armonio y el tambor del Swami. Kīrtanānanda, que se había afeitado la cabeza a petición de Swamiji y vestía una tela amarillo canario enrollada en flojos pliegues, produjo una sensación suplementaria. Los conductores paraban sus coches a mirar, y los pasajeros se asomaban boquiabiertos ante la ropa extravagante y la cabeza afeitada. Al pasar el grupo por delante de una tienda, las personas que había allí se codeaban las unas a las otras y señalaban el espectáculo. La gente salía a las ventanas de las viviendas, creyendo que el Swami y su grupo era un desfile que pasaba. En especial, los gamberros portorriqueños no pudieron evitar unas reacciones exageradas: «¡Eh, Buda!, decían mofándose. «¡Oye! Os habéis olvidado de quitaros el pijama!» Lanzaban chillidos penetrantes imitando el grito de guerra de los indios que habían oído en los westerns de Hollywood.

«¡Eh!, árabes!, exclamó un entrometido, que comenzó a imitar lo que él entendía por una danza oriental. En la calle, nadie sabía nada sobre la conciencia de Kṛṣṇa, ni siquiera conocían nada de la cultura y costumbres indias. Para ellos, el séquito del Swami no era más que un puñado de hippies chalados alardeando. Pero no sabían que pensar del Swami. Él era diferente. Sin embargo, recelaban. Alguno, sin embargo, como Irving Halpern, un veterano residente de Lower East Side, sentía simpatía hacia aquel extranjero, que «parecía ser una persona muy digna, en una misión de paz».

Irving Halpern: Mucha gente tenía unas nociones espectaculares de lo que era un swami. Como si fuesen a ver de pronto a un hombre acostado sobre un colchón de clavos, y toda clase de nociones absurdas. Pero, sin embargo,

allí estaba un ser bienintencionado a todas luces, muy agradable, pacífico, amable, ante un ambiente muy hostil.

–¿Hippies!

–¿Qué son, comunistas?

Mientras los jóvenes se mofaban, las personas mayores y los viejos movían la cabeza fríamente y sin comprender. El camino hacia el parque estuvo salpicado de blasfemias, chistes obscenos y tensión, pero sin violencia.

La gente del barrio pensó que Swamiji y sus seguidores habían salido a la calle con vestidos extravagantes para bromear, sólo para volverlo todo patas arriba y provocar miradas y aullidos. Les parecía que aquellas reacciones eran lo natural en cualquier americano respetable y normal que viviese en un barrio bajo.

Así pues, fue una verdadera aventura hasta que el grupo llegó al parque. Sin embargo, el Swami permaneció impasible. «¿Qué están diciendo?», preguntó una o dos veces, y Brahmānanda se lo explicaba. Swamiji tenía una manera de mantener la cabeza alta, con la barbilla levantada, como si fuese hacia adelante. Esto le daba un aire aristocrático y determinado. Su visión era espiritual; veía a todos como almas espirituales y a Kṛṣṇa como el controlador de todo. Sin embargo, aparte de esto, incluso desde un punto de vista humano, permanecía impasible ante el jaleo de la calle. Después de todo era un «hombre de Calcuta» con experiencia.

Hacía unos diez minutos que había comenzado el *kīrtana* cuando llegó Swamiji. Tras quitarse sus babuchas de goma blanca, como si estuviera en su casa en el templo, se sentó en la alfombra con sus seguidores, que habían interrumpido el canto y le observaban. Llevaba un suéter rosa, y sobre los hombros un chal de *khādī*. Estaba sonriente. Mirando a su grupo, indicó el ritmo contando: Uno... dos... tres. Empezó a dar fuertes palmadas mientras seguía contando:

Uno... dos... tres. Los *karatālas* siguieron, al principio confundiendo la medida, pero él marcaba el ritmo batiendo palmas, y entonces los demás se le unieron, batiendo palmas, tocando los címbalos no muy artísticamente en un «tempo^o lento y firme.

Swami comenzó a cantar unas plegarias que no conocía nadie. *Vande 'ham śrī-guroḥ śrī-yuta-pada-kamalaṁ śrī gurūn vaiṣṇavāṁś ca*. Tenía una voz dulce como el armonium, rica en matices de melodías bengalíes. Sentado en la alfombra, bajo un gran roble, cantó las misteriosas plegarias sánscritas. Ninguno de sus seguidores conocía más *mantras* que el Hare Kṛṣṇa; pero

conocían a Swamiji. Y mantuvieron el ritmo escuchándole de cerca, mientras los camiones retumbaban por la calle y las congas vibraban a lo lejos.

Mientras cantaba (*śrī-rūpaṁ sāgrajātam*) se acercaron unos perros, unos niños se quedaron mirando, y unos pocos se burlaron señalando con el dedo: «¡Oye, tío! ¿quién es ese sacerdote?». Pero su voz era un refugio tras las dualidades en conflicto. Sus muchachos siguieron tocando los címbalos mientras él cantaba solo: *śrī-rādhā-kṛṣṇa-pādān*.

Swamiji cantaba unas oraciones en alabanza del puro amor conyugal de Śrīmatī Rādhārāṇī por Kṛṣṇa, el amado de las *gopīs*. Cada palabra, que habían transmitido durante cientos de años los asociados íntimos de Kṛṣṇa, estaba saturada de un profundo significado trascendental que solo él comprendía. *Saha-gana-lalitā-śrī-viśā khānvitāṁś ca*. Esperaban que comenzase el Hare Kṛṣṇa, aunque oírle cantar a él era ya muy emocionante. Se acercó más gente, que era lo que Swamiji quería. Quería que los demás cantasen y bailasen con él, y ahora sus seguidores también lo estaban deseando. Querían estar con él. Parecía que era esto lo que harían siempre: ir con Swamiji, sentarse y cantar. Él siempre estaría con ellos, cantando.

Entonces, Swamiji comenzó el mantra: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Ellos respondían, demasiado bajo y confuso al principio, pero él se volvió de nuevo hacia ellos, cantando de la manera correcta, con aire triunfal. De nuevo ellos respondieron, recobrando ánimos, tocando los *karatālas* y batiendo palmas: uno... dos... tres, uno... dos... tres. De nuevo volvió a cantar solo el Swami, mientras ellos seguían colgados de cada palabra, batiendo palmas, tocando los címbalos, y observándole, y él los miraba desde su concentración interior: la sabiduría de su edad avanzada, su *bhakti*. Y por amor a Swamiji, se desentendieron de lo que les rodeaba y se unieron a él cantando en congregación. Swamiji tocaba su tambor sujetándolo por la abrazadera con la mano izquierda, estrechándolo contra sí, y tocando con la derecha ritmos complicados de *mṛdaṅga*.

Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Al cabo de media hora, él seguía con energía, repitiendo el mantra arrastrándoles con él, mientras los curiosos, interesados, se reunían en número cada vez mayor. Unos pocos hippies se sentaron al borde de la alfombra, imitando la manera de sentarse con las piernas cruzadas, escuchando, batiendo palmas, tratando de cantar, y el

pequeño círculo central de Prabhupāda y sus seguidores crecía a medida que llegaba más gente.

Como siempre, su *kīrtana* atraía a los músicos.

Irving Halpern: *Yo hago flautas y toco los instrumentos musicales que hago. Cuando llegó el Swami, me acerqué y empecé a tocar, y él me recibió muy bien. Siempre que un músico nuevo se acercaba y tocaba la primera nota, él abría los brazos. Era como si hubiera subido al podio y se dispusiera a dirigir la Filarmónica de Nueva York. Quiero decir que aquél era un gesto que conocen todos los músicos. Tú sabes exactamente cuando alguien quiere que toques con él, y se alegra de que estés tocando con él. Y esta forma fundamental de comunicación musical, él la tenía, y yo me asocié a ello rápidamente. Y yo estaba muy contento con ello.*

Casi siempre había músicos solitarios rondando por lugares diferentes del parque, y cuando supieron que podían tocar con el canto del Swami, y que serían bienvenidos, empezaron a acercarse uno a uno. Un saxofonista se acercó sólo porque allí había un ritmo muy fuerte y le apetecía. Otros, como Irving Halpern, lo veían como algo espiritual, con buenas vibraciones. A medida que se unían los músicos, muchos transeúntes se dejaron arrastrar por el *kīrtana*. Swamiji cantaba tanto solo como con el coro, y muchos que se habían acercado cantaban también la parte de solo, de manera que había un canto constante de coro. Por la tarde, la multitud llegó a más de cien personas, con doce músicos tratando de unirse con el Swami, con sus congas y bongos, flautas de bambú, de metal, con armónicas, con castañuelas de madera y de metal, tambores y guitarras.

Era impresionante verle. Tenía la frente surcada de arrugas por el esfuerzo de cantar alto, y su rostro era fuerte. Las venas de las sienes sobresalían visiblemente, y la mandíbula se proyectaba hacia adelante cuando cantaba su «¡Hare Kṛṣṇa! ¡Hare Kṛṣṇa!» para que todos le oyesen. Aunque su porte era agradable, su

canto era intenso, a veces forzado, y todo en él era concentración.

No era el retiro de yoga ni la vigilia tranquila y silenciosa de cualquier otro, sino un puro adentrarse en el canto que le era propio a Bhaktivedanta Swami. Era una nueva ola, algo en lo que todos querían tomar parte. La comunidad parecía aceptarlo. Llegó a atraer tanta gente que el vendedor de helados fue por allí a hacer negocio. Cerca de Prabhupāda, había un grupo de niños de pelo rubio, de cinco o seis años, que estaban allí sentados. Un pequeño polaco se quedó mirando. Alguien comenzó a quemar incienso

sobre carbón encendido en un colador de metal y el humo exquisito ondulaba entre los flautistas, percussionistas y cantores.

Swamiji hizo un gesto a sus discípulos y éstos se levantaron y comenzaron a bailar. Stryadhīśa, alto y delgado, con los bolsillos traseros llenos de prospectos «*Quédate siempre de subida*», levantó las manos y comenzó a bailar. A su lado, con un jersey negro de cuello alto, con sus gruesas cuentas alrededor del cuello, bailaba Acyutānanda, con su largo pelo ondulado, casi rizado, en desorden. Entonces se levantó Brahmānanda. Él y Acyutānanda estaban uno frente a otro, con los brazos extendidos como en la pintura del *kīrtana* de Śrī Caitanya. Unos fotógrafos salieron de entre la multitud. Los muchachos bailaban, cambiando el peso del pie izquierdo al derecho, haciendo una serie de poses angélicas, con las grandes cuentas rojas de cantar colgadas del cuello. Estaban haciendo «el paso del Swami».

Brahmānanda: *Cuando me levante, pensé que debería quedarme de pie hasta que Swamiji terminase de tocar el tambor. Sería una ofensa, pensaba yo, si me siento mientras él aún está tocando. De manera que bailé durante una hora.*

Swamiji hizo un signo de aprobación con un típico gesto indio de cabeza, y levantó las manos invitando a otros bailarines. Los más de sus discípulos comenzaron a bailar y hasta unos pocos hippies se levantaron y lo intentaron. Swamiji quería que todos cantasen y bailasen en *sañkīrtana*. La danza era una tranquila oscilación andando con los pies descalzos sobre la alfombra, los brazos levantados hacia arriba, con los dedos extendidos hacia el cielo, por encima de las ramas de los árboles de otoño. Aquí y allá, entre la multitud, había cantantes que saboreaban sus propios éxtasis: una muchacha con los ojos cerrados tocaba unos pequeños címbalos con los dedos, y movía la cabeza como en sueños mientras cantaba. Una dama polaca, de viejo y gastado rostro y un pañuelo a la cabeza, miraba con incredulidad a la muchacha. Entre la multi

tud había desperdigados pequeños grupos de viejecitas, con sus pañuelos a la cabeza, algunas con gafas de sol, hablando animadamente y señalando los aspectos interesantes del *kīrtana*. Kīrtanā nanda era el único que llevaba *dhotī*, como si fuese una versión en joven de Prabhupāda. La luz de la tarde de otoño cayó poco a poco sobre el grupo, iluminándoles con un brillo dorado y creando frescas sombras alargadas.

El armonio tocaba un bajo continuo, y un muchacho con una chaqueta militar de faena improvisó unas creaciones atonales en su flauta dulce de

madera. Sin embargo, los instrumentos se combinaban en un sonido total, y la voz de Swamiji emergía sobre los tonos componentes de cada acorde. Y así continuó por varias horas. Prabhupāda mantenía la cabeza y los hombros derechos, aunque al final de cada línea del mantra, a veces encogía los hombros antes de comenzar la línea siguiente. Sus discípulos estaban cerca de él, sentados en la misma alfombra, con el éxtasis religioso visible en los ojos. Finalmente, Swamiji se interrumpió.

Inmediatamente se puso en pie, y todos entendieron que iba a hablar. Eran las cuatro y el tibio sol de otoño aún brillaba en el parque. La atmósfera era de tranquilidad y la audiencia estaba atenta y suave debido a la concentración en el mantra. Comenzó a hablarles, agradeciendo a todos por haberse unido al *kīrtana*. El canto de Hare Kṛṣṇa, dijo, había sido introducido quinientos años antes en Bengala Occidental por Caitanya Mahāprabhu. *Hare* significa «¿Oh energía del Señor!», *Kṛṣṇa* es el Señor, y *Rāma* es también un nombre del Señor Supremo, que significa «el mayor placer». Sus discípulos estaban sentados a sus pies, escuchando. Rāya Rāma miraba con los ojos medio cerrados, tras la mano que le protegía del Sol, para ver a Swamiji, y la cabeza de Kīrtanānanda se inclinaba hacia un lado, como la de un pájaro que escucha lo que pasa en el suelo.

Swamiji estaba erguido cerca del fuerte roble, con las manos cruzadas relajadamente ante él, en la actitud propia de un orador, con la ropa color azafrán pálido envolviéndole con gracia. Tras él, el árbol parecía perfectamente colocado, y los rayos del Sol daban en el espeso tronco con sombras en forma de hojas. Detrás de él, entre los árboles de un bosquecillo, estaba la torre de Santa Brígida. A su derecha se encontraba una mujer regordeta de mediana edad, con un traje y un peinado que en los Estados Unidos estaban pasados de moda desde hacía veinticinco años. A su izquierda había una muchacha hippy con aire decidido, tejanos ajustados, y tras ella, un muchacho negro, con un suéter negro y los brazos cruzados sobre el pecho. Al lado, un hombre joven con su hijito en brazos, después un joven y barbudo *sādhū* de la calle, peinado con raya en medio, y dos hombres corrientes de clase media y pelo corto con sus jóvenes compañeras. Muchos de los del grupo, aunque estaban cerca, se distraían mirando de un lado a otro.

Swamiji explicó que hay tres planos: sensual, mental e intelectual, y que por encima de ellos está el plano espiritual. El canto de Hare Kṛṣṇa pertenece al plano espiritual, y es el mejor procedimiento para revivir nuestra

conciencia eterna y dichosa. Invitó a todos a asistir a las reuniones en el 26 de la Segunda Avenida y terminó su breve discurso diciendo: «Muchas gracias. Por favor, canten con nosotros». Después se sentó, tomó el tambor y comenzó otra vez el *kīrtana*.

Si era arriesgado para un hombre de setenta y un años aporrear un tambor y hablar en voz tan alta, él tomaría aquel riesgo por Kṛṣṇa. Era demasiado bueno para interrumpirlo. Había venido de lejos, desde Vṛndāvana, había sobrevivido en un grupo de yoga no dedicado a Kṛṣṇa, había superado todo un invierno en la oscuridad. América había esperado cientos de años sin canto de Kṛṣṇa. Ningún «Hare Kṛṣṇa» había aparecido debido a las apreciaciones de Thoreau o de Emerson, aunque hubiesen vertido al inglés la *Gītā* y los *Purāṇas*. Y ningún *kīrtana* se había originado del famoso discurso de Vivekananda en nombre del Hinduísmo en el Parlamento Mundial de Religiones de Chicago, en 1893. De manera que ahora que tenía, por fin, el *kṛṣṇa-bhakti* en marcha, fluyendo como el Ganges hacia el mar, no podía interrumpirse. Sentía en su corazón la voluntad infinita de Śrī Caitanya de liberar a las almas caídas.

Sabía que era el deseo de Śrī Caitanya Mahāprabhu y el de su propio maestro espiritual, aunque los *brāhmaṇas* de la India, conscientes de casta, desaprobarían que se relacionase con intocables como aquellos americanos drogadictos, comedores de carne, y sus amigas. Pero Swamiji explicaba que él estaba de completo acuerdo con las Escrituras. El *Bhāgavatam* afirmaba claramente que la conciencia de Kṛṣṇa debía ser entregada a todas las razas. Todos eran almas espirituales, y sin tener en cuenta su nacimiento, podían alcanzar el más elevado plano espiritual cantando el santo nombre. No importaba lo pecaminoso de lo que hiciesen, eran perfectos candidatos a la conciencia de Kṛṣṇa. Tompkins Square Park era un plan de Kṛṣṇa; también formaba parte de la Tierra, y aquellas personas eran miembros de la raza humana. Y el canto de Hare Kṛṣṇa era el *dharma* para esta era.

Cuando Swamiji volvió a su local, se encontró con una multitud de gente que venía del parque y que estaba en la acera, delante de su puerta; gente joven esperando que llegase y abriese la puerta de «Regalos Incomparables», esperando aprender más sobre la danza y el canto y sobre el ya mayor Swami y sus discípulos, que habían creado aquella hermosa escena en el parque. Llenaron el local. Fuera, en la acera, los tímidos o los que no se comprometían, se quedaron cerca de la puerta o del escaparate, fumando o mirando hacia el interior, tratando de ver las pinturas de las

paredes. Swamiji entró y se dirigió derecho a su estrado, sentándose ante la mayor reunión que nunca hubiese honrado su templo. Siguió hablando de la conciencia de Kṛṣṇa, viniéndole las palabras de manera tan natural como el respirar cuando citaba la autoridad sánscrita que había tras su experiencia en el parque. Igual que habían cantado aquel día, les dijo, deberían cantar siempre.

Era tarde cuando por fin volvió a su apartamento. Uno de los muchachos le llevó una taza de leche caliente, y alguien dijo que tendrían que ir a cantar al parque todas las semanas. «¿Todos los días!», replicó Swamiji. Aunque habían ido allí media docena de personas, se tendió sobre su delgada estera. Continuó hablando durante unos minutos, y después su voz se fue apagando, predicando con frases fragmentarias. Pareció adormilarse. Eran las diez. Salieron de puntillas, cerrando la puerta con cuidado.

* * *

Hare Kṛṣṇa se estaba haciendo popular, celebrando con regularidad los *kīrtanas* en los parques, y con reportajes en los periódicos. Hayagrīva lo llamaba «la explosión Hare Kṛṣṇa». Los hippies del Lower East Side consideraban el canto de Hare Kṛṣṇa como «una de las cosas más estupendas que ocurrían,» y el que los discípulos del Swami no tomaran LSD no parecía afectar su popularidad. Se aceptaba a los devotos como a gente angelical, que llevaban el canto de paz a los demás, ofreciéndoles gratuitamente alimentos y un sitio para estar. En su casa podías obtener gratis los platos vegetarianos más interesantes (si llegabas en el momento apropiado). Y en su local, en una repisa cerca de la puerta, había libros de la India.

En los clubs, los músicos locales tocaban la melodía que habían captado de los cantos del Swami en el parque y en el templo. El Lower East Side era un barrio de artistas y músicos, y entonces también era el barrio de Hare Kṛṣṇa.

Los *kīrtanas* de la tarde siempre eran grandes. Todas las noches la tiendecita se llenaba de manera que no había sitio para sentarse. Había un gran interés por el grupo de canto y por el que hacía la música, pero después del *kīrtana*, cuando iba a comenzar la charla, la gente comenzaba a marcharse. No era raro que la mitad de la audiencia se marchase antes de que comenzase la charla, y a veces, la gente se iba en medio de la conferencia.

Una tarde, Allen Ginsberg llevó a la reunión a Ed Sanders y a Tuli Kupferberg, de los Fugs. Los Fugs eran un grupo local que se había hecho con cierta fama, y su especialidad eran las canciones con letras obscenas. Entre las canciones populares de Ed Sanders, estaba «La Diosa del Suburbio de Lower East Side», «El Grupo anda a Tientas,» y «No puedo viajar». Ed tenía un pelo rojo salvaje, una barba de rojo eléctrico y tocó la guitarra durante el *kīrtana*. Los devotos se sentían felices al ver a sus prestigiosos visitantes.

Sin embargo, la noche de los Fugs, Swamiji decidió hablar sobre la ilusión del placer sexual. «El placer sexual nos ata a este mundo material vida tras vida», dijo, y citó, como hacía a menudo, un verso de Yāmunācārya: «Desde que soy consciente de Kṛṣṇa, siempre que pienso en la vida sexual con una mujer, al momento vuelvo la cabeza a otro lado y escupo al pensarlo». Los Fugs no volvieron más.

Hablar mal del placer sexual no era ciertamente una buena estrategia para quien buscaba seguidores entre los hippies del Lower East Side. Pero Bhaktivedanta Swami no pensó nunca cambiar su mensaje. En realidad, cuando Umāpati mencionó que a los americanos no les gustaba oír que el sexo era sólo para concebir hijos, Bhaktivedanta Swami contestó: «Yo no puedo cambiar la filosofía para complacer a los americanos».

–¿Qué pasa con el sexo? –preguntó el abogado de ISKCON, Steve Goldsmith, una tarde, desde el fondo del templo que rebosaba gente.

–La actividad sexual debe tener lugar sólo con la propia esposa – dijo Swamiji–, y esto también con restricciones. La vida sexual es para propagar hijos conscientes de Kṛṣṇa. Mi maestro espiritual solía decir que para procrear hijos conscientes de Kṛṣṇa, él estaba dispuesto a ejecutar el acto sexual cien veces. Por supuesto, esto es muy difícil en esta era. Por eso, él fue siempre *brahmacāri*.

–Pero el sexo es una fuerza muy poderosa –objetó el Sr. Goldsmith–.

Lo que un hombre siente por una mujer es innegable.

–Por eso, en todas las culturas existe la institución del matrimonio –replicó Prabhupāda–. Tú te puedes casar y vivir tranquilamente con una mujer, pero no se puede tratar a una esposa como una máquina para la complacencia de los sentidos. Hay que restringir la vida sexual a una vez al mes y solamente para procrear hijos.

Hayagrīva, que estaba sentado justo a la izquierda de Swamiji, junto al gong grande que se balanceaba, exclamó de pronto: «¿Sólo una vez al mes?–

Y con un toque de humor jocoso, añadió en voz alta–: Para eso, ¿mejor olvidarse!».

–¡Sí! ¿Eso es! ¡Buen chico! –Swamiji rió y otros se le unieron–. Es mejor no pensar en ello. Mejor sólo cantar Hare Kṛṣṇa. –Y levantó las manos como si estuviese cantando con un hilo de cuentas–. De esta manera nos ahorraremos muchas molestias. La actividad sexual es como una sensación de picor, eso es todo. Y cuando rascamos, es peor; así que debemos soportar el picor y pedir a Kṛṣṇa que nos ayude. No es fácil. La actividad sexual es el mayor placer en el mundo material, y también es la mayor esclavitud.

Pero Steve Goldsmith movía la cabeza. Swamiji le miró sonriendo: «¿Hay algún problema?».

–No es más que... bueno, está probado que es peligroso reprimir la inclinación sexual. Existe la teoría de que tenemos guerras porque...

–...la gente come carne –interrumpió Prabhupāda–. Mientras la gente coma carne, habrá guerra. Y si el hombre come carne, puede estar seguro de que tendrá también vida sexual promiscua.

Steve Goldsmith era un amigo influyente y un partidario de ISKCON. Pero Prabhupāda no cambiaría la filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa «para complacer a los americanos».

* * *

Eran las 11 de la noche y en el apartamento de Swamiji no había más que una luz, la de la cocina. Swamiji estaba levantado, enseñando a guisar a Kīrtanānanda y Brahmānanda, porque al día siguiente, que era domingo, iban a dar una fiesta para el público. Kīrtanānanda había propuesto que la anunciaran como «Fiesta de Amor» y Swamiji lo había aprobado, aunque algunos pensaron que sonaba raro cuando le oyeron a él decir «Fiesta de Amor» por primera vez. Los devotos habían puesto carteles por el barrio, y habían hecho un letrero para el escaparate del local, y Swamiji había dicho que iba a guisar para cincuenta personas por lo menos. Dijo que las Fiestas de Amor deberían llegar a ser una parte importante de ISKCON. Como había explicado muchas veces, el alimento que se ofrece a Kṛṣṇa se vuelve espiritual, y todo el que toma *prasādam*, recibe un gran beneficio espiritual. *Prasādam* significa «misericordia».

Swamiji vigiló cada uno de la casi docena de platos hasta su fase final, y los discípulos los llevaron al cuarto de delante en potes, uno a uno, y los colocaron ante la pintura de Śrī Caitanya. Había *halavā*, *dāl*, dos *sabjīs*, un

arroz de fantasía, *purīs*, *samosās*, arroz dulce, *caṭnī* de manzana, y *gulābjāmuns*, o bolas dulces (balas de ISKCON). Swamiji pasó mucho tiempo friendo lentamente las bolas dulces, a poco fuego, hasta que estuvieron doradas y crecidas. Después, una a una, las había sacado del *ghī* (mantequilla clarificada) con una espumadera, y las había puesto a empapar en almíbar. Sabía que aquellas doradas bolas de leche, fritas en *ghī*, constituían el plato de *prasādam* preferido de sus discípulos. Él las llamaba «balas de ISKCON» porque eran armas en la guerra contra *māyā*. Incluso permitió que un tarro de balas de ISKCON, flotando en almíbar, estuviese siempre al alcance de la mano en el cuarto de delante, donde podían tomarlos sus discípulos sin pedir permiso y sin observar horario alguno. Podían tomar todos los que quisieran.

Las primeras Fiestas de Amor no tuvieron mucha gente, pero los devotos eran tan entusiastas del *prasādam* de la fiesta, que no estaban decepcionados por la escasez de visitantes. Estaban dispuestos a comérselo todo.

Satsvarūpa: Había algo llamado «spaghetti brahmínico», que eran fideos de harina de arroz, cocidos en ghī y remojados en agua azucarada. Y había halavā, arroz puṣpānna con bolitas de queso frito, samosās, mung-dāl partido frito como bolitas crujientes, mezcladas con sal y especias, purīs, gulābjāmuns. Y todo era succulento, como solía decir Hayagrīva. «Sí –decía, con un tono de broma–, todo era muy succulento.»

Comer aquel festín era una experiencia intensa. Nosotros debíamos reprimir los sentidos toda la semana, siguiendo unas normas estrictas, controlando la lengua. Y el festín era una especie de recompensa. Swamiji y Kṛṣṇa nos daban a probar un éxtasis plenamente espiritual, aunque aún fuésemos novicios y estuviésemos todavía en el mundo material. Antes de tomar mi plato a rebosar, oraba: «Por favor, permíteme que permanezca en la conciencia de Kṛṣṇa, porque es tan bueno, y yo he caído tan bajo. Permíteme servir a Swamiji, y déjame ahora disfrutar de esta fiesta en una dicha

trascendental». Y comenzaba a comer, yendo de la sensación de un sabor a otra: el arroz, tan bueno, la verdura preferida, el pan, reservando el gulābjāmun para el final, pensando: «Puedo repetir una segunda vez, y si quiero, una tercera». Teníamos los ojos puestos en los grandes potes, seguros de que había tanto como quisiéramos. Era un momento en que se reafirmaban los compromisos. Todos nosotros disfrutábamos abiertamente,

con gran deleite y complacencia de los sentidos. Comer era muy importante.

Poco a poco, la asistencia fue mejorando. La fiesta era gratis, y tenía fama de ser deliciosa. Más que nada, iban hippies locales, pero de vez en cuando iba una clase más elevada de neoyorkinos buscando experiencias, o hasta los padres de alguno de los devotos. Cuando se llenaba el pequeño templo, los invitados se sentaban en el patio. Tomaban sus platos de cartón llenos de *prasādam*, se lo llevaban al jardín del patio, y se sentaban detrás de la escalera de incendios, o junto a la mesa de picnic o en cualquier parte. Y después de comer, volvían a entrar a buscar más. Los devotos estaban detrás de los potes de *prasādam*, y los invitados iban a servirse una segunda vez. Los otros inquilinos no estaban muy contentos de ver el patio lleno de invitados festivos, y los devotos trataban de apaciguarlos llevándoles platos de *prasādam*. Aunque Swamiji no bajaba al templo, tomaba un plato en su cuarto y escuchaba con placer hablar del éxito de su nuevo programa.

Una vez los devotos estaban comiendo de una manera tan voraz que amenazaban acabar con todo antes de que todos los invitados estuviesen servidos, y Kīrtanānanda tuvo que amonestarlos por su actitud egoísta. Gradualmente fueron comprendiendo que la fiesta de los domingos no era sólo para su diversión, sino para atraer gente al proceso de conciencia de Kṛṣṇa.

* * *

Bhaktivedanta Swami había comenzado en la India la revista *Back to Godhead*. Aunque había estado escribiendo artículos desde los años treinta, fue en 1944, en Calcuta, cuando él solo comenzó la revista, respondiendo así al requerimiento de su maestro espiritual de que predicase en inglés la conciencia de Kṛṣṇa. Había sido con un gran esfuerzo, gracias a su negocio farmacéutico, como había podido arreglarse para reunir las cuatrocientas rupias mensuales necesarias para la publicación. Y él solo había escrito, corregido, diseñado, publicado, financiado y distribuido cada número. En aquellos primeros tiempos, *Back to Godhead* había sido la principal obra literaria y tarea de predicación de Bhaktivedanta Swami. Había imaginado una amplia distribución de la revista, y había hecho planes para difundir el mensaje de Śrī Caitanya por todo el mundo. Había elaborado una lista de los países principales y del

número de copias de *Back to Godhead* que quería enviar a cada uno. Había solicitado donativos para financiar su proyecto, pero la ayuda fue escasa. Entonces, en 1959, concentró sus energías en escribir y publicar el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Pero ahora quería hacer revivir *Back to Godhead*, y esta vez no lo haría solo. Esta vez entregaría la responsabilidad a sus discípulos.

Uno de ellos, Gargamuni, se enteró de que un club particular en Queens quería vender una pequeña prensa A.B. Dick. A Swamiji le interesó, y fue a Queens en una furgoneta prestada con Gargamuni y Kīrtanānanda para ver la máquina. Era antigua, pero estaba en buenas condiciones. El director del club quería 250 dólares por ella. Swamiji inspeccionó la máquina cuidadosamente, y habló con el director, explicándole su misión espiritual. El director dijo que disponía de otra prensa, y que ninguna de las dos le hacía falta. Entonces Swamiji dijo que pagaría 250 dólares por las dos; el club no las necesitaba realmente y además el director debería ayudarle, ya que Swamiji tenía que imprimir un importante mensaje espiritual para el bien de toda la humanidad. El hombre aceptó. Swamiji hizo cargar las dos máquinas en la furgoneta a Gargamuni y Kīrtanānanda, e ISKCON ya tenía su imprenta.

Bhaktivedanta Swami confió la redacción de *Back to Godhead* a Hayagrīva y Rāya Rāma. Durante muchos años había tomado *Back to Godhead* como su servicio personal a su maestro espiritual, pero entonces dejó que se encargasen de la revista unos muchachos como Hayagrīva, el profesor de inglés de facultad, y Rāya Rāma, el escritor profesional, como el servicio que ellos prestaban a su maestro espiritual. En poco tiempo, Hayagrīva y Rāya Rāma habían reunido todo el material para el primer número y estaban listos para imprimir.

Era una noche libre, sin *kīrtana* público, ni charla, y Swamiji estaba arriba en su cuarto trabajando en su traducción del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Abajo, llevaban horas imprimiendo el primer número. Rāya Rāma había escrito a máquina los clichés, y mientras se imprimían había vigilado la máquina nerviosamente, observando la calidad de impresión de cada página, pasándose la mano por la barba, y murmurando: «Hummm». Ahora tenían que ordenar y coser cada número. Los clichés habían servido para cien copias y cien copias de cada una de las 28 páginas y las portadas estaban alineadas en dos de los bancos sin barnizar que había hecho Raphael aquel verano. Unos devotos ordenaban y cosían la revista en una cadena de

montaje, yendo a lo largo de las pilas de páginas, tomando una página tras otra hasta que llegaban al final del banco, y daban las páginas ordenadas a Gargamuni, que estaba de pie quitándose el largo pelo de los ojos, y cosiendo las revistas con una grapadora y grapas que había traído Brahmānanda de la oficina del Consejo de Educación. Hasta Hayagrīva, que no solía ofrecerse para trabajos pequeños, estaba allí, siguiendo la línea y ordenando páginas.

De pronto, se abrió la puerta lateral, y para su sorpresa, se encontraron a Swamiji que les miraba. Entonces, abrió la puerta del todo y entró en el cuarto. Él nunca había bajado así, en una noche de descanso. Inesperadamente, sintieron que la emoción y el afecto les invadían, y cayeron de rodillas, inclinando la cabeza hasta el suelo. «No, no –dijo el Swami, levantando las manos para impedirselo, mientras algunos se inclinaban aún y otros ya se ponían en pie–. Seguid con lo que estáis haciendo.» Cuando se levantaron y le vieron allí con ellos, no sabían lo que hacer. Pero como era evidente que había bajado para verles trabajar en su revista *Back to Godhead*, continuaron trabajando en silencio y con eficiencia. Prabhupāda fue a lo largo de la hilera de páginas, extendiendo con gracia la muñeca y la mano fuera de los pliegues de su chal para tocar las pilas de páginas y, finalmente, las revistas terminadas. «La imprenta de ISKCON», dijo.

Jagannātha había diseñado la portada con un dibujo a pluma de Rādhā y Kṛṣṇa, parecido a su pintura del templo. Era un dibujo sencillo, enmarcado en una orla de círculos concéntricos. La primera página comenzaba con el mismo lema que había empleado Prabhupāda durante años en su *Back to Godhead*: «Dios es luz, la ignorancia es oscuridad. Donde está Dios no hay ignorancia».

La primera y principal instrucción que dio Prabhupāda a sus redactores fue que habían de publicar la revista *con regularidad, todos los meses*. Incluso si no sabían cómo vender los números, incluso si sólo podían publicar dos páginas, tenían que seguir manteniendo la norma.

Llamó a Hayagrīva a su cuarto, y le obsequió un juego

Completo e tres volúmenes de su *Śrīmad-Bhāgavatam*. En la anteportada de cada volumen había escrito: «A Sriman Hayagriva das Brahmacari, con mis bendiciones, A.C. Bhaktivedanta Swami». Hayagrīva se lo agradeció, y dijo que no había podido costeárselos. «Está bien –dijo Prabhupāda–. Ahora tú recoge artículos para *Back to Godhead*. Trabaja sinceramente y haz por

que sea tan grande como la revista *Time*.»

Prabhupāda quería que todos sus discípulos interviniesen en ello. «No seáis perezosos –decía–. Escribid algo.» Quería dar a sus discípulos la revista para su propia predicación. Brahmānanda y Gargamuni sacaron los primeros números aquella misma noche, en bicicleta, yendo a todas las tiendas importantes del Lower East Side, hasta la Catorce Avenida, llegando hacia el oeste hasta el West Village, hasta distribuir los cien ejemplares. Esto era un aumento en la predicación. Ahora todos sus estudiantes podían participar en el trabajo: escribiendo a máquina, corrigiendo, diseñando, escribiendo artículos, montando la revista y vendiéndola. Era *su* propia predicación, por supuesto, pero ya no estaba solo.

* * *

No mucho después de su boda, Mukunda y Jānakī se habían ido a la Costa Oeste. Mukunda había dicho a Swamiji que quería continuar hasta la India a estudiar la música del país, pero después de unas semanas en el sur de Oregón, había terminado yendo a San Francisco. Ahora tenía una idea mejor. Quería alquilar una casa e invitar a Swamiji a que fuese y comenzase el movimiento Hare Kṛṣṇa en el distrito de Haight-Ashbury, lo mismo que estaba haciendo en el Lower East Side. Decía que allí había muy buenas perspectivas para la conciencia de Kṛṣṇa.

A veces, durante las reuniones de la tarde en su cuarto, Swamiji había preguntado si Mukunda estaba ya listo en la Costa Oeste. Durante meses, el que el Swamiji fuese a la Costa Oeste había sido una de las diversas alternativas. Pero entonces, en la primera semana de enero de 1967, llegó una carta de Mukunda: había alquilado un local en el corazón del distrito de Haight-Ashbury en la calle Frederick. «Estamos muy atareados convirtiéndolo en un templo», escribía. Y Swamiji anunció: «Me voy inmediatamente».

Mukunda habló de una «Reunión de Tribus» en Haight-Ashbury, en San Francisco. Miles de hippies llegaban de todo el país hacia el mismo barrio en el que Mukunda había alquilado el local.

Era un renacimiento juvenil mucho mayor del que tenía lugar en Nueva York. En un plan para reunir fondos para el nuevo templo, Mukunda planeaba un «Mantra-rock Dance» con la participación de conjuntos famosos. Y Swami Bhaktivedanta y el canto de Hare Kṛṣṇa serían el centro

de la atracción.

Aunque Mukunda había incluido en su carta un billete de avión, algunos de los seguidores de Swamiji se negaron a admitir que el Swamiji lo emplease. Los que sabían que nunca se irían de Nueva York, comenzaron a criticar la idea de que Swamiji se fuese a San Francisco. No creían que la gente de la Costa Oeste pudiese cuidar a Swamiji de manera apropiada. ¿Swamiji haciendo su aparición con músicos de rock? Aquella gente no parecía tener el respeto debido. De todas maneras, allí no había un templo apropiado. No había imprenta, ni revista *Back to Godhead*. ¿Por qué iba a dejar Swamiji Nueva York para asistir a semejante función, con extraños, en California? ¿Cómo iban a dejarlos a ellos en Nueva York? ¿Cómo iba a continuar su vida espiritual sin él?

Tímidamente, uno o dos disidentes manifestaron de manera indirecta algunos de estos sentimientos a Swamiji, casi como si quisieran reprenderle por pensar en dejarles, y hasta insinuando que las cosas no irían bien ni en San Francisco ni en Nueva York, si se marchaba. Pero le encontraron con mucha confianza y determinación. Él no pertenecía a Nueva York; él pertenecía a Kṛṣṇa. Y él tenía que ir dondequiera que Kṛṣṇa quisiera que fuese a predicar. Se sentía completamente desapegado, con un gran deseo de viajar y difundir el canto de Hare Kṛṣṇa.

Brahmānanda: *Pero estábamos conmocionados de que se marchase. Yo nunca pensé que la conciencia de Kṛṣṇa fuese más allá de Lower East Side, ni mucho menos de Nueva York. Yo creí que era así y que siempre seguiría siendo así.*

En los últimos días de la segunda semana de enero, se hizo la reserva definitiva del billete de avión, y los devotos comenzaron a empaquetar los manuscritos de Swamiji en unos baúles. Raṇacora, un nuevo devoto reclutado en Tompkins Square Park, había reunido el dinero suficiente para un billete de avión, y los devotos decidieron que acompañase a Swamiji como su ayudante personal. Swamiji explicó que iba solamente por unas pocas semanas, y que quería que se llevasen a cabo todos los programas en su ausencia

Estaba esperando en su cuarto mientras los muchachos buscaban un coche que le llevase al aeropuerto. El día era frío y gris, y el vapor silbaba en los radiadores. Llevaba solamente una maleta, con ropa y algunos libros. Miró en el armario para ver si sus manuscritos estaban en orden. Kīrtanānanda tendría a su cuidado las cosas de su apartamento. Se sentó en

su escritorio, donde durante más de seis meses se había sentado tantas veces, trabajando horas y horas con su máquina de escribir, preparando su *Bhagavad-gītā* y su *Śrīmad-Bhāgavatam*, y donde había estado hablando con tantos visitantes y con sus seguidores. Pero aquel día, no hablaría con amigos ni escribiría ningún manuscrito, sino que iba a pasar los últimos minutos solo antes de su marcha.

Aquél era su segundo invierno en Nueva York. Había lanzado un movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Se le habían unido unos pocos muchachos y muchachas sinceros. Se les conocía ya en el Lower East Side (por muchos comentarios en los periódicos). Y era sólo el comienzo.

Había dejado Vṛndāvana para esto. Al principio no estaba seguro de si iba a estar en América más de dos meses. En Butler había presentado sus libros. Pero después, en Nueva York vio cómo había arreglado las cosas el Dr. Mishra, y que los *māyāvādīs* tenían un gran edificio. Recibían dinero y ni siquiera transmitían el verdadero mensaje de la *Gītā*. Pero los americanos estaban atentos.

Aquellos meses en América habían sido difíciles. Sus hermanos espirituales no habían mostrado ningún interés en ayudarle, aunque lo que hacía era lo que quería su Guru Mahārāja, Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī Ṭhākura, y lo que quería Śrī Caitanya. Porque Śrī Caitanya lo quería, tendría Sus bendiciones y llegaría a ocurrir.

Éste era un lugar agradable, el 26 de la Segunda Avenida. Él había comenzado aquí. Los muchachos lo cuidarían. Algunos de ellos entregaban su salario. Era un comienzo.

Bhaktivedanta Swami miró su reloj. Se puso su abrigo de invierno de cheviot, su sombrero y sus zapatos, metió la mano derecha en su bolsa de las cuentas, y siguió cantando. Salió del apartamento, bajó las escaleras, y cruzó el patio, que en aquel momento estaba helado y silencioso, con los árboles completamente desnudos, sin que les quedase una sola hoja. Y dejó la tienda tras de sí.

Se fue mientras Brahmānanda, Rūpānuga y Satsvarūpa estaban trabajando en sus oficinas respectivas. No hubo ni siquiera una escena de despedida, ni discursos.

Capítulo Tercero

Sólo él podía guiarles

San Francisco

16 de enero de 1967

Cuando se anunció por el altavoz el vuelo 21 de United Airlines procedente de Nueva York, unos cincuenta hippies se agruparon impacientes. Por un momento pareció que estaban intranquilos, inciertos sobre lo que podían esperar y sobre cómo sería el Swami.

Roger Segal: *Éramos un grupo bastante variado, hasta para el aeropuerto de San Francisco. Mukunda llevaba una túnica de Mago Merlín, llena de vistosos cuadros de colores, Sam llevaba una chilaba marroquí de lana de oveja (todo él olía a oveja) y yo llevaba una especie de traje de samurai japonés, hecho en casa, azul, y con pequeños lunares blancos. Por todas partes, había largos rosarios de cuentas. Piel de ante, botas, trajes militares de faena, gente con gafas de sol pequeñas y redondas. Toda la fantasmagoría de San Francisco en su punto culminante.*

Sólo unos pocos del grupo conocían a Swamiji: Mukunda y su esposa Jānaki; Ravīndra-svarūpa; Rāya Rāma. Todos ellos de Nueva York. Y allí estaba Allen Ginsberg. (Unos días antes, Allen había sido uno de los líderes del famoso happening del Golden Gate Park, en el que se habían reunido más de doscientas mil personas. «Una Reunión de las Tribus... con alegres *pow-wow** y Danza de la Paz.»)

Mukunda les recordó a todos que si cantaban Hare Kṛṣṇa cuando Swamiji entrase por la puerta, se pondría muy contento. Todos ellos conocían ya el *mantra* Hare Kṛṣṇa. Habían oído hablar del canto del Swami en el parque de Nueva York, o habían visto el artículo sobre el Swami y el canto en el

periódico clandestino *The Oracle* (El Oráculo). Aquel día, se habían reunido temprano en el Golden Gate Park, los más de ellos respondiendo a un prospecto que había distribuido Mukunda, y habían cantado allí durante más de una hora, antes de ir al aeropuerto en una caravana de coches. Ahora, muchos de ellos, también en respuesta al prospecto de Mukunda, llevaban en la mano flores e incienso.

Cuando los pasajeros que llegaban entraron por la puerta terminal y subieron por la rampa, vieron con asombro la recepción de aquel grupo de gente que llevaba flores y cantaba. Los cantores, sin embargo, miraban pasar aquellos viajeros ordinarios, con aspecto cansado, buscando aquella persona excepcional que debía estar en el avión. De pronto, avanzando hacia ellos, estaba Swamiji, con su piel dorada, vestido con ropas de color azafrán claro.

Había oído el canto incluso antes de entrar en la terminal, y había comenzado a sonreír. Estaba contento y sorprendido. Mirando los rostros, sólo reconoció unos pocos. Sin embargo, ¡aquí había cincuenta personas recibéndole y cantando Hare Kṛṣṇa, sin que él hubiese dicho una palabra!

El grupo de hippies había formado una línea a cada lado de un estrecho pasaje que tenía que atravesar Swamiji. Al pasar entre sus nuevos admiradores, se dirigieron a él docenas de manos ofreciéndole flores e incienso. Él sonreía al recoger las ofrendas con sus manos, mientras Raṇacora observaba. Allen Ginsberg se adelantó con un gran ramo de flores, que Bhaktivedanta Swami aceptó amablemente. Entonces comenzó a ofrecer los regalos que le habían hecho entre aquellos que extendían la mano para recibirlos. Pasó por el terminal, seguido del grupo de jóvenes que cantaba.

Mientras esperaba el equipaje, fue mirando a cada uno de los que estaban con él. Levantando sus manos abiertas, les indicó que cantasen más alto, y el grupo estalló a cantar con más ánimos, con el Swami en medio de ellos, batiendo palmas suavemente y cantando Hare Kṛṣṇa. En un gracioso gesto, levantó los brazos por encima de la cabeza y comenzó a bailar, andando y balanceándose de un lado a otro.

Para la contrariedad mezclada con diversión y alegría irresistible de empleados del aeropuerto y pasajeros, el grupo de acogida se quedó con el Swami hasta que recogió el equipaje. Entonces le acompañaron hasta que salieron fuera, a la luz del sol, y hasta el coche que le estaba esperando, un

Cadillac negro Fleetwood de 1949. Swamiji se instaló en el asiento de atrás con Mukunda y Allen Ginsberg. Hasta que el coche se separó de la acera, Swamiji, siempre sonriendo, siguió repartiendo flores entre los que habían venido a recibirle cuando traía al oeste la conciencia de Kṛṣṇa.

El Cadillac era de Harvey Cohen, quien casi un año antes había accedido a que Swamiji estuviese en su buhardilla del Bowery. Harvey iba conduciendo, pero por la gorra de chófer (que había cogido del almacén del Ejército de Salvación), su traje negro y su barba, Swamiji no le había reconocido.

—¿Dónde está Harvey?

—Está conduciendo —dijo Mukunda.

—Pero, ¿eres tú? No te había reconocido.

Harvey sonrió. «Bienvenido a San Francisco, Swamiji.»

Swamiji estaba contento de estar en otra gran ciudad occidental en nombre de su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y de Śrī Caitanya. Cuanto más al oeste se va, había dicho Śrī Caitanya, más materialista es la gente. Pero Śrī Caitanya también había dicho que la conciencia de Kṛṣṇa debía difundirse por todo el mundo. Los hermanos espirituales de Swamiji pensaban con frecuencia en las declaraciones de Śrī Caitanya de que algún día se cantarían el nombre de Kṛṣṇa en todas las ciudades y aldeas. Quizá debiera tomarse aquel verso simbólicamente, decían. En caso contrario, ¿qué podía significar aquello de Kṛṣṇa en todas las ciudades? Pero Bhaktivedanta Swami tenía una fe profunda en aquella declaración de Śrī Caitanya y en la instrucción de su maestro espiritual. Aquí estaba, en San Francisco, la ciudad del lejano Oeste, y la gente ya estaba cantando. Le habían hecho un recibimiento entusiasta, con flores y *kīrtana*. Y por todo el mundo había otras ciudades muy parecidas a ésta.

El templo que habían logrado Mukunda y sus amigos estaba en la calle Frederick, en el distrito de Haight-Ashbury. Como el del 26 de la Segunda Avenida, de Nueva York, era un pequeño local con un escaparate dando a la calle. Un letrero sobre el escaparate decía: TEMPLO DE SRI SRI RADHA KRISNA. Mukunda y sus amigos también habían alquilado para Swamiji un apartamento con tres habitaciones en el segundo piso del edificio contiguo. Era un apartamento pequeño, sin amueblar, descuidado, que daba a la calle.

Seguido de varios coches llenos de devotos y curiosos, Swamiji llegó al 518 de la calle Frederick y entró en el local, que no tenía más decoración que

unas telas de Madrás en las paredes. Sentado en un cojín, dirigió el *kīrtana* y después les habló, invitando a todos a que adoptasen la conciencia de Kṛṣṇa.

Después de su conferencia, dejó el local y fue a la puerta de al lado, subiendo a continuación los dos tramos de escalera para llegar a su apartamento, que era el número 32. Cuando entró, le siguieron no sólo sus devotos y admiradores, sino también varios periodistas de los principales periódicos de San Francisco, el *Chronicle* y el *Examiner*. Mientras algunos devotos preparaban la comida para él y Raṇacora deshacía su maleta, Swamiji habló con los reporteros, que se sentaron en el suelo tomando notas en sus blocs.

Periodista: «Abajo, usted ha dicho que invitaba a todos a la conciencia de Kṛṣṇa. ¿Incluye esta invitación a los bohemios y a los "beatniks" de Haight-Ashbury?».

Swamiji: «Sí, a todos, incluyéndole a usted o a quienquiera que sea, ya sea él o ella lo que llaman "un tripero", un hippy, o lo que sea. Pero cuando se le admite para instruirle, es algo distinto de lo que ha sido hasta entonces».

Periodista: «¿Qué hay que hacer para ser miembro de su movimiento?».

Swamiji: «Hay cuatro requisitos previos. Yo no permito a mis estudiantes que tengan amantes. Prohibo toda clase de intoxicantes, incluido el café, el té, y los cigarrillos. Prohibo comer carne. Y prohibo que mis estudiantes participen en ninguna clase de juegos de azar».

Periodista: «¿Se extienden estos mandamientos prohibitivos al uso del LSD, marihuana y otros narcóticos?».

Swamiji: «Considero el LSD como intoxicante. Y no permito a ninguno de mis estudiantes el uso de ése ni de ningún intoxicante. Entreno a mis estudiantes a que se levanten por la mañana temprano, a tomar un baño también temprano, y asistir a las reuniones para orar, tres veces al día. Nuestra doctrina es de austeridad. Es la ciencia de Dios».

Aunque Bhaktivedanta Swami había visto que, en general, los periodistas no informaban acerca de su filosofía, aprovechaba la oportunidad de predicar la conciencia de Kṛṣṇa. Incluso si los periodistas no querían meterse en filosofía, sus seguidores sí lo querían. «El gran error de la civilización moderna —continuó Swamiji—, está en invadir la propiedad de los demás como si fuera algo propio. Esto crea trastornos absurdos. Dios es el propietario esencial de todo lo que hay en el universo. Cuando la gente

se entere de que Dios es el propietario esencial, de que es el mejor amigo de todas las entidades vivientes, el objeto de toda ofrenda y de todo sacrificio, entonces habrá paz.»

Cuando los periodistas se fueron, Prabhupāda siguió hablando en su cuarto con los jóvenes. Mukunda, que se había dejado crecer el pelo y la barba, pero que llevaba al cuello las cuentas grandes y rojas que le había dado Swamiji en la iniciación, presentó a algunos de sus amigos, y dijo que estaban viviendo todos juntos y que querían ayudar a Swamiji a presentar la conciencia de Kṛṣṇa a la gente joven de San Francisco. La mujer de Mukunda, Jānakī, preguntó a Swamiji cómo había sido el viaje en avión. Él dijo que había sido agradable, salvo por algo de presión en los oídos. «Las casas parecían cajas de cerillas», dijo, indicando con el pulgar y el índice el tamaño de estas cajas.

Se reclinó contra la pared y se quitó los collares de flores que le habían ofrecido aquel día, hasta que no quedó más que un collar de cuentas, ordinario y barato, con una campanita, colgando de su cuello. Lo sostuvo en la mano, observando cómo estaba hecho, y jugueteó con él. «Esto es algo especial —dijo levantando la vista—, porque está hecho con devoción.» Siguió con la atención fija en el collar, como si el recibirlo hubiese sido uno de los acontecimientos más importantes del día.

Cuando llegó su almuerzo, Swamiji distribuyó una parte entre todos, y entonces, Raṇacora, con eficiencia pero sin tacto, dijo a todos que se fuesen y que dejaran al Swami un rato para comer y descansar.

Fuera del apartamento y abajo, en el local, el tema de la conversación era Swamiji. Ninguno estaba decepcionado. Todo lo que Mukunda les había dicho de él era cierto. Sobre todo les había gustado lo que había dicho sobre verlo todo desde el punto de vista de Kṛṣṇa.

Aquella noche, la televisión, en las noticias de las once, informó sobre la llegada de Swamiji, y al día siguiente lo publicaron los periódicos. La historia del *Examiner* estaba en la segunda página: «Swami Invita a los Hippies», con una foto del templo, lleno de seguidores, y algunas instantáneas de Swamiji, que parecía muy serio. Swamiji hizo que Mukunda leyera el artículo en voz alta.

El periódico de mayor tirada de San Francisco, el *Chronicle*, también publicó un artículo: «Swami en el País de los Hippies—Un Santo Abre Templo de San Francisco». Este artículo comenzaba: «Un santo que viene de

la India, que sus amigos y el poeta "beat" Allen Ginsberg describen como entre los más conservadores de los líderes de su fe, inició ayer una especie de esfuerzo evangelístico en el corazón del paraíso hippy de San Francisco».

Swamiji protestó de que se le llamase conservador. Estaba indignado: «¿Conservador? ¿Cómo es posible?».

—Respecto a sexo y drogas —sugirió Mukunda.

—Por supuesto que somos conservadores en este sentido —dijo Swamiji—. Pero eso quiere decir sencillamente que seguimos el *śāstra*. No podemos separarnos de la *Bhagavad-gītā*. Pero conservadores, no lo somos. Caitanya Mahāprabhu era tan estricto que ni siquiera miraba a una mujer, pero nosotros admitimos a todos en este movimiento, sin tener en cuenta sexo, casta, posición ni nada. Todos están invitados a cantar Hare Kṛṣṇa. Tal es la generosidad de Caitanya Mahāprabhu, Su liberalidad. No, nosotros no somos conservadores.

* * *

Bhaktivedanta Swami se levantó de la cama y encendió la luz. Era la una de la mañana. Aunque el despertador no había sonado ni nadie había venido a despertarle, se había despertado solo. El apartamento estaba frío y silencioso. Envolviéndose el *cādar* por los hombros, se sentó ante su improvisada mesa de trabajo (un baúl lleno de manuscritos), y concentrándose profundamente, cantó el *mantra* Hare Kṛṣṇa con sus cuentas.

Después de cantar una hora, Bhaktivedanta Swami se puso a escribir. Aunque habían pasado dos años desde que publicase un libro (el tercer y último volumen del Primer Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*) había trabajado diariamente, a veces en su traducción y comentarios del Segundo Canto, pero principalmente en la *Bhagavad-gītā*. En 1940, en la India, había escrito una traducción entera de la *Bhagavad-gītā* con comentarios, pero su única copia había desaparecido misteriosamente. Después, en 1965, a los pocos meses de estar en América, había vuelto a empezar, comenzando por la intrucción, que había escrito en su cuarto de la calle Setenta y dos, en Nueva York. En aquel momento, miles de páginas manuscritas llenaban su baúl, completando su *Bhagavad-gītā*. Si su discípulo de Nueva York, que había sido profesor de inglés pudiera corregirlo, y si algunos de los demás discípulos pudiesen publicarlo, aquello sería un logro importante.

Pero publicar libros en América parecía difícil. Más difícil que en la India. Aunque en la India había estado solo, se las había arreglado para publicar tres volúmenes en tres años. Aquí en América

tenía muchos seguidores. Pero muchos seguidores significaban más responsabilidades. Y ninguno de ellos, hasta entonces, parecía seriamente inclinado a dedicarse a escribir a máquina, componer textos, y tratar con los hombres de negocios americanos. Sin embargo, y a pesar de las débiles perspectivas de publicar su *Bhagavad-gītā*, Bhaktivedanta Swami había comenzado a traducir otro libro, el *Caitanya-caritāmṛta*, la principal escritura *vaiṣṇava* sobre la vida y enseñanzas de Śrī Caitanya.

Poniéndose sus gafas para leer, Swamiji abrió sus libros y se volvió hacia el dictáfono. Estudió los textos bengalíes y sánscritos, tomó el micrófono, accionó el mando para grabar, encendiéndose una lucecita roja, y comenzó a hablar. «Cuando el Señor caminaba, cantando y bailando... (no decía más que una frase cada vez, accionando el mando, deteniéndose, y después volviendo a dictar) miles de personas iban siguiéndole... algunas de ellas reían, otras bailaban... algunas cantaban... Algunas de ellas caían en tierra postrándose ante el Señor.» Hablando y deteniéndose, accionando el mando para poner en marcha el mecanismo o para detenerlo, se sentaba erguido, a veces meciéndose suavemente y moviendo la cabeza cuando acentuaba el sentido de sus palabras. O se inclinaba sobre sus libros, estudiándolos con atención, a través de sus gafas de lectura.

Pasó una hora, y Swamiji seguía trabajando. El edificio estaba a oscuras, salvo la lámpara de Swamiji, y en silencio, salvo por el sonido de su voz y el clic y el zumbido del dictáfono. Llevaba un descolorido jersey color melocotón de cuello alto, bajo su *cādar* de lana gris, y como se acababa de levantar de la cama, el *dhotī* azafrán estaba arrugado. Sin haberse lavado la cara ni haber ido al cuarto de baño, seguía absorto en su trabajo. Al menos durante aquellas pocas horas, infrecuentes, la calle y el templo de Rādhā y Kṛṣṇa estaban silenciosos.

Estas condiciones (por la noche, con unos alrededores silenciosos, y él y su trabajo literario trascendental), no eran muy diferentes de las que tenía por las mañanas, temprano, en su cuarto del templo de Rādhā-Dāmodara de Vṛndāvana, en la India. Por supuesto, allí no tenía dictáfono, pero había trabajado a las mismas horas y en el mismo texto, el *Caitanya-caritāmṛta*. Una vez, comenzó una traducción verso a verso con comentarios, y en otra ocasión había escrito ensayos sobre el texto. Ahora, recién llegado a aquél

rincón del mundo, tan lejano del escenario de los pasatiempos de Śrī Caitanya, comenzaba el primer capítulo de una nueva versión inglesa del *Caitanya-caritāmṛta*. La llamó «Enseñanzas de Śrī Caitanya».

Seguía lo que había llegado a ser una rutina vital: levantarse temprano y escribir el mensaje del *paramparā* sobre la conciencia de Kṛṣṇa. Dejando de lado cualquier otra consideración, sin tener en cuenta las circunstancias, se fundía en el mensaje eterno del conocimiento trascendental. Éste era su servicio más importante para Bhaktisiddhānta Sarasvatī. La idea de escribir más libros y de distribuirlos ampliamente le daba inspiración para levantarse todas las noches y traducir.

Bhaktivedānta Swami trabajaba hasta el alba. Entonces se interrumpía, y se preparaba para bajar al templo a la reunión de la mañana.

* * *

Aunque algunos de los discípulos de Nueva York se habían opuesto, Swamiji aún figuraba en el programa del Mantra-Rock Dance en el Avalon Ballroom. No era apropiado, decían, que los devotos de San Francisco pidiesen a su maestro espiritual que fuese a semejante lugar. Aquello significaba guitarras con amplificadores, estruendosas baterías, salvajes demostraciones luminosas y cientos de hippies drogados. ¿Cómo podría escucharse su puro mensaje en un lugar semejante?

Pero en San Francisco, Mukunda y otros habían estado trabajando en el Mantra-Rock Dance durante meses. Llevaría a miles de jóvenes, y el Templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco haría miles de dólares. De manera que, aunque entre sus discípulos de Nueva York Prabhupāda hubiese manifestado incertidumbre, entonces no decía nada que disminuyese el entusiasmo de sus seguidores de San Francisco.

Sam Speerstra, amigo de Mukunda y uno de los organizadores del Mantra-Rock, explicó la idea a Hayagrīva, que acababa de llegar de Nueva York: «Se está iniciando una escuela de música totalmente nueva en San Francisco. Los Grateful Dead han grabado ya su primer disco. El que se hayan ofrecido para hacer este festival es un gran empujón publicitario, justo cuando lo estamos necesitando».

—Pero Swamiji dice que hasta Ravi Shankar es *māyā* —dijo Hayagrīva.

—¡Oh, todo está arreglado! —le aseguró Sam—. Todas las bandas estarán en escena, y Allen Ginsberg presentará a Swamiji a San Francisco. Swamiji hablará, y entonces cantará Hare Kṛṣṇa con los grupos

acompañándole. Después él se va. Habrá allí unas cuatro mil personas. Bhaktivedanta Swami sabía que no iba a comprometer sus principios; iría, cantaría, y después se marcharía. Lo importante era difundir el canto de Hare Kṛṣṇa. Si miles de jóvenes reunidos para oír música rock pudieran escuchar y cantar los nombres de Dios, ¿qué había de malo en ello? Como predicador, Bhaktivedanta Swami estaba preparado a ir a cualquier parte para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Puesto que cantar Hare Kṛṣṇa era algo absoluto, quien oyese o cantase los nombres de Kṛṣṇa, cualquiera, en cualquier sitio y en cualquier circunstancia, podría salvarse de caer a especies inferiores en la siguiente vida. Estos jóvenes hippies querían algo espiritual, pero no tenían dirección alguna. Tenían una gran confusión, admitiendo las alucinaciones como visiones espirituales. Pero buscaban una genuina vida espiritual, lo mismo que tantos otros jóvenes en el Lower East Side. Bhaktivedanta Swami decidió ir; sus discípulos querían que fuese, y él era su servidor y el servidor de Śrī Caitanya.

Mukunda, Sam y Harvey Cohen habían hablado con el empresario de rock Chet Helms, que estaba de acuerdo en que se hiciese en su Avalon Ballroom, y que si ellos podían llevar las bandas, todo el dinero que quedase después de pagar a los conjuntos, los grupos de seguridad, y algún otro gasto necesario más, sería para el Templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco. Mukunda y Sam habían estado viendo grupos musicales, los más de los cuales vivían en la bahía de San Francisco, y una tras otra, las nuevas y excitantes bandas de rock de San Francisco, los Greatful Dead, Moby Grape, Big Brother and the Holding Company, Jefferson Airplane, Quicksilver Messenger Service, habían aceptado presentarse con Bhaktivedanta Swami por el costo mínimo de 250 dólares por grupo. Y Allen Ginsberg había aceptado. La formación estaba completa.

La noche del Mantra-Rock Dance la gente se alineó calle abajo y dando vuelta a la manzana, esperando encontrar entradas, que costaban a 2,50 dólares. La asistencia iba a ser buena, un lleno total, con la mayor parte de las luminarias locales. Llegó el pionero del LSD, Timothy Leary, y se le dio un sitio especial en el escenario. Swami Kriyananda fue con una tamboura. Un hombre con sombrero de copa y traje negro, con un fajín de seda que decía SAN FRANCISCO, llegó pretendiendo ser el alcalde. A la puerta, Mukunda

cortó el paso a un muchacho bien vestido que iba sin entrada. Pero alguien dio unos golpecitos a Mukunda en el hombro: «Déjale pasar. Está bien, es

Owsley». Mukunda se disculpó y accedió, permitiendo que Augustus Owsley Stanley II, héroe del folk y famoso sintetizador de LSD, pasase sin entrada.

Casi todos los asistentes llevaban trajes vistosos y poco corrientes: vestidos tribales, ponchos mejicanos, *kurtās* indias, «God's-eyes» (plumas de pavo real), plumas y cuentas. Algunos hippies llevaron sus flautas, laúdes, maracas, tambores, carracas, trompas y guitarras. Los Yngeles del Infierno, con el pelo sucio, llevando tejanos, botas y chaquetas vaqueras, acompañados de sus mujeres, hicieron su entrada arrastrando cadenas, fumando cigarrillos y exhibiendo sus galas en la forma de cascos alemanes, emblemas blasonados y demás. Todo menos sus motos, que habían dejado aparcadas fuera.

Los devotos comenzaron un *kīrtana* en el escenario, bailando tal como les había enseñado Swamiji. El incienso se extendía fuera del escenario y desde los ángulos del gran salón de baile. Y aunque la mayor parte de la audiencia estaba bajo los efectos de la droga, la atmósfera estaba tranquila; habían ido allí en busca de una experiencia espiritual. Al comenzar el canto, muy melodioso, algunos de los músicos tomaron parte tocando con sus instrumentos. Comenzó el juego de luces: luces estroboscópicas destellaban, globos de colores botaban al ritmo de la música, grandes mechones de colores vibrantes salpicaban el suelo, las paredes y el techo.

Poco después de las ocho, Moby Grape subió al escenario. Con pesadas guitarras eléctricas, un bajo y dos baterías, se lanzaron a su primer número. Los grandes altavoces sacudieron la sala con sus vibraciones, y un rugido de aprobación se elevó entre el público.

Hacia las nueve y media, Swamiji salió de su apartamento de la calle Frederick y se acomodó en el asiento de atrás del Cadillac de Harvey. Estaba vestido con su acostumbrada ropa de color azafrán y llevaba al cuello un collar de gardenias, cuyo suave aroma se extendió por el interior del coche. Camino del Avalon iba hablando de la necesidad de abrir más centros.

A las diez, Swamiji subía las escaleras del Avalon seguido de Kīrtanānanda y Raṇacora. Al entrar en la sala, los devotos tocaron unas caracolas, alguien comenzó un redoble de tambor, y la multitud se separó por el centro, desde la entrada hasta el escenario, abriendo camino para que pasase. Sosteniendo la cabeza alta, Swamiji parecía flotar cuando cruzaba aquel extraño ambiente, haciéndose camino por la sala hasta el escenario.

De pronto, cambió el juego de luces. Se proyectaban en la pared imágenes de Kṛṣṇa y Sus pasatiempos: Kṛṣṇa y Arjuna juntos en la cuádriga de Arjuna, Kṛṣṇa comiendo mantequilla, Kṛṣṇa dominando al demonio del remolino, Kṛṣṇa tocando la flauta. Al cruzar Swamiji entre la muchedumbre, todos se pusieron de pie, aplaudiendo y vitoreando. Subió las escaleras y se sentó suavemente sobre un cojín. La multitud hizo silencio.

Mirando a Allen Ginsberg, Swamiji dijo: «Puedes decir algo sobre el *mantra*».

Allen comenzó diciendo cómo él lo entendía y cuál había sido su experiencia del *mantra* Hare Kṛṣṇa. Explicó que Bhaktivedanta Swami había abierto un local en la Segunda Avenida, y cómo había cantado Hare Kṛṣṇa en Tompkins Square Park. E invitaba a todos al templo de la calle Frederick. «Aconsejo sobre todo los *kīrtanas* de las mañanas temprano —dijo—, para aquellos que en sus bajadas de LSD quieran estabilizar la conciencia en su regreso a lo cotidiano.»

Swamiji habló, explicando una breve historia del *mantra*. Después miró a Allen: «Puedes cantar».

Allen comenzó a tocar su armonio y a cantar por el micrófono, con la melodía que él había traído de la India. Poco a poco, más y más gente se fue animando y comenzó a incorporarse al canto. A medida que continuaba el *kīrtana* y que el entusiasmo aumentaba, los músicos de diferentes grupos subieron a escena para unirse a ellos. Rañacora, que era un percusionista muy bueno, comenzó a tocar con la batería de los Moby Grape. Algunos bajistas y guitarristas se unieron, mientras los devotos y un numeroso grupo de hippies subían al escenario. Las manchas de óleo multicolor palpitaban, y los globos botaban atrás y adelante marcando el ritmo del *mantra*, que se proyectaba en la pared: Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Al extenderse el canto por la sala, algunos de los hippies se levantaron, y cogidos de la mano se pusieron a bailar.

Allen Ginsberg: *Cantamos Hare Kṛṣṇa toda la noche. Fue grandioso. Algo abierto a todos. Era el colmo del entusiasmo espiritual del Haight-Ashbury. Era la primera vez que había en San Francisco un espectáculo musical del que todos fuesen parte y pudiesen participar. Todos podían cantar y bailar, en lugar de ver cómo los demás cantaban y bailaban.*

Jānakī: *La gente no sabía por qué cantaba. Pero ver a toda aquella gente cantando, aunque la mayor parte estuvieran drogados, fue una gran satisfacción para Swamiji. Le fascinaba ver cantar a la gente.*

Hayagrīva: *Como estaba enfrente de los grupos, apenas podía oír. Pero por encima de todo lo demás, pude distinguir el canto de Hare Kṛṣṇa, que aumentaba gradualmente. En la pared del fondo, una diapositiva proyectaba una enorme imagen de Kṛṣṇa con un casco de oro y una pluma de pavo real, llevando una flauta en la mano.*

Entonces Swamiji se puso de pie, levantó los brazos y comenzó a danzar. Con gestos animaba a todos a que se le uniesen, y los que estaban aún sentados se levantaron, y comenzaron a bailar y cantar meciéndose de atrás a adelante siguiendo la suave danza del Swami.

Roger Segal: *La sala de baile parecía un campo de trigo humano balanceándose con el viento. Producía un sentimiento de calma en contraste con la habitual atmósfera del Avalon, siempre cargada de energéticas revoluciones. El canto de Hare Kṛṣṇa duró más de una hora, y al final, todos saltaban y gritaban y hasta lloraban y vociferaban.*

Alguien puso un micrófono delante de Swamiji, y su voz resonó fuerte por el potente sistema de sonido. El canto aceleraba. Swamiji transpiraba profusamente. Kīrtanānanda insistía en que cesase el *kīrtana*. Decía que Swamiji era demasiado viejo para aquello; podía hacerle daño. Pero el canto continuaba cada vez más deprisa, hasta que las palabras del *mantra* fueron irreconocibles en medio de la música amplificadas y el coro de miles de voces.

De pronto se terminó. Y todo lo que podía oírse era el fuerte zumbido de los amplificadores y la voz de Swamiji sonando, rindiendo homenaje a su maestro espiritual: «Om Viṣṇupāda Paramahāmsa Parivrājakācārya Aṣṭottara-śata Śrī Śrīmad Bhaktisiddhānta Sarasvatī Gosvāmi Mahārāja *jī jaya!...* ¡Toda gloria a los devotos reunidos!».

Swamiji bajó del escenario, cruzó la multitud y el humo espesos, y bajó la escalera principal con Kīrtanānanda y Raṇacora muy cerca tras él. Allen anunció el siguiente grupo de rock.

Cuando Swamiji dejó atrás el Avalon y su apreciativa muschedumbre, comentó: «Éste no es lugar para un *brahmacārī*».

* * *

Algunos de los seguidores más juiciosos de Bhaktivedanta Swami de San

Francisco pensaron que ciertos candidatos para la iniciación no pensaban cumplir el compromiso exclusivo por toda la vida que un discípulo debe a un *guru*. «Swamiji —decían—, algunos de estos vienen sólo por la iniciación. No les hemos visto antes nunca y no les volveremos a ver.» Swamiji replicaba que ése era el riesgo que tenía que tomar. Un día en una conferencia en el templo explicó que aunque las reacciones de los pecados pasados de un discípulo desaparecen con la iniciación, el maestro espiritual sigue siendo responsable hasta que el discípulo es redimido del mundo material. Por tanto, dijo, Śrī Caitanya advirtió que un *guru* no debía aceptar muchos discípulos.

Una noche, en el templo, durante la sesión de preguntas y respuestas, un chico grande con barba levantó la mano y preguntó a Swamiji: «¿Puedo iniciarme?»

La descarada solicitud en público molestó a algunos de los seguidores de Swamiji, quien permaneció sereno. «Sí —contestó—. Pero antes, debes contestar a dos preguntas. ¿Quién es Kṛṣṇa?»

El chico pensó unos momentos y dijo: «Kṛṣṇa es Dios.»

—Sí —dijo Swamiji—. ¿Y quién eres tú?

De nuevo, el chico pensó unos momentos y contestó: «Yo soy un servidor de Dios».

—Muy bien —dijo entonces Swamiji—. Sí, puedes iniciarte mañana.

Bhaktivedanta Swami sabía que sería difícil para sus discípulos occidentales mantenerse conscientes de Kṛṣṇa y alcanzar la meta, el servicio devocional puro. Toda su vida habían tenido la peor de las formaciones, y a pesar de su cristianismo nominal y de su búsqueda filosófica, la mayoría no sabían nada acerca de la ciencia de Dios. Ni siquiera sabían que la vida sexual promiscua y el comer carne eran censurables, pero cuando él se lo dijo, lo aceptaron así. Y cantaban Hare Kṛṣṇa libremente. De manera que, ¿cómo podía rechazarlos?

Claro que, con el tiempo se vería si eran capaces de perseverar en la conciencia de Kṛṣṇa a pesar de los atractivos permanentes de *māyā*. Algunos caerían, tal era la tendencia humana. Pero no todos. Por lo menos, los que siguieran sinceramente sus instrucciones de cantar Hare Kṛṣṇa y evitar el pecado, lograrían el éxito. Swamiji ponía el ejemplo de que alguien podía decir que los alimentos que hoy están frescos, si no se utilizan estarán estropeados a los pocos días. Pero si ahora están frescos, decir que no se utilizarán y que, por tanto, se estropearán, no es más que una suposición.

Sí, en el futuro, cualquiera puede caer. Pero Bhaktivedanta Swami tomaba la responsabilidad de hacer de ellos sus discípulos *entonces*. Y les daba los métodos que, si los seguían, les protegerían siempre, evitando que cayesen. Aparte de las normas védicas, hasta para las normas de los discípulos neoyorkinos de Swamiji, los devotos de San Francisco no eran muy estrictos. Algunos continuaban yendo a la pastelería, y comían sin ofrecer el alimento a Kṛṣṇa, y comían cosas prohibidas como chocolate y helado comercial. Algunos hasta se permitían fumar un cigarrillo en la pausa después de un *kīrtana*, justo delante de la puerta del templo. Algunos fueron iniciados sin saber con precisión lo que se habían comprometido a practicar.

Kīrtanānanda: En San Francisco, el estado de ánimo estaba mucho más relajado. A los devotos les gustaba ir a la esquina y tomar su café con pasteles. Pero a Swamiji le encantaba que acudiese tanta gente. Y le había gustado el programa del Avalon. Pero había dos grupos: los que seguían estrictamente las reglas e insistían en la pureza, y los que no se preocupaban tanto de las reglas, pero que querían difundir la conciencia de Kṛṣṇa tanto como fuese posible. Swamiji era tan grande que admitía a los dos grupos.

Los *kīrtanas* de la mañana y de la tarde ya habían conseguido que el templo de Rādhā-Kṛṣṇa fuese popular en Haight-Ashbury, pero cuando los devotos comenzaron a servir comida gratuita diariamente, el templo se convirtió en una parte integrante de la comunidad. Swamiji dijo a sus discípulos que sólomente guisasen y distribuyesen *prasādam*. Aquello sería su única actividad durante el día. Por la mañana debían cocinar, y a mediodía darían de comer a todo el que viniese, a veces 150 o 200 hippies de las calles de Haight-Ashbury.

Antes del *kīrtana* de la mañana, las chicas ponían la harina de avena al fuego, y a la hora del desayuno había un montón de hippies, de los que la mayor parte había pasado la noche en vela. Para algunos de ellos, el cereal hervido y la fruta era el primer alimento sólido en varios días.

Pero el programa principal era el almuerzo. Mālatī salía a comprar, obteniendo donativos cuando era posible, para harina de trigo integral, harina de garbanzo, guisantes partidos, arroz, y cualquier verdura barata o gratis que encontrase: patatas, zanahorias, nabos, nabos suecos, remolachas. Después, todos los días, los cocineros preparaban puré de patatas con

especias, *capātīs* con mantequilla, *dāl* de guisantes partidos, y un plato de verdura, para doscientas personas. El programa del almuerzo era posible porque muchos comerciantes querían hacer donativos para la causa reconocida de alimentar a los hippies.

Harṣarāṇī: El programa del almuerzo atraía a muchos del grupo de Hippie Hill que, claramente, necesitaban alimentos. Estaban verdaderamente hambrientos. Y también venían otros, gente que estaba trabajando con el templo, pero que no estaban iniciados. El tocadiscos tocaba el disco que Swamiji había grabado con sus discípulos en Nueva York. Era una atmósfera agradable y familiar.

Haridāsa: También se sacaba al exterior, fuera del local. Pero la mayor parte se servía en el interior. Era sorprendente. Toda la gente se amontonaba, y nosotros les alineábamos de pared a pared. Muchos comían y se iban. Otras tiendas de Haight-Ashbury vendían de todo, desde cuentas hasta discos de rock, pero nuestro local era diferente, porque no vendíamos nada; nosotros lo dábamos.

Y recibíamos a todo el mundo. Estábamos proporcionando una especie de refugio del tumulto y la locura ambientes. Así que en ese sentido era un hospital, y creo que se ayudaba a mucha gente y hasta puede que se salvase a muchos. Y no hablo sólo de sus almas, sino de sus mentes y de sus cuerpos, que también se salvaron, porque lo que pasaba en las calles, ellos no lo podían sobrellevar. Estoy hablando de sobredosis de drogas, de gente que estaba totalmente perdida y necesitaba que se la consolase y que, de un modo u otro, andando sin destino y tambaleándose, habían entrado al templo.

Algunos se quedaban y se hacían devotos, y otros solamente tomaban prasādam y se iban. Teníamos insólitos incidentes a diario, y Swamiji lo veía y participaba en ello. El programa del almuerzo era idea suya.

Los que estaban más interesados y tenían cosas que preguntar, los buscadores espirituales, iban a ver a Swamiji a su cuarto. Muchos de ellos iban en un completo estado de ansiedad sobre la guerra de Vietnam o cualquier cosa que estuviese ocurriendo, problemas con la ley, tropiezos con las drogas, desacuerdos con la familia o en la facultad.

Había mucha gente preocupada por la enorme afluencia de jóvenes a San Francisco, situación que estaba provocando un problema social casi incontrolable. La policía y la asistencia social se inquietaban por los

problemas de salud y por las condiciones de vida, sobre todo en Haight-Ashbury. Alguna gente de clase media tenía miedo de que los hippies se adueñasen por completo de la situación. Las autoridades locales se alegraron del servicio que prestaba el templo de Swami Bhaktivedanta, y cuando los líderes locales de Haight-Ashbury trataron de organizar un consejo que se ocupase de la crisis, pidieron a Bhaktivedanta Swami que formase parte del mismo.

Michael Bowen: *Bhaktivedanta tenía una habilidad sorprendente para apartar a la gente de las drogas por la devoción, sobre todo de los estimulantes, heroína, casos de consumición por LSD y todas aquellas cosas.*

Haridāsa: La policía solía ir con los coches celulares por el parque en las primeras horas de la mañana y recogía a los adolescentes que, escapados de casa, estaban durmiendo en el parque. Los reunía y trataba de que volviesen a su casa. Los hippies necesitaban toda la ayuda que pudiesen obtener, y ellos mismos lo sabían. Y el templo de Rādhā-Kṛṣṇa era desde luego una especie de refugio espiritual. Los chicos lo sentían. Andaban correteando, viviendo en las calles, sin un sitio donde ir que pudieran descansar, donde la gente no fuese a hacerles daño. Un montón de chiquillos cayó literalmente en el templo. Yo creo que el templo salvó muchas vidas; hubiese habido muchas más víctimas, si no hubiera sido por Hare Kṛṣṇa. Fue como abrir un templo en un campo de batalla. Era el lugar más difícil para hacerlo, pero era allí donde hacía más falta. Aunque el Swami no había hecho nunca nada parecido, aplicó el canto con resultados milagrosos. El canto era maravilloso. Funcionaba.

Como Allen Ginsberg había aconsejado a cinco mil hippies en el Avalon, el *kīrtana* que se celebraba en el templo por la mañana temprano proporcionaba un servicio vital comunitario para aquellos que iban de bajada de LSD y querían «estabilizar la conciencia en su regreso a lo cotidiano». El mismo Allen se dejaba ver a veces por la mañana con conocidos con quienes había pasado la noche. Pero había ocasiones en que aquellas «bajadas» eran un vuelo fuera de control, con aterrizaje violento en plena noche.

Una vez, a las dos de la mañana, los muchachos que dormían en el templo se despertaron con el ruido de llamadas en la puerta, gritos, y las luces de la policía. Cuando abrieron, un joven hippy, con pelo y barba rojizos muy

desordenados, se precipitó en el interior gritando: «¡Oh, Kṛṣṇa, Kṛṣṇa! ¡Ayudadme! ¡No dejéis que me cojan! ¡Por Dios, ayudadme!».

Un policía asomó la cabeza por la puerta y sonrió. «Decidimos traerle aquí —dijo—, porque pensamos que quizás vosotros podríais ayudarle.»

—¡No estoy a gusto en mi cuerpo! —chillaba el muchacho mientras el policía cerraba la puerta, y empezó a cantar el *mantra* violentamente, poniéndose blanco y sudando copiosamente, aterrado. Los muchachos de Swamiji pasaron el resto de la madrugada consolándole y cantando con él hasta que bajó Swamiji para dirigir el *kīrtana* y dar la clase.

Los devotos solían enviar a Swamiji gente joven desconsolada con sus problemas. Y permitían que casi todos viesan a Swamiji y le hiciesen perder su precioso tiempo. Una vez que Ravīndra-svarūpa daba un paseo por San Francisco, encontró un hombre que pretendía haber visto gente de Marte en su tienda de campaña, cuando estaba destinado en Vietnam. Acababan de darle de alta de un hospital militar, y dijo que los marcianos le habían hablado. Ravīndra-svarūpa le habló del libro de Swamiji «Viaje fácil a otros planetas», que confirmaba la idea de que en otros planetas había vida, y le dijo que probablemente el Swami podría decirle algo más sobre la gente de Marte. De manera que el hombre fue a ver al Swami a su apartamento. «Sí —le dijo Swamiji— hay marcianos.»

Poco a poco, los seguidores de Swamiji fueron teniendo más consideración hacia su maestro espiritual, y comenzaron a protegerle de la gente que les parecía indeseable. Uno de aquellos indeseables era Rabbit («Conejo»), quizá el hippy más sucio de Haight-Ashbury. Su pelo estaba siempre despeinado, sucio, y hasta lleno de piojos. Llevaba la ropa hecha girones y sucísima, estaba cubierto de roña y olía mal. Quería ver al Swami, pero los devotos no lo permitieron porque no querían profanar el cuarto de Swamiji con la presencia repulsiva y maloliente de Rabbit. Sin embargo, una noche, después de la charla, Rabbit esperó a la puerta del templo. Al acercarse Swamiji, Rabbit le preguntó: «¿Puedo subir y hablar con usted?». Swamiji consintió.

En cuanto a desafiadores, casi todas las noches había alguien que venía a discutir con Swamiji. Había uno que venía con regularidad, trayendo razonamientos preparados de un libro de filosofía, que leía en voz alta. Swamiji le derrotaba y el hombre se iba a casa, preparaba otro

razonamiento, y volvía otra vez con su libro. Una noche, después de que el hombre hubiera presentado su argumento, Swamiji se le quedó mirando sin molestarse en contestarle. El desdén de Swamiji fue otra derrota para el hombre, que se levantó y se fue.

Israel, como Rabbit, era otro personaje muy conocido en Haight-Ashbury. Llevaba una larga cola de caballo, y solía tocar la trompeta en el *kīrtana*. Después de una de las charlas nocturnas de Swamiji, Israel lanzó el desafío: «Puede que sea bonito este canto, pero ¿de qué le sirve al mundo? ¿De qué le sirve a la humanidad?».

Swamiji replicó: «¿No estás tú en el mundo? Si a ti te gusta, ¿por qué no les va a gustar a los demás? Así que canta bien alto».

Un hombre con bigote que estaba al fondo de la habitación le preguntó: «¿Es usted el *guru* de Allen Ginsberg?». Muchos de los devotos sabían que la pregunta tenía un doble sentido, y que sería difícil decir sí o no.

El Swami contestó: «Yo no soy el *guru* de nadie. Yo soy el servidor de todos». Para los devotos, el intercambio de palabras fue trascendental, debido a la respuesta de Swamiji, que no sólo había dado una respuesta inteligente, sino que había contestado con una profunda humildad natural.

Una mañana fue a la clase una pareja, la mujer llevando un niño y el hombre una mochila. En la fase de preguntas y respuestas, el hombre preguntó: «¿Qué pasa con mi mente?». Swamiji le dio unas respuestas filosóficas, pero el hombre siguió repitiendo: «¿Qué pasa con mi mente? ¿Qué pasa con mi mente?».

Con una mirada suplicante y compasiva, Swamiji dijo: «No tengo otra medicina. Por favor, canta Hare Kṛṣṇa. No tengo otra explicación. No tengo otra respuesta».

Pero el hombre seguía hablando de su mente. Por fin, una de las devotas interrumpió diciendo: «Tú haz lo que él dice. Inténtalo». Y Swamiji tomó sus *karatālas* y comenzó el *kīrtana*.

Una tarde un muchacho apareció de pronto en medio de una charla diciendo que se estaba organizando un gran alboroto en la calle Haight. El Swami debía ir inmediatamente, dirigirse a la multitud y calmarlos. Mukunda dijo que no era necesario que fuese Swamiji, que había otros que podían ayudar. El muchacho se quedó mirando al Swami como dirigiéndole un ultimátum: si el Swami no iba inmediatamente, habría disturbios, y Swamiji tendría la culpa. Swamiji habló como si se dispusiese

a hacer lo que quería el muchacho: «Bueno, estoy listo». Pero no fue nadie, y no hubo disturbios.

Solía pasar durante el *kīrtana* que por lo menos un bailarían danzaba de una manera tan narcisista, tan ególatra, a veces tan obscena, que Swamiji tenía que decirle que lo dejara. Una tarde, antes de que Swamiji hubiera bajado de su apartamento, una chica en minifalda comenzó a retorcerse y a dar vueltas por el templo durante el *kīrtana*. Cuando uno de los devotos subió a decírselo a Swamiji, éste le contestó: «Está bien. Que emplee su energía en Kṛṣṇa. Voy enseguida y lo veré yo mismo». Cuando llegó Swamiji y comenzó otro *kīrtana*, la chica, que era muy flaca, comenzó de nuevo a retorcerse y a dar vueltas. Swamiji abrió los ojos y la vio; frunció el ceño y miró a algunos de sus discípulos, mostrando su disgusto. Una de las mujeres se la llevó aparte, acompañándola fuera. Un poco más tarde, la muchacha volvía con unos pantalones y bailando de una manera algo más reservada.

Swamiji estaba sentado en su estrado hablando a una sala llena, cuando una chica gorda que estaba sentada en el asiento del escaparate se levantó de pronto y empezó a gritarle: «¿Vas a quedarte ahí sentado? —chillaba—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¡Vamos! ¿No vas a decir nada? ¿Qué vas a hacer? ¿Quién eres tú?». Su gesto fue tan repentino, y hablaba con tal violencia, que nadie en el templo respondió. Sin enfadarse, Swamiji permaneció en silencio. Parecía dolido. Sólo los devotos que estaban sentados a su lado le oyeron decir en voz baja, como hablando consigo mismo: «Esto es la oscuridad más oscura».

Otra noche, mientras Swamiji estaba dando la clase, llegó un muchacho y se sentó en el estrado, a su lado. El chico estaba frente al auditorio e interrumpió a Swamiji: «Ahora, yo quisiera decir algo».

Swamiji le dijo cortésmente: «Espera que termine la clase. Entonces tenemos preguntas».

El chico esperó unos minutos, sentado en el estrado, y Swamiji continuó su charla. Pero el chico interrumpió de nuevo: «Tengo algo que decir. Quiero decir ahora lo que tengo que decir». Los devotos de la audiencia levantaron la vista, asombrados, confiando en que Swamiji podría manejar la situación, y sin querer empeorar las cosas. Ninguno de ellos hizo nada; siguieron sentados, mientras el chico empezaba a hablar de manera incoherente.

Entonces Swamiji tomó sus *karatālas* : «Muy bien, vamos a cantar en *kīrtana* ». El muchacho se quedó en el mismo sitio durante todo el *kīrtana*,

mirando a Swamiji como un loco, a veces amenazador. Al cabo de media hora acabó el *kīrtana*.

Swamiji cortó una manzana en trozos pequeños, como era su costumbre. Entonces puso el cuchillo de cortar y un trozo de manzana en su mano derecha y se la alargó al muchacho. Este miró a Swamiji, después bajó la vista hacia la manzana y el cuchillo. En la sala se hizo un gran silencio. Swamiji no se movía, sonriendo ligeramente al muchacho. Tras un momento largo y tenso, el chico alargó la mano. Un suspiro se elevó entre la audiencia cuando el chico tomó el trozo de manzana de la abierta mano de Swamiji.

Haridāsa: Yo solía observar de qué manera trataba las cosas Swamiji. No era fácil. Para mí era una verdadera prueba de su poder y de su comprensión, cómo se comportaba con aquella gente, sin alejarla, sin crear antagonismos ni provocar más conflictos. Hacia que cambiasen su energía de manera que, antes de que se diesen cuenta, ya se habían calmado, lo mismo que cuando acaricias a un niño, deja de llorar. Swamiji tenía una manera de hacerlo con palabras, con la entonación de la voz, con su paciencia de dejarlos ir a su aire durante un rato, para que solucionaran su lío, e incluso lo expusieran. Creo que se daba cuenta de que los devotos no podían decirles: «Oye, cuando vengas al templo no puedes portarte así». Era una situación delicada.

Con frecuencia, alguno decía: «Yo soy Dios». Con sus drogas, tenían visiones internas o alucinaciones. Trataban de ser el centro de la atención. Querían que se les escuchase; y podías sentir la ira que aquella gente tenía contra Swamiji. A veces decían cosas inspiradas y poéticas durante un rato, pero no podían mantenerlo, y se armaban un galimatías. Y el Swami no era de los que sólo calman a la gente. Él no iba a condescender. Les preguntaba: «¿Qué quieres decir? Si eres Dios tienes que ser omnisciente. Tienes que tener los atributos de Dios. ¿Eres omnisciente y omnipotente?». Entonces enumeraba todas las características que hay que tener para ser un avatāra, para ser Dios. Con razones, probaba a aquella persona que estaba equivocada. Él tenía un conocimiento superior, y les explicaba racionalmente: «Si eres Dios, ¿puedes hacer esto? ¿Tienes este poder?».

A veces la gente lo tomaba como un reto, y trataban de tener una batalla verbal con Swamiji. Entonces, la atención de la audiencia se fijaba en el individuo que estaba molestando, el que quería atraer la atención. A veces, era muy difícil. Yo solía sentarme allí y pensar: «¿Cómo se las va a arreglar

con este elemento? Éste es un verdadero problema». Pero Swamiji era difícil de vencer. Y, si no podía convencer al intruso, convencía al resto del auditorio, de manera que la energía de la sala cambiaba y tranquilizaba a aquella persona. Swamiji se ganaba la audiencia mostrándole que aquella persona no sabía lo que decía. Y la persona sentía que las vibraciones de la sala cambiaban, que la audiencia ya no creía ni escuchaba su rollo, de manera que terminaba callándose.

Así pues, Swamiji hacía cambiar a la audiencia más que a la persona. Y lo hacía sin aplastar a ésta. Lo hacía por una inteligencia superior, pero también con mucha compasión. Cuando le veía hacer aquello, me daba cuenta de que era un gran maestro y un gran ser humano. Tenía la sensibilidad de no herir a nadie ni física ni emocionalmente, de manera que cuando la persona se sentaba y se callaba, no lo hacía vencido ni colérico, no se sentía herido. Sencillamente, se sentía sobrepasado por el saber del Swami.

—Saldremos a dar un paseo a las seis y media —dijo Swamiji una mañana—. Podéis llevarme al parque en el coche.

Varios devotos le acompañaron al lago Stowe del Golden Gate Park. Todos ellos conocían bien el parque, y llevaron a Swamiji dando un paseo para que viese el paisaje alrededor del lago; pasaron sobre un puente, por unos senderos a través del bosque, y cruzaron un riachuelo, esperando que le gustaría contemplar la hermosura de la naturaleza.

Todo lo que veía Swamiji, lo veía con los ojos de las Escrituras, y sus comentarios sobre las cosas más ordinarias estaban llenos de enseñanza trascendental. Al andar, iba pensando en voz alta: «Los que quieren ver a Dios, primero deben tener las cualidades para verle. Deben estar purificados. Lo mismo que la nube que ahora cubre el Sol. Dicen: "Oh, no ha salido el Sol"..., pero el Sol está ahí. Sólo nuestros ojos están cubiertos».

Como los guías turísticos, los muchachos llevaron al Swami a las zonas más pintorescas. Llegaron al lago, donde se deslizaban unos cisnes. «El *Śrīmad-Bhāgavatam* —dijo Swamiji—, compara a los devotos con los cisnes, y a la literatura que habla de Śrī Kṛṣṇa con lagos hermosos y claros.» Los que no son devotos, decía, eran como los cuervos que están atraídos por la basura de los temas mundanos. Yendo por un camino de grava, se detuvo y les dijo: «Mirad estos guijarros. Tantos guijarros hay aquí como entidades vivientes hay».

A los devotos les encantó llevar a Swamiji hacia un grupo de rododendros, completamente cubiertos de flores blancas y rosas. Y se sintieron privilegiados de ver a Kṛṣṇa a través de los ojos del Swami.

A la mañana siguiente, cuando Swamiji quiso ir otra vez al parque, le acompañaron más devotos que el día anterior. Habían oído a los otros que Swamiji había manifestado un estado de ánimo diferente mientras paseaba. Los muchachos se disponían a conducirlo de nuevo cerca del lago, por caminos distintos; pero sin anunciar ningún cambio de planes, anduvo arriba y abajo por el camino de piedra al lado del lago.

Swamiji se detuvo al lado de un gran árbol y señaló unos excrementos de pájaro que había en el suelo. «¿Qué significa esto?», preguntó, dirigiéndose hacia un muchacho nuevo que estaba a su lado. El rostro de Swamiji era grave. El muchacho se sonrojó. «Yo... hum... No sé lo que significa.» Swamiji permaneció pensativo, esperando una explicación. Los devotos le rodearon. Mirando atentamente los excrementos de los pájaros, el muchacho pensó que Swamiji debía estar esperando que descifrara algún significado oculto en el diseño que trazaban los excrementos en el suelo, igual que la gente lee el futuro en las hojas de té. Pensó que tenía que decir algo. «Es la... hum... excreción, la defecación... de hum... de los pájaros.» Swamiji sonrió y se volvió hacia los demás, esperando una respuesta. Todos guardaron silencio.

—Eso significa —dijo Swamiji—, que esos pájaros han vivido en el mismo árbol más de dos semanas. —Y se echó a reír—. Hasta los pájaros tienen apego a su casa.

Al pasar cerca de las canchas de juego del tejo y de unos viejos que jugaban a las damas, Swamiji se detuvo y se dirigió a los muchachos. «Mirad —dijo—. Los viejos de este país no saben lo que hacer. Por eso juegan como niños, malgastando sus últimos días, que deberían consagrar a cultivar la conciencia de Kṛṣṇa. Sus hijos han crecido y se han ido, de manera que es el momento apropiado para cultivarse espiritualmente. Pero no. Tienen un gato o un perro, y en lugar de servir a Dios, sirven a un perro. Es de lo más desdichado. Pero no escucharán. Sus costumbres están arraigadas. Por eso hablamos a los jóvenes, que están buscando.»

Cuando Swamiji y los muchachos pasaron cerca de una pendiente cubierta de césped verde, junto a Kezard Drive, los muchachos señalaron que aquello era la famosa Hippie Hill. Por la mañana temprano, la colina, con su suave pendiente y el prado grande y tranquilo, rodeado de eucaliptos y

robles, estaban silenciosos y apacibles. Pero en unas horas cientos de hippies se reunirían allí, para tumbarse en la hierba, encontrarse con los amigos y tomar drogas. Swamiji aconsejó a los muchachos que fuesen allí a celebrar *kīrtanas*.

El canto era popular, y atrajo a mucha más gente que los primeros *kīrtanas* del Tompkins Square Park de Nueva York. A veces, el mismo Swamiji iba al parque a unirse con sus discípulos. Un domingo, subió allí inesperadamente, y para la sorpresa y contento de los devotos, se sentó y comenzó a tocar la *mṛdaṅga* y a dirigir el canto con una voz muy alta.

Swamiji era el centro de la atracción. Incluso la edad y la ropa le hacían destacar. Mientras en el parque los demás eran generalmente jóvenes con tejanos o vestidos con trajes hippies, Swamiji tenía setenta años, e iba vestido con ropas muy distintas de color azafrán. Y la manera en que le habían aclamado los devotos y se habían inclinado ante él y ahora le miraban con tanto afecto, hizo que los curiosos le mirasen intrigados y con respeto. En cuanto se sentó, varios niños pequeños se reunieron cerca de él. Él les sonrió, tocando la *mṛdaṅga* con destreza, cautivándoles y divirtiéndoles con su manera de tocar.

Govinda dāsī: Con la llegada de Swamiji apareció una maestría y una autoridad en todo el kīrtana que antes no había. Nosotros ya no éramos niños de San Francisco que cantábamos Hare Kṛṣṇa. Ahora teníamos ya un significado y una profundidad históricas. Ahora el kīrtana tenía credenciales. La presencia de Swamiji afirmaba la calidad histórica antigua del canto. Cuando llegó Swamiji, llegó toda la sucesión discipular.

Después de cantar una hora, Swamiji interrumpió el *kīrtana* y se dirigió a la multitud: «Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Esto es la vibración sonora, y debe entenderse que la vibración sonora es trascendental, y debido a que es una vibración trascendental, atrae a todos, aunque no entiendan el lenguaje del sonido. Ésa es su belleza. Hasta los niños responden...».

Después de estar hablando cinco minutos, Swamiji comenzó otra vez el *kīrtana*. Algunos jóvenes se dieron la mano formando un corro, y comenzaron a bailar dando vueltas y vueltas delante de Swamiji. Después le rodearon y bailaron entorno a él, cogidos de la mano. Swamiji parecía muy contento viendo lo que estaba pasando en el prado, con el corro de bailarines cantando Hare Kṛṣṇa a su alrededor. Aunque el entusiasmo de aquellos hippies era con frecuencia salvaje y sensual, la reunión adquiría

una dulzura fresca con el canto de Hare Kṛṣṇa. Para Swamiji, lo principal era que el canto continuase sin parar. Vestido con sus ropas color azafrán, que parecían cambiar levemente de colores al irse desvaneciendo la luz de la tarde, miraba de manera amable y paternal, sin imponer restricciones, sino invitando a todos a que sencillamente cantaran Hare Kṛṣṇa.

* * *

Un día Mālatī fue corriendo al apartamento de Swamiji, sacó algo pequeño de su bolso de la compra y lo puso sobre la mesa de Swamiji para que lo viese. «¿Qué es esto, Swamiji?»

Bhaktivedanta Swami bajó la vista y vio un muñeco de madera de unos siete centímetros, con la cabeza plana, un rostro negro sonriente, con grandes ojos redondos. La figura tenía unos brazos abultados que salían hacia adelante, y un sencillo torso, verde y amarillo, sin que se le vieran los pies.

Al momento, Swamiji unió las palmas de las manos e inclinó la cabeza, presentando sus respetos a la figurita.

—Has traído a Śrī Jagannātha, el Señor del Universo —dijo sonriendo con los ojos brillantes—. Es Kṛṣṇa. Muchas gracias. —Swamiji rebosaba de satisfacción, mientras Mālatī y los demás se sentaban, sorprendidos de su buena suerte al ver a Swamiji tan contento. Swamiji les explicó que aquella figura era Śrī Jagannātha, una Deidad de Kṛṣṇa que se adora en toda la India desde hace miles de años. Dijo que Jagannātha se adora con otras dos deidades: Su hermano Balarāma, y Su hermana Subhadrā.

Emocionada, Mālatī dijo que había otras figuras parecidas en Cost Plus, la tienda de importaciones donde había encontrado al pequeño Jagannātha, y Swamiji dijo que debía ir a comprarlas. Mālatī se lo dijo a su marido, Śyāmasundara, y los dos se fueron corriendo y compraron las otras dos figuras del juego.

Bhaktivedanta Swami colocó a la derecha al sonriente Jagannātha de rostro negro. En el centro puso la figura más pequeña, Subhadrā, que tenía la boca roja y sonriente y un torso rectangular negro y amarillo. La tercera, Balarāma, tenía la cabeza redonda y blanca, con los ojos ribeteados de rojo y una feliz sonrisa roja; tenía los brazos hacia delante como Jagannātha, y una base azul y amarilla. Swamiji lo puso al lado de Subhadrā. Al verlos juntos sobre su mesa, Swamiji preguntó si alguien sabía tallar. Śyāmasundara dijo que él esculpía en madera, y Swamiji le pidió que hiciera unas copias de un

metro de altura de los pequeños Jagannātha, Balarāma y Subhadrā. Hace más de dos mil años, dijo Bhaktivedanta Swami, hubo un rey llamado Indradyumna, devoto de Śrī Kṛṣṇa. Mahārāja Indradyumna quería tener una estatua del Señor en el aspecto que tomó cuando fue con Su hermano y Su hermana, en sus carrozas, al campo sagrado de Kurukṣetra durante un eclipse de Sol. Cuando el rey pidió a un famoso artista de los planetas celestiales, Viśvakarmā, que esculpiera las figuras, Viśvakarmā aceptó, a condición de que nadie le interrumpiera en su trabajo. El rey esperó mucho tiempo, mientras Viśvakarmā trabajaba encerrado. Hasta que un día el rey sintió que no podía esperar más, e irrumpió en el estudio del artista para ver la marcha del trabajo. Viśvakarmā, fiel a su palabra, desapareció, dejando incompletas las figuras de las tres deidades. A pesar de ello, el rey estaba tan complacido con las maravillosas esculturas de Kṛṣṇa, Balarāma y Subhadrā, que decidió adorarlas tal como estaban. Las instaló en un templo, y comenzó a adorarlas con gran opulencia.

Desde entonces, continuó Bhaktivedanta Swami, se ha adorado a Śrī Jagannātha en toda la India, sobre todo en la provincia de Orissa, donde hay un gran templo de Śrī Jagannātha en Purī. Todos los años, durante el gigantesco festival de Ratha-yātrā, acuden a Purī millones de peregrinos de toda la India para adorar a Śrī Jagannātha, a Balarāma y a Subhadrā, mientras las deidades pasan en procesión sobre tres enormes carros. Śrī Caitanya, que pasó los últimos dieciocho años de Su vida en Jagannātha Purī, solía cantar y danzar en éxtasis ante la Deidad de Śrī Jagannātha durante el festival anual de Ratha-yātrā.

Viendo esta aparición de Śrī Jagannātha en San Francisco como una manifestación de la voluntad de Kṛṣṇa, Swamiji dijo que todos tenían que poner gran cuidado para recibir y adorar a Śrī Jagannātha de manera apropiada. Si Śyāmasundara podía tallar las figuras, Swamiji dijo que él personalmente las instalaría en el templo, y que los devotos podrían entonces comenzar a adorar a las deidades. San Francisco, dijo, podría tener el nuevo nombre de Nueva Jagannātha Purī. Cantó *jagannāthaḥsvāmi nayana-patha-gāmī bhavatu me*. «Éste es un *mantra* para Śrī Jagannātha —dijo—. *Jagannātha* significa "Señor del Universo". "Oh Señor del Universo, dignate hacerte visible para mí." Es muy auspicioso que Él haya elegido este lugar para aparecer.»

Śyāmasundara compró tres bloques grandes de madera, y Swamiji hizo un diseño, señalando un gran número de detalles. Sirviéndose de las

estatuillas, Śyāmasundara calculó las proporciones y nuevas dimensiones, y comenzó a tallar en la terraza de su apartamento. Mientras tanto, los devotos compraron el resto de los pequeños Jagannātha del Cost Plus, y se puso de moda pegar un pequeño Jagannātha a un sencillo collar y llevarlo al cuello. Swamiji explicó que como Śrī Jagannātha era muy liberal y misericordioso con los que habían caído más bajo, pronto los devotos podrían adorarle en su templo. La adoración de las figuras de Rādhā y de Kṛṣṇa en el templo requería unos niveles muy elevados y estrictos, a los cuales aún no podían responder los devotos. Pero Śrī Jagannātha era tan compasivo que podía adorársele de una manera sencilla (principalmente, cantando Hare Kṛṣṇa), aunque los devotos no fuesen muy adelantados. Poco a poco, al ir progresando en la vida espiritual, Swamiji les iniciaría cada vez más en los detalles de la práctica de adorar a la Deidad, al mismo tiempo que en la profunda comprensión teológica que la apoya.

La tarde de la instalación, devotos y hippies invitados llenaban la sala totalmente. Allí estaba Swamiji, y el ambiente era de reverencia y de fiesta. Era un acontecimiento especial. Las recién terminadas deidades estaban en el altar de madera de secoya bajo un dosel amarillo, con los rostros iluminados por unos focos. No llevaban vestidos ni ornamentos, sino que estaban recién pintadas en vivos colores: negro, rojo, blanco, verde, amarillo y azul. Estaban sonriendo. Swamiji también las miraba, con los ojos hacia arriba, hacia su elevado altar.

Entonces, Swamiji comenzó la instalación de las deidades. Todo lo necesario para la vida espiritual estaba allí: el templo, los devotos, los libros, la Deidad, el *prasādam*. Él quería que aquellos jóvenes lo aprovecharan todo. ¿Por qué iban a seguir viviendo como animales y creyendo que la vida espiritual era una vaga tentativa de «algo»? Tenían que aprovechar la misericordia de Kṛṣṇa y tener éxito en sus vidas y ser felices. Y para esto, Swamiji era su incansable servidor.

Swamiji: «¿Hayagrīva? Ven aquí». Swamiji había hecho que los devotos pusieran un gran cirio en un plato. La ceremonia que había planeado sería muy sencilla, con los devotos e invitados yendo uno tras otro a ofrecer una llama, y haciendo círculos ante las deidades de Jagannātha. «Hay que encender esto —dijo Swamiji—, y cuando el *kīrtana* haya empezado, hay que hacer así ante la Deidad (Swamiji movió las manos trazando un círculo

ante la Deidad). ¿Ves?»

Hayagrīva: «Sí, sí».

Swamiji: «Sí, con el *kirtāna*. Y después, cuando alguien se canse, se lo entrega a otra persona, un devoto. Cuando éste se canse, se lo dará a otro, y así mientras dure el *kīrtana*. Lo haremos ahora con el *kīrtana*, ¿entiendes? Bueno. Tú empiezas, y cuando te canses se lo entregas a otro, y así sucesivamente».

Desde su sitio, Swamiji guiaba a Hayagrīva para que se acercase a la Deidad con el cirio encendido. SpAlgunas de las chicas reían por lo bajo con nerviosa expectación. «Ante la Deidad —dijo Swamiji—. Muy bien. Ahora, lo mejor es empezar el *kīrtana*.»

Swamiji comenzó a tocar las *karatālas* y a cantar el *mantra* Hare Kṛṣṇa con la melodía popular que él había introducido en América. «Justo enfrente», dijo, haciendo señas a Hayagrīva de que se pusiera más directamente delante de las deidades. Los devotos e invitados comenzaron a ponerse en pie y a bailar, con los brazos levantados, balanceándose rítmicamente, de atrás a delante, mientras cantaban frente a las brillantes figuras personales de las deidades. Unas luces de colores que había bajo el dosel comenzaron a lanzar destellos azules, rojos y amarillos, haciendo destacar los extraordinarios ojos de Śrī Jagannātha, Subhadrā y Balarāma. Mukunda, que había dispuesto las luces, sonreía mirando a Swamiji, esperando su aprobación. Swamiji asintió con la cabeza, y siguió cantando enérgicamente Hare Kṛṣṇa.

Los jóvenes hippies estaban entusiasmados cantando y bailando, sabiendo que el *kīrtana* solía durar una hora. Algunos habían captado lo que había dicho el Swami al hablar de que había que fijar la mente en la forma personal del Señor Supremo, y lo habían comprendido cuando, al mirar a las Deidades, había dicho: «Aquí está Kṛṣṇa». Otros no habían seguido, pero pensaban que era algo grande y hermoso cantar Hare Kṛṣṇa y mirar a las sonrientes Deidades de ojos grandes, allá arriba en el altar, entre las flores y el humeante incienso.

Bhaktivedanta Swami observaba con satisfacción cómo se turnaban uno tras otro y ofrecían el cirio ante Śrī Jagannātha. Era una sencilla manera de instalar la Deidad. Aunque en los grandes templos de la India la instalación de la Deidad era un procedimiento complejo y exacto que requería varios días de ritos continuos, dirigidos por sacerdotes muy bien pagados, en San Francisco no había sacerdotes *brāhmaṇas* a quien pagar, y sería imposible

cumplir muchos otros requisitos.

El que unos no-hindúes se ocupasen de Śrī Jagannātha y dirigieran Su adoración sería considerado herejía para los *brāhmaṇas* de la India, conscientes de las castas. Salvo Swamiji, ninguno de los que estaban allí hubiese sido admitido en el templo de Jagannāta Purī. El hombre blanco, el occidental, no podía ver a Śrī Jagannātha más que una vez al año, cuando iba en Su carro durante el festival de Ratha-yātrā. Pero esas restricciones eran costumbres sociales, no mandatos de las Escrituras. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī había introducido la adoración de la Deidad y la iniciación para todos, sin tener en cuenta casta, raza, ni nacionalidad. Y Bhaktivinoda Ṭhākura, padre de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, anhelaba el día en que la gente occidental pudiera unirse con sus hermanos indios y cantar Hare Kṛṣṇa.

Bhaktivedanta Swami había ido a Occidente a cumplir los deseos y la visión de su maestro espiritual y de Bhaktivinoda Ṭhākura, haciendo *vaiṣṇavas* entre los occidentales. Ahora que, si éstos llegasen a ser verdaderos devotos, habría que darles la adoración de la Deidad. De no hacerlo, sería más difícil para ellos el purificarse. Bhaktivedanta Swami confiaba en la dirección de su maestro espiritual y en las Escrituras. Tenía fe en que Śrī Jagannātha era especialmente misericordioso con los caídos. Rogaba que el Señor del Universo no se ofendiese por habersele recibido en la Nueva Jagannātha Purī.

Cuando terminó el *kīrtana*, Swamiji dijo a Haridāsa que le llevase el cirio. Swamiji pasó sus manos por la llama y tocó su frente. «Sí —dijo—, enséñales a todos. A todos y cada uno. Que contribuyan con lo que puedan. Mira, tómalo así y llévaselo a todos.» Con esto, indicaba que Haridāsa debía presentar el cirio ante cada persona que hubiera en la sala, para que todos los presentes pudiesen poner sus manos en la llama, como él había hecho, y después, tocarse la frente. Al ir Haridāsa de uno en uno, algunos devotos pusieron unas monedas en el plato, y otros hicieron lo mismo.

Swamiji explicó después: «El *Bhāgavatam* aconseja escuchar, cantar, pensar, y adorar. Este procedimiento que acabamos de introducir en el advenimiento de Jagannātha Svāmī, significa que este templo está definitivamente establecido. Así pues, ésta es la manera de adorar. Se llama *ārati*. De manera que, al final del *kīrtana*, este *ārati* seguirá. Y la manera de adorar consiste en tomar el calor de la luz, y cualquiera que sea vuestra condición, pagar algo para la adoración. De manera que si seguís este

sencillo proceso, veréis cómo llegaréis a comprender la Verdad Absoluta.

«Otra cosa que os pido: todos los devotos, cuando vengáis al templo, traed una fruta y una flor. Si podéis traer más fruta, más flores, estará muy bien. Si no, traer una fruta y una flor no es muy caro. Y ofrecedlas a la Deidad. De manera que voy a pedirlos que, cuando vengáis al templo, traigáis esto. Cualquier fruta. Esto no quiere decir que tengáis que traer fruta costosa. Cualquiera. Lo que podáis permitirlos. Una fruta y una flor».

Hizo una pausa, mirando en torno: «Sí, ahora podéis distribuir el *prasādam*».

Los invitados se sentaron en hileras en el suelo, y los devotos comenzaron a servir *prasādam*, sirviendo a Swamiji el primero. Los platos que habían preparado eran los que había enseñado personalmente Swamiji, en su cocina, a los devotos: *samosās*, *halavā*, *purīs*, arroz, diversas verduras cocinadas, *caṭnī* de fruta, dulces, todas las especialidades de los domingos. A los invitados les encantó el *prasādam*, y tomaron tanto como quisieron. Mientras, los devotos, sobre todo las expertas mujeres, servían más y más *prasādam*, los invitados se sentían a gusto, y disfrutaban de una tarde de festejo y de conversación jovial. Cuando Swamiji hubo probado todos los platos, miró hacia arriba levantando las cejas: «Todo está muy bueno. ¡Vivan los cocineros!».

La presencia de Śrī Jagannātha embelleció rápidamente el templo. Diariamente, los devotos hacían collares de flores para Él. Las pinturas de Śrī Viṣṇu que había hecho Jadurāṇī llegaron de Nueva York, y un gran retrato de Swamiji, pintado por Govinda dāsī, estaba ahora colgado junto a su asiento. También pusieron los devotos pinturas indias de Kṛṣṇa en las paredes. Las luces intermitentes que iluminaban a Śrī Jagannātha hacían que Sus ojos parecieran titilar y que Sus colores tuviesen movimiento y saltasen, de manera que Śrī Jagannātha se volvió una atracción especial en el sicodélico barrio de Haight-Ashbury.

Tal como había requerido Swamiji, devotos e invitados comenzaron a llevar ofrendas ante el altar de Śrī Jagannātha. Los hippies pasaban por allí y dejaban lo que podían: un montón de trigo, medio panecillo, una caja de Saltines (galletas crackers), un dulce, o velas, flores, o fruta. Al oír que antes de usar una cosa había que ofrecérsela a Dios, algunos hippies comenzaron a llevar ropa nueva y a ofrecérsela con alguna oración a Śrī Jagannātha antes de ponérsela. Estos hippies no seguían las enseñanzas de Śrī

Jagannātha, pero querían Sus bendiciones.

Todas las noches, los devotos celebraban la ceremonia del *ārati* exactamente como les había enseñado Swamiji, turnándose para ofrecer una vela ante Śrī Jagannātha. Al preguntar los devotos si podían añadir algo a la ceremonia, Swamiji dijo que sí, que también podían ofrecer incienso. Dijo que había muchas más cosas para la adoración de la Deidad, suficientes para tener ocupados a los devotos las veinticuatro horas del día, pero si se las dijese todas de una vez, caerían desvanecidos.

Hablando en privado en su cuarto con uno de sus discípulos, Swamiji dijo que durante el *kīrtana* en el templo había estado pensando en Śrī Caitanya cuando bailaba ante Śrī Jagannātha. Dijo que Śrī Caitanya había ido a Purī y había bailado ante Śrī Jagannātha en un éxtasis tal que no había podido decir nada más que «Jag..., Jag...». Śrī Caitanya había estado pensando: «Kṛṣṇa, he deseado verte durante tanto tiempo. Y ahora estoy viéndote». Cuando Śrī Caitanya vivía en Purī, unos quinientos hombres iban a verle al mismo tiempo, y todas las tardes había un gran *kīrtana* con cuatro grupos, cada uno de ellos con cuatro tocadores de *mṛdaṅga* y ocho tocadores de *karatālas*. «Un grupo a un lado, otro al otro lado —explicó Swamiji—. Un grupo detrás y un grupo delante, y Caitanya Mahāprabhu en medio. Todos ellos bailaban, y los cuatro grupos cantaban: "Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa...". Aquello se hacía todas las tardes mientras Él estuvo en Jagannātha Purī.»

Los devotos comprendieron que había una gran diferencia entre ellos y Swamiji. Él no había sido nunca un hippy. Él no estaba en su ambiente en medio de la ilusión de Haight-Ashbury, con su LSD, los carteles sicodélicos, los músicos de rock, la jerga de los hippies y gente de la calle. Sabían que él era diferente, aunque a veces lo olvidaban. Pasaba muchas horas al día con ellos. Comía, bromeaba con ellos, dependía de ellos. Pero a veces, de pronto, se daban cuenta de su especial identidad. Cuando cantaban con él en el templo, ante Śrī Jagannātha, él, a diferencia de ellos, pensaba en los *kīrtanas* de Śrī Caitanya ante Śrī Jagannātha en Purī. Cuando Śrī Caitanya veía a Jagannātha, veía a Kṛṣṇa, y Su amor por Kṛṣṇa era tan grande que enloquecía. Swamiji pensaba en todas estas cosas con una intensidad mucho más profunda de lo que podían comprender sus discípulos, y sin embargo, estaba con ellos como su buen amigo y su instructor espiritual. Él era su servidor, enseñándoles a orar como él, para que fuesen capaces de servir a Kṛṣṇa: «¡Oh Señor del Universo, dignate hacerte visible ante mí!».

* * *

Con su chal sobre los hombros, formando pliegues holgados, Swamiji se quedó un último momento al lado de la puerta abierta del coche y miró hacia atrás, despidiéndose de los devotos y del templo. Ya no era un local cualquiera, ya se había convertido en algo valioso: la Nueva Jagannātha Purī. Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī le había pedido que fuese allí. ¿Quién entre sus hermanos espirituales podía imaginar lo locos que estaban aquellos hippies americanos, alucinando con drogas, gritando: «¡Yo soy Dios!»? Tantos chicos y chicas, desdichados, locos, a pesar de sus posibilidades económicas y de su educación. Pero ahora, por la conciencia de Kṛṣṇa, algunos iban encontrando la felicidad.

El primer día que llegó, el periodista le había preguntado por qué había ido a Haight-Ashbury. «Porque el alquiler es bajo», había respondido. Su deseo era extender el movimiento de Śrī Caitanya; ¿por qué otra razón podría haber ido a semejante tiendecita destartalada para vivir al lado de una lavandería china y del Diggers' Free Store? Los periodistas le habían preguntado si invitaba a los hippies y a los bohemios a que adoptasen la conciencia de Kṛṣṇa. «Sí —les había dicho—, a todos.» Pero sabía que una vez que se le hubiesen unido, sus seguidores serían diferentes a lo que habían sido antes.

Ahora los devotos eran una familia. Si seguían sus instrucciones, serían siempre fuertes. Si eran sinceros, Kṛṣṇa les ayudaría. Śrī Jagannātha estaba entre ellos, y los devotos tenían que adorarle fielmente. Se purificarían cantando Hare Kṛṣṇa y siguiendo las instrucciones de su maestro espiritual. Swamiji entró en el coche acompañado de algunos discípulos, y un devoto le llevó al aeropuerto. Varios automóviles llenos de devotos iban detrás.

En el aeropuerto, los devotos lloraban. Pero Swamiji les prometió que volvería si celebraban un festival Ratha-yātrā. «Tenéis que organizar una procesión por toda la calle principal —les dijo—. Hacedlo bien. Tenemos que atraer a mucha gente. En Jagannātha Purī tienen esta procesión todos los años. Entonces, la Deidad puede salir del templo.»

Tenía que volver, lo sabía, para cuidar las delicadas plantas devocionales que había puesto en aquellos corazones. Si no, ¿cómo podía esperar que sobreviviesen aquellos neófitos en el océano de deseos materiales conocido como Haight-Ashbury? Repetidamente les prometió que volvería. Les pidió que cooperasen entre ellos, Mukunda, Śyāmasundara, Guru dāsa,

Jayānanda, Subala, Gaurasundara, Hayagrīva, Haridāsa, y las chicas. Sólo hacía dos meses y medio que había llegado allí, a aquel mismo terminal, donde le había recibido una multitud de jóvenes cantando. Muchos eran ahora sus discípulos, aunque apenas asumiesen su identidad espiritual y sus votos. Sin embargo, no sentía remordimientos al dejarlos. Sabía que algunos de ellos desaparecerían, pero no podía estar con ellos siempre. Tenía el tiempo limitado.

Bhaktivedanta Swami, el padre de dos pequeños grupos de neófitos, dejó con ternura a uno de ellos y se dirigió hacia el Este, donde el otro grupo le esperaba con un estado de ánimo diferente, el de un alegre recibimiento.

* * *

Nueva York

Mayo de 1967

No había ningún signo de que la salud de Swamiji se debilitase; o si lo había, nadie se dio cuenta de ello. Cuando dejó a sus devotos de San Francisco para ir con los de Nueva York, nadie envió mensaje alguno de que Swamiji tenía que tomar las cosas con más calma. A las cinco horas y media de vuelo en reactor, dijo que tenía los oídos «bloqueados», pero parecía que estaba bien. Sin descansar, se fue derecho con el festivo grupo que le recibió en el aeropuerto para ir a hablar y cantar durante tres horas al local del 26 de la Segunda Avenida. A sus discípulos de Nueva York les pareció deslumbrante y encantador, y con su presencia, sus miradas y sus palabras hizo aumentar su conciencia de Kṛṣṇa. Para ellos, su edad avanzada, que se aproximaba a los setenta y dos años, no era más que otro de sus rasgos trascendentales. Él era su fuerza, y ellos no pensaron nunca en considerar la fuerza *de él*.

Había señales de que debía tener cuidado con su salud. Tuvo dificultades cuando apareció en el programa de televisión de Allen Burke, y al volver al templo, Swamiji dijo que las luces de la televisión le habían provocado tanto dolor de cabeza, que en cierto momento pensó que no podría continuar.

Después, Rūpānuga se dio cuenta, una vez que estaba sentado cerca del estrado de Swamiji, durante una conferencia, de que a éste le temblaba la mano mientras hablaba. Kīrtanānanda estaba allí cuando, hacía unos meses, a la mañana siguiente de haber hecho la grabación de un disco, Swamiji

había dormido hasta tarde y se quejaba de que el corazón le palpitaba más de lo normal, y no podía moverse. «Si alguna vez me pongo muy malo —había dicho a Kīrtanānanda—, no llames al médico. No me lleves al hospital. Sólo dame mis cuentas y canta Hare Kṛṣṇa.»

Los discípulos de Swamiji se resistían a ponerle freno alguno. Kīrtanānanda lo había intentado. En el Avalon, cuando Swamiji estuvo bailando, saltando y sudando a chorros, Kīrtanānanda había insistido en que terminase el *kīrtana*. Pero le llamaron paranoico.

Además, a Swamiji no le gustaba que le impusieran límites. ¿Y quiénes eran ellos para imponérselos? Él era el representante autorizado de Kṛṣṇa, capaz de vencer todas las dificultades. Él era un devoto puro. Podía hacerlo todo. ¿No solía decir que un devoto puro es trascendental a los dolores materiales?

Swamiji había escrito una carta consolando a la abuela enferma de un discípulo. Pero los devotos pensaban que aunque Swamiji pudiera dar buenos consejos a la abuela de alguien, nada de lo que le pasaba a ella podía pasarle a él nunca. Por supuesto que él siempre decía ser un viejo, pero esto más bien hablando en público, para indicar lo inevitable de la vejez.

A los devotos, la salud de Swamiji les parecía fuerte. Los ojos le brillaban vivamente con emociones espirituales, su tez era lisa y dorada, y la sonrisa era un despliegue de salud y bienestar. Una vez, uno de los muchachos dijo que la sonrisa de Swamiji era tan viril que le hacía pensar en un toro y en clavos de acero. Swamiji tomaba duchas frías, paseaba por las mañanas temprano por el Lower East Side, tocaba la *mṛdaṅga* y comía bien. Aunque sus discípulos quisieran restringir sus actividades, ¿qué podían hacer?

Sin embargo, la última semana de mayo, Swamiji comenzó a sentirse exhausto. Hablaba de palpitaciones del corazón. Esperando que los síntomas desapareciesen en uno o dos días, Kīrtanānanda propuso que descansase y que no tuviese visitas. Pero fue empeorando.

Kīrtanānanda: Swamiji comenzó a quejarse de que algo andaba mal en el brazo izquierdo. Y después se le presentaron unas punzadas en el lado izquierdo, y en el brazo izquierdo tenía unas contracciones incontrolables. Parecía que le dolía de una manera misteriosa; interior o psicológica.

Acyutānanda: Fue el domingo, dos días antes de la Conmemoración de los Caídos, y habíamos preparado un extenso programa, por la tarde, en una sala de la parte residencial de la ciudad. Subí a buscar a Swamiji, porque los

devotos ya estaban listos. Swamiji estaba tendido y muy pálido. Me dijo: «Mira a ver el corazón». Noté una vibración temblorosa en su pecho.

Bajé, pero no quise alarmarlos a todos. Busqué a Kīrtanānanda y le dije en voz baja: «Swamiji tiene una especie de palpitations débiles de corazón». Y volvimos a subir al momento. Swamiji dijo: «Dame un masaje aquí». De manera que le di un masaje en el pecho, mientras me decía cómo hacerlo. Dijo: «Que vayan los otros y que se quede Acyutānanda. Si algo ocurre, él os llamará».

De manera que los demás se fueron e hicieron el programa, y yo esperé. Me llamó una o dos veces y me hizo darle un masaje rápidamente en el pecho. Después miró hacia arriba; le había vuelto el color. Yo miraba con la boca abierta sin saber qué hacer. Me miró y me dijo: «¿Por qué estás ahí sentado sin hacer nada? Canta Hare Kṛṣṇa». Aquella tarde volvió a tener palpitations, de manera que me quedé a dormir en el cuarto al del lado suyo. Y ya tarde, por la noche, me volvió a llamar para que le diese masaje.

Kīrtanānanda: Era el martes por la tarde, el día de la Conmemoración de los Caídos, y yo estaba sentado con Swamiji en su cuarto. Mientras abajo tenían un kīrtana, las contracciones comenzaron de nuevo. El rostro del Swami comenzó a ponerse tenso. Los ojos empezaron a darle vueltas. De pronto se echó hacia atrás y yo le sujeté. Estaba jadeando: «Hare Kṛṣṇa». Y entonces todo se paró. Creí que era el fin, hasta que volvió a respirar y a cantar. Pero no recuperó el control de su cuerpo.

Brahmānanda: Yo estaba allí con Kīrtanānanda. Era el fin de semana del Día de la Conmemoración de los Caídos. No podíamos entender lo que le pasaba a Swamiji. No podía levantarse, se quejaba, y nadie sabía lo que estaba pasando. Le cuidábamos entre Kīrtanānanda y yo, haciendo lo que podíamos. Yo tuve que salir a comprar un orinal de cama para él.

El lado izquierdo de Swamiji estaba paralizado. Dijo que se pusiera el retrato de su maestro espiritual en la pared que tenía delante. Los devotos entraron en la habitación, y Swamiji les dijo que cantaran Hare Kṛṣṇa. Después les dijo que orasen a Kṛṣṇa en su forma de Nṛsimhadeva.

Satsvarūpa: Swamiji dijo que orásemos a Śrī Nṛsimha y que la oración fuese: «Mi maestro no ha terminado su trabajo». En momentos distintos, nos permitía turnarnos y darle masaje en diferentes partes del cuerpo. Después nos hizo bajar y hacer kīrtana toda la noche.

Por la noche, a Swamiji le dolía el corazón. Al día siguiente, su condición era crítica. No podía hablar más que en voz baja, y estaba demasiado

agotado como para sostener una conversación. Sin fe en los médicos, se diagnosticaba él solo: un ataque al corazón que afectaba parte del cerebro, paralizándolo el lado izquierdo de su cuerpo. El masaje, decía, era el remedio. Brahmānanda: *Al día siguiente de la Conmemoración de los Caídos, tuvimos que llamar a una ambulancia. El hospital Beth Israel no tenía ambulancia, así que llamamos a una compañía privada. Se dispuso todo para que Swamiji llegase al hospital aquella mañana a las nueve. Pero la ambulancia no vino hasta cerca del mediodía. En este intervalo, Swamiji siguió quejándose. Finalmente, llegó la ambulancia, pero los encargados eran una gente horrible. Trataron a Swamiji como si fuese un montón de ropa. Pensé que hubiera sido mejor si hubiésemos llevado a Swamiji en un coche.*

En el Beth Israel, los doctores, o con más frecuencia, sus ayudantes, sacaban sangre, ponían inyecciones e investigaban. Su diagnóstico no fue concluyente; tenían planes para experimentar. Entonces, de pronto, llegó un doctor, y anunció lo que había que hacer: una punción en la espina dorsal. Swamiji estaba demasiado débil para discutir los pros y los contras de una punción. Se había puesto en manos de sus discípulos y de Kṛṣṇa.

Al doctor no le gustaba que le estorbasen. Explicó por qué era necesaria una punción, pero no estaba pidiendo una consulta ni un permiso. Todos, salvo Kīrtanānanda, que insistió en quedarse, tuvieron que dejar la habitación, mientras el doctor practicaba la punción. Ni Swamiji, que estaba demasiado débil, ni sus muchachos, que no estaban seguros de lo que tenían que hacer por él, se opusieron al doctor. Los devotos se alinearon fuera del cuarto de Swamiji, mientras el doctor preparaba la aguja más larga y más espantosa que jamás habían visto.

Cuando se les permitió volver, uno de los discípulos preguntó cautelosamente: «¿Le han hecho daño?». Swamiji, con su cuerpo de piel dorada envuelto en blancas ropas de hospital, tendido entre blancas sábanas, se volvió ligeramente y dijo: «Somos tolerantes».

Rūpānuga: *Cuando admitieron a Swamiji en el hospital, fue muy difícil para mí. Yo no sabía qué hacer. No tenía gran experiencia en este clase de emergencias. Estaba muy inseguro sobre lo que pudiera hacer por Swamiji. Fue una experiencia horrible.*

La vida de Swamiji estaba en juego, y sin embargo, sus discípulos no sabían qué hacer para salvarle. Estaba tendido en la cama como si estuviese a su merced, pero el personal del hospital le consideraba propiedad suya. Un

viejo con trastornos de corazón, un tema a investigar. ¿Debían dar permiso para el electroencefalograma? ¿Qué era un electroencefalograma? ¿Hacía falta operar? ¡Una operación! Pero Swamiji había dicho que no le llevasen nunca a un hospital. «Dame un masaje», era todo lo que había dicho, y «canta Hare Kṛṣṇa».

El 5 de junio, Swamiji recibió una cariñosa carta firmada por todos sus discípulos de San Francisco. Después de leer que habían pasado toda la noche cantando y orando por su recuperación, dictó una carta.

Mis queridos chicos y chicas:

Estoy muy agradecido por vuestras oraciones a Krisna a para que salvase mi vida. Gracias a vuestra oración sincera y ardiente, Krisna me ha salvado. Ciertamente, el martes estuve a punto de morir, pero como habéisorado sinceramente, me he salvado. Ahora estoy mejorando poco a poco y volviendo a la normalidad. Ahora puedo esperar volver a veros, y cantar Hare Krisna con vosotros. Me alegro mucho de saber que vais progresando, y espero que no haya dificultades para vuestra comprensión de la conciencia de Krisna. Mis bendiciones están siempre con vosotros, y debéis seguir cantando con confianza Hare Krisna, Hare Krisna, Krisna Krisna, Hare Hare, Hare Rama, Hare Rama, Rama Rama, Hare Hare.

Swamiji estaba ansioso de dejar el hospital. Durante varios días, estuvo queriendo marcharse. «No hacen más que clavarme agujas», decía quejándose. Y cada día aumentaban las deudas de su Asociación. Los devotos habían alquilado una casita al lado del mar, en Long Branch, New Jersey, donde Swamiji podría ir para recuperarse. Decidieron que Kīrtanānanda fuese el cocinero de Swamiji, y Gaurasundara y su mujer, Govinda dāsī, estaban viniendo desde San Francisco para llevar la casa y ayudar. Pero el doctor quería que Swamiji se quedase, para hacerle otro encefalograma y tenerle aún en observación.

Un día, mientras Brahmānanda y Gargamuni estaban con Swamiji, llegó el doctor y dijo que éste debía bajar para hacerse un reconocimiento por rayos X.

—¿Nada de agujas? —preguntó Swamiji.

—Sí —dijo el doctor—, pero no importa.

Cuando la enfermera llevó una camilla de ruedas, Swamiji dijo que quería que la llevase Gargamuni. Se sentó encima con las piernas cruzadas, metió la mano en su bolsa de cuentas, y Gargamuni, siguiendo a la enfermera, le llevó en la camilla desde el cuarto hasta el ascensor. Bajaron al tercer piso y entraron en una sala. La enfermera se fue. Gargamuni podía sentir la inquietud de Swamiji. Él también estaba nervioso. Era un lugar inverosímil para que él estuviera con su maestro espiritual. Entonces llegó otra enfermera, con una aguja: «Hay que ponerle al Swami una pequeña inyección».

—No. —Swamiji sacudió la cabeza.

—Lo siento —dijo Gargamuni terminantemente—. No se la va a poner.

La enfermera estaba exasperada, pero sonrió. «No le va a doler.»

—Llévame al cuarto —ordenó Swamiji a Gargamuni. Al insistir la enfermera, Gargamuni, siguiendo su tendencia habitual, se interpuso impetuosamente entre ella y su maestro espiritual.

—Estoy listo para luchar si es preciso —pensó Gargamuni—. No se lo voy a permitir —dijo, y sacó la camilla de la sala, dejando atrás a la enfermera.

Gargamuni se había perdido. Se encontraba en algún sitio, en el piso tercero o cuarto, entre corredores y puertas. Y el cuarto de Swamiji estaba en el sexto piso. Sin saber donde iba, Gargamuni llevó la camilla por unos pasillos, con Swamiji sentado con las piernas cruzadas, cantando con sus cuentas.

Brahmānanda llegó al laboratorio de rayos X unos segundos después de que Gargamuni se escapase. La enfermera y el interno se quejaban de lo que había pasado.

Brahmānanda: *Les parecía que aquello era un robo. Swamiji era propiedad suya. Mientras estuviese en el hospital, podían hacer con él lo que les pareciese. Gargamuni les había robado a Swamiji.*

Gargamuni llegó hasta el ascensor. Era difícil maniobrar con la camilla, y con la prisa, se chocó contra una pared. Olvidó cual era el piso de Swamiji. Sólo sabía que estaba protegiéndole, que quería que le sacasen de allí.

Cuando por fin Gargamuni llegó al cuarto de Swamiji, el 607, estaba allí uno de los internos, muy enfadado. «No me importa —dijo Gargamuni—. Él no quiere más agujas ni más pruebas. Queremos marcharnos.» Llegó Brahmānanda, calmó a su hermano pequeño y ayudó a meter en la cama a Swamiji.

Swamiji dijo que quería marcharse. Cuando llegó el doctor, Swamiji se sentó y habló con decisión: «Doctor, estoy muy bien. Me puedo ir». Y estrechó la mano del doctor para probarle que estaba sano y fuerte. El doctor rió entre dientes. Dijo que aunque Swamiji iba estando más fuerte, tenía que quedarse unos pocos días más. De ninguna manera podía considerarse fuera de peligro. Necesitaba una atenta vigilancia médica, y tenían que hacer otro encefalograma.

A Swamiji aún le dolía alrededor del corazón, pero dijo a los doctores que sus muchachos tenían un sitio para que descansase a la orilla del mar. Esto estaba muy bien, dijo el doctor, pero no podía dejar que su paciente se marchase todavía.

Pero Swamiji había tomado su decisión. Brahmānanda y Gargamuni alquilaron un coche. Reunieron las cosas de Swamiji y le ayudaron a vestirse. Cuando le acompañaban a salir del cuarto, y los empleados del hospital vieron que los chicos se llevaban de verdad al anciano, algunos de los doctores y enfermeras trataron de impedirlo. Brahmānanda les dijo que no se preocupasen; que ellos querían mucho a Swamiji y le cuidarían muy bien. Le darían masajes con regularidad y descansaría mucho; y le darían todas las medicinas que prescribieran los doctores. Después de descansar a orillas del mar, podía volver para un análisis.

Brahmānanda: *Entonces los doctores perdieron la paciencia. Nos amenazaron: «Este hombre se va a morir». Nos asustaron de verdad. Dijeron: «Este hombre se va a morir, y ustedes tendrán la culpa». Hasta cuando salíamos decían: «Este hombre está condenado a muerte». Fue horrible.*

A las diez de la mañana del 8 de junio salieron del hospital. Swamiji quiso parar un momento en el templo del 26 de la Segunda Avenida antes de ir a la casa de Long Branch. Entró en el local, andando con paso inseguro, y llegó ante los retratos de su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, y del padre de éste, Bhaktivinoda Ṭhākura. Por primera vez, los discípulos de Swamiji le vieron ofrecer reverencias enteramente postrado. Al hacerlo ante su Guru Mahārāja, también sus discípulos ofrecieron reverencias y sintieron que aumentaba su devoción.

La pequeña casita de una planta estaba en un suburbio tranquilo, muy cerca de la playa. El patio estaba cercado de árboles y arbustos, y todos los alrededores estaban llenos de rosas fragantes. Pero el tiempo estaba

revuelto a menudo y el cielo se ponía gris. Y Swamiji hablaba de ir a la India. Pero no sólo por su salud; dijo a Kīrtanānanda y a Gaurasundara que quería comenzar en Vṛndāvana una «Casa Americana», un lugar en el que sus discípulos americanos pudiesen aprender la cultura védica; eso les ayudaría a predicar por todo el mundo. También dijo que quería hacer *sannyāsīs* a algunos de sus discípulos: Kīrtanānanda, Brahmānanda y Hayagrīva, y que esto lo haría también en la India. Sin embargo, su verdadero trabajo estaba en América, si es que podía recuperar la salud. Pero, ¿dónde estaba el Sol?

En la India podía tener la luz del Sol y tratamiento ayurvédico. Pero sus planes cambiaban de un día para otro: San Francisco, Montreal, la India, Nueva York. Dijo a Kīrtanānanda que comunicase a los devotos de San Francisco que si organizaban un festival de Ratha-yātrā, él iría.

A finales de junio, Swamiji volvió al 26 de la Segunda Avenida, y al hospital para un análisis. El doctor se quedó sorprendido de la recuperación de Swamiji, y no puso objeciones a que fuese a San Francisco en avión. Así, a la búsqueda de cielos soleados, y con un gran deseo de guiar a sus seguidores para organizar el primer Ratha-yātrā, Swamiji hizo reservar los billetes de avión para él y Kīrtanānanda, para ir a San Francisco, Nueva Jagannātha Purī.

* * *

En el aeropuerto de San Francisco, Swamiji sonreía, pero habló poco cuando los devotos le recibieron con flores y *kīrtana*. Esta vez era diferente. Fue derecho hacia adelante, apoyándose en un bastón.

Jayānanda estaba esperando con su furgoneta para llevar a Swamiji a la casa que habían alquilado al norte de la ciudad, en Stinson Beach. Pero antes, Swamiji dijo que quería visitar el templo de Rādhā-Kṛṣṇa de San Francisco. Jayānanda fue al 518 de la calle Frederick. Swamiji salió del coche y entró en el pequeño local, que estaba lleno de devotos e invitados que estaban esperándole. Se inclinó ante las sonrientes deidades de Jagannātha, y sin decir una palabra, salió de la sala, volvió al coche, y partió hacia Stinson Beach.

La carretera entre los acantilados de la costa era tan tortuosa y empinada que Swamiji se mareó. Y ni el recostarse en el asiento de atrás ni el hacer que Jayānanda aminorase la marcha sirvieron para nada. Kīrtanānanda se

dio cuenta de que sería muy difícil para Swamiji visitar el templo de San Francisco desde Stinson Beach. Pero quizá aquello fuese un bien; podría pasar todo el tiempo recuperándose.

El 8 de julio, después de que Swamiji hubiese pasado dos días en Stinson Beach, Śyāmasundara y Mukunda fueron en coche desde San Francisco. Al día siguiente se iba a celebrar el Ratha-yātrā, y Śyāmasundara y Mukunda, los primeros devotos que visitaban a Swamiji desde su llegada a Stinson Beach, contaron a Swamiji los preparativos del festival. Por supuesto, todo el festival había sido idea de Swamiji, pero los devotos de San Francisco estaban tratando de hacer exactamente lo que él había dicho.

Swamiji había tenido la idea del festival mientras miraba por la ventana de su cuarto que daba a la calle Frederick. Al ver los camiones de plataforma que pasaban por debajo, pensó en poner las deidades de Jagannātha en uno de aquellos camiones, y celebrar un festival Ratha-yātrā al estilo americano. Incluso había diseñado un camión con un dosel de cuatro columnas en la plataforma, decorado con banderas, campanas y guirnaldas de flores. Y entonces había llamado a Śyāmasundara: «Hazme este carro para el Ratha-yātrā». Ahora, fuera del templo de la calle Frederick estaba listo el carro: un camión que había pertenecido a la compañía Hertz, amarillo, prestado por el Digger's Tree Store, terminado con unas columnas de metro y medio y un dosel piramidal de tela.

Sentado en la playa con Swamiji, Mukunda dijo que los devotos estaban trabajando con gran entusiasmo, y que los hippies de Haight-Ashbury estaban hablando del desfile de Jagannātha que tendría lugar al día siguiente. Los devotos habían tratado de que el desfile fuese por el Golden Gate Park, pero el servicio de policía sólo les dio permiso para ir por la calle Frederick, hacia el Sur, hasta el mar. Mukunda dijo que los devotos pensaban poner a Jagannātha bajo el dosel, mirando hacia el lado derecho del camión, Subhadrā mirando hacia atrás y Balarāma mirando al lado izquierdo; y él quería saber si aquella disposición estaba bien. Swamiji dijo que en realidad las deidades deberían ir en carros separados, con la multitud tirando de ellos por las calles con unas cuerdas; quizá pudieran hacerlo en años venideros.

—Hacedlo bien —les previno—. Y no vayáis deprisa. —Los devotos tenían que llevar el camión despacio por las calles hasta la playa y debía haber un *kīrtana* permanente.

Mukunda y Syāmasundara alabaron a su hermano espiritual Jayānanda: había ido en coche por todo San Francisco obteniendo donativos de flores y frutas, encontró gente que le ayudó a decorar el carro, instaló el sistema de sonido en el camión, y distribuyó unos carteles por las tiendas. Era incansable, y su entusiasmo incitaba a los demás a tomar parte. Las mujeres habían estado cocinando *capātīs* todo el día para que hubiese miles de ellos y poder distribuirlos entre la multitud. Los devotos habían preparado cientos de globos del «Festival de Ratha-yātrā de Hare Kṛṣṇa», para soltarlos en las calles cuando comenzara el desfile.

Cuando los devotos preguntaron qué otra cosa podían hacer, Swamiji dijo que aquello era todo: una procesión, distribución de *prasādam*, *kīrtana*. La gente debía tener una oportunidad de ver a Śrī Jagannātha y de cantar Hare Kṛṣṇa. Tenían que cantar y bailar delante del carro durante toda la procesión. «Pero hacedlo todo bien —dijo Swamiji—. Hacedlo lo mejor que podáis, y Śrī Jagannātha estará contento.»

Al día siguiente, en la tranquilidad de la tarde, Swamiji estaba sentado en el cuarto de estar cantando con sus cuentas, mientras Kīrtanānanda estaba en la cocina preparando lo necesario para una fiesta. De pronto, Swamiji oyó el sonido familiar de los címbalos de mano, y se puso muy contento, abriendo mucho los ojos. Miró hacia fuera y vio el camión del Ratha-yātrā, con Śrī Jagannātha, Subhadrā y Balarāma, y docenas de devotos y hippies que querían verle. Salió fuera para recibirlos y decirles que le llevaran las deidades a la casa y las pusieran encima del piano vertical. Detrás siguieron devotos e invitados, llenando el gran «living». Sonriendo, Swamiji abrazó a algunos de los chicos, mientras otros se inclinaban a sus pies. Algunos de los devotos ayudaron a Kīrtanānanda en la cocina para terminar la gran fiesta que había preparado. Otros contaban el éxito del festival de Ratha-yātrā.

Fue algo grande! ¡Fue maravilloso! Fue un día hermoso, dijeron. Y Swamiji escuchaba, conmovido por las descripciones que sus discípulos le hacían de la fiesta. Muchos hippies se habían unido a la gran procesión. Mukunda, Haridāsa, Hayagrīva y algunas de las mujeres habían ido en el carro, y los instrumentos, incluido el armonio que iba tocando Yamunā, se oían por los amplificadores. En las calles, había gustado a todo el mundo. La escolta de policía motorizada había tratado de que los devotos se apresurasen, pero se había apiñado tanta gente delante que el cortejo había tenido que avanzar

despacio, tal como había dicho Swamiji. Subala bailó sin freno todo el tiempo mientras Jayānanda saltaba tocando los *karatālas*. Desde el camión, algunas de las mujeres distribuyeron trozos de naranjas, manzanas y plátanos, y otras habían tirado flores. A la gente le había gustado.

Subala contaba que después del festival habían ido por la autopista en el camión, adornado de flores y cubierto con un dosel, llevando treinta devotos y las deidades de Jagannātha, Subhadrā y Balarāma. Habían subido por la montaña, en lo que debía ser uno de los más extraordinarios vehículos jamás vistos.

Tras haberse ido todos los visitantes, las deidades permanecieron en la casa con Swamiji y sus sirvientes. Swamiji estaba contento de que sus discípulos hubiesen celebrado con éxito un festival de Ratha-yātrā. Aunque les faltaba adiestramiento, eran sinceros. Bhaktisiddhānta Sarasvatī y Bhaktivinoda Ṭhākura hubiesen estado complacidos al ver el primer Ratha-yātrā americano.

El mundo entero estaba ansioso, decía Swamiji a los devotos reunidos en su cuarto aquella noche. Sólo el mundo espiritual estaba libre de ansiedad. Librarse de toda ansiedad y volver al mundo espiritual era la intención de la conciencia de Kṛṣṇa. Y festivales como el de Ratha-yātrā hacían que la gente tuviera conciencia de Kṛṣṇa. Swamiji tenía muchas, muchas ideas de festivales. Si él tuviera dinero y gente, decía, todos los días podría tener un festival. La conciencia de Kṛṣṇa era ilimitada. Aquel festival de Ratha-yātrā era otra señal de la buena acogida que tenía la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente.

* * *

Swamiji seguía hablando de ir a la India. Prácticamente había decidido ir; la cuestión era cuándo, y si lo haría por el oeste, vía Japón, o por el este, vía Nueva York. El cielo gris y la temperatura impropia de Stinson Beach eran una decepción. Su salud aún no era buena. Incluso hablaba de morir. No importaba que muriese en América o Vṛndāvana, decía. Si un *vaiṣṇava* muere en Vṛndāvana, el lugar en el que advino Kṛṣṇa, tiene asegurado el unirse a Kṛṣṇa en el mundo espiritual. Pero cuando Śrī Caitanya quería ir a Vṛndāvana.» Su devoto Advaita le aseguró: «Dondequiera que estés, es Vṛndāvana». Estar siempre absorto pensando en Kṛṣṇa, también era Vṛndāvana. De manera que si había de morir mientras predicaba la

conciencia de Kṛṣṇa, en cualquier lugar del mundo, era seguro que alcanzaría el Vṛndāvana eterno del cielo espiritual.

Sin embargo, Swamiji quería ir a Vṛndāvana. Era el mejor sitio, para morir o para recuperarse. Además, tenía el plan de llevarse a sus discípulos a Vṛndāvana para prepararlos. Swamiji dijo a Kīrtanānanda, Hayagrīva y otros que los llevaría con él y les mostraría los lugares sagrados de los pasatiempos de Kṛṣṇa. Con los fondos reunidos en el templo de Nueva York con la idea de comprar un edificio más grande, comenzaría su Casa Americana en Vṛndāvana.

La mayor parte de los devotos tuvieron que quedarse en San Francisco, esperando la ocasión de visitar a Swamiji. Por los pocos que lo supieron directamente, se enteraron de los planes de Swamiji de marcharse a la India, quizás para no volver nunca. Era penoso de escuchar. El que casi hubiera muerto, pero que, por la gracia de Kṛṣṇa, hubiese vuelto a reunirse con ellos en San Francisco, aunque sin poder estar con ellos como antes, y ahora sus planes de irse a la India, quizá para siempre, todo esto hacía más intensa su preocupación y su amor por él.

Los devotos estaban preocupados, pensando si podrían seguir sin Swamiji. Un devoto sugirió que quizás uno de los hermanos espirituales de Swamiji debería ir a América y reemplazarle y, si ocurría lo peor, tomar el liderazgo de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna. Cuando la sugerencia llegó a Swamiji, la consideró sin responder inmediatamente.

Mukunda: Yo estaba solo con Swamiji en su cuarto, y él estaba muy serio y silencioso. Tenía los ojos cerrados. De pronto, se le saltaron las lágrimas, y dijo con voz ahogada: «Mi maestro espiritual no era un maestro espiritual corriente». Entonces, tras una pausa, y enjugándose las lágrimas de las mejillas, dijo con voz aún más apagada: «Él me salvó». En aquel momento empecé a comprender lo que quería decir «maestro espiritual» y abandoné toda posibilidad de reemplazar jamás a Swamiji.

Dos días más tarde, Swamiji dijo que él no diría a ninguno de sus hermanos espirituales que fuese allí y se hiciese cargo de sus discípulos. Dijo: «Tan pronto como esta persona dijese solamente una palabra distinta de lo que yo os estoy diciendo, habría una gran confusión entre vosotros». En realidad, dijo, la idea era un insulto al maestro espiritual.

* * *

Swamiji dijo a Kīrtanānanda que había decidido definitivamente ir a la India, por Nueva York, en cuanto pudiese. Kīrtanānanda empaquetó las cosas de Swamiji y le llevó a San Francisco, para pasar la noche en el templo. Se irían a la mañana siguiente.

En el templo, e incluso en el apartamento de Swamiji, había mucho ajetreo aquella noche, con muchos devotos e invitados que querían verle y docenas de personas que querían iniciarse. Cuando Kīrtanānanda dijo a Swamiji que no se esforzase bajando para asistir al programa de la tarde, él insistió en estar allí, por lo menos durante el *kīrtana*.

Cuando entró en el local, los devotos interrumpieron el *kīrtana* al momento, cayendo al suelo para ofrecer reverencias. Se hizo el silencio. Ordenó que le hiciesen otra nueva reverencia. Aquella pudiera ser la última vez que le veían. Ellos le observaron durante el *kīrtana*, mientras tocaba las *karatālas* y cantaba con ellos por última vez. Los no iniciados querían tenerle como maestro espiritual aquella misma noche, antes de que fuese demasiado tarde. Swamiji pidió un micrófono. Nadie había esperado que hablase. Kīrtanānanda, el único que se le podía oponer, no dijo nada, y se sentó ante él como los demás, sumiso y en expectación. Swamiji habló con serenidad sobre su misión; cumpliendo la orden de su maestro espiritual, estaba llevando el movimiento de Śrī Caitanya a América, y Kṛṣṇa le había enviado hasta llegar a muchas almas sinceras. «En la India tengo unos hijos, de mis tiempos de familia —dijo—, pero vosotros sois mis hijos verdaderos. Ahora, me voy a la India por una temporada.»

—Yo soy un viejo —decía—, y puedo morir en cualquier momento.

Pero yo os pido que todos vosotros sigáis adelante con este movimiento de *sañkīrtana*. Tenéis que ser humildes y tolerantes. Śrī Caitanya dice: Sed tan humildes como una brizna de hierba y más tolerantes que un árbol. Tenéis que tener entusiasmo y paciencia para llevar adelante esta filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa.

Estaba sosegado y siguió hablando gravemente, pidiéndoles que se mantuviesen unidos y que sacasen adelante el movimiento, en su propio beneficio y en el beneficio de los demás. Todo lo que habían aprendido, dijo, tenían que repetirlo a los demás.

Ellos se dieron cuenta, quizá por primera vez, de que eran parte de una misión de predicación, de que eran un movimiento. Estaban juntos no sólo

para pasarlo bien y tener buenas vibraciones: tenían una obligación entrañable hacia Swamiji y hacia Kṛṣṇa.

* * *

En Nueva York los devotos no tuvieron mucho tiempo para entristecerse. Kīrtanānanda telegrafió a Sri Krishna Pandit que Bhaktivedanta Swami llegaría a Delhi el 24 de julio a las siete y media de la mañana, y que Sri Krishna Pandit preparase el alojamiento de Swamiji, en el templo de Chippiwada. El telegrama aludía a la intención de consultar a un médico en Delhi y después ir a Vṛndāvana. Estaba ansioso por volver a Vṛndāvana

Los devotos habían pedido a Satsvarūpa que pidiese el traslado a Boston de su trabajo en la administración pública y abriese allí un centro para la conciencia de Kṛṣṇa. También pidieron a Rūpānuga que hiciese lo mismo en Buffalo. Cuando Satsvarūpa y Rūpānuga preguntaron a Swamiji qué le parecía, se puso muy contento. Subala iba a abrir un centro en Santa Fe, les dijo, y Dayānanda en Los Ángeles. «El *mantra* Hare Kṛṣṇa es igual que un gran cañón —les dijo—. Id y hacedlo sonar, de manera que todos puedan oírlo, y él disipará a *māyā* .»

Los devotos querían preguntar: «Pero, ¿y si Ud. no vuelve?». Tenían miedo. ¿Y si Kṛṣṇa retenía a Swamiji en Vṛndāvana? ¿Y si Swamiji no volvía nunca? ¿Cómo iban a sobrevivir contra *māyā* ? Pero Swamiji les había asegurado ya que cualquiera que fuera el nivel de conciencia de Kṛṣṇa que les había dado sería suficiente, incluso si él no volvía.

Sólo treinta minutos antes de que tuviese que salir hacia el aeropuerto, Swamiji estaba en su cuarto, cantando con las cuentas de una muchacha que había pedido la iniciación. Entonces, como había hecho muchas veces antes, dejó su apartamento, bajó las escaleras, cruzó el patio y entró en el local.

Sentado sobre la vieja alfombra, habló en voz baja e íntimamente. «Yo me voy, pero mi Guru Mahārāja y Bhaktivinoda están aquí. — Miró hacia los retratos de su maestro espiritual y Bhaktivinoda Ṭhākura—. Les he pedido que se cuiden de todos vosotros, mis hijos espirituales. El abuelo siempre cuida de los niños mucho mejor que el padre. Así que no temáis. No hay ni que hablar de separación. La vibración del sonido nos une a todos, aunque el cuerpo material pueda no estar aquí. ¿Qué nos importa el cuerpo material? Seguid cantando Hare Kṛṣṇa, y estaremos estrechamente unidos.

Vosotros estaréis cantando aquí y yo estaré cantando allí, y esta vibración circulará alrededor del planeta.»

Varios devotos fueron con Swamiji en el taxi: Brahmānanda delante, al lado del chófer, Rāya Rāma y Kīrtanānanda detrás, al lado de su maestro espiritual. «Cuando Kīrtanānanda vea Vṛndāvana —dijo Swamiji—, no podrá comprender cómo he podido dejar ese lugar y venir aquí. Es tan bonito. Allí no hay coches como aquí, lanzados, ¡zuumm! ¡zuumm! y ¡cómo huelen! Allí sólo hay Hare Kṛṣṇa. Todos cantan siempre. Miles y miles de templos. Yo te lo enseñaré, Kīrtanānanda. Iremos por todo aquello y te lo enseñaré.»

Brahmānanda comenzó a llorar, y Swamiji le dio unas palmadas en la espalda. «Puedo comprender que sientas separación —dijo—. Yo la siento de mi Guru Mahārāja. Yo creo que es esto lo que quiere Kṛṣṇa. Podrás ir allí conmigo y aprender, y extenderemos este movimiento por todo el mundo. Rāya Rāma, tú irás a Inglaterra, Brahmānanda, ¿quieres ir al Japón o a Rusia? Esto está bien.»

Los devotos se reunieron en la sala de espera de Air India, cerca de un bar lleno de gente. Con un suéter, su *cādar* cuidadosamente plegada sobre un hombro, Swamiji se sentó en una silla, mientras sus discípulos se sentaban a sus pies, tan cerca como era posible. Llevaba un paraguas, como cuando llegó solo por primera vez a Nueva York, hacía casi dos años. Aunque estaba exhausto, sonreía.

Swamiji vio un mural con unas mujeres indias que llevaban grandes cántaros en la cabeza, y llamó por su nombre a una muchacha que había ido recientemente con su marido, Haṁsadūta, para unirse al centro de ISKCON de Montreal. «Himavatī, ¿te gustaría ir a la India y aprender a llevar el cántaro de agua como las indias?»

—Sí, sí —dijo—. Iré.

—Sí —dijo Swamiji—, algún día, todos iremos.

Kīrtanānanda llevaba un gramófono portátil de pilas y dos copias del disco con el *mantra* Hare Kṛṣṇa. «Kīrtanānanda —dijo Swamiji—, ¿por qué no pones el disco? Les va a gustar.» Kīrtanānanda puso el disco muy bajito, pero el sonido llamó la atención de la gente del bar. «Ponlo un poco más alto», dijo Swamiji, y Kīrtanānanda aumentó el volumen, mientras Swamiji llevaba el compás con la cabeza.

Pronto comenzaron los devotos a tararear acompañando el disco y después a cantar en voz baja, hasta que, poco a poco, fueron cantando más alto.

Algunos de los devotos comenzaron a llorar.

Llegado el momento de ir al avión, Swamiji abrazó a cada uno de sus hombres. Se habían puesto en fila, y uno tras otro se le acercaron, abrazándole. A unas pocas mujeres, les dio unas palmaditas en la cabeza.

Acompañado de Kīrtanānanda, que llevaba la cabeza afeitada y un inadecuado traje negro de lana, Swamiji se dirigió a la salida lentamente. Cuando desapareció de su vista, los devotos fueron corriendo a la terraza para ver por última vez el avión que despegaba.

Una lluvia ligera regaba el campo de aviación mientras los devotos corrían por la terraza. Allí abajo estaban Swamiji y Kīrtanānanda, que iban hacia el avión. Dejando el decoro a un lado, los devotos comenzaron a gritar. Swamiji se volvió y saludó con la mano. Subió por la pasarela desmontable, volviéndose una vez arriba, y levantando los brazos, entrando después en el avión. Los devotos cantaban a pleno pulmón, mientras retiraban la pasarela y cerraban la puerta, y el avión comenzó a girar. Los devotos se habían apiñado contra la barandilla, pero se echaron hacia atrás cuando el escape del jet les azotó con el calor. Con un gran rugido, el jet de Air India, con las luces parpadeantes, rodaba por la pista de despegue. Los devotos siguieron cantando Hare Kṛṣṇa hasta que el avión despegó, fue un punto en el cielo, y desapareció.

* * *

Nueva Delhi

25 de julio de 1967

El espeso calor que les recibió sentó bien a Swamiji. Había ido por esto. En el interior del terminal del aeropuerto, unos ventiladores colocados en el techo revolvían el aire de bochorno, mientras

Swamiji y Kīrtanānanda esperaban en una cola que avanzaba lentamente, y unos empleados de uniforme controlaban el pasaporte y las cuestiones de aduanas, sin las computadoras ni la eficiencia occidentales. Más allá de las zonas de inmigración y aduanas, la gente que esperaba a algunos pasajeros que llegaban, agitaba las manos, llamaba y se reunía con amigos y miembros de la familia.

Cuando Swamiji y Kīrtanānanda habían recogido su equipaje y pasado la aduana, se quedaron en la acera, fuera terminal. Swamiji se había quitado el suéter, pero Kīrtanānanda sudaba a mares con su traje negro de lana. Eran las dos de la mañana. Por todas partes, los pasajeros encontraban a sus

seres queridos y les abrazaban, a veces les ponían collares de flores, y les ayudaban a subir a coches y taxis. Pero no había nadie que esperase a Swamiji. Era bien diferente, por cierto, de las recientes escenas de lágrimas en los aeropuertos, donde Swamiji había estado con *sus* seres queridos. Ahora, en lugar de estar rodeado de discípulos afectuosos, se veía asediado por taxistas y maleteros que querían llevar su equipaje por una propina. Swamiji pidió en hindú a uno de los taxistas que les llevase a Chippiwada, en Vieja Delhi. El chófer puso su equipaje en el maletero, y Swamiji y su discípulo subieron al asiento de detrás.

El pequeño taxi Ambassador fue por calles bien conocidas de Swamiji. El tráfico nocturno era ligero, algún que otro taxi o *ricksha*. Casi todas las calles estaban vacías y silenciosas, las tiendas cerradas, algunas personas o alguna vaca dormían al aire libre.

Hacía sólo unos pocos años, Bhaktivedanta Swami había vendido la revista *Back to Godhead*, había solicitado donativos y había editado su *Śrīmad-Bhāgavatam* en este mismo lugar. Entonces había estado solo, prácticamente sin dinero ni residencia. Sin embargo, había sido dichoso, dependiendo totalmente de Kṛṣṇa.

Pero los líderes indios rechazaban la cultura védica e imitaban a Occidente. Aunque algunos indios aún aseguraban seguir la cultura védica, los más de ellos eran víctimas de maestros que enseñaban un revoltijo de ideas, pero que no aceptaban a Kṛṣṇa como la Suprema Personalidad de Dios. Por eso Bhaktivedanta Swami se había visto obligado a marcharse y trasplantar a Occidente la cultura védica. Se había atenido estrictamente a la visión de su anterior maestro espiritual y quedó demostrado que tenía razón: Occidente era un buen terreno para la conciencia de Kṛṣṇa.

Al ir en taxi por la Vieja Delhi e irse acercando a Chawri Bazaar, Bhaktivedanta Swami vio las imprentas y papelerías, que, al ser de noche, estaban cerradas. A estas horas no estaban los vehículos tirados por hombres que constituían el denso tráfico durante el día, aunque algunos de estos personajes estaban durmiendo en sus carros hasta que amaneciera, momento en que tomarían un baño en algún pozo al aire libre y comenzarían otro día de arrastrar su vehículo. Cuando Bhaktivedanta Swami estaba corrigiendo las pruebas de sus primeros volúmenes del *Śrīmad-Bhāgavatam*, pasaba todos los días a pie por aquellas calles, comprando papel, recogiendo las pruebas de la imprenta y volviendo con ellas ya corregidas. Su Primer Canto había sido un triunfo.

Junto a Chawri Bazaar, unas calles laterales conducían a las estrechas callejuelas de Chippiwada, donde unos postes metálicos verticales impedían el paso de coches y *rickschas*. El chófer detuvo el taxi en una calle vacía y se volvió para cobrar. Swamiji tomó de su cartera cuarenta rupias (las mismas que se había llevado en el barco a América, en 1965). Pero el chófer se quedó con las cuarenta rupias diciendo que ése era el precio. Swamiji protestó; ¡el precio no podía ser ni la mitad! Discutieron en voz alta, en hindú. El chófer había guardado el dinero y no iba a dar el cambio. Swamiji sabía que sería muy difícil encontrar un policía a aquellas horas. Por fin, aunque aquello había sido un robo, Swamiji le dejó marchar. Él y Kīrtanānanda tomaron el equipaje y fueron a pie una manzana más, hasta la puerta del templo de Rādhā-Kṛṣṇa de Chippiwada.

Estaba cerrada. La aporrearon fuerte, y Swamiji llamó a Sri Krishna Pandit hasta que un hombre vino a abrir y reconoció a Bhaktivedanta Swami y les dejó pasar. Les condujo escaleras arriba y abrió la puerta del cuarto de Swamiji. Éste encendió la luz.

El cuarto estaba sin amueblar y lleno de polvo, y la bombilla que colgaba del techo daba una luz y una sombra desoladas. En el suelo había una pequeña cúpula de cemento de un metro de altura para indicar que debajo de la misma estaban el altar y las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa. La cúpula impedía que nadie cometiese involuntariamente la ofensa de pasar por encima de las Deidades. El armario estaba lleno de cubiertas y páginas impresas del *Śrīmad-Bhāgavatam* y de impresos de cartas para posibles miembros de la Liga de Devotos. Todo estaba exactamente tal como Bhaktivedanta Swami lo había dejado.

—Éste es el cuarto donde escribí el *Śrīmad-Bhāgavatam*—dijo Swamiji a Kīrtanānanda—. Aquí dormía. Y ahí tenía mi cocina y mi máquina de escribir. Yo dormía, escribía a máquina, y guisaba y escribía a máquina, y dormía y escribía a máquina. —Kīrtanānanda estaba espantado al pensar que Swamiji hubiese vivido allí, en semejante lugar, pobre y humilde. Ni siquiera estaba limpio.

Aunque Kīrtanānanda estaba muy incómodo con su traje y se preguntaba cuándo podría quitárselo, se las arregló para encontrar un colchón delgadísimo para Swamiji. Fueron dos doctores ayur-védicos. Los dos coincidieron en que el problema lo provocaba el corazón de Swamiji, pero que el peligro ya había pasado. Le dieron unas medicinas y le aconsejaron regular su horario de comer, descansar y trabajar. Sri Krishna Pandit fue

para estar con él y hablar un rato, y Swamiji le contó su éxito en América, y le habló de los jóvenes devotos de Nueva York y San Francisco. Puso su disco para que lo oyera Sri Krishna Pandit, y esto atrajo a muchos curiosos de otros cuartos del templo.

* * *

El 1 de agosto, a los seis días de estar en Delhi, Swamiji fue a Vṛndāvana, donde ocupó sus antiguas habitaciones en el templo de Rādhā-Dāmodara. Tras estar allí tan sólo un día, y viendo que su salud había mejorado, aunque muy poco, empezó a planear su vuelta a América. «Estoy pensando en vosotros continuamente», escribía a los devotos, a los que llamaba sus «queridos estudiantes».

Estando en Delhi, había recibido una carta de Brahmānanda diciendo que la compañía Macmillan se interesaba decididamente por la publicación de su *Bhagavad-gītā*. Desde Vṛndāvana, Swamiji escribió a Brahmānanda diciéndole que firmara el contrato inmediatamente en su nombre. Swamiji había estado pensando si convendría publicarlo privadamente en el Japón o en la India, o esperar la decisión de Macmillan. Le importaba menos el prestigio y las ventajas económicas de publicarlo con Macmillan que publicarlo lo antes posible.

Aunque Swamiji aún estaba muy débil y seguía teniendo los cuidados y los masajes de Kīrtanānanda, (quien, por su parte, estaba apático y cansado a causa del calor), seguía yendo de una idea activa y ambiciosa a otra sobre su joven movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Pensaba en voz alta en los volúmenes del *Śrīmad-Bhāgavatam*, listos para su publicación, y en si Macmillan los aceptaría, y si los muchachos podrían dar los pasos necesarios en su nombre. Había tanto que hacer. Quería volver en octubre y supervisar las cosas personalmente.

La temperatura llegó a más de 43 grados, y Swamiji y Kīrtanānanda tenían que quedarse en casa con la puerta cerrada y el ventilador funcionando. Aunque Kīrtanānanda apenas podía desempeñar su cometido, Swamiji encontraba que el calor le fortalecía, y dijo que le estaba devolviendo la salud. Entonces, pasada la primera semana, comenzaron las lluvias del monzón, y el calor disminuyó.

El día de Janmāṣṭamī, el 28 de agosto, Swamiji concedió la orden de *sannyāsa* a Kīrtanānanda en una ceremonia en el templo de

Rādhā-Damodara. De esta manera Kīrtanānanda era el primer discípulo de Swamiji que se hacía *sannyāsi*: Kīrtanānanda Swami. Generalmente, el *sannyāsa* se da a hombres mayores de cincuenta años. Pero Swamiji quería dárselo a su joven discípulo, porque tenía una gran necesidad de hombres que estuviesen preparados a consagrar todas sus energías en viajar y predicar, obligaciones tradicionales de un *sannyāsi*. Estos *sannyāsīs* harían falta para reforzar y difundir el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Durante la iniciación de Kīrtanānanda había cientos de visitantes que celebraban el aniversario del nacimiento de Śrī Kṛṣṇa, y muchos de ellos fueron a felicitar al nuevo *sannyāsī*. Alguno dijo que se parecía a Śrī Caitanya. Swamiji escribió:

Muy pronto volverá a los Estados Unidos para comenzar a predicar con mayor energía y éxito. Mientras tanto, trataré de utilizar este «sannyasi blanco» para reclutar algunos miembros en la India.

A primeros de septiembre, Acyutānanda llegó a Vṛndāvana para estar con Swamiji. Para Acyutānanda, lo más maravilloso de Swamiji en Vṛndāvana era la sencillez de su vida. Aunque en Nueva York Swamiji llevaba ropas sencillas, siempre había tenido un porte regio, siempre había sido el *guru*. Pero aquí vivía con gran sencillez y humildad. Una vez que se sentó en el porche de la puerta de su cuarto, para lavarse las manos, se vio cubierto de moscas. A Kīrtanānanda y a Acyutānanda siempre les estaban molestando las moscas (era la estación de las lluvias), pero Swamiji apenas las notaba, y seguía lavándose las manos tranquilamente.

Kīrtanānanda y Acyutānanda estaban de acuerdo en que Swamiji no era precisamente un *bābājī* más de Vṛndāvana. Ninguno era como él. Desde luego que Gaurachand Goswami, propietario del templo de Rādhā-Dāmodara, no era como Swamiji. Llevaba unas gafas muy gruesas y apenas podía ver, y una vez que Kīrtanānanda y Acyutānanda estaban ante las Deidades del templo, Gaurachand Goswami les preguntó en voz alta: «Bueno, ¿qué os parecen? ¿Cuál de Ellas os gusta más?».

—Me gustan todas —dijo Acyutānanda.

—A mí me gusta la grande, allí al final —dijo el sacerdote, señalando de una manera informal la Deidad de Kṛṣṇa—. Se parece un poco al General Choudry. —Los muchachos del Swami se miraron (¿qué clase de gente es ésta?) y fueron a que Swamiji se lo explicase.

—Son *gosvāmīs* de casta —explicó Swamiji. Los primeros *gosvāmīs*, como

Jīva Gosvāmī, que fundó el templo de Rādhā-Dāmodara, ocuparon a jefes de familia en adorar a las Deidades. Y estos *gosvāmīs* de casta eran descendientes de aquellos primeros *pūjārīs*, cabezas de familia. Swamiji les dijo que los *gosvāmīs* de casta eran los propietarios de los templos, y que ellos sostenían los templos, y dirigían la adoración de la Deidad como un negocio para mantener a sus familias. Hacía varios años, cada una de las Deidades que había en el altar había tenido Su propio templo, Sus tierras, Sus ingresos y Sus sacerdotes. Pero para economizar, los *gosvāmīs* habían vendido la propiedad, reducido la opulencia de la adoración y reunido a las Deidades.

Había otros muchos personajes interesantes: la vieja viuda Sarajini con la cabeza calva y *śikhā* y los pies descalzos y callosos, que dormía en un cuarto cerca de la puerta del templo, barría la cocina de Swamiji y lavaba su ropa; Pancudas Goswami, el hijo del dueño del templo, que siempre estaba mascando betel y andaba por allí con ojos adormilados y un *dhotī* de seda con la orilla bordada en rojo; un viejo *bābājī* muy moreno que iba por la noche, que siempre estaba riéndose, y que hacía pasta de madera de sándalo para Swamiji; el doctor local de hierbas, Vanamali Kaviraja, que atendía, con sonrisa brillante, desde detrás de su mesa, en un cuarto muy pequeño, lleno del suelo al techo de botellas pequeñas; y un famoso *paṇḍita* que visitaba a Swamiji y llevaba un collar de *tulasī* montado en oro y sortijas de brillantes. Todas aquellas personas eran devotos que vivían en el santo Vṛndāvana. Pero nadie era como Swamiji.

Kīrtanānanda Swami estaba hasta decepcionado de que nadie fuese como Swamiji en Vṛndāvana. En el país donde todos eran indios y todos eran devotos, Swamiji seguía siendo único. Ningún otro era tan sencillo, tan serio, tan capaz de penetrar en la falsedad, tan atractivo para el corazón, ni tan absolutamente apegado a Kṛṣṇa. Ningún otro podría guiarles.

Con una medicación regular, masajes, descanso, y el calor de Vṛndāvana, Swamiji sintió que se recuperaba. A mediados de septiembre, declaró que era capaz, en un noventa por ciento, de volver a los Estados Unidos. Predijo que estaría de vuelta allí a finales de octubre. Acompañado de Kīrtanānanda y Acyutānanda, dejó Vṛndāvana y volvió al templo de Chippiwada, en Delhi.

El 11 de octubre escribía a Brahmānanda:

Debemos imprimir nuestros libros; hemos perdido mucho tiempo en

ponerlos a punto y encontrar un editor conveniente. Cuando estaba solo, se publicaron tres volúmenes, pero en los últimos dos años, no pude publicar ni un volumen más. Es un gran fracaso. Si tuviera una o dos almas sinceras como tú, y si pudiésemos seguir publicando, entonces nuestra misión sería un gran éxito. Estoy dispuesto a sentarme bajo un árbol con alguna alma sincera, y dedicándome a esto me veré libre de todas las enfermedades.

Al saber que Swamiji volvería pronto, los devotos de América comenzaron a insistir en sus ruegos, queriendo cada grupo que fuese a su propia ciudad. El 4 de noviembre, Swamiji escribió a Mukunda: «Como dices que ahora más que nunca se está sintiendo mi ausencia, estoy pensando en salir inmediatamente, sin esperar más». Y a Jānakī, la esposa de Mukunda, le dijo: «Estoy pensando en vosotros a cada momento, y como me habéis pedido que vaya a San Francisco a mi vuelta de la India, estoy tratando de cumplir mi promesa. Creo que iré directamente a San Francisco». Al pie de aquella carta a Mukunda y Jānakī, Acyutānanda añadió un informe médico: «Swamiji tiene muy buen aspecto, hace vida normal y trabaja normalmente, pero casi siempre tiene el pulso demasiado rápido. Anoche tenía 95, demasiado rápido, incluso para él, que suele tener entre 83 y 86».

Swamiji decidió no esperar más, aunque si esperaba podía conseguir la residencia permanente en los Estados Unidos. «Quiero volver a tu país, donde el aire es bueno y el agua es buena —dijo una vez a Acyutānanda—. Todos los días tenemos cartas diciendo que los devotos quieren que esté allí. Creo que si no estoy, pueden decaer, y hasta estaba reacio a venir a la India. Pero ahora aquello está creciendo. Es necesario que vaya y que supervise esta expansión. De manera que quiero volver.»

Para estar seguro de que Swamiji iría primero a San Francisco, Mukunda envió un telegrama: «SWAMIJI, BRAHMANANDA Y YO DE ACUERDO. SALGAN INMEDIATAMENTE. AVISEN FECHA EXACTA LLEGADA. MUKUNDA».

Swamiji había pensado ir por Tokio y quedarse allí un día «para ver si había alguna posibilidad de fundar allí un centro». En Tokio avisarían a Mukunda por teléfono sobre la hora de su llegada a San Francisco. Pero pasaron tres semanas esperando su formulario P, certificado del Banco de la India que se exige a los ciudadanos indios para ir al extranjero.

Entretanto, tenía buenas noticias de Nueva York. El interés de la compañía

Macmillan por la *Bhagavad-gīta* era auténtico; estaban redactando el contrato. Contento con Brahmānanda, le escribió el 11 de noviembre, explicándole sus planes para distribuir la literatura sobre la conciencia de Kṛṣṇa.

Si tenemos las publicaciones ahí, podemos trabajar desde un centro solamente, como Nueva York o San Francisco, para propagar nuestro culto por todo el mundo. Vamos a concentrarnos en la publicación del BTG de una forma cada vez más cuidadosa, y publicar alguna obra védica como Srimad-Bhagavatam, Chaitanya Charitamrita, etc...

Al dirigir sus pensamientos cada vez más hacia la predicación que le esperaba en América, hizo una evaluación de lo que había hecho hasta entonces, de lo que haría, y de qué manera lo haría. Cuando al fin llegó el día de la marcha, dio sus últimas instrucciones a Acyutānanda, que se quedaba para predicar la conciencia de Kṛṣṇa en la India.

—Tú pide a Śrī Kṛṣṇa que yo pueda ir a América —rogó a Acyutānanda.

—¿Cómo voy a hacerlo? Entonces me dejará.

—No, nosotros estaremos siempre unidos si recuerdas mis enseñanzas. Si predicas, te harás fuerte, y todas esas enseñanzas estarán en la perspectiva apropiada. Cuanto interrumpimos la predicación, entonces todo se estanca, y perdemos nuestra vida. Hasta aquí, en la India, la gente cree que lo sabe todo, pero se equivocan. No hay límite para oír hablar de Kṛṣṇa. Dios no tiene límites. De manera que nadie puede decir: "Yo lo sé todo sobre Dios". Los que dicen que lo saben todo sobre Dios, no lo saben. De manera que todos sabrán apreciarte. No tengas miedo.

Los pasajeros y la tripulación vieron a Swamiji como un indio anciano vestido con una ropa color azafrán. Las azafatas no sabían si hablaría inglés, pero cuando les pidió algo de fruta, vieron que sí lo hablaba, y que era un señor muy atento. Estaba silencioso, y se puso las gafas para leer un viejo libro de escrituras indias, durante horas, sin dejarlo, o bien movía los labios en oración mientras pasaba entre los dedos las cuentas indias de orar, en una bolsa de tela, o bien descansaba bajo una manta, con los ojos cerrados.

Nadie se molestó en preguntar lo que estaba haciendo. Nadie sabía que unos jóvenes y ansiosos corazones le estaban esperando en San Francisco, ni que la compañía Macmillan de Nueva York quería publicar su traducción al inglés de la *Bhagavad-gītā*, ni que tenía centros espirituales en dos países, con planes de expansión por todo el mundo. Permaneció sentado

pacientemente, rezando con frecuencia, con la mano en la bolsa de las cuentas, dependiendo de Kṛṣṇa mientras pasaban las horas.

El avión aterrizó en San Francisco. Rodeado de cientos de pasajeros, Swamiji se hizo paso poco a poco hacia la salida. Más allá del largo pasaje anexo antes de llegar al edificio terminal, pudo ver a varios discípulos sonriendo y agitando las manos al otro lado del cristal de separación. Cuando entró en la terminal, fue hacia el cristal mientras sus discípulos caían de rodillas, ofreciéndole reverencias. Cuando levantaron la cabeza, él sonrió y continuó avanzando por el corredor mientras ellos iban a su lado, separados tan sólo por el cristal. Después desaparecieron de su vista, cuando bajó las escaleras hacia inmigración y las aduanas. La zona de abajo también tenía cristales de separación, y Swamiji pudo ver a más de cincuenta devotos y amigos esperando ansiosamente. Cuando pudieron verle de nuevo, gritaron a una: «¡Hare Kṛṣṇa!».

A ellos, Swamiji les pareció maravilloso, bronceado por sus cinco meses en la India, más joven y lleno de energía. Sonrió y levantó los brazos saludando con gesto de triunfo. Los devotos lloraban de felicidad.

Mientras Swamiji estaba en la cola de la inspección de aduanas, pudo oír el *kīrtana* de los devotos, cuyo sonido quedaba parcialmente apagado por las paredes de cristal. Los aduaneros no hicieron caso del canto, aunque la relación entre el pasajero vestido de color azafrán y los alegres cantores se percibía a simple vista.

Swamiji esperaba en la cola, echando una mirada de vez en cuando a sus discípulos. No tenía más que una maleta que colocar en la mesa del inspector. Metódicamente, el inspector miró el contenido: *sārīs* de algodón para las chicas, collares de seda para las deidades de Jagannātha, *karatalas*, *dhotīs* y *kurtās* color azafrán, un rallador de cocos, y unos frascos de medicinas ayurvédicas.

«¿Qué es esto?», inquirió el inspector. Los frascos parecían raros, y llamó a otro inspector. Un retraso. Los discípulos de Swamiji se molestaron con aquellos aduaneros de mente estrecha que estaban fisgoneando en las cosas de Swamiji, abriendo los ajustados corchos de los frascos y oliendo y controlando su contenido.

Los inspectores se dieron por contentos. Swamiji intentó cerrar su maleta, pero no pudo accionar la cremallera. Otro retraso. Los devotos, cantando aún ansiosamente, le observaban mientras se las arreglaba para cerrar su maleta con la ayuda de un señor que estaba detrás de él.

Se dirigió hacia las puertas de cristal. Los devotos comenzaron a cantar a gritos. Cuando pasaba por la puerta, un devoto sopló en una caracola que resonó estrepitosamente por todo el vestíbulo. Los devotos le pusieron collares de flores y todos se amontonaban dándole flores. Pasó entre ellos como un padre muy querido entra y corresponde a los abrazos de sus cariñosos hijos.

Capítulo Cuarto

En cada ciudad y aldea

Después de unas semanas en San Francisco, Swamiji fue a Los Ángeles, donde un pequeño grupo de discípulos suyos habían abierto un templo en el local de un barrio de clase media de negros y latinos. El local estaba sin amueblar, situado en un lugar aislado. Swamiji estuvo allí dos meses, dando conferencias, dirigiendo *kīrtanas*, y dando fuerza e inspiración a sus discípulos. Aunque un zumbido que tenía en la cabeza le hacía difícil el trabajo, encontraba agradable el clima tibio y soleado, y continuaba traduciendo el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

En mayo, unos meses después de haber dejado Los Ángeles, Swamiji hizo su primera visita a su centro de ISKCON en Boston. Allí también encontró a unos pocos discípulos instalados en un pequeño local. Fue en el cuarto de Swamiji donde un día, en Boston, él aceptó el nombre de «Prabhupāda». Mientras su secretario tomaba un dictado, Prabhupāda dijo que el afijo «ji» era un tratamiento de tercera clase.

—Entonces, ¿por qué le llamamos Swamiji? ¿Cómo deberíamos llamarle?

—Habitualmente un maestro espiritual —dijo Swamiji— recibe nombres

como Gurudeva, Viṣṇupāda, o Prabhupāda.

—¿Podemos llamarle Prabhupāda?

—Sí.

Al principio algunos de los devotos estaban reacios a abandonar el tan querido «Swamiji», que para ellos era un nombre de afecto.

—He oído que no debemos emplear más el nombre de Swamiji —dijo uno de los muchachos una mañana mientras daban un paseo.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Prabhupāda rápidamente.

—Dicen que ha dicho que ese nombre es de tercera clase, y que no debemos decirlo.

—Nunca he dicho eso.

—Entonces, ¿podemos decirlo?

—Sí, está bien.

Pero «Swamiji» pronto desapareció. Los devotos hasta publicaron una explicación en *Back to Godhead*.

PRABHUPADA

La palabra Prabhupada es un término de la mayor reverencia en los círculos religiosos védicos, y significa «gran santo entre santos». En realidad, esta palabra tiene dos significados. En primer lugar quiere decir alguien a cuyos pies (pada) hay muchos Prabhus (término que significa «maestro», que emplean los discípulos de un guru al dirigirse unos a otros). En segundo lugar, significa alguien que se encuentra siempre a los pies de loto de Krisna (el maestro supremo). En la línea de sucesión de discípulos mediante la cual se transmite la conciencia de Krisna a la humanidad, ha habido un gran número de figuras con la importancia espiritual suficiente como para llamarse Prabhupada.

Srila Rupa Goswami Prabhupada cumplió la voluntad de su maestro, Sri Caitanya Mahaprabhu, y por tanto, él y sus asociados, los Goswamis, llevan el nombre de Prabhupada. Srila Bhaktisiddhanta Sarasvati Goswami Thakura cumplió la voluntad de Srila Bhaktivinoda Thakura y, por lo tanto, también él tiene el tratamiento de Prabhupada. Nuestro maestro espiritual, Om Visnupada 108 Sri Srimad Bhaktivedanta Swami Maharaja, ha cumplido de la misma

manera la voluntad de Srila Bhaktisiddhanta Sarasvati Goswami Prabhupada, al llevar el mensaje de amor de Krisna al mundo occidental, y por tanto, los humildes servidores de Su Divina Gracia de todos los diferentes centros del movimiento de sankirtana, siguen los pasos de Srila Rupa Goswami Prabhupada y prefieren dirigirse a Su Gracia, nuestro maestro espiritual, como Prabhupada. Y él, amablemente ha dicho: «Sí».

Montreal

Agosto de 1968

Śrīla Prabhupāda estaba en su cuarto, hablando con varios discípulos. «Así pues, Annapūrṇā, ¿tienes alguna noticia?», preguntó. Annapūrṇā era una joven inglesa. Pocos meses antes, su padre había escrito desde Inglaterra diciendo que podía proporcionar una casa, si algunos devotos iban allí.

—Sí —dijo ella.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Ella estaba reticente—. La carta de tu padre ¿es alentadora?

—Sí, él me anima. Pero dice que no puede darnos ningún sitio si vamos allí. Prabhupāda parecía decepcionado. «Está bien. Depende de Kṛṣṇa. Cuando vamos a predicar a alguien, debemos permanecer ante él con las manos juntas y decir humildemente: "Mi querido señor, dignate adoptar la conciencia de Kṛṣṇa".»

—¿Prabhupāda? —dijo Pradyumna—. He estado leyendo un libro de este famoso swami ateo.

—¿Y?

—Al final del libro hay unas cartas y estaba viéndolas...

—Un libro de un swami ateo —dijo Prabhupada—. Nosotros no tenemos nada que ver con eso.

—No estaba fijándome en su filosofía —explicó Pradyumna—. Estaba viendo las técnicas que empleaba cuando estaba en América. Quiso ir a Europa, y encontró a alguien, un rico benefactor, que hizo un viaje de seis semanas por Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Holanda, y después volvió y dispuso las cosas para que diese conferencias. Así fue como hizo la mayor parte de su viaje. Conocía una o dos personas que tenían influencia y que dispusieron todo. Y arreglaron lo de las conferencias, y la sociedad...

—Así que, ¿tú puedes arreglar así las cosas? —preguntó Prabhupāda.

—Estaba pensando en que debe haber una Real Sociedad Asiática en Londres. Creo que Ṭhākura Bhaktivinoda era miembro de ella.

—Pero, ¿dónde está la *saṅga* (asociación) de Ṭhākura Bhaktivinoda? —preguntó Prabhupāda.

—Bueno —continuó Pradyumna—, aún debe haber alguien a quien poder escribir. Puede que se interesen en apoyarle.

—¿Hay algo sobre Kṛṣṇa en lo que dice ese swami? —preguntó Prabhupāda.

—No.

Prabhupāda se quedó pensativo. En Inglaterra no tendría donde estar. Pradyumna podía hablar de personas influyentes que viajan por delante arreglando las cosas, pero ¿dónde estaban estas personas? Aquí estaba esta muchacha tímida que apenas podía levantar la voz, cuyo padre no iba a ayudarle, y Pradyumna leyendo a un swami ateo y hablando de una Real Sociedad Asiática, pero nada práctico. Sin embargo, Prabhupāda tenía sus planes. Había pedido

a Mukunda y a Śyāmasundara que fuesen a Londres y trataran de establecer allí un centro de ISKCON. Ellos accedieron, y a los pocos días llegaban a Montreal desde San Francisco.

Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī, el propio maestro espiritual de Prabhupāda, había querido que la conciencia de Kṛṣṇa estuviese en Europa. Durante los años treinta, envió a Londres a sus *sannyāsīs* más experimentados, pero habían vuelto sin haber logrado nada. No era posible enseñar la conciencia de Kṛṣṇa a los *mlecchas*, decían lamentándose. Los europeos no podían estar sentados lo necesario para poder escuchar la filosofía *vaiṣṇava*.

Sin embargo, Prabhupāda tenía fe en el éxito de sus discípulos; ellos le ayudarían a establecer centros de ISKCON en Europa, como ya lo habían hecho en América del Norte. Ciertamente que un éxito semejante complacería profundamente a Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Prabhupāda habló de un hombre que había encontrado una calabaza tirada en la calle, y la cogió; y que después encontró un madero y un alambre y los recogió. Por separado, las tres partes no servían para nada. Pero poniendo juntos la calabaza, la madera y el alambre, hizo una *vīṇā* y comenzó a tocar hermosa música en ella. Igualmente, Prabhupāda había venido a Occidente y había encontrado a unos jóvenes rechazados por la sociedad y que estaban

tirados aquí y allí, y él mismo había sido rechazado por la gente de Nueva York; pero por la gracia de Kṛṣṇa, la combinación había dado resultado. Si sus discípulos seguían siendo siempre sinceros y cumplían sus órdenes, tendrían éxito en Europa.

Tres matrimonios, Mukunda y Jānakī, Śyāmasundara y Mālatī (con su hijita Sarasvatī), y Guru dāsa y Yamunā, llegaron a Montreal ansiosos de irse a Londres. Estas tres parejas habían comenzado el templo de San Francisco, donde habían estado estrechamente unidos a Śrīla Prabhupāda. Le habían ayudado a lanzar el *kīrtana*, el *prasādam* y el Ratha-yātrā entre los hippies de Haight-Ashbury. Ahora querían ayudarle a lanzar la conciencia de Kṛṣṇa en Londres.

Prabhupāda dijo a las tres parejas que se quedasen con él en Montreal por una semana o dos, para que pudiera enseñarles a hacer un *kīrtana* de manera experta. Cantar Hare Kṛṣṇa no era una representación teatral sino un acto de devoción, dirigido en forma apropiada por devotos puros solamente, y no por músicos profesionales.

Pero si los discípulos de Prabhupāda se volvían diestros en la manera de cantar, los londinenses apreciarían mejor la conciencia de Kṛṣṇa.

* * *

Incluso cuando estaba en la India recuperándose, Prabhupāda había pensado siempre volver a América para continuar su movimiento. Los indios parecían estar interesados solamente en la complacencia de los sentidos, como los americanos. Pero muchos americanos jóvenes, desilusionados de la riqueza de sus padres, no querían nada con los rascacielos ni con los asuntos de sus padres. Como había visto Prabhupāda en Nueva York y en San Francisco, miles de jóvenes estaban buscando una alternativa al materialismo. Frustrados, tenían la madurez necesaria para acercarse al conocimiento espiritual.

Los devotos, aún neófitos, no sabían nada de la vida espiritual, y en la mayor parte de los casos, muy poco de la material. Pero como eran sinceros al tomar la conciencia de Kṛṣṇa, Prabhupāda confiaba en que sus errores no les impedirían su progreso espiritual. Aunque tenían una belleza natural, estos jóvenes occidentales andaban sucios y taciturnos; su belleza estaba velada. Pero el canto de Hare Kṛṣṇa les estaba haciendo revivir, decía Prabhupāda, lo mismo que el monzón hace revivir la tierra de Vṛndāvana,

refrescándola y haciéndola reverdecer. Y lo mismo que los pavos reales de Vṛndāvana a veces danzan de júbilo, los devotos, después de cortar sus ataduras materiales, danzaban con éxtasis y cantaban los santos nombres. Cuando un periodista preguntó a Prabhupāda si sus discípulos eran hippies, él replicó: «No, nosotros no somos hippies. Nosotros somos "happies" (felices)».

Más que conferenciante extranjero o guía formal, Śrīla Prabhupāda era el padre espiritual de sus discípulos. Ellos le aceptaban como su verdadero padre, y él veía que eran leales y afectuosos, mucho más de lo que había sido su propia familia. Aquellos jóvenes americanos, chicos y chicas («la flor de vuestro país», los llamaba Prabhupāda), habían recibido la bendición de Śrī Caitanya, y estaban transmitiendo aquella bendición a sus compatriotas. Prabhupāda dijo que estaba en manos de sus discípulos norteamericanos el salvar a su país. Él les daba el método, pero ellos debían aplicarlo.

Śrīla Prabhupāda amaba a sus discípulos, y ellos le amaban a él. Por amor, él les estaba dando el mayor tesoro, y por amor, ellos seguían sus instrucciones. Tal era la esencia de la vida espiritual.

Sobre la base de este amor, crecería el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Sin que fuese sorprendente, algunos discípulos habían vuelto a su manera de vivir anterior, materialista. Pero Prabhupāda trataba de hallar a aquellas almas sinceras que se quedarían. Eso era lo importante, decía. Una luna vale más que muchas estrellas; de suerte que incluso unos pocos que fueran sinceros podrían realizar cosas maravillosas. Los sinceros e inteligentes se quedarían, y Śrī Caitanya Mahāprabhu les haría capaces de llevar a cabo Sus deseos de distribuir el amor por Kṛṣṇa. De esta manera, la vida de los devotos se volvería perfecta. En realidad, muchos discípulos sentían que esto ya estaba ocurriendo. El proceso de conciencia de Kṛṣṇa funcionaba porque ellos lo practicaban sinceramente, y porque Śrīla Prabhupāda cultivaba con paciencia y cuidado las plantas del servicio trascendental de amor que él había sembrado en sus corazones y que estaban creciendo.

Nueva York

9 de abril de 1969

Prabhupāda fue a Nueva York, ciudad natal de su Asociación para la Conciencia de Krisna, donde su movimiento había ido creciendo durante

casi tres años. A pesar de que el centro estaba ya establecido y sus libros estaban distribuyéndose, él tenía que ir para dar fuerza a los devotos. Su presencia les daba determinación y valor. Durante siete meses se habían mantenido sin estar en contacto personal con él, pero sus visitas, cuando él estaba en su cuarto y correspondía cálidamente con ellos, eran vitales. Nada podía igualar aquellas reuniones íntimas.

Muchos devotos, nuevos y antiguos, llenaban el apartamento de Prabhupāda en el 26 de la Segunda Avenida. «Había un periodista —decía Prabhupāda—, que estaba haciéndome preguntas. Y después escribió un artículo diciendo: "El swami es un hombre pequeño, pero está transmitiendo un gran mensaje". Y es verdad. Yo soy pequeño. Pero el mensaje..., eso no es pequeño.»

Brahmānanda mostró a Prabhupāda un globo terráqueo con marcas representando los centros de ISKCON. «Ahora hay uno en Carolina del Norte», dijo Brahmānanda.

—Entonces, ¿con éste son quince? —dijo Prabhupāda. Estaba sonriendo y mirando directamente a un devoto tras otro—. Yo quiero que cada uno de vosotros comience un centro. ¿Dónde está la dificultad? Tomáis una *mṛdaṅga*. Entonces alguien vendrá y se unirá a vosotros. Éste tocará los *karatālas*. Cuando vine aquí, Brahmānanda y Acyutānanda bailaban. Después de cantar, cientos de personas vendrán a vuestro local y disfrutarán cantando y bailando.

—¿Las chicas también? —preguntó Rukmiṇī.

—No hay mal en ello —dijo Prabhupāda—. Kṛṣṇa no hace diferencias entre traje de mujer y traje de hombre. Quiero decir que, físicamente, la mujer es más débil, pero espiritualmente, el cuerpo no importa. En ausencia de Śrī Nityānanda, Su esposa, Jāhnavī devī, predicaba. Primeramente, debéis entender la filosofía. Debéis estar preparados para responder las preguntas que se os hagan. Kṛṣṇa os dará la inteligencia. Lo mismo que yo tampoco estaba preparado para responder a todas las preguntas; pero Kṛṣṇa da la inteligencia.

Después de pasar ocho días en su hogar de Nueva York, Prabhupāda fue a Buffalo. Allí, en la Universidad del Estado de Nueva York, Rūpānuga estaba dando un curso reconocido sobre Kṛṣṇa-yoga, con unos sesenta alumnos inscritos, que cantaban con regularidad el *mantra* Hare Kṛṣṇa, pasando las cuentas. Prabhupāda pasó allí unos días, dando conferencias e iniciando discípulos. Después fue a Boston para celebrar más iniciaciones y

varias bodas.

* * *

Nueva Vrindaban

21 de mayo de 1969

Acompañado por Kīrtanānanda Swami y Hayagrīva, Prabhupāda fue a la finca agrícola de Nueva Vrindaban, situada en los montes de Virginia Occidental. Cuando el coche se atascó en el huerto de un vecino, cerca de la entrada de la finca, Prabhupāda decidió ir andando los tres últimos kilómetros de la fangosa carretera de acceso a la finca. Pronto terminó la carretera, y Prabhupāda y sus dos guías tomaron un sendero que se introducía en un espeso bosque.

A mediados de mayo, los árboles aún estaban echando hojas y la luz del Sol entraba entre las ramas hasta una alfombra de brillantes flores púrpura. Prabhupāda andaba de prisa, delante de Kīrtanānanda Swami y Hayagrīva que se apresuraban para no quedarse atrás. Un sinuoso riachuelo cruzaba el sendero repetidamente, y Prabhupāda lo cruzaba andando de una piedra a otra. Dijo que no sería difícil ir por la carretera con un carro de bueyes; el bosque era como una jungla, precisamente lo que él quería y esperaba.

Durante el año anterior, Prabhupāda había mantenido correspondencia con Kīrtanānanda Swami y Hayagrīva sobre Nueva Vrindaban, estableciendo la orientación hacia una vida consciente de Kṛṣṇa en el campo. Prabhupāda había dicho que quería que la comunidad se basara en los ideales védicos, con una vida sencilla para todos, guardando vacas y trabajando la tierra. Los devotos debían desarrollar esas ideas poco a poco; esto llevaría tiempo. Pero incluso en el comienzo, la idea fundamental debía ser «vida sencilla y pensamiento elevado». Como la comunidad debía permanecer completamente apartada de la ciudad, este tipo de vida podría parecer al principio incómodo y austero, pero sería apacible, libre de la ansiedad de la artificial sociedad urbana, basada en un trabajo duro para complacer los sentidos. Y, lo más importante, los miembros de aquella comunidad estarían sirviendo a Kṛṣṇa y cantando Su nombre.

Prabhupāda hablaba poco, siguiendo su camino por el sendero como si estuviese en su casa. Se detuvieron al lado del riachuelo, y Prabhupāda se sentó sobre una manta que Kīrtanānanda Swami y Hayagrīva habían extendido sobre la hierba para él. «Nos hemos detenido por Kīrtanānanda —dijo Prabhupāda—. Está cansado.» Prabhupāda y sus acompañantes

bebieron agua del riachuelo, descansaron un momento, y siguieron su camino.

Al tomar una curva de la carretera, Prabhupāda pudo ver un claro en una loma un poco más lejos, al pie de la cual había una pequeña casa de madera y un cobertizo. Hayagrīva explicó que aquellas dos viejas estructuras, eran las únicas construcciones en las 50 hectáreas de Nueva Vrindaban. Como no pasaban vehículos por allí, los caminos estaban cubiertos de hierba. Un sauce extendía sus ramas cerca de la vieja casa. El conjunto era el retrato de una vida tranquila y rudimentaria.

A Prabhupāda le gustaba la vida sencilla en Nueva Vrindaban y aceptaba con satisfacción cualquier cosa sin importancia que le ofreciesen sus devotos. Le servían trigo recién molido cocido en leche, y decía que estaba buenísimo. Cuando vio el suelo de tierra de la cocina cubierto con estiércol de vaca, lo aprobó, diciendo que era igual que en una aldea india.

A Prabhupāda también le gustaba su cuarto en la buhardilla, directamente encima del templo. Sacó las pequeñas Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa que le habían acompañado en sus viajes durante el último mes y medio, y su sirviente, Devānanda, improvisó un altar sobre una mesa pequeña a un lado de la habitación. Disponiendo sus dos baúles como mesa de trabajo y colocando el retrato de su maestro espiritual sobre uno de ellos, Prabhupāda reanudó inmediatamente su programa habitual.

Le daban su masaje al final de la mañana al aire libre, y después se bañaba con agua caliente en una improvisada cabina fuera de la casa. Kīrtanānanda Swamī preparaba el acostumbrado almuerzo de Prabhupāda, compuesto de *dāl*, arroz, y *capātīs*, además de un plato a base de alguna hierba silvestre local. El verano anterior, Kīrtanānanda Swamī y Hayagrīva habían hecho conserva de moras, que ahora servía a Prabhupāda como *caṭṇi*. Los *capātīs* los hacían de trigo integral recién molido, y todo se cocinaba con fuego de madera. Prabhupāda dijo que el mejor combustible para cocinar era el estiércol de vaca; la madera venía en segundo lugar, el gas en tercero, y la electricidad, en el último.

Prabhupāda pasaba gran parte del día al aire libre, bajo un árbol de caquis a unos treinta metros de distancia de la casa. Allí se sentaba y leía, ante una mesa que le había hecho uno de los chicos. Con frecuencia, levantaba los ojos de su lectura y miraba, al otro lado del profundo valle, las cumbres lejanas, donde el bosque se encontraba con el cielo.

Al atardecer, los devotos se reunían bajo el árbol de caquis con Prabhupāda,

se sentaban y hablaban con él hasta que anochecía. Veían el hecho de que Prabhupāda viviese con ellos como una demostración práctica de la importancia de Nueva Vrindaban. Si él, el devoto más grande, podía contentarse viviendo sencillamente y cantando Hare Kṛṣṇa, en el marco de un lugar remoto, ellos debían seguir su ejemplo.

Comparando Nueva Vrindaban con la Vṛndāvana de la India, Prabhupāda decía que, en cierta manera, aquella era mejor, porque la Vṛndāvana de la India estaba congestionada de gente materialista. Quinientos años antes, los Gosvāmīs seguidores de Śrī Caitanya habían excavado los lugares de los pasatiempos de Kṛṣṇa en Vṛndāvana, y solamente devotos puros vivían allí. Pero estos últimos años, Vṛndāvana se había vuelto un lugar para materialistas e impersonalistas. Mas Nueva Vrindaban sólo debe admitir a quien tiene una inclinación espiritual. En la sociedad védica, decía Prabhupāda, todos se sentían satisfechos viviendo de aquella manera, en un pueblecito al lado de un río. No hacían falta fábricas. Prabhupāda quería que todo el mundo adoptase esta forma védica de vida, y Nueva Vrindaban podía servir de modelo en beneficio de las masas.

Nueva Vrindaban no tenía teléfono, y el correo había que recogerlo andando una distancia de tres kilómetros. En esto, decía

Prabhupāda, Nueva Vrindaban era como la Vṛndāvana de la India; en las dos faltaban las comodidades modernas. Pero esta «dificultad» armonizaba con la filosofía *vaiṣṇava* de que las comodidades modernas no merecían las molestias necesarias para obtenerlas. Un devoto, al aceptar lo que proporciona la naturaleza, emplea su tiempo y su energía en la vida espiritual.

La única vaca que había en Nueva Vrindaban era blanca y negra, cruzada, llamada Kāliya, y Prabhupāda bebía un poco de la leche que daba, por la mañana, al mediodía y por la noche. «No he probado una leche como ésta en sesenta y cinco años —decía—. Un día —predijo—, Nueva Vrindaban tendrá muchas vacas, con las ubres tan llenas que la leche que goteen llenará de barro los pastos. Aunque la gente occidental no ve su gran pecado de matar vacas, ni sus graves reacciones kármicas, —decía—, Nueva Vrindaban demostrará al mundo las ventajas económicas, morales y sociales de proteger la vaca utilizando su leche en lugar de matarla para comérsela.»

Prabhupāda quería que los devotos de Nueva Vrindaban construyesen

cabañas. Quería que hubiese muchos edificios, aunque al principio fuesen rudimentarias, e hizo un plano de una estructura sencilla de barro cocido. También quería tener una escuela consciente de Kṛṣṇa, y el campo, dijo, sería el mejor sitio para hacerla. «La ciudad está hecha por el hombre, y el campo, lo ha hecho Dios», decía Prabhupāda parafraseando al poeta inglés Cowper. Los alumnos jóvenes aprenderían a leer, a escribir, y la aritmética, y al mismo tiempo debían llegar a ser devotos puros. En sus juegos imitarían los pasatiempos de Kṛṣṇa y de Sus amigos pastorcillos de vacas, con un niño que da masaje a Kṛṣṇa, otro que lucha con Kṛṣṇa, igual que en el mundo espiritual. Las mujeres de Nueva Vrindaban, decía Prabhupāda, cuidarían de los niños, limpiarían el templo, guisarían para las Deidades y harían mantequilla.

Tenía muchos planes para Nueva Vrindaban, e iba dando solamente las ideas fundamentales, sin muchos detalles. «Vosotros las elaboráis a vuestro gusto», le dijo a Kīrtanānanda Swami. Lo que quería Prabhupāda era una comunidad védica ideal, capaz de producir sus propios alimentos y de responder a sus necesidades. Si los devotos de Nueva Vrindaban no se abastecían a sí mismos, no servía para nada que ocupasen una extensión de terreno tan vasta.

Incluso antes de que Prabhupāda visitase Nueva Vrindaban, había encargado a Kīrtanānanda Swami y a Hayagrīva que planeasen instalar siete templos en la finca. Aquellos templos se llamarían como los más importantes de la vieja Vṛndāvana: Madana-mohana, Govindajī, Gopīnātha, Rādhā-Dāmodara, Rādhā-ramaṇa, Śyāmasundara y Rādhā-Gokulānanda. Prabhupāda dijo que él se encargaría personalmente de proporcionar las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa para cada templo.

Era inevitable que Prabhupāda tuviese que dejar Nueva Vrindaban; cartas que llegaban desde Londres, Los Ángeles y San Francisco le obligaban a viajar. El día de su marcha, los devotos de Nueva Vrindaban bromeaban diciéndole que no se podía marchar. Kīrtanānanda Swami llegó a decir que iban a bloquear la carretera. Pero Prabhupāda le corrigió diciéndole: «No podéis hacer eso al maestro espiritual».

Acompañado de Kīrtanānanda Swami y de los devotos de Nueva Vrindaban, Prabhupāda fue a pie por el sendero del bosque. El campo en Nueva Vrindaban era verde, y el aire de verano, cálido y húmedo. Prabhupāda iba callado. Había ido allí para animar a sus discípulos, y él

mismo se había animado. Allí había una vida rural sencilla, como la que el mismo Kṛṣṇa había vivido, dependiendo de la tierra y de la vaca. En aquel momento, sólo había allí unos pocos devotos, pero por la gracia de Kṛṣṇa habría más.

Prabhupāda y Kīrtanānanda Swami iban juntos por el sendero del bosque hablando poco, pero su mutua comprensión era profunda. Prabhupāda no le había dado muchas instrucciones precisas: unas pocas palabras mientras estaban juntos o paseaban al aire libre, un gesto, una expresión del rostro, de contento o de preocupación. Kīrtanānanda Swami pudo comprender, sin embargo, que Nueva Vrindaban era algo muy querido por su maestro espiritual, y que también debía serlo para él mismo. Prabhupāda le aseguró que como los devotos de Nueva Vrindaban se concentraban en el canto de Hare Kṛṣṇa, servían a las Deidades y protegían a las vacas, Kṛṣṇa les concedería la bendición del éxito. La misma comunidad ya era un éxito, y Kṛṣṇa continuaría protegiendo a los devotos contra todos los obstáculos y dificultades.

Al final de los tres kilómetros de camino, Prabhupāda, rodeado de sus seguidores, se quedó al lado del coche que había de llevarle al aeropuerto de Pittsburgh, desde donde iría a Los Ángeles en avión. Sus maletas, que habían ido en un carro tirado por un caballo, se cargaron en el maletero, y Prabhupāda ocupó el asiento de atrás.

Entre gritos de «¡Hare Kṛṣṇa!» y «¡Prabhupāda!», el coche salió a la autopista, mientras él seguía cantando Hare Kṛṣṇa con sus cuentas.

* * *

Prabhupāda había tenido noticias regularmente de sus seis discípulos que estaban en Londres. Como tenían poco dinero y vivían en parejas separadas en distintos lugares de la ciudad, encontraban su mayor inspiración en las cartas de Prabhupāda. Ellos leían repetidamente sus instrucciones, y soñaban con el día en que él fuese a verles a Londres. Aunque en San Francisco la conciencia de Kṛṣṇa había sido algo divertido para las tres parejas, en Inglaterra era cada vez más difícil. Los devotos, como eran extranjeros, no podían tener ningún salario, y no tenían más que unos pocos conocidos. Aunque no podían vivir juntos, trataban de mantener la moral y la conciencia de Kṛṣṇa.

Entonces, hacia la mitad de un invierno de esfuerzo, hubo una oportunidad afortunada para los devotos de Londres: un encuentro con George

Harrison, de los Beatles. Durante mucho tiempo, los devotos habían estado pensando en la manera de hacer que los Beatles cantasen Hare Kṛṣṇa. Una vez mandaron a los estudios de grabación de los Beatles, los estudios Apple (manzana), una tarta de manzana en la que se leía: «Hare Kṛṣṇa». Otra vez enviaron una manzana mecánica que andaba, con el *mantra* Hare Kṛṣṇa impreso en ella. Hasta habían enviado una cinta con uno de sus *kīrtanas* y habían recibido una carta circular de negativa de los estudios Apple. Por tanto, fue algo así como una disposición especial de Kṛṣṇa el que Śyāmasundara conociese de pronto a una de las más solicitadas celebridades del mundo, George Harrison.

En una sala llena hasta los topes de los estudios Apple, Śyāmasundara, con la cabeza afeitada, envuelto en su ropaje, esperaba la suerte de cambiar unas palabras con alguien relacionado con los Beatles. Entonces, George bajó las escaleras tras haber dado una conferencia. Al entrar en la sala, vio a Śyāmasundara. Se dirigió hacia él, se sentó a su lado y le preguntó: «¿Dónde os metéis? He tratado de dar con los Hare Kṛṣṇa durante los dos últimos años.» Śyāmasundara y George estuvieron hablando durante una hora, mientras todos los demás rondaban alrededor. «De verdad que he tratado de encontrarme con vosotros, muchachos —dijo George—. ¿Por qué no venís a mi casa mañana?»

Al día siguiente, Śyāmasundara fue a comer a casa de George, donde encontró a los otros Beatles, Ringo Starr, John Lennon, y Paul McCartney. Todos tenían algo que preguntar, pero George estaba especialmente interesado.

George: Yo tenía un ejemplar del álbum de Hare Kṛṣṇa con Śrīla Prabhupāda cantando Hare Kṛṣṇa con los devotos. Tenía el disco desde hacía por lo menos dos años. Lo obtuve la misma semana en que se hizo. Yo estaba bien dispuesto a ello. Uno atrae estas cosas. Solía tocarlo muchas veces. John y yo lo escuchamos. Recuerdo que lo cantamos días y días, John y yo, con banjos ukelele, navegando entre las islas griegas, cantando Hare Kṛṣṇa. Así que yo cantaba el mantra Hare Kṛṣṇa mucho antes de encontrar a Śyāmasundara, Guru dāsa y Mukunda. Me gustaba mucho oír el mantra Hare Kṛṣṇa y tener un ejemplar de la grabación.

Y yo sabía algo sobre Prabhupāda, porque había leído todas las notas de la cubierta del álbum. Como había estado en la India, podía entender de dónde venían los devotos, por el traje y la cabeza afeitada. Les había visto por las calles de Los Ángeles y Nueva York. Como había leído muchos

libros y buscado yogīs, mi concepto de los devotos no era como el del resto de la gente. No, yo sabía de qué se trataba, y que era algo bastante difícil, con muchas más austeridades que en otros grupos, como no tomar café, ni chocolate, ni té.

Śyāmasundara siguió viendo a George con regularidad, y pronto se hicieron amigos. George, que había estado practicando un *mantra* que le dio Maharishi Mahesh Yogi, oyó hablar por primera vez sobre *bhakti-yoga* y la filosofía védica. Habló abiertamente a Śyāmasundara, Guru dāsa y Mukunda de su búsqueda espiritual y de su comprensión del *karma*.

George: *Un yogī que encontré en la India me dijo: «Tú tienes verdadera suerte. Tienes juventud, fama, fortuna, salud, pero al mismo tiempo esto no te basta. Tú quieres conocer algo distinto». La mayor parte de la gente ni siquiera llega al punto de darse cuenta de que hay algo detrás de aquel muro. Sólo tratan de subir a lo alto de ese muro, de poder comer y tener una buena casa, y comodidades y todo eso. Pero he sido lo bastante afortunado para tener todo eso a tiempo de darme cuenta de que hay algo distinto en la vida, mientras la mayor parte de la gente se agota tratando de lograr cosas materiales.*

Después de una visita al Haight-Asbhury en 1967, George comenzó a sentirse culpable de su papel al promulgar la cultura del LSD. Había tenido la impresión de que los hippies de Haight-Ashbury eran unos artesanos creativos, pero al verlos drogados, sucios y desesperados, «una extensión del Bowery en la costa occidental», se sintió, en parte, responsable. Decidió emplear sus influencias escribiendo y cantando canciones sobre algo más que sicodelia y sexo. También tenía un interés creciente en la espiritualidad india, debido, sentía él, al *karma* de sus vidas anteriores.

George: *Con Kṛṣṇa me siento como en casa. Yo creo que es algo que estaba ahí desde mi vida anterior. De manera que era como si en aquel momento se fuese abriendo la puerta, pero era como un puzzle y necesitaba todas aquellas pequeñas piezas para hacer el cuadro completo. Y eso es lo que ha estado ocurriendo con el encuentro de los devotos y de Swami Bhaktivedanta, o con que algún devoto me haya dado un libro, o con que yo haya escuchado aquel álbum. Todo ello ha ido encajando poco a poco.*

Y éstas son algunas de las razones por las que yo respondí a Śyāmasundara y a Guru dāsa cuando vinieron a Londres por primera vez. Hay que admitirlo; si tengo que alinearme con alguien, yo estaré con estos chicos antes que con otros. Es así. Yo estaré con los devotos antes que con esa

gente recta que son los llamados santos.

George se ofreció a ayudar a los devotos para que tuviesen un local en Londres, y habló con Śyāmasundara de grabar un disco de Hare Kṛṣṇa. Pero Śyāmasundara nunca insistió.

Cuando Prabhupāda oyó hablar de George, tomó en serio la posibilidad de que George adoptase totalmente la conciencia de Kṛṣṇa. Llevando esto a su conclusión lógica, Prabhupāda imaginó una revolución mundial de la conciencia encabezada por los Beatles, conscientes de Kṛṣṇa.

Se comprende por tu carta que el Sr. George Harrison tiene cierta simpatía por nuestro movimiento, y si Krisna está realmente contento de él seguro que podrá ayudarnos a sacar adelante el movimiento de Samkirtan en el mundo. Por alguna razón, los Beatles son el centro de la atracción de los países europeos y también de América. Él está atraído por nuestro grupo de Samkirtan, y si el Sr. George Harrison se encarga de organizar un enorme grupo de Samkirtan consistente en los Beatles y nuestros muchachos de ISKCON, cambiaremos el aspecto del mundo, tan hostigado políticamente por las maniobras de los dirigentes.

Para los devotos de Londres, la amistad de George hacía más intensa la emoción que producía la llegada a Londres de Prabhupāda. Ahora que una personalidad mundialmente conocida esperaba entrevistarse con él, pensaron que quizás tuvieran otra manera de darle una satisfacción y de lograr que la predicación en Londres fuese un éxito.

George, por su contacto con la conciencia de Kṛṣṇa, y por su propia evolución espiritual, comenzó a expresar en sus canciones su devoción a Śrī Kṛṣṇa. Al leer la *Bhagavad-gītā* tal como es de Prabhupāda, pudo apreciar la superioridad de la concepción personal de Dios sobre la impersonal. Guru dāsa hizo ver a George el verso de la *Gītā* en el que dice Kṛṣṇa que Él es la base del Brahman impersonal. A George le gustó el concepto de la conciencia de Kṛṣṇa, pero tomaba con cautela el mostrar una devoción exclusiva a Prabhupāda y Kṛṣṇa. Los devotos, por lo tanto, le trataron en consecuencia, y procuraron no molestarle.

El 11 de enero, Śrīla Prabhupāda escribió otra carta a los devotos de Londres, dándoles más ideas sobre cómo George podría servir a Kṛṣṇa de la

mejor manera.

Me alegro mucho de que el Sr. Harrison esté componiendo canciones como «El Señor que tanto tiempo ignoramos». Es muy atento. Cuando le conozca, podré darle ideas sobre la separación de Kṛṣṇa, y ellos podrán componer canciones muy atractivas, que tengan buena recepción. El público necesita estas canciones, y si se distribuyen mediante buenos agentes, como los Beatles, seguro que tienen un gran éxito.

Más adelante, George grabó algunas de aquellas canciones. Su «My Sweet Lord», que por dos meses fue el «single» número uno en América, y el álbum que superó el millón de ventas, «Living in the material world», que fue número uno en la revista *Billboard* durante cinco semanas.

Prabhupāda advirtió a los devotos que no dependieran solamente de George para tener alguna ayuda, y que trataran de encontrar un local por sí mismos y lo alquilaran. Sin embargo, George sí quería ayudar, y volvió a proponer a los devotos que hiciesen una grabación con la etiqueta de Apple. Una idea que los devotos acariciaban desde hacía tiempo era que los Beatles hicieran un disco cantando Hare Kṛṣṇa; si los Beatles lo hacían, el *mantra* sería ciertamente famoso en el mundo entero. A George le gustaba la idea, pero prefería que los devotos lo cantasen y él lo produciría con la etiqueta de Apple. «Ganad vosotros el dinero, en lugar de ganarlo nosotros —dijo—. Vamos a hacer el disco.»

De manera que los devotos fueron a casa de George para tener una sesión de canto. George acompañaba a la guitarra, y unas semanas después, los devotos volvieron para escuchar su grabación. George estaba dispuesto a probar una sesión en el estudio, así que los devotos acordaron encontrarse con él y su amigo Billy Preston en los Trident Studios en St. Anne's Alley. Estuvieron varias horas grabando; la cinta sonaba bien. George y Śyāmasundara acordaron la fecha para la grabación definitiva.

El día de la grabación, se reunieron en los estudios EMI, en Abbey Road, unos doce devotos, incluyendo algunos ingleses recientemente reclutados. Cuando el primer grupo de devotos llegó en el Mercedes de George, un grupo de adolescentes comenzó a cantar Hare Kṛṣṇa con la melodía que había popularizado la ópera rock *Hair*. Mientras Yamunā aplicaba el *tilaka*

vaiṣṇava en la frente de los técnicos de grabación, Mālatī comenzó a sacar de los cestos de picnic el *prasādam* que había llevado, y alguno de los otros devotos puso pinturas de Kṛṣṇa y encendió algo de incienso. El estudio se había Kṛṣṇa-izado.

Con Paul McCartney y Linda, su mujer, que manejaban la mesa de control, comenzó la grabación. Todos trabajaron de prisa, haciendo la cara Uno del disco de 45 rpm en una hora aproximadamente. George tocaba el órgano y Mukunda la *mṛdaṅga*. Yamunā hizo la voz solista, con Śyāmasundara apoyándola, y las demás voces unidas en coro. Y para que saliese perfectamente, cada uno se concentró en Prabhupāda y rogaba para tener fuerza espiritual.

En la cuarta toma todo salió bien, con Mālatī golpeando espontáneamente un gong de bronce al final. Después grabaron el otro lado del disco: oraciones a Śrīla Prabhupāda, a Śrī Caitanya y Sus asociados, y a los seis Gosvāmīs. Más tarde, George grabó el bajo y otras voces. Los devotos, los ingenieros, todos lo encontraron muy bien. «Esto va a ser algo grande», prometió George.

* * *

Mientras el disco entraba en la fase de producción, los devotos volvieron a su actividad habitual, viviendo aún separadamente. Prabhupāda fijó la fecha de su llegada hacia primeros de septiembre. Iría a Hamburgo y, desde allí, a Londres, dijo, aunque no hubiese ningún templo. Milagrosamente, las cosas empezaron a arreglarse sólo dos meses antes de la llegada de Prabhupāda.

Guru dāsa encontró a un agente INMOBILIARIO que tenía una casa en Bury Place, cerca del Museo Británico; los devotos podían instalarse allí inmediatamente. La situación era ideal, cuarenta y una libras por semana, y podían ocuparla inmediatamente; era maravilloso. Mukunda escribió a Prabhupāda pidiéndole dinero para el pago inicial. Prabhupāda consintió. Śyāmasundara recibió una carta de George, con papel de la Apple Corporation Ltd., declarando que la Apple garantizaba los pagos si los devotos los incumplían. En una semana, los devotos tenían un edificio de cinco pisos en el centro de Londres.

Pero cuando fueron a vivir los devotos a su nuevo centro en Bury Place, los funcionarios municipales dijeron que no tenían el correspondiente permiso de alojamiento. Los trámites llevarían semanas, o hasta meses. De nuevo los

devotos se encontraron sin tener donde vivir ni poder celebrar juntos la adoración. Sin embargo, Śyāmasundara, confiando en que todo se arreglaría, comenzó a preparar allí la sala del templo con madera de secoya de California.

Entonces John Lennon propuso a Śyāmasundara que los devotos se fuesen a vivir con él en Tittenhurst, una gran finca que acababa de comprar cerca de Ascot. Él necesitaba hacer algún arreglo, y si los devotos pudieran ayudarlo, él les daría un sitio donde vivir. «¿Podría estar allí también nuestro *guru*?», preguntó Śyāmasundara. John consintió y los devotos se instalaron en lo que habían sido las dependencias de los criados de la finca de John.

Sólo unas semanas antes de que llegase Prabhupāda, salió el disco «Hare Krisna Mantra». Apple Records organizó la presentación y llevó periodistas y fotógrafos en un autobús multicolor a un pabellón azul y blanco donde se habían reunido los devotos con George.

El primer día se vendieron setenta mil ejemplares. Al cabo de unas semanas, los devotos aparecieron en la televisión, en un programa muy popular llamado *Top of the Pops*, interpretando «su canción».

La finca de John Lennon, que había pertenecido a la familia Cadbury, consistía en treinta y cuatro hectáreas de prados y bosque, con una gran casa solariega y muchos edificios más pequeños. John y su mujer, Yoko, vivían en la casa. El alojamiento de los criados, donde iban a estar Prabhupāda y los devotos, consistía en cuatro apartamentos separados en la misma casita pequeña, cerca de la casa principal. Fueron allí unos quince devotos, reservando un apartamento para Prabhupāda y su sirvienta. Pero ésta no era la primera vez que los Lennon habían tenido a los devotos como invitados. Pocos meses antes, en mayo, varios devotos habían cantado Hare Kṛṣṇa con John y Yoko en la suite que éstos tenían en el Hotel Reina Elizabeth, en Montreal.

John quería que los devotos quitasen la madera de las paredes y el suelo de la casa grande, y pusiesen paredes nuevas y losas de mármol blanco y negro en los suelos. Mientras comenzaban esta renovación, Īśāna, que acababa de llegar de Canadá, comenzó a arreglar, con la ayuda de unos pocos, la antigua sala de música para hacer allí el templo, que se completaba con un *vyāsāsana* para Prabhupāda. Los devotos trabajaron día y noche en las habitaciones de Prabhupāda, en el templo, y en el *vyāsāsana* de Prabhupāda. Trabajaron con tal energía, que John y Yoko pudieron ver

que los devotos sentían amor de verdad por su maestro espiritual. Cuando los devotos estaban preparando una cinta magnetofónica para enviársela a Prabhupāda, a Alemania, Īśāna preguntó a John si había algo que quisiera decir a su *guru*. John sonrió y dijo que quisiera saber el secreto de Prabhupāda para que sus seguidores fuesen tan devotos.

La escena estaba lista. Había llegado el momento para que hiciese su entrada el personaje principal. El devoto puro de Śrī Kṛṣṇa iba por fin a Inglaterra. Para los seis devotos pioneros de la conciencia de Kṛṣṇa en Londres, había sido una larga batalla. Para entonces parecía que se hacía realidad todo lo que habían sido sueños imposibles. Habían encontrado un sitio donde pudiera estar Prabhupāda, y habían logrado tener un templo en el centro de Londres. Aquello era una bendición de Kṛṣṇa.

* * *

11 de septiembre de 1969

Con la cooperación de Apple Records y las líneas aéreas alemanas Lufthansa, los devotos prepararon una recepción para Prabhupāda en el aeropuerto Heathrow de Londres. En cuanto Prabhupāda descendió las escaleras del avión, le llevaron en un coche a una sala de personajes ilustres (VIP) sin tener que efectuar las formalidades de inmigración y aduana. Cuando Prabhupāda bajó del coche, los devotos salieron corriendo de la terminal para ofrecerle reverencias sobre el suelo mojado, mientras Śrīla Prabhupāda les miraba sonriendo. Los devotos se levantaron, limpiando el húmedo pavimento con sus *dhotīs* y *sārīs*, y rodearon alegremente a Prabhupāda al entrar en la sala.

Los periodistas entraron: «¿Qué le parece esta recepción?».

Prabhupāda: «Yo no soy amigo de recepciones. Me gustaría saber cuál es la recepción de la gente a este movimiento. Eso es lo que me interesa».

Los devotos al unísono: «¡Haribol!».

Periodista: «¿Se trata de un recibimiento extraordinario que le hacen, o es una ceremonia que tiene usted a diario?».

Prabhupāda: «No, dondequiera que voy, tengo mis discípulos. En los países occidentales tengo ahora veinte centros, sobre todo en América. Por eso los muchachos americanos tienen tanto entusiasmo. Creo que en Los Angeles y en San Francisco tuve una gran recepción. En el festival de Ratha-yātrā me

siguieron unos diez mil chicos y chicas durante más de diez kilómetros».

Los devotos: «¡Haribol!»

Periodista del *Sun*: «¿Qué es lo que usted intenta enseñar?».

Prabhupāda: «Trato de enseñar lo que ustedes han olvidado».

Los devotos (riendo): «¡Haribol! ¡Hare Kṛṣṇa!».

Periodista del *Sun*: «¿Qué es eso?».

Prabhupāda: «Dios. Algunos de ustedes van diciendo que no hay Dios. Algunos de ustedes van diciendo que Dios ha muerto. Algunos de ustedes van diciendo que Dios es impersonal o vacío. Todo eso son disparates. Quiero enseñar a toda la gente disparatada que sí hay Dios. Ésa es mi misión. Toda persona disparatada puede venir a verme; yo le probaré que sí que hay Dios. Ése es mi movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Es un reto a la gente atea: Esto es Dios. Lo mismo que estamos aquí cara a cara, usted puede ver a Dios cara a cara, si es sincero y serio. Eso es posible. Desgraciadamente, ustedes están intentando olvidar a Dios. Por eso aceptan muchas miserias de la vida. Por eso, yo sólo predico que tengan conciencia de Dios y que sean felices. No se dejen llevar por las disparatadas olas de *māyā*, la ilusión».

Los periodistas le preguntaron por Billy Graham, por la llegada a la Luna, por la guerra de Irlanda, por el paradero de su mujer e hijos. Le pedían que volviese la cabeza hacia ellos, y disparaban sin cesar sus cámaras fotográficas. Le dieron las gracias y terminó la recepción.

Prabhupāda salió del edificio y se dirigió al resplandeciente Rolls Royce que le esperaba fuera, por cortesía de John Lennon. Entró, y se sentó con las piernas cruzadas en el asiento de atrás. El coche tenía los cristales oscuros y un lujoso interior, con televisión. Los devotos estaban tan confusos en su emoción, que ninguno de ellos pensó en acompañar a Prabhupāda, y el chófer se lo llevó rápidamente a Tittenhurst. Prabhupāda iba en silencio, excepto por el canto que se hacía audible de vez en cuando, mientras el chófer tomaba las carreteras tortuosas que le alejaban del aeropuerto.

Estaba en Inglaterra. Su padre, Gour Mohan, no quiso nunca que fuese a Inglaterra. Una vez, un tío suyo dijo a Gour Mohan que su hijo debería ir a Inglaterra para hacerse abogado. Pero Gour Mohan dijo que no; que si su hijo iba allí, los que comen carne, beben, y trafican con el sexo, podían tener influencia sobre él. Pero entonces, setenta años después, Prabhupāda había ido a Londres, no para estar bajo la influencia de los ingleses, sino para que los ingleses estuviesen bajo la suya. Había ido a enseñarles lo que habían

olvidado.

Y empezaba bien, bajo el cuidado especial de Kṛṣṇa. Cuando tuvo que vivir solo en Nueva York, sin dinero alguno, había sido por la misericordia de Kṛṣṇa. Y entonces entraba en Inglaterra en un coche de lujo con chófer, también por la misericordia de Kṛṣṇa. Aceptando el paseo como una parte del plan de Kṛṣṇa, Prabhupāda siguió profundamente aferrado a su intención de cumplir la orden de su maestro espiritual, cualesquiera que fuesen las circunstancias que le esperaban.

Prabhupāda llegó antes que sus discípulos. Pero los que se habían quedado en la finca le recibieron entusiasmados y le llevaron a su cuarto, en el primer piso de los apartamentos para sirvientes. El cuarto era pequeño y frío y estaba húmedo, con una mesa baja para escribir, y estaba enmoquetado con trozos de alfombra sacados de otros cuartos. El cuarto contiguo estaba sin amueblar y era aún más pequeño. Prabhupāda se sentó en su escritorio. «¿Dónde están los demás?», preguntó. Al inclinarse hacia atrás y mirar por la ventana, vio que la lluvia comenzaba a caer.

Cuando George, John y Yoko fueron por allí, después del almuerzo de Prabhupāda, Śyāmasundara les invitó a que subieran a ver a Prabhupāda. George se volvió hacia John y le preguntó: «¿Quieres subir?». El dueño de Tittenhurst, con el pelo hasta los hombros, barbudo, con gafas, asintió. Yoko también tenía curiosidad. De manera que todos ellos fueron al cuartito de Prabhupāda.

Sonriendo amablemente desde el otro lado de su mesa, Prabhupāda rogó a sus visitantes que entrasen y se sentasen. Allí estaban dos de los hombres más famosos de Inglaterra, y Kṛṣṇa quería que hablase con ellos. Prabhupāda se quitó su collar de flores y se lo entregó a Śyāmasundara, diciéndole que se lo pusiese a George en el cuello.

—Gracias —dijo George—. Hare Kṛṣṇa.

Prabhupāda sonrió. «Esto es la bendición de Kṛṣṇa.»

—Hare Kṛṣṇa —volvió a decir George.

—Sí —dijo Prabhupāda—, hay un verso en la *Bhagavad-gītā*: *yad yad ācarati śreṣṭhas tat tad evetaro janaḥ/ sa yat pramāṇam kurute lokas tad anuvartate*. La idea es que todo lo que aceptan las personas que van en cabeza, las personas corrientes también lo aceptan. *Yad yad ācarati śreṣṭhaḥ*. *Śreṣṭha* significa: "personas que van en cabeza". *Ācarati* significa "actuar". Todo lo que hacen las personas que van a la cabeza, también lo

hace la gente en general. Si una persona destacada dice que algo está bien, entonces está bien; los demás también lo aceptan. De manera que por la gracia de Dios, Kṛṣṇa, vosotros sois líderes. Miles de jóvenes os siguen. Les gustáis. De manera que si les dais algo realmente bueno, la faz del mundo cambiará.

Aunque George y John tenían más o menos la misma edad que la mayor parte de los discípulos de Prabhupāda, éste les consideraba *śreṣṭhas*, líderes respetados. «También vosotros queréis aportar un poco de paz al mundo —continuó Prabhupāda—. He leído alguna de vuestras declaraciones. También vosotros teneis ese deseo. Todos lo tienen. Toda persona santa debería estar impaciente por traer paz al mundo. Pero tenemos que saber cómo.» Y explicó la «fórmula de la paz» según la *Bhagavad-gītā*: Sólo aquellos que reconocen a la Suprema Personalidad de Dios como el dueño de todas las cosas, el objeto de todo sacrificio, y el amigo de todos, puede encontrar la verdadera paz.

Prabhupāda dijo entonces a los dos Beatles, aún más directamente, lo que ya había dado a entender: debían aprender la conciencia de Kṛṣṇa y ayudar a enseñarla al mundo. «Yo os pido que por lo menos comprendáis esta filosofía lo mejor que podáis —dijo—. Si os parece bien, adoptadla. También vosotros queréis dar algo al mundo. Probad esto. ¿Habéis leído nuestros libros, esta *Bhagavad-gītā tal y como es*?

John: «He leído fragmentos de la *Bhagavad-gītā*. No sé qué versión era. Hay muchas traducciones diferentes».

Prabhupāda: «Hay diferentes traducciones. Por eso he publicado esta edición: *Bhagavad-gītā tal y como es*».

Prabhupada explicó que el mundo material es un lugar de miserias. La naturaleza es cruel. En América, el presidente Kennedy parecía que era el hombre más afortunado, el más feliz, al que más se honraba en el mundo. «Pero en un segundo —y Prabhupāda chasqueó fuerte los dedos—, había terminado. Temporal. ¿Cuál es su situación ahora? ¿Dónde está? Si la vida es eterna y la entidad viviente es eterna, ¿dónde ha ido? ¿Qué está haciendo? ¿Es feliz o desdichado? ¿Ha nacido en América o en China? Nadie lo puede decir. Pero es un hecho que, como entidad viviente, es eterno. Existe.»

Prabhupāda explicó la transmigración del alma. Después volvió a rogar: «Tratad de comprender, y si os parece bien, adoptadlo. Vosotros estáis a la búsqueda de algo bueno. ¿No es razonable mi proposición?». Los dos

Beatles se miraron uno a otro, pero no dijeron nada. Prabhupāda se rió en voz baja, divertido. «Vosotros sois chicos inteligentes. Tratad de comprenderlo.»

Prabhupāda preguntó a sus anfitriones qué filosofía seguían.

—¿Seguimos? —preguntó John.

—Nosotros no seguimos nada, —dijo Yoko—. Nosotros sólo vivimos.

—Hemos hecho meditación —dijo George—. Bueno, yo hago mi meditación, con un *mantra*.

Comenzaron a hacer preguntas, las mismas preguntas que Prabhupāda había oído tantas veces. Después de haber oído la explicación que había dado del Brahman, de la omnipenetrante energía espiritual de la Suprema Personalidad de Dios, Yoko dudaba de si Brahman podría permanecer puro, y no deteriorarse con el tiempo. Prabhupāda le aconsejó que tendría que hacerse una estudiante seria para poder entender realmente la filosofía espiritual.

John y Yoko, al ser eclécticos fervientes, tenían dificultades para aceptar el concepto de la autoridad védica que tenía Prabhupāda.

John: «Tenemos que seguir seleccionando cuidadosamente, como cuando se cierne arena, para ver quién tiene lo mejor».

Prabhupāda: «No. Hay una cosa que debes tratar de comprender. Si Kṛṣṇa no es la autoridad suprema, ¿por qué toma esta gente el libro de Kṛṣṇa y lo traduce? ¿Por qué no tratáis de comprender?».

George: «Yo no digo que Kṛṣṇa no sea el Supremo. Yo lo creo. Hay un malentendido sobre la traducción de la Gītā sánscrito al inglés. Y lo que yo decía es que hay varias versiones, y creo que pensábamos que usted trataba de decir que su versión, su traducción era la autorizada y que las otras traducciones no lo eran. Pero realmente, no estamos en desacuerdo con la identidad de Kṛṣṇa».

Prabhupāda: «No importa. Si creéis que Kṛṣṇa es el Señor Supremo, si es esta vuestra versión, entonces tenéis que ver quién es el más adicto a Kṛṣṇa. Estos chicos pasan veinticuatro horas cantando Kṛṣṇa. Y otra persona, que no dice ni una sola vez esta palabra, Kṛṣṇa, ¿cómo puede ser un devoto de Kṛṣṇa? ¿Cómo puede quien ni siquiera pronuncia el nombre de Kṛṣṇa, ser el representante de Kṛṣṇa? Si Kṛṣṇa es la autoridad, y esto se ha aceptado, aquellos que son adictos directamente a Kṛṣṇa, son autoridad».

Después de más de una hora de conversación, Prabhupāda distribuyó algo de *prasādam* a John, George, Yoko y los discípulos que estaban en la

habitación. Si estos *śreṣṭhas* adoptasen la conciencia de Kṛṣṇa, sería algo muy bueno para ellos y también para muchos otros. Él había cumplido con su deber y les había dado una oportunidad. Era el mensaje de Kṛṣṇa, y aceptarlo o no, era cosa de ellos.

John dijo que tenía algo que hacer y se disculpó. Cuando todos se iban, Yoko, bajando las escaleras, se dirigió a John diciendo: «Fíjate con que sencillez está viviendo. ¿Podrías vivir así?».

* * *

Los devotos veían regularmente a John y Yoko. Aunque al principio su interés era por negocios, John se fue sintiendo inclinado hacia los devotos, pero sus amigos le aconsejaron que no se mezclase con el Swami y su grupo. Así que se mantenía a distancia.

Ísāna dāsa: Yo estaba trabajando en la cocina y John estaba sentado al piano. Tenía el piano en la cocina, un piano grande vertical, con todo el barniz quitado, la madera desnuda. Y de esta manera, estaba sentado al piano, tocando Hare Kṛṣṇa. En realidad era un gran músico, y tocaba Hare Kṛṣṇa en todos los estilos musicales que pudieras imaginar, música country o música clásica, o rock and roll o lo que fuera. Iba como quería de una música a otra, siempre cantando Hare Kṛṣṇa. Era tan natural para él, y podía verse que era un genio de la música. Y de esta manera me entretenía, y además estaba claro que se lo pasaba muy bien. De todas maneras, mientras seguía tocando al piano con gran vigor y entusiasmo, y cantando Hare Kṛṣṇa, su mujer, Yoko Ono, apareció en camisón o lo que llevase, y dijo en tono muy afligido: «Por favor, John, tengo un dolor de cabeza terrible. ¿Puedes dejar esta historia y venir arriba conmigo?».

George era diferente. Se sentía atraído hacia Prabhupāda. Cuando uno de los devotos le preguntó: «¿Por qué, de todos los Beatles, tú eres el único que se interesa?», George contestó: «Es mi *karma*. Una de las cosas de mi signo es la cuestión espiritual».

George Harrison: *Prabhupāda parecía exactamente como yo había pensado. Antes de conocerlo, tenía como una especie de temor. Por eso, lo que me gustó cuando le conocí mejor, más adelante, es que me pareció que era más como un amigo. Me sentí relajado. Así era mejor, porque al principio yo no era capaz de decir qué era lo que decía él, y ni siquiera estaba seguro de si sería yo demasiado mundano hasta para estar allí. Pero después me relajé y me sentía mucho más a gusto con él, y él era muy cordial conmigo. No me*

hablaba a mí de una manera distinta de como hablaba a cualquier otro. Siempre estaba hablando de Kṛṣṇa, fuese quien fuese quien le estaba escuchando. Cada vez que le veías, siempre era el mismo. No era eso de que una vez te dijese que cantases el mantra Hare Kṛṣṇa y otra te dijese: «No, no, me he equivocado». Siempre era el mismo.

Siempre me gustó hablar con él. A veces, me dejaba caer por allí, creyendo que no tenía intención de ir, pero que era mejor que fuese porque debía hacerlo, y cuando me marchaba, me sentía la mar de bien. Me daba cuenta de que tenía un interés personal por mí. Me gustaba mucho hablar con él.

George estaba atraído por Kṛṣṇa y le gustaba cantar. Incluso antes de conocer a Prabhupāda, ya sabía algo de Kṛṣṇa por Maharishi Mahesh Yogi, por la autobiografía de Paramahansa Yogananda, y por sus viajes a la India. Pero las instrucciones de Prabhupāda especialmente inculcaron en él la idea de que Śrī Kṛṣṇa era la Verdad Absoluta, el origen de todo.

George: Prabhupāda me ayudó a darme cuenta de la manera polifacética de ir hacia Kṛṣṇa. Como por ejemplo, el prasādam. Me parece que es una cosa muy importante el prasādam, aunque sólo sea como truco. Como se dice, el camino para llegar al corazón del hombre pasa por su estómago. Bueno, aunque sea un camino para llegar al alma espiritual de un hombre, la cuestión es que sirve. Porque no hay nada mejor que haber estado bailando y cantando, o sólo hablando y que, de pronto, te den algo de comer. Es como si fuese una bendición. Y después, cuando aprendes a tocar a Dios o a probar Su sabor, es importante.

Kṛṣṇa no tiene límites. Y sólo con que Prabhupāda estuviera allí y nos diera toda aquella información, me conmovió. Ya sabes, la mente es obstinada, pero todo es Kṛṣṇa. Eso es todo lo que te hace falta saber; todo es Kṛṣṇa. Este mundo, también es Su energía material, la forma universal. Y en los libros de Prabhupāda, hay esas ilustraciones con Kṛṣṇa en el corazón de un perro, y de una vaca y de un ser humano. Ayuda a comprender que Kṛṣṇa está en el interior de todo.

Aunque Prabhupāda podía haber estado enseñando algún aspecto superior, lo que me llegó bien claro fue que me hizo comprender mejor que Kṛṣṇa está en todas partes y en todas las cosas. Prabhupāda explicaba diferentes aspectos de Kṛṣṇa, y te proponía una meditación en la que pudieras ver a Kṛṣṇa, como persona, por todas partes. O sea, que no hay nada que no sea Kṛṣṇa.

Prabhupāda veía a George como «un buen muchacho» y un devoto de

Kṛṣṇa. Según el *Bhāgavatam*, no importa lo que pueda ser una persona materialmente, si no es devoto y no pronuncia nunca el santo nombre de Dios, no puede tener ninguna buena cualidad. Muchos swamis y yogīs de la India, hasta algunos que se consideraban a sí mismos como *vaiṣṇavas*, no tenían fe en los nombres santos de Kṛṣṇa ni los comprendían. Pero a George le gustaba cantar Hare Kṛṣṇa, y había puesto el santo nombre de Kṛṣṇa en sus canciones, que eran enormemente populares en todo el mundo. De manera que él servía a Kṛṣṇa con su música, y ahí estaba toda la diferencia.

El Sr. George Harrison parece ser un muchacho muy inteligente, y por la gracia de Kṛṣṇa, es también afortunado. El primer día, vino a verme con John Lennon y estuvimos hablando unas dos horas. Quería hablar más conmigo, pero se ha ido a ver a su madre enferma, a Liverpool.

Prabhupāda también veía a George como un hombre rico, y Śrī Caitanya había dado instrucciones estrictas a los devotos de la orden de renunciación de que no se mezclasen con gente mundana. Pero Śrī Caitanya también había enseñado que un devoto debe aprovechar cualquier ocasión favorable para propagar la conciencia de Kṛṣṇa.

Si este chico coopera con nuestro movimiento, le dará un buen impulso, porque, después de todo, es un hombre adinerado. Y con los hombres adinerados hay que tener cautela en la vida espiritual. A veces tratamos con ellos por exigencias de la pre-dicación; de no ser así, Sri Chaitanya Mahaprabhu prohibió estrictamente que la gente consciente de Krisna tratase con ellos. Pero tenemos instrucciones de Rupa Goswami de que debemos aprovechar toda oportunidad favorable para promover la Conciencia de Krisna.

Prabhupāda fue cauto con George, pero le animó a que cantase el nombre de Dios, que tomase Su *prasādam*, y que Le ofreciese todas sus acciones. George: *Prabhupāda no me dijo nunca, realmente, que no hiciese lo que estaba haciendo. Oí que en diversas ocasiones había dicho a los devotos que yo era un devoto mejor, debido a mis canciones y por las demás cosas que*

hacía. En realidad él nunca me lo dijo a mí, pero siempre me lo decían. Y lo bueno para mí era que no sentía la necesidad de unirme del todo. Creo que todo se hubiese echado a perder si hubiese estado diciéndome continuamente: «¿Por qué no dejas lo que estás haciendo y te vas a vivir a algún templo en cualquier parte?». Nunca me hizo sentir diferente, que yo no fuese de los suyos por completo. Él nunca era así.

Yo soy un devoto de paisano. Las cosas son así. Yo vi mi relación con ellos: que les ayudaría cuando y donde pudiera, porque sé como es la gente. Es como con todas las personas medio decentes; tú tratas justo de ayudar un poco a cada uno.

Él siempre estaba a gusto conmigo, porque todo lo que hacía era una ayuda. No digo para el templo de Kṛṣṇa como tal, sino que cualquier cosa espiritual que hiciera, ya fuese con canciones o como fuese, le gustaba. Sencillamente, siempre fue amable. Siempre estaba cantando, y a veces, él me lo decía, tú canta todo el tiempo, o tanto como sea posible. Creo que una vez que lo haces, te das cuenta de que cantar es un beneficio.

Hay algunos gurus que van por ahí pretendiendo que son lo más grande que hay, pero Prabhupāda decía: «Yo soy el servidor del servidor del servidor de Kṛṣṇa» que es realmente de lo que va la cosa, ¿entiendes? Él no decía «soy el más grande», ni «soy Dios», ni nada de eso. Con él, era sólo cuestión de estar en el contexto de ser un servidor, y a mí aquello me gustaba mucho. Yo creo que eso es parte de la cuestión espiritual. Cuanto más saben, más convencidos están de que son servidores. Y cuanto menos saben, más creen que son realmente un regalo de Dios para la humanidad.

De manera que aunque está claro que era un individuo muy poderoso, muy avanzado espiritualmente, siempre conservó su humildad. Y yo creo que eso es una de las cosas más importantes, porque aprendes, más que con todo lo que dice, aprendes más realmente con el ejemplo de cómo vive y lo que hace.

Prabhupāda y su gente y John y Yoko y la suya hacían un conjunto muy desigual. Dos días después de la llegada de Prabhupāda a Tittenhurst, John y Yoko habían volado a Canadá para actuar con la Plastic Ono Band en el Revival de Rock-and-Roll, en el Varsity Stadium de Toronto. En octubre, John y Yoko habían grabado el *Wedding Album* y habían comenzado a hacer una película, *Rock-and-Roll Circus*, y John había grabado «Cold Turkey»*. Aunque John solía ser tímido, los devotos que trabajaban en la

casa principal le encontraban de carácter abierto y generoso. Invitó a los devotos a que se quedasen para siempre en Tittenhurst y trabajasen la tierra. Todo lo que tenía, decía, lo compartiría con ellos. Finalmente, Prabhupāda y sus discípulos se fueron, pero sus charlas con John en Tittenhurst se quedaron reflejadas en una canción que John compuso en aquellos días: «Instant Karma» (*Karma* instantáneo).

* * *

Aunque las habitaciones de Prabhupāda no se habían terminado, y la renovación del templo hacía del 7 de Bury Place un lugar ruidoso y agitado, Prabhupāda decidió trasladarse allí. «No me siento apegado a vivir en un apartamento cómodo —decía—. A lo que estoy apegado es a vivir junto con los devotos.» Se trasladó al templo en un momento en que las ventas del disco habían bajado y los devotos tenían que comprar las provisiones poco a poco, cuando tenían dinero. Pero con Prabhupāda viviendo con ellos y supervisando su trabajo, estaban contentos.

Un día, un señor llamado Doyal telefoneó, en nombre de una gran asociación hindú de Londres. Había oído decir que los devotos querían unas Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa, y él tenía un par de ellas que podía darles. Cuando Prabhupāda oyó la noticia, envió a Tamāla Kṛṣṇa, Mukunda y Śyāmasundara a casa del Sr. Doyal para que viesen las Deidades.

Rādhā y Kṛṣṇa eran de mármol blanco y tenían un metro de altura. Los devotos nunca habían visto Deidades tan grandes, y se postraron ante Ellas. Cuando volvieron al templo y se lo dijeron a Prabhupāda, éste dijo: «¡Llebadme allí ahora mismo!».

Śrīla Prabhupāda, acompañado de Śyāmasundara, Mukunda y Tamāla Kṛṣṇa llegaron en una furgoneta a casa del Sr. Doyal. Prabhupāda entró en el cuarto de estar y se sentó. Las Deidades, cubiertas con un lienzo, estaban sobre una mesa, en un rincón. Tamāla Kṛṣṇa estaba a punto de quitarles el lienzo, cuando Prabhupāda le detuvo: «No. Así está bien». Prabhupāda estuvo hablando con el Sr. Doyal, preguntándole por su trabajo y de qué parte de la India venía, y después le presentaron a la familia. Prabhupāda y su anfitrión charlaban mientras los devotos escuchaban.

—Swamiji —dijo el Sr. Doyal finalmente—, quiero enseñarle mis Deidades.

—Sí —replicó Prabhupāda—, Las veré dentro de un momento. —Y comenzó a hablar sobre su misión de propagar la conciencia de Kṛṣṇa, y al cabo de un rato el Sr. Doyal volvió a insistir: «Por favor, eche una mirada a

las Deidades». Y sobre estas palabras se dirigió a Rādhā y Kṛṣṇa y Les quitó el lienzo que Los cubría.

—¡Oh, sí! —dijo Prabhupāda uniendo sus manos respetuosamente. El Sr. Doyal explicó que había encargado las Deidades a la India para su propio uso, pero que al llevarlas, se había astillado un dedo de Rādhārāṇī; por eso, según la tradición hindú, no se podían instalar aquellas Deidades.

—Tamāla Kṛṣṇa —dijo Prabhupāda—. Mira a ver lo pesadas que son esas Deidades.

Tamāla Kṛṣṇa puso una mano en la base de Rādhārāṇī y la otra en un hombro, y la levantó. «No es tan pesada», dijo.

—Śyāmasundara —dijo Prabhupāda—, mira a ver lo que pesa Kṛṣṇa. —Las Deidades pesaban mucho, realmente, para que las llevase un solo hombre, pero los devotos comprendieron cuál era la intención de Prabhupāda.

—No está mal —dijo Śyāmasundara sosteniendo a Kṛṣṇa a unos centímetros de la mesa.

—Sí —dijo Prabhupāda de manera concluyente—. Me parece que están muy bien. Nos las llevamos. Tenemos nuestra furgoneta. —Y de pronto, Prabhupāda estaba saliendo con sus discípulos detrás, llevando cuidadosamente a Rādhā y Kṛṣṇa. Prabhupāda dio las gracias al Sr. Doyal.

—¡Pero Swamiji! ¡Swamiji! —protestaba el Sr. Doyal, que no estaba preparado para esta salida súbita—. Por favor, ya haremos que se Las lleven. Nuestra asociación se encargará. —Pero Prabhupāda ya estaba fuera de la puerta y llevaba a sus hombres a la furgoneta—.

Por favor, espere —insistía el Sr. Doyal—. Primero tenemos que arreglarlas bien, y entonces se Las pueden llevar.

—Tenemos un experto —dijo Prabhupāda—. Él puede hacerlo.

—Prabhupāda aseguraba eso al Sr. Doyal mientras dirigía a sus discípulos. Abrió la puerta de la furgoneta y Śyāmasundara y Tamāla Kṛṣṇa entraron despacio, depositando dentro, cuidadosamente, a Rādhā y Kṛṣṇa. Tamāla Kṛṣṇa se arrodilló detrás para sujetar a las Deidades, mientras Śyāmasundara se sentaba al volante—. Ahora arranca —dijo Prabhupāda. Y partieron, con Prabhupāda sonriendo por la ventana al Sr. Doyal y a su familia, que estaban fuera de la casa.

No habían recorrido más que unas manzanas cuando Prabhupāda dijo a Śyāmasundara que se detuviese. Volviéndose en su asiento, Prabhupāda comenzó a ofrecer plegarias: *Govindam ādi-puruṣam tam aham bhajāmi...* Miró largo tiempo a Kṛṣṇa, que era blanco con un ligero matiz azulado, y a

la exquisita y blanca Rādhārāṇī que estaba a Su lado. «Kṛṣṇa es tan bueno —dijo—, que ha venido así.» Entonces dijo a Śyāmasundara que fuese despacio hacia el templo.

Prabhupāda vigiló cuidadosamente el transporte de las Deidades hasta el primer piso. Los devotos estaban asombrados y encantados viendo a Prabhupāda tan intensamente animado llevando a Rādhā y a Kṛṣṇa a Su templo. Colocó a las Deidades en una sección de su propio cuarto, separada del resto por una cortina, y entonces se sentó a su mesa de trabajo.

Śyāmasundara tenía casi terminado el altar, salvo el altar de Jagannātha y el dosel del trono de Rādhā y Kṛṣṇa. Los dos, el dosel y el altar de Śrī Jagannatha, iban a estar apoyados en cuatro pesadas columnas de madera de más de dos metros de altura. Sobre las dos columnas de atrás se apoyaría una losa de mármol sobre la cual iban a estar las deidades de Jagannātha, y las dos columnas delanteras soportaban el gran dosel de terciopelo de Rādhā y Kṛṣṇa. Las columnas eran grandes y pesadas; Śyāmasundara las llamaba «columnas de pata de elefante». Ahora las columnas estaban colocadas en el altar, aunque Śyāmasundara no había tenido la posibilidad de fijarlas. El día antes de la instalación, Śyāmasundara se desplomó agotado en el piso de arriba.

El día de la inauguración, el templo estaba lleno de invitados, indios sobre todo, en respuesta a prospectos y anuncios. Apple Records había proporcionado una florista profesional, que decoró la sala con flores. Un equipo de televisión de la BBC fue también para hacer el video de la ceremonia. Mientras casi todos los devotos cantaban un *kīrtana*, Prabhupāda, detrás de la cortina, al otro extremo del templo, estaba bañando a Rādhā y Kṛṣṇa.

El plan era que después de la ceremonia del baño, las Deidades se colocarían en el altar, y Yamunā las vestiría. Una vez vestidas y entronizadas, se abriría la cortina para que todos los invitados pudiesen contemplar a Śrī Śrī Rādhā y Kṛṣṇa. Prabhupāda diría unas palabras y después empezaría el festejo. Pero por un descuido de Śyāmasundara, la instalación casi se torna en desastre.

Prabhupāda había terminado de bañar a las Deidades y ya se habían colocado en el altar de mármol, cuando, de pronto, las «columnas de patas de elefante» se tambalearon. El dosel comenzó a caer sobre las Deidades. Prabhupāda, al ver peligro, saltó al altar y sujetó las pesadas columnas en

décimas de segundo. Con gran fuerza, sostuvo los dos pilares delanteros en su sitio. «¡Quitad eso de aquí!», gritaba. Mientras Prabhupāda protegía las Deidades con los brazos, los hombres retiraron el dosel, y después, de dos en dos, retiraron las columnas. Las Deidades no sufrieron daño.

Mientras Prabhupāda estaba detrás de la cortina salvando a Rādhā y Kṛṣṇa, del otro lado de la misma, invitados y periodistas esperaban para ver a las Deidades. Sin saber el contratiempo, los invitados sólo vieron unos hombres que salían por detrás de la cortina llevando unas grandes columnas y un dosel. El equipo de cámaras de la BBC comenzó a filmar el dosel y las columnas cuando aparecieron por detrás de la cortina, creyendo que se trataba de una procesión ceremonial.

Los pocos devotos que había detrás de la cortina con Prabhupāda, estaban estupefactos. Pero no había tiempo para disculpas ni agradecimientos. Yamunā vistió a las Deidades mientras Prabhupāda la apremiaba. Cuando por fin todo estuvo listo, Prabhupāda abrió la cortina principal, revelando las hermosas figuras de Śrī Kṛṣṇa y Rādhārāṇī a los invitados que llenaban el templo. Un devoto comenzó a ofrecer *ārati*, mientras Prabhupāda, que llevaba una *cādar* azafrán y un collar de claveles, estaba en pie a un lado, mirando con reverencia a Rādhā y Kṛṣṇa como Su adorador y protector.

Aquello era la culminación de meses de esfuerzo. En realidad, una planificación de años había precedido aquella ocasión auspiciosa. Cien años antes, Bhaktivinoda Ṭhākura había esperado el día en que la conciencia de Kṛṣṇa llegase a Inglaterra, y Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī también lo había deseado. Ahora, el que un templo autorizado de Rādhā y Kṛṣṇa predicase la conciencia de Kṛṣṇa en Londres, constituía una ocasión histórica para el vaiṣṇavismo *gauḍīya*; una antigua orden de los *ācāryas* anteriores se había ejecutado. Prabhupāda había enviado invitaciones a varios de sus hermanos espirituales, en la India. Por supuesto, ninguno de ellos pudo acudir, pero al menos debían estar contentos de saber que este sueño de Śrīla Bhaktisiddhānta Sarasvatī se había cumplido.

Prabhupāda tenía setenta y tres años. Había inaugurado 21 templos en tres años. Recientemente, había dicho a alguno de sus discípulos que debían tratar de constituir un consejo de administración de ISKCON, que le liberase de la dirección y le permitiese concentrarse enteramente en publicar libros sobre la conciencia de Kṛṣṇa. Esta literatura se podría presentar por todo el mundo, se podría introducir en los hogares, escuelas, instituciones universitarias, para provecho de todos. Sería en estos libros

que Prabhupāda seguiría viviendo. Cuánto tiempo le quedaba en este mundo, él no lo sabía, dijo, pero quería seguir sirviendo y tratando de complacer a su Guru Mahārāja, vida tras vida.

Sin embargo, a pesar del deseo de Prabhupāda de retirarse de un trabajo activo y absorberse en escribir libros, allí estaba instalando Deidades en un nuevo templo, y protegiéndolas del descuido de sus discípulos. Si no hubiese estado él allí, la ceremonia hubiese sido un desastre. Tantos discípulos trabajadores, y aún necesitaban que los dirigiera personalmente. ISKCON estaba empezando a crecer, en aquel momento. Prabhupāda quería inaugurar no sólo unos pocos templos más, sino por lo menos, 108. Sus viajes por el mundo y sus publicaciones de libros estaban empezando, y como todo lo demás, el número de discípulos aumentaba. Aumentaría el prestigio de su movimiento, y con él, la oposición de los ateos. Crecía el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa, y Prabhupāda iba en vanguardia. «Alrededor, todo lo veo luminoso —decía—. Esa es la gloria de Kṛṣṇa». Él se veía como un servidor de su maestro espiritual; el brillante futuro estaba en manos de Kṛṣṇa.

El día de su marcha de Londres, distribuyó algunos de sus efectos personales, como suéters y bufandas, entre sus discípulos. Después bajó solo al templo para ver a las Deidades. Se postró completamente en el suelo durante largo rato y después se quedó de pie, mirando a Rādhā y a Kṛṣṇa.

Yamunā: Prabhupāda se quedó mirando a las Deidades con total devoción. Amaba a aquellas Deidades. Había hablado de su exquisita belleza y de cómo se complementaban las dos, cómo a veces Rādhārāṇī parecía más bella, pero cómo brillaba la cara de luna de Kṛṣṇa y cómo brillaban Sus ojos. Prabhupāda me vio y dijo llanamente: «Si practicas lo que te he enseñado y sigues las instrucciones que te he dado para adorar a la Deidad, y si lees los libros que hemos editado, será suficiente para que vuelvas a Dios. No necesitas aprender nada más. Practica sencillamente lo que te he enseñado y tu vida será perfecta». Después, se fue; sin más, se fue.

* * *

Después de estar en Londres, Śrīla Prabhupāda volvió a América, donde pasó siete meses en sus centros de los Estados Unidos, en especial, en Los Ángeles. Allí, a finales de julio, reveló sus planes para constituir un consejo de administración que dirigiese ISKCON. A este fin, dictó lo siguiente el 28 de julio de 1970:

Yo, el abajo firmante, A.C. Bhaktivedanta Swami, discípulo de Om Visnupad Paramahansa 108 Sri Srimad Bhaktisiddhanta Sarasvati Goswami Maharaja Prabhupada, vine a los Estados Unidos en 1965, el 18 de septiembre, con la intención de iniciar el Movimiento para la Conciencia de Krisna. Durante un año estuve sin refugio. Visité muchas partes de este país. Después, en 1966, en julio, constituí esta Asociación bajo el nombre y título de Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna, en abreviatura, ISKCON... Gradualmente, la Asociación ha aumentado, y una tras otra, se han abierto nuevas sucursales. Ahora tenemos treinta y cuatro (34) sucursales, detalladas aquí. Como hemos aumentado nuestro volumen de actividades, creo que debe constituirse un Consejo de Administración (más adelante mencionado como el GBC). Me estoy haciendo viejo; tengo 75 años; por lo tanto, en cualquier momento puedo dejar este mundo, por lo que creo necesario dar instrucciones a mis discípulos sobre cómo deben dirigir la institución. Ellos ya dirigen, separadamente, centros que están representados por un presidente, un secretario y un tesorero, y en mi opinión, lo están haciendo muy bien. Pero aún queremos mejorar el nivel de la administración de los templos, de la propaganda para la conciencia de Krsna, de la distribución de libros y otros escritos, de la apertura de nuevos centros y de la educación dada a los devotos para que tengan el nivel apropiado.*

Después, Prabhupāda hizo una lista con los nombres de las 12 personas que iban a formar el GBC y anotó:

Estas personalidades se consideran mis representantes directos. Mientras yo viva, actuarán como mis secretarios de zona, y después de mi muerte se les conocerá como Ejecutores.

Al día siguiente, Prabhupāda redactó otra declaración importante, nombrando a varios de sus discípulos administradores de su Bhaktivedanta Book Trust (Fondo Editorial Bhaktivedanta):

La cuenta del Bhaktivedanta Book Trust se empleará para publicar

mis libros y otros escritos, y para fundar templos por todo el mundo; especialmente, deben establecerse tres templos, en Mayapur, Vrindaban y Jagannatha Puri, respectivamente.

Aunque Śrīla Prabhupāda pretendía que el GBC supervisase las actividades de ISKCON, no estaba creando una estructura monolítica. Escribía a Karandhara, un miembro del GBC:

Cada templo debe mantenerse independiente y autosuficiente. Éste ha sido mi plan desde el principio... Cuando hay burocracia, todo se hecha a perder. Debe haber siempre esfuerzo individual, y trabajo y responsabilidad, un espíritu competitivo; no es que uno domine y distribuya los beneficios a los demás, y ellos no hagan más que pedirte, y tú les proveas. No; no importa que sea una molestia inscribir cada centro, sacad el certificado de impuesto para cada uno, sed corporaciones separadas en cada estado. Esto entrenará a los hombres a llevar a cabo estas cosas, y ellos tendrán una profunda seriedad y serán responsables.

* * *

Calcuta

Agosto de 1970

Por primera vez después de casi tres años, Prabhupāda volvió a la India, a Calcuta, su ciudad natal. Aunque era tarde y el viaje había sido largo, Prabhupāda se sintió feliz al descender la escalera del avión. Acyutānanda y Jayapatākā, sus únicos discípulos americanos en la India, estaban en la pista de aterrizaje, y cuando vieron que se acercaba en sus ropajes de seda color azafrán, se postraron. Prabhupāda sonrió y les abrazó.

En Calcuta había disturbios políticos. Un grupo de terroristas comunistas, los Naxalitas, habían estado alborotando, asesinando a destacados hombres de negocios y amenazando la vida de muchos otros. Muchos ricos industriales Marwaris dejaban la ciudad y se iban a Delhi y a Bombay. Aparte de los terroristas, los estudiantes universitarios bengalíes estaban cada día más revoltosos. La gente de edad avanzada, que componía la mayor parte de los visitantes de Prabhupāda, estaba alarmada por la violencia y la inquietud. El único refugio, les dijo Prabhupāda, era Kṛṣṇa.

La gente está muy alterada. Todos esperan que yo haga algo para mejorar la situación, pero yo solamente les aconsejo que canten Hare Kṛṣṇa, ya que este sonido trascendental es la única panacea para todas las enfermedades materiales.

Prabhupāda no veía la necesidad de forjar un programa especial para los problemas sociales de Calcuta. Cantar Hare Kṛṣṇa era «la única panacea para todas las enfermedades materiales». La cuestión era cómo emplear lo mejor posible a sus discípulos americanos para que diesen esta panacea a los indios. Prabhupāda había ido con un grupo de diez devotos, y había pedido a sus líderes de Occidente veinte más en el espacio de un mes. Había hecho un pedido de libros y revistas, por un valor de 60.000 dólares, a Dai Nippon Printing Company del Japón, y sus *sannyāsīs* iban a diario por las calles celebrando *kīrtana*.

El grupo de *saṅkīrtana* estaba teniendo una buena acogida. Con la cabeza afeitada, llevando *śikhās*, *tilaka vaiṣṇava* y ropajes color azafrán, los occidentales, tocando *karatālas* y *mṛdaṅgas*, cantando Hare Kṛṣṇa con el corazón y el alma, citando versos sánscritos de la *Bhagavad-gītā*, afirmando que Śrī Kṛṣṇa era la Suprema Personalidad de Dios, fueron para los bengalíes algo sensacional, y la gente se reunía a cientos para verlos. Prabhupāda sabía el gran interés que iban a despertar sus discípulos; todos querían verles. Por eso les llamaba afectuosamente sus «elefantes blancos bailarines».

Aquellos mismos devotos a los que había llegado a gustar ir cantando Hare Kṛṣṇa por las calles de San Francisco, Los Ángeles y Nueva York, ahora, con un calor extenuante que jamás habían conocido en América, cantaban en Dalhousie Square durante varias horas, a diario. La multitud se agolpaba, a veces burlándose, riéndose, o mofándose, pero las más de las veces, miraban con asombro profundo.

La idea de Prabhupāda era que, cuando los indios viesen que la gente joven occidental adoptaba los principios de la conciencia de Kṛṣṇa, la fe en su propia cultura aumentaría. Prabhupāda había explicado a sus discípulos que antiguamente, en los tiempos de Mahārāja Yudhiṣṭhira, la India había sido un estado consciente de Kṛṣṇa. Pero durante los últimos mil años, la India había estado bajo el dominio extranjero, primero con los mogules y después con los ingleses. Resultado de ello fue que la intelectualidad y, en

menor grado, las masas de la India, perdieron el respeto por su propia cultura. En aquel momento perseguían los fines materialistas de Occidente, considerándolos más productivos y prácticos que la religión, que era solamente sentimental.

El que los occidentales viviesen como *vaiṣṇavas* renunciados podría hacer cambiar las ideas y los sentimientos de los indios y ayudarles a recuperar la fe en su propia cultura perdida, cosa que Prabhupāda sabía muy bien. Pero no se trataba de una táctica material, sino de fuerza espiritual. Prabhupāda insistía en que los devotos fuesen puros en su conducta; esta pureza sería su fuerza.

Hacía unos diez días que iban a cantar a Dalhousie Square y a lo largo de Chowringee, cuando Prabhupāda decidió interrumpirlo. El *kīrtana* en la calle, aunque era un sistema excelente de predicación, no era el más efectivo para la India, decía. En Bengala había muchos grupos profesionales de *kīrtana*, y Prabhupāda no quería que se considerase lo mismo a sus discípulos, es decir, como ejecutantes profesionales o mendigos. Quería que predicasen de una manera que los acercase más a los indios más inteligentes y respetables, y reveló sus nuevos planes.

Él lo llamaba «Asociación Vitalicia» (Life Membership). Sus discípulos invitarían a los indios que quisieran apoyar y asociarse a ISKCON a que lo hiciesen, es decir a que se hiciesen miembros. Una cuota de 1.111 rupias daría derecho al titular a muchas ventajas, como ejemplares de las obras de Śrīla Prabhupāda y alojamiento gratuito en los centros de ISKCON por todo el mundo.

Hablando una tarde en una casa privada ante un grupo de hombres de negocios acaudalados, Prabhupāda inició su programa de asociación vitalicia. Después de hablar, invitó a su auditorio a que se hiciesen miembros vitalicios de ISKCON, y varios comerciantes de Calcuta se inscribieron inmediatamente.

B.L. Jaju: Yo estaba verdaderamente abrumado por la sencillez de la naturaleza de Prabhupāda. Me dijo que estaba llevando su negocio habitual cuando su guru le informó que cuatrocientos años antes, Caitanya Mahāprabhu había dicho que Hare Rāma Hare Kṛṣṇa se cantarían por todo el mundo. Dijo que aquél era el trabajo que le había dado su maestro espiritual, y que tendría que ir a América para llevarlo a cabo.

No encontré en él ningún esnobismo. Estuvo muy sencillo. Y decía, como si me estuviese hablando mi hermano, sencillamente, cómo había ido a los

Estados Unidos, cómo había comenzado, y cómo había planeado poco a poco extender esta conciencia de Kṛṣṇa por todo el mundo.

Viendo que sus discípulos habían cambiado de vida, comencé a pensar: «¿Por qué no yo? Con mis modestos medios debo hacer algo, sin preocuparme de lo que hagan los demás». Me pareció que, de manera imperceptible, estaba influyendo en mi vida. Mi mujer, y hasta mi hijo, estaban realmente sorprendidos cuando vieron que aquella gente blanca, de quienes pensábamos que nunca hubieran podido inclinarse hacia la conciencia de Kṛṣṇa, habían cambiado tanto. Así que pensamos que también nosotros debíamos intentar seguir mejor las enseñanzas de la Gītā.

Prabhupāda siguió celebrando reuniones en casa de la gente y hablando con los que le visitaban en su cuarto. Un día, un señor llamado Dandharia visitó a Prabhupāda y mencionó el próximo Sadhu Samaj de Bombay, donde se reunirían los *sādhus* más importantes de la India. Iba a celebrarse en la playa de Chowpatti y prometía ser algo importante. El Sr. Dandharia rogó a Prabhupāda su asistencia, y Prabhupāda accedió.

* * *

Bombay

Octubre 1970

La arena de la playa de Chowpatti era fina y estaba limpia. La audiencia se contaba por miles. Los *sādhus* estaban sentados en el escenario; Prabhupāda y sus seguidores se encontraban entre ellos. Anochecía. El cielo sobre el Mar Arábigo estaba nublado y se levantaba una brisa agradable.

Había habido dos conferencias exponiendo la filosofía *māyāvāda*, y era el turno de que hablase Prabhupāda, último orador previsto aquella tarde. La audiencia estaba impaciente por escucharle; sus logros en Occidente habían despertado una gran curiosidad, sobre todo entonces que había llegado a Bombay y sus devotos cantaban en público todos los días. Los discípulos de Prabhupāda, aburridos e irritados por las dos horas de oratoria en hindú, apenas podían esperar más para que hablase Prabhupāda. Pero Prabhupāda, en lugar de dirigirse a la audiencia, se volvió a sus discípulos y dijo: «Empezad a cantar».

Tan pronto como los devotos comenzaron el *kīrtana*, la pequeña Sarasvatī, hija de Śyāmasundara, se levantó y comenzó a bailar. Siguiendo su ejemplo, los demás devotos se levantaron y empezaron a bailar. A medida que el

kīrtana se animaba con *mṛdaṅgas* y *karatālas*, el baile y el canto de los devotos pareció molestar a alguno de los *sādhus* del estrado, que se levantaron uno tras otro y se fueron. Pero la audiencia respondió con entusiasmo, y muchos se levantaron batiendo palmas. Tras cinco minutos de *kīrtana* extático, los devotos saltaron espontáneamente sobre la arena y se dirigieron hacia la audiencia. Miles de personas entre la multitud se pusieron de pie, y comenzaron a moverse siguiendo la danza de los devotos, hacia atrás y hacia adelante.

Los indios comenzaron a llorar con una felicidad incontenible, inundados por el auténtico *kṛṣṇa-bhakti* de aquellos extranjeros. Nunca había sucedido nada semejante. Policías y periodistas se unieron al canto y a la danza. La playa de Chowpatti era un torbellino con el *kīrtana* de Hare Kṛṣṇa, a medida que Prabhupāda y sus discípulos demostraban el poder del movimiento de *saṅkīrtana* de Śrī Caitanya.

A los diez minutos, el *kīrtana* terminó, aunque en la multitud todos hablaban entre sí, creando una agitación tumultuosa. Pasaron quince minutos antes de que la gente volviese a sentarse y pudiese continuar el programa. Los devotos habían dejado el estrado y se habían sentado abajo, dejando solo en el estrado a Prabhupāda, cuya voz resonó a través de los altavoces.

—Señoras y señores, se me había pedido que hablase en hindú, pero yo no estoy muy acostumbrado a hablar en hindú. Por eso, los organizadores de esta reunión me han permitido que hable en inglés. Espero que todos puedan entenderme, porque esto es Bombay y la mayor parte de la gente habla inglés. El problema está, como les ha dicho Su Santidad Swami Akhandanandaji, uno de los oradores de esta tarde, en cómo podemos hacer para que todos recobren sus buenas costumbres, *sad-ācāra*. Yo creo que en esta era, Kali-yuga, hay muchos defectos.

Prabhupāda pasó a explicar la fuerza del movimiento de Śrī Caitanya para limpiar el corazón de todo el mundo. Hizo referencia a los dos grandes bribones, Jagāi y Mādhāi, que liberó Śrī Caitanya.

—Ahora estamos salvando Jagāis y Mādhāis al por mayor. Por eso, si queremos la paz, si queremos llegar al nivel del *sad-ācāra*, debemos extender el *hari-nāma mahā-mantra* por todo el mundo. Y esto está probado prácticamente. Los *vaiṣṇavas* americanos y europeos que han venido aquí, que han cantado el *mantra* Hare Kṛṣṇa, comían carne de vaca,

bebían, traficaban con sexo ilícito y eran jugadores de todas clases. Pero después de adoptar este movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa, han abandonado toda costumbre abominable. *Sad-ācāra* ha venido automáticamente. No toman ni siquiera té, ni siquiera café, y hasta ni fuman, lo que yo creo que es muy raro en la India. Pero lo han abandonado. ¿Por qué? Porque han adoptado la conciencia de Kṛṣṇa.

Prabhupāda terminó de hablar cinco minutos después: «No creo que tenga que decir muchas cosas. Podéis ver cuál es el resultado de la conciencia de Kṛṣṇa. No se trata de algo artificial. Está en todos. Yo no he hecho nada mágico. Sino que la conciencia de Kṛṣṇa está presente en todos nosotros. Solamente debemos hacerla revivir».

La audiencia respondió con aclamaciones y grandes aplausos. Prabhupāda, con mayor fuerza y elocuencia que los prolijos *māyāvādīs*, había mostrado la esencia de la vida espiritual, el canto extático de los santos nombres. Y presentó el testimonio viviente de sus discípulos americanos.

Durante la semana siguiente, Prabhupāda y sus discípulos fueron el tema de conversación en Bombay, y tuvieron muchas invitaciones para hablar y celebrar *kīrtana* en toda la ciudad. La información que publicaba el *Times Weekly* sobre el Sadhu Samaj ponía de relieve la presencia memorable de Śrīla Prabhupāda y sus discípulos.

Un grupo de veinte americanos, miembros de la delegación de Hare Krisna se hizo dueño del estrado. El aire se llenó del ritmo de las mridangas, del choque de los címbalos y de la música del maha-mantra. Oscilando de un lado a otro, al viento los mechones de pelo, cantaban: Hare Krisna...

Un periodista ya entrado en años, al que siempre había considerado como persona muy poco sentimental, me dijo con la voz quebrada por la emoción: «¿Te das cuenta de lo que está pasando? El hinduismo se va a adueñar de Occidente bien pronto. El movimiento Hare Krisna compensará todas las pérdidas que hemos sufrido a manos de los sacerdotes misioneros a través de los siglos».

Surat

17 de diciembre de 1970

Fue como si un sueño se hiciese realidad. La gente se alineaba por miles en la calle, a lo largo de muchas manzanas, mientras los devotos, tocando los

karatālas y *mṛdaṅgas* y cantando Hare Kṛṣṇa, se iban abriendo camino. La gente estaba en las azoteas o se agrupaba en las ventanas y en las puertas, mientras algunos se unían a la procesión. La policía interrumpió el tráfico en los cruces para dejar pasar la procesión del *kīrtana*. La calle de tierra estaba recién barrida y regada, y la habían decorado con dibujos de símbolos védicos auspiciosos hechos con harina de arroz. Bananos verdes recién cortados adornaban los dos lados del camino. Por encima, había *sārīs* extendidos como banderas a través de la estrecha calle, dosel de brillantes colores sobre el grupo de *kīrtana*.

El Sr. Bhagubhai Jariwala, anfitrión de Prabhupāda en Surat, había anunciado en los periódicos locales el trayecto de los desfiles diarios, y después, día tras día, los devotos iban en una procesión de *kīrtana* por diversas zonas de la ciudad. Mientras más de veinte discípulos de Prabhupāda conducían la procesión diaria, miles de indios cantaban, vitoreaban, e intentaban ver, y las mujeres tiraban pétalos de flores desde las azoteas.

Con frecuencia, la procesión tenía que detenerse, porque había familias que se acercaban a poner collares de flores a los devotos. A veces les ponían tantos collares de flores que apenas se les podía ver las caras llenas de dicha, y entonces los distribuían entre la multitud. Los devotos no habían visto nunca una recepción semejante.

—Es una ciudad de devotos —decía Prabhupāda. Comparaba a la gente de Surat con la hierba seca incendiándose. Eran conscientes de Kṛṣṇa por naturaleza, pero la llegada de Śrīla Prabhupāda y de su grupo de *saṅkīrtana* había sido como una antorcha que incendiase espiritualmente la ciudad.

Toda la población de Surat parecía salir a la calle todas las mañanas, cuando cientos de miles de personas se agrupaban a las siete en la zona asignada. Hombres, mujeres, trabajadores, comerciantes, profesionales, jóvenes, viejos, y todos los niños, todos parecían tomar parte. Abarrotando las calles y las casas, esperaban al grupo del *kīrtana*, y cuando llegaban los devotos, todos se alegraban.

Prabhupāda asistió a la procesión de la mañana solamente un par de veces, ya que prefería quedarse en sus apartamentos en casa del Sr. Jariwala. Todas las mañanas, Prabhupāda salía al balcón del primer piso en el momento en que salían sus devotos. Aunque las mañanas eran frías y muchos de los devotos estaban enfermos, al ver a Prabhupāda en el balcón bendiciéndoles, se aliviaban sus dificultades. Prabhupāda saludaba con la

mano, y los devotos iban calle abajo cantando.

Los devotos no tenían más objetos especiales que *mṛdaṅgas* y *karatālas*, nada de banderas, ni de bandas para desfilar, nada de *ratha* (carro), solamente un grupo entusiasta de *kīrtana*. Y tampoco había *paṇḍāl* (tienda de lona o carpa) oficial, ni Sadhu Samaj, ni Vedanta Sammelan, ni Gita Jayanti Mahotsava; solamente una ciudad entera de *kṛṣṇa-bhaktas*, esperando ansiosamente a los cantores americanos de Hare Kṛṣṇa.

Verse adorados por cantar Hare Kṛṣṇa era justo lo contrario de lo que los devotos habían visto en Occidente. En Hamburgo, Chicago, Nueva York, Londres, Los Ángeles, los habían insultado, amenazado con arrestarlos, asaltado e ignorado. Por supuesto, a veces se les había tolerado y hasta apreciado, pero nunca se les había honrado.

Después de varios días de procesión de *kīrtana*, el alcalde de Surat, Sr. Vaikuntha Sastri, cerró todas las escuelas y declaró día de fiesta en toda la ciudad. Todos podían celebrar la misericordia de Śrī Caitanya y cantar Hare Kṛṣṇa. Por toda la ciudad había letreros en Gujarati diciendo: «Bienvenidos los Devotos de Krisna Americanos y Europeos» y «Bienvenidos los Miembros del Movimiento Hare Krisna».

Prabhupāda había logrado en Surat lo que él quería. Había dado el santo nombre y la gente lo había abrazado. La gente de Surat, aunque no estaba dispuesta a cambiar de vida radicalmente y vivir como devotos de ISKCON, apreciaba que Prabhupāda hubiese hecho devotos de Śrī Kṛṣṇa a unos occidentales y que enseñase el mensaje puro de las Escrituras y cantase Hare Kṛṣṇa. Habían respondido a Prabhupāda no por dogma ni ritual, sino porque apreciaban la importancia de la vida espiritual, y porque reconocían que Prabhupāda e ISKCON eran auténticos.

Para los discípulos de Prabhupāda, la visita a Surat les había dado una idea de lo que sería el mundo si todos fuesen devotos.

* * *

El nuevo centro de ISKCON en Bombay era un apartamento con cuatro habitaciones en el sexto piso del edificio Akash-Ganga. El alquiler era de casi tres mil rupias al mes, y los devotos no tenían ningún ingreso mensual fijo. Sin embargo, puesto que la casa tenía una situación vital y prestigiosa, Prabhupāda se arriesgó. Este centro sería una base necesaria para predicar

como él tenía intención de hacer en Bombay, y su siguiente predicación sería un gran programa de once días en un *paṇḍāl*. «Si vas a cazar —decía Prabhupāda—, debes ir a por un rinoceronte. En ese caso, si no lo logras, todos dirán sencillamente: "Oh, eso no podía ser, de todos modos". Pero si lo logras, todos se quedarán sorprendidos, asombrados.»

Cuando Prabhupāda reveló su plan de organizar un gran festival en un *paṇḍāl* gigantesco, los devotos se dieron cuenta claramente de que la inspiración de Prabhupāda estaba motivando toda su predicación; sin él, nunca intentarían nada tan audaz y ambicioso como un gran festival en un *paṇḍāl* gigante en Bombay. Con frecuencia, «los discípulos americanos y europeos» aparecían en los programas a su lado, como si tuviesen la misma importancia, pero los devotos se consideraban solamente como unos servidores insensatos, tratando de ayudar al genuino devoto puro del Señor. Aunque Prabhupāda daba el mérito a sus discípulos, ellos sabían que Prabhupāda era el representante autorizado de Kṛṣṇa. Él era su autoridad y su vínculo personal con Kṛṣṇa; sus palabras y sus acciones revelaban una potencia totalmente trascendental. Lo mismo que Kṛṣṇa era ilimitado, Śrīla Prabhupāda, el más querido amigo de Kṛṣṇa, tenía derecho a pedir un servicio ilimitado en nombre de Kṛṣṇa. Al servicio de Kṛṣṇa, ningún proyecto era imposible. *Imposible*, decía Prabhupāda, es una palabra de un diccionario para tontos.

Pero a medida que Prabhupāda desarrollaba su plan para el festival del *paṇḍāl*, los devotos dudaban: ¿Cómo iban a reunir el dinero? ¿Cómo iban a montar una carpa tan enorme? ¿De dónde iban a sacar tantos alimentos? ¿Quién iba a prepararlos? Prabhupāda parecía divertido con sus dudas. «Todos vosotros sois americanos —dijo—. Y, ¿de qué sirve ser americano si no se hace algo maravilloso?»

Un *paṇḍāl* en Bombay, decía Prabhupāda, sería la mejor manera de combinar la ingeniosidad americana con la espiritualidad india. Les puso el ejemplo de un ciego y un lisiado. Aunque separados no pueden hacer nada, entre los dos, el ciego llevando a hombros al lisiado y el lisiado indicando el camino, pueden llegar a hacer algo. América, por su materialismo y su ignorancia de Dios, estaba ciega. Y la India, a causa de las invasiones extranjeras, de la pobreza, y de sus errores interpretando el saber de los *Vedas*, estaba lisiada. América tenía riqueza y progreso tecnológico, y la India tenía sabiduría espiritual. La tarea del movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa era combinar las dos fuerzas y levantar el mundo. Y una

aplicación práctica sería el festival del *pañḍāl* en Bombay.

Prabhupāda distribuyó el trabajo, asignando la publicidad a Śyāmasundara, a Tamāla Kṛṣṇa lo referente al *pañḍāl*, a Girirāja el reunir fondos, y a Madhudviṣa la programación del escenario. Comprendiendo el espíritu de Prabhupāda de «tirar al rinoceronte», Śyāmasundara organizó una campaña de publicidad masiva, con carteles gigantes y letreros colgando a través de las calles anunciando: "Su Divina Gracia A.C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda hablará en inglés sobre la ciencia de Dios. Distribución de prasadam y canto de bhajans, a cargo de sus bhaktas americanos y europeos —Festival Hare Krisna en Cross Maidan— Del 25 de marzo al 4 de abril".

Girirāja: *Śrīla Prabhupāda tomó Bombay al asalto. Toda la ciudad vibraba de entusiasmo con el Festival Hare Kṛṣṇa. Pusimos letreros en los cruces de las calles más importantes de Bombay. Pusimos carteles por todas las paredes, muchos carteles en cada pared, y pusimos grandes anuncios en el periódico con una fotografía muy bonita de Śrīla Prabhupāda superpuesta a un globo terráqueo, con el texto: Discursos sobre Bhagavat Dharma. Festival Hare Kṛṣṇa. Su Divina Gracia A.C. Bhaktivedanta Swami, Predicador Mundial del Culto Bhakti.*

Día a día crecía el ímpetu, y cada día ocurría algo nuevo. Finalmente, los dos últimos días, pusimos un enorme cartel en la Estación Victoria, el cruce más concurrido del centro de Bombay. Para entonces todo el mundo estaba tan al corriente del festival, de dónde se iba a celebrar y de todos los detalles, que todo lo que decía aquel cartel era Hare Krisna en letras enormes. Todo el mundo estaba ya enterado, así que bastaba con aquellas dos enormes palabras: Hare Krisna.

Después, Śyāmasundara preparó un globo muy grande, inflado con helio, y sujeto por una cuerda muy larga al emplazamiento de Cross Maidan. Aquel globo planeaba sobre la ciudad llevando un gallardete que decía Festival Hare Krisna. Era realmente la ingeniosidad, el talento y el dinamismo americanos.

La aparición de Prabhupāda en el *pañḍāl*, por la tarde, era siempre el punto culminante. Se sentaba en su *vyāsāsana*, la pequeña Sarasvatī se le acercaba y le ponía un collar de flores, y la multitud le aclamaba. Esperaba a que se hiciese el silencio, cosa que nunca ocurría; de manera que comenzaba a hablar, difundiéndose su voz por el potente sistema de altavoces. Tituló su primera conferencia: «La Civilización Moderna es un Fracaso, y la única

Esperanza es la Conciencia de Krisna».

Girirāja: Prabhupāda predicaba con energía a la gente de Bombay, y por las tardes, el paṇḍāl se llenaba con más de veinte mil personas. Śrīla Prabhupāda predicaba con gran fuerza, insistiendo en los principios religiosos. Sabía que aquella gente era hindú, pero que no seguía aquellos principios. Prabhupāda hablaba con tal fuerza, que me hizo pensar que lo que decía sería difícil de aceptar por muchos del auditorio.

En aquel momento pensé que si Prabhupāda hubiese querido adular a la audiencia o comprometer su filosofía, hubiese atraído a millones de seguidores. Pero como hablaba tan directamente y con tanta energía, sin concesiones, muchos del auditorio no lo aprobaron, porque era un desafío a su complacencia de los sentidos y a su sentimentalismo.

El hecho era que la gente estaba loca con Prabhupāda y ISKCON. Una noche proyectamos unas diapositivas del Ratha-yātrā de San Francisco, y la audiencia se volvía loca. Ante diez mil personas, Prabhupāda anunció que íbamos a celebrar el Ratha-yatra de Jagannātha en Bombay, y todos comenzaron a aclamar y a aplaudir.

Día tras día, el festival del paṇḍāl era un éxito. Las personalidades más importantes de Bombay asistieron y se quedaron muy impresionadas. Hombres de negocios con camisa blanca y sus engalanadas esposas se unieron al canto. Para cientos de miles de ciudadanos de Bombay, era muy fácil ir a Cross Maidan para asistir al programa de la tarde. Algunos escuchaban con atención la conferencia y se interesaban profundamente por el servicio devocional; otros iban más bien por ver a la Deidad, tomar prasādam, o disfrutar del kīrtana. En todo caso, A.C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda y los devotos Hare Kṛṣṇa constituyeron algo reconfortante que añadir a la vida de la ciudad. Fue el mayor acontecimiento público de Bombay.

Una tarde, Prabhupāda dirigió la ceremonia de una boda védica y de una iniciación ante miles de personas. La boda fue de Vegavān, que era sueco, y Padmavatīdāsī, que era australiana. Los dos encantaron a toda la audiencia, ella con su adornado sārī rojo y las joyas indias, incluido un anillo en la nariz, y él con su dhoti blanco, su kurtā y la cabeza recién afeitada. Al mismo tiempo se iniciaron también seis brahmacārīs.

Girirāja: La audiencia estaba impresionada. Ante todo, estaba asombrada viendo devotos extranjeros, sādhus extranjeros. Y después, por si fuera poco, verlos iniciarse y, más aún, casarse ante diez mil personas, era

abrumador. Y durante la ceremonia, cuando Śrīla Prabhupāda hizo al chico y a la chica marido y mujer, dijo que ella era de Australia y él de Suecia. Śrīla Prabhupāda dijo: «Esto son las verdaderas Naciones Unidas», y todos prorrumpieron en aplausos.

* * *

Mayo de 1971

Śrīla Prabhupāda se preparaba para un largo viaje por el mundo. Aunque su itinerario no estaba definido, su plan general era viajar mucho durante unos meses, después hacer un recorrido por los Estados Unidos, visitar Londres, y después volver a la India. Había enviado discípulos a Australia y Malasia, y quería visitarlos. También quería ir a Moscú y estaba esperando una carta de permiso del gobierno soviético. Lo mismo que había extendido su movimiento en América, visitando las ciudades más importantes, predicando y después dejando allí a unos pocos discípulos leales para mantenerlo, ahora extendía su campo de acción para incluir al mundo entero.

Sídney

9 de mayo de 1971

Los devotos de Sidney no esperaban a Prabhupāda. Un primer telegrama les había informado de que iba a ir, pero otro telegrama posterior decía: «Prabhupāda no irá ahora». Habían recibido un tercer telegrama, anunciando la llegada de Bali-mardana, el secretario australiano del GBC. Al llegar un cuarto telegrama diciendo solamente: «Llego», con la fecha y el número de vuelo, los devotos creyeron que se trataba de Bali-mardana y no de Prabhupāda. Los devotos habían tomado un pequeño collar de flores y habían ido a esperar el avión, de manera que cuando se abrieron las puertas para pasar a la zona de las aduanas y apareció Prabhupāda, se quedaron pasmados.

Con un maletín blanco en la mano izquierda, un bastón en la derecha y una *cādar* ligera sobre los hombros, Śrīla Prabhupāda entró en el aeropuerto. Periodistas preparados a entrevistar a Bali-mardana se acercaron con mucho interés, preguntando uno de ellos por qué había ido Prabhupāda a Australia.

Contestando en voz baja, Prabhupāda dijo que viajaba por todas partes, lo mismo que un viajante va por todas partes. Un viajante busca clientes

dondequiera que pueda encontrarlos, y Prabhupāda estaba viajando a la búsqueda de cualquier persona lo bastante inteligente como para aceptar su mensaje. «No es diferente venir a Australia —dijo—. Los gobiernos han hecho una demarcación: Esto es Australia; pero nosotros todo lo vemos como tierra de Kṛṣṇa.»

Aquellos devotos, notó Prabhupāda, sabían poco de la conciencia de Kṛṣṇa. Los primeros devotos que fueron a Australia, Upendra y Bali-mardana, habían abierto el centro y se habían marchado, no volviendo más que de vez en cuando. Así que todo un templo de devotos sin experiencia se había dejado prácticamente sin guía. Como ninguno de los devotos de Sídney sabía dar conferencias, las clases diarias habían consistido en lecturas de la *Bhagavad-gītā tal y como es* abreviada de Prabhupāda, que era el único libro que tenían. Sin embargo, la fe que tenían en Prabhupāda era tan firme que compensaba su falta de preparación. Le aceptaban como un puro devoto en contacto directo con Dios, y aceptaban sus libros como la verdad y a Kṛṣṇa como la Personalidad de Dios. Pero ignoraban muchas cosas prácticas, como cocinar, dar conferencias y adorar a las Deidades. Sabían que Prabhupāda quería que cantasen Hare Kṛṣṇa en público y que distribuyesen entre la gente de Sídney la revista *Back to Godhead*, cosas que hacían diariamente. A pesar de los frecuentes arrestos, seguían con su *saṅkīrtana*. Sinceridad, la tenían. Sólo les faltaba preparación.

Vaibhavī-devī dāsī: Prabhupāda instaló las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa e inició a varios discípulos el mismo día. Las iniciaciones fueron primero. Inició a todos los devotos del templo, hasta a un muchacho que se les había unido aquella misma semana y se había encontrado con la conciencia de Kṛṣṇa solamente una semana antes, y gente que no vivía en el templo, cualquiera que estuviese allí e hiciera algún servicio. Él quería que la conciencia de Kṛṣṇa se estableciese en Australia, por eso inició a todo el mundo. Dio al mismo tiempo la primera iniciación y la segunda, porque, como había instalado las Deidades, tenía que haber algún brāhmaṇa.

Pero nosotros no sabíamos nada. No estábamos listos. El altar no estaba terminado. Prabhupāda me explicó que teníamos que ensartar flores para hacer un collar; la Deidad tenía que llevar una. Yo fui corriendo calle arriba y calle abajo buscando flores y un poco de hilo para hacer un collar de flores.

Lo mismo con el cordón sagrado. No había cordones sagrados. Prabhupāda dio a los hombres un cordón sagrado en la iniciación de brāhmaṇa, pero nadie sabía realmente lo que era. Así que fui corriendo a comprar hilo. Y mientras Prabhupāda estaba iniciando a la gente, yo estaba allí sentada haciendo cordones sagrados, copiando el que se había quitado Bali-mardana.

Hice cinco, y yo venía después. Tras el sacrificio, cuando salía del cuarto de Prabhupāda, donde me había dado el mantra Gāyatrī, los otros devotos dijeron: «Ahora tú eres una brāhmaṇa. Así que tienes que tener también un cordón». Me dijeron que hiciese uno para mí, cosa que no hice porque alguien me dijo después que una mujer no tiene que llevarlo. Es que no sabíamos gran cosa.

Prabhupāda permaneció con las manos juntas ante las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa que acababa de instalar. Tras pasar menos de una semana en Sídney, se marchaba. Sabía que los devotos allí no tenían el nivel necesario para adorar a Rādhā y a Kṛṣṇa. Y sabía que se arriesgaba confiando la adoración a discípulos neófitos. Sin embargo, como ācārya autorizado y como representante de Śrī Caitanya, tenía que implantar la conciencia de Kṛṣṇa por todas partes donde pudiera echar raíces. El mundo la necesitaba desesperadamente. Si sus discípulos seguían el método que les había enseñado, de cantar, escuchar, y observar los principios regulativos, sabía que pronto se purificarían.

Había ofrecido una analogía: Aunque en la vida material, para ser juez, hay que ser primeramente un abogado con gran competencia, en la conciencia de Kṛṣṇa a un devoto sincero primero «se le se sienta en la tribuna», se le da la posición de *brāhmaṇa*, y después, por la gracia del santo nombre y del maestro espiritual, adquiere la competencia necesaria. Pero los devotos de Sídney eran especialmente inmaduros, y Prabhupāda hizo un ruego extraordinario a Rādhā-Gopīnātha: «Ahora Os dejo en manos de los *mlecchas*. No puedo asumir la responsabilidad. Dignaos guiar a estos chicos y chicas, y dadles inteligencia para que Os adoren correctamente».

* * *

Moscú
Junio de 1971

Prabhupāda, su secretario y su sirviente cumplieron las formalidades aduaneras y de inmigración con rapidez y facilidad, y un guía turístico del gobierno les acompañó en coche al Hotel Nacional. Este hotel, que estaba cerca de la Plaza Roja, de la Tumba de Lenin y del Kremlin, era costoso pero sencillo. Prabhupāda encontró su cuarto sórdido y exiguo, con espacio apenas suficiente para una cama y dos sillas. El cuarto de Śyāmasundara y Aravinda estaba alejado, y Prabhupāda decidió que Aravinda, en lugar de quedarse con Śyāmasundara, compartiese el cuarto con él, atestando aún más su cuarto.

Aravinda dijo al gerente del hotel que no iban a tomar la comida del hotel, sino que tenían que cocinar ellos mismos su propia comida. El gerente se negó al principio, pero finalmente, les permitió utilizar la cocina de las sirvientas.

Resuelto este problema, el siguiente era el de adquirir los alimentos. Prabhupāda envió a la calle a Śyāmasundara. Al otro lado de la calle, Śyāmasundara encontró una tienda donde vendían leche y yogur, pero volvió al cuarto de Prabhupāda sin haber comprado fruta, verduras ni arroz. Prabhupāda le volvió a enviar fuera, y esta vez Śyāmasundara pasó fuera el día entero, volviendo tan sólo con un par de coles. Al día siguiente, Prabhupāda le envió a buscar arroz. Cuando volvió, al cabo de varias horas, con el arroz, Prabhupāda vio que era de mala calidad, de una variedad de Corea del Norte, muy dura. Prabhupāda pidió fruta, pero Śyāmasundara tuvo que recorrer a pie varios kilómetros por la ciudad para encontrar algo fresco, unas pocas cerezas. Dondequiera que fuese, Śyāmasundara tenía que hacer largas colas para comprar cualquier cosa. Sin embargo, por lo general había alguien que le llevaba al principio de la cola al ver que era un turista. Todo lo que Śyāmasundara compró, fue con cupones.

Prabhupāda estuvo tranquilo y regulado, siguiendo su programa diario. Se levantaba pronto y traducía, y en el frío de la mañana, temprano, salía a dar un paseo por las calles casi desiertas. Prabhupāda, con una *cādar* color azafrán, andaba deprisa, y a veces Śyāmasundara se adelantaba corriendo para fotografiarle.

Cuando pasaban por la Tumba de Lenin, ya se empezaba a formar una cola. «Fíjate —dijo Prabhupāda una mañana—, ése es su Dios. La gente no comprende la diferencia entre cuerpo y espíritu. Consideran el cuerpo como la verdadera persona.»

A Prabhupada le gustó la poca densidad del tráfico: algunos tranvías,

algunas bicicletas, pero, más que nada, peatones. Al ir andando entre edificios antiguos y adornados, vio que unas mujeres de edad avanzada estaban regando las anchas calles. «Una buena práctica», dijo. El pueblo ruso parecía tener la vida estructurada y regularizada, mucho más que el americano. Este pueblo austero y sencillo, sin estropear por el hedonismo desenfrenado tan corriente en América, era un terreno fértil para la conciencia de Kṛṣṇa. Pero desprovisto de sustento espiritual, parecía taciturno.

Prabhupāda había estado planeando durante meses ir a Moscú. Además de que deseaba predicar a los rusos, pensaba concretamente en tener un encuentro con un profesor ruso de indología llamado G.G. Kotovsky. El profesor Kotovsky dirigía el Departamento de Estudios Indios y del Sudeste Asiático, de la Academia de Ciencias de la URSS de Moscú, y Prabhupāda había mantenido correspondencia con él durante un año.

Prabhupāda envió a Śyāmasundara a que concertase una entrevista con el profesor Kotovsky. La Oficina de Turismo puso a su disposición un coche y un guía, y Prabhupāda, con sus acompañantes, salió de la ciudad hacia el despacho del profesor Kotovsky que estaba en un antiguo edificio de ladrillos blancos, en la Academia de Ciencias.

Cuando llegó Prabhupāda, el profesor ruso, de mediana edad y vestido con un traje gris, se levantó de su desordenado escritorio y dio la bienvenida a Prabhupāda a su pequeño despacho. El profesor Kotovsky parecía algo indeciso, más precavido que en sus cartas. Cuando Śyāmasundara mencionó el deseo de Prabhupāda de dar conferencias entre los alumnos de la Academia que estuviesen interesados en ello, el profesor Kotovsky se negó rotundamente: eso no se permitiría nunca. Prabhupāda estaba decepcionado.

Al momento, Prabhupāda no parecía estar afectado, y comenzó a hablar con su humildad acostumbrada, sentado en una silla de despacho de respaldo recto al lado del profesor Kotovsky, que se sentó frente a su escritorio. Śyāmasundara puso en marcha el magnetófono, que el profesor miró con cautela, pero sin hacer objeciones.

Prabhupāda: «El otro día estuve leyendo el periódico *Moscow News*. Había un Congreso Comunista, cuyo presidente había declarado: "Estamos dispuestos a admitir las experiencias de los demás para mejorar". Y yo

pensé que el concepto védico de socialismo o comunismo mejoraría mucho la idea de comunismo».

El profesor Kotovsky escuchó atenta y correctamente a su extranjero visitante, que le explicó de qué manera el *gr̥hastha* de la cultura védica alimenta a todos los que viven en su casa (incluso a los lagartos), y de qué manera, antes de tomar sus comidas, sale a la calle a invitar a todo el que esté hambriento para que entre y coma. «De la misma manera —explicaba Prabhupāda—, hay muchos conceptos interesantes sobre la idea socialista del comunismo. Así que, yo pensé que estas ideas podían comunicarse a alguno de sus pensadores. Por esto tenía un gran deseo de hablarles.»

El profesor Kotovsky respondió con varias preguntas, que Prabhupāda acogió con satisfacción, aunque se basaban en los propios intereses socialistas soviéticos. Pensó que el profesor, más que un académico, era un instrumento del sistema soviético universitario; lo mismo que una potencia política trata de comprender a su adversario, el profesor investigaba en la cultura india para que su gobierno pudiera impregnarla de su propia ideología. Tras el interés aparente del profesor Kotovsky en la cultura védica, Prabhupāda pudo ver el criterio del partido comunista, criterio diametralmente opuesto a la filosofía védica.

Sin embargo, Prabhupāda, con mucho tacto, siguió presentando la conciencia de Kṛṣṇa de acuerdo con el *paramparā*, y trató de convencer al profesor Kotovsky por medio de las Escrituras y de la lógica. Lo que no comprendía la sociedad moderna, dijo Prabhupāda, era la finalidad de la vida humana. «La sociedad no sabe lo que es la vida futura —dijo—. No hay ningún departamento científico ni del conocimiento que estudie lo que hay cuando el cuerpo termina.»

El profesor Kotovsky, con cortesía, objetó completamente. «Swamiji —dijo—, cuando muere el cuerpo, su propietario también muere.» Prabhupāda calificó su respuesta. El erudito profesor, jefe del Departamento de Estudios Indios de la Academia Soviética, había sido sorprendido en un momento clásico de ignorancia. Su concepto de quién era él mismo no era superior al de un animal.

Al cabo de sólo tres días, la misión de Prabhupāda en Moscú parecía terminada. Después de la entrevista con el profesor Kotovsky, ¿qué quedaba? El gobierno no permitiría nada más. No le habían permitido

llevar libros con él y ahora se le había negado la oportunidad de hablar en público. Los extranjeros no tenían que hablar con los rusos. No podía ir a ninguna parte más que en viaje acompañado. De manera que sin predicación ni perspectivas, se quedaba en su exigua habitación, tomando su masaje, bañándose, tomando el alimento que Śyāmasundara pudiera encontrar y cocinar, dictando unas cartas, cantando Hare Kṛṣṇa y traduciendo el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Prabhupāda dio una vuelta por Moscú, con otros turistas, en un autobús lleno hasta los topes. Vio gente mayor rusa que iba a la iglesia, a la puerta de la cual había unos guardias armados; y supuso que los guardias estaban allí para evitar que los jóvenes entrasen para adorar. Pronto se cansó de la vuelta, y el guía llamó a un taxi, dando instrucciones al chófer para que le llevase al Hotel Nacional.

Śyāmasundara seguía pasando la mayor parte del tiempo buscando alimentos frescos. Al oír que había naranjas en un mercado al otro lado de la ciudad, se dispuso a cruzarla. Con su cabeza afeitada, su *dhoti* blanco, y la *kurtā*, llamaba la atención de todo el que pasaba, y al volver, ya anochecido, unos hombres de uniforme con brazaletes rojos le abordaron tomándole por un extravagante local. Le agarraron, poniéndole los brazos en la espalda y le gritaron en ruso. Śyāmasundara entendió la palabra *dakumyent* («documentos, identificación»). Él contestó: «*Dakumyent*, ¡hotel!, ¡hotel!». Al ver que Śyāmasundara era un turista, los oficiales le soltaron, y él volvió al hotel e informó a Prabhupāda de lo que había pasado.

—No hay esperanza en Rusia sin la conciencia de Kṛṣṇa —dijo Prabhupāda. Una vez, Śyāmasundara estaba en la cola de la tienda donde vendían yogur, cuando un hombre que estaba detrás de él le preguntó algo sobre yoga. «Me gustaría realmente hablar con usted», dijo el hombre, dándole su nombre y dirección y la hora en que podrían encontrarse sin peligro. Cuando Śyāmasundara se lo dijo a Prabhupāda éste dijo: «No, se trata de un policía. No vayas».

De pie ante su ventana, Prabhupāda pudo ver un desfile cerca de la Plaza Roja: escuadrones, tanques, artillería y misiles desfilaban por las calles. «Preparándose siempre para la guerra —dijo—, los líderes rusos mantienen al pueblo motivado, y así evitan la sublevación.» Comparó a la Rusia belicosa con los *asuras* (demonios) de las antiguas historias védicas tales como el *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Un día, dos jóvenes, uno de ellos hijo de un diplomático indio destinado en Moscú, el otro moscovita, estaban dando una vuelta cerca de la Plaza Roja, cuando vieron algo sorprendente. De entre la rutina sistematizada de cada día, aparecía un joven alto, con la cabeza afeitada, una larga cola de caballo pelirroja y ropajes blancos, que flotaban al viento. Era Śyāmasundara. El hijo del diplomático indio, que estaba acostumbrado a ver aquellas ropas, le detuvo. Śyāmasundara sonrió: «Hare Kṛṣṇa, hermano». Y comenzó a hablar con el indio, cuyo nombre era Narayana. El ruso, Iván, sabía un poco de inglés, y siguió la conversación lo mejor que pudo. Poco a poco, fueron hablando en serio.

—¿Por qué no venís y habláis con mi maestro espiritual? —preguntó Śyāmasundara. Halagados, los muchachos fueron inmediatamente con Śyāmasundara al Hotel Nacional. Cuando llegaron, encontraron a Prabhupāda sentado en su cama, radiante y sonriendo, mientras Aravinda le daba masaje en los pies. Śyāmasundara entró y ofreció reverencias ante Prabhupāda. Iván estaba completamente fascinado.

—Pasad —dijo Prabhupāda. Y los tres se sentaron a sus pies. Dirigiéndose primero a Narayana, Prabhupāda le preguntó su nombre y lo que hacía su padre. A Narayana le gustó Prabhupāda, y ofreció traerle verduras frescas; como su padre tenía un puesto elevado en la embajada de la India, hacía llegar por avión productos de su país.

Iván estaba aún más interesado que su amigo indio, y Prabhupāda comenzó a explicarle la filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa, mientras Narayana ayudaba como intérprete. Iván preguntaba con respeto y admiración, y Prabhupāda contestaba a sus preguntas

dándole tanta información básica sobre la conciencia de Kṛṣṇa como era posible en una sesión. Prabhupāda explicó la diferencia entre el alma espiritual y el cuerpo, y describió la relación eterna del alma con Kṛṣṇa, la Suprema Personalidad de Dios. Habló de la *Bhagavad-gītā*, de su red de templos por todo el mundo y de sus jóvenes discípulos, chicos y chicas, que practicaban el *bhakti-yoga*.

Prabhupāda aludió a su deseo de predicar en Rusia, que era un gran terreno para la conciencia de Kṛṣṇa, porque la gente era de carácter abierto y no estaban contaminados por la complacencia de los sentidos. Quería introducir en Rusia los libros sobre la conciencia de Kṛṣṇa mediante una

biblioteca o sala de lectura, o de la manera que fuese posible. La filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa, dijo, debería enseñarse a los más inteligentes de Rusia, pero a causa de las restricciones del gobierno, habría que hacerlo discretamente. Los devotos no podrían cantar y bailar en las calles, pero podrían cantar juntos en voz baja en casa de alguno de ellos. Prabhupāda comenzó a cantar en voz muy baja guiando a los muchachos en el *kīrtana*.

El modo en que Iván recibió a Kṛṣṇa fue como un hambriento tomando alimentos. Pero después de varias horas, él y su amigo tenían que irse. Volverían al día siguiente.

Śyāmasundara comenzó a relacionarse con Iván y Narayana. Iván, que era estudiante de filosofías orientales, era muy inteligente, y estaba ansioso de saber lo que pasaba en el mundo exterior. Le gustaban los Beatles, y Prabhupāda le habló de su relación con George Harrison y con John Lennon. Iván y Śyāmasundara tuvieron largas charlas sobre las ambiciones y las esperanzas de la gente joven fuera de Rusia, y Śyāmasundara le explicó de qué manera la conciencia de Kṛṣṇa era el principio básico de todos los caminos espirituales. Śyāmasundara también le enseñó los principios básicos del *bhakti-yoga*, como cantar las 16 vueltas prescritas de *japa* diariamente, y le dio su propio ejemplar de la *Bhagavad-gītā tal y como es*.

Prabhupāda enseñó a Iván a preparar *capātīs* y arroz, y le pidió que abandonase la costumbre de comer carne. Alegrementemente, Iván aceptó el canto, la nueva forma de comer, todo. Iván estaba siendo instruido de tal manera que cuando Prabhupāda se marchase, pudiera seguir él solo. Iván podría ver él mismo que cambiaba y avanzaba en la vida espiritual, y después de practicar algún tiempo, podría ser iniciado. Iván dijo que hablaría a sus amigos de la conciencia de Kṛṣṇa. Con dos días que le quedaban de estar en Moscú, Prabhupāda enseñó a Iván todo lo que pudo. En el deseo y la inteligencia de este joven ruso, encontró Prabhupāda la verdadera finalidad de su visita a Rusia.

Prabhupāda hizo la comparación de que cuando se cuece arroz, sólo hace falta probar un grano para saber si todo el pote está hecho. Lo mismo, al hablar con este único joven ruso, Prabhupāda podía decir que el pueblo ruso no estaba contento en su llamado país ideal del marxismo. Tan profundamente receptivos como fue Iván a la conciencia de Kṛṣṇa, podrían serlo millones de rusos.

Cāṇakya Paṇḍita, el filósofo védico, dice que una flor que se abre puede

perfumar todo el bosque, y que el fuego de un solo árbol puede abrasar el bosque entero. Desde el punto de vista marxista, Iván era el fuego que iba a extender la conciencia de Kṛṣṇa entre los demás, derrotando así la ideología comunista. Y desde el punto de vista de Prabhupāda, Iván era la flor aromática que prestaría su fragancia a otros muchos. La visita de Prabhupāda a Rusia no era un oscuro interludio, sino que se había convertido en una ocasión para plantar la semilla de la conciencia de Kṛṣṇa en un país desvalido.

Śrīla Prabhupāda había llevado el movimiento de Śrī Caitanya a un país más. El mismo Caitanya Mahāprabhu había predicho que el movimiento de *saṅkīrtana* llegaría a todas las ciudades y aldeas, pero durante cientos de años aquella predicción había quedado incumplida. Prabhupāda, sin embargo, en los pocos años que trascurrieron desde su primer viaje a América en 1965, había plantado una y otra vez el mensaje de Śrī Caitanya en lugares inverosímiles, uno tras otro. Y de todos aquellos lugares, quizá fuese aquel el más inverosímil; en una corta visita a Moscú, supervisada por el gobierno, había plantado la semilla de la conciencia de Kṛṣṇa en la Unión Soviética. Era como la aguja, y todas las personas y cosas relacionadas con él, eran como el hilo que seguiría.

El profesor Kotovsky había comentado que la estancia de Prabhupāda en un hotel pasado de moda, no sería muy interesante. Pero Prabhupāda, sin que lo supiese el profesor Kotovsky, trascendía Moscú o cualquier otro sitio del mundo material. Él había ido a aquel lugar, y Kṛṣṇa le había enviado un alma sincera que recibiese el regalo de la conciencia de Kṛṣṇa. Esto no había ocurrido mediante la astucia del espionaje contra el gobierno soviético, sino por la presencia de un devoto puro de Kṛṣṇa y su natural deseo de contentar a Kṛṣṇa con la predicación. En respuesta al deseo puro de Prabhupāda, Kṛṣṇa había enviado un muchacho, y de aquel único muchacho, el deseo se extendería a los demás. Nada, ni siquiera un Telón de Acero, podía detener la conciencia de Kṛṣṇa. La actividad natural del alma era servir a Kṛṣṇa. Y la voluntad natural de Kṛṣṇa era la de satisfacer los deseos puros de Su devoto.

* * *

Nairobi.

Septiembre de 1971.

Prabhupāda quería predicar a los africanos. En Kenya, indios y africanos

estaban completamente segregados. Pero como una persona consciente de Kṛṣṇa no hace distinciones basadas en el cuerpo material, Prabhupāda decía que los indios tenían el deber de compartir con los africanos su cultura espiritual.

El representante GBC de Prabhupāda en África era Brahmānanda Swami. Cuidadosamente había grabado en la mente de Brahmānanda que su primera obligación en África era distribuir la conciencia de Kṛṣṇa entre los africanos. A causa de malas experiencias en Turquía y Pakistán, Brahmānanda había estado reacio a hacer *kīrtanas* públicos en Nairobi. Además, los africanos hablaban principalmente en *swahili*; eran culturalmente diferentes, y en general, demasiado pobres para comprar libros, así que Brahmānanda no sabía como predicarles con efectividad. Dirigirse a los indios había sido fácil y natural.

Pero Prabhupāda quería a los africanos. «Es un país africano —dijo sencillamente—. Ellos son los propietarios. Debemos predicar para ellos.»

Y lo mismo que con todo lo demás referente a la conciencia de Kṛṣṇa, Prabhupāda demostró cómo hacerlo. Logró el derecho de uso de un templo de Rādhā-Kṛṣṇa en una zona del centro, predominantemente africana. El templo tenía un vestíbulo con las puertas que daban a una calle muy transitada, y Prabhupāda dijo a los devotos que hicieran el *kīrtana* en el vestíbulo teniendo las puertas abiertas. Los devotos hicieron como se les había dicho, y en cinco minutos, el vestíbulo comenzó a llenarse de gente. Era una zona pobre de la ciudad, y la gente que entraba era analfabeta y estaba sucia. Pero tenían curiosidad, y se unieron al *kīrtana* muy contentos, sonriendo, batiendo palmas y bailando.

Brahmānanda Swami dejó el vestíbulo y fue a la casa vecina en la que se alojaba Prabhupāda. «Aquello está lleno de gente —dijo Brahmānanda—, pero no es necesario que vengas. Podemos seguir y hacer el programa nosotros mismos.»

—No —dijo Prabhupāda—. Debo ir.

Brahmānanda trató de disuadirle.

—No, debo ir —repetía Prabhupāda—. ¿Vas a llevarme?

Cuando Brahmānanda llegó con Śrīla Prabhupāda, el vestíbulo estaba aún más atestado que cinco minutos antes. Prabhupāda, con sus ropajes de seda azafrán, parecía refulgir cuando entró en la sórdida, pobremente iluminada sala de conferencias. Al entrar Prabhupāda, la gente se dividió, dejando un

pasillo para que pasase entre ellos y observándole con curiosidad. Desde el estrado, Prabhupāda dirigió un *kīrtana* y habló al auditorio. A pesar de que éste era de habla *swahili* y no podía comprender el discurso de Prabhupāda, la gente era respetuosa. Y el *kīrtana* les encantó.

Los miembros de la comunidad india estaban inquietos por haber abierto Prabhupāda su templo a los africanos, y algunos de ellos habían ido para ver lo que pasaba. Pero al observar el compasivo programa de Prabhupāda, los indios estaban impresionados. Un programa que parecía tan sencillo tenía la potencia espiritual de borrar fronteras culturales.

Prabhupāda insistía en que aquella debía ser la misión de Brahmānanda Swami en África: ofrecer la conciencia de Kṛṣṇa a los africanos. Y el programa debía ser sencillo: distribuir *prasādam*, distribuir libros gratis, y cantar Hare Kṛṣṇa con tambores y *karatālas*. La conciencia de Kṛṣṇa no debía ser solamente una asociación religiosa hindú más en Nairobi. Los hindúes debían tomar parte haciendo donativos en dinero, pero la predicación y el reclutamiento de Brahmānanda Swami tendría que hacerse entre los africanos.

Cuando algunos discípulos negros americanos se reunieron con Prabhupāda en Nairobi, éste les dijo: «Hace cuatrocientos años se llevaron a vuestros antepasados como esclavos. Pero, ¿veis? ¡Ahora habéis vuelto como señores!».

También organizó Prabhupāda en Nairobi el primer *kīrtana* al aire libre. Los devotos fueron al árbol más grande de Kamakunji Park, jalón histórico relacionado con la independencia de Kenya. Mientras cantaban bajo el árbol, acudió mucha gente y muchos comenzaron a cantar. Algunos de ellos hasta bailaron en una especie de movimiento tribal. Un muchacho se adelantó, ofreciéndose a traducir al *swahili* el discurso de Brahmānanda. Los devotos distribuyeron *bundi* dulce, y la gente disfrutó mucho. Todo el programa fue un gran éxito.

Brahmānanda fue corriendo a ver a Prabhupāda para informarle del maravilloso *kīrtana* del parque. Sentía la misma emoción que en 1966, cuando fue a dar cuenta a Prabhupāda del éxito del primer *kīrtana* en el Washington Square Park de Nueva York. En esta ocasión, como entonces, el resultado había sido un éxito. Prabhupāda, con su ejemplo personal y al empujar a Brahmānanda Swami, había cambiado en pocos días el énfasis de la predicación en África: de dirigirse a los indios a hacerlo a los africanos.

La noche de la conferencia de Prabhupāda en la Universidad de Nairobi, dos mil estudiantes africanos llenaban la sala, mientras unos cientos más estaban fuera, mirando por puertas y ventanas. Prabhupāda hizo que en primer lugar Bhūta-bhāvana, un discípulo negro americano, pronunciase una especie de introducción, empleando alguna frase tomada del *swahili*. «Harambay», comenzó; que significa: «Bienvenidos, hermanos. Vamos a trabajar juntos».

Después habló Prabhupāda. «El mundo entero está sencillamente ansiando algo y lamentándose. Vosotros, africanos, estáis ansiando ser como los europeos y los americanos. Pero los europeos han perdido su imperio. Ahora se están lamentando. De manera que unos desean, y otros se lamentan...

«Hemos venido a estos países africanos para invitar a todas las personas inteligentes a venir y comprender esta filosofía y a distribuirla. Vosotros tratáis de alcanzar un desarrollo, pero debéis hacerlo sólidamente. Sin tratar de imitar a los americanos ni a los europeos, que viven como los perros y los gatos. Semejante civilización no puede subsistir. Ya está ahí la bomba atómica. Tan pronto como estalle la próxima guerra, todos los rascacielos y todo lo demás se acabará. Tratad de comprenderlo desde el punto de vista real, la visión verdadera de la vida humana. Esto es el movimiento de la conciencia de Kṛṣṇa, y os pedimos que vengáis y tratéis de comprender esta filosofía. Muchas gracias.»

La audiencia rompió en aplausos, dando una larga ovación a Prabhupāda. Esta respuesta probó una vez más que el mensaje de Kṛṣṇa hablaba al corazón; se dirigía a todo el mundo, cualquiera que fuesen sus ideas políticas o sus circunstancias geográficas o sociales. Cuando Prabhupāda acababa de aterrizar en el aeropuerto de Nairobi, aseguró a un periodista que él quería predicar a los africanos. Y ahora lo hacía. Estaba dando a los africanos el mismo mensaje y el mismo proceso de servicio devocional que había dado a los americanos. Lo que querían los americanos y lo que querían los africanos sólo podía realizarse en la conciencia de Kṛṣṇa. La conciencia de Kṛṣṇa iba a dar resultados en todas partes, si gente inteligente y sincera quería colaborar, ayudando a distribuirla.

La predicación de Prabhupāda en Nairobi había sido especialmente activa. Él estableció la conciencia de Kṛṣṇa en una nueva ciudad, dando un ejemplo que Brahmānanda Swami debía emular, mostrando la manera de difundir la conciencia de Kṛṣṇa por el continente. Y Śyāmasundara seguía

informando a sus hermanos espirituales del GBC de las sorprendentes actividades de Prabhupāda.

El ritmo ha sido a la velocidad del rayo, y Su Divina Gracia está abriendo otro nuevo campo de operaciones muy amplio. La gente acude en tropel con curiosidad y haciendo preguntas serias... Prabhupāda, después de terminar una predicación maratónica, una noche, ya tarde, pidió de comer y observó: «Ya veis, tengo hambre. Hacedme hablar..., ésa es mi vida. No permitáis que deje de hablar...».

Capítulo Quinto

Que se haga un templo

Parte I

Calcuta

Marzo de 1971

Era medianoche. Śrīla Prabhupāda estaba sentado sobre un cojín tras su mesa baja de trabajo, y la luz que tenía encendida era la única que brillaba en la casa. Los demás devotos estaban acostados. Sobre su mesa estaba el dictáfono y un volumen del *Śrīmad-Bhāgavatam* con comentarios en bengalí. Un pequeño retrato enmarcado de su maestro espiritual, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, se encontraba entre dos pequeños jarrones de rosas y ásteres. En el suelo, del otro lado de la mesa, estaba la gran estera cubierta con lienzo blanco, sobre la que, unas horas antes, se habían sentado devotos y visitantes.

Pero ahora estaba solo. Aunque tenía la costumbre de retirarse a las diez, y de levantarse tres o cuatro horas más tarde para traducir, aquella noche no había descansado, su *Bhāgavatam* permanecía cerrado y su dictáfono cubierto.

Había enviado a dos de sus discípulos, Tamāla Kṛṣṇa y Bali-mardana, a Māyāpur para comprar un terreno. Seis días habían pasado, y ni habían vuelto, ni habían dicho una palabra. Les había dicho que no volviesen hasta haber cerrado el trato, pero seis días eran más que suficientes. Estaba inquieto pensando constantemente en sus dos discípulos.

Llegó hasta él una brisa que traía la fragancia de los árboles de *nīm* a través de la ventana. La noche se enfriaba y Prabhupāda llevaba una *cādar* ligera sobre los hombros. Absorto en sus pensamientos, apoyado sobre la blanca almohada, no prestaba atención a lo que estaba acostumbrado a ver en aquel cuarto. A su lado, había un cántaro de barro con agua de beber, y sobre un pequeño pedestal de madera había un tiesto con una planta de *tulasī*. La corriente eléctrica, que había estado cortada la mayor parte del día y de la noche, ahora estaba conectada, y las polillas y otros insectos revoloteaban alrededor de la escueta bombilla que colgaba sobre su cabeza. Una lagartija rondaba por el techo, lanzándose de vez en cuando hacia la zona de luz para capturar algún insecto.

¿Por qué tardaban tanto Tamāla Kṛṣṇa y Bali-mardana? Se trataba de algo más que la sola espera de seis días; durante años, había tratado de tener un terreno en Māyāpur. Y esta vez las perspectivas eran excelentes. Había dado instrucciones muy claras a Tamāla Kṛṣṇa y Bali-mardana, y ya tendrían que estar de vuelta. El retraso podía significar alguna complicación o incluso peligro.

El terreno que le interesaba tenía nueve *bīghas* (2,3 hectáreas), y estaba situado en Bhaktisiddhānta Road, a un kilómetro y medio del lugar de nacimiento de Śrī Caitanya Mahāprabhu. Los hermanos Sek, granjeros musulmanes, propietarios del terreno, habían pedido un precio muy alto. Sólo recientemente, un abogado de Calcuta que conocía bien Navadvīpa, había podido gestionar la compra a un precio justo. Los hermanos Sek estaban de acuerdo en que el precio fuese de 14.500 rupias, y Prabhupāda había autorizado que se retirase el importe de su banco en Krishnanagar. Por esto Tamāla Kṛṣṇa y Bali-mardana habían salido hacia Māyāpur, mientras Prabhupāda se había quedado en Calcuta, trabajando en sus asuntos, pero pensando continuamente en lo que estarían haciendo sus

discípulos. Su misión era muy importante para él, y siguió recordándolos, y bendiciéndolos con su preocupación personal.

Mientras Prabhupāda estaba allí, ensimismado en sus pensamientos, sólo se oían los acostumbrados ruidos de la noche: ratones por dentro de las paredes, los ronquidos de un *brahmacāri* en la terraza, y a lo lejos, el vigilante nocturno haciendo su ronda, golpeando la calle con su bastón. No había coches y, sólo de vez en cuando, algún *ricksha* de madera pasaba con estrépito sobre los baches de la calle.

Prabhupāda pensaba que quizás hubiesen robado a sus muchachos. Antes de salir, había enseñado a Tamāla Kṛṣṇa la manera de llevar dinero en la cintura en un improvisado cinturón de tela. Pero se trataba de mucho dinero, y los robos no eran poco corrientes en la zona de Navadvīpa. O quizás hubiera habido algún otro retraso. A veces, en las compras de terreno que implican grandes sumas de dinero, el registro de la propiedad exige que un escribiente tome nota del tipo y número de serie de todos los billetes entregados. O quizás se hubiera estropeado el tren.

De pronto Prabhupāda oyó pasos por la escalera. Habían abierto la puerta de afuera y después seguían por la galería, allí mismo. Llamaron a la puerta suavemente.

—Sí, ¿quién es?

Tamāla Kṛṣṇa entró y se postró ante Śrīla Prabhupāda.

—Bueno, ¿qué noticias tienes?

Tamāla Kṛṣṇa miró triunfalmente. «¡El terreno es suyo!»

Prabhupāda se reclinó con un suspiro. «Muy bien

—dijo—. Ahora puedes descansar.»

* * *

Londres

Agosto de 1971

Prabhupāda había pedido al Alto Comisario indio en el Reino Unido que rogase a la Primer Ministro, Indira Gandhi, que asistiese a la inminente ceremonia de colocación de la primera piedra del centro de ISKCON en Māyāpur. Prabhupāda ya había dado instrucciones a todos los secretarios de su GBC para que fuesen a la ceremonia, y había dicho a sus devotos que invitasen a muchos hombres ilustres de Calcuta. Escribió a sus discípulos que estaban en la India diciéndoles que si no se conseguía que fuese Indira Gandhi, tendrían que lograr que fuese por lo menos el Gobernador de

Bengala, Sri S. S. Dhavan.

Mientras tanto, Prabhupāda veía en Londres a varios de sus discípulos que tenían experiencia en arquitectura y diseño; quería que le preparasen los planos para su proyecto de Māyāpur. Nara-nārāyaṇa había construido carrozas de Ratha-yātrā y había diseñado el interior de algunos templos, Raṇacora había estudiado arquitectura, y Bhavānanda había sido diseñador profesional, pero Prabhupāda concibió personalmente los planos de los edificios de Māyāpur. Después dijo a los tres miembros de su comité que le presentasen bocetos y una maqueta; inmediatamente, él comenzaría a reunir fondos y a tratar de conseguir apoyo en la India para el proyecto. A los devotos que oyeron estos planes de Prabhupāda, les pareció el proyecto más ambicioso que jamás había tenido ISKCON.

Durante sus paseos matutinos por Russel Square, Prabhupāda indicó diversos edificios, preguntando qué altura tenían. Finalmente, anunció una mañana que el templo principal de Māyāpur debía de tener una altura de ¡más de cien metros! Las inundaciones del monzón y el terreno arenoso de Māyāpur presentarían dificultades únicas, dijo, y el edificio debería construirse sobre unos cimientos

especiales, una especie de balsa flotante. Más tarde, un ingeniero civil confirmó este extremo.

El primer edificio, dijo Prabhupāda, sería un hostel de tres pisos, y su diseño, aunque no se ajustaba estrictamente a ninguna escuela de arquitectura, hacía recordar sobre todo el estilo de Rajasthan. Quería un edificio de color rosa y rojizo, con muchos arcos, y en cada piso, amplios porches con suelo de mármol, excepto en la planta baja. Debería estar orientado de Este a Oeste, para que el Sol pasase alto a lo largo y no cayese directamente sobre la ancha fachada del edificio. Las brisas del sur refrescarían el hostel en verano. El edificio estaría equipado con luz y ventiladores eléctricos, modernas duchas y servicios, y los cuartos serían espaciosos, bien ventilados, y estarían amueblados.

Tenían que construir este hostel lo antes posible; después vendrían los otros edificios. Quería alojamiento para quinientos devotos, una gran sala de *prasādam* con capacidad para varios miles de personas, un complejo para cocinas, y un *gośālā* (cobertizo para las vacas, que pastarían en los campos cercanos). Con el tiempo, ISKCON podría adquirir terrenos colindantes y trazar parques, con jardines de flores, árboles y arbustos, fuentes, paseos y emparrados.

El edificio principal, el colosal Māyāpur Chandrodaya Mandir, debía tener, por lo menos, cien metros de altura, y quizá costase decenas de millones de dólares. La descripción de Prabhupāda asombró a los arquitectos lo mismo que a los devotos; parecía más grande que el Capitol de los Estados Unidos o la Catedral de San Pedro. La cúpula central del templo albergaría una maqueta tridimensional del universo. Pero el diseño se basaría en la descripción védica, sin limitarse a describir el universo material, sino comprendiendo también el espiritual.

Al entrar en la sala central, al mirar hacia arriba, se verían los planetas exactamente como los describe el *Śrīmad-Bhāgavatam*, comenzando por los planetas infernales, después los intermedios, entre los cuales se cuenta la Tierra, después los celestiales de los semidioses, y después, Brahmaloaka, el planeta más elevado del mundo material. Por encima de Brahmaloaka, el observador podría ver la morada de Śiva, y sobre ésta, el cielo espiritual o *brahmajyoti*. Dentro de la refulgencia espiritual del *brahmajyoti* estarían los luminosos planetas Vaikuṅṭha, habitados por almas eternamente liberadas. Y por encima de todo estaría el planeta supremo de Kṛṣṇaloaka, en el que Dios, en su forma eterna original, disfruta de Sus pasatiempos con Sus más íntimos devotos.

El templo también albergaría un palacio en miniatura en el que residiesen las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa, rodeados de sedas y columnas de plata, oro y piedras. El Māyāpur Chandrodaya Mandir y la ciudad de Māyāpur serían la sede mundial de ISKCON.

¿Y por qué semejante fabulosa maravilla arquitectónica en aquella parte ignorada del mundo? La respuesta, explicó Prabhupāda, era que, en realidad, Māyāpur no era un lugar ignorado; lo parecía solamente desde un punto de vista mundano. Para la visión mundana, lo que era central *parecía* remoto. El alma y la vida futura parecían remotas, mientras que el cuerpo material y la complacencia de los sentidos inmediata parecían centrales. Al situar el Templo del Entendimiento Humano en Māyāpur, Śrīla Prabhupāda podría dirigir la atención del mundo materialista hacia el centro verdadero.

Todo visitante sincero estaría encantado por la belleza del proyecto de ISKCON en Māyāpur, y podría percibir que allí estaba realmente el mundo espiritual. Y los devotos que viviesen en Māyāpur, al estar constantemente inmersos en el canto de Hare Kṛṣṇa en *kīrtana*, y hablando sobre la filosofía de la conciencia de Kṛṣṇa, podrían convencer a todo visitante inteligente de

que las enseñanzas de Śrī Caitanya Mahāprabhu eran la verdad más elevada. Los devotos explicarían la filosofía de la Verdad Absoluta, mediante la cual los visitantes podrían comprender la auténtica verdad espiritual, más allá de sectarios dogmas religiosos. Además, el canto continuo de Hare Kṛṣṇa en *kīrtana* y los felices devotos ocupados en una gran variedad de servicios para Śrī Kṛṣṇa, demostrarían que el *bhakti-yoga* es el método más sencillo y más directo para meditar en la Suprema Personalidad de Dios. Al estar en la ciudad de Māyāpur de ISKCON, todos podrían hacerse rápidamente devotos del Señor, y comenzar a cantar y a bailar en éxtasis.

Śrīla Prabhupāda estaba demostrando de qué manera podría espiritualizarse el mundo, relacionando las cosas materiales con la Suprema Personalidad de Dios, Kṛṣṇa, mediante el *bhakti-yoga*. Y, ¿por qué no iban a poder sobrepasar estas proezas espirituales los logros de los materialistas?

* * *

Śrīla Prabhupāda había vuelto a la India y estaba viajando y predicando con sus discípulos. Después de un festival de diez días en un *paṇḍāl* en Nueva Delhi, que tanto éxito había tenido, con varios cientos de miles de asistentes, decidió llevar a sus discípulos a

Vṛndāvana en una rápida excursión. Sus giras de predicación le habían llevado a lugares como Amritsar, Surat, Indore, Gorakhpur, Allahabad, y Benares, pero nunca a Vṛndāvana. Pero debido a que en aquella ocasión se habían reunido en Delhi muchos de sus discípulos y que estaba cerca, pensó que era el momento de visitar Vṛndāvana.

Cuando llegaron allí, un señor llamado G. L. Saraf le alojó a él, a sus secretarios y a las mujeres del grupo en su casa, Saraf Bhavan. El resto de los devotos se alojó en una *dharmasālā* cercana.

Prabhupāda había ido a Vṛndāvana por algo más que por una sencilla peregrinación; había ido para lograr obtener unos terrenos para ISKCON. Cuando en 1967 fue a Vṛndāvana desde América, había sido para recuperarse, pero incluso entonces, había buscado un lugar en Vṛndāvana para sus discípulos. Había intentado fundar una Casa Americana, un centro donde pudieran vivir sus discípulos en la atmósfera ideal de Vṛndāvana, y recibir la preparación necesaria en la cultura de la conciencia de Kṛṣṇa, para después salir a predicar. Pero a los dos meses de ver pocas perspectivas para fundar su Casa Americana, se marchó.

Mas esta vez, iba a Vṛndāvana como el famoso embajador de aquella ciudad en el mundo, renombrado por propagar las glorias de Rādhā-Kṛṣṇa y de Vṛndāvana en Occidente. El éxito del movimiento Hare Kṛṣṇa se estaba divulgando extensamente en la India, con los viajes de Prabhupāda y su grupo de discípulos extranjeros de ciudad en ciudad, celebrando *kīrtanas*, hablando del *Śrīmad-Bhā-gavatam* y de la conciencia de Kṛṣṇa en Occidente. De manera que, cuando Prabhupāda llegó a Vṛndāvana con cuarenta discípulos, la ciudad entera anunció su presencia.

* * *

El terreno estaba en Ramaṇa-retī. Prabhupāda observó que la finca de las afueras de Vṛndāvana estaba situada en la concurrida Chatikara Road, una vía principal de acceso a Vṛndāvana y carretera de tránsito hacia Agra y el Taj Mahal. El terreno también era adyacente al camino de *parikrama* de Vṛndāvana, por el que pasaban millones de peregrinos anualmente, dando la vuelta a Vṛndāvana y visitando sus templos y sus lugares santos.

Ramaṇa-retī (literalmente, «arena encantadora»), era casi todo bosque, con unos pocos *āśramas* y campos abandonados. Célebre como lugar preferido de Kṛṣṇa, hacía cinco mil años, donde Él, Su hermano Balarāma y Sus amigos, los pastorcillos de vacas, habían jugado juntos, Ramaṇa-retī rebosaba de amor trascendental por Dios, que es la atmósfera peculiar de Vṛndāvana.

Aunque varios funcionarios de la ciudad habían mencionado informalmente que quizás la ciudad les hiciese el donativo de algún terreno, Prabhupāda tomó más en serio la oferta de un tal Sr. S. El Sr. S. dijo que aunque otros *sādhus* querían el terreno, ni él ni su mujer se habían decidido aún; ellos querían dárselo a un grupo que construyese allí un templo a Rādhā-Kṛṣṇa tan pronto como fuese posible. Cuando Prabhupāda aseguró al Sr. S. que él lo haría así, éste juró que la tierra ya era de Prabhupāda.

Prabhupāda ya había oído antes aquellas promesas, que, con frecuencia, se habían probado falsas. Pero, considerando que la oferta era seria, designó a varios discípulos para que se quedasen en Vṛndāvana, para redactar un contrato con el Sr. S.

* * *

De 1965 a 1970, Śrīla Prabhupāda había concentrado sus esfuerzos sobre

todo en establecer en América la conciencia de Kṛṣṇa. Su idea era que, si los americanos adoptaban la conciencia de Kṛṣṇa, el resto del mundo haría lo mismo. Aunque su predicación a la gente de habla inglesa había comenzado en la India, unos sesenta años de esfuerzo solitario le convencieron de que los indios, o estaban demasiado absorbidos por la política, o ignoraban su herencia espiritual, o estaban demasiado azotados por la pobreza como para adoptar seriamente la conciencia de Kṛṣṇa. Por eso no había tenido éxito.

Pero el éxito llegó en los Estados Unidos. Claramente, América había sido el principal terreno de implantación de la conciencia de Kṛṣṇa. Sin embargo, Prabhupāda consideraba que Occidente era inculto e incivilizado. Si quedaba algún resto de civilización en algún sitio, solía decir, era en la India, el corazón de la cultura védica original.

Hacia 1970 había demostrado, con sus largos viajes y su predicación, que se proponía establecer el movimiento de la conciencia de Kṛṣṇa no solamente en los Estados Unidos, sino por todo el mundo, en la India sobre todo. Incluso aceptando que predicar en los Estados Unidos era tan importante como predicar en la India, la predicación en aquel país seguía su marcha sin la gestión directa y constante de Prabhupāda; lo que él había comenzado podían continuarlo sus discípulos americanos.

Pero en la India, Prabhupāda no podía permitir a sus discípulos que dirigiesen ISKCON. Había visto con cuánta frecuencia y facilidad podían engañar los indios a sus discípulos. La mitad del trabajo de ISKCON en la India se había echado a perder, decía, debido al engaño de que habían sido objeto sus discípulos. Si llevaban a cabo un programa de *paṇḍāl*, terminaban teniendo que pagar varias veces su costo normal. La única manera de que ISKCON arraigase en la India sería bajo la gestión directa de Prabhupāda.

A partir de 1970, con un pequeño grupo de discípulos americanos, Prabhupāda había ido de un sitio a otro de la India como un *sannyāsī* modelo, preparando un terreno nuevo para ISKCON. Ahora quería construir grandes templos en la India, tres en particular: uno en Vṛndāvana, otro en Māyāpur y otro en Bombay. Ya en 1967 había intentado hacer una Casa Americana en Vṛndāvana, para sus discípulos. Māyāpur, al ser el lugar de nacimiento de Śrī Caitanya, era especialmente importante; y Bombay era la ciudad más importante de la India, «la puerta de la India». Como la mayor parte de los grandes planes de Prabhupāda, ni siquiera sus

discípulos más cercanos pudieron comprender plenamente el alcance de su visión. Pero Prabhupāda sabía lo que quería, y sabía que todo dependía de Kṛṣṇa. Poco a poco empezó a revelar sus planes.

* * *

Bombay

Noviembre de 1971

Durante un año, los devotos habían estado viviendo en dos apartamentos del séptimo piso del edificio Akash Ganga, en el corazón de Bombay. Pero Prabhupāda no estaba satisfecho con esta solución. Quería tener un terreno en Bombay, para construir y extenderse. Estaba decidido. En lugar de dar sus paseos matinales, hacía largos desplazamientos en su coche para observar diversas partes de la ciudad.

Como muchos de los miembros vitalicios de ISKCON vivían en la aristocrática Malabar Hill, los discípulos de Prabhupāda pensaron que aquel era un buen sitio para el templo. En varias ocasiones Prabhupāda llegó hasta la cumbre de Malabar Hill, y anduvo viendo diversas fincas, considerando algunos edificios grandes como posibles templos. Pero, por una razón o por otra, le parecieron inaceptables.

Entonces, en noviembre, un cierto Sr. N. ofreció vender a ISKCON dos hectáreas en Juhu, prácticamente a orillas del Mar Árabe. En cuanto Śrīla Prabhupāda se aproximó a aquel lugar, recordó haberlo visto y haberlo considerado años atrás. En agosto de 1965, durante las semanas que precedieron inmediatamente su marcha a América, se había alojado en Scindia Colony. Por las tardes, iba a casa de la propietaria de la Compañía Naviera Scindia, la Sra. Sumati Morarji, en Juhu, donde leyó y explicó el *Śrīmad-Bhāgavatam* ante ella y sus invitados. Varias veces había pasado por aquella misma finca y había pensado lo bueno que sería aquel lugar para un *āśrama* y un templo de Rādhā-Kṛṣṇa. Aunque tenía la atención fija en su empeño de salir de la India, había pensado en el terreno de Juhu. Ahora volvía a estar en Juhu, examinando de nuevo el mismo terreno en el que se había fijado años atrás. Lo interpretó como una advertencia de Kṛṣṇa.

El terreno estaba cubierto de hierba alta y arbustos, y muchos cocoteros diseminados aquí y allá. Al fondo de la propiedad, había varias viviendas. El terreno limitaba con Juhu Road, la principal arteria del tráfico para volver a Bombay, a treinta kilómetros al sur. Una ancha extensión de playa

del Mar Árábigo se encontraba a un paso del lugar.

Estaba bien situado, tranquilo pero no alejado. Varios hoteles de cinco estrellas bordeaban la playa cercana, y los urbanizadores comenzaban a construir otros hoteles y edificios para viviendas. Al ir paseando Prabhupāda por la playa, aún le gustó más la idea de comprar la finca. Gente rica tenía casas para pasar el fin de semana en la playa, y miles de personas de Bombay iban a la playa a disfrutar del domingo. A diario, cientos de residentes de Juhu paseaban por la ancha y larga orilla del mar, todas las mañanas, antes de ir a trabajar. Casi siempre había alguien paseando o reuniéndose por allí, y sin embargo, la playa estaba limpia. Las olas en calma y el cielo despejado eran muy atractivos. El lugar era ideal no sólo para hoteles sino también para un centro de la conciencia de Kṛṣṇa.

Prabhupāda quería el terreno de Juhu y, aunque sus discípulos continuaban mostrándole casas en Malabar Hill, no cambió de idea. Sus discípulos querían todo lo que él quisiera, pero, sin embargo, les fue difícil entusiasmarse por una finca tan alejada de la ciudad, y sin alojamiento ni templo disponible.

El Sr. N., propietario del terreno, había fijado un precio razonable, y parecía amistoso y sincero. Sin embargo, en estas transacciones suele haber riesgo, y en este caso, Prabhupāda llegó a tener razones para sospechar. Por su abogado supo que el Sr. N. había acordado anteriormente la venta de la misma finca con la C. Company, pero después había cancelado el convenio. La C. Company había demandado al Sr. N. por no cumplir el contrato. Si el Tribunal Supremo de Bombay fallaba en favor de la C. Company, el terreno sería para ellos. Cuando el secretario de Prabhupāda preguntó al Sr. N. sobre el caso, él le aseguró que la C. Company no podía ganar el pleito, pero que en todo caso, ISKCON podía retener una parte de su pago hasta que acabase el litigio con C.

El Sr. N. era persona muy conocida en Bombay. Antiguo primer presidente del Tribunal de Bombay (cargo honorario en el sistema judicial), era en aquel momento el editor-propietario de uno de los diarios en inglés de más tirada de Bombay. Era muy próspero, con diversas propiedades en Juhu y Bombay, y también era influyente, ya que nadie quería oponersele. Comprar el terreno de Juhu en aquellas circunstancias, requería audacia.

A finales de diciembre, Prabhupāda vio a los Sres. N. y les dijo abiertamente lo que le gustaba el terreno de Juhu, aunque reconocía que tenía poco dinero. Sin embargo, el Sr. N. parecía inclinarse hacia Prabhupāda y le dijo

que querría venderle a él la propiedad. Rápidamente llegaron a un acuerdo verbal.

Prabhupāda y el Sr. N. acordaron que se haría un pago inicial de 200.000 rupias; tras efectuar este pago, ISKCON recibiría inmediatamente la escritura, y pagaría el resto del saldo deudor de 1.400.000 rupias en pagos regulares. Prabhupāda siguió negociando el pago inicial, ofreciendo 50.000 rupias al momento y otras 50.000 más adelante, momento en el cual ISKCON podría instalarse en el terreno. En cuanto pagasen las 100.000 rupias restantes, el pago inicial estaría completo, y el Sr. N. les entregaría la escritura, cosa que éste aceptó.

Śrīla Prabhupāda era una persona que solía pensar cuidadosamente este tipo de transacciones. Decía que si un hombre de negocios te dice: «Señor, con usted no saco ningún beneficio», debes saber que te está mintiendo. Por tanto, incluso en los primeros tiempos de ISKCON en Nueva York, cuando un estafador de agente inmobiliario se presentó como amigo sincero de los devotos, Prabhupāda sospechó algo. De hecho, había estafado a los devotos, a pesar de las advertencias de Prabhupāda. Ahora, como entonces, Prabhupāda desconfiaba. Pero quería el terreno de Juhu y correría el riesgo. Mientras los devotos de todo el mundo estaban encantados al saber el plan de Prabhupāda de tener un centro en Bombay, los devotos de Bombay no estaban muy seguros. Imaginar que un templo surgiría de lo que era poco más que una zona de jungla, no era fácil. Tampoco era fácil imaginar el Hotel ISKCON de cinco estrellas del que hablaba Prabhupāda. Las viviendas al fondo del terreno estaban totalmente ocupadas, y según la ley india, no se podía desalojar a los inquilinos. Si los devotos se instalaban allí, tendrían que levantar alojamientos provisionales, quizá incluso un templo provisional, y aquello estaba infestado de mosquitos y lleno de ratas. Juhu era un barrio pequeño, casi aislado, sin partidarios ricos de ISKCON. Aunque Prabhupada (y los vendedores de terrenos) predecían que Juhu crecería, de momento no era más que una aldea de unos dos mil habitantes. Vivir en Juhu sería un contraste drástico con el cómodo edificio Akash Ganga del centro de Bombay.

Tamāla Kṛṣṇa le dijo a Prabhupāda: «Nosotros somos occidentales. No podemos vivir así. Necesitamos picaportes y agua corriente».

—¿No queréis purificaros? —replicó Prabhupāda.

Cuando los devotos de Bombay supieron lo que había contestado

Prabhupāda a Tamāla Kṛṣṇa, las palabras «¿No queréis purificaros?» les llegaron al corazón. Sabían que Prabhupāda les estaba pidiendo que fuesen más austeros, y que era en su propio interés. Entonces comenzaron a ver el ir a Juhu como un formidable reto espiritual más que como una pesada carga. Desarrollar la finca de Juhu era importante para su maestro espiritual, y esto era algo más grande y más maravilloso que lo que ellos habían creído hasta entonces.

* * *

Aunque Prabhupāda tomaba todas las decisiones de la gestión, quería que los secretarios del GBC llevaran la responsabilidad de los asuntos prácticos. Pensó que sería mejor emplear sus energías en escribir y traducir libros. «Si vosotros los del GBC hacéis bien las cosas —dijo a su secretario Śyāmasundara—, mi cerebro no estará abrumado, y podré emplear el tiempo consagrado enteramente en escribir otros libros. Os podré dar los *Vedas*, los *Upaniṣads*, los *Purāṇas*, el *Mahābhārata*, el *Rāmāyana*, y tantos otros. En nuestra línea hay muchas obras devocionales escritas por los Gosvāmīs. Este trabajo administrativo me lleva mucho tiempo. Podría estar discutiendo filosofía. Tengo el cerebro sobrecargado día y noche. A causa de ello, estoy abandonando mi verdadero trabajo.»

Aparte de ocuparse directamente de los proyectos de la India, Prabhupāda contestaba así como unas doce cartas al día de los devotos de todo el mundo. «¿Por qué están siempre escribiendo y haciendo tantas preguntas?», decía a su secretario.

—Los devotos prefieren preguntarle a usted personalmente —dijo Śyāmasundara—, porque el miembro del GBC que les corresponde como autoridad no siempre tiene la respuesta apropiada.

—Ahora ellos lo saben todo —replicó Prabhupāda—. Os he dado todo. Si ellos no tienen la respuesta, la pueden encontrar en mis libros. Ahora soy viejo. Que me dejen entregarme a la filosofía. Todo el día leyendo cartas, llevando negocios, toda la noche firmando cartas; eso no está bien. Quiero estar libre de todas estas cosas. Ahora el GBC puede hacerlo todo.

Pero no era posible. En cuanto Prabhupāda sentía que a uno de sus devotos le estaban engañando, entraba en acción inmediatamente. Y sus discípulos seguían escribiéndole sobre asuntos importantes y decisiones administrativas. Él no les desanimaría. Su deseo de retirarse y consagrarse exclusivamente al trabajo literario seguía vivo, pero parecía no ser más que

un deseo, un sueño. Si ISKCON había de extenderse, pocas perspectivas tenía de retirarse.

* * *

Māyāpur

Febrero de 1972

Prabhupāda había aplazado la ceremonia de la colocación de la primera piedra en Māyāpur hasta el Gaura-pūrṇimā o aniversario del advenimiento de Śrī Caitanya, el 29 de febrero de 1972. Quería celebrar un gran festival, con un *paṇḍāl* y festejo gratuito para los invitados. Asistirían sus discípulos de todo el mundo.

Tengo un gran interés en celebrar esta fiesta este año con todos mis estudiantes... Es un día muy importante, y será un gran servicio a Srila Bhaktivinoda Thakur y a su hijo Srila Bhaktisiddhanta Sarasvati Thakur. De manera que, por favor, haced lo necesario para realizar este programa.

Cuando inspeccionaba el alojamiento para los devotos, Prabhupāda hizo traer unas tiendas de lona blanca muy espaciosa, una para los hombres y otra para las mujeres, con iluminación fluorescente en el interior. Una gran carpa, situada en medio de las otras tiendas, haría de *paṇḍāl*, y otra tienda pequeña, tras el *paṇḍāl*, serviría de cocina. El pequeño recinto estaba rodeado de campos de arroz. Por tanto, el suelo estaba ligeramente húmedo, y los campos mojados eran un criadero de grandes mosquitos, que salían al atardecer. Las condiciones eran primitivas, pero muchos de los devotos eran los mismos discípulos que habían estado viajando por la India durante año y medio, viviendo a veces en sucias *dharmasālās*, con cuartos sin amueblar, o en frías tiendas de lona. Los devotos no habían ido a Māyāpur para estar cómodos, sino para servir a Prabhupāda. Al cabo de algunos años, como resultado de sus esfuerzos, podrían reunirse en Māyāpur muchos devotos, cómodamente, en los espaciosos edificios que estaba planeando Prabhupāda.

Bien enterado de que los occidentales no están acostumbrados a las austeridades de la vida de la India, Prabhupāda quería proporcionar a sus discípulos lo necesario para que se sintiesen cómodos y pudiesen concentrar su atención en la vida espiritual durante su estancia en la India,

sin que las molestias les distrajesen.

La vivienda de Prabhupāda era una sencilla cabaña bengalí con el techo de paja, cuadrada, de unos cuatro metros de lado y el suelo de tierra. Una delgada división separaba el cuarto principal del destinado a los sirvientes. En la fachada tenía una pequeña galería y, por detrás, un jardín en el que Prabhupāda podía descansar y en el que le daban masajes. También había allí una bomba para sacar agua a mano para ducharse, y un retrete. Cuando los devotos se disculparon de ofrecer a Prabhupāda una residencia tan humilde, contestó que a él le gustaba la sencillez natural. «Aunque me construyeseis el mayor palacio, yo preferiría vivir aquí», les dijo.

Mientras vivía tan sencillamente en Māyāpur, Prabhupāda hablaba de cómo veía un gran proyecto que aún debía realizar. Aunque las Deidades de Rādhā-Mādhava se hubiesen instalado en una tienda de lona, él hablaba de un palacio de mármol. También hablaba de alojamientos de primera clase para huéspedes y devotos, aunque de momento tuviese poco que ofrecer. Viviendo sencilla pero felizmente en su choza de paja, reunía a sus discípulos y les comunicaba sus planes. Por indicación suya, los devotos habían construido una pequeña maqueta del primer edificio importante que planeaban, y también habían hecho diseños para el Templo del Entendimiento Humano. Prabhupāda quería construir una ciudad de Māyāpur, decía, con barrios para las cuatro clases sociales de la institución *varṇāśrama*.

El festival de Gaura-pūrṇimā duró cinco días, con *kīrtanas* de veinticuatro horas, y con grupos de devotos cantando por turnos de dos horas cada uno. Todas las mañanas, la mayor parte de los devotos iba en procesión de *kīrtana* a visitar los santos lugares de Navadvīpa: el árbol de *nīm* bajo el cual nació Śrī Caitanya, la casa de Śrīnivāsa Ācārya, donde celebraron *kīrtanas* nocturnos Śrī Caitanya y Sus compañeros, el lugar en el que el Kazi intentó detener el *saṅkīrtana* de Śrī Caitanya, la residencia de Bhaktivinoda Ṭhākura (con frecuencia, dijo Prabhupāda a los devotos, Bhaktivinoda Ṭhākura había mirado desde aquella casa hacia el otro lado del río Jalaṅgī, hacia donde Prabhupāda tenía ahora su terreno).

Durante todo el día, y en especial por las tardes, los devotos se reunían en el estrado del *paṇḍāl* de rayas color naranja, mientras Rādhā-Mādhava estaba en el centro del mismo estrado, dentro de un *siṁhāsana* bengalí tradicional hecho de troncos de banano tallados y cubiertos de papel de estaño coloreado y guirnaldas de flores. Prabhupāda encargó a sus

discípulos de la mayor parte de los discursos, con Acyutānanda Swami hablando en bengalí como orador principal.

Cientos de personas iban y venían en un desfile continuo, y los devotos distribuían la revista *Back to Godhead* en bengalí, en inglés y en hindú. Por la noche, había una sesión de diapositivas o de cine. A Prabhupāda sobre todo le gustaba observar desde su ventana la distribución de *prasādam*, con cientos de aldeanos sentados en largas hileras, tomando *kicharī* en platos de hojas redondas. «Seguid haciendo esto siempre —dijo Prabhupāda a sus discípulos—. Siempre debéis distribuir *prasādam*.»

Hasta sin tener una construcción apropiada, la predicación de Prabhupāda en Māyāpur fue importante. Mientras otras *maṭhas* cercanas observaban también el Gaura-pūrṇimā (principalmente alojando a viudas de Calcuta que pagaban un precio por vivir unos días en un templo y visitar los santos lugares de Navadvīpa), el programa del *paṇḍāl* de Prabhupāda era la fiesta que tenía más fuerza y que atraía mayor número de visitantes. El lugar de nacimiento de Caitanya Mahāprabhu, decía Prabhupāda, no tenía sentido si no había predicación. Salvo en aquel momento del año, muy poca gente visitaba Māyāpur.

—¿Qué es más importante? —preguntaba Prabhupāda—, ¿el lugar de nacimiento de Śrī Caitanya o Sus actividades? Son sus actividades, Su *karma*. Sus actividades son más importantes que Su *janma*, o lugar de nacimiento.— Las actividades de Śrī Caitanya fueron cantar Hare Kṛṣṇa y distribuir amor por Dios a todo el mundo, y ésta debería ser la actividad de los devotos de Māyāpur.

El día de Gaura purṇimā, diez *sannyāsīs* hermanos espirituales de Prabhupāda fueron a participar en la ceremonia de la dedicación y colocación de la primera piedra, junto a los discípulos de Prabhupāda y cientos de visitantes. Prabhupāda estuvo amable y amistoso con sus hermanos espirituales, y se alegraba de que pudiesen estar juntos en la dedicación de la sede mundial de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna.

Sentado en un cojín junto a la arena del sacrificio, cantando con sus cuentas de *japa*, Prabhupāda inició a seis devotos bengalíes y concedió la orden de *sannyāsa* a un joven discípulo americano. Después hablaron los hermanos espirituales de Prabhupāda, expresando todos ellos su apreciación por el trabajo de Prabhupāda en Occidente.

Por último, se reunieron todos en torno a la fosa, de metro y medio de lado y cinco de profundidad. Se habían reunido varios objetos para colocarlos en la fosa, de acuerdo con las Escrituras: cinco clases de flores, cinco clases de semillas, cinco clases de hojas, cinco clases de metales, cinco clases de néctares, cinco clases de colores, cinco clases de frutas y cinco clases de piedras preciosas. Un hermano espiritual de Prabhupāda, Purī Mahārāja, bajó a la fosa por una escala para poner cocos y hojas de banana en un jarro y ponerlo con unas flores sobre el altar de ladrillos.

A continuación, Prabhupāda bajó a la fosa llevando una caja con una *mūrti* de oro de Ananta Śeṣa, con ojos de rubí. Aquella mañana temprano, en su cabaña, Prabhupāda había enseñado la *mūrti* en secreto a unos pocos discípulos. «Éste es Śrī Ananta —había dicho—, la serpiente-lecho sobre la que descansa Śrī Viṣṇu. Él sostendrá el templo sobre Su cabeza.» Ahora Prabhupāda colocó a Ananta Śeṣa sobre el altar de ladrillos, y subió por la escala para salir de la fosa. Entonces, a la sagrada invitación de Prabhupāda, todos comenzaron a tirar en ella ofrendas de flores y dinero, seguidas de puñados de tierra.

Tras los cinco días de festival, Prabhupāda se fue de Māyāpur a Vṛndāvana, donde planeaba celebrar otra ceremonia inaugural. El terreno de Māyāpur estaba totalmente por urbanizar, y Prabhupāda apremió a sus discípulos que estaban en la India para que reuniesen los fondos necesarios.

Estamos realizando un magnífico plan en Mayapur, y si todos vosotros podéis darle forma, será algo único en el mundo. Será un centro mundial para enseñar la vida espiritual. Acudirán estudiantes de todas partes del mundo, y nosotros haremos la revolución entre las tendencias ateas y comunistas de filósofos bribones. De manera que debemos hacernos responsables de esta gran tarea. Ni un sólo momento debemos estar sin pensar en ISKCON. Esto es lo que os pido a todos vosotros.

* * *

Para cerrar el trato sobre el terreno de Ramaṇa-retī, Prabhupāda y el Sr. S. fueron al Tribunal del Magistrado de Mathurā. En presencia de los

abogados, finalizaron las formalidades. Prabhupāda consideró como una gracia de Kṛṣṇa que él hubiese adquirido una buena parcela de terreno en Vṛndāvana, y al escribir a sus secretarios GBC de América, les pidió que le enviaran tantos hombres como fuese posible para ayudar en el nuevo proyecto. Hablaba de su propósito de «construir un centro verdaderamente excelente para revivir la vida espiritual de Vṛndāvana en nombre de Rūpa y Jīva Gosvāmīs».

Prabhupāda dijo a Kṣīrodakaśāyī, uno de sus discípulos de origen indio: «Quiero que en esa ocasión se prepare una enorme cantidad de *prasādam* y que se invite a tomarlo a todos los hombres de Vṛndāvana». Dos días después, con una asistencia de cien personas, Prabhupāda celebró la ceremonia de la colocación de la primera piedra en Ramaṇa-retī. De nuevo, descendió a la fosa ceremonial y colocó la Deidad de Ananta, sobre cuya cabeza descansaría el templo.

Pero aquella noche, ya tarde, atacaron la propiedad. Una viuda india de edad avanzada, con fama local de *sādhu*, se enfadó mucho de que el Sr. S. no le hubiese dado a ella el terreno, que ella había solicitado varias veces. Por la noche, mandó a varios *guṇḍās* para que desmantelasen los cimientos de ladrillo de la piedra ceremonial y profanasen la fosa que acababa de llenarse aquel día con flores y objetos religiosos. Los *guṇḍās* abrieron el hoyo, echaron basura en el mismo y robaron el cartel que, en un poste, anunciaba la nueva propiedad del terreno.

Prabhupāda estaba en su cuarto del templo de Rādhā-Dāmodara, cuando oyó lo que había ocurrido. Se enfadó y dijo a sus discípulos que llevaran la escritura a la policía. Aquella noche, varios policías vigilaron el terreno, y cuando los *guṇḍās* alquilados volvieron otra vez, les advirtieron de que si causaban más molestias se les arrestaría. Y así terminó aquello.

Prabhupāda había dicho varias veces que al ser devoto se ganan muchos enemigos. El incidente sirvió también para confirmar la convicción de Prabhupāda de que a la toma de posesión del terreno por ISKCON, debería seguir la construcción de un templo tan pronto como fuese posible. Por lo menos debían cercar el terreno con un vallado, construir unas chozas pequeñas, y vivir allí mientras preparaban la construcción del templo.

Tejas: «*Éste será el templo de Kṛṣṇa-Balarāma*», dijo Prabhupāda. *Nosotros no sabíamos realmente de lo que se trataba. Todos pensábamos que estaba muy alejado. Ramaṇa-retī quedaba apartado de todo. Allí no había nadie. Era un lugar muy aislado, lleno de bandidos. Nosotros pensábamos: «Si*

tenemos un templo aquí, no vendrá nadie nunca». Pero Prabhupāda dijo: «Dondequiera que esté Kṛṣṇa, todos acudirán».

El secretario de Prabhupāda, Śyāmasundara, escribió a un hermano espiritual sobre la propiedad recientemente adquirida en Vṛndāvana:

Por la mañana temprano, antes de desayunar, Prabhupada finalizó el contrato del terreno de cuatro mil metros cuadrados de Ramana Reti, lugar en el que Krisna acostumbraba a jugar con Sus amigos en el bosque, a unos diez minutos de camino a pie desde Radha-Damodara. Prabhupada midió el terreno (con la cuerda de su mosquitera), regateó, dibujó planos, redactó el contrato, fue al tribunal del magistrado de Mathura y firmaron, sellaron, y cedieron la propiedad en un momento. Prabhupada me ha dicho que te pida ¡¡¡QUE VENGAN A LA INDIA INMEDIATAMENTE POR LO MENOS CINCUENTA (50) HOMBRES DE LOS ESTADOS UNIDOS!!! Por fin tenemos un programa sólido en la India: grandes proyectos en Mayapur, Vrindaban y Bombay. Los terrenos se han adquirido, se han tomado disposiciones, y todo ello lo ha hecho Prabhupada. Pero solamente hay aquí unos pocos de nuestros hombres para el gran esfuerzo de realizar esta inmensa tarea (la más grande, con mucho, de todo ISKCON), de desarrollar estos tres lugares, y créeme, estos tres proyectos son más queridos a Prabhupada que cualquier otro en el que jamás haya pensado.

* * *

En el mes en que Prabhupāda estuvo ausente de Bombay (se había marchado de allí el 10 de febrero), se cumplió con el pago de cincuenta mil rupias. Poco a poco al principio, unos pocos devotos se fueron instalando en el terreno de Juhu, viviendo en una tienda de lona. Por la noche, las ratas y los mosquitos no les dejaban dormir. Mientras intentaban quitar las muy crecidas hierbas, se encontraron con botellas de licor vacías y aguas que rebosaban de las alcantarillas. Sin Prabhupāda, su resolución comenzó a debilitarse.

Pero entonces volvió de Calcuta Brahmānanda Swami, que había estado allí con Śrīla Prabhupāda, quien le había encargado de su proyecto de Bombay. Brahmānanda Swami estaba inspirado, y dio nuevos ímpetus a los devotos. Tenían que limpiar el terreno y montar un *paṇḍāl* inmediatamente.

Brahmānanda Swami no había organizado nunca ningún programa de *paṇḍāl*, pero encargó a un contratista para que construyese varias casas de *chātāi* (follaje de palmeras) para los devotos y una tienda de lona para el festival. Pero antes de que la construcción pudiera empezar, los devotos debían limpiar el terreno completamente.

El Sr. Seti, vecino y miembro vitalicio, contrató un equipo de obreros para que quitase las hierbas y las plantas, y varios miembros vitalicios amigos de Bombay también respondieron a la llamada para ayudar. El Sr. N. ofreció su ayuda enviando a uno de sus ayudantes, el Sr. Matar, para que dirigiese a los trabajadores contratados en la limpieza del terreno. Los devotos también trabajaban preparando el retorno de Prabhupāda.

Śrī Śrī Rādhā-Rāsavihārī, las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa que había instalado Prabhupāda en Bombay en 1971, llegaron a «Hare Krishna Land» de ISKCON en un taxi, en el que varios devotos las llevaron en brazos. Ya habían cambiado antes de casa, y esta vez Su residencia era una tienda de lona. Cuando Prabhupāda dio la orden de que tenían que llevar a Rādhā-Rāsavihārī a Juhu en cuanto se hiciese el pago inicial, algunos de los devotos le preguntaron: ¿Por qué habían de instalar a la Deidad antes de tener una instalación apropiada? ¿No podían esperar a que hiciesen el templo? «Una vez estén instaladas las Deidades en un lugar de la propiedad, nadie las quitará de allí», había respondido Prabhupāda.

Prabhupāda sabía mejor que nadie qué adoración había que ofrecer a Rādhā-Rāsavihārī, pero lo que le interesaba entonces era consolidar el terreno. Si no, argumentaba, ¿cómo iba a dar a Rādhā-Rāsavihārī definitivamente un trono real y un templo, a menos que Ellos mismos establecieran Su derecho de propiedad, fijando Su residencia en Hare Krishna Land? La llegada de Rādhā-Rāsavihārī a Juhu aumentaba también las dificultades de los devotos, que ahora tendrían que ocuparse de celebrar la *pūjā* de la mañana, y preparar diariamente seis ofrendas en la exigua cocina. Hasta la tienda de lona de Rādhā-Rāsavihārī era inconsistente y se agitaba con el viento.

Sin embargo, a Śrīla Prabhupāda le parecía que el cambio era una táctica trascendental y necesaria. Pero como él estaba pidiendo a Śrī Kṛṣṇa en persona que aceptase aquellas molestias, rezaba a la Deidad: «Mi amado Señor, dignate quedarte aquí, y yo construiré para Ti un hermoso templo».

Para cuando Prabhupāda volvió a Bombay, Rādhā-Rāsavihārī estaban instalados en el estrado del *paṇḍāl*. La asistencia al festival no fue tan

grande como hubiera sido en el centro de Bombay (no iban cada noche más de quinientas personas), pero Śrīla Prabhupāda estaba contento. Aquel festival se celebraba en su propio terreno y esto no era más que el comienzo.

A los pocos días de su llegada a Juhu, Prabhupāda estaba dispuesto para celebrar la ceremonia de comenzar a construir y colocar la primera piedra, otra táctica para consolidar la posesión del terreno. Pero era algo más que una táctica, ya que él quería tener el templo construido tan pronto como fuera posible. Rādhā-Rāsavihārī no debían permanecer en una tienda de lona; tenían que estar protegidos por un *siṁhāsana* de plata y madera de teca sobre un altar de mármol. Tenían que estar acompañados de las deidades de las dos *gopīs* Lalitā y Viśākhā, y Su templo debía tener cúpulas de mármol de más de treinta metros de altura. Miles de personas irían a diario para el *darśana* y el *prasādam*.

Una mañana, en medio de las actividades del festival, los devotos de Hare Krishna Land acompañaron a Prabhupāda en una sencilla ceremonia para colocar la primera piedra. Habían excavado una profunda fosa ceremonial y la habían rodeado de ladrillos. Prabhupāda descendió y colocó la Deidad de Śeṣa. Después, sentado en un sencillo estrado, Prabhupāda acompañó el *kīrtana* tocando un gong de bronce, mientras los devotos, uno a uno, iban ante él y echaban tierra en la fosa, llenándola, mientras el humo subía del fuego del sacrificio.

Prabhupāda planeaba una extensa vuelta al mundo, yendo hacia el Este, a Australia, Japón, Hawai, los Estados Unidos y quizás Méjico y Europa. Pasaría alrededor de medio año antes de que volviese a la India, y quería que las cosas en Bombay fuesen arreglándose poco a poco sin él. Pocos días antes de su marcha, se enteró por Brahmānanda Swami de que en Nairobi se estaba deteriorando la predicación en ausencia de Brahmānanda. Prabhupāda estuvo de acuerdo en que Brahmānanda volviese allí a hacerse cargo de sus funciones.

De nuevo, Prabhupāda tenía que elegir un nuevo director en Bombay, y esta vez eligió a Girirāja, un joven *brahmacārī* y de los mejores predicadores en lograr miembros vitalicios de ISKCON. Prabhupāda pensaba que, puesto que la esencia de la administración consistía en obtener donativos y hacer miembros vitalicios, y como Girirāja era un experto en ambas cosas, aunque fuese joven y en otros aspectos tuviese poca experiencia, tenía las cualidades más importantes. Prabhupāda había visto ya que Girirāja estaba

dedicado sencilla y sumisamente a ayudarlo en desarrollar Hare Krishna Land.

Durante la estancia de Prabhupāda en Bombay, Hans Keilman, un joven arquitecto holandés, había ido a escucharle y se había interesado por la conciencia de Kṛṣṇa. Prabhupāda le convenció de que se hiciese devoto y le ayudase a construir la ciudad de Hare Kṛṣṇa en Bombay. Bajo la dirección de Prabhupāda, Hans comenzó al momento a hacer diseños arquitectónicos para los edificios.

Prabhupāda dijo a Girirāja y a los demás que tenían que reunir 64 *lakhs* (un *lakh* = 100.000) de rupias para la construcción. Los devotos no tenían idea de cómo reunirían ni siquiera una pequeña parte de aquella suma, pero Prabhupāda les dio algunas ideas. Les habló sobre la manera de lograr el apoyo de personas influyentes, empleando el sistema de *bheṅṭ-nāma*, por el cual una persona compra el derecho de servirse de una habitación para huéspedes durante toda la vida. Y había otros medios.

Pero lo primero era ser dueños del terreno. Habían tomado posesión del mismo, pero antes de construir, tenían que tener la escritura. Puesto que el señor N. se retrasaba en la entrega de la escritura, Prabhupāda dijo a Girirāja que le apremiase para que cumpliera el contrato escrito y entregase la escritura inmediatamente.

* * *

Prabhupāda poseía la habilidad extraordinaria de llevar una idea espiritual a la realidad física, de cambiar una parte del mundo material en energía espiritual, de manera que hasta un hombre corriente pudiera percibir la realidad espiritual. Éste era el esfuerzo constante de Prabhupāda. Con frecuencia, un trascendentalista vacila en tratar con el mundo material, temiendo que pueda debilitarse espiritualmente. Los mandatos védicos advierten al trascendentalista que evite relacionarse con el dinero y con gente materialista. Pero Prabhupāda, siguiendo los principios que enseñó Śrīla Rūpa Gosvāmī, veía que todo lo material encerraba la posibilidad de emplearse al servicio de Kṛṣṇa, recuperando así su naturaleza espiritual. Siguiendo este principio, un devoto experto, aunque podía parecer que actuaba dentro de la esfera material, era capaz de permanecer siempre en contacto con la energía espiritual. Para un devoto semejante, no había nada material.

En las Escrituras védicas, el gran devoto Nārada Muni, a causa de su

capacidad de convertir en devotos a los materialistas, recibe el epíteto de *cintāmaṇi*, o piedra de toque. Lo mismo que se dice de *cintāmaṇi* que puede convertir el hierro en oro, así Nārada pudo transformar a un cazador que era como una bestia en un *vaiṣṇava* puro. Y lo mismo que los *Vedas* glorificaron a Nārada por llevar a cabo tales proezas en épocas pasadas, igualmente Śrīla Prabhupāda es una potente piedra de toque en la era presente. Una y otra vez, había probado por su sincera aplicación de la conciencia de Kṛṣṇa, que él podía cambiar a un materialista en un activo y renunciado devoto del Señor. Y ahora, tras haber reclutado numerosos devotos del bando de *māyā*, quería ocuparlos en transformar tanto como fuese posible del mundo material en espíritu viviente. Con sus palabras trascendentales y su visión del futuro, estaba intentando convertir la piedra y la energía humana en gloriosos templos espirituales.

Mientras materialistas ambiciosos critican a veces a los trascendentalistas por improductivos, Prabhupāda, por su constante actividad, nunca pudo ser objeto de semejante acusación. Más bien se le criticaba como capitalista vestido de *sannyāsi*. Pero estas críticas nunca desanimaron a Prabhupāda; él estaba cumpliendo los deseos de los *ācāryas* anteriores. Había escrito esta conclusión en su *Śrīmad-Bhāgavatam* incluso antes de ir a América, en 1965:

Por tanto, todos los sabios y devotos del Señor han aconsejado que el tema del arte, de la ciencia, filosofía, física, química, sicología y todas las ramas del saber, deben aplicarse entera y solamente al servicio del Señor.

Prabhupāda quería convertir importantes porciones del mundo material en mundo espiritual. Al intentar construir una ciudad espiritual en Juhu, se daba cuenta de que estaba emprendiendo un importante ataque contra *māyā*. En pocos meses, muchas complicaciones y quebraderos de cabeza habían trastornado sus planes, y aún habría más; la batalla acababa de empezar.

* * *

Al dejar Bombay, Śrīla Prabhupāda comenzó una vuelta al mundo de predicación, llevándose con él un pequeño séquito de discípulos. Visitó Singapur, Sídney, Melbourne, Auckland, Tokio y Honolulu. Hizo una breve

escala en su centro de Portland, en el estado americano de Oregón, y después voló a París y Glasgow. Después volvió a los Estados Unidos, donde visitó la comunidad agrícola de Nueva Vrindaban en Virginia Occidental, y después de cinco meses de intenso viajar, fue a su sede del mundo occidental, a Los Angeles.

Desde Los Angeles escribió a los devotos de Bombay, tranquilizándoles al decirles que el terreno de Juhu no era sólo un lugar problemático, sino un lugar extraordinario en el que iba a desarrollarse un gran plan. Valía la pena luchar por ello.

...ahora estoy impaciente por saber si se ha firmado la escritura, y enterarme de lo que dice. Por favor, enviadme la copia debidamente firmada en cuanto podáis. Esto va a ser para mí un gran alivio. En cuanto la escritura se haya firmado, podéis empezar los trabajos de construcción inmediatamente. Pronto iré a la India, en octubre a más tardar, y quiero estar seguro de que el plan de construcciones en Bombay, Mayapur y Vrindavana siguen su curso sin problemas. El proyecto de Bombay es uno de los más importantes del mundo entero, y cuento contigo y todos los de Bombay para que procuréis que se haga de una manera magnífica.

Prabhupāda dio instrucciones repetidamente a los administradores de Bombay para que no se apartasen de los términos del contrato de compra. Los devotos deberían exigir que el Sr. N. se ajustase al acuerdo original.

Prabhupāda estaba preocupado de no tener noticias de su abogado, el Sr. D. Hacía quince días que había enviado un telegrama a cada uno de ellos, al Sr. N. y al Sr. D., preguntando las razones del retraso, pero no había tenido contestación de ninguno de los dos. Ante lo cual había escrito a otro abogado, uno de sus amigos de Bombay, para saber lo que pasaba, y recibió la respuesta en Los Ángeles: el Sr. D. ya no era su abogado. Dos días después de recibir estas inquietantes noticias, Prabhupāda recibió una carta en la debida

forma, del despacho del Sr. D., informándole de lo mismo.

De todas las noticias recientes de Bombay, ésta era la más inquietante. Prabhupāda comenzó a comprender que el Sr. N. había tramado un turbio plan desde el principio. No se trataba de un retraso debido a causas burocráticas; el Sr. D. estaba en combinación con el Sr. N. Eran unos

estafadores. Así que iba a haber una auténtica lucha. ISKCON tendría que ir a los tribunales y formular una acusación criminal contra el Sr. N. No había manera de evitar la lucha, y Prabhupāda estaba muy seguro de que su situación legal era muy sólida.

Antes de marchar de Los Ángeles, pensó en otra táctica. Escribió a Girirāja diciéndole que pusiese un anuncio en el periódico notificando al público de que ISKCON había firmado un contrato de compra del terreno del Sr. N. en Juhu.

Aunque Prabhupāda había nombrado secretarios del GBC para que supervisasen el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa en diversas partes del mundo, el verdadero secretario del GBC en la India era él. Dondequiera que fuese, siempre tenía predilección por aquellos proyectos. Estaba dando el ejemplo perfecto de un secretario del GBC. Mientras se ocupaba conscientemente de los asuntos prácticos, él era siempre trascendental, dependiendo totalmente de Kṛṣṇa y predicando siempre.

* * *

6 de octubre

Durante su breve visita a Berkeley, Prabhupāda vio a un grupo de profesores de la Universidad de California, y también instaló en el templo de Berkeley las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa. Pero, sin embargo, estaba pensando en Bombay. Escribía a Tamāla Kṛṣṇa Goswami:

El asunto de Bombay se ha complicado con las tácticas del Sr. N. y el Sr. D. Girirāja tiene dificultades. Él es un chiquillo en estos tratos a nivel mundano; de manera que debes ir a ayudarlo inmediatamente... Pero debes tener cuidado de entregar el dinero en la oficina del registro del tribunal, y de no dárselo en mano al Sr. N. ni a su representante... Arregla las cosas de manera apropiada; si no, vayamos al tribunal y presentemos la demanda correspondiente, ya sea civil o criminal, contra las tácticas del Sr. N.

Prabhupāda decidió enviar a Bombay a Karandhara, al que consideraba un experto, para que ayudase allí. También quería enviar a Śyāmasundara, pero éste había ido a Londres con referencia a una gran finca rural que donaba George Harrison. Sin embargo, Prabhupāda notificó a Śyāmasundara que una vez terminada la transacción de Londres, tenía que

ir a Bombay. Prabhupāda estaba listo para la lucha. No se dejaría estafar.

En su viaje de vuelta a la India, Prabhupāda volvió a visitar su centro de Honolulu. Después, el 11 de octubre, fue por primera vez a Manila, donde un corto número de discípulos había organizado para él varios programas de predicación, tanto en el templo como en el Hotel Intercontinental.

En Manila, Prabhupāda estudió cuidadosamente su posición con respecto al terreno de Juhu, y llegó a la conclusión de que saldría victorioso. En una carta a Girirāja, enumeró los puntos de su alegato:

- 1. Nosotros hemos cumplido todas las condiciones como compradores.*
- 2. El Sr. N. se ha retrasado deliberadamente para engañarnos, como lo ha hecho con otros anteriormente.*
- 3. Pero esta vez no nos puede engañar porque estamos en posesión del terreno y nuestra Deidad Radha-Krisna está allí instalada.*
- 4. Por tanto, debemos ir inmediatamente ante el tribunal, para obligarle a que ejecute lo estipulado inmediatamente.*
- 5. Incluso si el pleito se prolongara por mucho tiempo, nuestros asuntos no podrían interrumpirse.*
- 6. Sin ir a los tribunales, no podemos llegar a ningún arreglo con él.*
- 7. Pero creo que podemos disponer del importe total de 14 lakhs para quitarnos de enmedio a este bribón.*
- 8. Pero no podemos hacerlo sin ir al tribunal, pues, en caso contrario, seremos parte demandada por incumplir el contrato de compra. Por tanto, tenemos que ir al tribunal antes de llegar a ningún compromiso.*

* * *

Vṛndāvana

17 de octubre de 1972

Prabhupāda había ido a Vṛndāvana para celebrar el mes de Kārttika, del 16 de octubre al 14 de noviembre. Pensaba dar conferencias a diario en el *samādhi* de Rūpa Gosvāmī, en el patio del templo de Rādhā-Dāmodara, hablando del *Néctar de la Devoción*, que era su propia traducción del libro de Rūpa Gosvāmī, *Bhakti-rasāmṛta-sindhu*. En su viaje por Occidente había invitado a algunos devotos a que se reuniesen con él en Vṛndāvana durante

el mes de Kārttika, y ahora se habían reunido para estar con él unas docenas de devotos de América, Europa, India y otras partes del mundo.

Él estaba preocupado con llevar adelante su proyecto de Vṛndāvana, de manera que, en lugar de salir corriendo inmediatamente para Bombay, había ido allí primero, enviando a algunos de sus mejores discípulos para abordar el problema de Bombay. En aquel momento, lo mismo que un general que lucha en un frente distinto, esperaba las comunicaciones de sus lugartenientes desde Bombay. Se trasladó a sus dos pequeños cuartos del templo de Rādhā-Dāmodara, mientras sus discípulos se alojaban en las cercanías, en un antiguo palacio del Mahārāja de Bharatpur, un viejo edificio cerca del Yamunā.

Tamāla Kṛṣṇa Goswami, Śyāmasundara y Karandhara llegaron a Bombay. Las cosas habían empeorado, les dijo Girirāja. Cuando el Sr. N. vio la noticia en el periódico anunciando públicamente que ISKCON había concertado un acuerdo sobre la propiedad de Juhu, se había puesto furioso. Girirāja había ido a verle, con las manos juntas y postrándose ante él, pero el Sr. N. no se calmó. Faltaba a todas sus promesas y cancelaba el contrato de venta con el pretexto de que los devotos no habían obtenido la escritura en los seis meses de intervalo. El pago inicial de dos *lakhs* que había exigido ahora era suyo, y los devotos debían dejar el terreno inmediatamente.

El señor N. había cortado el suministro de agua de Hare Krishna Land. Pocos días después, un matón se había plantado a la entrada de la propiedad, blandiendo un machete cada vez que los devotos pasaban por allí. Un amigo del Sr. N. había impreso un prospecto atribuyendo una conducta escandalosa a los devotos americanos de Hare Kṛṣṇa, y lo estaba distribuyendo en la cercana estación de

ferrocarril de Vile Parle. Aunque algunos devotos se habían marchado y otros querían hacerlo, aún quedaban en Bombay unos treinta devotos.

Lo primero que había que hacer, dijo Karandhara, era encontrar un nuevo abogado; fue a ver a los más prestigiosos procuradores, y contrató a un especialista en transacciones y escrituras de terrenos. A continuación, los principales devotos y su procurador fueron a ver al Sr. N. a su despacho. Éste se mostró obstinado y poco dispuesto a cooperar, y el abogado de ISKCON estuvo amenazador. La batalla en el tribunal parecía inevitable.

Tamāla Kṛṣṇa Goswami, Karandhara, Bhavānanda y Śyāmasundara hablaron entre ellos, y cuanto más hablaban, más imposible veían el asunto de Juhu. Incluso sin la traición del Sr. N., sólo vivir allí era muy difícil. Los

devotos y las Deidades estaban muy mal instalados, y hasta había goteras, y el suelo de cemento estaba agrietado. Ratas, moscas, cucharachas, perros callejeros y mosquitos infestaban el lugar, y hasta, de vez en cuando, alguna serpiente venenosa ocasional. Los devotos tenían siempre alguna enfermedad tropical, sobre todo malaria y hepatitis.

De manera que, aunque el nuevo abogado de ISKCON estaba dispuesto a llevar el caso al tribunal, los devotos vacilaban. El Sr. N. había dicho que ellos, no él, eran criminales, porque no tenían el permiso del comisario de caridad: estaban ilegalmente en su terreno. Dijo que les demandaría por daños y perjuicios. Hasta parecía que estaba dispuesto a pasar a la acción violenta. Considerando todos los aspectos, los líderes a quienes Prabhupāda había confiado la solución del conflicto de Juhu, decidieron que ISKCON debía renunciar al terreno. Redactaron una carta conjunta a Śrīla Prabhupāda y encargaron a Śyāmasundara que la entregase en mano en Vṛndāvana.

Śrīla Prabhupāda leyó la carta en su cuarto del templo de Rādhā-Dāmodara. Aunque a cientos de kilómetros de distancia, lo que estaba ocurriendo en Bombay pesaba en su corazón durante toda su estancia en Vṛndāvana. Sacó su copia del contrato firmado por el Sr. N. Después llamó a su secretario y comenzó a dictarle una carta para sus líderes de Bombay.

Comenzó su carta como un abogado, respondiendo con lógica, punto por punto. Una de las razones que daban sus discípulos para querer abandonar el terreno era que el comisario de caridad había denegado el permiso. En este caso, argumentaba Prabhupāda, tendrían que intentar recuperar el dinero y abandonar el terreno. Pero parecía que el permiso del comisario de caridad se había retrasado, no denegado; un pequeño detalle. Aunque el Sr. N. hubiese indicado un límite de seis meses para obtener la aprobación del comisario de caridad, Prabhupāda señalaba que el contrato original no mencionaba ese tiempo límite.

Otra razón que daban los hombres de Prabhupāda para querer abandonar el terreno era que, según el Sr. N., no habían obtenido la escritura en el plazo de seis meses, como estipulaba el contrato de venta original. Prabhupāda replicó que, según la cláusula en cuestión, «es nuestra opción rescindir el contrato en el plazo de seis meses, no la del vendedor». Pero el punto realmente importante era que el Sr. N. había aceptado varios cheques por valor de un *lakh* de rupias como pago inicial en el plazo de seis meses, y por tanto, el contrato de venta estaba cumplido.

... nosotros pensamos que él ha cumplido la escritura de traspaso, y nosotros no queremos rescindirla, sino cumplirla inmediatamente, nada más. Está tratando de evitar esta solución con trampas, os ha dominado, vosotros estáis algo asustados y os ha engañado, haciéndoos creer que su posición legal es superior, para que así le deis algún dinero. Pero esto es estafar. No le vamos a dar más dinero. No le paguéis más. Ante todo tenéis que entablar una causa criminal contra él... Así pues, ¿por qué estar decepcionados o tenerle miedo? Nuestra posición es muy fuerte.

Si el Sr. N. amenazaba con la violencia, tampoco aquello era motivo para dejar el terreno. Los devotos estaban allí legalmente y deberían buscar la protección de la policía.

Por tanto, oídme, muchachos, vosotros no podéis tratar muy bien estas cuestiones, porque sois demasiado tímidos. Ahora podéis hacer lo que queráis. Habría que entablar una causa criminal inmediatamente, cosa que vosotros no hacéis, porque os está engañando. Dice palabras fuertes y lanza amenazas, y vosotros le creéis tontamente y hacéis lo que os dice. Eso sí que no lo haré yo.

El consejo conclusivo de Prabhupāda fue que los devotos deberían ir ante el magistrado y decirle: «Nosotros hemos dado dinero al Sr. N., y ahora nos amenaza con la violencia para echarnos». No tenían que tener miedo.

* * *

Prabhupāda estaba impaciente por empezar a construir en su propiedad de Ramaṇa-retī, y las noticias de Bombay no desviaban su atención de aquel propósito. Todos los días hacía que los devotos tuviesen una procesión de *saṅkīrtana* desde el templo de Rādhā-Dāmodara hasta la propiedad de Ramaṇa-retī. A veces, también salía para ver aquel lugar, que aún no era más que chozas de hierba, una cerca de alambre, y un pequeño depósito de materiales de construcción. Subala, el discípulo encargado de la construcción, era lento y estaba reacio, y Prabhupāda envió a buscar a Tamāla Kṛṣṇa Goswami para que fuese desde Bombay y se hiciese cargo de los trabajos. Una mañana temprano, Subala salió de la propiedad de

Ramaṇa-retī, donde había estado, y fue a ver a Śrīla Prabhupāda, que estaba en la azotea del templo de Rādhā-Dāmodara. «Prabhupāda —dijo—, tengo muchas dificultades. No tengo tiempo de leer, no puedo cantar mis rondas como es debido, no puedo pensar en Kṛṣṇa. Siempre estoy pensando en que este contratista nos está estafando, o en firmar cheques por la mano de obra y los materiales. Esto es demasiado. Pensar en todas estas cosas me impide que piense en Kṛṣṇa.»

—¿Y tú crees que Arjuna estaba meditando nada más que en Kṛṣṇa en el campo de batalla de Kurukṣetra? —replicó Prabhupāda—. ¿Crees tú que Arjuna estaba en trance de yoga mientras Kṛṣṇa se estaba esforzando en el campo de batalla? No, estaba luchando. Estaba matando por Kṛṣṇa. Estaba pensando en todos los soldados que debía matar por Kṛṣṇa. Pensar en el libro de cheques, pensar en los nombres, pensar en los contratistas, es como lo que pensaba Arjuna. Es el servicio de Kṛṣṇa. No tienes que preocuparte de pensar en Kṛṣṇa directamente. Arjuna no estaba en trance ante Kṛṣṇa, meditando en Su forma. Estaba ocupado al servicio de Kṛṣṇa. También esto es servicio de Kṛṣṇa, y debes ocuparte en él. Tu vida está llena con el servicio de Kṛṣṇa, y es algo excelente.

En la medida de lo posible, Prabhupāda designaba a cada discípulo un determinado servicio, según fuese su naturaleza sicofísica. Pero todos tenían que encargarse de algún trabajo para Kṛṣṇa. Como Prabhupāda quería construir un templo en Vṛndāvana, todo el que le ayudase a hacerlo, estuviese preparado o no para ello, tuviese esta tendencia o no, todo el que le ofreciese ayuda, le sería muy querido, a él y a Śrī Kṛṣṇa.

En todo el mundo, los devotos trabajaban mucho para desarrollar los proyectos de ISCKON. Sus medios de subsistencia dependían de la distribución de los libros de Śrīla Prabhupāda, que aumentaban muy rápidamente y en cierto grado, de su venta de incienso Spiritual Sky (Cielo Espiritual). Prabhupāda aún no tenía ningún plan sobre la arquitectura de su proyecto de Vṛndāvana, pero había decidido reunir el dinero suficiente para materiales y mano de obra de su Fondo Editorial y de los devotos. Un día, fue al emplazamiento de la construcción, y dijo a un devoto que le hiciese un poco de cemento, y con sus propias manos, puso en el suelo el primer hormigón de los cimientos.

* * *

Hyderabad

11 de noviembre de 1972.

Prabhupāda había ido a Hyderabad para celebrar un programa en un *paṇḍāl*. Grandes multitudes asistieron a sus conferencias, y dondequiera que fuese, hasta cuando entraba y salía de su coche, la gente le rodeaba para tocar sus pies de loto.

En Hyderabad estaban sufriendo una sequía, pero pocos días después de la llegada de Prabhupāda, comenzó a llover. Un periódico insinuó que el *harināma-kīrtana* que habían celebrado con tanto entusiasmo Prabhupāda y sus devotos, debía ser la causa del final de la sequía. Prabhupāda estuvo de acuerdo.

Vio también al Sr. N., que había ido a Hyderabad desde Bombay. Śyāmasundara tenía una relación cordial con el Sr. N., porque éste se había encariñado de su hija de tres años, Sarasvatī. De manera que fue a ver al Sr. N., y le convenció de que hablase con Prabhupāda. El Sr. N. consintió, pero temiendo que Prabhupāda pudiera intentar emplear algún poder místico para convencerle de que hiciese algo contra su voluntad, se llevó consigo a un *guru*, pensando que este *guru* podría contrarrestar la fuerza espiritual de Prabhupāda.

El Sr. N., su *guru* y Śyāmasundara fueron a casa de Panilal Prithi, donde se alojaba Prabhupāda. Éste les recibió sin formalidades, hablando con ellos del *prasādam*, hasta que bostezó, y el *guru* del Sr. N. dijo: «Oh, Swami, debe estar muy cansado. No debemos molestarle ahora. Descanse y después hablaremos».

—Ah, sí —dijo Prabhupāda—, estoy muy cansado.

De manera que el Sr. N. y su *guru* se disculparon y se retiraron al cuarto contiguo.

A los pocos minutos, Prabhupāda llamó a Tamāla Kṛṣṇa Goswami a su cuarto. «Cuando alguien te pregunta si tú estás cansado —dijo Prabhupāda—, significa que él está cansado. Si vas al otro cuarto, verás que están durmiendo.» Dio instrucciones a Tamāla Kṛṣṇa para que despertase con cuidado al Sr. N. sin molestar a su *guru*, y se lo llevase.

Entrando de puntillas en el cuarto, Tamāla Kṛṣṇa encontró dormidos sobre las camas a los dos, al Sr. N. y a su *guru*. Se acercó al Sr. N., le tocó el brazo y dijo en voz baja: «Sr. N., Sr. N., despiértese. Prabhupāda quisiera hablar con usted. Dese prisa». El Sr. N., al verse despertado de su sueño, obedeció, y fue al cuarto de Prabhupāda, olvidándose de su amigo *guru*.

Prabhupāda habló por espacio de dos horas con el Sr. N., y al final de la conversación, habían elaborado un nuevo contrato de venta. Tamāla Kṛṣṇa y Śyāmasundara, en otro cuarto, redactaron y mecanografiaron los documentos, mientras Prabhupāda y el Sr. N. decidían los últimos extremos legales. Después, el Sr. N. firmó el contrato, mientras su amigo *guru* continuaba durmiendo profundamente.

Más tarde, aquel día, Tamāla Kṛṣṇa confió a Śrīla Prabhupāda: «Estoy tan inquieto con estas cosas que no puedo cantar bien mis rondas».

—Es natural —dijo Prabhupāda—. A mí me pasa igual, cuando estoy inquieto.

—Pero me doy cuenta de que así estoy avanzando espiritualmente —reconoció Tamala Kṛṣṇa.

Prabhupāda asintió con la cabeza.

—Yo tenía la costumbre de intentar evitar situaciones difíciles — dijo Tāmala Kṛṣṇa—, pero ahora creo que no debo huir de ellas.

—Sí —dijo Prabhupāda—. Tendríamos que alegrarnos cuando las encontramos. Nos dan una oportunidad de avanzar.

Śyāmasundara y Tamāla Kṛṣṇa Goswami volvieron a Bombay por avión aquella tarde, con el Sr. N. Según el nuevo contrato, ISCKON pagaría al Sr. N. los cinco *lakhs* de rupias para un impuesto del gobierno, y a cambio, el Sr. N. firmaría la escritura de traspaso. Pero también había un nuevo límite, tres semanas, y los devotos tendrían que apresurarse. El mismo Prabhupāda iría enseguida a Bombay para resolver la cuestión definitivamente.

* * *

Bombay

25 de noviembre de 1972

Aunque Prabhupāda había ido a Bombay con la esperanza de finalizar la transacción del terreno, el Sr. N. aún seguía retrasándose, a pesar del nuevo contrato. Era evidente que sus pretextos no eran más que una parte de su plan de estafar a ISCKON. Śrīla Prabhupāda esperó en Bombay muchos días, y finalmente, fue a Ahmedabad para dirigir un programa de un *pañḍāl*. Dio instrucciones a sus discípulos para que obtuviesen las escrituras según los nuevos términos, o, en caso contrario, recuperar los dos *lakhs* de rupias entregados como pago inicial.

Sin embargo, en ausencia de Śrīla Prabhupāda, Śyāmasundara, Tamāla Kṛṣṇa Goswami y los demás comenzaron a decir que, incluso si algún día lograban tener la escritura de la propiedad de Juhu, sería prácticamente imposible desarrollar Hare Krishna Land tal como Prabhupāda imaginaba. Śyāmasundara sostenía que, incluso si obtenían el terreno, ¿cómo podían esperar construir un gran templo y un hotel, allí mismo, en la jungla? Aquello no podía ser. Mientras tanto, Prabhupāda, desde Ahmedabad, continuaba librando su campaña de Bombay, y dijo al Sr. N. y al Sr. D. que fuesen a Ahmedabad para tratar de llegar a un acuerdo. Ellos rehusaron.

En Bombay, los devotos se enteraron de que si querían recuperar su pago inicial y el dinero que habían depositado para los cinco *lakhs* de impuesto de beneficio, tenían que cancelar el nuevo contrato. No sabían qué hacer, y su plazo se terminaba.

Una mañana, una de las discípulas de Prabhupāda, Viśākhā-devī dāsī, fue a Ahmedabad desde Bombay. Prabhupāda la hizo llamar y le dijo que volviera a Bombay inmediatamente con un mensaje. Preocupado por si sus líderes de Bombay tomaban una decisión errónea y decidían abandonar el terreno, le dijo que les dijese que de ninguna manera cancelasen el contrato con el Sr. N. «En realidad —dijo—, esto no es una tarea de mujer, pero aquí, todos los demás, o estan ocupados en el *paṇḍāl*, o no han estado con nosotros el tiempo suficiente para llevarla a cabo.»

Viśākhā tomó el primer tren para Bombay, y llegó a la mañana siguiente. Pero ya había ocurrido lo que Prabhupāda había previsto: los devotos habían cancelado el contrato de venta. Estaban convencidos de que era un error comprar el terreno, y sus abogados, que estaban de acuerdo, habían señalado que si los devotos querían retirar su dinero, tenían que cancelar el contrato inmediatamente. Cuando los devotos recibieron el mensaje de Ahmedabad,

reinó la confusión. Ya no tenían ninguna base legal, ningún derecho sobre el terreno. Y ¡habían fracasado en llevar a cabo el deseo de Prabhupāda! Girirāja telefoneó a Prabhupāda, para decirle lo que había ocurrido.

—Bhaktivedanta Swami al habla —dijo Prabhupāda al descolgar el teléfono. Girirāja decía que una devota había llegado desde Ahmedabad con un mensaje—. Sí, sí —dijo Prabhupāda—, ¿qué pasa? — Por fin, Girirāja dijo bruscamente que habían cancelado el contrato de venta. Prabhupāda guardó silencio. Después, con una voz que expresaba enfado y resignación al mismo tiempo, dijo—: Entonces todo ha terminado.

Capítulo Sexto

Que se haga un templo

Parte II

«La última cosa que haré será entregar Hare Krishna Land al rufián del Sr. N.», escribía Prabhupāda a un miembro vitalicio, inmediatamente antes de dejar Ahmedabad para ir a Bombay. Prabhupāda se había puesto enseguida a pensar la manera de rectificar el error de sus discípulos. Aún no se había transferido ningún dinero, así que quizás no fuese demasiado tarde.

El Sr. N. no podía comprender de ningún modo por qué estaba tan empeñado Prabhupāda en su lucha por conservar el terreno de Juhu. No porque Prabhupāda mantuviese ocultos sus motivos, sino que solamente un devoto puede comprender lo que piensa o lo que hace otro devoto. El Sr. N. estaba haciendo con Prabhupāda lo mismo que había hecho con la C. Company. Había estafado a esa compañía, y ahora quería estafar a IS. Él solamente podía suponer que p y sus discípulos estaban llevados por el mismo motivo que tenía él en persona, el único motivo que él podía comprender: el deseo de posesiones materiales.

En realidad, hasta los discípulos de p encontraban difícil comprender la inquebrantable decisión de p. El principal motivo que tenía p consistía en predicar la conciencia de k en Bombay. Śrīla p dijo: «Mi Guru Mahārāja me ordenó que predicase la conciencia de k en Occidente y lo he hecho. Ahora quiero predicar en la India». Bombay era la ciudad más importante de la

India, la puerta del país. Y en Bombay, k le había guiado de un modo u otro a aquel terreno, en el que había comenzado a predicar, y al que había llevado a las Deidades de Rādhā y k. A los ojos de p , el terreno era muy a propósito para el grande y magnífico templo y el hotel internacional que había planeado.

Bombay era una ciudad importante, y requería una adoración majestuosa en el templo, grandes festivales, distribución en masa de *prasādam* y una variedad de programas de cultura védica. El terreno de Juhu parecía ideal para una escuela, un teatro, una biblioteca, apartamentos, una ciudad Hare k. Así que, ¿cómo iba p a retroceder ante aquel bribón que trataba de estafarle? Siempre habrá gente que se oponga a la conciencia de k , decía p , pero esto no quería decir que los devotos tuviesen que ceder. Un predicador tenía que ser tolerante, pero a veces, cuando fallaban todos los demás medios y el interés de k estaba en juego, tenía que luchar.

Otra razón para negarse p a abandonar el terreno, era que se había comprometido con las Deidades, Rādhā-Rāsavihārī. Él había invitado allí a ky orando: «Amado Señor, dignate quedarte aquí, y construiré para Tí un hermoso templo».

De manera que si la razón externa de que Prabhupāda estuviese decidido a conservar Hare Krishna Land era la actividad misionera. La razón interna era su compromiso con Sus Señorías Śrī Śrī Rādhā-Rāsavihārī. El espíritu de lucha de Prabhupāda para conservar la finca era tan fuerte que, a veces, parecía que luchaba por luchar. A veces llegaba a comparar al Sr. N. con el demonio Kaṁsa. Así como Kaṁsa había utilizado a muchos demonios menos poderosos en sus intentos de matar a Kṛṣṇa, el Sr. N. se había servido de agentes demoníacas como abogados, amigos, y rufianes. Para Kṛṣṇa, el matar demonios como Kaṁsa era Su pasatiempo, o līla, y se divertía con ello. Y Prabhupāda, como servidor de Kṛṣṇa, estaba totalmente absorto en esta lucha. Se mantenía vigilante, belicoso. Cuando el Dr. N. engañó o asustó a los devotos haciendo que retrocedieran, Prabhupāda se mantuvo firme. Se entregó naturalmente a la lucha; estaban desafiando a Kṛṣṇa y Su misión.

Prabhupāda estaba actuando como el protector y padre de las Deidades y del centro de ISKCON de Bombay. Como él había descrito en su Néctar de la Devoción, muchos grandes devotos tienen una relación eterna con Kṛṣṇa como protectores Suyos. Cuando Kṛṣṇa, de niño, luchó con la serpiente Kāliya, los padres de Kṛṣṇa estaban sumido en la ansiedad trascendental.

Habían visto a su hijo entre los anillos de la serpiente, y temiendo por la vida de Kṛṣṇa, habían intentado protegerle. Los eternos padres de Kṛṣṇa, habían intentado protegerle. Los eternos padres de Kṛṣṇa siempre están temiendo que Kṛṣṇa pueda hacerse daño, y cuando parece que llega el peligro, su ansiedad natural aumenta. De esta manera, manifiestan el más intenso amor por Kṛṣṇa. La actitud de Śrīla Prabhupāda era la de proteger a Rādhā-Rāsavihārī, así como también a su movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Aunque sabía que Kṛṣṇa era el protector supremo y que nadie podía oponerse a Su voluntad, a causa de su deseo protector de extender las glorias de Kṛṣṇa, temía que el demonio del Sr. N. pudiera hacerle daño a Kṛṣṇa.

El sentimiento de ansiedad y de protección de Prabhupāda se extendía también a sus discípulos. Los veía como niños, con poca experiencia del mundo; no sabían cómo tratar con bribones, y se les podía engañar fácilmente. Pero, si el hijo era crédulo, el padre tenía que ser astuto y fuerte para proteger a la familia. Como protector de los devotos y de la misión de Kṛṣṇa, Prabhupāda quería tener buenos alojamientos, para que sus discípulos pudieran servir a Kṛṣṇa cómodamente, hasta con elegancia. El maestro espiritual de Prabhupāda, Bhaktisiddhānta Sarasvatī, había enseñado lo mismo cuando dijo que los predicadores de la conciencia de Kṛṣṇa tenían que tener lo mejor de todo, puesto que están prestando el mejor servicio a Kṛṣṇa. Por lo tanto, Prabhupāda estaba decidido a establecer su ciudad Hare Kṛṣṇa en Bombay. Sin adoptar la actitud de un mendigo desnudo, a quien nada de este mundo material le interesa, se sentía responsable de sus miles de discípulos, y por eso asumía tantas preocupaciones.

El Sr. N. no podía saber qué motivos dirigían a Śrīla Prabhupāda. Ni podía imaginar las consecuencias de oponerse a Kṛṣṇa y al devoto puro de Kṛṣṇa, aunque el peligro de esta situación estaba explicado en las más famosas obras clásicas de la India, el Bhagavad-gītā, el Śrīmad-Bhāgavatam y el Rāmāyaṇa. Prabhupāda estaba luchando del lado de Kṛṣṇa; por lo tanto, el Sr. N. estaba oponiéndose a la Suprema Personalidad de Dios.

* * *

La posición legal de ISKCON se había debilitado al cancelar los discípulos de Prabhupāda el contrato. Pero Prabhupāda tenía fe en que si los devotos seguían manteniendo la posesión del terreno, su posición seguiría siendo

fuerte. Al mismo tiempo, pedía a los devotos que predicasen más. No debían pensar que sin un templo no podían predicar, así que dispuso lo necesario para celebrar otro festival en un paṇḍāl, en Bombay, festival que fue un gran éxito, con una asistencia de veintemil personas por noche.

Invitados importantes, como el Sr. R. K. Ganatra, el alcalde de Bombay, pronunciaron discursos de presentación, y también los devotos formaron parte activa, organizando, anunciando, cocinando y distribuyendo prasādam, distribuyendo los libros de Śrīla Prabhupāda y predicando en un tenderete de preguntas y respuestas. El festival sirvió para sacar a los devotos del estancamiento de su prolongada lucha legal y de la austeridad de vivir en Juhu.

En la última semana de enero de 1973, Prabhupāda tuvo una reunión con el Sr. N. en la residencia del Sr. Mahadevia. Aunque los abogados de Prabhupāda habían presentado una demanda criminal contra el Sr. N., Prabhupāda quería intentar un arreglo amistoso. Siempre había sido cortés y amable con el Sr. N., quien parecía responder con urbanidad. Pero esta vez fue diferente. No hubo sonrisas ni buenas palabras. Apenas estuvieron correctos el uno con el otro. Al poco rato, Prabhupāda dijo a sus discípulos que saliesen de su habitación.

Hablando en hindú, el Sr. N. comenzó a acusar a Prabhupāda y a sus discípulos de estar relacionados con la CIA. «Iré el lunes con un cheque -dijo escuetamente el Sr. N.-, con un cheque de dos lakhs para devolverles su pago inicial.»

—Bueno —dijo Prabhupāda—. Si no quiere separarse de su terreno, tendremos que marcharnos. Pero piénselo antes de hacerlo.

El Sr. N. insistió en sus acusaciones. «Ustedes dicen que son los propietarios del terreno, pero no son más que una molestia para toda la zona, al levantarse a las cuatro de la mañana y todo eso...»

—Nosotros no pretendemos ser los propietarios —replicó Prabhupāda—. El verdadero propietario es Kṛṣṇa. Yo no soy el propietario. Kṛṣṇa ya está allí, en Su propio terreno. ¿Por qué nos molesta usted tanto? Tome sencillamente el dinero y dénos el terreno. O, si quiere que nos marchemos, prepare el cheque. —Prabhupāda había estado hablando con dominio de sí mismo, pero ahora su tono era de enfado—. ¡Saque su cheque, nos iremos mañana por la mañana! ¡No, nos iremos esta noche! Devuélvanos nuestro dinero. ¿Lo tiene usted?

El Sr. N. gritó: «¡Yo mismo quitaré las Deidades! Destrozaré el templo y

quitaré las Deidades!»». Y salió vociferando de la habitación.

Aquella semana llevaron al Sr. N. al hospital, tras un fuerte ataque al corazón. Dos semanas después, murió.

La Sra. N., aunque no era tan astuta en cuanto a las leyes como su difunto marido, mantuvo la lucha, y sus abogados, ansiosos de cobrar sus honorarios, a continuación, aún con más energía que ella, el litigio para expulsar a ISKCON. En abril de 1973, a incitación de ISKCON, se llevó la causa ante el Tribunal Supremo. Pero hubo retrasos tácticos, y uno tras otro, pasaron los meses sin que se decidiese nada.

Prabhupāda no se comprometió a construir en el terreno, ya que no tenía escritura ni garantía alguna. Se fue de viaje a Occidente, volvió a la India, pero nada había ocurrido que resolviera el caso. La vida en el centro de ISKCON de Bombay discurría pacífica, pero los progresos eran débiles y el resultado incierto.

Entonces, un día, sin avisar, la Sra. N. lanzó un violento ataque. En la mañana del 1 de junio, cuando los devotos se ocupaban de su quehacer diario, entró un camión en la finca de Juhu. Un equipo de derribo había llegado para desmantelar el templo. De algún modo, la Sra. N. había convencido a un oficial de la administración local para que autorizase a demoler el templo, modesta estructura de ladrillos y hormigón armado. Cuando Girirāja intentó mostrar al oficial encargado una carta que probaba los derechos de ISKCON, éste la ignoró, y dio la señal para que comenzase la demolición. Pronto llegaron más camiones, hasta que casi un centenar de hombres, con sopletes y almádenas, anduvo hormigueando por la propiedad. Subieron por unas escaleras y comenzaron a echar abajo el tejado de la sala del templo con las almádenas. Otros empleaban sopletes para cortar las vigas de acero. El plan de la cuadrilla era echar abajo las vigas de acero de la sala de *kīrtanas*, y continuar sistemáticamente hacia la residencia de las Deidades, donde estaban Rādhā-Rāsavihārī. Los devotos intentaron detener la demolición, pero pronto aparecieron en escena los policías, que iban por parejas y que se llevaban a los disidentes cogiéndoles por las piernas y los brazos. A las mujeres las arrastraban por el pelo, mientras los inquilinos de la propiedad se quedaban mirando. Algunos se alegraban viendo la demolición, aunque otros se compadecían. Pero por miedo a la policía, nadie hizo nada para ayudar a los devotos.

Un devoto, Manasvī, corrió a un teléfono y llamó al Sr. Mahadevia, que, con su amigo el Sr. Vinoda Gupta corrió a Hare Krishna Land. Al llegar encontraron a la policía arrastrando por el pelo a la última devota que quedaba. Había tratado de cerrar la puerta del altar para proteger a las Deidades, cuando tres policías la derribaron y se la llevaron a rastras. El Sr. Mahadevia corrió a casa de un inquilino simpatizante, el Sr. Acarya, y telefoneó a su hermano, Chandra Mahadevia, un rico negociante, amigo de Bal Thakura, el líder de uno de los partidos políticos más influyentes de Bombay.

El Sr. Chandra Mahadevia informó a Bal Thakura de lo que pasaba: a instigación de un hindú y bajo la orden de un funcionario municipal hindú, se estaba demoliendo un templo hindú de Śrī Viṣṇu. El Sr. Thakura, a su vez, informó al comisario municipal, que negó saber nada de la orden de demolición del templo, y que a su vez telefoneó a la oficina de la guardia municipal que había enviado el equipo de demolición. La oficina de la guardia envió a un hombre para que interrumpiera la demolición. El oficial llegó hacia las dos de la tarde, precisamente cuando el equipo había cortado los últimos pilares y estaban tirando abajo el tejado encima de las Deidades. El funcionario encargado del equipo recibió la orden de interrumpir la demolición, a lo cual obedeció.

En el momento del ataque, Prabhupāda estaba en Calcuta, y cuando los devotos le telefonearon, les dijo que reuniesen a los simpatizantes y miembros vitalicios y protestasen del ataque mediante una publicidad masiva. También debían desenmascarar a los responsables. Esto sería muy efectivo contra la Sra. N. y su pandilla.

Prabhupāda indicó varios miembros vitalicios que creía podían ayudar. El Sr. Sada Jiwatlal, director del Hindu Viswa Parishad, debía colaborar con la publicidad, puesto que su organización defendía el *dharmā* hindú y se destinaba a tratar casos como aquél. El Sr. Sethi debía contribuir evitando más violencia. Este episodio, dijo Prabhupāda, era parte del plan de Kṛṣṇa. Los devotos no tenían que asustarse.

A la mañana siguiente, apareció en la primera página del *Free Press Journal* una foto del templo demolido, con el titular: «TEMPLO SIN AUTORIZAR, DEMOLIDO POR LAS AUTORIDADES MUNICIPALES».

Los devotos comenzaron a contrarrestar la publicidad negativa. El Sr. Sada Jiwatlal convirtió su despacho del centro de la ciudad en una oficina de ISKCON, y él y los devotos comenzaron la campaña. A pesar de la

propaganda desfavorable, muchos indios estaban indignados por la violencia, y la corporación municipal condenó unánimemente a los funcionarios responsables del ataque al templo hindú. Los devotos, trabajando desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche en la oficina de Sada Jiwatlal, telefoneaban a los periódicos, escribían cartas y circulares, y se ponían en contacto con posibles simpatizantes.

El Sr. Vinoda Gupta, miembro de partido político Jan-Sangh, que apoyaba el mantenimiento de la cultura hindú de la India, se unió a Kartikeya Mahadevia y otros cuantos para constituir un comité que llamaron: «Salvemos el Templo». El Sr. Gupta publicó su propio panfleto, sosteniendo que ISKCON era una organización genuinamente hindú. Cuando Girirāja obtuvo el apoyo de los funcionarios del gobierno, muchas de las principales personalidades de Bombay, que comprendían lo auténtico del movimiento Hare Kṛṣṇa, comenzaron a manifestar simpatía y a prestar ayuda.

De manera que el plan de la Sra. N. y sus abogados tuvo el resultado contrario. Habían creído que estaban tratando con un puñado de extranjeros jóvenes, pero pronto se encontraron enfrentados con muchos de los hombres más influyentes de Bombay.

Śrīla Prabhupāda predijo que el resultado sería positivo. Pocos días después del incidente escribía:

La demolición de nuestro templo por la municipalidad ha reforzado nuestra posición. La comisión permanente de la municipalidad ha condenado la acción precipitada de la municipalidad y está de acuerdo en reconstruir la edificación a su costa. No sólo esto, porque la construcción provisional continuará hasta que el Tribunal decida quién es el propietario del terreno. En estas circunstancias, nosotros debemos reconstruir inmediatamente la parte del edificio que alberga a las Deidades. Hay que poner inmediatamente una cerca de alambre de espino para cerrar el terreno abierto. Y si fuese posible, habría que instalar frente a la construcción en que están las Deidades, un paṇḍāl provisional, hecho con nuestros materiales. Si esto se hace, puedo ir a Bombay y comenzar un Bhagawat Parayana que dure hasta que el Tribunal tome una decisión. Tal es mi deseo.

Los devotos comenzaron a ver todo el curso de los acontecimientos como la misericordia de Kṛṣṇa, puesto que muchos miembros vitalicios estaban

prestando valioso servicio a Prabhupāda y Śrī Kṛṣṇa. Hacía tiempo, Prabhupāda había estado en casa de muchos de los miembros vitalicios, predicándoles a ellos y a sus familias, convenciéndoles de su sinceridad y de las nobles aspiraciones de su movimiento. Aquellos amigos y miembros, como Bhagubai Patel, Beharilal Khandelwala, Brijratan Mohatta, el Dr. C. Bali, y otros, no solamente tomaban acción a causa de sus sentimientos hindúes, sino por un profundo respeto y gran afecto hacia Prabhupāda.

Girirāja, con Sada Jiwatlal, trató de convencer al consejo municipal de que autorizase la reconstrucción de la estructura del templo. Al hacer estas gestiones, descubrió que la Sra. N. había presentado aquel mismo día, un viernes, una solicitud de prohibición judicial para impedir que ISKCON reconstruyese. El magistrado Sr. Nain dijo a Girirāja que él no quería conceder lo que solicitaba la Sra. N. y que vería la causa de los devotos el lunes siguiente. Esto significaba que los devotos tenían desde el sábado por la mañana hasta el lunes por la mañana, dos días, para la reconstrucción del templo.

Los devotos pensaron que aunque no tenían permiso para reconstruir el templo, hasta aquel momento no había una ley que se lo impidiera. Si el magistrado, Sr. Nain, dictaba sentencia contra ellos, sería muy difícil reconstruir de nuevo. Por tanto, decidieron aprovechar el fin de semana para hacerlo. El Sr. Lal, que había sido contratista, les ayudó a preparar los materiales: ladrillos, cemento, planchas de asbesto. El Sr. Sethi ofreció un equipo de trabajadores. A las ocho de la noche del viernes, los albañiles comenzaban su trabajo, que prosiguieron durante toda la noche, a pesar de la lluvia. Y el lunes por la mañana, cuando el juez supo que había un nuevo templo, declaró: «Lo hecho, hecho está. Nadie puede destruir el templo».

Cuando Prabhupāda oyó las noticias, pensó que era una victoria completa. Se había reconstruido el templo, y la opinión pública giraba claramente a favor de ISKCON.

* * *

Māyāpur

1 de junio de 1973

Aunque el edificio de Māyāpur aún no se había terminado, Prabhupāda había ido a vivir allí. Tomó dos habitaciones contiguas, una para estudio y otra para dormitorio, en la primera planta. Mientras tanto, proseguía el trabajo de la construcción en la sala del templo y en otras partes del edificio.

El primer día que pasó allí hubo una tormenta con nubes negras imponentes y fuertes vientos. Pero la tormenta fue corta y los daños mínimos.

Acabo de venir a Mayapur, y tengo grandes esperanzas de recuperar mi fuerza y mi salud, estando en esta atmósfera trascendental. Cada momento que pasamos aquí es un placer.

Al atardecer, el *pūjārī* del templo, Jananivāsa, iba al cuarto de Prabhupāda con una vasija de barro llena de carbón encendido e incienso y lo aventaba hasta que la habitación se llenaba de humo. Esto era para alejar a los insectos, pero Prabhupāda lo consideraba también purificador

Aunque a veces le molestaba el martilleo de los obreros, por lo demás encontró la atmósfera pacífica. Sólo había allí unos pocos devotos, y Prabhupāda se concentró en las traducciones o en hablar con los visitantes y con los devotos encargados de desarrollar su centro de Māyāpur. Él manifestaba sus deseos sobre todo a Bhavānanda Mahārāja y Jayapatākā Mahārāja, y por mediación de ellos hacía su voluntad.

Los devotos que vivían en el edificio con Prabhupāda se consideraban a sí mismos humildes servidores de la casa personal de Prabhupāda. Por supuesto, todos los edificios de ISKCON pertenecían a Prabhupāda, pero en Māyāpur este sentimiento se intensificaba. Generalmente, los devotos de cada uno de los centros reunían el dinero para mantener su propio centro, pero Prabhupāda en persona se encargó de obtener los fondos para Māyāpur. Había comenzado una Asociación de Fondos de Māyāpur-Vṛndāvana con las donaciones de sus discípulos y los intereses de los depósitos de títulos y valores. Si se malgastaba el dinero, si no se aprovechaba la energía, o si se dañaba de algún modo el edificio, Prabhupāda se sentiría muy afectado. Ahora que se encontraba personalmente en el teatro de operaciones, paseaba por allí con frecuencia, dando instrucciones detalladas y exigiendo que se corrigiesen los errores. El edificio rosa y rojizo era como un enorme barco trascendental, y Śrīla Prabhupāda, como capitán, andaba por los anchos porches dando órdenes estrictas a todos los tripulantes, para mantenerlo todo en orden a bordo.

Prabhupāda sentía afecto y profunda gratitud por aquellos devotos que dedicaban su vida al proyecto de Māyāpur. Una noche, llamó a Bhavānanda a su cuarto y comenzó a preguntarle por los devotos. De

pronto Prabhupāda comenzó a llorar. «Yo sé que es difícil para todos vosotros, chicos y chicas occidentales —dijo—. Estáis tan entregados, sirviendo aquí en mi misión. Yo sé que ni siquiera podéis conseguir *prasādam*. Cuando pienso que ni siquiera podéis obtener leche y que habéis abandonado vuestra vida opulenta para venir aquí, y que no os lamentáis, me siento muy agradecido a todos vosotros.»

Bhavānanda: *Los obreros del mármol vivían en casas de chātāi al lado del lugar de la obra. Había una bomba de mano para sacar agua, al lado del edificio, y allí era donde tomábamos el baño y donde los obreros iban a buscar agua para el cemento. A alguna distancia de allí, había dos retretes, uno para hombres y otro para mujeres. No eran más que dos agujeros en el suelo, cada uno de ellos rodeado de una tapia de chātāi. Al llegar las tormentas y la lluvia, teníamos que atravesar por los campos llenos de barro para ir a los retretes. Había serpientes por todas partes. ¡Era un lugar salvaje! Se trataba de una obra en construcción. Nadie vive en una obra, pero nosotros sí. Śrīla Prabhupāda nos hizo ir allí. Era conveniente para nosotros. Ni cuartos de baño ni nada, sólo pisos descubiertos y cemento.*

Aunque los devotos soportaban las austeridades de vivir en la obra de la construcción del centro de Māyāpur, a veces pensaban que era demasiado difícil. Pero Śrīla Prabhupāda nunca lo consideraba así y alentaba a los devotos: «¡Māyāpur es tan maravilloso! Se puede vivir sólo de aire y agua». Los alrededores eran campos de arroz, y para llegar al edificio del templo desde la entrada de la finca (una distancia de más de doscientos metros), los devotos tenían que ir por caminos hechos por los bordes de tierra que separaban un campo de arroz de otro. La cocina, que era de tela de yute y bambú, estaba situada a la entrada de la propiedad.

Los devotos tenían que vivir sin electricidad buena parte del tiempo, ya que el suministro se cortaba con frecuencia. Por la noche tenían que usar lámparas de queroseno, y Prabhupāda decía que había que desmontarlas todos los días, recortar las mechas y lavar los cristales. «Más adelante, lo que tenéis que hacer es plantar ricinos, y prensar las semillas para sacar aceite de quemar.»

Prabhupāda explicó a los devotos cómo construir alojamientos sencillos. También quería que hiciesen un muro, con una reja de entrada, a lo largo de la parte delantera de la finca. Debían construir cuartos pequeños contra el muro (*poblados de cabañas*, lo llamaba). Los devotos podían quedarse en aquellas sencillas cabañas. Debían plantar cocoteros y bananos.

Incluso con el edificio sin terminar, iban muchos visitantes, sobre todo para hablar con Prabhupāda que, con paciencia, pasaba muchas horas cada día hablando sobre la conciencia de Kṛṣṇa con visitantes que iban a informarse sobre su movimiento, o solamente para hablar de ellos mismos o de su propia filosofía. A veces comentaba que alguien le había hecho perder el tiempo, pero nunca impidió que nadie pudiese verle. Un hindú muy rico, el Sr. Brijratan Mohatta, y su mujer, que era hija del multimillonario R. D. Birla, fueron a ver a Prabhupāda desde Calcuta. Prabhupāda se ocupó de recibir a sus huéspedes de manera apropiada, revisó personalmente el menú, y dio instrucciones a sus discípulos sobre cómo debían servir al Sr. Mohatta y a su mujer. Ofrecer *prasādam* era una parte importante de la etiqueta *vaiṣṇava*, y Śrīla Prabhupāda siempre insistió en que los devotos ofreciesen *prasādam* a los visitantes tan pronto como llegaran.

—Debéis estar siempre preparados para ofrecer agua, *purīs* calientes con *bhājī* de berenjena (berenjenas fritas), y dulces —decía Prabhupāda. Incluso cuando los visitantes parecían ser tímidos, Prabhupāda insistía en que se quedasen a comer. La Sra. Mohatta, a pesar de pertenecer a una de las familias más ricas de la India, se dio por contenta con la sencilla hospitalidad que le ofrecían Śrīla Prabhupāda y sus discípulos. La habitación en que se alojaron ella y su marido estaba sin terminar: los suelos de pizarra estaban sin pulir, los trabajos de la obra continuaban por todas partes; y los devotos solamente pudieron ofrecerles un colchón en el suelo y un almohadón; sin embargo, parecían contentos y agradecidos.

Bhavānanda: En Māyāpur, Śrīla Prabhupāda nos enseñó muchos detalles de la cultura india. En 1970, en Los Angeles, me dijo que cosiera sábanas, uniéndolas, para ponerlas por encima de la alfombra de su cuarto. Y después se puso a gatas, a mi lado, para alisar las arrugas que tenían.

Así que nos hizo hacer lo mismo en Māyāpur, donde pusimos colchones de un extremo a otro de la habitación, con almohadones apoyados en las paredes. «Ahora hacéis una cubierta con sábanas blancas —dijo—, y las cambiáis todos los días.» Cuando los señores bengalíes visitaban a Śrīla Prabhupāda en su cuarto, se sentaban sobre aquellos colchones alrededor de la pared, con la espalda apoyada en las almohadas.

Era algo muy aristocrático. El tono general indicaba que él era el mahant, el dueño de la casa, el ācārya. Pero también los aristocráticos señores

bengalíes veían que Prabhupāda estaba restableciendo el antiguo ambiente aristocrático de principios de siglo. Esta atmósfera era la que se respiraba en los tiempos en que Prabhupāda vivía con la familia Mullik, y estaba decayendo rápidamente. En el presente, no se podía encontrar ni rastro de la antigua cultura en ninguna parte, porque todas aquellas familias se habían ido degradando, y su riqueza se había esfumado.

Durante su visita de aquel verano, Prabhupāda reveló más detalles de su visión sobre el desarrollo del centro de ISKCON de Māyāpur. Los devotos ya se daban cuenta de que el plan era vasto, y de que iba a costar millones de dólares. Ahora ya tenían un edificio, pero eso era sólo el comienzo. Dentro de todo el plan, este edificio era casi insignificante. Prabhupāda hablaba de un templo colosal, con una gran cúpula elevándose por encima de una ciudad trascendental. Aquel Māyāpur Chandrodaya Mandir albergaría el mayor planetario del mundo, representando el universo tal como está descrito en las obras védicas.

Para ejecutar semejante proyecto, Prabhupāda quería preparar a sus discípulos en las artes védicas, que estaban desapareciendo en Bengala. Bhaktisiddhānta Sarasvatī se había interesado mucho en el empleo de dioramas para representar los pasatiempos de Kṛṣṇa y de Śrī Caitanya, y ahora Prabhupāda quería que sus propios discípulos aprendiesen aquel arte, estudiando bajo la dirección de artistas locales de Māyāpur.

En junio, Baradrāja, Ādideva, Mūrti e Īśāna llegaron para comenzar a aprender el arte de hacer muñecos. Prabhupāda quería también que uno de sus discípulos aprendiese a hacer *mṛdaṅgas*, y un alfarero empezó a ir todos los días a enseñar a Īśāna a moldear y a cocer la carcasa de barro. Los devotos convirtieron la antigua choza de paja de Prabhupāda en un taller, y Prabhupāda comenzó a invitar a otros discípulos a que fuesen a Māyāpur.

Mayapur ya es maravilloso, por el hecho de ser el lugar trascendental de nacimiento de Sri Krisna. Al utilizar el talento occidental para desarrollar este lugar, ciertamente llegará a ser único en el mundo.

Prabhupāda decía que la ciudad de Māyāpur sería el cumplimiento de los deseos de los *ācāryas* anteriores. La ciudad crecería hasta tener cincuenta mil habitantes y sería la capital espiritual del mundo. Con su gigantesco templo en el centro y barrios separados para *brāhmaṇas*, *kṣatriyas*, *vaiśyas*

y *śūdras*, la ciudad iba a ser un modelo para todas las demás ciudades. Llegaría un día en el que las ciudades del mundo serían inhabitables, y la humanidad buscaría refugio en ciudades como la de Māyāpur. El desarrollo de Māyāpur marcaría el comienzo de un mundo consciente de Kṛṣṇa. De este modo, la influencia de Śrī Caitanya Mahāprabhu aumentaría, y se realizaría su predicción: «En todas las ciudades y aldeas se cantará Mi nombre».

Prabhupāda dijo que en el futuro debía conseguirse que Māyāpur fuese más fácilmente accesible: desde Navadvīpa, por un puente; desde Calcuta, mediante lanchas motoras Ganges arriba; y desde todas partes, por aire. En Bengala había millones que, por nacimiento, eran seguidores de Śrī Caitanya, y que reconocerían y adoptarían la conciencia de Kṛṣṇa como la forma pura de su propia cultura. Hay un proverbio que dice: «Lo que hace Bengala, lo sigue toda la India». Así que, si Bengala se reformase y se purificase por el ejemplo de los *vaiṣṇavas* americanos conscientes de Kṛṣṇa, entonces toda la India haría lo mismo. Y cuando toda la India fuese consciente de Kṛṣṇa, el mundo entero haría igual. «Os he dado el reino de Dios —decía Prabhupāda a los que dirigían el proyecto de Māyāpur—. Ahora tomadlo, hacedlo crecer, y disfrutadlo.»

* * *

27 de junio de 1973

Desde Māyāpur, Śrīla Prabhupāda fue a Calcuta. Escribió a Tamāla Kṛṣṇa Goswami:

...Shyamasundara propone que yo vaya a Londres, para encontrarme allí con gente muy importante en la nueva casa que nos ha dado George... Pero quiero arreglar definitivamente algunos asuntos en Bombay antes de volver a Europa o a América. Si hay un sitio conveniente donde yo pueda estar en Bombay por unos días, podría ir allí inmediatamente, y después puede que vaya hacia Londres.

Mientras estudiaba su itinerario, Prabhupāda pasó algunos días en el templo de Albert Road de Calcuta. Daba mucha libertad para dejar que la gente fuese a verle, y su cuarto solía estar lleno de bengalíes locales y de sus propios discípulos, sentados en la sábana blanca ante él. Por las tardes, iba a pasar una hora a casa de alguien, predicando la conciencia de Kṛṣṇa,

incluso si ello le obligaba a ir varios kilómetros a través de las zonas congestionadas de la ciudad.

La hermana de Śrīla Prabhupāda, Bhavatarini (conocida como Pisīmā por los discípulos de Prabhupāda), también iba al templo de Calcuta, a ver a su querido hermano y, como de costumbre, guisaba para él. Sin embargo, un día, pocas horas después de haber tomado los *kachaurīs* que le había preparado su hermana, Prabhupāda sintió agudos dolores de estómago. Cerró la puerta y se acostó. Sus seguidores estaban muy preocupados. Cuando su sirviente

Śrutakīrti fue a su cuarto, le encontró retorciéndose.

—Śrīla Prabhupāda, ¿qué le pasa?

—El estómago —dijo Prabhupāda—. Aquel *kachaurī* de coco... no estaba hecho.

El malestar duró toda la noche, y varios devotos daban masaje continuamente a Prabhupāda, sobre todo en el estómago. Pero al respirar se quejaba. Pisīmā estaba en pie a su lado, pero los discípulos de Prabhupāda le temían, pensando que podría querer guisar algo para él aunque estuviese enfermo.

Prabhupāda dijo que le llevasen el retrato de Śrī Nṛsiṁha que estaba en el altar, y que se lo pusiesen al lado de la cama. Algunos devotos temieron que Prabhupāda estuviese a punto de morir. A la mañana siguiente, al ver que el ataque continuaba, los devotos llamaron a un *kavirāja* (doctor ayurvédico).

El anciano *kavirāja* fue y diagnosticó la enfermedad de Prabhupāda como una grave disentería con expulsión de sangre. Dejó una medicina, pero fue inútil. Más tarde, cuando Prabhupāda llamó a Bhavānanda a su cuarto y le pidió *purīs* fritos con un poco de *paṭala* (verdura india parecida a un calabacín pequeño) y sal, Bhavānanda se opuso; los alimentos fritos eran lo peor para él. Prabhupāda dijo que esa era la manera que tenía su madre de curar la disentería con sangre cuando era pequeño. Entonces llamó a su hermana y le dijo en bengalí que le preparase *purīs* y *paṭala*. Pocas horas después de tomarlo, Prabhupāda volvió a llamar a Bhavānanda; se sentía mejor. «Mi madre tenía razón», observó.

Llegó un largo telegrama de Śyāmasundara, encomiando las oportunidades de predicar que esperaban a Prabhupāda en Londres, donde le recogerían en el aeropuerto para llevarle en helicóptero hasta el más grande

acontecimiento, el mayor Ratha-yātrā celebrado jamás. La procesión iría Picadilly Lane abajo, alcanzando el climax en una gran tienda de lona en Trafalgar Square.

—Hay que golpear el hierro mientras esté caliente —dijo—. Creo que es un proverbio inglés.* Si lo haces así, puedes darle forma al hierro. En Occidente, la gente está harta. Por eso queremos darle conocimiento espiritual.

Prabhupāda había convencido enseguida a sus discípulos con sus sólidos argumentos. «En Occidente hay dos teorías que desorientan a la gente, —siguió diciendo—. Una es la de que la vida viene de la materia, y la otra es la de que no hay vida después de la muerte... sólo se puede disfrutar ahora. Dicen que todo es materia. Así que, al irse consolidando el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa, el comunismo será dominado. La gente dice que busca la unidad, pero no tienen cerebro para ver cómo lograrla. Antes hubo una grande y complicada Liga de Naciones, y ahora, las Naciones Unidas, pero siempre fracasa. Sin embargo, este sencillo método del Ratha-yātrā se está extendiendo por todo el mundo. Jagannātha significa "Señor del Universo". De manera que Śrī Jagannātha es ahora el Dios internacional, mediante nuestra ISKCON. Por eso quiero ir a Occidente, para darles estas cosas.»

Aunque Prabhupāda no parecía estar en condiciones físicas para poder ir en avión a Londres ni llevar a cabo la predicación activa que le esperaba, sus discípulos cedieron, aceptando aquello como otro milagro de Kṛṣṇa.

* * *

Londres

7 de julio de 1973

Paravidha: Era el día de Ratha-yātrā. Vi a Prabhupāda que venía hacia el templo, y no parecía muy fuerte. Yo estaba muy sorprendido, pero comprendí que su fuerza era algo espiritual.

Dhruvanātha: Estábamos en el lugar del desfile, esperando a Śrīla Prabhupāda en el Marble Arch, donde empezaba la procesión. El vyāsāsana estaba muy bien adornado, y todos esperaban que Prabhupāda se sentase en su vyāsāsana en el carro y de este modo pasease por las calles tal como había hecho en otros Ratha-yātrās. De manera que, para nuestra gran sorpresa y alegría, cuando Prabhupāda llegó, se negó a sentarse en el vyāsāsana, e indicó que iría bailando y encabezaría la procesión.

Yogésvara: *Habían llevado una escalera para que Prabhupāda pudiese subir al carro del ratha y sentarse en el vyāsāsana. Pero él hizo señas para que la retirasen, y echó a andar entre los carros, dirigiendo la danza.*

Dhīrāsānta: *Me había torcido un tobillo y no podía andar, de manera que fui en el carro. Así que pude ver muy bien a Prabhupāda. Revatīnandana Mahārāja cantaba por el micrófono en el carro, pero después de unos quince minutos de procesión, Prabhupāda dijo a los devotos que dijese a Revatīnanda Mahārāja y a los demás que bajasen y dirigiesen el kīrtana en la calle con él.*

Revatīnandana: *Cuando Prabhupāda vio su vyāsāsana en el carro, dijo: «No, yo no soy más que un devoto. Iré en la procesión». Tuvimos un enorme, un gran kīrtana. Lo dirigió Haṁsadūta, y yo también, y también Śyāmasundara; diferentes devotos se intercambiaban para dirigir aquel kīrtana fantástico. Y Prabhupāda estuvo justo en medio con sus karatālas, todo el tiempo. Iba bailando de atrás adelante, saltando verticalmente y bailando.*

Rohiṇīnandana: *El carro avanzaba muy despacio. Prabhupāda iba unos veinte o treinta metros delante, encabezando la procesión. Mientras tanto, el kīrtana venía del carro del ratha por los micrófonos. Prabhupāda les dijo que bajasen, y les tuvo a todos ellos rodeándole cantando Hare Kṛṣṇa. Cada rato, daba una vuelta y levantaba los dos brazos en el aire, majestuosamente, y decía: «¡Jaya Jagannātha!». A veces se adelantaba un poco, daba la vuelta y esperaba a que llegase el carro. A veces, bailaba y a veces se paraba, levantando los brazos en el aire.*

Śārādīyā dāsī: *Prabhupāda bailaba, y después de unos pasos, daba la vuelta y miraba hacia arriba a las Deidades con los brazos en alto. Entonces bailaba unos momentos, meditando en las Deidades, y después daba la vuelta y seguía. De esta manera fue bailando todo el camino. Los devotos se dieron la mano haciendo un corro en torno a él, para protegerle de la multitud. Era algo maravilloso y trascendental. Prabhupāda miraba a las Deidades y todos los devotos estaban detrás de él.*

Sudurjaya: *Prabhupāda nos sorprendió. Nosotros no sabíamos si estaba enfermo o no, si estaba débil y mareado o no. A veces parecía muy enfermo, y a veces, como un chico de dieciocho años. Nos sorprendió. Llevaba el bastón en la mano pero lo levantaba al bailar. Después de un rato, Śyāmasundara subió hasta donde yo estaba y me dijo: «Oye, no va a poder aguantarlo. Prabhupāda está muy enfermo. Quiero que sigas la procesión*

en un coche. Estate a treinta segundos de distancia para que podamos meter a Prabhupāda en el coche inmediatamente». Prabhupāda iba Park Lane abajo y de vez en cuando no se podía llevar el carro lo bastante deprisa como para no quedarse atrás. Entonces daba media vuelta, levantaba los brazos y decía: «¡Haribol!». Hizo esto varias veces. Iba tan deprisa que tenía que esperar. Los devotos bailaban, el tiempo era espléndido y la gente era maravillosa.

Dhruvanātha: Los transeúntes se quedaban parados mirando a Prabhupāda. Un hombre de aquella edad bailando y dando saltos como un muchacho, ¡era un espectáculo sorprendente! Y entonces, cada cinco minutos o así, Prabhupāda se volvía y miraba hacia Jagannātha. Los devotos despejaban el camino de manera que ninguno le impidiese ver y tuviese una perfecta visión de Jagannātha, Balarāma y Subhadra. Pero después de un rato vino la policía y nos indicó con la mano que no podíamos seguir parándonos. Teníamos que seguir avanzando, porque los atascos llegaban a ser críticos. Los devotos lloraban, cantaban y bailaban y había mucha excitación.

Śrutakīrti: Cuando Prabhupāda bailaba, los bobbies* seguían llegando y buscando a algún responsable del desfile. Finalmente vinieron y me dijeron: «Tendrá que decir a su líder que se siente. Está causando mucho alboroto. Todos se están volviendo locos, y no podemos controlar la multitud, ¿sabe usted?». Así que dije: «Está bien». Pero no dije nada a Prabhupāda.

De manera que volvieron y dijeron: «Tiene que decirle que tendrá que sentarse». Así que dije: «Está bien», y di un golpecito a Prabhupāda. Todo el tiempo había estado en éxtasis, bailando delante del carro y animando a todos a que bailasen. Animaba con gestos de las manos para que los devotos siguiesen bailando. Él mantuvo el ímpetu del festival. Así que dije: «Prabhupāda, los policías quieren que se siente. Dicen que está haciendo estragos en el desfile». Prabhupāda me miró, se volvió y continuó. Lo ignoró completamente y siguió bailando. Y ellos no pudieron hacer nada. Prabhupāda no se detuvo y la policía no le dijo nada.

Paravidha: Yo estaba distribuyendo la revista Back to Godhead a lo largo del camino del desfile. Estaba exhausto, y me resultaba muy difícil seguir el paso de la procesión. Pero Prabhupāda estaba allí, y estaba bailando como un muchacho. Yo estaba sorprendido de su energía espiritual.

Dhruvanātha: Cuando llegamos a Picadilly Circus, Prabhupāda detuvo de pronto la procesión entera. Por supuesto, Picadilly Circus estaba atestado

de gente. Prabhupāda detuvo la procesión durante unos tres minutos y allí bailó y bailó rodeado de los devotos.

Rohiṇinandana: Cuando llegamos a Picadilly Circus, Prabhupāda comenzó a danzar de verdad. Daba grandes saltos. El carro estaba parado. En realidad, era muy parecido a la descripción del Caitanya-caritāmṛta de cómo dirigía la procesión de Ratha-yātrā Śrī Caitanya. De manera que el carro estaba parado, y Prabhupāda esperaba que le alcanzase.

Yogésvara: Cuando por fin llegamos a Trafalgar Square y Prabhupāda vio la gran tienda de lona y todo lo que habían preparado los devotos, volvió a levantar las manos. Había hecho todo el camino de la procesión andando y bailando. Debía ser, por lo menos, una hora lo que él había estado andando y bailando, todo el camino desde Hyde Park hasta Trafalgar Square.

Rohiṇinandana: Cuando Prabhupāda llegó a Trafalgar Square, se sentó enseguida en el plinto de la Columna de Nelson, sobre un pequeño vyāsāsana, y habló sobre el santo nombre de Kṛṣṇa. Esto fue inmediatamente después de su maratón de cantar y bailar.

Al día siguiente, los periódicos publicaban una información favorable del festival, y Prabhupāda escribió a sus discípulos de Los Angeles hablando de ello:

Os gustará saber que el Ratha-yatra de Londres ha tenido un gran éxito. El Daily Guardian publicaba en primera plana una foto de nuestro carro, y decía que competíamos con el monumento en memoria de Lord Nelson en Trafalgar Square. Tengo buena salud, voy a dar un paseo todos los días, y doy clases por las mañanas.

En otra carta, Prabhupāda escribía:

Aquí, nuestro festival ha tenido muy buena acogida, y yo estaba tan animado por todo ello que pude andar y bailar durante todo el camino desde Hyde Park hasta Trafalgar Square.

Los devotos habían invitado a muchos ciudadanos ingleses notables para que viesan a Śrīla Prabhupāda, y tuvieron buena acogida. El economista Ernst Schumacher prometió ir, lo mismo que el filósofo Sir Alfred J. Ayer. Cuando Śyāmasundara le dijo a Prabhupāda que el Sr. Ayer era muy conocido, Prabhupāda preguntó: «¿Cuál es su filosofía?».

—Bueno —dijo Śyāmasundara—, él no cree en la existencia de Dios.

—Le daré pruebas —dijo Prabhupāda—. Le preguntaré lo que él quiere decir por la "existencia de Dios". Le diré que me haga una lista de los defectos de la existencia de Dios. —A Prabhupāda le gustaba encontrarse con gente filosófica y «ponerla en apuros y vencerla».

El historiador Arnold Toynbee era viejo y estaba imposibilitado; por tanto, Prabhupāda convino en ir a visitarle a su residencia. El Dr. Toynbee, que se interesaba por el tema de la vida después de la muerte, preguntó a Prabhupāda a propósito del *karma*. La mayor parte de la gente, decía, tiene miedo a la muerte. Prabhupāda pensaba igual y dijo que según cierto astrólogo, uno de los recientes líderes de la India había nacido como perro. «Por eso les asusta pensar que irán hacia abajo», dijo. Cuando Toynbee le preguntó si se podía cambiar el *karma*, Prabhupāda dijo que sí, pero solamente mediante el *bhakti*, la devoción hacia Dios.

George Harrison fue a ver a Prabhupāda con la actitud de sumisión de los discípulos. Prabhupāda y George tomaron *prasādam* juntos, un almuerzo especial de *samosās*, *halavā*, verduras, «sour cream»* y *purīs*. Mientras degustaban el *prasādam*, Prabhupāda dijo que en Vṛndāvana, ciertos *paṇḍās* (guías profesionales de un lugar sagrado), comían mucho. Una vez, uno de ellos comió tanto que prácticamente se puso a morir, pero tranquilizaba así a su hijo: «Por lo menos me muero por comer y no me muero de hambre. Morir de hambre es deshonroso». Prabhupāda sonreía al hablar con George, reconociendo agradecido su donativo del Manor. «¿Has visto mi cuarto? —preguntó Prabhupāda—. En realidad, es tu casa, menos mi cuarto.»

—No —protestó George, prefiriendo las maneras de humilde discípulo—. Es la casa de Kṛṣṇa y su cuarto.

Cuando George confió a Prabhupāda que al adoptar la conciencia de Kṛṣṇa estaba perdiendo amigos, Prabhupāda le dijo que no se preocupase. Leyó a George un pasaje de la *Gītā* en el que Kṛṣṇa explica que a Él solo se Le puede conocer por el servicio devocional.

—En el futuro —dijo George—, ISKCON será tan enorme que necesitará una dirección ejecutiva.

Prabhupāda: «He dividido el mundo en doce zonas, con doce representantes. Mientras se atengan a los principios espirituales, Kṛṣṇa les ayudará».

Antes de marcharse, George prometió a Prabhupāda que le ayudaría a aumentar sus templos. Después, Prabhupāda comentaba: «George está recibiendo de Kṛṣṇa esperanza interior».

A través de George Harrison, otro famoso cantante y músico pop, Donovan, fue a ver al conocido líder del movimiento Hare Kṛṣṇa.

Donovan, acompañado de un amigo músico y de sus respectivas novias en minifalda, guardaron un silencio embarazoso ante Prabhupāda, que dijo: «Hay un verso en los *Vedas* que dice que la música es la forma de educación más elevada. —Y comenzó a explicar cómo puede servir a Kṛṣṇa un músico—. Tú debes hacer lo que tu amigo George —dijo Prabhupāda—. Nosotros te daremos los temas y tú puedes escribir las canciones». Prabhupāda explicó que todo, hasta el dinero, podía emplearse al servicio de Kṛṣṇa.

—Pero el dinero es material —dijo la novia de Donovan, interrumpiendo.

—¿Qué sabes tú de lo que es material y lo que es espiritual? —dijo Prabhupāda. Y volviéndose hacia Donovan—: ¿Comprendes? —Donovan respondió humildemente que era tonto, pero que lo intentaba. Entonces, la novia de Donovan se inclinó y le dijo algo en voz baja al oído, con lo cual Donovan se levantó y dijo: «Bueno, tenemos que marcharnos». Prabhupāda insistió en que por lo menos tomasen algo de *prasādam*.

En cuanto se fueron los visitantes, Prabhupāda y sus discípulos se echaron a reír. Prabhupāda dijo: «Ella estaba pensando...», y animó a sus discípulos a que terminasen la frase.

—Sí —dijo Yogeśvara—, ella estaba pensando que si Kṛṣṇa se queda con él, entonces ella le perderá.

A Prabhupāda le gustaba tanto predicar a invitados importantes, que quiso seguir haciéndolo dondequiera que fuese. «Dondequiera que vaya ahora —escribía Prabhupāda en una carta a un discípulo—, hay que poner en práctica la política de invitar a personas importantes para hablar conmigo de nuestro movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.»

Pasó un mes en el Manor, y aún quedaban varias semanas hasta Janmāṣṭamī y la instalación de las Deidades. Así que, cuando Bhagavān pidió a Prabhupāda que fuese a visitar París y a instalar las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa, Prabhupāda aceptó.

* * *

París

9 de agosto de 1973

Los devotos habían organizado una recepción oficial en el ayuntamiento para Śrīla Prabhupāda. Ante el alcalde de París, rodeado de su séquito administrativo, Prabhupāda dijo que si los líderes del gobierno no enseñaban a los ciudadanos la genuina conciencia de Dios, no serían unos líderes responsables. Al informar de esta charla en el periódico al día siguiente, un reportero decía que el swami había criticado hasta a Napoleón Bonaparte.

Bhagavān: Acabábamos de instalarnos en nuestro nuevo templo del n/4 de la calle Le Sueur, en París, y habíamos recibido las Deidades de Rādhā y Kṛṣṇa, que tenían un metro veinte de altura. Prabhupāda hizo que Pradyumna cantase mantras y vertiese las substancias sobre las Deidades, mientras Prabhupāda personalmente miraba desde su vyāsāsana y daba instrucciones. Yo estaba ayudando, y en un momento dado, me volví y vi a Śrīla Prabhupāda en pie, a mi lado, tomando las substancias en sus propias manos y extendiéndolas sobre el rostro de loto de Śrīmatī Rādhārāṇī. Cuando las Deidades estuvieron instaladas en el altar, Śrīla Prabhupāda subió y ofreció el āraṭi, y yo le asistí dándole las cosas necesarias.

Después de la instalación subimos al cuarto de Prabhupāda, y le pedimos con gran impaciencia que se dignase dar un nombre a las Deidades. Él se sentó en su silla, recostándose, y dijo que las Deidades se conocerían como Rādhā-Paris-īśvara. Entonces él siguió diciendo que la gente de la India busca en Inglaterra la educación, y en Francia la complacencia de los sentidos. Se echó a reír, y dijo que Kṛṣṇa había ido a París para buscar unas gopīs, algunas muchachas francesas, porque el rostro de las mujeres de París se considera el más hermoso. «Rādhārāṇī es tan bella —dijo Prabhupāda— como una muchacha de París. Y Kṛṣṇa ha venido aquí para encontrar a la más bella de todas las gopīs. Por eso Él es Paris-īśvara.»

* * *

Śrīla Prabhupāda llegó a Londres, donde tuvo una llamada telefónica urgente desde Bombay. Girirāja quería que fuese a Bombay y resolviese personalmente con la Sra. N. la compra del terreno de Juhu. Girirāja había consultado a un abogado nuevo, el Sr. Bakhil, que pensaba que Prabhupāda debía estar presente si querían que hubiese un arreglo. Otro abogado de ISKCON, el señor Chandawal, también aconsejó que Śrīla Prabhupāda

fuese inmediatamente a Bombay. Por lo tanto, Girirāja había telefonado a Prabhupāda, rogándole que fuese y resolviese el asunto con la Sra. N. definitivamente. Prabhupāda estaba de acuerdo. Se quedaría en Londres hasta Janmāṣṭamī. Después volvería a Bombay.

Bombay

15 de septiembre de 1973

El día después de su llegada, Śrīla Prabhupāda vio al abogado de la Sra. N. y escuchó su proposición. La situación comenzaba a parecer esperanzadora, pero sin embargo, no llegaban a una conclusión. La Sra. N. había cambiado, debido a la reacción pública que tuvo su tentativa de demoler el templo. Si Prabhupāda pagaba todo el resto de doce *lakhs* de rupias por el terreno en un solo pago, había dicho la Sra. a su abogado, estaría conforme. Prabhupāda también lo estaría, pero no quería tomar medidas para recoger su dinero hasta que estuviese seguro de que la Sra. N. hablaba verdaderamente en serio.

El Sr. Asnani, abogado de Bombay y miembro vitalicio de ISKCON, fue a ver a la Sra. N. regularmente, para persuadirla de que colaborase con Prabhupāda. Los abogados de esta Sra. también coincidían. Sin embargo, después de que Prabhupāda hubiese pasado varias semanas en Bombay, no había vuelto a ver a la Sra. N. Una vez, el Sr. Asnani fue para llevar a la Sra. N. a ver a Prabhupāda, pero ella no se sentía muy bien. Día tras día el Sr. Asnani decía a Prabhupāda: «La Sra. N. vendrá mañana». Prabhupāda estaba decepcionado con aquella dilación, y al verlo, sus secretarios dijeron al Sr. Asnani que aunque sabían que tenía buena fe, se inclinaban por que se ocuparan del caso otros abogados suyos. El Sr. Asnani pidió otras cuarenta y ocho horas para cerrar el trato y firmar la escritura.

La Sra. N. estaba en su casa, en la que acababa de recuperarse de su enfermedad, cuando le visitó el Sr. Asnani. «Mataji —rogó él—, mi Guru Mahārāja se va mañana. Si no va usted esta noche, el problema del terreno va a durar otro año.» La Sra. N. consintió, y hacia las nueve de la noche, llegaba con el Sr. Asnani a casa del Sr. Bogilal Patel, donde Śrīla Prabhupāda tenía un programa de *kīrtana* y discurso sobre el *Bhāgavata*. Prabhupāda estaba en la azotea preparándose para hablar, pero al saber que la Sra. N. había llegado, interrumpió la reunión y bajó a su cuarto para hablar con ella. Hablaron poco, y Prabhupāda se disculpó y volvió a la azotea para pronunciar su discurso.

Hacia medianoche, volvió a su cuarto, acompañado de su sirviente y de su secretario. La Sra. N. aún esperaba. Rompió a llorar y se inclinó a los pies de Prabhupāda. «Siento mucho todo lo que he hecho —sollozaba—. Perdóneme, por favor.» Prometió hacer todo lo que quisiera Prabhupāda. Prabhupāda la miró compasivamente y comprendió su corazón. «Eres como una hija para mí —dijo él—. No te preocupes. Yo me encargaré de ti. Yo me ocuparé de todas tus necesidades por el resto de tu vida.» Y dijo que aún aceptaba las condiciones que ella había propuesto: que pagaría el saldo restante de doce *lakhs*, más cincuenta mil rupias de compensación por el retraso.

A las seis y media de la tarde del 1 de noviembre, Śrīla Prabhupāda estaba sentado en su mesita baja, entre las dos ventanas, con la espalda apoyada en la pared. La Sra. N. y sus abogados, el registrador, el Sr. Asnani, los Sres. Sethi, y unos ocho devotos, también estaban presentes, y el cuarto lleno de gente se puso cargado y sofocante. La Sra. N. se sentó a la derecha de Prabhupāda, mientras el registrador preparaba los papeles para firmar. Śrīla Prabhupāda estaba serio. El cuarto estaba silencioso, salvo por el sonido de los papeles que crujían y la pluma que raspeaba. Preparar y firmar los papeles de la escritura llevó más de veinte minutos. Prabhupāda pagó a la Sra. N., que firmó la escritura. El terreno pertenecía legalmente a ISKCON.

Girirāja: El cuarto estaba en silencio cuando firmaron, y todos sintieron como si un acontecimiento importante estuviese teniendo lugar, lo mismo que si dos grandes potencias del mundo estuviesen firmando un tratado. Después de que la Sra. N. firmara el documento, todos miraban silenciosamente los papeles que pasaban. La Sra. N. rompió a llorar. Tamāla Kṛṣṇa Goswami le preguntó por qué lloraba, y ella replicó que precisamente aquel mismo día, el Sr. Matar había ido a decirle que había encontrado un comprador del terreno que hubiera pagado muchos más lakhs de los que pagábamos nosotros. En realidad, al observar a la Sra. N., pensábamos que debía estar recordando todos los acontecimientos que se habían sucedido, el daño que había hecho, la muerte de su marido. Era muy intenso, como una combinación de meses de lucha. Pero para Prabhupāda, sus devotos y sus buenos amigos, se habían cumplido los sueños, los deseos y los esfuerzos de muchos años ya pasados.

Śrīla Prabhupāda dijo a los devotos que informaran a los periódicos, e invitó a todos a la sala que había frente a su cuarto, a un refrigerio. Se extendieron unas esteras en dos líneas, y los devotos llevaron unas hojas que servirían de platos y las pusieron delante de cada uno. Los devotos comenzaron a servir los distintos manjares a los invitados, sentados en dos líneas.

Prabhupāda estaba de pie. «Vamos a empezar», dijo mientras supervisaba el servicio. Los devotos habían preparado diversos platos: arroz, *dāl*, muchas variedades de *pakorās*, como de patata, de coliflor, y de berenjena, *sabjī* de patata, *papaḍs*, *barfī*, *sabjī* de coliflor con salsa, *laḍḍus*, *camcam* (un dulce de leche), *khīr* de fideos, *halavā* y una bebida de lima. Era una ocasión muy dichosa y jovial.

Sra. Warriar (inquilina de Hare Krishna Land): *Los devotos dijeron «¡Jaya!» todos ellos después de la firma, y todos estaban muy contentos. Entonces Prabhupāda habló sobre el proyecto de Bombay. Dio una idea a toda la gente de que sería de mármol enteramente. Algunos preguntaron cómo iba a ser posible que todo fuese de mármol, y Prabhupāda dijo que era posible, y que se haría. Estaba imaginando el proyecto, y todos estaban electrizados al oír su manera de describirlo. Iba a ser como una de las siete maravillas del mundo. Atraería a gentes de todas partes. Sería un hito en Bombay. Prabhupāda explicaba el proyecto como si lo viese en su mente, y dijo que cuando estuviese terminado sería más de lo que pudiéramos imaginar. ¡Sería fantástico!*

Después de la fiesta nocturna, cuando todos se hubieron marchado, Prabhupāda volvió a su cuarto. Recostándose ante su mesa, exclamó: «¡Fue una buena pelea!».

* * *

Vrindāvana

Marzo de 1974

Śrīla Prabhupāda estaba pensando en construir su Krishna-Balaram Mandir. En abril de 1972, había encargado a su discípulo Hans Keilman (ahora Surabhī), que había dibujado los planos para el centro de Bombay, que hiciese unos dibujos basándose en la arquitectura del Renacimiento Indio. A Prabhupāda le gustaba el templo de Govindajī, situado cerca del templo original de Govindajī construido por Rūpa Gosvāmī. Le gustaban sus patios abiertos rodeados de arcos y sus escalones en la fachada principal que conducían a la zona del *darśana* de la Deidad. Propuso que se

incorporasen algunas características de aquel templo al nuevo. Surabhī, con la ayuda de un arquitecto de Vṛndāvana, diseñó los planos, y Prabhupāda los aceptó.

Éste será el templo más majestuoso de Vrindavana. Muchos señores de la clase alta de Delhi, que también son devotos, tendrán la suerte de disfrutar con nosotros los fines de semana, y para ellos será como Vaikuntha. Tenéis que construir algo maravilloso. De lo contrario, será un descrédito para vosotros, los muchachos americanos. Esto mejorará la situación tanto en América como en la India. Y este proyecto de Vrindavana es uno de los más importantes que tenemos en ISKCON.

Aunque Guru dāsa había tenido cuidado de mantenerse en contacto con Prabhupāda por correo, había descuidado ciertos asuntos importantes de Vṛndāvana, como hacer un pozo y sacar el permiso municipal, cosas que Prabhupāda le había dicho repetidamente que hiciera. En el verano de 1972, Prabhupāda escribía:

Desde el principio, he dicho que quería construir un templo en Vrindavana igual que el templo de Govindaji. Y ha habido muchas cartas, pero no se ha hecho nada. No importa, ahora me gusta ese proyecto de Surabhi.

Construir un templo en Vṛndāvana no tenía por qué ser difícil, pensaba Prabhupāda, y se impacientaba con las demoras. Preocupado de que los devotos y arquitectos hiciesen una construcción demasiado cara, dijo que tenían que seguir adelante según los proyectos que él había aprobado, incluso si la construcción salía un poco más barata que en el proyecto original. Quería que un discípulo competente inspeccionase las obras, para evitar que estafasen a ISKCON.

Ya en abril de 1972, Prabhupāda había dicho que las Deidades de Vṛndāvana fuesen Kṛṣṇa y Balarāma. «Kṛṣṇa puede ser negro, Balarāma blanco, y la postura de la última cubierta de la revista *Back to Godhead* es muy bonita.» Dijo que se pusiese un letrero en la fachada anunciando: «Shri Krishna Balaram Mandir».

Una razón de que Prabhupāda eligiera a Kṛṣṇa y a Balarāma como las

Deidades rectoras, fue que la mayor parte de los templos de Vṛndāvana eran de Rādhā y Kṛṣṇa; el templo de ISKCON sería único en Vṛndāvana. Otra razón era que el terreno de ISKCON estaba situado en Ramaṇa-retī, una zona de bosque y arenas suaves en la que Kṛṣṇa y Balarāma habían disfrutado de Sus pasatiempos infantiles, cinco mil años antes. Celebrar y adorar los juegos juveniles de Kṛṣṇa y Balarāma en Ramaṇa-retī, era lo apropiado.

Aunque habían pasado miles de años desde el advenimiento de Kṛṣṇa en Vṛndāvana, aún prevalecía la misma atmósfera, y muchas de las mismas vistas y de los mismos sonidos. Los pavos reales corrían por la arena o descansaban en la azotea o en los árboles. Los arrullos y gorjeos de las palomas y de los cucos, y el movimiento de las verdes alas de los periquitos eran sonidos e imágenes eternas del bosque de Vṛndāvana.

Al fundar un templo de Kṛṣṇa y Balarāma, Prabhupāda quería ofrecer la atmósfera trascendental de paz de Ramaṇa-retī a todo el mundo, incluidos los visitantes del extranjero, viajeros de Delhi y sus propios discípulos. Ya había recibido una carta de una importante agencia de viajes pidiéndole que preparase alojamiento para turistas, de manera que el hostel de ISKCON pudiese estar incluido en los viajes oficiales de la India espiritual. Siempre venía gente a la India para visitar los santos lugares; por desgracia, la mayor parte de estos sitios no eran genuinos, o estaban invadidos de estafadores. Por eso, el centro de ISKCON sería muy importante. Prabhupāda escribió:

Haced un centro de predicación europeo y tratad de que vayan a él todos los turistas y los hippies que lleguen a Vrindavana. Dadles buen prasadam y haced que canten, que limpien el templo y que lean nuestros libros, dándoles todas las facilidades posibles para que se hagan devotos.

Después de la visita de Prabhupāda durante el mes de Kārttika de 1972, se ausentó de Vṛndāvana durante más de un año, dirigiendo las cosas por correspondencia. Con el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa que crecía rápidamente por todos los continentes, tenía muchos lugares que visitar. Sin embargo, sus tres proyectos principales, Bombay, Vṛndāvana y Māyāpur, eran los temas principales de su correspondencia, y sus mayores inversiones financieras.

Un día, durante el masaje, Prabhupāda confió a su sirviente: «La mayoría de los hombres de mi edad están retirados. Ya no quiero dedicarme a dirigir ISKCON. Sólo quiero escribir algunas cosas». Prabhupāda preguntó si había algún sitio en el mundo donde pudiera ir a pasar seis meses, un sitio donde estuviese solo, donde nadie fuese a molestarle y donde no tuviese correo alguno.

El sirviente de Prabhupāda propuso Teherán. Prabhupāda lo pensó, y después propuso Nueva Vrindaban. Recordó a Mahatma Gandhi, que ni siquiera podía dormir por la noche, porque la gente nunca le dejaba tranquilo, aunque viajase de incógnito.

Aquel mismo día llegó una carta de Bhagavān desde París, invitando a Prabhupāda a visitar sus centros de ISKCON en Europa. Inmediatamente Prabhupāda se animó con la invitación. Dijo que iría.

—Pero si hoy, hace un momento —dijo su sirviente—, ¿quería irse lejos y estar solo!

Prabhupāda se echó a reír. «Eso no me será posible en esta vida. Es mejor que siga viajando y que muera en el campo de batalla. Un guerrero obtiene la gloria cuando muere en el campo de batalla, ¿no es cierto?»

* * *

Guru dāsa había escrito a todos los centros de ISKCON, invitando a los devotos a que asistiesen a la inauguración del Krishna-Balaram Mandir, de Vṛndāvana. Había invitado a miembros vitalicios de Bombay y Calcuta, y había reservado para ellos algunos vagones en los trenes. Prabhupāda también invitó a sus discípulos para que fuesen a Vṛndāvana el día de Janmāṣṭamī. Hablando a cientos de devotos en Los Angeles, dijo: «Os invito a todos vosotros a que vengáis a Vṛndāvana a la inauguración del Krishna-Balaram Mandir».

Prabhupāda también invitó por correo a sus hermanos espirituales, y cuando uno de ellos aceptó la invitación, Śrīla Prabhupāda contestó, ofreciéndole alojamiento seguro e indicándole la mejor manera para ir de Calcuta a Vṛndāvana.

El 15 de julio, sólo diez días antes de la prevista llegada de Prabhupāda a Vṛndāvana, escribió de manera casi idéntica a sus discípulos *sannyāsīs*, invitándoles a ir y resolver los muchos asuntos personales y de trabajo que habían estado pendientes durante su atareado viaje.

Sin embargo, salvo Guru dāsa, ninguno de los devotos de Vṛndāvana creía

que el edificio estaría terminado para la gran inauguración prevista. Los trabajos avanzaban lentamente, como de costumbre, y excepto la zona de la sala de la Deidad, el terreno aún era un lugar en obras. No había altares ni Deidades. Tejas creía que Guru dāsa temía tanto desagradar a Prabhupāda que no soportaba admitir que el edificio no estaría acabado. La fecha se había fijado y Prabhupāda no quería excusas. «Tiene que estar terminado para Janmāṣṭamī —escribía—. Ni hablar de retrasos.» Guru dāsa reconoció que la construcción del templo no estaría *completamente* terminada para Janmāṣṭamī, pero dijo que, aun así, la ceremonia de inauguración podría celebrarse, aunque faltasen los últimos retoques en el templo.

Como no había secretario del GBC encargado de la India, Prabhupāda no tenía informes precisos sobre la construcción del templo de Vṛndāvana. Varios meses antes, Tamāla Kṛṣṇa Goswami había dejado el cargo como secretario del GBC en la India y había ido a predicar a Occidente. Pasaron tres meses antes de que Prabhupāda hubiese nombrado al sustituto, Karandhara; pero entonces, al cabo de unas semanas, Karandhara dimitió. La versión de Guru dāsa era, por tanto, la única que había recibido Prabhupāda. Se acercaba el fin de julio, y los devotos se prepararon para ir a Vṛndāvana... a llevarse un chasco.

* * *

Vṛndāvana

4 de agosto de 1974

Cuando el coche de Prabhupāda se detuvo en la finca de ISKCON de Ramaṇa-retī, un grupo de devotos le recibió con un *kīrtana* y flores. Unos veinticinco devotos de los templos de todo el mundo se habían reunido ya para la gran fiesta de inauguración, y se habían unido, muy contentos, a los devotos de Vṛndāvana en torno a Śrīla Prabhupāda. No se habían construido pasajes, así que Prabhupāda anduvo entre paredes a medio construir, pasó por montones de arena y ladrillos, abriéndose paso hacia el cuarto de las Deidades. Incluso allí era evidente la falta de ornamentación y de terminado, y había escombros por todas partes.

—¿Qué es esto? —preguntó Prabhupāda al inspeccionar las obras—. Aquí no hay nada. ¿Dónde está el templo? Me habíais dicho que ya estaba terminado. —Guru dāsa, Surabhī, Guṇārṇava y otros responsables directos no pudieron contestar. Sus rostros palidieron.

Prabhupāda estaba furioso. «¿Cómo vais a inaugurar esto?»

Los devotos visitantes también comenzaron a hablar entre ellos: «No está terminado. ¿Cómo lo vamos a inaugurar?».

—Pero Prabhupāda —dijo un devoto—, van a venir devotos de todo el mundo.

—¡Decidles que no vengan! —dijo Prabhupāda—. No habrá inauguración. Prabhupāda les había hecho bajar de las nubes, les había despertado de la ilusión de que estarían listos para la gran ceremonia. La cólera de Prabhupāda asustaba, y los devotos que le rodeaban ya no estaban despreocupados ni alegres. «¿Vosotros ibais a inaugurar este templo?», dijo Prabhupāda con sorna.

—El altar está terminado —dijo Harikeśa, que había ido desde Japón para asistir a la ceremonia—. Podemos instalar las Deidades y...

—¡No podéis abrir este templo! —gritó Prabhupāda—. ¡No está terminado! Entonces Prabhupāda entró en su casa, seguido de los encargados de Vṛndāvana y de otros pocos líderes. Quien pudiera mantenerse a distancia de Prabhupāda en tal estado de ánimo, se consideraba a salvo. La esposa de Surabhī salió corriendo para rezar a Kṛṣṇa, espantada por la ferocidad de Prabhupāda.

En su cuarto, la cólera de Prabhupāda no hizo más que aumentar. Le gritó a Guru dāsa por su mala organización. Le gritó a Surabhī. Les gritó a todos. Ni uno se atrevió a proponer nada ni a disculparse. No había nada que hacer sino palidecer y deprimirse. Prabhupāda preguntó de pronto si se podía abrir el templo, a pesar del desorden.

—¿Podéis terminar por lo menos la habitación de las Deidades? —se volvió a Surabhī—. Esto es un insulto a nuestra Asociación. ¿Qué va a pensar la gente? ¡Lo hemos anunciado por todas partes!

—En realidad, nadie sabe nada de ello, Śrīla Prabhupāda— replicó Surabhī temeroso, exponiéndose a otro estallido.

—¿Oh? —Prabhupāda cambió algo el tono—. ¿No habíais hecho propaganda de ello? ¿Ni invitaciones?

—Todavía no, Prabhupāda. A la gente de Vṛndāvana todavía no. No esperan que se abra, porque todos los que han venido aquí pueden ver que no es posible abrir. Saben que no está terminado.

—Esto es una farsa —dijo, ceñudo Prabhupāda—. Es un fracaso.

—Indignado, miró a sus encargados de Vṛndāvana—. Tenemos que abrir. ¿Qué hay que hacer para abrir el día de Janmāṣṭamī?

—Śrīla Prabhupāda —dijo Surabhī—, las puertas no están terminadas. Aún

están cortando la madera. —Prabhupāda preguntó por las Deidades a Yamunā, quien le dijo que se había comprado todo lo necesario, pero que los tronos no estaban listos.

—¿Y tú que piensas?— le preguntó.

—Soy totalmente incompetente para hablar —dijo Yamunā—, y aunque no tenga derecho a hablar, me doy cuenta de que en realidad es casi imposible abrir el templo. No hay *pūjārī*.

Con un sentimiento de fracaso irrevocable, Prabhupāda dijo: «Entonces no lo haremos. Pero hemos invitado a venir a mucha gente de todo el mundo, y yo no sabía nada de todo esto. Ahora decidid vosotros».

—¿Cuándo podemos abrir?, —preguntó Prabhupāda—. ¿Podremos abrir para Diwali?

—Para octubre, Śrīla Prabhupāda.

—¿Qué os parece el día del advenimiento de Bhaktisiddhānta Sarasvatī?—, propuso un devoto—. Es a fines de diciembre.

Prabhupāda estaba callado, y parecía descontento. Surabhī intervino: «Va a llevar seis meses. Siete, en realidad». Entonces Prabhupāda eligió el día de Rāma-navamī, en abril; la inauguración podía coincidir con la reunión anual de devotos de Māyāpur y Vṛndāvana.

En última instancia, la cólera de Prabhupāda hacia sus discípulos fue algo incidental, la reacción lógica por su insensatez. Fue también una manera de instruirles y de probarles. Pero más profunda era la impaciencia y frustración trascendentales de Prabhupāda al no manifestarse todavía su servicio devocional en Vṛndāvana. Quería un templo maravilloso para gloria del movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa, un templo que estableciese la conciencia de Kṛṣṇa en todo el mundo. Era un ofrenda a su maestro espiritual, y se lo había prometido a Kṛṣṇa. Pero aún no estaba terminada.

En cuanto al fracaso de los discípulos de Prabhupāda en llevar a cabo su tarea, Prabhupāda debía asumir la carga y la agonía. Sus discípulos eran los instrumentos de su servicio a Kṛṣṇa. Si los instrumentos no servían de manera apropiada, él sufría, lo mismo que cuando los brazos y piernas se paralizan, sufre todo el cuerpo. El fracaso de sus discípulos para llevar a cabo sus deseos era su derrota. De esta manera, experimentó el lamento trascendental del fracaso de los devotos para abrir el Krishna-Balaram Mandir el día de Janmāṣṭamī.

El malestar de Prabhupāda, aunque era trascendental, no por ello era menos real, no era nada fingido para instruirles. Ni tampoco podían los devotos alentar de manera vulgar a su maestro espiritual. Para que los discípulos pudiesen ayudarle realmente, tendrían que comprender su trascendental estado de ánimo y servirle consecuentemente. Prabhupāda quería de sus discípulos un servicio práctico, con los pies en el suelo. Ellos no debían creer que podían servirle de una manera sentimental, sino trabajando duramente. El servicio devocional era dinámico. Prabhupāda quería que sus discípulos le ayudasen en sus proyectos para servir a su Guru Mahārāja; proyectos que, si se lograsen, podrían salvar al mundo de la desdicha.

Un gran problema era tener hormigón. Surabhī, Guṇārṇava, Tejas y otros, siempre estaban pensando y luchando. «¿Cómo lograr el cemento?» Y sin embargo, parecía que no se pudiese encontrar cemento en toda la India, ya que un mes tras otro esperaban el permiso del gobierno. Cada día, desde que llegó Prabhupāda para la supuesta apertura del templo, habían estado yendo a Mathurā, en autobús y en *ricksha*, para ver si encontraban cemento, aunque fuesen unos pocos sacos.

A veces les engañaban. Un envío de veinte sacos estaba mezclado con otros materiales, y al usarlo para moldear una columna, estuvo cuatro días sin fraguar, y al final se deshizo. Cuando por fin llegó el cemento suficiente para terminar la obra, los devotos tuvieron la seguridad de que aquello se debía solamente a la presencia de Śrīla Prabhupāda.

Prabhupāda hacía que Guṇārṇava contase cada saco de cemento a medida que iban llegando. Desde las ocho de la mañana hasta las nueve y media de la noche iban llegando las cargas en camiones, cada uno de ellos con cuatro culis para llevar a la espalda los pesados sacos al cobertizo donde se almacenaban. Guṇārṇava pasó el día al aire libre, con un bloc y un lápiz, marcando la recepción de cada saco. Śrīla Prabhupāda salió de la casa varias veces, observando con aspecto grave. Por la noche, cuando habían acabado, llamó a Guṇārṇava para que entrase. «De manera que, ¿cuántos sacos?», preguntó Prabhupāda. Y Guṇārṇava le dio la cifra exacta.

—¿Está todo bajo llave? —preguntó Prabhupāda.

—Sí, Śrīla Prabhupāda.

Prabhupāda hablaba del cemento como si hablase de un envío de oro.

* * *

En febrero y marzo de 1975, Śrīla Prabhupāda viajó mucho otra vez, yendo hacia el Este por Tokyo y Hawai, hasta Los Angeles. Mientras viajaba, le dijeron que el gobernador Reddy había aceptado la invitación para asistir a la inauguración del templo de Vṛndāvana el día de Rāma-navamī. También recibió un informe alentador de Surabhī, asegurándole que aquella vez habría, desde luego, inauguración del templo. «Me anima que esperes que todo estará acabado a tiempo —escribía Prabhupāda—. Eso es lo que quiero.»

Después, Prabhupāda fue a la ciudad de Méjico y a Caracas, en Venezuela. Continuó viajando rápidamente, con paradas en Miami, Atlanta, Dallas y Nueva York, todo ello en un mes desde que salió de la India. Después fue a Londres, se detuvo en Teherán y volvió a la India el 16 de marzo. Era el octavo viaje alrededor del mundo en diez años.

* * *

Māyāpur

23 de marzo de 1975

Para el festival de aquel año, fueron casi quinientos devotos de todo el mundo, y Prabhupāda, mientras daba sus paseos matinales por los campos cercanos, al entrar en el templo de Rādhā-Mādhava, o dando conferencias sobre el *Caitanya-caritāmṛta*, era la atracción principal. Todas las mañanas, después de dar la clase, daba vueltas alrededor de la sala del templo, seguido por sus discípulos. Una campana de latón colgaba del techo a cada lado del altar de las Deidades, y Prabhupāda, mientras paseaba en torno a las Deidades, se acercaba a una de las campanas y la tocaba varias veces, tirando de la cuerda, mientras el *kīrtana* seguía su curso frenéticamente. Después, bastón en mano, iba por detrás del altar de la Deidad y salía por el otro lado para tocar la otra campana.

Los devotos saltaban en torno suyo, cantando Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare/Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare. Sonriendo muy contento, Prabhupāda iba a lo largo de la sala del templo, de nuevo hasta la primera campana y la tocaba con fuerza. Después de media docena de estas maravillosas circunvoluciones, dejaba el templo, mientras el *kīrtana* continuaba retumbando. Saliendo a la brillante luz del sol de la mañana, subía la ancha escalera hasta su cuarto.

Prabhupāda volvió a supervisar la reunión anual de su GBC, y personalmente aprobó o modificó todas sus decisiones. ISKCON, en efecto, estaba creciendo, pero tal como Prabhupāda había dicho a su amigo, el anciano Gopala Acarya, de Madrás: «Kṛṣṇa y la institución de Kṛṣṇa son idénticas. Si los devotos piensan en la institución de Kṛṣṇa, no olvidarán a Kṛṣṇa».

Al insistir en la participación de los devotos en la peregrinación anual a la India, Prabhupāda estaba solidificando las bases espirituales de ISKCON, su institución trascendental. Reunir a sus devotos de aquella manera era la razón por la que había orado y por la que había luchado para erigir centros en los *dhāmas*. Quería extender el refugio purificador de Māyāpur y Vṛndāvana a todos sus seguidores, en aquel momento y en el futuro. Poco a poco, el plan se consolidaba; el mundo entero estaba siendo salvado por el movimiento de Śrī Caitanya.

* * *

Vṛndāvana

16 de abril

Cuando llegó Śrīla Prabhupāda para presidir por fin la inauguración del Krishna-Balaram Mandir, tuvo la agradable sorpresa de ver las tres altas cúpulas elevándose por encima del templo. Las cúpulas se habían construido totalmente en los ocho meses transcurridos desde su última visita. El hostel internacional de cuatro plantas también se había construido enteramente en su ausencia. Surabhi había supervisado a los obreros en los turnos de día y de noche, para tener las cosas hechas a tiempo.

La alta cúpula central y las dos laterales, cada una sobre los respectivos altares, eran magníficas. Su forma airosa elevaba el pensamiento, y sugería una existencia más allá del mundo material. La fuerza y la belleza de las cúpulas hacían recordar que debajo residía la Deidad del Señor Supremo. Un templo era para instruir a la gente, para eliminar su ignorancia, y las cúpulas hablaban con mucha elocuencia de este propósito. Podían verse a kilómetros de distancia, elevándose resueltamente sobre el paisaje de Vṛndāvana, proclamando la adoración de Kṛṣṇa y Balarāma.

Cada cúpula estaba coronada por una *kalaśa* de cobre que consistía en tres esferas, que representaban los planetas inferiores, medios y superiores, y

rematando, el *cakra* Sudarśana eterno, el disco giratorio, el arma de Śrī Viṣṇu. El *cakra* Sudarśana era el mismo Kṛṣṇa, y sólo ver su símbolo glorioso en lo alto del *mandira* hacía que los devotos se sintiesen victoriosos y satisfechos. Ni los invitados podían evitar mirarlo con admiración. Por encima de los *cakras* Sudarśana había victoriosas banderas de cobre.

Mientras Prabhupāda daba la vuelta al edificio ya terminado, miraba continuamente las cúpulas. «¡Oh! —decía—, las cúpulas han resultado muy bien. ¿Qué os parecen?», y se dirigía a los devotos que le acompañaban.

—¡Son magníficas! —dijo uno de ellos.

—Sí —dijo Prabhupāda sonriendo—. Todos dicen lo bien que lo está haciendo Surabhī. —Prabhupāda se volvió hacia éste, que llevaba semanas sin apenas dormir—. Pero yo no puedo decirlo. Yo sólo te critico, porque ése es mi deber. Yo tengo que criticar siempre al discípulo.

No menos de seiscientos devotos de los centros de ISKCON de todo el mundo habían ido a Vṛndāvana como parte de la peregrinación anual a la India. El punto culminante iba a ser la instalación de las Deidades y la inauguración del templo. Los últimos preparativos se hacían frenéticamente: limpieza, decoración, cocina. Muchos miembros vitalicios importantes ocupaban sus cuartos privados en el hostel de cuarenta habitaciones. El plan de Prabhupāda se había realizado. Había construido un templo que probablemente era el más hermoso y opulento de Vṛndāvana, y desde luego, el más animado de devoción dinámica y espíritu de predicación; y al mismo tiempo había erigido uno de los mejores hoteles locales, para los visitantes interesados en el *kṛṣṇa-bhakti*.

Al recorrer el lugar, Prabhupāda llegó a un patio inferior con el suelo de mármol limpio y brillante. Aquello no era una casa alquilada en América, algo construido para otra finalidad; aquello era un templo, como los templos de Vaikuṅṭha que se describen en el *Śrīmad-Bhāgavatam*. «Es el Paraíso en la Tierra —dijo Prabhupāda—. Creo que sobrepasa a todos los templos de la India.»

Prabhupāda se detuvo sonriendo ante el árbol de *tamāla*, con sus ramas venerables extendidas por un ángulo del patio, y recordó la discusión que se había sostenido sobre cortarlo, cosa que él había impedido. Los árboles *tamāla* están relacionados con los pasatiempos de Śrīmatī Rādhārāṇī, y hay muy pocos. En Vṛndāvana quizás hubiera sólo tres: uno allí, otro en *Sevā-kuñja*, y otro en el patio del templo de Rādhā-Dāmodara. El que el

árbol *tamāla* estuviese tan exuberante indicaba que los devotos estaban practicando auténtico *bhakti*.

Convencido de que el templo estaba verdaderamente listo, Prabhupāda entró en su residencia, situada entre el templo y el hostel. Había muchos detalles que llamaban su atención, y había muchos discípulos que habían venido de lejos.

De manera que, en Ramaṇa-retī, en un lugar donde no había templo alguno, un devoto puro había deseado: «Que aquí se haga un templo, y que haya *sevā*, servicio devocional». Y lo que había sido un solar desierto, ahora era un lugar de peregrinación. Tal es la fuerza de los deseos de un devoto puro.

Capítulo Séptimo

Uniendo dos mundos

San Francisco

5 de julio de 1970

Śrīla Prabhupāda estaba en San Francisco, asistiendo al Ratha-yātrā de 1970. El día era frío y con viento, y unas diez mil personas se habían unido a la procesión de Śrī Jagannātha a través del Golden Gate Park. Śrīla Prabhupāda había bailado en la calle con miles de participantes durante el desfile, había hablado a una gran multitud en el auditorium, cerca de la playa, y había observado cómo sus discípulos habían distribuido gratuitamente miles de platos de *prasādam* vegetariano. Pero cuando un devoto llegó con media docena de las primeras copias del Primer Volumen de *Kṛṣṇa, la Suprema Personalidad de Dios*, Śrīla Prabhupāda parecía estar sumamente complacido.

Rodeado de devotos y de asistentes al festival, curiosos de ver lo que pasaba, Śrīla Prabhupāda sostuvo uno de los ejemplares, admirando la cubierta, con su ilustración a todo color de Rādhā y Kṛṣṇa. El libro era grande, tenía casi veinte centímetros por treinta, y la cubierta brillaba, color plata, con grandes letras rojo brillante: «KṚṢṆA». Era una maravilla trascendental en las reverentes manos de Śrīla Prabhupāda.

Los curiosos no podían evitar el apretujarse contra Śrīla Prabhupāda y mirar por encima de sus hombros. Y no reprimieron sus exclamaciones cuando Prabhupāda sonrió y abrió el libro. Examinó las ilustraciones, la impresión, el papel y la encuadernación. «Muy bonito», dijo. Y fijó la atención en una página, leyendo. Entonces, levantó la vista y anunció que aquel libro tan valioso, *Kṛṣṇa*, acababa de llegar, y que todos debían leerlo. Sosteniendo un libro en la mano, con los otros ejemplares apilados ante él, dijo que todo el que quisiera podía acercarse y comprar uno.

Comenzó un griterío, y varias manos avanzaron con billetes de diez dólares, mientras se oían voces que chillaban pidiendo un ejemplar. Y Prabhupāda vendió rápidamente todos los libros, sin quedarse ni siquiera con uno para él.

Para los devotos, el acontecimiento más espectacular del festival Ratha-yātrā fue la venta que llevó a cabo Śrīla Prabhupāda del libro *Kṛṣṇa*. Por grupos, estudiaron detenidamente los libros adquiridos, hablando de los pasatiempos de Kṛṣṇa y del efecto que tendría entre los americanos.

Brahmānanda contó que, en 1967, Prabhupāda había regalado su primera copia de *Las Enseñanzas de Śrī Caitanya*, cuando tenía su cuarto en el número 26 de la Segunda Avenida en Nueva York. Poco antes de recibir el libro, Śrīla Prabhupāda había estado hablando con Satyavrata, discípulo que había dejado de ir al templo, debido a desavenencias con sus hermanos espirituales. Cuando llegó el ejemplar de *Las Enseñanzas de Śrī Caitanya*, Śrīla Prabhupāda lo examinó con afecto y se lo ofreció a Satyavrata como regalo.

Brahmānanda se había quedado atónito al ver que Prabhupāda se desprendía del único ejemplar que tenía del libro. Como había ayudado a publicarlo, él sabía con cuántas dificultades lo había escrito Prabhupāda, y con cuánta impaciencia había esperado durante un año para verlo impreso finalmente. Sin embargo, cuando llegó, lo regaló inmediatamente, y a un discípulo que no tenía muy buena reputación. Satyavrata tomó el libro, dio

las gracias a Śrīla Prabhupāda, y se fue para no volver nunca más.

Aunque Śrīla Prabhupāda quería que sus discípulos tuviesen el mismo interés que él tenía en distribuir libros sobre la conciencia de Kṛṣṇa, ninguno de ellos sabía cómo hacerlo. Una cosa era distribuir una revista pidiendo un pequeño donativo, pero... ¿un libro grande, encuadernado en pasta? Cuando llegó a Nueva York el cargamento de *Las Enseñanzas de Śrī Caitanya*, en abril de 1967, los devotos alquilaron un camión, recogieron los libros en el muelle, y los descargaron en el 26 de la Segunda Avenida. Después los enviaron a los centros de ISKCON en Los Ángeles, San Francisco, Boston, Montreal y otros lugares. Y allí se quedaron.

Algunos devotos habían intentado poner anuncios en revistas y dejar los libros en depósito en las librerías. Pero no se vendían. Cómo vender aquellos libros grandes, encuadernados en pasta, seguía siendo un misterio... hasta que ocurrió algo importante, un descubrimiento casual.

Un día, en 1971, cuando volvían al templo en coche, después de cantar en el centro de San Francisco, dos *brahmacārīs* se detuvieron en una estación de servicio para poner gasolina. Cuando el encargado se acercó a la ventanilla para cobrar, uno de los devotos le mostró el libro de *Kṛṣṇa*. El encargado pareció interesarse, y los dos devotos comenzaron a predicar las glorias de la conciencia de Kṛṣṇa. Cuando le propusieron que tomase el libro como pago de la gasolina, aceptó.

Asombrados por lo que había ocurrido y animados por su éxito, los dos *brahmacārīs* salieron al día siguiente con varios ejemplares del libro de *Kṛṣṇa* y estuvieron un rato ante una tienda de comestibles. Y volvió a ocurrir: esta vez distribuyeron dos libros.

Keśava, el presidente del templo de San Francisco, telefoneó a su supervisor del GBC y hermano, Karandhara, a Los Angeles, para decirle lo que había pasado. «¡Es como un milagro!», exclamó Keśava. Karandhara le animó a seguir el experimento, y poco después, el templo de San Francisco tenía media docena de hombres yendo de puerta en puerta, mostrando los libros a la gente, en sus casas. Cuando Buddhimanta comenzó a distribuir hasta cinco libros al día, los devotos de los otros templos, sobre todo en Los Angeles, San Diego y Denver, quisieron seguir su ejemplo. Y cada vez que lo intentaban y distribuían un libro, estaban dominados por una gran excitación eufórica.

La experiencia y el testimonio de los devotos al distribuir los libros de Śrīla Prabhupāda revelan un placer especial, diferente de la dicha que pueden

sentir unos jóvenes cuando descubren una técnica de ventas y se encuentran al borde de hacer un montón de dinero. La diferencia está en que la distribución de libros de los devotos, al ser un servicio devocional para Kṛṣṇa, produce un éxtasis que es trascendental, un éxtasis que va mucho más allá de la mayor felicidad material.

Los negocios ordinarios y el negocio de vender literatura sobre la conciencia de Kṛṣṇa son tan diferentes como la vida material y la vida espiritual. Y todo aquel que considere la vida espiritual desde el punto de vista material, no lo comprenderá. Bhaktisiddhānta Sarasvatī comparaba estas tentativas empíricas para comprender el éxtasis de la conciencia de Kṛṣṇa con el intento de probar la miel chupando el tarro por fuera.

Los chicos y chicas que comenzaban a distribuir los libros en América sabían que Śrīla Prabhupāda, al darles la conciencia de Kṛṣṇa, les había salvado de una vida infernal, y querían ayudarlo a que se la diese a los demás. Y esta predicación de distribuir sus libros, era éxtasis, un éxtasis espiritual.

Mediado el año 1971, los templos distribuían cientos de libros de Kṛṣṇa a la semana. Karandhara, el director de la Fundación Editorial de Prabhupāda, comenzó a enviar boletines informativos del *saṅkīrtana* a los templos norteamericanos y a Śrīla Prabhupāda. Al enumerar los resultados mensuales de la distribución de libros de cada templo, los boletines incitaban a la competición. El boletín de Karandhara de diciembre de 1971 resumía la situación del año y apremiaba a los devotos para que aumentasen la distribución:

Recientemente, en un programa para distribuir libros rápidamente, el templo de San Francisco ha tenido una media de distribución de 20 libros de Krisna al día. ¿Cuál es su técnica? Kesava Prabhu dice: «Sencillamente, hacemos de ello nuestra actividad principal. Todo lo que hay que hacer es querer hacerlo, e intentarlo tanto como se pueda. A todas partes donde vamos, llevamos libros de Krisna y BTG —dice—, por la calle, de puerta en puerta, a la lavandería, a la tienda, a todas partes». Hemos estado rompiéndonos la cabeza buscando maneras complicadas y extravagantes de aumentar la distribución, pero hemos comprobado que nada resulta mejor que tomar los libros personalmente e ir de puerta en puerta con esta Misericordia sin

Causa. Consideremos, ¿cuántas horas al día empleamos intentando de manera específica distribuir los libros de Śrīla Prabhupāda, que es lo más importante para él?

El remate final para terminar el *saṅkīrtana* de aquel año no se debió al boletín sino al mismo Prabhupāda, que escribió a Kesava, el «rey» de la distribución del libro de *Kṛṣṇa*:

He estado recibiendo muchos informes, indicando que a mis discípulos del templo de San Francisco no les puede ganar nadie en la distribución de mis libros. A veces llegan a distribuir hasta 70 ejemplares del libro de Krisna al día. De manera que si esto es cierto, cuando vuelva a los Estados Unidos, con toda seguridad iré a vuestro templo y me quedaré unos días. Al distribuir mis libros en gran cantidad, me animáis a traducir. Y me ayudáis a cumplir la orden que me dio mi Guru Maharaja. Así que os estoy muy agradecido, y estoy seguro de que Krisna os bendecirá más de un millón de veces por lo que hacéis.

Espero que tú y todos mis amados discípulos del templo de San Francisco estéis contentos y con buena salud.

Se enviaron copias de esta carta a todos los centros de ISKCON. Prabhupāda siempre estuvo bendiciendo a todos los devotos, pero nadie podía recordar que hubiese dicho a ningún devoto que tendría las bendiciones de *Kṛṣṇa* ¡«más de un millón de veces»!

Aunque, generalmente, una carta de Prabhupāda daba instrucciones a un devoto determinado, con frecuencia aquellas instrucciones tenían una aplicación universal; y las cartas de Śrīla Prabhupāda ponían en claro lo que era más importante para sus discípulos: la distribución de libros.

Estoy muy contento de saber que está aumentando vuestra distribución de nuestros libros y revistas. Esto es una buena señal de que vuestro trabajo de predicación también es sólido. Cuanto más aumentéis la fuerza de vuestra predicación, más libros iréis distribuyendo. Mi gran deseo es que mis libros se distribuyan ampliamente.

La ambición de Prabhupāda era la de sustituir la literatura mundana por la trascendental. Por lo menos, en todas las casas tendría que haber una obra sobre la conciencia de Kṛṣṇa, argumentaba, porque si alguien leía solamente una página, su vida estaría dirigida hacia la perfección. «Si el uno por ciento de mis lectores se hace devoto —escribía—, el mundo cambiará.» Mientras los anunciantes de compras por correo se daban por satisfechos con un resultado de un cinco por ciento, Śrīla Prabhupāda hablaba de un porcentaje aún menor (el uno por ciento), que él pensaba que podían llegar a ser devotos puros en respuesta a la recepción de un libro. Śrī Kṛṣṇa también confirma este extremo en la *Bhagavad-gītā*: «Entre muchos miles de hombres, puede que uno se esfuerce en alcanzar la perfección, y entre aquellos que la han alcanzado, apenas uno Me conoce en verdad». Para que el mundo fuese consciente de Kṛṣṇa, iba a ser necesario, por tanto, distribuir millones de ejemplares de literatura trascendental. Śrīla Prabhupāda quería que sus discípulos comprendiesen *por qué* debían ellos distribuir sus libros, y les instruía con sus cartas:

Quién es Dios puede resumirse solamente con cinco palabras: Krisna es el Controlador Supremo. Si os convencéis de esto y lo predicáis con entusiasmo, el éxito estará asegurado, y estaréis prestando el mayor servicio a todas las entidades vivientes.

Escribía a Jayādvaita:

Estos libros y revistas son nuestras armas de propaganda más importantes para vencer la ignorancia del ejército de maya, y cuanto más produzcamos estos libros y los distribuamos en gran cantidad por todo el mundo, mejor lo liberaremos de su carrera suicida.

Y a Jagadīśa:

Me alienta ver tu informe sobre los libros distribuidos, porque ello es prueba de que consideras de tu propia responsabilidad ver que cada día hay más gente que lee nuestros libros. En realidad, ésta es la sólida base de nuestra predicación, ya que ningún otro movimiento dispone de tan abundante autoridad para predicar. Y si alguien lee nuestra filosofía de conciencia de Krisna, se queda convencido.

Prabhupāda seguía insistiendo en que todos los principales programas de la conciencia de Kṛṣṇa debían mantenerse, incluyendo la adoración de la Deidad, el canto de Hare Kṛṣṇa en público , y los discursos al aire libre. Todos los programas eran importantes. Pero la distribución de libros, siempre que fuese posible, debería acompañar a los otros programas. Prabhupāda escribía a un *sannyāsī* cuyo programa principal era el de hablar en público:

Distribuye tantos libros como puedas. Si alguien oye algo de nuestra filosofía, esto le ayudará. Pero si obtiene un libro, esto puede cambiar su vida. Por eso, distribuir libros es la mejor manera de predicar. Distribuye libros, celebra el kirtan en lugares públicos como escuelas y universidades, predica.

Y en una carta para Bhagavān dāsa, en Francia, insistía sobre lo mismo: «¿Qué hará tu predicación de tres minutos? Pero si se quedan un libro, su vida puede cambiar.»

* * *

Otro avance en la distribución de libros incidió al final de 1972. El año anterior, los devotos habían aprovechado las fiestas de Navidad para vender el libro de *Kṛṣṇa* de puerta en puerta, pero ninguno se había dado cuenta de lo importante que podía ser la Navidad.

Rāmeśvara: Fue el 22 de diciembre de 1972 cuando descubrimos por casualidad el maratón de Navidad, en Los Ángeles. Claro que ya nos habíamos dado cuenta de que iba mucha más gente a las tiendas, que a veces estaban abiertas hasta medianoche. Yo estaba ante el Zody de Burbank. Estábamos teniendo en Los Angeles una intensa competición, con premios, y se estaba alcanzando un clímax apasionado.*

De manera que después de haber estado distribuyendo como un loco todo el día, había reunido unos 350 dólares y había distribuido 650 revistas. Eran casi las diez de la noche. Yo estaba convencido de que aquello era un nuevo récord mundial en ISKCON y de que nadie podía aventajarme aquel día. Aunque la tienda estaba abierta hasta las doce, las compras habían

comenzado a disminuir, y pensé: «Será mejor que me vaya a casa. Seguro que todos han vuelto ya. Nadie está fuera después de las ocho de la noche. Deben estar esperándome todos. No puedo tenerles levantados esperándome». Así que, de esta manera, mi mente me convenció de que debía volver.

Hacia las once, la tienda estaba completamente vacía. Entré en el coche y tomé el camino de casa. En el camino, pasé por otro Zody, el de Hollywood, en el cruce de Sunset y Western. No sabía qué hacer, si detenerme o no, porque aquella tienda estaba llena de gente y estaría abierta hasta medianoche. Pero decidí volver al templo, porque pensé que todos los devotos ya habrían vuelto, y estarían levantados para ver los libros que había distribuido. De manera que seguí conduciendo sin detenerme.

Por fin llegué al templo hacia las doce menos diez, y me precipité en la sala del saṅkīrtana. Pero allí no había nadie más que el secretario, Madhukaṅṭha. Yo dije: «¡Oh, no! ¿Todos se han acostado?» y me contestó: «No, no ha vuelto nadie todavía». ¡Yo era el primero en volver! Así fue el descubrimiento del primer maratón de Navidad. Fue algo en lo que no había pensado nadie. Nadie había dado instrucciones de no volver hasta tan tarde. Fue algo espontáneo.

Finalmente, hacia la una y media de la mañana, habían vuelto todos los devotos, y todos estábamos mirando el mapa del saṅkīrtana. No pudimos dormir de la impaciencia por salir otra vez. Estábamos pensando: «¿Dónde podemos encontrar almas condicionadas en cantidad, a las que poder dar libros?». El ruido que hacíamos y la risa estridente hacían recordar una fiesta de borrachos, y despertó a Karandhara, que dormía en su despacho en el cuarto contiguo... Vino tropezando, quitándose el sueño de los ojos, pero cuando nos vio y vio lo que pasaba, se echó a reír y nos mandó a todos a la cama

diciendo: «Preparaos para mañana». Y de esta forma, hicimos un maratón de tres días: 22, 23 y 24 de diciembre.

Nadie había distribuido nunca tantos libros en la historia de nuestro movimiento. Se consideraba un gran día cuando se distribuían entre veinticinco y cuarenta libros. Pero estuvimos distribuyendo entre cinco mil y seis mil ejemplares por día en el espacio de tres días. Un solo templo distribuyó casi dieciocho mil ejemplares en sólo tres días.

Cuando Prabhupāda recibió las noticias sobre la distribución de libros en Los Ángeles y en el resto de los Estados Unidos, estuvo muy contento y asombrado. Aunque tenía muchos asuntos en todo el mundo, los dejó a un lado para saborear la aplastante victoria de América en la distribución de libros. Inmediatamente llamó a su secretario personal y le dictó varias cartas:

Mi querido Ramesvara:

Acuso recepción de tu carta fechada el 27 de diciembre de 1972, y he leído con gran contento las cifras de los libros distribuidos durante los tres días, 22 al 24 de diciembre de 1972. ¡Apenas puede creerse que se hayan podido distribuir en un templo más de 17.000 libros en tres días! Esto me indica que la gente de tu país por fin empieza a tomar en serio este movimiento para la Conciencia de Krisna. Si no, ¿por qué iban a tomar nuestros libros? Pero pueden ver que nuestros chicos y chicas son tan sinceros y serios como para distribuir el mensaje de la Conciencia de Krisna. En el primer momento están sorprendidos de verlos, y después los aprecian y se los quedan. Esto es único en el mundo. Por eso estoy muy satisfecho de todos los chicos y chicas de Los Angeles y de todo el mundo, que comprenden y aprecian esta calidad única de nuestra literatura trascendental, y voluntariamente, salen a distribuirla, a pesar de la dificultad de las circunstancias. Sólo por este esfuerzo, tienen asegurado el volver al hogar, volver a Dios.

El mismo día Prabhupāda dictaba una carta para Karandhara:

Nunca hubiera pensado que fuese posible distribuir tantos ejemplares de nuestra literatura. Por eso puedo comprender que es sencillamente la bendición que Krisna nos da por vuestro sincero trabajo en Su nombre. En realidad, ése es el secreto de nuestro éxito; no porque yo haya hecho personalmente nada maravilloso, sino porque los que me ayudan son sinceros. Son ellos los que han hecho la tarea. Ésta es la razón de que hayamos tenido éxito en todo el mundo, donde otros han fracasado. Un poco de sinceridad es algo muy difícil de encontrar en esta época de hipocresía y apariencias, pero yo tengo tanta suerte, que Krisna me ha enviado a todos vosotros, chicos y chicas que trabajáis tan sinceramente. Por favor, transmíteles a todos ellos mi

más profunda estima.

Las cartas de Śrīla Prabhupāda dando las gracias por el maratón de Navidad y asegurando a los devotos que volverían a Dios, aportó nuevas fuerzas al movimiento de la distribución de libros, que entró en el nuevo año con gran ímpetu. Los devotos seguían encontrando nuevas maneras y nuevos lugares para distribuir libros. Nuevos récords batían constantemente los anteriores, y los devotos hacían planes aún mejores para el futuro.

Praghoṣa: Yo iba regularmente al templo de Detroit para las clases de la tarde, y hacía pequeños trabajos para ayudar a los devotos a preparar el templo. Todas las noches me quedaba pintando, y observaba a los devotos que volvían de saṅkīrtana. Parecían estar en éxtasis y animados, y yo tenía siempre una cierta curiosidad sobre lo que hacían fuera, que les hacía volver en aquel estado. Estaba en lo alto de la escalera, pintando y oyéndoles hablar mientras estaban sentados en el suelo, tomando leche caliente. Hablaban de que habían llamado a la puerta de un hombre, y que había pasado esto y aquello, y todo me resultaba muy atractivo.

Después fui a vivir al templo, y tras haber sido devoto durante una semana, alguien me preguntó si me gustaría salir y tratar de distribuir libros. Así que salí, vestido con dhotī y tilaka, y presentándome de una manera directa; iba hacia la gente, le daba una tarjeta y un libro, le hablaba de su contenido, le mostraba el retrato de Prabhupāda y le pedía un donativo. El estímulo que encontraba en ello era algo increíble. Era muy dichoso haciendo aquello. Ninguno de nosotros podría indicar qué es lo que producía aquel éxtasis.

Por la noche estábamos acostados y despiertos. Todos los brahmacārīs estaban en un cuarto grande, y allí estábamos, en el suelo, en nuestros sacos de dormir, hablando entre nosotros en voz baja: «¿Qué le dijiste a la gente?». Y las conversaciones seguían en el cuarto, por la noche, con las luces apagadas y todos hablando, tratando de contar cómo presentábamos los libros de Prabhupāda.

Tripurāri: Mi relación con Śrīla Prabhupāda fue siempre más o menos en separación y en el campo de batalla. Mientras muchos de los devotos mayores habían tenido la preparación de Prabhupāda en persona, yo nunca tuve esta preparación. Śrīla Prabhupāda me preparó desde el

interior de mi propio corazón. Creo que éste es el caso de todos nuestros distribuidores de libros. Todos ellos tienen un sentimiento muy íntimo de afecto por Prabhupāda, pero nunca tuvieron mucho contacto personal con él. Su intimidad y sentimiento real de conocer a Prabhupāda muy de cerca se debía a aquel servicio que Prabhupāda decía era su alma y su vida: asegurarse de que sus libros se distribuyeran.

* * *

En el verano de 1973, los devotos descubrieron que podían distribuir libros de *Kṛṣṇa* a cientos, en pocas horas, en los conciertos. El libro de *Kṛṣṇa*, que se presentaba entonces como una trilogía en rústica con un prefacio de George Harrison, era muy atractivo para los jóvenes. En julio, Rāmeśvara escribió a Prabhupāda, que estaba en Londres, diciéndole que el templo de Los Ángeles estaba distribuyendo dos mil libros de *Kṛṣṇa* a la semana y que, en un concierto, los devotos habían distribuido seiscientos en dos horas.

Los devotos de Los Ángeles decidieron que Tripurāri y otros pocos más de los mejores devotos de *saṅkīrtana* irían de templo en templo para compartir su experiencia. Rāmeśvara escribió a Prabhupāda: «Es por la misericordia de Śrī Śrī Rukmiṇī-Dvāarakādhīśa (las Deidades del templo de Los Ángeles), el que nosotros podamos enviar muchos devotos a otros centros. Ésta es la verdadera opulencia de Nueva Dvārakā». Śrīla Prabhupāda contestó el 3 de agosto:

Sin ninguna duda, nuestra actividad más importante es distribuir libros. El templo no es un lugar para comer y dormir, sino una base desde la cual enviamos a nuestros soldados a luchar contra maya. Luchar contra maya significa poner miles y millones de libros en manos de las almas condicionadas. Lo mismo que en tiempos de guerra llueven las bombas desde el cielo como diluvios...

También me gusta el proyecto de enviar a los mejores de los vuestros a enseñar a los demás. Éste es el verdadero progreso de la conciencia de Krisna, entrenar a los demás. Proseguid con este plan para que, en el futuro, todos los devotos de nuestro movimiento conozcan el arte de distribuir libros. Esto, yo lo apruebo.

Sura: *Vaiśeṣika* estaba conmigo en el aeropuerto distribuyendo libros. Se

dirigía a la gente y decía: «Hola, ¿cómo está Ud? Toda gloria al movimiento de saṅkīrtana de Śrī Kṛṣṇa, la bendición más grande para la humanidad en general, la bendición que limpia el corazón». Iba repitiendo las oraciones Śikṣāṣṭaka de Śrī Caitanya directamente del libro, y sin embargo, distribuía. Los libros tenían imágenes de Kṛṣṇa y escenas devocionales en la cubierta, y a veces, algunos devotos no podían comprender cómo podía interesarse la gente por ellos. Pero Prabhupāda quería que los distribuyeran. Y decía siempre que debíamos predicar sobre el mérito del libro. Cuando un devoto preguntó a Prabhupāda lo que teníamos que decir para distribuir libros, Prabhupāda replicó, kṛṣṇe sva-dhāmopagate, que es el verso que dice que el Śrīmad-Bhāgavatam es tan brillante como el Sol y que ha salido para dar la religión a la gente de esta era de oscuridad. Así que nosotros también íbamos repitiendo aquel verso y distribuyendo libros con fe.

Nosotros salíamos y veíamos que a la gente le impresionaba la conciencia de Kṛṣṇa. Veían que los devotos eran muy sinceros y serios, y esto les impresionaba. A diario, en el saṅkīrtana, podíamos ver que la gente apreciaba los libros de Prabhupāda. También los había que nos hostigaban, pero Prabhupāda ya había dicho que siempre habría dificultades. De manera que todas las experiencias que pudiéramos tener estaban confirmadas por Prabhupāda, quien decía que un distribuidor de libros a veces tiene dificultades porque algunos le aceptan y otros le rechazan. Pero él lo tolera.

En el aeropuerto nos encontrábamos con profesores, abogados, toda clase de gente que se paraba a hablar y nos desafiaba, y nosotros teníamos que defender los libros de Prabhupāda y su movimiento, y hablar en nombre de Prabhupāda mucho más que cuando no éramos más que unos chicos que andaban por los aparcamientos y hablaban con mujeres pidiéndoles cincuenta centavos por un paquete de incienso. Nosotros presentábamos los libros de Prabhupāda a eruditos, entrábamos en contacto con māyāvādīs, científicos, hombres de negocios, gente muy perspicaz de Chicago, Nueva York, Los Ángeles, y San Diego. La gente de estos lugares es muy perspicaz y dura. Y precisamente por tener que combatirles espiritualmente y defender el movimiento, alcanzamos una mayor madurez en la comprensión de los libros de Prabhupāda y en presentarlos de tal manera que pudiéramos convencer incluso a los que no querían convencerse. Tuvimos que estudiar los libros de Prabhupāda.

La distribución de libros dio otro gran paso cuando Tamāla Kṛṣṇa Goswami, el secretario de Prabhupāda en la zona de la India durante cuatro años, volvió a los Estados Unidos. Junto con su amigo Viṣṇujana Swami, contribuyó a formar el grupo de *saṅkīrtana* de Rādhā-Dāmodara, viajando en un autocar con las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa para distribuir libros y celebrar festivales por todos los Estados Unidos.

Śrīla Prabhupāda mostró un interés especial por el grupo de Rādhā-Dāmodara y aprobó préstamos del BBT para comprar más autocares, creando así un ejército de *saṅkīrtana* que viajaba en autocares Greyhound renovados. A finales de 1974, el grupo de Rādhā-Dāmodara tenía tres autocares, furgonetas, y un numeroso grupo de hombres. Prabhupāda llamaba a los autocares «templos circulantes», y apremió a los devotos de Rādhā-Dāmodara para que continuasen el programa, en la seguridad de que estaban complaciendo a Śrī Caitanya. «Me alegro de que hayáis comprendido la importancia de mis libros —escribía Prabhupāda—. Por eso insisto tanto en ello. Que todos tengan estos libros.»

Śrīla Prabhupāda alentaba al grupo de Rādhā-Dāmodara para que aumentase hasta varios cientos el número de autocares, cumpliendo así la misión de Śrī Caitanya Mahāprabhu de llevar la conciencia de Kṛṣṇa a toda ciudad y aldea. Cuando se produjo una reñida competición trascendental entre el templo de Los Ángeles, el grupo del BBT de Tripurāri y el grupo de Rādhā-Dāmodara, Prabhupāda la observó y aprobó con satisfacción.

Otro grupo que se formó en 1974 fue el de bibliotecas del BBT. Comenzó cuando Hṛdayānanda Goswami envió a varios *brahmacārīs* de su grupo circulante a distribuir libros a las prestigiosas universidades de Nueva Inglaterra. Entonces, en 1974, se convirtieron en el grupo de bibliotecas del BBT, apoyado por una oficina profesional de ventas de Los Ángeles. En aquel momento los hombres comenzaron a distribuir colecciones enteras de los libros de Śrīla Prabhupāda, incluyendo los ya publicados y los que se publicarían en el futuro de la obra en 17 tomos *Caitanya-caritāmṛta*, y del *Śrīmad-Bhāgavatam* en 60 tomos. Hasta en sus primeras tentativas obtuvieron un gran éxito.

Śrīla Prabhupāda había acariciado largamente esta idea, e incluso antes de ir a América, había ido a bibliotecas de la India con ejemplares del Primer Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Gracias a sus esfuerzos en Nueva Delhi, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos había adquirido varios

ejemplares de aquellos primeros tomos. Ahora, su deseo de ver sus libros en todas las bibliotecas y universidades de los Estados Unidos estaba volviéndose una realidad. Rāmeśvara, el coordinador del BBT, escribía en una carta a todos los templos:

Srila Prabhupada está cada día más interesado en este programa, y está haciendo de él una de nuestras actividades más importantes. Su Santidad Satsvarupa das Goswami, que ahora es secretario del GBC sirviendo como secretario personal de Srila Prabhupada, volverá a los Estados Unidos, enviado por Su Divina Gracia para dirigir y organizar personalmente este programa de bibliotecas del BBT.

Bajo la dirección de Satsvarūpa, el grupo cruzó los Estados Unidos en todas direcciones, obteniendo docenas de pedidos de la obra completa cada semana a las bibliotecas de las universidades, incluidas las de Yale, Harvard, Columbia, Princeton y Stanford. En unos pocos meses, los profesores comenzaron a escribir críticas favorables, y muchos encargaron los libros de Prabhupāda para sus cursos en la facultad. Después de distribuir colecciones enteras de libros a la mayoría de las bibliotecas canadienses y americanas, el grupo de bibliotecas del BBT desplazó sus operaciones a Europa y a la India, con el mismo éxito.

El Dr. Alex Wayman, profesor de sánscrito de la Universidad de Columbia, escribía:

Ha sido para mí un gran placer haber leído recientemente el Śrīmad-Bhāgavatam en la excelente edición autorizada por A.C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda. El extremo cuidado y la devoción a la palabra sánscrita y a su valioso significado son evidentes en cada página. Estoy seguro de que esta obra monumental llegará lejos llevando el mensaje sublime del Bhāgavatam a muchos occidentales que, de otra manera, no hubiesen tenido esta oportunidad.

Prabhupāda estaba satisfecho con la acogida de los especialistas occidentales y enseñaba con frecuencia las reseñas de sus libros a sus visitantes. «Me gusta mucho este programa de pedidos permanentes —escribía Prabhupāda—. Intentad aumentar estos pedidos de las bibliotecas hasta cincuenta mil.»

Cuando Śrīla Prabhupāda cayó enfermo por varias semanas en septiembre

de 1974, su mejor medicina era el informe de la distribución de libros. «Cada vez que recibo un informe de la distribución de mis libros —escribía al grupo de bibliotecas—, me siento más fuerte. Incluso ahora, en estas condiciones de debilidad, vuestro informe me ha dado fuerzas.» Y durante la misma enfermedad, escribía a Rāmeśvara:

Referente a las cifras de la distribución de libros, por favor, haced un esfuerzo en esta dirección. Éste es el único alivio de mi vida. Cuando oigo que mis libros se distribuyen tanto, me siento tan lleno de energía como un muchacho.

Śrīla Prabhupāda recobró su salud, y a finales de 1974 su BBT también tenía una salud extraordinaria, con los templos que competían de nuevo en un frenético maratón de Navidad. La oficina del BBT de Los Ángeles informó a Prabhupāda que durante el año se habían distribuido unos 387.000 libros encuadernados en pasta, lo que era un aumento de un 67% sobre el año anterior, y casi 4.000.000 de ejemplares de *Back to Godhead* se habían distribuido, lo que representaba un aumento del 89%. El BBT americano entregó a los templos 6.668.000 ejemplares de literatura, es decir un 60% más.

Estas noticias hicieron a Śrīla Prabhupāda «sentirse tan lleno de energía como un muchacho», y Prabhupāda y su movimiento de distribución de libros entraron en el año 1975 con todos los signos de ir en aumento, doblando y triplicando las ya sorprendentes cifras de 1974. Además, los nuevos BBT de otros países por todo el mundo, también estaban en expansión.

Śrīla Prabhupāda había creado su Bhaktivedanta Book Trust en 1972 como entidad independiente, para asegurarse de que sus libros seguirían produciéndose y distribuyéndose. El BBT operaría exclusivamente en beneficio de la Asociación Internacional para la Conciencia de Krisna y, sin embargo, sería independiente.

El documento de constitución del BBT establecía que los administradores dividirían el dinero de la distribución de libros a los templos de ISKCON en dos fondos: uno para imprimir libros y otro para adquirir propiedades para ISKCON y construir templos. Prabhupāda pensaba que si se observaba esta fórmula de mitad y mitad, Kṛṣṇa aseguraría el éxito de ISKCON. Mencionaba esta fórmula repetidamente en conversaciones y cartas y hasta en sus explicaciones del *Śrīmad-Bhāgavatam*.

Śrīla Prabhupāda dio a sus administradores del BBT autoridad para hacer planes para impresión, y ellos debían consultarle para obtener su aprobación. Él establecería las normas y líneas generales que habían de seguir sus administradores del BBT; solamente después de consultarle, podían establecer cambios.

Y Prabhupāda era particularmente opuesto a los cambios. Él elegía el tamaño del libro, decidía sobre las cuestiones artísticas, y daba sugerencias sobre el tamaño de la letra de imprenta, sobre los planes de envíos, sobre la distribución a los templos; sobre casi todos los aspectos de las actividades editoriales del BBT. Incluso cuando ciertos templos no efectuaban sus transferencias al BBT, Prabhupāda se veía implicado.

No está bien que estos grandes templos, que están dando el ejemplo a toda la Asociación, no cumplan sus compromisos. Esto es de lo más anómalo. Yo estoy intentando retirarme de los asuntos administrativos, pero si los presidentes y los hombres del GBC causan estos trastornos, ¿cómo voy a estar tranquilo? Las cosas deben funcionar automáticamente, y entonces tendré tranquilidad.

Prabhupāda era un director estricto. «Según la enseñanza védica —decía—, el fuego, las deudas y la enfermedad no deben descuidarse nunca. Hay que extinguirlos por todos los medios.»

Śrīla Prabhupāda veía en la distribución de libros (entre otras cosas) la base para un ISKCON económicamente sólido. Otros negocios también podían ser operativos, pero la distribución de libros era lo mejor, porque combinaba la predicación con una buena fuente de ingresos. Como él mismo escribía al presidente de uno de los templos:

Estoy muy animado por el informe de lo bien que se están distribuyendo nuestros libros. Ésta es nuestra labor principal en todo el mundo. Si prestáis toda la atención a este extremo, nunca faltarán los fondos.

En relación con los líderes de la Asociación que se interesan por los negocios, debes comprender lo que los negocios significan. Los negocios significan ayudar a la predicación. La predicación necesita ayuda financiera; de otra manera, no nos hacen falta los negocios.

Según entiendo las cosas, el negocio de nuestros libros es suficiente para apoyar nuestro movimiento.

Con la distribución constante de los libros de Prabhupāda, los miembros del movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa estaban experimentando la esencia del servicio de amor a Kṛṣṇa en la separación, que es el éxtasis espiritual más elevado. «No intentéis ver a Dios —decía con frecuencia el maestro espiritual de Śrīla Prabhupāda—, sino que debéis hacer las cosas de tal manera que Dios os vea a vosotros.» Es decir, haciendo las cosas con sumisión bajo la órdenes del servidor del servidor del servidor de Kṛṣṇa, los discípulos de Prabhupāda estaban seguros de atraer la atención amorosa de Kṛṣṇa.

La manera más rápida de atraer la atención de Kṛṣṇa, decía Śrīla Prabhupāda, era llevar a otra persona hacia la conciencia de Kṛṣṇa. Por eso, los distribuidores de libros sentían una reciprocidad especial con su maestro espiritual, y esto les daba impulso para seguir sirviendo y distribuyendo libros.

Sañjaya: *Filosóficamente entendíamos que el ir a distribuir libros era lo que nuestro maestro espiritual quería que hiciésemos. Lo sabíamos. Lo teníamos claro. También teníamos un verdadero sentido del idealismo, de que aquellos libros y revistas cambiarían el mundo. Cuando se viene a la conciencia de Kṛṣṇa, se entiende lo malo que es el mundo, lo contaminadas que están las cosas, lo envidiosa que es la gente, y lo horrible que es la vida material. Todo esto se puede ver. No se siente que uno mismo vaya a cambiarlo, pero sí se siente que cualquiera que obtenga uno de los libros de Prabhupāda y lo lea, cambiará de una manera espiritual. No había la menor duda sobre ello. También sentíamos que en el mundo habría un gran cambio en el futuro, a medida que se extendiese la conciencia de Kṛṣṇa. Prabhupāda también decía que con sólo tocar uno de aquellos libros, la vida de la gente cambiaría. Nuestra fe estaba en los libros y en Śrīla Prabhupāda.*

Keśava Bhārati: *Cuando se distribuye un libro, hay una cierta reciprocidad por parte de Prabhupāda. Había una diferencia espectacular en nuestra experiencia interior cuando alguien tomaba un libro o cuando tan sólo tomaba algo de incienso o cualquier otra cosa. Nosotros teníamos una experiencia real de la relación con Prabhupāda, todo el día, al distribuir aquellos libros. No nos sentíamos excluidos porque ciertos devotos*

estuviesen más próximos a Prabhupāda físicamente. Los distribuidores de libros siempre tenían un fuerte estímulo. Leíamos que Haridāsa Ṭhākura salía a la calle y se revolcaba por el suelo, pidiendo a la gente que cantase. Este tipo de cosas nos inspiraba.

Vaiśeṣika: Solíamos pensar en todo el tiempo que Prabhupāda utilizaba ante su dictáfono para escribir aquellos libros. Pensábamos en cómo dormía nada más que unas horas al día, reduciendo al mínimo todo lo demás, para escribir aquellos libros. Así que nosotros también tratábamos de reducir las actividades que no fuesen salir y distribuir libros. Prabhupāda decía que un devoto debía tener el estado de espíritu de los seis Gosvāmīs, así que todos los días cantábamos aquellas oraciones. Sentíamos una verdadera unión. Incluso al principio, un devoto me preguntó: «¿Sabes dónde está Prabhupāda? —Y después dijo—: Está en sus libros». Siempre había aquel ambiente. Siempre sentimos aquella unión.

Jagaddhātrī-devī dāsī: Cuando yo distribuía los libros de Prabhupāda, comprendía que era lo mejor que podía hacer para complacerle. Yo le ayudaba a cumplir las instrucciones de su maestro espiritual, y así él estaba satisfecho. Y aún estaba más satisfecho si yo lo hacía bien. Solía escuchar la historia de cuánto se alegraba Bhaktisiddhānta Sarasvatī cuando alguien salía a la calle y distribuía aunque sólo fuera una revista, porque tal es en realidad el ánimo del saṅkīrtana, salir a la calle y tratar de dar misericordia a las almas condicionadas; eso es lo que cuenta.

Yo siempre quise hacer alguna actividad benéfica. Me gusta el sentimiento de hacer algo por los demás. Y esto es lo más excelso para ayudar a la gente. Ayudarles a volver a Dios. Ésta fue mi motivación. Y automáticamente, cuando llevamos hacia Kṛṣṇa a otras entidades vivientes, nos purificamos.

Lavaṅga-latikā-devī dāsī: Tras haber oído hablar a Śrīla Prabhupāda y sabiendo que él siempre estaba leyendo aquellos libros, el Śrīmad-Bhāgavatam, y que predicaba que teníamos que distribuir entre los demás aquel conocimiento, las cosas resultaban muy sencillas. Es decir, tú sabías que esto era lo que quería Śrīla Prabhupāda. Él siempre nos decía que nos estaba dando este conocimiento, y que cuando se tiene este conocimiento, hay que distribuirlo entre los demás. Śrīla Prabhupāda vino a América a predicar con sus discípulos. Por eso tenemos que hacerlo, porque es el deseo de Prabhupāda. Él pasó tanto tiempo traduciendo estos libros para que se distribuyeran. Tú sólo quieres distribuirlo entre los demás, y quieres que la gente los tenga en su casa.

* * *

Vṛndāvana, India
20 de abril de 1975

Śrīla Prabhupāda instaló las Deidades el día de la gran inauguración del Krishna-Balarām Mandir. Estaban presentes casi unos mil discípulos, y el gobernador de Uttar Pradesh fue el invitado de honor. Tras años de duro esfuerzo, la gran inauguración fue un triunfo culminante para Śrīla Prabhupāda y su movimiento. Cuando aún estaba en el altar, después de haber ofrecido el primer *ārati* a Kṛṣṇa y a Balarāma, Prabhupāda se dirigió a la multitud, diciendo que aquel era un templo internacional, al que podía ir la gente de todo el mundo para adorar y refugiarse en Gaura-Nitāi, Kṛṣṇa-Balarāma y Rādhā-Kṛṣṇa.

Después, aquella tarde, Śrīla Prabhupāda estaba en su cuarto con varios hombres del GBC. Tenía la *kurtā* desabrochada a causa del calor, las piernas y los pies descalzos extendidos bajo la mesita, y descansaba, con sus hombros en torno suyo a la débil luz de la lámpara del escritorio. Decía que aquello era un jalón, pero que aún había que ir adelante, y no quedarse saboreando el éxito. Hacían falta muchas cosas para que el templo y el hotel estuviesen en pleno servicio.

Śrīla Prabhupāda pensaba en algo más allá de Vṛndāvana. «La construcción de templos es tan importante —decía—, que estoy dispuesto a gastar muchos *lakhs* de rupias para abrir un templo como éste. Y, sin embargo, por importante que esto sea, producir libros lo es todavía más.» Esto era una importante reafirmación de la prioridad que tenía la producción de libros; incluso en plena apertura de aquel espléndido templo, él insistía en que la producción de libros era más importante.

Sin embargo, Śrīla Prabhupāda parecía disgustado, porque durante meses se había retrasado su *Caitanya-caritāmṛta* debido al corrector de sánscrito. Ceñudo, decía que aunque él había terminado el *Caitanya-caritāmṛta*, aún estaba por publicar. Había completado también los cuatro tomos del Cuarto Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*, y estaba comenzando el Quinto, y sin embargo, no se había publicado más que un tomo del Cuarto Canto.

Uno de los devotos que estaban allí, sin comprender lo que quería decir Śrīla Prabhupāda, observó que, puesto que el maestro espiritual iba a ir a Hawai, podría escribir allí con toda tranquilidad. Prabhupāda replicó que no estaba animado a escribir cuando sus manuscritos permanecían sin

publicarse.

La imprenta del BBT, después de estar varios años en Nueva York, iba a trasladarse a Los Angeles, donde Rādhāvallabha sería el director de producción y Rāmeśvara, coordinador del BBT, podría vigilar más de cerca las operaciones de impresión. Rāmeśvara, que no sabía nada del retraso en la publicación del manuscrito del *Caitanya-caritāmṛta*, lo supo entonces, en Vṛndāvana. Prometió a Prabhupāda que él se encargaría inmediatamente de instalar la imprenta en Los Angeles y comenzar a editar el *Caitanya-caritāmṛta*.

Que Śrīla Prabhupāda hubiese terminado el manuscrito completo del *Caitanya-caritāmṛta* en 18 meses, entre 1973 y 1974, era una proeza notable, porque al mismo tiempo había estado intensamente ocupado con asuntos de dirección y viajando constantemente. Se había enfrentado con problemas importantes, con líderes que habían dejado su cargo, se había ocupado personalmente de las obligaciones del GBC de la India, y de otros asuntos de dirección de ISKCON. Había autorizado muchos importantes préstamos del BBT, y había aprobado la expansión y desarrollo de ISKCON en todas las zonas del mundo, además de contestar con regularidad a un correo voluminoso, hablar diariamente con visitantes y dar clases sobre el *Bhāgavatam* dondequiera que fuese. El único tiempo que había tenido para escribir había sido al levantarse a la una de la mañana, trabajando con constancia de dos a tres horas al día.

Los Ángeles

20 de junio de 1975

Al llegar a Los Ángeles, Śrīla Prabhupāda tuvo un caluroso recibimiento. Le acompañaban varios líderes *sannyāsīs* y secretarios del GBC, entre los que estaban Kīrtanānanda Swami, Viṣṇujana Swami, Brahmānanda Swami, Tamāla Kṛṣṇa Goswami y otros. Más tarde, estando en su cuarto (uno de sus preferidos entre los de todos los centros de ISKCON), habló brevemente del retraso en la publicación de sus libros. Parecía algo molesto, pero apenas dijo nada de ello. Por otra parte, estaba muy contento de ver el templo y las Deidades de Rukmiṇī-Dvārakādhīśa.

En sus breves palabras de llegada explicó por qué apremiaba tanto a sus discípulos a que publicasen sus libros. «Yo no tengo aptitudes personales —dijo desde su *vyāsāsana* lujosamente tapizado—, sino el deseo de

contentar a mi *guru*, nada más. Mi Guru Mahārāja me pidió: "Si llegas a tener dinero, publica libros". Fue durante una conversación privada. También estaban allí algunos importantes hermanos espirituales; era en Rādhā-kuṇḍa. Y mi Guru Mahārāja me decía: "Desde que tenemos este templo de mármol de Baghbazar, ha habido gran desavenencia. Y todos piensan en quién ocupará este cuarto o el otro. Por eso, yo quisiera distribuir templo y mármol y publicar algún libro". Sí; por tanto, de lo que oí de sus propios labios concluyo que le interesaban muchos los libros. Y me dijo personalmente: "Si llegas a tener dinero, publica libros". Por eso yo insisto en este extremo. ¿Dónde está el libro? ¿Dónde está el libro? Por favor, ayudadme. Es lo que os pido. Publicad tantos libros como podáis, en tantos idiomas como sea posible, y distribuidlos por todo el mundo. Así, el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa aumentará automáticamente.»

A la mañana siguiente, paseando por Venice Beach, Śrīla Prabhupāda lanzó un ultimátum extraordinario. Iba andando rodeado de devotos, golpeando suavemente la arena con el bastón. «Estos 17 tomos sin publicar —comenzó—, son un gran problema para nuestro movimiento.»

—Sí, Prabhupāda —respondió Rāmeśvara, pensativo y preocupado. Los otros devotos asintieron también, apenados. Había que hacer algo.

—Sí —prosiguió Prabhupāda—. Hay que publicarlos inmediatamente.

—Sí, Prabhupāda —replicó Rāmeśvara sumiso.

—Pues entonces, yo creo que se pueden publicar en dos meses —dijo Prabhupāda de manera concluyente.

Rāmeśvara no estaba seguro de haber oído bien. Se acababa de abrir la imprenta. Ni siquiera había luz en los despachos de los artistas. Dos meses era algo ilógico, imposible. Había llegado el momento de decirle a Śrīla Prabhupāda el plan para aumentar la producción. Rāmeśvara se acercó.

—Śrīla Prabhupāda —comenzó—, hemos estado hablando de esto, y ahora que la imprenta está por fin aquí, instalada, creo que podemos aumentar la producción cuatro veces. Creemos que ahora podremos pasar de publicar un libro cada cuatro meses a producir uno de tus libros cada mes.

—Rāmeśvara y Rādhāvallabha iban juntos a un lado de Śrīla Prabhupāda, con Tamāla Kṛṣṇa Goswami y Brahmānanda Swami al otro lado.

—Un libro al mes —dijo Śrīla Prabhupāda, como si pensase en alto, y considerándolo—. Significa más de un año. No es lo bastante rápido. —Los otros devotos miraron a Rāmeśvara y Rādhāvallabha, que se miraban uno

al otro—. Tenéis que publicar todos los libros en dos meses —volvió a decir Śrīla Prabhupāda. Esta vez habían oído claramente, y los dos ejecutivos estaban estupefactos, sin poder creerlo.

—Śrīla Prabhupāda —dijo Rāmeśvara—, yo creo que eso es imposible. Quizá podamos ir más deprisa...

Śrīla Prabhupāda se detuvo de pronto. Plantando el bastón con firmeza en la arena, se volvió hacia Rāmeśvara y dijo, sin enfado pero con gran seriedad: «La palabra *imposible* se encuentra en el diccionario de los tontos».

De pronto, Rāmeśvara se dio cuenta de que su vida espiritual estaba en juego. Decir «imposible» en aquel momento significaba que no tenía fe en el representante de Kṛṣṇa, ni fe en el poder de Dios. Debía despojarse de sus valoraciones materiales y de su sentido común racional.

Mientras Rāmeśvara y Rādhāvallabha se quedaban mudos, Śrīla Prabhupāda echó a andar, acompañado por los otros. Los dos devotos se apresuraron a alcanzarlos, pero entonces todos les miraban como diciendo: «Vamos, no lo dudéis más. Tenéis que hacerlo». Rāmeśvara preguntó a Śrīla Prabhupāda si podía tratar la cuestión con los devotos de la imprenta y después informar. «¡Oh, sí! Todo lo que haga falta», contestó Prabhupāda. Rāmeśvara y Rādhāvallabha se quedaron atrás, mientras Śrīla Prabhupāda y los demás seguían por la playa.

Mientras duraban los actos de la mañana en el templo, Rāmeśvara y Rādhāvallabha trataron de concentrarse en el canto de su *japa* y en la clase de Prabhupāda, pero no podían pensar más que en cómo disponer las cosas para publicar 17 tomos en dos meses. Y cuando fueron a ver a los devotos que trabajaban en la imprenta,

ya estaban convencidos de que podría hacerse. Era como si una fuerza mística fuese a descender. De un modo u otro, había que hacerlo. Así que expusieron su plan, y convencieron a los demás devotos.

—Puede hacerse —dijo Rāmeśvara más tarde, hablando con Śrīla Prabhupāda.

—Hmmm —contestó Prabhupāda.

Pero había algunas condiciones, dijo Rāmeśvara. Para no tener dificultades con los textos en bengalí, los correctores tenían que poder consultar con Prabhupāda regularmente. Prabhupāda aceptó inmediatamente, diciendo que estaba dispuesto a quedarse en Los Ángeles el tiempo que fuese necesario, para asegurar que cumplirían con el plazo fijado de dos meses.

Otra condición que puso Rāmeśvara fue que, a pesar de que los pintores trabajarían tan rápido como fuera humanamente posible, quizá las pinturas no iban a ser de la mejor calidad. «Más vale poco que nada», dijo Prabhupāda. Cuando Rāmeśvara dijo que los pintores tendrían que hacer muchas preguntas técnicas, Prabhupāda estuvo de acuerdo en sacar tiempo para contestarles. También aceptó que se incluyesen fotografías de santos lugares de la India relacionados con los pasatiempos de Caitanya, sustituyendo alguna ilustración.

Después de su reunión con Śrīla Prabhupāda, Rāmeśvara y Rādhāvallabha pensaron que tenían una posibilidad. Dejaron el cuarto de Śrīla Prabhupāda, corriendo escaleras abajo. ¡El maratón había empezado!

* * *

Aunque Śrīla Prabhupāda había dicho que se quedaría en Los Ángeles, pronto decidió seguir el plan de viaje que había hecho. Sintiendo obligado a mirar por el bienestar de sus discípulos de todo el país, se fue a hacer un viaje para visitar trece centros de ISKCON de los Estados Unidos y Canadá. Sin embargo, antes de que hubiese transcurrido un mes, había vuelto a Los Angeles para ver si los devotos de su imprenta mantenían su voto de publicar 17 tomos en dos meses.

Śrīla Prabhupāda estaba contento de la sinceridad de sus discípulos. Les había pedido que hiciesen 17 tomos en dos meses, y ellos, en lugar de tratar de explicarle por qué era imposible aquello, habían tomado la orden tan en serio que no podían concebir que pudieran rechazarla, ni cambiarla, ni modificarla. En lugar de modificar la orden, habían modificado su vida. Habían ido más allá del dominio del trabajo rutinario, para entrar en el de un esfuerzo extraordinario. Con el resultado de que tanto ellos como Prabhupāda estaban muy satisfechos. Como dijo Prabhupāda, se habían dispuesto las cosas para complacer a Śrī Caitanya y a los *ācāryas* precedentes.

Śrīla Prabhupāda decidió hacer otro viaje por los Estados Unidos, para visitar Laguna Beach y San Diego, y después, ir a Dallas. Desde allí, iría a Nueva Orleans y a la cercana finca de ISKCON en Misisipí. Después, a Detroit, Toronto, Boston y Nueva York, yendo finalmente a Europa y a la India.

Desde el punto de vista de Prabhupāda, sus viajes eran imprescindibles para difundir la conciencia de Kṛṣṇa. Como ya había dicho en su discurso

de llegada a Berkeley, durante su viaje anterior: «Voy viajando por todo el mundo, dos o tres veces al año. Mi deber es vigilar para que los discípulos que me han aceptado como *guru* no caigan. Ésa es mi ansiedad».

Prabhupāda se preocupaba de sus discípulos, pero también se preocupaba de todo el mundo. Apenado por el estado caído y de ignorancia de la humanidad, sobre todo en Occidente, quería ayudar al mundo de habla inglesa, como le había ordenado su maestro espiritual. Éste había sido su estado de ánimo hacía dos años, en Calcuta, cuando salió de su lecho de enfermo y fue a Londres para tomar parte en el Ratha-yātrā. Éste era su gran deseo, predicar en Occidente, donde la gente estaba tan fuertemente sujeta bajo el poder de filosofías especulativas, negando a Dios y glorificando la complacencia de los sentidos. La gran masa de gente no cambiaría fácilmente sus actitudes ignorantes, pero si él pudiera lograr que una sola persona fuese un devoto puro, había dicho, su esfuerzo habría tenido éxito.

Prabhupāda trabajaba intensamente en sus importantes proyectos de la India durante unos meses, pero después volvía siempre a Occidente para viajar y predicar de nuevo. Eran necesarias las dos cosas, desarrollar sus proyectos de la India, y viajar por Occidente.

* * *

Detroit

2 de agosto de 1975

Alfred Ford, el biznieto de Henri Ford, el magnate del automóvil, se sintió atraído por la conciencia de Kṛṣṇa al conocer en Detroit a algunos discípulos de Prabhupāda, y tras haber leído la *Bhagavad-gītā tal y como es*. Había adoptado los principios de la conciencia de Kṛṣṇa, había comenzado a cantar regularmente 16 rondas, y ahora era discípulo iniciado de Śrīla Prabhupāda, Ambarīṣa. Aquel día, Ambarīṣa estaba en el aeropuerto, al volante de un Lincoln Continental blanco, esperando a Prabhupāda. Al ver que Śrīla Prabhupāda se acercaba, Ambarīṣa se levantó del asiento del conductor y le ofreció reverencias. Abrió la puerta de atrás del coche para Śrīla Prabhupāda, la cerró y volvió a su sitio, exactamente como un simple chófer.

—Nosotros los devotos también tenemos coche —dijo Prabhupāda cuando arrancaban—, pero con él vamos al templo y distribuimos libros. Todo puede emplearse para Kṛṣṇa. Aquí está el hijo de un hombre rico, Alfred

Ford. Le damos un poco de enseñanza espiritual, y está contento.

Otro de los discípulos de Śrīla Prabhupāda de Detroit era Elisabeth Reuther, ahora Lekhāśravantī-devī dāsī, hija del líder del laborismo Walter Reuther. Ambarīṣa dijo a Prabhupāda que los Fords y los Reuthers habían sido enemigos, pero en aquel momento, dos de sus descendientes estaban trabajando juntos y en paz en la conciencia de Kṛṣṇa. Śrīla Prabhupāda estaba satisfecho de la humildad de aquellos dos discípulos, y aunque les daba un trato un poco especial, no daba mucha importancia al hecho de que perteneciesen a familias tan conocidas. Ambarīṣa y Lekhāśravantī se consideraban humildes servidores de los *vaiṣṇavas*.

Camino del templo, el coche de Prabhupāda pasó por delante de un gran edificio moderno en el que estaban desplegadas las banderas de muchos países y en el que había un gran rótulo: «Sede Mundial, Ford.» Uno de los devotos se volvió a Ambarīṣa y le preguntó: «¿Es aquí donde trabajas?».

Prabhupāda, desde el asiento de atrás, dijo: «No, él es el propietario».

Cuando pasaban por delante de un gran proyecto de desarrollo urbano, Prabhupāda preguntó: «¿Qué es esto?».

—Se llama Centro de Renacimiento de Detroit —dijo Ambarīṣa.

—No tendrán nunca un renacimiento —contestó Prabhupāda.

El templo de Detroit estaba situado en una vieja casa de ladrillo, con la sala del templo en el ático, situado en el segundo piso. El contrato estaba próximo a acabar, y Govardhana, el presidente del templo, estaba buscando un nuevo lugar. Mostró a Prabhupāda las fotos de los edificios en los que podrían instalarse, uno de los cuales era una mansión del fallecido millonario de la industria del automóvil, Lawrence Fisher. Sería probablemente demasiado caro, dijo Govardhana, y estaba situado en un barrio poco recomendable.

Pero a Prabhupāda le interesaba. Era un hecho que todo lo que les parecía mal a los devotos, a Prabhupāda le parecía realmente bien, o que, por lo menos podía corregirse fácilmente. En cuanto al elevado nivel de criminalidad en la zona, decía: «Vosotros no tenéis nada que temer. No hagáis más que cantar Hare Kṛṣṇa y distribuir *prasādam*. Invitad a toda la gente del vecindario, ladrones y bribones, a tomar *prasādam* y cantar, y no tendréis robo alguno».

Los devotos señalaron que Detroit era la capital del crimen de los Estados Unidos, y que la zona de pobres tugurios en la que estaba situada la

mansión era conocida por el tráfico de drogas, los robos y los crímenes. Pero Śrīla Prabhupāda repetía que no debían asustarse. «He vivido en el Bowery», decía, y contó que los vagabundos orinaban en su puerta y se tumbaban a la entrada. Pero cuando él iba a entrar a la casa, se levantaban y decían: «Sí, señor. Entre, señor».

—Tomad esa casa —dijo Prabhupāda—, y cantad Hare Kṛṣṇa allí veinticuatro horas al día. Si viene un ladrón, le diremos: "Sí, primero toma *prasādam*, y después llévate todo lo que quieras". ¿Qué tenemos?

Śrīla Prabhupāda fue a ver la mansión con Govardhana, Ambarīṣa y varios miembros del GBC. Les recibió el propietario y una dama que se presentó como agente de la inmobiliaria.

Mientras el propietario les llevaba a dar una vuelta, a Prabhupāda le iba gustando la finca aún más. El edificio, que era magnífico, estaba situado en un terreno de una hectárea y media rodeado de un alto muro de piedra. Había jardines y paseos, entonces en mal estado, y también fuentes y una piscina. Algunos de los devotos pensaban que el sitio era chillón, con su extravagante decoración de los años 20, pero Śrīla Prabhupāda vio allí un gran potencial.

En cuanto entró al vestíbulo y vio las adornadas baldosas italianas y los arcos de mármol, comenzó a sonreír. El grupo entró en la antesala, con su alto techo cubierto con hojas esculpidas, rosetones y flores de escayola de estilo clásico pintadas a mano. Después entraron en el salón de baile, con el suelo de mármol y el techo abovedado y pintado como el cielo azul de las primeras horas de la noche, con nubes y estrellas. La iluminación especial hacía el efecto de la luz natural de las estrellas. A un extremo de la sala, tres arcos de mármol eran exactamente como el diseño que había dado Prabhupāda para el altar de las Deidades en sus templos. Allí podían instalarse tres altares, y el salón de baile se podía convertir en templo con muy pocas modificaciones. Prabhupāda no hizo comentarios con el propietario sobre lo apropiado de la sala de baile, pero para los devotos era evidente.

La visita continuó hacia el depósito de barcos, un garage acuático cubierto, capaz de albergar varios yates. Este depósito daba a un canal que vertía en el cercano río Detroit. Prabhupāda dijo que los devotos podían tener un barco para su predicación.

A medida que Prabhupāda y su comitiva iban de un cuarto espléndido a otro, vieron muchas columnas talladas, suelos decorados a mano, azulejos

de Italia y Grecia, y el techo adornado con figuras sobredoradas. Candelabros excepcionales de cristal antiguo adornaban muchas de las habitaciones. Había cuartos de estar, bibliotecas, un comedor, un cuarto de billar, un cuarto de música, dos dormitorios principales, otros dormitorios... todos extravagancias. «Cada cuarto vale el precio total», decía Prabhupāda a los devotos reservadamente.

El propietario hablaba de influencias maya, morisca, española, griega e italiana, y señaló que las dos columnas salomónicas del comedor, esculpidas a mano, se habían rescatado de un antiguo palacio europeo. Dondequiera que Śrīla Prabhupāda mirase, veía opulencia: una fuente interior de mármol, una pared de azulejos irisados, cornisas pintadas a mano. Hasta los grandes cuartos de baño eran extraordinarios, con vistosos azulejos importados y detalles chapados en oro.

Una vez terminada la visita de introducción, Prabhupāda, sus acompañantes, el propietario, y la agente inmobiliaria, se sentaron en torno a una mesa protegida por una sombrilla, junto a la piscina. Śrīla Prabhupāda ya había dicho a sus discípulos que el propietario debería donar el edificio a las actividades misioneras de ISKCON, y había dicho a Brahmānanda que hiciese la solicitud. Como el propietario no decía nada sobre el precio, Prabhupāda intervino:

—Somos mendigos —comenzó. Hablaba serio, pero con un aire de humor. Ambarīṣa y Upendra se taparon la cara de vergüenza—. No tenemos dinero —prosiguió Prabhupāda directamente—. Por tanto le pedimos que, por favor, nos dé este edificio.

El propietario miró incrédulo a su agente inmobiliaria y rió nerviosamente. «Eso es implanteable —dijo—. No puedo hacer eso.»

La señora agente también estaba estupefacta y disgustada. «No puede hacer eso», murmuró.

—No se lo puedo dar —explicó el propietario—, porque he tenido pérdidas manteniendo esta finca. Así que tengo que recuperar mi dinero. Esta propiedad representa una gran parte de mis ingresos.

—Entonces, ¿cuánto quiere? —preguntó Prabhupāda.

—Por lo menos, 350.000 dólares.

Ninguno de los devotos se atrevió a decir nada. Prabhupāda se quedó pensando un momento y después dijo: «Le daremos 300.000 dólares en mano».

—Tengo que pensarlo —contestó el propietario.

La señora agente se puso de pie, diciendo que una transacción así no acostumbraba a hacerse directamente con el propietario. Pero Prabhupāda la ignoró, y se puso a hablar con el propietario de lo atractiva que era la mansión. Después se levantó, y dio un corto paseo por el jardín con sus hombres.

Govardhana preguntó a Prabhupāda si le había gustado la casa, y Prabhupāda dijo: «Sí, ¿a quién no le gustaría una casa semejante?».

—A Ambarīṣa no le gusta —dijo Govardhana.

—¿Oh?

Ambarīṣa dijo que aquella casa le parecía *māyā*.

—Sí —dijo Prabhupāda—, pero *māyā* es también Kṛṣṇa. Podemos emplear todo al servicio de Kṛṣṇa.

Al dejar el sendero del jardín y volver a sus coches, Prabhupāda preguntó a Ambarīṣa: «Bien, ¿es posible esto?».

—Sí, Prabhupāda, es posible.

En cuanto volvieron al templo, Ambarīṣa y Lekhāśravantī deliberaron. Ella tenía una herencia limitada, pero podía dar hasta 125.000 dólares. Ambarīṣa tenía que completar el resto.

Al día siguiente, el propietario fue a ver a Śrīla Prabhupāda. Le acompañaban dos mujeres, y los tres parecían estar algo intoxicados. Había ido a decir que aceptaba la oferta. Prabhupāda sonrió, y confirmó su intención de comprar.

Después, Śrīla Prabhupāda mostró abiertamente su satisfacción por la compra. «Mirad —dijo—, yo no tenía ni un céntimo, y sin embargo, ofrecí 300.000 dólares al contado. Y ahora Kṛṣṇa nos ha procurado el dinero.»

Prabhupāda ya había dicho al propietario: «Yo soy un *sannyāsī*. Yo no tengo dinero». Y después de reunir 300.000 dólares de sus discípulos, seguía sin tener dinero. A los pocos días se marchó a Toronto, sin llevarse nada para sí. Todo pertenecía a Kṛṣṇa y debía emplearse en el servicio de Kṛṣṇa.

* * *

En Toronto, se interrumpió el viaje norteamericano de Śrīla Prabhupāda. Un telegrama de Tejas desde Nueva Delhi le anunciaba que si quería tener una entrevista con Indira Gandhi, debía ir inmediatamente. El telegrama no

daba detalles, y su secretario no pudo hablar con el templo de Delhi por teléfono. Pero Prabhupāda no necesitaba oír nada más. Cuando se presentaba una oportunidad propicia, decía, un devoto debía ponerse en acción al momento.

Harikeśa planeó el viaje de manera que pudiesen detenerse en Montreal a pasar la noche. Desde Montreal, irían a París, donde Prabhupāda podría descansar antes de ir a Delhi. Cuando se extendió la noticia de la marcha inminente de Prabhupāda, varios devotos de Toronto trataron de verle para que les diese las últimas instrucciones sobre los proyectos que tenían. Rāmeśvara también telefoneó desde Los Angeles, apremiando a Harikeśa para que presentase a Prabhupāda una lista de las últimas preguntas de la redacción, referentes al Quinto Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Las preguntas, referentes a la explicación del *Bhāgavatam* acerca de la estructura del Universo, se vieron rechazadas por Prabhupāda, que las encontró poco inteligentes. Dio orden al BBT de que imprimiese los libros tal como estaban.

No era solamente la perspectiva de ver a la primer ministro Gandhi lo que determinaba la vuelta de Prabhupāda a la India, sino también sus proyectos inacabados, sobre todo el de Hare Krishna Land, de Bombay. Brahmānanda Swami dijo que, según él, Prabhupāda había estado esperando la ocasión de terminar su viaje por Occidente, para dirigir personalmente los proyectos de la India. Prabhupāda acababa de dictar una carta para Surabhī en Vṛndāvana, manifestándole su decepción de que no se pudiesen hacer las cosas sin él.

No hacéis más que escribirme. Sin mi presencia personal no podéis hacer nada. Solamente escribir. De todas maneras, ten cuidado de que no haya transacciones engañosas en esta operación (compra de terreno). Hay mucho riesgo, así que ten cuidado. Por favor, envíame informes regulares de la construcción de Bombay. Estoy muy preocupado, y quisiera recibir regularmente tus informes.

Nueva Delhi

22 de agosto de 1975

A las nueve y cuarto de la mañana, Śrīla Prabhupāda y varios de sus principales discípulos llegaban a casa de la primer ministro, donde se enfrentaron a un formidable control de seguridad. Dos días antes habían

asesinado al primer ministro de Bangladesh, y se rumoreaba que la Sra. Gandhi sería la siguiente. Por tanto, su residencia estaba rodeada de soldados armados. Los guardias de la entrada exterior decidieron que los extranjeros no podían entrar; sólo pudo pasar Śrīla Prabhupāda. Mientras un centinela abría la entrada, otro metía a Śrīla Prabhupāda en un coche, que le llevó a la puerta principal de la residencia de la primer ministro. Mientras tanto, los devotos esperaban ansiosos ante la puerta exterior. Siempre acompañaban a Prabhupāda algunos discípulos, dondequiera que fuese; en aquel momento estaban inquietos, casi como padres cegados de cariño por su hijo, y temían que pudiera necesitar su ayuda.

Con letra pequeña y apretada, Śrīla Prabhupāda había escrito en un pequeño cuaderno de notas una lista de extremos que quería exponer a la Sra. Gandhi:

1. Conceder inmigración a 500 extranjeros.
2. Todos los Miembros del Parlamento brahmanas iniciados.
3. Sanjaya el Rey.
4. Cerrar mataderos.
5. Canto.
6. Los que comen carne, en casa. No comer carne en público.
7. Prostitución punible.
8. Ningún grupo religioso, salvo Bhagavad Gita tal y como es.
9. Todos los funcionarios del gobierno deben asistir al kirtan, a menos dos veces al día.
10. Apoyar la conciencia de Krisna por todo el mundo.

Lo más urgente era el primer punto de la lista: la Sra. Gandhi debía conceder visados permanentes a los discípulos occidentales de Prabhupāda que estaban en la India. Sólo unas semanas antes, algunos de los devotos extranjeros de Māyāpur habían sido advertidos de que dejaran el país. Prabhupāda había estado pidiendo, durante años, visados permanentes, siempre que encontraba gobernadores, miembros del Parlamento u otros hombres influyentes. Constantemente les decían a los devotos que dejaran el país para renovar el visado de seis meses. Los gastos que exigían los viajes y la interrupción del servicio de los devotos eran un serio obstáculo para el trabajo de ISKCON en la India; por tanto, Prabhupāda quería que

Indira Gandhi autorizase la estancia permanente en la India a quinientos discípulos extranjeros.

Los otros puntos de la lista de Prabhupāda eran directrices de las Escrituras para que el primer ministro pudiese hacer su liderazgo consciente de Kṛṣṇa, según los grandes *rājarṣis* de la era védica. Eran los mismos principios del liderazgo consciente de Kṛṣṇa que él predicaba por donde iba, y tenía la profunda convicción de que si los líderes del mundo los aplicasen, comenzaría una era de paz, prosperidad y felicidad. Indira Gandhi tenía tendencia hacia el control autoritario, así que ella debía ejercerlo en los términos de las directrices védicas. Así su mandato sería más efectivo y beneficioso.

Un funcionario del gobierno abrió la puerta del coche de Śrīla Prabhupāda, le acompañó al interior y le llevó ante el primer ministro. Al entrar Prabhupāda en la habitación, la Sra. Gandhi se levantó. Aunque ella le saludó cordialmente y le ofreció un asiento, él pudo detectar inmediatamente que estaba pensando en otra cosa, que temía por su vida. Ella lo admitió abiertamente y añadió que, por tanto, aquél no era un buen momento para entrevistarse. Prabhupāda pensó que ella hubiese preferido no llevar a cabo la entrevista, pero la concedía solamente porque lo había prometido. El que hubiese accedido a verle, pensaba él, era una indicación de que sentía alguna atracción por la vida espiritual, pero comprendió que, al menos en aquella visita, no podía presentarle el extenso asesoramiento que había pensado.

La Sra. Gandhi felicitó a Śrīla Prabhupāda por el trabajo que estaba haciendo por todo el mundo. «Son buenos chicos», contestó él, y preguntó si ella podría hacer algo por concederles visados permanentes. Ella estaba de acuerdo, pero volvió a mencionar su ansiedad presente. Pronto terminaron su charla, y Śrīla Prabhupāda salió.

Pocos días más tarde, cuando aún estaba en Nueva Delhi, Śrīla Prabhupāda recibió una carta de Rāmeśvara. El BBT de Los Ángeles estaba cumpliendo milagrosamente la orden de Śrīla Prabhupāda de publicar 17 tomos en dos meses. Los componedores, editores, dibujantes y obreros habían terminado con éxtasis su maratón, ¡a tiempo! Cuando los primeros libros volvieron de la imprenta y hubieron sido ofrecidos sobre el altar de Rukmiṇī-Dvāarakādhīśa, los devotos habían llorado de dicha trascendental, cantando una y otra vez los *mantras* a Śrīla Prabhupāda. Sentían la fuerza

de la orden de su maestro espiritual, y se veían como instrumentos, al conseguir lo que les había parecido una petición imposible.

Hoy, nuestro componedor ha terminado los últimos tomos del Caitanya-caritamṛta. El miércoles de la semana que viene, 20 de agosto, todos los tomos estarán en la imprenta. Precisamente ahora están comenzando a componer el Quinto Canto, y todo el Canto estará definitivamente en la imprenta el día de Vyasa-puja.

Tras prometer la entrega de los libros en octubre, a más tardar, firmaban la carta unos sesenta devotos: «Tus indignos servidores de la imprenta de ISKCON». En cuyo nombre, Rāmeśvara afirmaba:

Hemos perdido todo deseo de hacer cualquier cosa que no sea editar y distribuir sus libros trascendentales, por millones, en todas las ciudades y aldeas.

Al día siguiente, Prabhupāda contestaba desde Delhi:

Referente a vuestro deseo de tener los doce Cantos, estad seguros de que los tendréis. Krisna dará satisfacción a vuestro deseo tan ardiente.

El 21 de agosto, día del advenimiento de Śrī Balarāma, Rāmeśvara envió a Śrīla Prabhupāda un telegrama:

POR LA MISERICORDIA DE SRI BALARAMA, NITYANANDA, EL ÚLTIMO TOMO DE CAITANYA-CARITAMṚTA VA HOY A LA IMPRENTA. SE HA HECHO POR SU MISERICORDIA Y ORDEN DIVINA.

Aunque Śrīla Prabhupāda se había ido a Vṛndāvana, los devotos pudieron enviarle ejemplares anticipados de los 17 tomos por su ochenta cumpleaños, el 31 de agosto. Nada más terminar la ceremonia del templo, un devoto llegó a Vṛndāvana con los últimos seis tomos del *Caitanya-caritāmṛta*.

Śrīla Prabhupāda examinó los libros con gran satisfacción. Le gustaron las ilustraciones, y pronto estuvo absorto en la lectura de los pasatiempos de Śrī Caitanya. Se sintió tan inspirado, que confió a los devotos que estaba pensando en interrumpir todos los viajes, y no hacer nada más que estar en Vṛndāvana y traducir. Los devotos de la imprenta de ISKCON habían respondido con tanta sinceridad, que ello aumentaba el deseo de Śrīla

Prabhupāda de corresponderles. Escribió a «Mi querido Rāmeśvara y compañía»:

Vosotros habéis tomado en serio la publicación y la distribución de estos libros, y éste es el éxito de nuestra misión. Habéis tomado en serio este trabajo, y yo sé que mi Guru Maharaja está contento con vosotros, porque él deseaba todo esto. Así que por este esfuerzo, todos vosotros volveréis al hogar, volveréis a Dios.

En muy pocos años, Śrīla Prabhupāda había visto evolucionar las instalaciones de la editora de ISKCON, de una imprenta manual A.B. Dick en su primer templo, en un local de Nueva York, al sofisticado funcionamiento del BBT de Los Ángeles, equipado con el más moderno computador de composición, provisto de un equipo de directores, editores, correctores, artistas, fotógrafos, diseñadores, encargados de composición, y técnicos de fotografía, todos ellos muy trabajadores y entregados. Mientras en la India, antes de ir a Occidente, Śrīla Prabhupāda había luchado solo durante meses para organizar la edición de un solo tomo de sus traducciones del *Śrīmad-Bhāgavatam*, ahora había visto a sus fieles discípulos publicar sus manuscritos tan deprisa como él podía escribirlos. Además, al mismo tiempo se estaban traduciendo en diversas lenguas, por todo el mundo.

Vṛndāvana

13 de septiembre de 1975

Por Rādhāṣṭamī, Śrīla Prabhupāda colocó la primera piedra de un gran edificio para el *gurukula*, adyacente al Krishna-Balaram Mandir. Decía que cuando estuviese construido, los devotos podrían acomodar allí a quinientos estudiantes de todo el mundo. Por medio del magnífico templo, del hotel y pronto, del *gurukula*, Śrīla Prabhupāda pensaba llevar tanta gente como fuese posible a la protección de Kṛṣṇa, a Vṛndāvana. A este fin, estaba dispuesto a sacrificarlo todo, hasta su tranquila actividad literaria. Y a este fin, también pedía a sus discípulos que se sacrificasen.

Cada vez se está poniendo más molesto viajar constantemente, decía Śrīla Prabhupāda, ... otra razón para que volviese a la India. Pero de ninguna manera se detenía; si no viajaba, su movimiento no se mantenía con vida ni

saludable. De manera que estaba dispuesto a seguir viajando, a pesar de las molestias. Los discípulos no dejaban nunca de invitarle a viajar, y hacía poco que Puṣṭa Kṛṣṇa Swami le había pedido que fuese a Sudáfrica. Una vez Prabhupāda hubo aceptado, Puṣṭa Kṛṣṇa organizó rápidamente diez festivales y otros compromisos en Durban y Johannesburgo por un período de tres semanas, en octubre.

Los devotos de la Isla Mauricio, de predominio hindú, también pidieron a Prabhupāda que los visitase, diciendo que el primer ministro quería verle. Prabhupāda aceptó. Salió de Vṛndāvana y, haciendo cortas escalas en Delhi, Ahmedabad, y Bombay, se fue a África.

Mauricio

24 de octubre

Prabhupāda había ido a Mauricio para entrevistarse con el primer ministro. Como gesto de amistad, el primer ministro había puesto un coche con conductor al servicio de Śrīla Prabhupāda durante su estancia en la isla. Un día en que Prabhupāda salía a dar una vuelta por el campo, cuando iba a subir al coche por el lado derecho, Puṣṭa Kṛṣṇa Swami dijo: «Śrīla Prabhupāda, vaya por el otro lado, es más seguro». Prabhupāda hizo como le decían. Durante media hora vieron paisajes hermosos, pasaron al lado de campos de caña de azúcar, de montañas, y cerca del océano. En un lugar, se detuvieron y pasearon a pie por un acantilado sobre el mar. Al volver al coche, Brahmānanda Swami abrió la puerta de la derecha, y Prabhupāda dijo: «No, el otro lado es más seguro», como había dicho Puṣṭa Kṛṣṇa.

Minutos más tarde, cuando el Citroen de Prabhupāda tomaba una curva, apareció de pronto un Volkswagen yendo hacia ellos de frente. Prabhupāda iba sentado detrás de Puṣṭa Kṛṣṇa, y Brahmānanda detrás del conductor. Un momento antes de que apareciese el Volkswagen, Śrīla Prabhupāda se había sentado con las piernas cruzadas, y había fijado su bastón en el suelo para apoyarse.

Al precipitarse sobre ellos el Volkswagen, el conductor frenó, desviándose hacia la izquierda, pero el Volkswagen se desvió en la misma dirección. Hubo un choque frontal. Puṣṭa Kṛṣṇa dio con la cabeza en el parabrisas, rompiendo el cristal. El conductor también dio con la cabeza en el cristal, llenándose la cara de sangre.

En el asiento de atrás, Śrīla Prabhupāda permanecía sentado, con el rostro grave. Brahmānanda, conmocionado, abrazó de pronto a Prabhupāda,

como para protegerle, aunque el peligro había pasado.

Entonces Brahmānanda saltó del coche, para intentar detener a algún conductor, y Puṣṭa Kṛṣṇa salió y abrió la puerta de atrás, donde encontró a Śrīla Prabhupāda con el rostro magullado, una pierna sangrando, y trozos de cristal esparcidos a sus pies. Prabhupāda no habló ni dijo cómo estaba. De pronto Puṣṭa Kṛṣṇa se dio cuenta de que el coche, accidentado en medio de la curva, estaba colocado peligrosamente, de manera que se unió a Brahmānanda para advertir a los conductores y tratar de que alguno se detuviese.

El Citroen y el Volkswagen estaban totalmente destrozados, y el hombre y la mujer de este último coche estaban heridos. Pronto se detuvieron algunos conductores, y cuando estuvieron atendidos los heridos, Prabhupāda y los devotos entraron en un coche que les llevó al templo.

Harikeśa estaba esperando con ansiedad, preguntándose por qué Prabhupāda tardaba tanto en volver, cuando, de repente, entró Prabhupāda, andando muy rígidamente, sin decir nada. Cuando Harikeśa vio que los tres estaban heridos, gritó: «¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?». Pero Śrīla Prabhupāda se dirigió a sus habitaciones y se sentó sin decir nada. Un devoto llevó unos vendajes para las heridas: en el mentón de Prabhupāda, su mano y su pierna, y en las cabezas de Puṣṭa Kṛṣṇa y Brahmānanda.

Śrīla Prabhupāda no había dicho nada desde el accidente. Finalmente dijo: «*Asann api kleśa-da āsa dehaḥ*. —Y tradujo—: En cuanto aceptas el cuerpo material, hay muchas dificultades. Estábamos tranquilamente en el coche, y al momento, ¡zas!». Dijo unas palabras sobre el choque, y Brahmānanda Swami contó que un momento antes del accidente, Prabhupāda se había apoyado en el bastón, evitando, quizás, heridas más graves.

—Toma un poco de resina y de cúrcuma —dijo Prabhupāda—. Mézclalo con un poco de lejía, y caliéntalo. —Prabhupāda volvía a hablar otra vez: la filosofía *Bhāgavata* y remedios médicos prácticos. Fue un acontecimiento espantoso, y Prabhupāda pidió a los devotos que hicieran un *kīrtana*. Kṛṣṇa los había salvado, decía. Teniendo en cuenta que los dos coches habían quedado deshechos, las heridas no tenían importancia.

Prabhupāda se sentó como el héroe de una batalla, se aplicó la cataplasma amarilla en tres sitios, mientras Harikeśa leía en voz alta «Haridāsa Ṭhākura deja este mundo», del *Caitanya-caritāmṛta*.

Entonces Śrīla Prabhupāda comenzó a hablar de los peligros de viajar,

preguntándose si eran aconsejables sus dilatados viajes. Su misión de traducir el *Śrīmad-Bhāgavatam* y otras obras *vaiṣṇavas* era demasiado importante para él como para arriesgar su vida yendo en automóvil. Había estado pensando en ir a Nairobi antes de volver a Bombay, pero en aquel momento dijo que suspendía la visita. Decía que nunca había querido salir de Bombay, pero como tenía tantos compromisos en África, allí había ido. Puede que el accidente fuese un signo de que debía volver a la India.

A la mañana siguiente, con Brahmānanda Swami y Puṣṭa Kṛṣṇa Swami cojeando, Prabhupāda fue a dar su paseo diario, aunque protegiendo su rodilla lastimada. De nuevo habló con sus discípulos de si iría a Nairobi o volvería a la India. Cyavana, el presidente del centro de ISKCON de Nairobi, decía que Prabhupāda debía ir allí. Los devotos le estaban esperando, decía, y habían hecho sus preparativos. Si Prabhupāda suspendía la visita, probablemente no volvería en mucho tiempo. Otros, sin embargo, decían que ni hablar de que Prabhupāda siguiera viajando, después de su traumático accidente; debía ir a Bombay directamente.

Prabhupāda escuchó las dos opiniones, pero le afectaba más la idea de decepcionar a los devotos de Nairobi que la de recuperarse después del accidente. Y decidió ir a Nairobi.

Pero después de unos días en Nairobi, Prabhupāda estaba ansioso de volver a la India. Estaba recibiendo informes sobre una mala administración en Bombay y sobre un robo de materiales de construcción en la finca, mediante una conspiración en la que estaban complicados los obreros, el jefe de almacén y los *caukīdārs*. Cuando Śrīla Prabhupāda lo supo, se puso tan taciturno que dejó de traducir. Hasta dejó de comer. Aunque estaba a miles de kilómetros de Bombay, sentía el dolor más que cualquiera de los devotos que estaban allí. De hecho, muchos de ellos ni siquiera sabían que les estaban robando. Cuando Brahmānanda Swami preguntó a Prabhupāda por qué no comía, contestó: «¿Cómo voy a comer cuando me están robando el dinero?».

Bombay

1 de noviembre

El avión de Śrīla Prabhupāda, que venía de Nairobi, llegó a Bombay a la una de la mañana, pero a pesar de lo temprano de la hora, le recibió en el templo un grupo de miembros vitalicios amigos, discípulos, y hasta alguno de los arrendatarios de la propiedad. Mientras el grupo le iba siguiendo

hacia su cuarto, reveló que había tenido un grave accidente, y hasta les enseñó la cicatriz de la rodilla. Dijo que se alegraba de haber vuelto. Desde Bombay, escribía en una carta:

El accidente fue desastroso, pero de todas maneras, Kṛṣṇa nos salvó... Quizá tenga que estar aquí por algún tiempo, para terminar la construcción de nuestro templo en este lugar.

Śrīla Prabhupāda se puso a la obra inmediatamente. Despidió al ingeniero, al que hizo responsable del trabajo lento y malo y del robo de los materiales de construcción. Al principio, Prabhupāda había intentado no contratar a ninguna compañía constructora y poner a Surabhī de supervisor de todo el proyecto, asignando el trabajo a varios subcontratistas. Pero aquello no daba resultado.

Śrīla Prabhupāda quería cambiar, pero no tenía ninguna alternativa clara. «Hemos venido a la conciencia de Kṛṣṇa para tener una vida eternamente dichosa —dijo a Surabhī—. Pero en lugar de dicha eterna, estoy sufriendo de eterna ansiedad.» Rogó a Surabhī, Girirāja y a los demás que hiciesen algo.

Un día, un miembro vitalicio, ingeniero de la construcción, visitó el lugar y dijo a Prabhupāda que el templo y el hotel podrían terminarse fácilmente en seis meses. Entonces Prabhupāda reprendió a Surabhī, que había dicho que en seis meses no daba tiempo. «Ahora estoy en el aire —pensó Surabhī—. Voy a perder mi servicio.»

Después, otro miembro vitalicio, el Sr. Omkar Prakash Dir, el ingeniero jefe de la ECC, una de las mayores compañías constructoras y de más prestigio de la India, fue a la fiesta del domingo y examinó los trabajos. Asombrado de la mala calidad, dijo que en dos o tres años aquello se vendría abajo.

Girirāja, impresionado con la idea de contratar a la empresa constructora más grande y competente de Bombay, habló con Prabhupāda, que también se interesó. Al principio, Surabhī estaba molesto de que le estuviesen quitando el trabajo de las manos, pero después de hablar con el Sr. Dir, encontró que el cambio le gustaba.

Se hizo el contrato con la ECC, y el Sr. Dir presentó un gráfico del curso del trabajo, que detallaba cada fase de la obra y mostraba cuando estaría completo. A Śrīla Prabhupāda le complacía su método profesional, a pesar de lo elevado del costo. Ahora el trabajo se haría de la manera más profesional y más rápida posible, y aquello era lo más importante.

Prabhupāda pasó allí la mayor parte de noviembre, y la construcción se iba haciendo rápidamente. No había ni que pensar en hacer recortes para ahorrar un poco de dinero, explicaba Prabhupāda a Surabhī. El templo tenía que ser una hermosa joya, para que la gente de toda la India quisiera ir y estar allí. Durante la construcción de Vṛndāvana, Prabhupāda insistía: «¿Por qué tanto? ¿Por qué no algo sencillo?». Pero ahora recalcaba: «¿Por qué no algo más?». El templo debía ser opulento y ornamentado, con mármol por todas partes. El hotel debía ser el mejor, con cuartos muy bien amueblados y un restaurante de categoría. Y el edificio del teatro, con aire acondicionado, sería uno de los mejores de Bombay.

—¿Por qué no suelos de mármol? —preguntaba Prabhupāda, hablando de los cuartos del hotel.

—Va a ser muy costoso —decía Surabhī.

—No te preocupes por el dinero —decía Prabhupāda—. ¿Podemos poner suelos de mármol? Entonces, ponlos. —Surabhī los puso, pero trató de ahorrar dinero poniendo una piedra más barata en los pasillos. Cuando Prabhupāda lo vio, se disgustó. Tenía que haber sido todo de mármol, decía.

Los fondos para la construcción de Bombay provenían principalmente de la distribución de libros en América, y Śrīla Prabhupāda recibía informes sobre ello regularmente. El 18 de noviembre, Rāmeśvara envió un telegrama con algunas buenas noticias:

*ACABAMOS DE IMPRIMIR UN MILLÓN DE EJEMPLARES DEL
BTG. LOS DEVOTOS LOCOS. PROMESA DISTRIBUIR TODOS EN
UN MES. GITA ESPAÑOLA ACABA DE SALIR PRENSA LLEVA
CIENTOS DE MILLONES A SUS PIES DE LOTO. TODO POSIBLE
SOLAMENTE POR SU MISERICORDIA.*

Cuando el presidente del templo de ISKCON de Denver escribió sobre la posibilidad de comenzar un negocio de joyería, Śrīla Prabhupāda contestó en sentido negativo:

*¿Por qué están haciendo negocios? Esto crea una mala atmósfera.
Nosotros sólo haremos un negocio, que es el de distribuir libros.
Nada más. En cuanto os hagáis karmis al poner interés en los*

negocios, la vida espiritual se verá afectada. Estos negocios no deben apoyarse nunca más. Hacer negocios y no sankirtana no es recomendable en modo alguno. El sankirtana es muy bueno, y los grihasthas no pueden tener otros negocios de ninguna manera, si no entregan el 50 por ciento. Pero el mejor negocio es el sankirtana.

Prabhupāda preveía que la distribución de libros podría no sólo FINANCIAR la construcción de Bombay, sino también apoyar sus planes, aún más ambiciosos, sobre Māyāpur. Él aprobó un plan por el cual los diversos BBT contribuyesen con un mínimo del diez por ciento de sus ingresos anuales para la realización de los proyectos internacionales de ISKCON en la India, sobre todo para la proyectada ciudad de Māyāpur, con su encumbrado Templo del Entendimiento. Esta cooperación entre los BBT de diferentes países ayudaría a mantener unificado el creciente movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. La distribución de libros era un buen negocio, y era la mejor predicación. Era la fórmula de Prabhupāda, el dinero americano combinado con la cultura espiritual india, y animaba a Rāmeśvara a que motivara el *sankīrtana* de los Estados Unidos de acuerdo con este principio.

América tiene el dinero, así que esto es la colaboración entre el ciego y el lisiado. Establecerá buenas relaciones entre la India y América. La próxima ocasión que tenga para entrevistarme con Indira Gandhi, le informaré de la cantidad de divisas que estamos mandando. Después de recibir tu alentadora promesa de que a medida que aumente la distribución de libros, la cantidad que envíe el BBT aumentará también, ahora intentaremos realizar un proyecto en Kurukshetra y concluir el de Jagannath Puri. De momento, estamos gastando en la India, pero con el tiempo, gastaremos en todas partes. Esto reforzará en gran manera la situación espiritual de América.

Depende siempre del Guru y de Krisna, y tus progresos estarán siempre asegurados.

Desde el maratón de la imprenta del BBT en verano de 1975, esta imprenta se había mantenido publicando tan pronto como llegaban los escritos de Śrīla Prabhupāda. Se estableció una competencia afectuosa y trascendental

entre Prabhupāda, su imprenta y los distribuidores de libros. En noviembre de 1975, Prabhupāda escribió a uno de los principales distribuidores de libros:

El BBT dice que está publicando a la misma velocidad que yo traduzco, y que vosotros distribuís al ritmo con que ellos publican. Cosa que está muy bien. Pero, sin embargo, yo voy adelantado con mi trabajo de traducción. Ahora ellos me deben el Canto Sexto del Srimad-Bhagavatam. Yo ya estoy trabajando en el Canto Séptimo.

Sin embargo, en los últimos meses, la producción literaria de Śrīla Prabhupāda había disminuido, debido principalmente a que también participaba en las actividades de dirección.

En realidad, la palabra *traducir* es incompleta para describir la obra de Śrīla Prabhupāda. La traducción se refiere solamente a los versos y a los sinónimos, pero las meditaciones más profundas de Prabhupāda, a las que se refería como sus «éxtasis personales», son los significados de Bhaktivedanta. Escribir estos significados, lo mismo que traducir los versos, lo hacía mejor cuando podía pensar en ello durante todo el día, no solamente cuando abría su dictáfono a la una de la mañana. Estaba traduciendo el conocimiento védico, sumamente serio y complejo, al contexto moderno, haciéndolo así comprensible a los lectores occidentales. Y era una gran tarea agotadora.

Para hablar lo mejor posible a la gente del mundo por medio de sus escritos sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*, Śrīla Prabhupāda requería una situación propicia. Después del festival de Māyāpur, planeó, por lo tanto, un itinerario que le llevaría en el espacio de un mes a Hawai, donde esperaba encontrar una atmósfera apropiada para su trabajo literario.

Hawai

3 de mayo de 1976

Tras unas breves visitas a varias ciudades indias, y escalas en Melbourne, Auckland y Fidji, Śrīla Prabhupāda llegó a Hawai, según lo previsto. Inmediatamente, comenzó a intensificar su trabajo literario.

Había estado en Honolulu casi una semana, cuando una mañana, paseando por Waikiki Beach, anunció que esperaba terminar aquella noche el último significado del Canto Séptimo. Cuando Hari-śauri manifestó su satisfacción al oír esto, Prabhupāda respondió: «Oh, puedo terminar enseguida, pero

tengo que ponerlo a vuestro alcance. Hay que pensarlo mucho, con mucho cuidado, para presentarlo al alcance del hombre corriente».

Inmediatamente Prabhupāda se dedicó al Canto Octavo, comenzando por una oración: «Ante todo, presentaré mis humildes y respetuosas reverencias a los pies de loto de mi maestro espiritual, Su Divina Gracia Śrī Śrīmad Bhaktisiddhānta Sarasvatī Goswami Prabhupāda». Prabhupāda explicó que su maestro espiritual le había ordenado en Rādhā-kuṇḍa, en 1935, que insistiese más en la publicación de libros que en construir templos. Él había seguido esta enseñanza, comenzando con su revista inicial, *Back To Godhead*, en 1944, y en 1958 había comenzado el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Tan pronto como hubo publicado tres tomos del *Śrīmad-Bhāgavatam* en la India, se fue a los Estados Unidos, en agosto de 1965.

Prabhupāda dijo que estaba poniendo el *Bhāgavatam* al alcance del hombre corriente. Esto no quería decir que sus escritos careciesen de sustancia; eran sustancia pura. Pero en el espíritu esencial del mismo *Bhāgavatam*, Prabhupāda iba omitiendo todo lo externo o que desviase la atención, seleccionando de los comentarios de *ācāryas* precedentes todo lo que pudiera incitar a sus lectores hacia el servicio devocional puro.

De manera aplastante, los eruditos universitarios que leyeron seriamente los libros de Prabhupāda estimaron la fidelidad de su exposición, acorde al *paramparā*. De todo el mundo llegaron reseñas:

«...Para aquellos que no tienen acceso a la lengua sánscrita, estos libros transmiten, de una manera soberbia, el mensaje del Bhāgavatam.» Dr. Alaka Hejib, Departamento de Sánscrito y de Estudios Indios, Universidad de Harvard.

«...Es un trabajo profundamente sentido, sólidamente concebido y bellamente expuesto. No sé si alabar más esta traducción de la Bhagavad-gītā, su osado método de explicación, o la ilimitada fertilidad de las ideas de esta obra. No he visto nunca ninguna otra obra sobre la Gītā con voz y estilo tan importantes... Ocupará un lugar importante en la vida intelectual y ética del hombre moderno, por un largo futuro.» Dr. Shaligram Shukla, Profesor de Lingüística, Universidad de Georgetown.

«...Por primera vez tenemos una edición fácilmente accesible de este

gran clásico religioso, que dará la oportunidad tanto a los eruditos de la literatura india como a los seguidores de la tradición de la conciencia de Kṛṣṇa, de comparar el texto original con una traducción inglesa moderna y de ponerse al corriente del significado espiritual más profundo de esta obra, por el docto comentario de Śrī Bhaktivedanta.

«...Todo el que lea detenidamente el comentario sentirá que aquí, lo mismo que en sus otras obras, Śrī Bhaktivedanta ha combinado una saludable mixtura con la devoción ferviente y la sensibilidad estética de un devoto, y el rigor intelectual de un erudito literario. En ningún momento permite el autor que el deliberado sentido del texto esté eclipsado por el intento de apoyar ninguna persuasión doctrinal particular.

«...Estos volúmenes exquisitamente realizados serán una bien recibida adición en las bibliotecas de todos aquellos que se han entregado al estudio de la espiritualidad india y de la literatura religiosa, ya esté provocado su interés por las razones del erudito, del devoto o del lector en general.» Dr. J. Bruce Long, Departamento de Estudios Asiáticos, Universidad de Cornell.

«Esta edición inglesa, traducida por A.C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda, es soberbia. Contiene los versos originales sánscritos y bengalíes con sus transcripciones inglesas, sinónimos, traducciones, y elaboradas explicaciones, que dan fácilmente testimonio del profundo conocimiento del tema que tiene el autor.» Dr. O.B.L. Kapoor, Presidente y Profesor Honorario, Departamento de Filosofía, Universidad Estatal de Estudios para Postgraduados, Gyanpur, India.

Por lo tanto, el que Prabhupāda hubiera hecho «accesible» el mensaje del *Bhāgavatam*, no significaba que lo hubiera simplificado. Significaba llevar al lector urgentemente a abandonar el mundo de la ilusión y adoptar la liberación eterna de la conciencia de Kṛṣṇa.

Sin embargo, la sociedad moderna estaba tan degradada que el predicador ya no podía apelar a la autoridad de las Escrituras védicas; nadie la aceptaría. La obra de Śrīla Prabhupāda, por tanto, trataba de teorías tales

como el origen de la vida por el azar, la evolución darwiniana y la evolución química. Y las derrotaba todas, con fuerte lógica, estableciendo que la vida viene de la vida, y no de una materia muerta.

La obra de Prabhupāda también combatía las falsas enseñanzas de supuestos yoguis, *gurus* y «encarnaciones», que habían aparecido como una gran ola de falsedad en esta era de Kali-yuga, tanto en la India como en Occidente. Su obra también criticaba las modernas instituciones políticas, analizando por qué cayeron las monarquías, por qué estaba fallando la democracia, y cómo las dictaduras hostigarían más y más a los ciudadanos. La política de los gobiernos de implantar impuestos abusivos, y su propaganda para llevar a la gente a las ciudades a trabajar en las fábricas, abandonando la vida sencilla, la vida rural, eran estudiadas a la luz de las Escrituras.

En sus viajes, Śrīla Prabhupāda había observado la degradación desenfrenada de la sociedad humana: la liberación sexual, las últimas novedades para intoxicarse, y los crímenes depravados de sacrificar animales y de comer carne. Un significado de la *Bhagavad-gītā* trataba de manera específica de la amenaza del holocausto nuclear:

Esta gente está considerada como el enemigo del mundo, porque finalmente inventará o creará algo que provoque la destrucción de todo. Indirectamente, este verso anticipa la invención de armas nucleares, de las que hoy se enorgullece tanto el mundo. En cualquier momento, puede estallar la guerra, y estas armas atómicas pueden hacer estragos. Estas cosas se han creado con la única intención de destruir el mundo, y esto se indica aquí. Es debido al ateísmo que se han inventado estas armas en la sociedad humana; no se han destinado para la paz ni la prosperidad del mundo.

Las críticas de Prabhupāda eran sólidas y terminantes, como corresponde a un verdadero *ācārya*; su espíritu inflexible era conmovedor. No era un erudito tímido, señalando alguna oscura referencia histórica. Sin embargo, entre líneas, un tono humilde de súplica hablaba al corazón. Como el servidor del servidor de Kṛṣṇa, pedía a todos que se dignaran adoptar la conciencia de Kṛṣṇa y restituirse a la condición original de eternidad, dicha y conocimiento.

Tal como Prabhupāda había dejado sus actividades literarias del templo de Rādhā-Dāmodara de Vṛndāvana para predicar en Occidente, así pudo dejar

su retiro literario de Hawai para predicar. En todo caso, estaba dispuesto a seguir escribiendo dondequiera que fuese. Desde un principio había pensado pasar solamente un mes en Hawai, no quedarse allí para siempre. Sus discípulos necesitaban verle para conservar la fuerza y la inspiración, y mientras tuviese aliento y vida, ésta era su intención.

* * *

Prabhupāda quería visitar primero su centro de Los Angeles, que en aquel momento era una gran comunidad floreciente de devotos. Vería su nueva sala del templo, con sus arcos de mármol y su galería de magníficas pinturas trascendentales, y observaría la grandeza de la adoración de las Deidades Rukmiṇī-Dvārakādhīśa. Vería las últimas aplicaciones técnicas de la conciencia de Kṛṣṇa en los estudios de grabación Golden Avatara y en el museo FATE, que empleaba dioramas ambientados con medios audiovisuales para representar las enseñanzas de la *Bhagavad-gītā*. Se sentaría en su jardín escuchando el libro de *Kṛṣṇa*, y pasearía por Venice Beach discutiendo teorías científicas con el Dr. Svarūpa Dāmodara. Y, claro está, aumentaría las ya grandes olas de la distribución de libros. Un día, en el coche, había dicho: «Mis libros serán los libros de leyes de la sociedad humana para los próximos diez mil años».

Nueva York

9 de julio de 1976

Jayānanda iba conduciendo el coche. Tamāla Kṛṣṇa Goswami y Rāmeśvara Swami también estaban allí. Habían recogido a Śrīla Prabhupāda y a Hari-śauri en el aeropuerto de La Guardia, y mientras iban hacia Manhattan, Prabhupāda preguntó: «¿Van bien aquí las cosas?».

Tamāla Kṛṣṇa contestó que todo acababa de empezar; los devotos aún estaban trasladándose a su edificio de once pisos de Manhattan y estaban haciendo los últimos preparativos para el Ratha-yātrā. «Ya verá que todas las actividades están empezando», dijo.

—Sí —dijo Prabhupāda—, organizadlo bien. Kṛṣṇa nos lo está dando todo. No hay escasez. Si nos limitamos a trabajar con sinceridad, Kṛṣṇa nos dará inteligencia..., todo. Por Su misericordia, todo se puede conseguir. Así es Kṛṣṇa. Puede dártelo todo.

Al irse acercando en el coche al colosal Puente de Brooklyn, Śrīla Prabhupāda preguntó: «Éste es el Puente de Brooklyn, ¿no? A veces, yo

venía aquí y me sentaba cerca del puente».

—¿Cerca del agua? —preguntó Tamāla Kṛṣṇa. Estaban fascinados al oír lo que hacía Śrīla Prabhupāda, solo, en sus primeros tiempos en Nueva York—. ¿Se sentaba cerca del agua?

—Sí, en ese río —dijo Prabhupāda—. Porque yo vivía en la calle Bowery. No está muy lejos. Así que venía andando, y me sentaba debajo del puente a pensar, ¿cuándo volveré a la India? —Se rió. Preguntaba sobre otros lugares, como si preguntase por viejos amigos: la estación de metro de la calle Fulton, y la calle Chambers.

Tamāla Kṛṣṇa dijo a Prabhupāda que el centro de ISKCON no estaba lejos del Empire State Building y que tendría una hermosa vista desde su cuarto, en el piso décimo. «Nuestro edificio —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, está en el centro de la zona de teatros, restaurantes y espectáculos.»

—En Nueva York —dijo Prabhupāda—, me siento un poco como en casa, porque vine aquí primero. Paseaba por las calles, de un lado a otro. Desde septiembre de 1965 a julio de 1967 estuve en Nueva York continuamente.

—Tamāla Kṛṣṇa Mahārāja dio una clase esta mañana —dijo Rāmeśvara Swami—. Ha dicho que no podemos comprender la buena suerte de esta ciudad, al haber venido usted aquí.

—Sí, cuando decidí que iría al extranjero —dijo Prabhupāda—, no pensé nunca ir a Londres; pensé venir aquí. En general, la gente va a Londres, pero yo pensé: "No, yo iré a Nueva York."

—Muy progresista —comentó Tamāla Kṛṣṇa.

—No lo sé —rió Prabhupāda—. Son los dictados de Kṛṣṇa. Podía haber ido allí. Londres estaba más cerca. Pero pensé: "No, yo iré a Nueva York." A veces soñaba que había venido aquí.

Al pasar por diversos barrios, Śrīla Prabhupāda recordaba los viejos tiempos. Mencionó el estudio de yoga del Dr. Misra y su cuarto en el n/ 100 de la calle Setenta y dos, donde le robaron su magnetófono y su máquina de escribir; y el West End Superette, donde compraba fruta.

—Creo que a veces venía por aquí —dijo Prabhupāda, mirando por la ventanilla—..., sin propósito. Sí, a veces iba andando por la Segunda Avenida.

Al ir por la calle Cincuenta y cinco, los devotos señalaron a Prabhupāda el edificio de ISKCON, con la palabras Hare Krisna en letras de oro, de arriba abajo, en un lateral. Un gran estandarte amarillo con la imagen de un devoto de Śrī Caitanya ejecutando el *sañkīrtana* ondeaba en la fachada del

edificio, y una elegante marquesina que ostentaba las palabras «Centro Hare Krisna» se extendía sobre la acera. Al ver acercarse el coche de Prabhupāda, cientos de devotos a la entrada comenzaron a ovacionarle y a cantar su nombre.

Era la mayor reunión de devotos de ISKCON desde el festival de Māyāpur. Muchos habían ido de lugares distantes para estar con Śrīla Prabhupāda, y más de seiscientos devotos se alojaban en el edificio. El *kīrtana* era tumultuoso. En pie ante las Deidades de Rādhā-Govinda, Prabhupāda parecía estar contento. Una pintura de Śrī Jagannātha, Balarāma y Subhadrā estaba en el tercer altar, y Prabhupāda dijo que estaba ansioso de verlos el día de Ratha-yātrā.

Cuando Prabhupāda se sentó en el gran *vyāsāsana* verde, al principio estaba demasiado conmovido para poder hablar. «Ante todo, tengo que daros las gracias a todos por haberme traído al templo nuevo —comenzó—. Porque cuando vine la primera vez, mi ambición era comenzar un templo aquí en Nueva York, y estaba buscando la oportunidad.» Contó algunas de sus primeras, casi inútiles tentativas de comprar un terreno de ocho metros por treinta, en Manhattan; pero que no había podido reunir dinero alguno.

—No tenía ningún sitio —decía—. ¿Cómo hablar de un templo cuando no se tiene sitio ni siquiera para vivir? En tales condiciones yo pensaba en volver a la India. Casi todas las semanas iba a la compañía naviera. Así que es una larga historia que yo viniese aquí decidido a comenzar un templo, primero en Nueva York. Pero entonces, hace diez años, en 1965, no fue posible. Más, por la gracia de Kṛṣṇa y por la gracia de mi Guru Mahārāja, vosotros habéis conseguido este lugar. Por esto tengo que agradecer mucho que hayáis organizado este templo.

Durante los diez días que Prabhupāda estuvo en Nueva York, los devotos estuvieron en un estado de ánimo eufórico y triunfante. Para el Ratha-yātrā, obtuvieron el permiso del municipio para que la procesión fuese por la Quinta Avenida. Prabhupāda había dicho que Nueva York era la ciudad más importante del mundo, y que un rascacielos sería un estandarte de la conciencia de Kṛṣṇa para el mundo. Por eso, ahora ISKCON tenía su

rascacielos en Manhattan, su procesión de Ratha-yātrā en la Quinta Avenida, y la presencia personal de Prabhupāda.

La procesión de Ratha-yātrā, con sus tres carros de quince metros de altura, comenzó en Grand Army Plaza, de la Quinta Avenida, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Muchachos, muchachas en *sāri*, indios, neoyorkinos, a cientos, tiraban de las cuerdas, arrastrando los gigantescos carros. Con torres de seda, amarillas, verdes, rojas y azules, agitándose en el viento, despacio y majestuosamente, los carros se dirigieron hacia el sur. La procesión tuvo el complemento de un tiempo espléndido, cientos de devotos cantando y bailando y miles de espectadores. Y el recorrido era de unas cincuenta manzanas por la Quinta Avenida, «la calle más importante del mundo», hasta el Washington Square Park.

En la calle Treinta y cuatro, Prabhupāda se unió a la procesión. Cuando fue a subir al carro de Subhadrā, los devotos se reunieron en torno suyo, dejando sorprendidos a los policías y otros espectadores con su adoración espontánea hacia el representante de Kṛṣṇa. Aunque el sentido interior del Ratha-yātrā es el deseo de las *gopīs* de que Kṛṣṇa volviera a Vṛndāvana, aquellos devotos estaban más absortos en la vuelta a Nueva York de Śrīla Prabhupāda.

Era una brillante y apropiada culminación a los diez años de predicación de Prabhupāda en Nueva York. Cuando vino la primera vez no tenía dinero, ni sitio propio para vivir, ni para reunir a la gente y hablarle de Kṛṣṇa. Ahora, iba con todo esplendor por la Quinta Avenida en un festival de Ratha-yātrā, y sus Deidades Rādhā-Govinda tenían un rascacielos. En 1965, había estado solo en la calle, pero ahora le acompañaban seiscientos discípulos, cantando a voces los santos nombres, para beneficio de millones de almas condicionadas.

Washington Square Park estaba lleno de gente cuando llegó la procesión. Habían construido una tribuna provisional, y Śrīla Prabhupāda y las deidades se acomodaron en sus lugares respectivos. Kīrtanānanda Swami presentó a Prabhupāda ante la multitud, y Prabhupāda se puso en pie para hablar.

Por la tarde, hubo buenos reportajes en todas las principales cadenas de televisión acerca de la procesión y del festival, y a la mañana siguiente, aparecieron en los periódicos fotografías y artículos. A Prabhupāda le gustó sobre todo el extenso artículo en las páginas centrales del *New York Daily News*, en el que varias fotos llevaban un gran titular: «La Quinta Avenida,

donde Oriente encuentra a Occidente».

—Enviad este recorte a muchos sitios —dijo Prabhupāda—. Enviádselo a Indira Gandhi. Este titular está muy bien. De eso se trata. "Oriente encuentra a Occidente". Como yo digo siempre, el lisiado encuentra al ciego. Juntos hacen maravillas y separados no pueden hacer nada. Uno es lidiado y el otro está ciego. Pero si se unen (la cultura india y el dinero americano), salvarán al mundo entero.

Śrīla Prabhupāda supo que el *New York Times* publicaba un artículo que insistía en que la procesión había incluido a cientos de indios «que estaban muy contentos viendo que podían cultivar su fe incluso en la ciudad de Nueva York». El artículo citaba a «un inmigrante indio» que decía: «Nos encanta Nueva York, América. Es el lugar más hermoso del mundo. Ningún otro país hubiera dado tanta libertad para celebrar nuestras propias ceremonias».

—Esto es cierto —decía Prabhupāda—, y yo siempre lo he dicho. El *Times* dio noticia de mis actividades por primera vez, cuando yo estaba en Tompkins Square Park.

En el lugar del festival se había servido *prasādam* a siete mil personas. Y hasta cuando los devotos volvían a la parte alta de la ciudad con los carros, avanzada la noche, cientos de personas habían ido siguiéndoles y cantando. Los devotos ya iban hablando de cómo hacer mejor el festival al año siguiente. Tendrían un departamento de prensa, y Prabhupāda propuso que alquilaran un edificio pequeño en el centro de la ciudad y lo llamasen Guñicā*. Śrī Jagannātha podría estar allí durante una semana. Y los devotos podrían tener otra procesión y otro festival cuando llevaran a Śrī Jagannātha de vuelta al templo de la calle Cincuenta y cinco.

—Anoche —dijo Tamāla Kṛṣṇa Goswami—, estuvimos toda la noche limpiando el parque. Y una mujer que vive cerca decía: "En todos los años que he vivido aquí, no he visto nunca un festival tan maravilloso". Y en la televisión CBS, el funcionario que está a cargo del parque decía: "Estamos muy orgullosos de poder decir que este parque se fundó hace cientos de años, cuando América era religiosa, y que la vida espiritual está aún presente en Washington Square Park".

—Entonces, por qué no pedir al alcalde que construya allí un templo? —dijo Śrīla Prabhupāda. Todos los devotos rieron. Pero Prabhupāda pensaba que tales cosas eran ciertamente posibles.

La salud de Śrīla Prabhupāda empeoraba, como ocurría a menudo cuando viajaba mucho. Especialmente en Nueva York, su salud comenzó a deteriorarse. Su itinerario iba a seguir por Londres, París, Teherán, y después debía ir a Hyderabad, donde había de dirigir la inauguración de un nuevo templo de ISKCON. Los devotos antiguos le suplicaron que descansase un poco, antes de ir al Reino Unido y a la India. Había pasado un día muy agradable en la finca de ISKCON de Pensilvania, y los devotos le propusieron que fuese allí dos o tres meses a descansar, recuperar la salud, y escribir. Todos los días le rogaban que se quedase. Cuando oyó que los miembros del GBC presentes en Nueva York habían aconsejado unánimemente que no fuese de viaje tan pronto, dijo: «Está bien, no me iré».

Pero sin embargo, el GBC... no podía sujetarle... sólo Kṛṣṇa podía hacerlo. Ya tenía sus billetes de avión, y seguía fijo en sus viajes.

La mañana de su marcha, varios devotos fueron a su cuarto para hacer una última tentativa, rogándole que no fuese de viaje. Él no decía nada, pero era evidente que estaba decidido a marcharse. Sus servidores estaban haciendo sus maletas y todo estaba dispuesto para salir. A pesar de todo, incluso mientras Prabhupāda salía de su habitación y bajaba en el ascensor, unos pocos seguían insistiendo en que no se fuera.

—Prabhupāda, por favor, piénselo —dijo Rāmeśvara Swami. Śrīla Prabhupāda había estado alegre hasta entonces, a pesar de su debilidad física, y a pesar de los ruegos de sus discípulos. Pero entonces, su rostro cambió.

—No vaya de viaje —dijo un devoto. Y otro añadió—: Quédese. Siéntese y descanse.

Prabhupāda se volvió, y su mirada era muy profunda. Más que nunca, parecía no pertenecer a este mundo material. «Quiero la bendición de seguir luchando por Kṛṣṇa hasta mi último suspiro —dijo—, exactamente como Arjuna.»

Todos se quedaron silenciosos, y la importante enseñanza ardía en su memoria. El ascensor se abrió en la planta baja, y cientos de devotos que esperaban cantaron y vitorearon mientras Śrīla Prabhupāda se dirigía a su coche.

Capítulo Octavo

La última instrucción

Bombay

9 de enero de 1977

Śrīla Prabhupāda comenzó su paseo matinal antes del alba. Él y los devotos conocían bien su camino por Hare Krishna Land hacia la carretera pública, y una vez fuera de la propiedad, volvían a la izquierda, después a la derecha, y comenzaban a andar a lo largo de una manzana, camino de la playa. El cielo comenzaba a clarear. Al principio no podían distinguir con la mirada la tierra del mar ni del cielo. Pero poco a poco se revelaron en el horizonte sutiles matices de color, y pudieron ver la vasta llanura del Mar Árabe extendiéndose para encontrar un mar de cielo aún mayor, en el que las estrellas parpadeaban y palidecían. Mientras Prabhupāda y su pequeño grupo paseaban a lo largo de la ancha playa, estaban flanqueados a su izquierda por una línea de palmeras inclinadas, y a su derecha, por una espuma estruendosa.

Śrīla Prabhupāda llevaba una *cādarde* de lana gris en torno a sus hombros, una *kurtā* y un *dhotī* de seda azafrán, y unos zapatos de lona color melocotón. Llevaba bastón, en el que se apoyaba, no de una manera pesada, sino ligeramente. A cada paso, enérgico, llevaba el bastón hacia adelante, clavándolo en la arena y levantándolo de nuevo, marcando el paso rítmicamente. Andaba erguido, con la cabeza alta.

Una larga línea de gente de Bombay, en gran parte ricos residentes de Juhu dando su paseo matutino, hizo su aparición, y algunos vendedores de cocos instalaron sus carritos, cortando la parte superior de los cocos seleccionados, anticipándose a sus primeros clientes. A Śrīla Prabhupāda le

gustaba pasear a aquellas horas de la mañana, y cuando el tiempo lo permitía, lo hacía siempre, cualquiera que fuese el punto del mundo en el que se encontraba. Sin embargo, Juhu Beach era uno de sus lugares preferidos para pasear.

En su camino, se les unieron, a él y a sus discípulos, el Dr. Patel, en camisa y pantalón blancos, y varios de sus amigos, en su mayor parte doctores y abogados.

De pronto, Prabhupāda dijo: «Hay una gran conspiración contra nosotros».

—¿Es la Iglesia? —preguntó el Dr. Patel.

—No es la Iglesia —dijo Prabhupāda.

—¿La sociedad?

Prabhupāda dijo un pensativo «Hummm», y después añadió: «Ahora están decididos a eliminar este movimiento». No dio ningún detalle, y ni el Dr. Patel ni los demás pudieron arrancarle lo que pensaba. Fuese lo que fuese, dijo el Dr. Patel, era imposible que hubiese ninguna conspiración contra la conciencia de Kṛṣṇa en la India.

—Yo quise comenzar este movimiento en la India —dijo Prabhupāda—.

Pedí a muchos amigos: "Dame sólo uno de tus hijos". Pero nadie estuvo conforme. Decían: "Swamiji, ¿qué se va a lograr con esto, si yo hago que mi hijo sea un *vaiṣṇava* o un *brāhmaṇa* ?". No conceden gran importancia a este movimiento. Están planeando la manera de interrumpir este movimiento de mil maneras.

Siendo siempre un fiel indófilo, el Dr. Patel replicó: «Los americanos son siempre igual, siempre haciendo propaganda».

—El bien y el mal están en todas partes —dijo Prabhupāda—. Kṛṣṇa dice, *manuṣyāṇāṁ sahasreṣu*. De miles de personas, casi nadie está interesada en perfeccionar su vida. Así es Kali-yuga.

Unos cinco minutos antes de dar las siete, Śrī Prabhupāda dejó la playa para volver a Hare Krishna Land. Al acercarse, veía las torres macizas del hotel de ISKCON y las aún más grandes y majestuosas cúpulas del templo. Los edificios estaban sin terminar, pero la mayor parte de la construcción ya estaba hecha. Aún había que cubrir de mármol las cúpulas del templo, y todos los edificios necesitaban numerosos toques para estar acabados. Prabhupāda esperaba con anhelo la inauguración, pero el jefe de los trabajos, Surabhī Mahārāja, hablaba de retrasos. Por tanto, la fecha de la ceremonia quedó sin determinar.

Prabhupāda siempre encontró dificultades, desde el momento en que

intentó comprar el terreno al Sr. N. en 1971, y había tenido una plaga de obstáculos ante todas sus tentativas para obtener el permiso de construir. Ahora tenía cerca el triunfo de instalar las Deidades de Rādhā-Rāsavihārī en uno de los templos más espléndidos de la India. Śrīla Prabhupāda seguía viajando por todo el mundo, y llevando adelante su movimiento en todos los frentes, pero siempre, regularmente, volvía a Bombay. Él podía ver cuando se retrasaban los obreros, y comprendía que a veces les estaban timando, aunque sus propios hombres no siempre se dieran cuenta. Esta vez, como hacía siempre, estaría algún tiempo, daría su opinión y se marcharía.

Aún seguía adorándose a Rādhā-Rāsavihārī en la construcción provisional que los devotos habían erigido en 1971. El magnífico edificio del templo surgía ahora tras el humilde cobertizo, proclamando que pronto Rāsavihārī iría a su nuevo palacio.

Al volver a la propiedad de ISKCON, Śrīla Prabhupāda fue ante las Deidades y contempló una vez más Su encantadora belleza que, a veces, le hacía decir que de todas las Deidades, eran aquellas las que más quería. La promesa que había hecho a Rādhā-Rāsavihārī de que construiría un hermoso templo, pronto iba a convertirse en realidad, pero a veces manifestaba sus dudas de si viviría para verlo. Ahora tenía ochenta y un años, y le molestaban ciertas dolencias persistentes.

Claro que las advertencias de la muerte no eran nada nuevo para Śrīla Prabhupāda, que ya había tenido serios ataques desde el comienzo de su predicación en Occidente en 1965. Sin embargo, a pesar de sus frecuentes alusiones sobre retirarse, para sus discípulos era difícil pensarlo. Desde luego, ellos terminarían el trabajo por todos los medios tan pronto como les fuera posible e inaugurarían el templo de Bombay, y desde luego, darían toda seguridad a Prabhupāda de que podía retirarse y completar finalmente su *Śrīmad-Bhāgavatam*. Pero, naturalmente, Kṛṣṇa le permitiría quedarse con ellos y ver la realización de aquellos dos proyectos.

Cada mes, uno de los hombres del GBC de Śrīla Prabhupāda se quedaba con él para servirle como secretario, recibir instrucción directa y relacionarse personalmente con él. El secretario del mes de enero de 1977 fue Rāmeśvara Swami. A Prabhupāda le alegró y le animó mucho el hecho de que una mañana, temprano, entrara en su cuarto Rāmeśvara, que había ido a Bombay en avión desde Los Angeles. Prabhupāda consideraba a

Rāmeśvara un experto administrador de ISKCON, sobre todo en lo referente a editar y distribuir literatura sobre la conciencia de Kṛṣṇa, que era lo más importante de la predicación de Prabhupāda. Cuando Śrīla Prabhupāda pidió noticias a Rāmeśvara Swami, éste le informó de que el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa estaba siendo atacado en América. Śrīla Prabhupāda ya sabía esto, y en realidad, esa era la «conspiración» a la que se había referido en su paseo de la mañana. Había un movimiento contra las sectas que en aquel momento era activamente agresivo, y amalgamaba el movimiento Hare Kṛṣṇa con otros aparecidos recientemente. Śrīla Prabhupāda conocía bien las actividades de los «desprogramadores», como el rapto de devotos y su coacción intensa. Y había probado que aquello no le asustaba. Él aseguraba a los devotos que Kṛṣṇa les protegería, y que el resultado final estaría a su favor.

La batalla más importante, que tuvo preocupado a Śrīla Prabhupāda durante varios meses, fue un procedimiento judicial, en Nueva York, en el que se acusó al presidente del templo, Ādi-keśava Swami, de utilizar el control de la mente para mantener en el templo a los devotos. Los padres de dos devotos adultos habían presentado una denuncia después de que unos desprogramadores hubieran fracasado en romper la determinación de los dos devotos de seguir con la conciencia de Kṛṣṇa. Con un espíritu de cruzada contra las sectas, un ayudante del fiscal general había entablado una acción judicial, empleando todos los medios legales y gubernamentales a su disposición. Aunque los que abogaban por los derechos civiles se sentían agraviados y aseguraban a los devotos que la oposición no ganaría nunca, las repercusiones del caso eran temibles. El caso ponía en tela de juicio el derecho mismo del movimiento Hare Kṛṣṇa a existir como una auténtica religión, y ponía en duda el derecho de los devotos adultos a permanecer en el movimiento contra los deseos de sus padres. También era materia de litigio si los miembros del movimiento Hare Kṛṣṇa eran miembros por su propia decisión, o estaban retenidos por alguna manipulación psicológica, o «lavado de cerebro». Cuando Śrīla Prabhupāda se enteró de este caso, su respuesta, que dio en una carta desde Vṛndāvana, había sido como el toque de clarín llamando a combate contra las fuerzas de la ilusión.

Referente a si nuestro movimiento es auténtico, podéis emplear los siguientes argumentos. Se han hecho muchas ediciones de la

Bhagavad-gītā . Nuestros libros son más antiguos que la Biblia. En la India, hay millones de templos de Kṛṣṇa. Que los jueces y jurados lean nuestros libros y tengan la opinión de los especialistas y profesores eruditos. Sobre el segundo punto, referente a la jurisdicción de los padres sobre los hijos, se pueden hacer varias indicaciones. ¿Les gusta a los padres que sus hijos sean hippies? ¿Por qué no lo impiden? ¿Les gusta a los padres que sus hijos se vean mezclados en asuntos de prostitución y drogas? ¿Por qué no impiden esto?

Ahora sienten el peso de este movimiento. Primero pensaron: «Está gente va y viene», pero ahora ven que nos quedamos. Ahora hemos prendido el fuego. Y continuará. No puede interrumpirse. Podéis llevar cuantos bomberos queráis, pero el fuego proseguirá su acción. Los libros para el lavado de cerebro ya están ahí. Incluso si lo interrumpen exteriormente, seguirá en el interior. Nuestra campaña más importante es la distribución de libros. Id casa por casa. La verdadera batalla es ahora. Kṛṣṇa os protegerá. Así que, cantad Hare Kṛṣṇa y luchad.

Sentado con Śrīla Prabhupāda en Bombay, Rāmeśvara Swami le informó de que un amplio comité nacional de profesores y teólogos había salido en defensa de la conciencia de Kṛṣṇa en la causa de Nueva York, y que muchos abogados y sicólogos simpatizaban con ellos.

Prabhupāda explicó que el gran golpe para los materialistas era que el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa se oponía con firmeza a la vida sexual ilícita, a comer carne y a la intoxicación. Para ellos, que una persona abandonase estas prácticas era tan asombroso que no podían aceptar que estuviese ocurriendo a causa de una experiencia espiritual genuina. Refiriéndose a un caso precedente, Śrīla Prabhupāda decía: «En Alemania también denunciaron que en Los Angeles había un viejo que hacía que los jóvenes reuniesen dinero para él. De esta manera, creen que yo tengo algún poder para controlar la mente, que yo he comprometido a estos chicos para que reúnan el dinero y yo lo disfrute».

Śrīla Prabhupāda recordaba que ya en 1969, cuando su templo de Los Angeles hubo comprado varios coches y el número de devotos había comenzado a aumentar, los vecinos se llenaron de envidia. Prabhupāda dijo

haberlos invitado a que fuesen y viviesen en la comunidad de la conciencia de Kṛṣṇa, pero que siempre habían respondido negativamente. Prabhupāda decía que cuanto más alboroto provocase la oposición, más famosa sería la conciencia de Kṛṣṇa. También alegaba que la gente estaba reaccionando a su sólida predicación.

—Vosotros no comprendéis cómo enfrentaros con el grupo de la oposición —explicó Śrīla Prabhupāda. Estaba animado y discutiendo, entusiasmado por mostrar a sus discípulos cómo derrotar a la oposición. A veces describía a su propio maestro espiritual como un *simha* («león») *guru*, y entonces ellos le veían en un espíritu de lucha parecido—. Cuanta más oposición haya —decía—, más tendremos que defender.

—Referente al lavado de cerebro —dijo Rāmeśvara—, pretenden que nuestro estilo de vida tiende a apoderarse del devoto y a aislarlo del mundo.

—Sí —dijo Prabhupāda—, nosotros detestamos tratar con vosotros. Ningún caballero trata de alternar con holgazanes. A los cuervos no les gusta vivir con patos ni con cisnes blancos, y a los cisnes blancos no les gusta vivir con cuervos. Es la división natural. Dios los cría y ellos se juntan.

Rāmeśvara: «Tienen una lista de cinco o seis condiciones, y dicen que si concurren todas ellas, es que hay una atmósfera apropiada para el lavado de cerebro. Dicen que estamos imponiendo esas condiciones sobre nuestros miembros».

Prabhupāda: «Sí. Lavamos el cerebro del mal para el bien. Es nuestra ocupación. Estamos lavando el cerebro de toda bribonería. Tenéis el cerebro lleno de porquería: comer carne, vida sexual ilícita, juego de azar. Por eso los estamos lavando. ¿No limpiáis vuestro cuarto? ¿Está mal hacer esto? Pues, si tenéis el cuarto bien limpio, ¿quién puede culparos? Pero sois tan bribones que nos acusáis: "¿Por qué estáis barriendo esta basura?". Nosotros barremos la basura, y vosotros protestáis. Ésa es vuestra inteligencia. Pero los inteligentes barren la basura. Ésa es la ley de la civilización, limpiar. Eso es lo que estamos haciendo.

«Según la civilización védica, vosotros sois realmente intocables. Ahora hemos venido para tocaros. Por tanto, lavad, ante todo debéis lavar. Según la civilización india, el perro es intocable; pero es vuestro mejor amigo. De manera que sois intocables. Por tanto, tenemos que lavar vuestro cerebro. Si vuestro cerebro no se lava, no podéis comprender a Kṛṣṇa. Dime con quién andas y te diré quién eres. Vosotros dormís con perros, coméis con perros,

vuestros mejores amigos son los perros, así que, ¿qué sois vosotros? Hay que lavaros, hay que restregaros.»

Rāmeśvara: «Pero su razonamiento es éste, que en América lo normal es instruirse en campos diferentes: ciencia, música, arte y literatura. Esta norma de cultura y educación viene de la idea del

Renacimiento en Europa. Pero en nuestro movimiento Hare Kṛṣṇa, nos estamos aislando de estas cosas y sólo leemos una clase de literatura: la de Kṛṣṇa».

Prabhupāda: «Esto otro no es cultura. El hecho de que cambias significa que eso no es cultura. Es *mano-dharma*, mixtificación mental. Sí, queremos terminar con vuestras tonterías. Ésa es nuestra misión. Los inteligentes la han adoptado y vosotros adoptadla también».

Rāmésvara: «Dicen que si pretendemos que nuestros miembros sean caballeros, ¿por qué van entonces al aeropuerto y molestan a tanta gente?».

Prabhupāda: «No molestan. Educan. Cuando a un ladrón se le dice: "Por favor, no seas ladrón", le resulta molesto. Pero es un buen consejo».

Rāmésvara: «Dicen que eso es entrometerse en la vida privada. Todos tienen derecho a pensar lo que quieran».

Prabhupāda: «Sí. Por tanto yo tengo el derecho de pensar así y de distribuir libros».

Rāmésvara: «Pero, si yo no quiero escuchar vuestra filosofía, ¿por qué me la imponéis?».

Prabhupāda: «Esto no es imponer. Es una filosofía válida. Nosotros proponemos: "Tómalo, te beneficiará". Y se benefician. Los que la leen se están beneficiando. ¿Y por qué anunciáis, con grandes paneles: "Por favor, venga y compre"? ¿Eh? ¿Por qué imponéis vuestra llamada bondad en nosotros? ¿Por qué lo hacéis?».

Tira y afloja, la batalla siguió, hora tras hora, Rāmésvara dando rienda suelta a todas las razones contra el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa, y Śrīla Prabhupāda desbaratándolas. Prabhupāda decía que aquellas razones eran «pueriles» y «estúpidas» y criticó enérgicamente la actitud materialista de la que procedían. Utilizando el *śāstra* y la lógica probó que quien no es devoto no tiene buenas cualidades, y es menos que un animal, a causa de su falta de conciencia de Dios. Tal persona, decía, no estaba en condiciones de criticar, y su crítica solamente mostraba su ignorancia sobre la finalidad verdadera de la vida humana.

Prabhupāda estaba absorto defendiendo el movimiento para la conciencia

de Kṛṣṇa. Le gustaba luchar en nombre de Śrī Caitanya. Naturalmente, hablaba para sus discípulos, pero además, estaba manifestando su compasión por todos los seres y su dedicación al movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.

Rāmeśvara: «Pero los cristianos dicen que, según la Biblia, si Dios hubiese querido que creyésemos en Kṛṣṇa, nos lo hubiera dicho en el monte Sinaí, y nos lo hubiese dicho por medio de Jesucristo. Jesús dijo: "Yo soy el único camino".

Prabhupāda: «De acuerdo. Pero Jesucristo no dijo más, porque sois unos bribones. No podéis entender ni siquiera una enseñanza suya: "No matarás". Esto no es por culpa de Jesucristo. Pero como sois tan bribones, no podéis comprenderle. Por tanto, os evitó, bribones. Por que no podéis seguir nada de lo que dijo. Así que, ¿qué ibais a comprender? Por lo tanto, no dijo más».

Rāmeśvara: «Creo que hemos agotado todos nuestros razonamientos».

—En realidad —concluyó Prabhupāda—, sus argumentos no son muy sólidos. Por lo tanto, esto es sencillamente un plan de Kṛṣṇa para ayudarnos a destacar. Esto va a hacer que nos conozcan más. Esta posición, —dijo—, no es más que una ocasión para predicar. —Pero para tratar de manera apropiada las causas legales y otras formas serias de oposición, los devotos tenían que saber *cómo* predicar, y tenían que ser muy fuertes espiritualmente. Así preparaba a su gente, hablándoles día y noche.

Bhubaneswar

Enero de 1977

Un mes más tarde, otro de los hombres del GBC de Śrīla Prabhupāda, Satsvarūpa dāsa Goswami, reemplazó a Rāmeśvara Swami como secretario de Prabhupāda por otro mes. «Śrīla Prabhupāda —preguntó una tarde Satsvarūpa cuando estaba con Prabhupāda en sus habitaciones—, cuando llegué, Rāmeśvara Mahārāja dijo que usted había estado diciendo que la conciencia de Kṛṣṇa llegaría a tener la supremacía en los Estados Unidos, y yo no puedo imaginarlo, puesto que ahora es precisamente lo contrario.»

—Es verdad —dijo Śrīla Prabhupāda—, pero ahora acaba de echar raíces, nada más. Hay que regarla y protegerla y, después, se recogerá el fruto. Tenéis que protegerla. La gente oirá hablar de nosotros por nuestros libros, y nosotros tenemos que hablar de nuestros libros.

—¿De manera que esto no va a ocurrir de la noche a la mañana?

—No —dijo Śrīla Prabhupāda—. Crecerá gradualmente. La semilla está allí. Ahora hay que protegerla, introduciendo cada día más y más libros en todas las casas.

De nuevo Prabhupāda se refirió a la próxima causa en la Audiencia de Nueva York. «Por lo menos, decidles que lean nuestros libros —dijo—. Ésta es nuestra declaración. Nuestra defensa es que, ante todo, lean estos libros, y entonces que hablen. Terminen esto, y después den su opinión. Dadles estos ochenta y cuatro libros».

Śrīla Prabhupāda se entusiasmó al pensar en los jueces y abogados leyendo todos sus libros. Hablaba seriamente, e insistía en que los devotos hiciesen que las autoridades leyesen los libros como testimonio legal. Śrīla Prabhupāda siguió diciendo: «Kṛṣṇa dice, *sarva dharmān parityajya*: "Ríndete a Mí y abandona cualquier otra religión". Se puede plantear el problema: "¿Por qué hemos de rendirnos?". Entonces podéis argumentar y seguir así por tres años. Se planteará toda la cuestión: ¿Qué es Dios? ¿Qué es la creación? ¿Qué condición es la vuestra? ¿Por qué debéis rendiros? Etc., etc., etc. ¿Qué te parece?

—Sí, debemos presentar los libros tanto como podamos —dijo Satsvarūpa—. Voy a escribir una carta a Nueva York para decirles que insistan en esto.

—Llevad a la audiencia todos estos libros —dijo Prabhupāda—. Una vez, había en Calcuta un gran abogado llamado Sr. Ghosh. En una de las causas llevó muchos libros como alegato. Los jueces eran amigos, así que le reprocharon bondadosamente: "Oh, Sr. Gosh, ¿ha traído usted toda su biblioteca?". "Sí, su señoría —dijo el Sr. Ghosh—, sólo para enseñarles a ustedes la ley." Śrīla Prabhupāda rió repitiendo—: "Sí, sus señorías, sólo para enseñarles a ustedes la ley".

Prabhupāda quería que sus discípulos aplicasen la misma lógica en la causa de Nueva York. Si el juez objetaba y decía: «¿Por qué molestan ustedes trayéndome tanto libro?», los devotos tendrían que contestar: «Debe usted escuchar. Puede llevarle doce años el escuchar, pero tiene que hacerlo. Ésa es la ley». Parecía difícil, pero los devotos sabían que debían intentarlo. Tal era la instrucción específica para tratar la cuestión.

—Tenemos que decir —dijo Prabhupāda—, que nunca hemos intentado hacer lavados de cerebro. Hemos actuado exactamente según el *śāstra*, la autoridad. Aquí está el testimonio. Nosotros no hemos fabricado nada. De

manera que tienen que leer todos los libros. Yo creo que debéis llevar la defensa de este modo».

—Nuestra defensa está ya escrita en esos libros —dijo Hari-śauri.

—¿Determinadas secciones? —preguntó Satsvarūpa—. ¿O debemos decir que tienen que leer todos los libros?

Prabhupāda gritó: «¡Todos! Línea por línea. Nuestra defensa son ochenta y cuatro tomos».

—Pero dirán —dijo Guru-kṛpā Swami—: "Si leemos todos esos libros, también nos lavarán el cerebro a nosotros".

—Ése es mi deber —dijo Prabhupāda—. Vosotros tratáis de lavarme a mí el cerebro, y yo estoy tratando de lavároslo a vosotros. Así son las cosas. Así es la pelea. Es una lucha. Vosotros probáis vuestra fuerza. Yo estoy probando la mía. Si no, ¿dónde está la lucha? Tenéis derecho a no estar de acuerdo conmigo. Yo tengo derecho a no estar de acuerdo con vosotros. Ahora vamos a decidir.

Māyāpur

7 de febrero de 1977

Más de ochenta muchachos bengalíes del *gurukula*, junto con unos cien devotos más, recibieron a Prabhupāda con un *kīrtana* a la entrada principal del Māyāpur Chandrodaya Mandir. Todo el terreno de ISKCON parecía haber florecido, y el templo recién pintado brillaba como los primeros rayos rojizos de la aurora. El nuevo edificio, una construcción grande y residencial, estaba casi terminado. «De vuelta al hogar, de vuelta a Dios», murmuró Prabhupāda, cuando su coche entró por las puertas, prosiguiendo despacio hacia el templo.

Más tarde, cuando se encontraba en su cuarto del primer piso, Śrīla Prabhupāda felicitó a los devotos por tener los jardines tan atractivos y bien cuidados. Cientos de flores decoraban su cuarto, como un espléndido jardín. «Estas flores son vuestro primer éxito», dijo Prabhupāda. Se recostó, y se relajó con el placer y la satisfacción especiales que sentía cuando se encontraba en la atmósfera de su amado Māyāpur. «Para el servicio de Kṛṣṇa —dijo—, presentáis algún plan, y Él está muy satisfecho. Queremos algunas flores para el servicio de Kṛṣṇa, y Kṛṣṇa las proporciona. *Todo* lo queremos para Kṛṣṇa, no para la complacencia de nuestros sentidos. Por Kṛṣṇa podemos esforzarnos de mil maneras... esa es la contribución de Bhaktisiddhānta Sarasvatī.»

Más tarde, Śrīla Prabhupāda fue a inspeccionar el nuevo edificio, el edificio más grande de Bengala Occidental, dijo Jayapatākā Swami, de más de doscientos metros. Śrīla Prabhupāda dijo que parecía un tren. Examinó todos los cuartos, uno a uno, e insistió en que debían estar terminados a tiempo para el festival. Al pasear por el porche, observó: «Oh, es exactamente como la Quinta Avenida».

Siguieron unos pocos días de tranquilidad. Prabhupāda tomaba su masaje poco antes del mediodía, en la terraza, entre cientos de macetas con plantas. Una vez, apoyado en la barandilla del porche, frente a su cuarto, miró hacia abajo, hacia el césped, donde una de las mujeres estaba cogiendo flores para las Deidades. «Es simple —dijo—,...siempre se hace algo. Y con cada flor que coge, avanza en su vida espiritual un poco más.» A Prabhupāda le gustaba en particular que el Māyāpur Chandrodāya Mandir siempre estuviese creciendo y mejorando. Le gustaba mirar desde el porche y ver que llegaban visitantes, que los devotos trabajaban, y que se manifestaban nuevos proyectos.

Pero la mala salud de Prabhupāda persistía, tenía un desequilibrio de *pitta* y *vāyu* (bilis y aire), decía. Una mañana, al preguntarle su sirviente cómo se sentía, contestó: «Muy mal». Pero algunas veces, después de sentirse «muy mal» por la mañana, después se sentía mucho mejor.

Los devotos no pensaban en la enfermedad de Prabhupāda de una manera material, pero les daba ansiedad. Durante años había tenido varias crisis de salud, y los devotos sabían que aquellas enfermedades eran trascendentales, y estaban controladas directamente por Kṛṣṇa. En 1974, cuando estuvo muy enfermo en Vṛndāvana, dijo que la causa residía en que los discípulos no seguían estrictamente las reglas y regulaciones de la conciencia de Kṛṣṇa. Sus discípulos sabían que tenían que seguir sus órdenes estrictamente, si en realidad les importaba su salud. Él continuaba arriesgándose, aceptando más discípulos, viajando y predicando, pero sus discípulos debían evitar hacer nada que pudiera alterar su salud. La mayor parte de los devotos preferían pensar que la salud de Prabhupāda mejoraría pronto. Y el mismo Śrīla Prabhupāda no se detenía a pensar sobre el tema; estaba demasiado absorto en difundir el movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.

Pocos días después de su llegada, Śrīla Prabhupāda fue en coche y por barco hasta Navadvīpa, a visitar el *āśrama* de su hermano espiritual Bhaktirakṣaka Śrīdhara Mahārāja. Pero al subir los empinados escalones de

piebra, las piernas de Prabhupāda cedieron de pronto, y se desplomó. Afortunadamente, Hari-śauri estaba lo bastante cerca como para sujetarle. Era la segunda vez que Prabhupāda caía en menos de dos semanas. Las dos veces había estado predicando activamente, y las dos veces había seguido, sin hacer comentarios sobre lo que había pasado.

Una mañana, acabado el desayuno, Prabhupāda estaba en su porche, contemplando el campo de Māyāpur. Volviéndose a Hari-śauri, dijo: «En realidad, poco importa siquiera si muero inmediatamente. He dado las bases de todo, y ahora, sólo con llevar bien las cosas y seguir todos los programas que yo he comenzado, todo irá bien». Hari-śauri estaba inquieto al oír aquellas declaraciones, y guardó silencio. Entonces Prabhupāda añadió: «Pero, sin embargo, me gustaría terminar este *Śrīmad-Bhāgavatam*».

Sólo faltaba una semana para Gaura-pūrṇimā, y miles de peregrinos bengalíes asistían al centro de ISKCON todas las noches. Llegaban a raudales a la sala del templo para el *kīrtana* y el *darśana* de Rādhā-Mādhava, y después iban a ver la exposición de fotografías de ISKCON. Era el festival de Māyāpur más grande y mejor organizado que hubiera habido nunca. A pesar de la oposición en América, el movimiento de Śrī Caitanya estaba inundando el mundo con oleadas de *saṅkīrtana*, y aquella reunión de más de quinientos devotos de todos los continentes era una prueba sólida de la buena salud del creciente movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa.

Rāmeśvara Swami volvió con las últimas cifras de la producción de libros de Prabhupāda. Solamente en inglés, Śrīla Prabhupāda había publicado 43.450.000 ejemplares, entre libros y revistas. Y la producción total de los libros de Prabhupāda en 23 idiomas, incluido el ruso, era de 55.314.000, de los cuales ya se había distribuido más del 90 %. También ofreció Rāmeśvara a Śrīla Prabhupāda un nuevo libro que acababa de salir de la imprenta, la Primera Parte del Noveno Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*. Rādhāvallabha informó de que la edición siguiente de la *Bhagavad-gītā tal y como es* iba a ser tan grande, que tendrían que llevar el papel necesario en 76 vagones. Prabhupāda y los devotos rieron ante aquellas cifras asombrosas.

Prabhupāda dio las gracias a los devotos por lo mucho que habían trabajado. «Esto es una bendición de mi Guru Mahārāja —dijo—. Él lo quiso. Y como intentamos hacerlo, nos está dando todas sus bendiciones».

Śrīla Prabhupāda seguía siendo muy activo, animando a los devotos, escribiendo, predicando. Poco después de que llegasen los autobuses cargados de devotos, se puso otra vez muy enfermo. Su desbordante programa le agotaba, pero él continuaba.

Los miembros del GBC comenzaron su reunión anual de tres días, y todas las tardes veían a Prabhupāda. Escuchaba sus proposiciones y, después de hacer algunas modificaciones, las aprobaba. El punto final de la lista de resoluciones del GBC era que todos los templos de ISKCON celebrasen *kīrtanas* las veinticuatro horas del día, dada la enfermedad de Prabhupāda. Los devotos ya lo habían hecho en 1974, cuando Prabhupāda estuvo enfermo. «Sí —dijo Prabhupāda cuando oyó la resolución—, cantar es la única cura para todas las enfermedades.»

Casi dos semanas después, cuando aún estaba Śrīla Prabhupāda en Māyāpur, las noticias de la decisión de la audiencia de Nueva York aparecieron en la primera página del *The Times of India*. Al recibirlo, Tamāla Kṛṣṇa Goswami llevó inmediatamente un ejemplar a Prabhupāda, que estaba en su cuarto, y dijo a Tamāla Kṛṣṇa que lo leyera en voz alta.

EL MOVIMIENTO HARE KRISNA ES UNA RELIGIÓN AUTÉNTICA

Washington, 18 de marzo— El movimiento Hare Krisna fue aceptado ayer como religión «auténtica» por el Tribunal Supremo de Nueva York, que rechazó dos acusaciones contra los representantes del movimiento: «detención ilegal» y «tentativa de extorsión». Había presentado la denuncia un padre enojado, diciendo que su hijo y otro discípulo habían estado retenidos ilegalmente por el movimiento, y que se les había sometido a un lavado de cerebro. «El tema que se discute ante el tribunal —dijo el juez, al rechazar los cargos—, consiste en si las dos supuestas víctimas de este caso y los demandados podrán practicar la religión de su elección, y a esto hay que contestar con una afirmación rotunda.» El juez John Leahy dijo: «El movimiento Hare Krisna es una auténtica religión con raíces en la India, que se remontan a miles de años. Los señores Merril Kreshower y Edward Shapiro tenían derecho a seguir los dogmas de esa fe, y su derecho inalienable a hacerlo así no será pisoteado. La separación de

Iglesia y Estado debe mantenerse. Debemos continuar siendo una nación de derecho, no de hombres. La declaración y acusación del Gran Tribunal era un violación evidente de los derechos constitucionales de los demandados». El juez dijo que era opinión del tribunal que «la gente basa su caso en una premisa errónea, sin importancia, para llegar a una conclusión falaz. El auto está desprovisto de toda alegación específica de desfiguración alguna o de todo acto de engaño por parte de los demandados». El juez dijo: «La libertad de religión no puede reducirse porque sea poco convencional en creencias y prácticas, ni porque la aprueben o desaprueben las corrientes de la sociedad o de religiones más convencionales. Sin esta proliferación y libertad para seguir los dictados de la propia conciencia en esta búsqueda de acceso a Dios, la libertad de religión sería un derecho sin sentido, de acuerdo con lo estipulado en la constitución. En la tentativa, ya sea directa, bien intencionada o no, aparece un peligro claro y real para la base más fundamental y el derecho eternamente necesario de nuestros ciudadanos: la libertad de religión». El movimiento Hare Krisna ha estado bajo la presión de varios grupos, y se espera que este juicio termine con algunos de los hostigamientos a que ha estado sometido los últimos meses.

—Mi misión ha alcanzado el éxito —dijo Śrīla Prabhupāda—. Fui allí en 1965. Ahora lo han reconocido, después de doce años. Yo iba solo por la calle, con mis libros. A nadie le importaba... Kṛṣṇa siempre es maravilloso. Es la persona más maravillosa, y puede hacerlo todo maravillosamente. Śrīla Prabhupāda siguió haciendo observaciones elogiosas sobre la decisión del juez. Decía haber tenido miedo de que la causa pudiese durar catorce años, y no había durado ni siquiera catorce horas. Kṛṣṇa era tan maravilloso.

* * *

22 de marzo

Los devotos más antiguos presentes en Māyāpur pensaban que Śrīla Prabhupāda estaba demasiado enfermo para viajar y que debía quedarse allí para restablecerse. Además, los informes de Bombay eran contradictorios. Surabhī Swami, sabiendo que el apartamento de

Prabhupāda no estaba terminado, quería que le diesen más tiempo, y telegrafió a Prabhupāda rogándole que no fuese. Pero Girirāja y otros habían organizado un programa de conferencias para Śrīla Prabhupāda en un *paṇḍāl* en Azab Maidan en Bombay, y Girirāja había escrito invitando a Prabhupāda, quien consideró la oportunidad de predicar y decidió ir. Hizo que su secretario enviase un telegrama de Māyāpur a Bombay.

PRABHUPADA LLEGARÁ MARTES 13.50 HORAS
DISPONED HABITACIONES CUALQUIER CONDICIÓN.

Pero al llegar a Bombay, Prabhupāda estaba tan débil que no pudo bajar la escalera del avión, y el personal de la compañía dispuso que le hiciesen bajar por un ascensor hidráulico. Una vez en tierra, varios devotos le ayudaron a andar. Aunque se veía que estaba débil, sonrió alegremente al ver a los devotos que le esperaban en el aeropuerto.

Hare Krishna Land tenía una actividad intensa, con unos doscientos obreros aplicando sus diversas técnicas en la construcción del complejo del templo-hotel, bajo la dirección de Surabhī Swami y sus ayudantes. Una docena de canteros estaban cortando losas de piedra roja para recubrir la superestructura de cemento del hotel; casi cincuenta obreros del mármol estaban trabajando con escoplos y martillos, haciendo columnas y arcos en el templo; y los albañiles y decoradores trabajaban en el edificio del teatro. Buena parte del trabajo ya estaba terminada, pero todo parecía aún desnudo, como un esqueleto sin carnes. El hotel no tenía ventanas ni puertas ni, naturalmente, tampoco muebles ni cortinas, y el templo era más que nada una estructura sin terminar. Los equipos de obreros trabajaban con rapidez, concentrando su esfuerzo en las habitaciones de Śrīla Prabhupāda, en el piso más alto de una de las torres del hotel.

Al entrar Śrīla Prabhupāda en sus hermosas habitaciones de Hare Krishna Land, comentó que nadie podía sobrepasar a Surabhī Swami. «Creo que no tengo un sitio semejante para vivir en ningún lugar del mundo —dijo—. Los Angeles y Nueva York son grandes ciudades, y Londres, y París... pero nadie puede ofrecer un palacio tan regio y tan lujoso.»

Al ver cómo se había dispuesto el cuarto grande para simplificar las distintas actividades de Prabhupāda, éste dijo: «Es como mi cuarto del templo de Rādhā-Dāmodara. En un rincón escribo, en otro me siento a

descansar, en otro, tomo *prasādam*». La comparación era extraña, ya que el cuarto de Rādhā-Dāmodara era una celda diminuta, pero sin embargo, Prabhupāda las relacionó: el comienzo en Vṛndāvana y la culminación en Bombay. En cualquiera de los dos sitios, él era la misma persona, tomando un poco de *prasādam* humildemente, escribiendo sus libros, y planeando ambiciosamente la difusión de la conciencia de Kṛṣṇa.

Śrīla Prabhupāda habló con varios de sus discípulos y con el Dr. Sharma sobre sus tareas diarias en Bombay. Dijo que bajaría para el *darśana* de la Deidad y que daría una conferencia una vez por semana, los domingos. En ocasiones especiales recibiría alguna visita, pero pocas veces. «En general —dijo—, la gente viene de visita y dice: "¿Cómo está usted? ¿Cómo se encuentra?" y se queda hasta media hora. ¿Para qué sirve gastar así el tiempo? "¿Cómo está usted?" Todos saben que no estoy bien.»

—Pues entonces, que vengan a la sala del templo por las mañanas —dijo Tamāla Kṛṣṇa Goswami.

—Sí —dijo Prabhupāda—. Si realmente quieren verme, voy a estar allí. Podrán verme durante media hora. En cuanto a la charla, no hace falta hablar: "¿Cómo está usted? ¿Cómo se encuentra?". Eso no es hablar.

—En lugar de esto —dijo Gargamuni Swami—, pueden comprar algunos de sus libros aquí abajo.

—Sí —dijo Prabhupāda, aprobando con la cabeza—. Esto es perder el tiempo. Quiero terminar con ello, el contestar a todas estas cosas, "¿Cómo está usted?". —Ahorrando tiempo y energía, dijo, podría trabajar escribiendo libros. Los devotos le aseguraron que todos comprenderían este plan, y estarían contentos de que trabajase en el Décimo Canto.

—Creo que podré trabajar desde hoy —declaró Prabhupāda—. Ahora tengo un cuarto espléndido y plena libertad. Así que no tendré dificultades.

Sobraba decir que Prabhupāda no daría ningún paseo por la mañana. Todos los que estaban en el círculo personal de Śrīla Prabhupāda habían llegado a aceptar una nueva forma de vida, sin paseos matinales y con muy pocas clases. Alguno propuso que quizás le gustase a Prabhupāda pasear por la terraza, pero hasta eso les pareció excesivo.

Prabhupāda trataría de evitar ciertos asuntos de dirección, aunque con frecuencia en vano, como lo referente a los plazos para terminar el trabajo de construcción en Bombay. Él podía oír el ruido de los trabajos, que a veces era fuerte, pero era la lentitud lo que le molestaba. A veces, pasaba

horas en silencio, y después le decía a su sirviente o a su secretario que estaba muy preocupado por la tardanza. «Sois trabajadores sinceros —dijo Prabhupāda a los devotos encargados de la obra—, pero sin inteligencia. Puedo ver que estos trabajos no marchan. ¿Tengo que cerrar los ojos? Podría hacerlo, pero soy un hombre sensible. ¿Cómo voy a cerrar los ojos? Todos ellos están dando excusas.»

Śrīla Prabhupāda no tenía un doctor fijo. De vez en cuando, se presentaba un *kavirāja* para dar un diagnóstico y alguna medicina. Pero Prabhupāda no le hacía mucho caso. No consideraba a aquellos *kavirājas* muy competentes, y si la medicina sabía a amargo o tenía algún efecto desagradable, dejaba de tomarla. Todo dependía de Kṛṣṇa, y ningún doctor lo podía cambiar. Prabhupāda mencionó los méritos relativos de las medicinas ayurvédica y homeopática, pero como cualquier otro tema terrenal, la medicina era algo por lo que tenía poco interés.

Los días pasaron tranquilamente, con suaves brisas agradables cruzando siempre el cuarto de Śrīla Prabhupāda. Conservaba la inteligencia siempre aguda y despierta, pero su salud no mejoraba. Bhavānanda Goswami había ido desde Māyāpur y había estado sirviendo personalmente a Śrīla Prabhupāda, pero debía volver a Bengala por importantes obligaciones de predicación. Śrīla Prabhupāda decía que, sin duda, Bhavānanda era el mejor para dar masaje y cuidar personalmente a su maestro espiritual. Pero las obligaciones de un servidor personal no eran tan importantes como la predicación.

Śrīla Prabhupāda mencionaba repetidamente que los líderes de ISKCON debían prepararse para seguir sin su dirección personal. Un día estaba recordando algunos de los incidentes de su primer año en Nueva York, cuando de pronto, comenzó a hablar del futuro. «No lo echéis a perder —dijo—. Ahora depende de vosotros, mis discípulos más antiguos. Puedo separarme de vosotros. No tengo buena salud. Soy viejo. No hay que sorprenderse. Ahora vosotros, jóvenes del GBC, sois americanos, expertos. Tenéis toda la inteligencia. No lo echéis a perder. Que el movimiento siga hacia adelante. Tenéis muchos sitios magníficos. No seáis demasiado ambiciosos. Incluso si yo me voy, ¿qué puede pasar? He dado mis ideas y mi orientación en mis libros. No tenéis más que verlo. Creo que he puesto mi granito de arena, ¿no? ¿Os lo parece o no?»

—Sí, usted lo ha hecho todo. Sin embargo, queremos todo el *Bhāgavatam*, Śrīla Prabhupāda.

—Eso se hará —dijo Prabhupāda—. Aunque no esté completo, no se pierde nada. Vosotros sois competentes. Podéis encargarnos de ello. Ahora podéis encargarnos de todo el dinero, y dejarme libre de toda administración. Lo único que os pido es que no lo echéis a perder. A veces os he reñido, para que no lo echéis a perder.

Prabhupāda dijo que le haría feliz ver que las cosas marchaban sin tropiezos bajo sus líderes de ISKCON. «Y yo seguiré escribiendo libros. ¿Os parece bien?» Dijo que no necesitaba comer ya más. Puesto que no tenía actividades físicas, no había por qué tomar una comida de *capātīs* y arroz.

Girirāja manifestó que para los devotos de Prabhupāda era una satisfacción verle comer y saborear *prasādam*. Pero Śrīla Prabhupāda no hizo caso de esto, y dijo que el cerebro podía seguir activo nada más que con algo de fruta o incluso leche.

Esta actitud, como hablar de retirarse y ayunar, y hasta aludir a su partida de este mundo, era sólo ocasional. Era real, práctica y seria, pero enseguida volvía la atención hacia otras cosas, prometiendo ocuparse continuamente de sus discípulos, del movimiento y del mundo. Después de una breve racha de estos temas, volvía a comentar ferozmente las locuras de científicos y políticos.

Śrīla Prabhupāda hablaba a veces de irse a un lugar mejor para la salud. Estaban en mayo, y en Bombay hacía mucho calor. Pronto llegaría el monzón. Había pensado irse a Cachemira, donde el aire y el agua tenían fama de ser buenos para la salud; pero no se pudo encontrar allí un alojamiento apropiado, y hacía demasiado frío. Entonces, un día, recibió la visita de Sriman Narayan, ex-gobernador de Gujarat.

—Tiene que cuidarse —dijo Sriman Narayan—. Espero que se ponga mejor.

—Oh, esto no es más que una máquina vieja —rió Prabhupāda—. Cuanto más la cuidas, más empeora. Pero mi trabajo no acaba nunca. Sigue en marcha. Mi trabajo principal es escribir estos libros, y esto continúa.

—También había allí otros visitantes indios, que comenzaron a recomendar lugares indicados para la salud: Srinagar, Cachemira, Dehradun, Masouri, Simla, Hardwar.

—Sí, el agua de Hardwar es buena —dijo Sriman Narayan—, pero mejor que eso sería Hṛṣīkeśa, donde nace el Ganges. En cualquier sitio a orillas del Ganges, el agua será muy buena. Vamos a arreglarlo así. —Desde aquel momento se decidió que había que ir a Hṛṣīkeśa,

y Prabhupāda se preparó para salir de Bombay en una semana.

* * *

La primera semana en Hṛṣīkeśa fue idílica, celestial, con un tiempo perfecto y con esperanzas de que Prabhupāda comiese y se recuperase. Pero a los ocho días, por la noche, descargó una tormenta muy violenta, y con la tormenta, un cambio drástico en la salud de Prabhupāda. Decía que el fin estaba próximo, y pidió ir inmediatamente a Vṛndāvana, por si acaso Kṛṣṇa quería que dejase el mundo sin tardar.

Los devotos que fueron a Hṛṣīkeśa habían estado muy animados, y también lo había estado Śrīla Prabhupāda. Al cruzar el Ganges en barca, Prabhupāda había querido beber agua recogida del centro del río. Le había gustado el alojamiento que le proporcionó su anfitrión, y hasta había ido a la cocina para enseñar a cocinar a sus discípulos. Se había corrido la voz por la ciudad de turismo y peregrinación de que A. C. Bhaktivedanta Swami estaba allí, y Prabhupāda había accedido a celebrar un *darśana*, diariamente, de cinco a seis de la tarde. El cuarto había estado siempre lleno a aquella hora con cuarenta o cincuenta personas, incluyendo hippies y buscadores occidentales, y también indios de peregrinación, o de vacaciones. Aunque la voz de Śrīla Prabhupāda era débil en extremo, hablaba con fuerza, insistiendo en la *Bhagavad-gītā tal y como es*.

Al hacerle preguntas un hippy americano en tono escéptico, Prabhupāda replicó: «Tú no puedes comprender porque estás loco». Y cuando una dama presentó la beneficencia material como el bien más elevado, Prabhupāda dijo: «Su compasión es tan válida como soplar en un forúnculo para curarlo».

Sólo había unos pocos discípulos con Prabhupāda en Hṛṣīkeśa, y concluyeron que aquello era un tratamiento maravilloso. No sólo dirigía Prabhupāda la confección de platos, sino que contaba historias mientras cocinaba. Decía que solamente un perezoso sería incapaz de cocinar, y entonces contó una historia bengalí, la historia de un perezoso, para ilustrar su afirmación. Hubo un rey que decidió que todos los perezosos de su reino fuesen a la casa de caridad para que les diesen de comer. De manera que se presentaron muchos proclamando: «Yo soy un perezoso». El rey dijo entonces a su ministro que prendiese fuego a la casa de caridad, y todos, menos dos, salieron corriendo de la casa en llamas. Uno de los dos dijo: «Tengo la espalda muy caliente con el fuego». Y el otro le aconsejó: «Pues vuélvete del otro lado». El rey dijo entonces: «Ésos son verdaderamente

perezosos. Dadles de comer».

Pero el 15 de mayo por la tarde, Śrīla Prabhupāda no pudo dormir ni trabajar con su dictado. La tormenta, anuncio de la estación de las lluvias, dejó sin energía eléctrica la ciudad de Hṛṣīkeśa. Como los ventiladores no funcionaban y como hubo que cerrar las ventanas a causa del viento, en el cuarto hacía mucho calor.

A las cinco de la mañana, Śrīla Prabhupāda llamó a Tamāla Kṛṣṇa Goswami y le dijo que se sentía débil. Tamāla Kṛṣṇa dio masaje a Prabhupāda durante una hora. Ni al amanecer disminuyó el viento, que levantaba mucha arena.

La tormenta y el apagón continuaron la noche siguiente. Tamāla Kṛṣṇa preguntó a Prabhupāda por la hinchazón de sus manos y pies, y él contestó molesto: «¿Por qué te inquietas? Es *mi* cuerpo, y yo no me preocupo. —Pero después añadió—: Desde el punto de vista material, no está bien. Por favor, piensa en lo que se puede hacer en el GBC para que, en mi ausencia, todo vaya bien. Haz un testamento y lo firmaré». Hablaba muy claro de cosas a las que antes solamente había aludido.

De pronto, a la una y media, Prabhupāda tocó el timbre, y Tamāla Kṛṣṇa y Kṣīracora-gopīnātha acudieron. Desde dentro de su mosquitera, dijo: «Ya os lo decía, los síntomas no son buenos. Quiero ir inmediatamente a Vṛndāvana». Si le había llegado el momento de dejar este mundo, dijo, que fuera en Vṛndāvana. Como quería marchar inmediatamente, los devotos pasaron la noche en pie, haciendo el equipaje y preparando la marcha. No había plazas en el tren, de manera que decidieron ir en coche.

* * *

Al dejar la carretera de Delhi a Agra, Śrīla Prabhupāda vio por primera vez el hito de piedra que decía: «Bhaktivedanta Swami Marg». Al poco tiempo se encontraron con Guṇārṇava, que estaba esperando con una motocicleta, y que se adelantó alegremente para decir a los devotos del Krishna-Balaram Mandir que Śrīla Prabhupāda estaba llegando. A la entrada del templo se había reunido un gran grupo de *kīrtana*, con todos los niños del *gurukula*, para recibir a Prabhupāda cantando y bailando. Cuatro devotos llevaron a Prabhupāda en un palanquín a la sala del templo, donde él presentó sus respetos a los dos Señores, Kṛṣṇa y Balarāma. Después de la ceremonia del *ārati* en honor de Śrīla Prabhupāda, él habló brevemente a los devotos reunidos.

—Si muero —dijo—, que muera aquí. —Al ver su semblante y oírle decir aquellas inesperadas palabras, algunos de los devotos comenzaron a llorar. —De manera que —continuó—, no hay nada nuevo que decir. Todo lo que tengo que decir, ya lo he dicho en mis libros. Ahora, tratad de comprenderlo, y continuad vuestros esfuerzos. Que yo esté presente o no, poco importa. Lo mismo que Kṛṣṇa vive eternamente, el ser viviente también vive eternamente, pero *kīrtir yasya sa jīvati*. El que ha prestado servicio al Señor vive para siempre. Por eso se os ha enseñado a servir a Kṛṣṇa. De manera que, con Kṛṣṇa, nuestra vida es eterna. La desaparición temporal del cuerpo no importa. El cuerpo está destinado a desaparecer. Así que vivid para siempre, sirviendo a Kṛṣṇa.

Después de un día en Vṛndāvana, Śrīla Prabhupāda escribió:

Estaba en Hrsikeshā esperando mejorar de salud, pero al contrario, me he quedado más débil. Ahora he vuelto a mi hogar, Vrindavan. Si algo va mal, por lo menos estaré aquí, en Vrindavan.

Śrīla Prabhupāda llamó a Tamāla Kṛṣṇa Goswami: «Hay dos cosas —dijo—, tratar de sobrevivir y prepararse para morir. Es mejor planear para lo peor. Dispón que haya siempre tres o cuatro hombres conmigo. Haced *kīrtana* y leed el *Bhāgavatam* continuamente. Voy a tratar de comer poco. Parīkṣit Mahārāja no tomó ni agua siquiera».

Ante la actitud de Śrīla Prabhupāda, Tamāla Kṛṣṇa aludió a la necesidad de hacer testamento, a lo que Prabhupāda accedió.

El testamento no se haría en la actitud de que había llegado el final, sino en el estado de ánimo de «repararse para lo peor». Con ello se terminaban algunas cosas, de manera que no hubiera que hacerlas en el último momento. A Prabhupāda le interesaba que su movimiento continuase con toda seguridad, con todas las propiedades de ISKCON en posesión de sus discípulos dentro de la institución, y todas sus enseñanzas puestas en claro para el futuro. Estos extremos debían resolverse entonces, por un testamento, y los hombres del GBC debían reunirse en Vṛndāvana para tomar aquellas últimas decisiones y para estar con él.

Tamāla Kṛṣṇa quería estar seguro de que Prabhupāda quería realmente que fuesen todos los hombres del GBC de todo el mundo. Sería costoso y problemático, de manera que quería estar seguro de que Prabhupāda lo quería realmente. Cuando Śrīla Prabhupāda aseguró que sí lo quería,

Tamāla Kṛṣṇa, que entendía que su servicio era actuar según quisiera Śrīla Prabhupāda, también habló en favor de la idea.

—Puesto que le quieren —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, estoy seguro de que todos querrán venir y estar con usted».

—Vuestro amor por mí —dijo Śrīla Prabhupāda—, se verá por cuánto cooperéis para mantener esta institución unida cuando yo me haya ido.

Se avisó a todos los secretarios del GBC del mundo. Śrīla Prabhupāda podía partir muy pronto, y quería que estuviesen con él en Vṛndāvana. En cuanto pudieron, los secretarios del GBC dejaron sus obligaciones y fueron a verle.

Los secretarios del GBC tuvieron una reunión y decidieron que además del testamento de Prabhupāda, que aseguraría las propiedades de ISKCON, y además de garantizar todas las cuentas bancarias de ISKCON, había también varias cuestiones que debían plantear a Prabhupāda, antes de que fuese demasiado tarde. Estas cuestiones, como por ejemplo cómo iban a iniciarse los futuros discípulos, necesitaban una respuesta; de otra manera, se convertirían en una fuente de especulación y confusión tras la partida de Śrīla Prabhupāda.

Un comité elegido entre el GBC fue ante Śrīla Prabhupāda, que estaba sentado en la cama, en el cuarto principal de la planta baja. Satsvarūpa dāsa Goswami iba a ser el portavoz, pero se sentía tímido e inquieto. Ir directamente ante Śrīla Prabhupāda y preguntarle lo que había que hacer cuando hubiese abandonado este mundo, podía parecer una impertinencia. Pero era necesario. El mismo Śrīla Prabhupāda había pedido que el GBC fuese a Vṛndāvana para ocuparse precisamente de este tipo de cosas.

—Śrīla Prabhupāda —dijo Satsvarūpa—, el resto del GBC nos han rogado que vengamos para preguntar varias cosas. Estos son los miembros del primer GBC tal como usted lo organizó al principio. Nuestra primera pregunta se refiere a los miembros del GBC. Quisiéramos saber cuánto tiempo deben estar prestando este servicio.

Śrīla Prabhupāda habló despacio y profundamente: «Deben estar para siempre. Los hombres de calidad se eligen para no cambiarlos. Más bien, si se encuentra a alguien competente, habrá que incluirle también».

Satsvarūpa preguntó lo que había que hacer si un miembro del GBC dejaba el cargo, y Prabhupāda dijo que la mayoría del GBC debía elegir a otro. «La pregunta siguiente —continuó Satsvarūpa—, se refiere a la iniciación en el futuro, sobre todo cuando usted ya no esté entre nosotros. Queremos saber

cómo deben llevarse a cabo las primeras y segundas iniciaciones.»

—Sí —dijo Śrīla Prabhupāda—, propondré a algunos de vosotros. —Lo que él ya había descrito muchas veces en sus significados de Bhaktivedanta, se aplicaba en aquel momento: Sus discípulos serían *gurus*, y aceptarían a sus propios discípulos.

Satsvarūpa preguntó después acerca del BBT. «Ahora —dijo—, no se publican obras traducidas sin que usted lo vea y lo apruebe. Así que la pregunta es: ¿Hay algún sistema para la publicación de obras en el futuro, obras que usted no haya visto?»

—Eso lo tenemos que examinar con atención —contestó Prabhupāda.

Aceptó el principio de que obras futuras podrían traducirse del sánscrito, pero advirtió: Pero entre mis discípulos, no creo que haya muchos que puedan traducir apropiadamente.

Śrīla Prabhupāda continuó especificando las cualidades especiales para traducir obras literarias *vaiṣṇavas* del sánscrito. Debe ser un alma que haya alcanzado la perfección, dijo. «De lo contrario, sólo imitar, A-B-C-D, no servirá de nada. A la gente le gustan mis significados porque están presentados como experiencia práctica. Esto no se puede hacer a menos de ser una alma que comprenda su verdadero yo.»

Śrīla Prabhupāda ya había dado las líneas generales de su testamento a Tamāla Kṛṣṇa Goswami. El GBC sería la principal autoridad de gobierno de ISKCON. Se asignarían tres administradores a cada propiedad de ISKCON. El GBC debía hacer un borrador completo y legalizar el testamento.

Para Śrīla Prabhupāda, un testamento significaba la protección para su ISKCON. Como Śrīla Prabhupāda había explicado, un devoto no tiene el menor matiz de egoísmo, todo es para Kṛṣṇa. Pero en su pureza, no debe ser ingenuo. ISKCON era una grande y creciente organización con propiedades y dinero, destinados en un cien por cien al servicio devocional de Kṛṣṇa. Śrīla Prabhupāda exhortó al GBC a que fuese cuidadoso.

En momentos como aquél, estaba especialmente claro que se acercaba el día en que los hijos de Prabhupāda debían crecer y conducir, dirigir, proteger y ampliar su asociación por sí mismos. Aquélla podía ser su última oportunidad de aprender directamente de él, y de estar cerca de él para cantar el santo nombre y dedicarse totalmente a cumplir sus deseos referentes a ISKCON.

Pocos días más tarde, la versión final de la «Declaración de Testamento» se certificó por un notario. Los miembros del GBC, cada uno de los cuales

tenía acuciantes obligaciones de dirección y administración en sus zonas respectivas, comenzaron a sentir la necesidad de volver a sus puestos. Cuando alguno de ellos manifestó sus planes de volver a sus zonas de trabajo, Prabhupāda les dio permiso para ello. Habían pasado juntos una semana, y después, uno a uno comenzaban a dispersarse. Otra semana más, y la mayor parte había dejado Vṛndāvana. Śrīla Prabhupāda y su reducido personal se quedaron, y continuó el canto permanente, ejecutado por los devotos del templo de Krishna-Balaram.

* * *

En Vṛndāvana, al llegar junio, hacía mucho calor. El cielo, que había estado azul claro, se volvió indefinido cuando llegó la primera humedad. Entre mediodía y las cuatro de la tarde, el suelo estaba demasiado caliente para andar descalzo, y los residentes de Vṛndāvana se quedaban en casa, confinando la mayor parte de su actividad, bien a la mañana o al final de la tarde y a la noche. Hasta comer se había excluido de las horas del mediodía, ya que el calor quitaba el apetito. El Yamunā estaba casi seco y caliente, y daba poco alivio. Las vacas estaban flacas por falta de hierba y de pienso; algún que otro viento abrasador levantaba nubes de polvo. Las moscas y los mosquitos morían en el aire. Uno de los pocos rasgos agradables del verano era la fragancia de las flores de *bel*, que trepaban por las tapias que rodeaban el jardín de Prabhupāda, creciendo como podían en el calor seco. En los primeros días de junio, Śrīla Prabhupāda experimentó alguna esperanza de recuperación. Pidió recomenzar sus paseos matutinos, y cuando le sacaban del coche, decía: «Pronto bajaré y andaré yo solo». Su viejo amigo de Allahabad, el Dr. Ghosh, fue y diagnosticó su enfermedad como ansiedad por los devotos del movimiento para la conciencia de Kṛṣṇa. Śrīla Prabhupāda asintió. Pero no siguió las órdenes del doctor, puesto que incluían tomar la tensión sanguínea con regularidad, y tomar varias medicinas y tratamientos especiales. Pero cuando le daban masaje sus sirvientes, le parecía que mejoraba. A este paso, decía, estaría bien al cabo de mes y medio. Pero insistió: «No dejaré Vṛndāvana hasta que esté bien».

* * *

Julio llevó la estación de las lluvias a Vṛndāvana. A primeros de mes aparecieron las nubes, y a mediados llovía a diario. El aire estaba cargado del perfume de la flor de *kadamba*, y después de llover, las flores de *nīm*

daban su olor como de cebolla. Los pavos reales, con sus hermosos plumajes, estaban extasiados, danzando, arrullando y gritando. A veces caía de pronto un chaparrón, cuando Śrīla Prabhupāda estaba en su cama, o en su escritorio en alguna parte descubierta de la galería, y sus sirvientes salían corriendo para llevarle dentro de la casa lo más rápidamente posible. A veces, cuando la lluvia le impedía estar en el jardín, se quedaba recostado en el porche. Pero al menos, el calor de 50 grados se había interrumpido, y los días eran más llevaderos.

Prabhupāda descansaba tranquilamente y seguía su vida acostumbrada, esperando ver lo que quería Kṛṣṇa. Con frecuencia, se despertaba hacia las seis de la mañana, y abría los ojos para ver a Tamāla Kṛṣṇa al lado de la cama. Entonces extendía las manos, indicando que quería sentarse. Tamāla Kṛṣṇa o algún otro sirviente le daban unos golpecitos en la espalda, mientras Śrīla Prabhupāda explicaba sus pensamientos.

Muy pocos devotos visitaban Vṛndāvana, y pocas veces se permitía a las visitas que viesan a Prabhupāda. Su salud no mejoraba ni tampoco parecía que fuese a haber crisis, como había ocurrido en mayo. Pero como apenas comía nada, no se fortalecía su resistencia. Su tratamiento principal consistía en escuchar *kīrtanas*, el *Śrīmad-Bhāgavatam* y el *Caitanya-caritāmṛta*.

Julio fue un buen mes para el trabajo de Śrīla Prabhupāda sobre el *Śrīmad-Bhāgavatam*. Siguió dictando por la mañana temprano y por la tarde, completando los capítulos Ocho y Nueve del Canto Décimo.

Era un placer muy grande hacer esto. Trabajando en el *Śrīmad-Bhāgavatam*, trascendía totalmente su condición física, a pesar del acompañamiento de las palpitations del corazón y a pesar de su voz apagada y de la debilidad general. Hasta sentarse era difícil, y sin embargo, una vez comenzado el trabajo, nada podía detenerle.

Hablando en el micrófono manual de su dictáfono, olvidándose de su condición física, Prabhupāda describía con paciencia y metódica-mente, de qué manera celebró Gargamuni, sacerdote de la familia de Nanda Mahārāja, la ceremonia de poner nombre al niño Kṛṣṇa. En sus significados, Śrīla Prabhupāda hablaba con frecuencia de sus experiencias y vivencias personales.

A veces, sentado al aire libre de la madrugada, en la galería del primer piso, y a veces en el calor húmedo de la tarde luminosa, Śrīla Prabhupāda

trabajaba, explicando el ilimitado conocimiento védico, lo mismo que sus predecesores los Gosvāmīs y Kṛṣṇadāsa Kavirāja habían hecho cuando adoraban a Kṛṣṇa y a Śrī Caitanya en Vṛndāvana. Sin embargo, Śrīla Prabhupāda era el primer gran *ācārya* que ponía la literatura de la conciencia de Kṛṣṇa al alcance de la gente de todos los países del mundo, cualquiera que fuese su nacimiento o lo que hubiese sido previamente. Incluso mientras componía los últimos capítulos del *Śrīmad-Bhāgavatam*, miles de jóvenes, chicos y chicas, trabajaban en su nombre para predicar al mundo el mensaje védico. En realidad, sus discípulos sabían muy bien que Śrīla Prabhupāda estaba escribiendo los significados del Décimo Canto en Vṛndāvana, y rogaban a Śrī Kṛṣṇa que le permitiese continuar por muchos años, para que pudiera completar el *Śrīmad-Bhāgavatam* entero.

A Śrīla Prabhupāda le preocupaba que lo que escribía se publicase y se distribuyese; era su servicio a su Guru Mahārāja. Y tuvo una gran satisfacción cuando supo que la distribución de libros iba en aumento por todo el mundo. Harikeśa Swami, el GBC del norte y del este de Europa, informó que estaba editando una gran cantidad de libros en trece idiomas. Nada más oír el comienzo del informe, Śrīla Prabhupāda exclamó: «¡Todas las bendiciones de Bhaktisiddhānta Sarasvatī Mahārāja sean sobre ti! Tú eres el nieto más importante de Bhaktisiddhānta Sarasvatī. Sigue haciendo lo mismo».

De una manera semejante, Śrīla Prabhupāda apremió al secretario de su GBC en la India, Gopāla Kṛṣṇa, para que produjese los libros en hindú más deprisa y en mayores cantidades. Cada vez que iba Gopāla Kṛṣṇa a visitar a Śrīla Prabhupāda sin una nueva publicación, Prabhupāda le reprendía por su lentitud. Gopāla Kṛṣṇa, por tanto, comenzó una política de visitar a Prabhupāda solamente cuando tenía un nuevo libro para presentarle. A mediados de julio, cuando Gopāla Kṛṣṇa le llevó un ejemplar del *Śrīmad-Bhāgavatam*, Primer Canto, Segunda Parte, en hindú, Śrīla Prabhupāda lo aceptó con satisfacción y dijo: «Por dos veces, a menos de traer algún libro, no viene, porque siempre le reprocho preguntándole: "¿Dónde está el libro? ¿Dónde está el libro?"».

Hacia finales de julio, pareció que la salud de Prabhupāda empeoraba de nuevo. Y de nuevo mencionaba que el fin podía llegar en cualquier momento.

Tamāla Kṛṣṇa había estado haciendo de secretario personal de Prabhupāda durante seis meses seguidos, y se había convertido en los ojos y en los oídos

de Prabhupāda y en su portavoz, sobre todo para tratar de asuntos de la dirección de ISKCON. Y también se había convertido en su confidente personal, ayudando a Śrīla Prabhupāda en sus sentimientos trascendentales. Como sirviente sincero, comenzó entonces a proponer un remedio diferente. Śrīla Prabhupāda había sentido y manifestado recientemente una intensa devoción hacia sus discípulos y su predicación. Entendiendo esto como una señal, Tamāla Kṛṣṇa propuso que si Prabhupāda pudiera ir a Occidente y estar allí con sus discípulos, encontraría nueva vida.

—Pero si muero —dijo Prabhupāda—, quiero que sea en Vṛndāvana.

Tamāla Kṛṣṇa replicó que Śrīla Prabhupāda no tenía que pensar en morir. Si fuese de viaje por Occidente, viese allí a los devotos, tomase *prasādam* hecho con los productos de las fincas de ISKCON, era seguro que entonces reaccionaría a aquella devoción y recobraría el apetito y la fuerza.

Tamāla Kṛṣṇa le alentaba: «Cuando esté allí, con tantos devotos que están dando su vida por difundir la conciencia de Kṛṣṇa y por ayudarle, le dará mucho entusiasmo. Y no tendrá que hablar mucho. Es su presencia, que vea a los devotos y que ellos le vean a usted. Así que, en este sentido, no será agotador. Además, ahora el clima es muy bueno... agosto... en Londres. Es un buen momento».

Prabhupāda se volvió hacia Upendra y dijo: «Lo que dice hace que me sienta diferente. Sólo con oírle estoy entusiasmado».

—Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, al ir a Occidente, yo sé que se repondrá.

—Que Kṛṣṇa escuche tus palabras —dijo Śrīla Prabhupāda.

En julio de 1977 había comenzado una época especial para los hindúes piadosos, y la gente de Vṛndāvana pasaba más tiempo que de ordinario leyendo las Escrituras y visitando lugares santos. Así que a finales de julio, cuando los árboles y los arbustos se refrescaban y echaban hojas verdes, los peregrinos iban a montones a Vṛndāvana y al Krishna-Balaram Mandir. A pesar del barro y de la lluvia, muchos de ellos estaban alborozados, liberados del calor opresivo, a la espera del Jhulana-yātrā, el festival del columpio de Rādhā-Kṛṣṇa. Jhulana-yātrā era el mayor festival de Vṛndāvana, y aquel año caía a mediados de agosto.

Los periódicos locales daban informes sobre la salud de Śrīla Prabhupāda, y por todo Vṛndāvana y las aldeas cercanas había un auténtico interés por su

estado. Por tanto, debido a que era la época del festival y también por el interés por Śrīla Prabhupāda, había mucha gente que iba al Krishna-Balaram Mandir. Los que iban a las nueve de la mañana llegaban a ver a Śrīla Prabhupāda cuando iba para su *darśana* matinal de las Deidades. Pero Śrīla Prabhupāda aún no tenía apetito, y apenas había comido durante las últimas seis semanas. Ya no tenía regularidad para dormir, para que le diesen masaje, ni para sentarse a traducir. Sintiendo que estaba atravesando un momento crítico, había dado permiso para que los devotos de todo ISKCON recitasen una sencilla plegaria:

«Mi amado Śrī Kṛṣṇa, si lo deseas, dignate curar a Śrīla Prabhupāda.» Todas las mañanas iba regularmente ante las Deidades. Con sus gafas oscuras y erguido en su mecedora, ponía las manos juntas en actitud de orar, mientras dos hombres, uno delante y otro detrás, le llevaban con cuidado en la mecedora, desde su cuarto a la sala del templo. Colocaban la silla, primero ante las Deidades de Gaura-Nitāi, y después, ante Kṛṣṇa-Balarāma, y más tarde ante Rādhā-Śyāmasundara. Después le llevaban al centro del patio, debajo del árbol *tamāla*, y colocaban la silla sobre el mármol del suelo a cuadros blancos y negros.

Śrīla Prabhupāda se sentaba frente a Kṛṣṇa y Balarāma, los devotos se sentaban en torno suyo, y comenzaban un *kīrtana*. Al comienzo del *kīrtana*, dos niños del *gurukula* se levantaban y llegaban ante él, comenzando entonces a bailar con los brazos en alto, con sus *cādars* de algodón meciéndose de un lado a otro. Prabhupāda no solía hablar, ni siquiera sonreír, pero a los pocos minutos daba sus guirnaldas a un devoto, que las ponía al cuello de los dos bailarines. Al poco rato, salían otros dos niños, y los primeros les ponían a ellos las guirnaldas que habían recibido de Prabhupāda, y se sentaban. Durante media hora, seguía la danza y el canto. Algunos visitantes del templo se reunían allí, y muchos de ellos ofrecían dinero que depositaban a los pies de Prabhupāda, que descansaban sobre un cojín de seda bordada.

Śrīla Prabhupāda se inclinaba cada día más a ir a Occidente. «Si pudiese trabajar un poco más —decía—, nuestra sociedad sería muy fuerte. Me gustaría ver que lo que he hecho se va reforzando».

Sin embargo, las alusiones que hacía Prabhupāda al viaje coincidían con una creciente debilidad. Hablaba menos. Cuando Tamāla Kṛṣṇa trataba de animarle a traducir, contestaba: «Cuando esté inspirado, lo reanudaré. No

intentos forzarme. Estoy atravesando una temporada difícil y me siento inquieto. No es algo mecánico».

Los peregrinos de Jhulana-yātrā eran en su gran mayoría aldeanos. Muchos venían de Rajasthan, hombres y mujeres con ropas de vivos colores, las mujeres con pesados brazaletes y pulseras de oro y plata, que sonaban al andar descalzas por las calles. El número de *sādhus* mendicantes también aumentó, y era algo corriente verles con sus cuerpos cubiertos de cenizas o de barro, marcados con *tilaka* de colores vivos. El Yamunā se había desbordado en muchos lugares, y su corriente era demasiado rápida para bañarse o nadar. Miles de visitantes iban al Krishna-Balaram Mandir, que era uno de los templos más populares de toda la India del norte. El *ārati* de la tarde en el Krishna-Balaram estaba tan concurrido, que los devotos residentes no podían asistir a él, y debían quedarse al fondo del patio, al borde de una apretada multitud que se daba empujones. Algunos de los niños del *gurukula* recibían a los que llegaban con la revista *Back to Godhead* en hindú, distribuyendo cada muchacho doscientos o trescientos ejemplares por noche. Śrīla Prabhupāda se alegraba de oírlo.

Llegó un informe de Abhirāma desde Calcuta diciendo que, finalmente, se había obtenido el pasaporte para Śrīla Prabhupāda, y que el Consulado Americano le ayudaría a obtener la tarjeta verde para los Estados Unidos. Tamāla Kṛṣṇa subió corriendo para decirselo a Prabhupāda: «Hay muy buenas noticias». Śrīla Prabhupāda estaba acostado en la cama, pero cuando oyó las noticias comenzó a aplaudir lentamente, diciendo: «¡Dame buenas noticias y manténme vivo!». Comenzó a pensar en Londres: «Las Deidades de Rādhā-Kṛṣṇa de Londres son tan bonitas —decía—. Rādhā-Londonīśvara... Es un muchacho inocente. —Śrīla Prabhupāda pensó en el Bhaktivedanta Manor—. Aquel césped delante de mi cuarto es magnífico —dijo. Me parece que vienen buenos tiempos».

* * *

Cuando Prabhupāda llegó a Londres, sus discípulos se llevaron una gran impresión. Nunca hubiesen podido imaginar que estuviese tan delgado, ni que nadie pudiese viajar en semejantes condiciones. Para los devotos que habían ido al aeropuerto a esperarle, fue una experiencia que les partió el

corazón. Hasta los que habían tenido noticias de la situación de Prabhupāda en Vṛndāvana, no estaban preparados emocionalmente para un cambio semejante. Prabhupāda seguía tan trascendental como siempre, o incluso más que nunca, pero los devotos estaban asombrados de verle tan diferente. Parecía un sabio poderoso que se hubiese sometido a severas y largas austeridades por el bien de la humanidad, y que hubiese trascendido su propio cuerpo, aunque viviese en él. La visita de Śrīla Prabhupāda a Londres dio a sus devotos gran confianza en su recuperación.

Śrīla Prabhupāda tenía el proyecto de ir a América poco después de Janmāṣṭamī, que caía el 6 de septiembre, dos semanas después de su llegada al Reino Unido. «Quiero vivir un poco más —decía—, para perfeccionarlo todo un poco más».

—¿Va a hacer esto alentando a los devotos al estar con ellos? — preguntó Tamāla Kṛṣṇa—, ¿o tiene un plan específico?

—Un plan específico —dijo Śrīla Prabhupāda—. Quiero introducir el *varṇāśrama*. En nuestra finca de Pensilvania, el mayor problema de la vida está resuelto: la alimentación. —Pensaba que establecer el modelo del sistema social védico en las comunidades agrícolas de ISKCON era una parte incompleta de la misión de su vida. Pero, después de estar en Londres dos semanas, el día después de celebrar su cumpleaños, su salud empeoró de pronto. Era su primera crisis desde que llegó al Reino Unido, y de pronto, cambiaron sus planes. En lugar de seguir hacia los Estados Unidos, como había pensado, ahora pedía que le llevaran a la India. Hablaba de Bombay. —Si vivo unos pocos días más, quisiera ver la inauguración del templo de Bombay. Podemos esperar aquí, y después, ir en avión a Bombay. He trabajado mucho para conseguirlo. Si veo la inauguración y muero, será una muerte muy tranquila. Y si vivo, entonces puedo volver aquí.

Śrīla Prabhupāda fue a Bombay, pero su salud no mejoraba. Finalmente anunció que prefería volver a Kṛṣṇa-Balarāma, a Vṛndāvana, que quedarse en Bombay en unas condiciones tan extremas.

—Pero Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, ¿qué va a ser de todos los devotos que están aquí? Le han servido de un modo tan sincero. ¿Cómo van a inaugurar el templo sin que esté usted aquí? Cuando los devotos sepan que se va a Vṛndāvana, querrán ir también. No querrán quedarse aquí. Todos querrán dejar sus puestos y marcharse con usted a Vṛndāvana.

—Sí, que vengan —dijo Śrīla Prabhupāda. No hay inconveniente.—Tamāla Kṛṣṇa dijo que si mil devotos iban a estar con Prabhupāda, se retrasaría el trabajo de ISKCON en todo el mundo. Prabhupāda volvió a decir que él no tenía inconveniente. Tamāla Kṛṣṇa preguntó si era obligatorio que todos los miembros del GBC fuesen, y Prabhupāda afirmó que lo era.

* * *

Los devotos del Krishna-Balaram Mandir estaban transtornados, viendo que el estado de Prabhupāda se había deteriorado tanto en el mes que había estado fuera. Su cuarto estaba como lo había dejado, salvo en que habían llevado una gran cama doble. Se acostó, y los devotos echaron las cortinas y bajaron la luz. Por unos cinco minutos permaneció silencioso con los ojos cerrados.

—Ahora está en casa, Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa.

Śrīla Prabhupāda aún seguía acostado tranquilamente, sin moverse. Entonces, lentamente, se llevó las manos al pecho, las unió y dijo: «Gracias». Parecía aliviado.

—Ahora estás al cuidado de Kṛṣṇa-Balarāma —dijo Tamāla Kṛṣṇa.

Śrīla Prabhupāda sonrió, y aprobó levemente con la cabeza. «Sí —dijo. " *Kṛṣṇa tvadīya-pada-paṅkaja-pañjarāntam*", refiriéndose a la oración del rey Kulaśekhara: "Mi amado Kṛṣṇa, dignate ayudarme a morir inmediatamente para que el cisne de mi mente esté envuelto por el tallo de Tus pies de loto. Si no, en el momento de mi último suspiro, ¿cómo me va a ser posible pensar en Ti?".»

Aunque el estado de Śrīla Prabhupāda era precario, permanecía con el pensamiento puesto en Kṛṣṇa totalmente, de una manera o de otra: el nombre de Kṛṣṇa, Su forma, Sus pasatiempos, o Su servicio devocional. Prabhupāda propuso ir a ver a Kṛṣṇa y Balarāma a las nueve y media, exactamente como lo había hecho antes, pero sus sirvientes le aconsejaron que aquel día descansase, y comenzase aquel programa al día siguiente. «Haré todo lo que queráis», dijo Prabhupāda.

Tamāla Kṛṣṇa preguntó a Prabhupāda si quería que fuese el *kavirāja*. «Como usted mismo dice, Prabhupāda, ya sea bueno o malo, toda mujer necesita un esposo.»

Śrīla Prabhupāda asintió con la cabeza. «Ahora arregladlo todo —dijo—, y dejadme pensar en Kṛṣṇa-Balāram.»

Respondiendo a la llamada de Śrīla Prabhupāda, los 23 miembros del GBC

volvieron a reunirse en Vṛndāvana. Llegaban afligidos, pero sin embargo, al estar ante Śrīla Prabhupāda, les alegraba informarle de los progresos que habían hecho al predicar en su nombre. Śrīla Prabhupāda se alegró de oír aquellos informes, y animaba más que nunca a sus líderes, a pesar de su estado.

En realidad, Prabhupāda había llamado a todos los miembros del GBC para que cantasen para él. En aquel momento, más que nunca, deseaba la medicina del santo nombre, no la de los doctores. Cuando supo que su amigo el Dr. Ghosh iba a ir a Vṛndāvana a abrir una clínica, y que podía prescribir algún tratamiento, Prabhupāda rechazó la proposición. «Estos doctores vendrán y me darán algo para tratar de salvarme —dijo—. Yo no quiero que me salven. El Dr. Ghosh puede venir por la clínica que quiere abrir, pero no para tratarme.» Tamāla Kṛṣṇa preguntó si podían llamar por lo menos a algún doctor local de Vṛndāvana.

—No —dijo Prabhupāda—. Sigamos tu consejo de hacer *kīrtana*. —Tamāla Kṛṣṇa coincidió en que el *kīrtana* era lo mejor, porque de aquella manera pedirían la ayuda de Kṛṣṇa. —Será mejor que no pidáis a Kṛṣṇa que me salve —dijo Śrīla Prabhupāda—. Dejadme morir ahora.

Cuando Harikeśa recibió el aviso de que fuese inmediatamente a Vṛndāvana, le dijeron que «se preparase para lo peor». Inmediatamente se puso en contacto con su impresor, que estaba terminando varios libros, y le dijo que necesitaba copias anticipadas para el día siguiente. De manera que cuando tomó el avión para la India, tenía los ejemplares recién impresos del Segundo Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam* en alemán, la trilogía de *Kṛṣṇa* en alemán, y un *Śrī Īsopaniṣad* en yugoslavo. Harikeśa fue y llevó a Prabhupāda los siete nuevos libros. Inmediatamente, Prabhupāda tomó el primer volumen de la trilogía de *Kṛṣṇa* y la sostuvo para mirar la ilustración de la cubierta con la imagen de Rādhā y Kṛṣṇa. Prabhupāda comenzó a llorar, y extendió la mano para acariciar la cabeza de Harikeśa, que tomó en la suya la mano de Prabhupāda, pensando que no merecía que le felicitase.

—Se estaba consumiendo aquí, escribiendo a máquina —dijo Śrīla Prabhupāda, refiriéndose a cuando Harikeśa había sido su secretario, antes de ir a predicar a Europa—. Yo le dije: "Vete". Tenía diez sirvientes. Tú creías que te degradaba al decirte que te fueses. No. ¿Entiendes ahora?

—Sí, entiendo —dijo Harikeśa entre sollozos.

—Yo pensé, aquí hay un chico inteligente —dijo Prabhupāda—. ¿Por qué ha

de consumirse aquí, escribiendo a máquina? Prabhupāda miró todos los libros. —La impresión, todo, es excelente — dijo. Preguntó cuantos ejemplares se habían tirado, y Harikeśa contestó:

—Ciento veinte mil trilogías de *Kṛṣṇa*, sesenta mil ejemplares del Segundo Canto del *Śrīmad-Bhāgavatam*, y diez mil *Īsopaniśads*.

—¿Podéis distribuir estos *Īsopaniśads*? — preguntó Prabhupāda.

Los devotos que estaban con ellos sabían que Harikeśa había tratado de distribuir los libros de Śrīla Prabhupāda en los países comunistas del Este, con gran riesgo personal. El saber ellos esto, aumentaba la ya sobrecargada intensidad emocional del momento.

Harikeśa aseguró a Prabhupāda que, sin duda, podían distribuir el libro en Yugoslavia.

—Entonces, imprimid más —dijo Prabhupāda—. Siguieron hablando de la producción de libros. Los libros eran realmente el alma y la vida de Śrīla Prabhupāda. Desde que entró Harikeśa con los nuevos libros, Prabhupāda había sentido un profundo éxtasis, que se había extendido a Harikeśa y a todos los devotos presentes. Todos estaban convencidos de que lo que estaban experimentando era trascendental, una reciprocidad especial con Śrīla Prabhupāda, sentimiento que no desaparecería mientras fuesen sinceros.

—Ahora lo que tiene que hacer es ponerse bien —dijo Harikeśa—, mejorar su salud.

—¿Mejor salud? —dijo Śrīla Prabhupāda—. Yo no tengo nada que ver con el cuerpo.

Śrīla Prabhupāda estaba más y más a favor de dejar este mundo. Cuando Tamāla Kṛṣṇa comentó que Prabhupāda no bebía suficiente, él contestó que no tenía ganas.

Los devotos que estaban con Prabhupāda encontraban muy difícil adoptar su mismo estado de ánimo frente a la muerte. En su resignación, eran filosóficos. Rūpānuga dijo que Prabhupāda podía compararse a un embajador en un país extranjero al que finalmente se le dice que vuelva. Jayādvaita dijo que Prabhupāda había enseñado todo a sus discípulos, y que en aquel momento les estaba enseñando cómo morir. En sus conversaciones, los devotos insistían en la importancia de la cooperación recíproca entre ellos, y hablaron de cómo continuaría ISKCON en el futuro. Pero todo era deprimente.

Sin embargo, continuaban volviendo al desagradable pero inevitable hecho de que, muy pronto, Prabhupāda les dejaría. Con Prabhupāda manifestando tan claramente que había decidido irse definitivamente, los devotos estaban desalentados. En el mejor de los casos, predominaba una atmósfera solemne.

Entonces, Śrīla Prabhupāda dijo que debían consultar a Nārāyaṇa Mahārāja, un discípulo del *guru* de *sannyāsa* de Prabhupāda, para saber los detalles de la manera de celebrar la ceremonia por un *vaiṣṇava* que fallece. También dijo dónde debía estar situado su *samādhi*, y rogó que después de su partida se sirviese un festín en todos los templos principales de Vṛndāvana, y que ISKCON debía correr con los gastos.

A cierto nivel, todo parecía seguir como de costumbre. El tiempo en octubre era muy agradable. Los niños del *gurukula* seguían su vida habitual, y la adoración de la Deidad seguía celebrándose como de costumbre. Pero delante del templo, los obreros comenzaron a limpiar un espacio para el *samādhi* de Prabhupāda.

A pesar de su anterior promesa de vivir, Śrīla Prabhupāda dijo que su vida aún estaba en manos de Kṛṣṇa...; todo lo estaba. Su libre elección no significaba que fuese totalmente independiente. Por el contrario, la actitud del devoto puro es la de rendirse libremente a Kṛṣṇa, ocurra lo que ocurra. Con el sentimiento de las *gopīs*, las principales devotas de Śrī Kṛṣṇa, Śrī Caitanya Mahāprabhu oraba: «Aunque me trates con rudeza en Tu abrazo o aunque me rompas el corazón no estando ante mí, Tú serás, incondicionalmente, mi Señor digno de adoración».

Como las relaciones entre el Señor y Sus devotos puros son siempre sumamente personales, lo mismo el Señor que Sus devotos manifiestan deseos y una voluntad individual. En los *līlā* de Su niñez, Kṛṣṇa rompe a veces el tarro de mantequilla de madre Yaśodā, y a veces Él permite que ella lo coja y lo ate. En todo caso, la voluntad del Señor y la de los devotos buscan siempre lo mismo, pero a veces se expresan bajo la forma de un conflicto afectivo. Igualmente, aunque Śrīla Prabhupāda había prometido a sus devotos que se quedaría en el mundo y desafiaría a la muerte, siempre estaba sometido a la voluntad de Kṛṣṇa.

Śrīla Prabhupāda había ya expresado que se rendía, en la oración que había dado a sus discípulos para que la ofreciesen por él: «Mi amado Śrī Kṛṣṇa, si

Tú lo deseas, dignate curar a Śrīla Prabhupāda». Al decir «si Tú lo deseas» estaba recordando a sus seguidores la prerrogativa suprema de Kṛṣṇa, y les estaba pidiendo que se sometieran a ella, aunque les estaba dando una forma aceptable de hacer una petición a Kṛṣṇa. En un caso parecido, en 1967, dio a sus discípulos otra oración: «Mi maestro no ha terminado su trabajo». Les había dicho que Kṛṣṇa había respondido a esta oración, accediendo a los deseos de los devotos. El mismo Śrīla Prabhupāda estaba respondiendo a la oración de los devotos, y Kṛṣṇa le había dado la opción. Pero como alma rendida, Śrīla Prabhupāda esperaba evoluciones ulteriores, siempre sensible al deseo de Kṛṣṇa. Como había dicho Prabhupāda cuando Kīrtanānanda le invitó a ir a su palacio de Nueva Vrindaban: «Veamos a qué palacio voy a ir».

Como una tensión afectiva puede existir a veces entre el Señor Supremo y Su devoto puro, así existía una tensión semejante entre Prabhupāda y sus seguidores. Más importante que la desesperada petición de sus discípulos a su cabecera, había sido para Prabhupāda el deber de enseñarles cómo morir. Era parte de su misión dar el ejemplo perfecto de esta lección, la más importante: cómo pasar la prueba final de la vida. Pero los discípulos le pedían que aplazase la lección de morir, quedándose con ellos indefinidamente en el campo de la predicación. Y Prabhupāda había consentido, mostrando que tenía la capacidad de vivir si lo quería. Pero más tarde o más temprano tenía que volver a la lección de cómo tiene que enfrentarse una persona con el fin de la vida.

Un rasgo especial de las actividades de Śrīla Prabhupāda era el estar íntimamente unido a la humana condición, mientras al mismo tiempo permanecía distante y trascendental. Como devoto puro, no estaba sujeto a la ley del *karma*, que adjudica reacciones a los hechos piadosos o pecaminosos del pasado. Él no había nacido por la fuerza del *karma*, ni había de morir por la fuerza del *karma*. Como afirma Śrīla Rūpa Gosvāmī: «Aquel cuyo cuerpo, mente y palabras están totalmente al servicio devocional de Śrī Kṛṣṇa, es un alma liberada, incluso mientras esté viviendo en este mundo». La gente se equivoca con frecuencia al apreciar los movimientos de un devoto puro en el mundo material, lo mismo que quien ve que las nubes pasan delante de la Luna, puede pensar que es la misma Luna la que se mueve. Sin embargo, el *śāstra* nos previene para que no veamos nunca al *guru* como si fuese un hombre ordinario sujeto al *karma*. Pero Śrīla Prabhupāda, al mismo tiempo que trascendía este mundo,

enseñaba a las almas condicionadas cómo podían también ellas alcanzar la liberación al pensar constantemente en Kṛṣṇa y al servirle, de manera que en el momento de morir pudieran volver a Kṛṣṇa, al mundo espiritual y eterno. Y las lecciones de Prabhupāda eran siempre prácticas y universales. Los libros de Śrīla Prabhupāda, por ejemplo, no eran mera teoría, sino conocimiento práctico y plenamente asimilado. Y Prabhupāda practicaba lo que predicaba; toda su vida fue ejemplar. Había tenido vida de familia, e incluso entonces había predicado enérgicamente, comenzando su revista *Back to Godhead*. En la pobreza y en la oscuridad, había luchado para comenzar un movimiento espiritual, y por la gracia de Kṛṣṇa y de su maestro espiritual, había logrado el éxito. Siempre mostró su voluntad de adoptar con valor la austeridad y de enfrentarse con el peligro, con tentativas tan profundamente humanas.

Tuvo una vida espiritual ejemplar para que todos intentasen seguirla. Había ido solo, a una edad avanzada, a un país extranjero, y había cantado Hare Kṛṣṇa en un parque de Nueva York, ganándose a los chicos y chicas jóvenes de América. Por tanto, todos deben tomar su ejemplo y tratar de servir a Kṛṣṇa, a pesar de los impedimentos inmediatos.

Śrīla Prabhupāda encontró obstáculos, pero por su libre voluntad y con la ayuda de Kṛṣṇa, los venció. Éste fue su ejemplo maravilloso. Se dice que Śrī Caitanya, hace quinientos años, hizo más alcanzable el rendirse a Kṛṣṇa que como lo había hecho Śrī Kṛṣṇa cinco mil años antes. Y ahora, en el siglo XX, Śrīla Prabhupāda había puesto la conciencia de Kṛṣṇa al alcance de todo el mundo.

Como parte de su enseñanza y su ejemplo, Śrīla Prabhupāda sabía que tendría que enseñar a la gente cómo morir. Había escapado a la muerte numerosas veces (por la gracia de Kṛṣṇa, las oraciones de sus discípulos, y por su voluntad pura y poderosa) para propagar su movimiento. Pero por los signos que le dio Kṛṣṇa en 1977, Śrīla Prabhupāda comenzó de manera decisiva y conclusiva a terminar su misión en el mundo material. Y entre sus últimas obligaciones estaba el dar sus líneas directrices completas de cómo morir. Estaba mostrando perfectamente cómo hacer lo que ha de hacer todo el mundo, pero que es lo más difícil de hacer bien: morir.

Pero había un conflicto afectivo. Prabhupāda amaba a sus discípulos. También sabía que no tenían una madurez total. Su movimiento tenía ya en el mundo gran potencia y talla, y sin embargo, tenía muchos enemigos. Él se inclinaba siempre a proteger a sus devotos, a su movimiento y a todas las

entidades vivientes, hasta a los animales. Por eso, cuando sus discípulos más fieles y cercanos alegaban que no podían continuar sin él, dejó su propósito de enseñar a morir, accediendo a estar con ellos y predicar. Pero, ¿cuándo estarían ellos dispuestos a dejarle ir? ¿Cuándo podría decir él que el mundo de *māyā* y los enemigos de Kṛṣṇa habían desaparecido? ¿Cuándo tendrían sus discípulos la madurez completa?

Tras haber decidido quedarse, Śrīla Prabhupāda se entregó a sus discípulos, permitiéndoles que se encargasen totalmente de cuidarle. Los que participaban en aquellos cuidados recordaban que jamás Śrīla Prabhupāda había permitido un trato tan íntimo entre él y sus discípulos. Sólo había sido comparable a cuando, en Nueva York, en 1966, tenía un trato muy familiar con las primeras personas que se le unieron, y que no sabían nada de la etiqueta para tratar con un maestro espiritual. Pero los que estaban presentes en aquel

momento, y que también habían estado presentes entonces, decían que esta vez era aún más íntimo.

En un momento dado, Kīrtanānanda insistió con firmeza en que Śrīla Prabhupāda bebiese un vaso de zumo, aunque hubiese dicho que ya no quería más. Kīrtanānanda se sentía incómodo al insistir, «Yo no soy como madre Yaśodā para poder hacer esto —decía—. No se me olvida que usted es mi maestro espiritual.» Pero Śrīla Prabhupāda se permitía recibir órdenes de Kīrtanānanda. Del mismo modo, Bhavānanda, Tamāla Kṛṣṇa, Bhakticāru, Upendra y otros sirvientes, persuadían a Śrīla Prabhupāda para que siguiese ciertas dietas, y cuidaban de su cuerpo constantemente. A los demás devotos les recordaban la historia de Īśvara Purī, que cuidó físicamente a su maestro espiritual, Mādhavendra Purī, cuando Mādhavendra estaba en la última etapa de su vida y aparentemente inválido. Según el *Caitanya-caritāmṛta*, fue con estos humildes cuidados corporales como Īśvara Purī probó su amor por su maestro espiritual, y por lo que se le permitió ser el maestro espiritual de Śrī Caitanya.

Śrīla Prabhupāda había diferido las lecciones de morir porque prefería dar a sus discípulos la oportunidad única de servirle con amor puro y sencillo. Y él lo permitió, no sólo a unos pocos sino a todo el que fuese a Vṛndāvana. Muchos fueron, y a todos se les permitió entrar en el cuarto de Śrīla Prabhupāda, darle masaje, y estar con él todo el tiempo que quisieran, día y noche, cantando el santo nombre para complacerle. Śrīla Prabhupāda también recomenzó su traducción, y esto se hacía a la vista de todos.

Cuando anteriormente siempre había trabajado en la soledad, en aquel momento animaba a todos los devotos a que fuesen mientras él estaba acostado, dictando sus significados de Bhaktivedanta. Un devoto le leía en voz baja el texto en sánscrito, mientras otro le sostenía el micrófono cerca de la boca. Su voz, a veces, apenas se oía, pero Śrīla Prabhupāda hablaba. Los discípulos observaban llenos de respeto cómo trabajaba su maestro espiritual. Sus pensamientos eran claros, citaba de memoria referencias de diversas Escrituras, y su exposición filosófica era rigurosa. Prabhupāda se estaba entregando completamente, y también lo declaraba al decir a los devotos que estaban allí: «No me dejéis nunca. —Y—: No puedo vivir sin vuestra compañía». Ellos le habían pedido que se quedase, y él había accedido, confiándose completamente a su cuidado.

Los que tuvieron la bendición de prestar este servicio, se sintieron pasar por encima de todas las barreras de la resistencia a servir, igual que todas las barreras de los deseos materiales. Al servir personalmente a Śrīla Prabhupāda, sentían la fuerza de la rendición completa, y sentían que aquello les sostendría siempre, hasta cuando Śrīla Prabhupāda hubiese dejado finalmente el mundo.

Prabhupāda también seguía hablando, como lo había hecho en los últimos meses, de no tener miedo a la muerte y estar fijo en el conocimiento trascendental. Cuando Hṛdayānanda Goswami le presentó algunos de sus libros que acababan de publicarse en portugués, Prabhupāda le animó diciéndole: «Eso es vida. El mundo material no es más que huesos. Los huesos no son nuestra vida real. Nuestro verdadero interés es la fuerza vital. Los huesos pueden quedarse o marcharse, no importa. La verdadera vida los sostiene. Incluso hay una historia de que hubo un ṛṣi que sólo tenía huesos. Hay una ciencia por la que puedes sostener la vida con huesos nada más. Hiranyakaśipu lo hizo.»

—Usted también lo está haciendo, Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa.

—Pues cuida de los huesos el mayor tiempo posible —dijo Prabhupāda—, pero la vida real está aquí, recuérdalo siempre. El mundo material significa que estamos manteniendo los huesos y la carne unidos. Pero ellos no tienen conocimiento de lo que son.

Y cuando Ātreya Ṛṣi visitó a Śrīla Prabhupāda y le rogó que fuese a Teherán, Prabhupāda dijo que estaba listo para ir, pero: «Ahora tienes que tomar un montón de huesos». Por supuesto, estos eran los temas que Prabhupāda había enseñado siempre, los mismos temas que aparecen en

sus libros. Pero las lecciones eran más impresionantes y conmovedoras cuando Prabhupāda las aplicaba a su propia situación.

Más de un devoto comparaba a Prabhupāda con Bhīṣmadeva, que dio importantes instrucciones en sus últimos días. Así como Bhīṣma no sentía el dolor y pronunciaba doctos y afectivos discursos, hasta en su «lecho de flechas», y así como Bhīṣma determinó, por su propia voluntad, el momento en que dejaría el mundo, Śrīla Prabhupāda pasó sus últimos días olvidado de su condición física, desafiando a la muerte y enseñando a sus espiritualmente inocentes hijos. Pero los hijos de Prabhupāda no pudieron ya quedarse allí y oír solamente lecciones filosóficas. Prabhupāda había aceptado su afecto cuando le habían pedido que se quedase con ellos, y en aquel momento querían manifestarle aquel afecto en el único mundo que ellos comprendían, un mundo con Śrīla Prabhupāda vivo y hablando con ellos, riendo o reprimiéndolos, como quisiera. Ellos querían que comiese y bebiese y estuviese de nuevo físicamente fuerte.

Pero de nuevo Śrīla Prabhupāda parecía cambiar, y comenzó a negarse a comer y a beber. Había pospuesto su partida para tener intercambios afectivos con sus discípulos, pero al mismo tiempo, al rechazar comer y beber, mostraba su preferencia por abandonar este mundo. Admitió, al ser apremiado, que era una línea de conducta imposible, la de vivir sin alimento ni bebida. Tampoco esperaba ni quería milagros. Si había de ponerse mejor, sería tomando alimento. Pero por sus propias razones, no comía. Decía que la recuperación era material, y no la quería.

Se mantenía estrechamente unido a la voluntad de Kṛṣṇa, permitiéndole que le sostuviera el santo nombre. Los doctores que iban a verle estaban perplejos, pero los que eran *vaiṣṇavas* comprendieron y respetaron su prerrogativa. Los sirvientes de Prabhupāda hicieron tentativas llenas de ansiedad para hacer que Prabhupāda tuviese un tratamiento regular. Pero Prabhupāda prefería tomar solamente *kīrtana* y *Bhāgavatam*, mientras, al mismo tiempo, sostenía una voluntad de vivir. Él comprendía la ansiedad de sus discípulos, y explicaba pacientemente la sorprendente situación en la que estaban. Él quería que le cuidasen y les permitía que trataran de curarle, sabiendo que esto les llevaba más y más a una rendición de amor. Pero gradualmente fue haciéndose más claro que la voluntad de Kṛṣṇa indicaba la partida de Prabhupāda.

—Śrīla Prabhupāda —dijo Bhavānanda, tratando de convencerle, basándose siempre en el supuesto de que Prabhupāda podía quedarse si

quisiera—. Su presencia en este planeta es lo único que está evitando que tenga lugar el ataque de Kali-yuga. No tenemos idea de lo que pasará si se va.

—Eso no está en mis manos —dijo Śrīla Prabhupāda, con una claridad de conciencia total—. Kṛṣṇa-Balarāma.

Śrīla Prabhupāda hablaba siempre claramente, con lógica, y con total devoción a Kṛṣṇa. Hasta el final, se ocupó de asuntos prácticos, organizando el Bhaktivedanta Swami Charity Trust para reconstruir antiguos templos de Bengala, y disponiendo los detalles finales referentes a las propiedades y al dinero de ISKCON. Al llevar todos estos asuntos, siempre estaba alerta, y se absorbía en el *kīrtana* y en el *Bhāgavatam*.

Pero era evidente que, a pesar de su promesa, se dirigía inevitablemente hacia la lección final. Él enseñaba que el amor estaba más allá de la muerte, que el amor de un discípulo podía hacer volver al mundo a un maestro espiritual, para quedarse en él, y que un devoto puro tenía la capacidad de quedarse en el mundo aún después de haber terminado el tiempo que tuviera asignado para vivir. Sin embargo, avanzaba con regularidad hacia el punto final. Los devotos no se sentían enojados con él, ni engañados porque estuviera actuando así. Él les había dicho que Kṛṣṇa le había dado plena voluntad de acción. Y también ellos, por su libre voluntad, le habían pedido que se quedase, y él había accedido. Pero sabían que él no estaba obligado a hacerlo. Si a pesar de sus oraciones, Śrī Kṛṣṇa decía a Prabhupāda que debía volver al hogar, volver a Dios, ¿qué podían hacer sino aceptar? Si Śrīla Prabhupāda lo aceptaba, ellos lo aceptarían también. Sin embargo, nada podía cambiar el hecho de su amor rendido; había llegado a ser un firme pacto que no se podía romper por ningún cambio material. Ellos habían pasado la prueba del servicio eterno de amor, y esto no se lo podía llevar la muerte.

Hasta el final, hubo intervalos de dulzura, lo mismo que de manifiesta energía, en el indomable espíritu de lucha por Kṛṣṇa que tenía Prabhupāda. Un día, llegó inesperadamente la hermana de Prabhupāda, Pisīmā, y él le pidió que le hiciera un *kicharī*. En aquel momento Kīrtanānanda estaba tratando de poner a Prabhupāda en el camino de la recuperación, aumentando los líquidos paulatinamente, y apoyado por otros devotos, se opuso a la idea de que tomase, de pronto, alimentos sólidos. Pero Śrīla

Prabhupāda insistió.

—No importa si es bueno o malo para mí lo que ella prepare —dijo Śrīla Prabhupāda—. Ella es *vaiṣṇavī*. Me sentará bien. —Y comenzó a hablar con suma humildad—: Quizá me haya vuelto algo orgulloso a causa de mi opulencia y de mi éxito —dijo—. Ahora Dios ha hecho añicos ese orgullo. Si no tienes cuerpo, ¿de qué vas a estar orgulloso?

Bhakticāru protestó: «Śrīla Prabhupāda, todo lo que usted ha hecho, lo ha hecho por Kṛṣṇa».

—Puede ser, pero en este mundo, sin saberlo, se cometen ofensas.

Al oír esto, Pisīmā exclamó: «No, no, él nunca ha cometido ninguna ofensa».

—Usted no puede cometer ofensas —dijo Bhakticāru—. Usted es el ser más amado de Dios, ¿cómo podría cometer ofensas?

—Soy un poco temperamental —dijo Śrīla Prabhupāda—. Solía emplear palabras como *bribón*, y cosas por el estilo. Yo nunca he transigido. Algunos acostumbraban a decir que llevaba una maza en una mano y el *Bhāgavatam* en la otra. Así predicaba yo. De todas maneras, dispone las cosas para mi hermana.

También tuvieron la visita de los hermanos espirituales de Śrīla Prabhupāda, y de nuevo Prabhupāda pidió perdón por sus ofensas. Una vez, fueron Niṣkiñcana Kṛṣṇadāsa Bābajī, Purī Mahārāja, Āśrama Mahārāja, Ānanda Prabhu, Puruṣottama Brahmācārī, y unos veinte más, y estuvieron al lado del lecho de Prabhupāda.

Él estaba descansando cuando llegaron, y se unieron al *kīrtana* hasta que despertó. Cuando les vio, pidió que le levantaran. Sentado en su cama, rodeado de sus hermanos espirituales, les habló:

—Todo el mundo es un hermoso terreno para predicar la conciencia de Kṛṣṇa —dijo—. No me importó si iba a tener éxito o no. La gente está dispuesta a aceptarlo; todos lo aceptan ya. Si predicamos juntos, lo que decía Mahāprabhu, *pṛthivīte*, se hará realidad. Lo tenemos todo. Difundid el santo nombre y distribuid *prasādam*. Hay muy buen terreno. En África, en Rusia, en todas partes lo van aceptando.

Cuando Prabhupāda comenzó a rogar a sus hermanos espirituales que le perdonasen, protestaron: «Tú eres el líder eterno —afirmó uno de ellos—. Tú mandas en nosotros, tú guíanos, y riñenos».

—Perdonad todas mis ofensas —repetía Prabhupāda—. Me enorgullecí de

toda mi opulencia.

—No —dijo Purī Mahārāja—, nunca has tenido orgullo. Cuando empezaste a predicar, la opulencia y el éxito te siguieron. Era la bendición de Śrī Caitanya Mahāprabhu y de Śrī Kṛṣṇa. No hay posibilidad de que hayas cometido ofensa alguna.

Cuando Śrīla Prabhupāda dijo ser *mahā-patita*, sumamente caído, Purī Mahārāja no lo aceptó: «Tú has salvado a millones de personas en todo el mundo —dijo—. Por tanto no se puede hablar de ofensas. Se te debe llamar *mahā-patita-pāvana* (el gran salvador de los caídos)».

Los discípulos de Prabhupāda consideraron las disculpas de Prabhupāda pidiendo perdón a sus hermanos espirituales como una manifestación de su humildad. Pero también estaban desconcertados. Desde luego, los hermanos espirituales de Prabhupāda eran sinceros al decir que Prabhupāda no había cometido ninguna ofensa. Todo lo que había hecho, lo había hecho por Kṛṣṇa. Pero Śrīla Prabhupāda también era sincero al pedir perdón. Era la hermosa gema de su humildad, pedir perdón a todos.

Para predicar, exhibir esta gema no siempre había sido la manera más efectiva de difundir las misericordiosas enseñanzas de Śrī Kṛṣṇa en todas las ciudades y aldeas. Pero en aquel momento se podía mostrar. En Londres, y ahora en Vṛndāvana, Prabhupāda mostraba a sus discípulos gran afecto y gratitud, sin las reprimendas habitualmente necesarias para educar discípulos. Esta actitud de humildad completa era un signo del más elevado nivel de la vida devocional. Śrīla Prabhupāda había explicado en sus libros que el *madhyama-adhikārī*, el devoto de segunda clase, distingue entre los devotos, los no devotos inocentes y los demonios, mientras el *mahā-bhāgavata*, o devoto de primera clase, ve a todos, salvo a sí mismo, como servidores de Dios. A veces, sin embargo, el *mahā-bhāgavata* desea descender del nivel de primera clase, precisamente para adoptar el servicio más compasivo de la predicación de la conciencia de Kṛṣṇa. Los discípulos de Prabhupāda habían leído todo lo referente al nivel del *mahā-bhāgavata* en las Escrituras, y ahora lo estaban viendo en su totalidad, al decir Prabhupāda de sí mismo que era el más caído, y al pedir perdón a todos.

Śrīla Prabhupāda se había enterado del programa de su discípulo Lokanātha Swami, que iba con un pequeño grupo en un carro de bueyes, predicando por las aldeas de toda la India. Lokanātha había contado a Śrīla

Prabhupāda que en el curso de sus viajes habían visitado recientemente *tīrthas* como Badarīkāśrama y Bhim Kapur. Śrīla Prabhupāda se animó al oír esto, y pasó a experimentar un deseo trascendental de ir él mismo en un carro de bueyes para dar la vuelta a Vṛndāvana. Tamāla Kṛṣṇa y Bhavānanda, que servían a Prabhupāda con mayor intimidad, se sintieron incapaces de apoyarle en su deseo, pues pensaban que su frágil cuerpo no podría sobrevivir a un tratamiento tan duro por los caminos.

Pero Śrīla Prabhupāda decía: «Morir en *parikrama* es algo glorioso», y les pidió que le llevaran. Surgió una controversia entre los devotos, y algunos dijeron que el deseo de Prabhupāda de ir en *parikrama* debía cumplirse inmediatamente como una orden del maestro espiritual; él lo quería y no se le podía negar. Sin embargo, el doctor les aseguró que el cuerpo de Śrīla Prabhupāda no sobreviviría a las sacudidas del carro. Los numerosos devotos que se agolpaban en torno a la cama de Śrīla Prabhupāda sostenían opiniones diferentes, y Prabhupāda se dio cuenta de esto. Sin embargo, siguiendo sus deseos, Lokanātha salió y alquiló un carro de bueyes, que preparó para el viaje. Lokanātha y Hamsadūta propusieron que el *parikrama* fuese a la ciudad de Vṛndāvana o visitase los siete templos principales de los Gosvāmīs. Pero entonces dijeron que como el día siguiente era Govardhana-pūjā, Prabhupāda podía ir a la colina de Govardhana. Tamāla Kṛṣṇa, Bhavānanda y Bahkticāru protestaron de manera inflexible contra el *parikrama*.

—Un experimento de un día —decía Prabhupāda—. Es por un día. Estad seguros de que en un día no moriré. —Le gustaba la idea de ir a Govardhana—. Y podemos cocinar allí —dijo. Lokanātha Swami, tenía experiencia, aseguraba Prabhupāda—: Hace picnics muy buenos —dijo.

Después de discutir que sí y que no, los devotos decidieron finalmente que al día siguiente, por la mañana temprano, llevarían a Śrīla Prabhupāda en un carro de bueyes a Govardhana. Después, la mayoría de los devotos dejaron solo a Prabhupāda para pasar la noche.

Más tarde, aquella misma noche, recibió la visita de Niṣkiñcana Kṛṣṇadāsa Bābājī, que estuvo con Prabhupāda cantando, y a veces, hablando en bengalí. De pronto, Tamāla Kṛṣṇa y Bhavānanda fueron al lado de Prabhupāda. Los dos estaban llorando, fuera de sí, con gran inquietud.

Prabhupāda comprendió lo que pasaba: «¿No queréis que vaya?», preguntó.

—Bueno, Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, se lo diré. Ahí arriba, en

mi cuarto, me estoy poniendo nervioso por momentos, yendo de un lado a otro. Dos de los devotos me han dicho que la carretera es tan mala, que si va, tendrá sacudidas por todo el camino. La carretera es terrible. No puedo comprender, Śrīla Prabhupāda, por qué hemos de ir precisamente mañana. Si alguien quiere que vaya, soy yo. ¿Pero, por qué hemos de ir cuando está usted en estas condiciones? No lo puedo entender. ¿Por qué hemos de tirarlo todo por la ventana e ir mañana mismo? No lo puedo entender.

—Bueno —dijo Prabhupāda en voz baja, y al instante accedió a su ruego de que no fuese.

— ¡Jaya, Śrīla Prabhupāda! —dijo Bhakticāru, que también estaba allí.

—Gracias, Śrīla Prabhupāda —dijo Bhavānanda muy aliviado.

—Bueno, ¿estáis satisfechos?

—Ahora sí lo estoy, Śrīla Prabhupāda —dijo Bhavānanda—. Sí, mi ansiedad era enorme.

—Olvídalo. No te daré motivos de ansiedad.

—En realidad, Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, estamos tan apegados a usted que a veces nos lleva usted a la locura. Esta noche nos estábamos volviendo locos.

—No, no; no lo haré —dijo Prabhupāda—. Bābājī Mahārāja

—Prabhupāda se volvió a Niskiñcana Kṛṣṇadasa Babaji y dijo—, fíjate qué afecto tan grande me tienen.

—Śrīla Prabhupāda —dijo Tamāla Kṛṣṇa—, la manera que tiene de tratarnos no hace más que aumentar nuestro apego a cada momento.

—Es mi deber —dijo Prabhupāda; y los devotos rieron de buena gana, comprendiendo. En efecto, pudieron comprender... que era su deber. Con todas sus acciones y su comportamiento, la intención de Prabhupāda era atraer almas espirituales y entregárselas a Kṛṣṇa. Su método era el servicio de amor, pero no lo hacía para él mismo. Él los entregaba a Kṛṣṇa. Ése era su deber.

El 14 de noviembre de 1977, a las siete y media de la tarde, en su cuarto del Krishna-Balaram Mandir, en Vṛndāvana, Śrīla Prabhupāda dio su última instrucción, dejando este mundo mortal y volviendo a Dios.

Su partida fue ejemplar, porque toda su vida había sido ejemplar.

Una partida que marcó el término de una vida de servicio devocional puro para Kṛṣṇa. Pocos días antes del final, Śrīla Prabhupāda había dicho que

seguía instruyendo todo cuanto podía, y su secretario había observado: «Usted es la inspiración». «Sí —había contestado Śrīla Prabhupāda—, lo seguiré haciendo hasta que dé mi último suspiro.»

El «último suspiro» de Prabhupāda fue glorioso, no a causa de ninguna demostración mística de última hora, sino porque permaneció en una conciencia de Kṛṣṇa perfecta. Lo mismo que el abuelo Bhīṣmadeva, permaneció completamente sosegado, noble y grave, enseñando hasta el final. Predicaba que la vida viene de la vida, no de la materia, y estaba mostrando que había que predicar con cada respiración. Los numerosos devotos que llenaban la vasta habitación fueron testigos de que hasta el final, Prabhupāda fue exactamente el mismo. No hubo nada que, de pronto, estuviese en contradicción con lo que les había mostrado y enseñado. Por tanto, en el momento de su partida, estuvo enseñando cómo morir, al estar siempre dependiente de Kṛṣṇa. El final de Prabhupāda fue tranquilo. En la noche del 14 de noviembre, el *kavirāja* le preguntó: «¿Desea algo?» y Prabhupāda respondió débilmente, *kuch iccha nahi*: «No deseo nada». Su partida se produjo en condiciones perfectas: en Vṛndāvana, con los devotos. Pocos meses antes, una niña, hija de uno de los discípulos de Prabhupāda, había fallecido en Vṛndāvana, y cuando le preguntaron a Prabhupāda si había vuelto a Dios para unirse personalmente a Kṛṣṇa, él había dicho: «Sí, cualquiera que abandona su cuerpo en Vṛndāvana, se libera».

Por supuesto, «Vṛndāvana» también significa el estado de pura conciencia de Kṛṣṇa. Como dijo Advaita Ācārya a Śrī Caitanya: «Donde Tú estás, es Vṛndāvana». Y esto también era cierto referido a Śrīla Prabhupāda. Si Śrīla Prabhupāda hubiese muerto en Londres, Nueva York o Moscú, su destino hubiese sido el mismo. Ya lo afirma Kṛṣṇa en la *Bhagavad-gītā*: «El que está siempre pensando en Mí, Me alcanzará ciertamente». Pero como Vṛndāvana-dhāma es la quintaesencia del reino de la conciencia de Kṛṣṇa en el Universo, el sitio ideal para dejar el mundo, fue también otro rasgo ejemplar de la vida de Śrīla Prabhupāda el que volviese a Dios en Vṛndāvana como última escala.

Los *vaiṣṇavas* que habían hecho voto de no salir nunca de Vṛndāvana pudieron ver que Śrīla Prabhupāda, después de sacrificarlo todo, hasta el beneficio de vivir en Vṛndāvana, para liberar a las almas caídas de los lugares más dejados de la mano de Dios en el mundo, había vuelto a la tierra santa de Vṛndāvana, y desde allí, había salido hacia la morada original de Śrī Kṛṣṇa en el cielo espiritual. Como se afirma en el

Śrīmad-Bhāgavatam : «Todo el que preste servicio en Vṛndāvana, ciertamente vuelve al hogar, vuelve a Dios, después de abandonar su cuerpo».

La marcha de Śrīla Prabhupāda fue también perfecta, porque estaba cantando y escuchando los nombres santos de Dios. De manera que la Suprema Personalidad de Dios estuvo presente en la marcha de Prabhupāda, igual que lo había estado en la renombrada muerte de Bhīṣmadeva, que dijo: «A pesar de que es igualmente bondadoso para todos, ha venido ante mí, por Su misericordia, cuando estoy terminando mi vida, porque yo soy Su resuelto servidor». Lo mismo que Śrī Kṛṣṇa fue ante Bhīṣmadeva, asegurándole a él y a todos los demás que Bhīṣma volvería a Dios al dejar el cuerpo, así estuvo presente el Señor en Su encarnación de *nāma-avatāra*, el *mantra* Hare Kṛṣṇa, en la partida de Śrīla Prabhupāda.

La vida de Śrīla Prabhupāda estuvo dedicada a difundir el santo nombre por todas las ciudades y aldeas, y durante un mes, estuvo rodeándose del santo nombre. Para aquella circunstancia quiso en especial que su cuarto estuviese lleno de devotos cantando Hare Kṛṣṇa, y Kṛṣṇa cumplió su deseo. Por tanto, Śrīla Prabhupāda dejó el mundo en las condiciones más favorables posibles. En Vṛndāvana, el lugar más sagrado, y rodeado de *vaiṣṇavas* que cantaban el santo nombre.

Un maestro espiritual ideal (*ācārya*) hace siempre las cosas de tal modo que los demás puedan seguir su ejemplo. Como dice el *Śrīmad-Bhāgavatam*, estas grandes almas que cruzan el océano del nacimiento y la muerte refugiándose en el «barco» de los pies de loto de Kṛṣṇa, dejan milagrosamente el barco en este lado, para que les sirva a los demás. Y la partida de Śrīla Prabhupāda, por su ejemplo perfecto, proporciona a todas las almas condicionadas los medios para enfrentarse con el mayor de todos los peligros. Una muerte auspiciosa no es cuestión solamente de un ajuste psicológico, de manera que se pueda morir sin pesar y sin perder la calma indebidamente. Lo esencial es que al momento de la muerte el alma debe dejar el cuerpo y volver a nacer. Solamente el alma consciente de Kṛṣṇa puede dejar este mundo de nacimiento y muerte y alcanzar una vida eterna y dichosa en el mundo espiritual. Por tanto nuestra vida se prueba al morir. La muerte significa que el alma ya no puede vivir en el cuerpo. Cualquiera que sea la causa material, la situación se ha vuelto insostenible para el alma. Y dejar el cuerpo causa una gran aflicción. Por eso los *śāstras* aconsejan escapar del ciclo de repetidos nacimientos y muertes. Tener una

muerte desfavorable y verse arrastrado hacia un nacimiento inferior es la cosa más temible para un ser viviente. Es tan temible, que hasta podemos tratar de ignorar la muerte completamente. La muerte es dolorosa porque el alma espiritual está en una situación de lo menos natural: aunque es eterna y no debería morir, ésta forzada a ello a causa de su relación con el cuerpo material. A la muerte, el alma eterna está forzada a dejar el cuerpo hacia un destino que no conoce. Por eso tiene gran temor, y por eso sufre. Generalmente, el dolor y el miedo son abrumadores, y sólo se piensa en apegos materiales o en dolor físico. Por eso el rey Kulaśekhara decía en su oración, y Prabhupāda lo citaba a menudo: «Dígnate permitir que muera, no en alguna prolongada contemplación de mi muerte corporal, sino precisamente cuando esté cantando Hare Kṛṣṇa. Si puedo meditar en Ti y después dejar el cuerpo, eso será la perfección».

En los últimos meses de su vida en este mundo, Śrīla Prabhupāda enseñó cómo es posible enfrentarse con la muerte paso a paso en la conciencia de Kṛṣṇa. En sus últimos días, dijo a uno de sus *sannyāsīs*: «No creáis que esto no os va a pasar a vosotros». Prabhupāda vino a este mundo a instancia de Kṛṣṇa, para enseñarnos cómo vivir una vida pura consciente de Kṛṣṇa, que incluye cómo dejar finalmente este mundo para alcanzar la vida eterna. Prabhupāda pasó la prueba de la muerte de una manera que fue perfecta y gloriosa, y al mismo tiempo, en una forma que todos podemos seguir. Cuando tengamos que marchar, podemos aferrarnos al recuerdo de cómo deja su cuerpo una gran alma: pensando siempre en Kṛṣṇa, rodeándose con la medicina del canto de Hare Kṛṣṇa, deseando siempre oír hablar de Kṛṣṇa, y practicando el desapego de la desdicha de la condición material. Esta última lección fue una de las más importantes y maravillosas instrucciones que nos diera Śrīla Prabhupāda. Enseñó con su vida, con sus libros, y al final, con su muerte. La educación sobre cómo morir se dirige especialmente al ser humano. El animal muere y el ser humano también; pero el ser humano tiene capacidad de comprender el proceso para volver al mundo espiritual en el momento de la muerte. Permaneciendo siempre fijo e imperturbable en la conciencia de Kṛṣṇa, Śrīla Prabhupāda enseñó este proceso de manera experta. Su partida fue, por tanto, una lección perfecta, y que se puede seguir con fe.

Aunque no había nada lamentable para Śrīla Prabhupāda en su marcha del

mundo, volviendo a Dios, fue ciertamente lamentable para sus seguidores y para la gente del mundo entero, que se vieron privados de la presencia de su más grande bienhechor, que tanto les había deseado el mayor bien. Śrīla Prabhupāda había escrito en un significado del *Śrīmad-Bhāgavatam* : «Cuando el cuerpo mortal del maestro espiritual expira, el discípulo deberá llorar exactamente como llora la reina cuando expira el rey». En ocasión de la partida de su propio maestro espiritual, Śrīla Prabhupāda había escrito: «Aquel día, ¡oh, maestro mío!, di un llanto de dolor; no era capaz de tolerar tu ausencia, mi *guru*». Y así, el 14 de noviembre de 1977, al difundirse esta terrible noticia, aquellos que conocieron y amaron a Śrīla Prabhupāda fueron presa de un terrible dolor incontrolado. Vieron todo lo que les rodeaba en la abrumadora atmósfera de la separación de Śrīla Prabhupāda. Y buscaron alivio en los libros que él había escrito.

Sin embargo, los discípulos y el maestro espiritual nunca están separados, porque el maestro espiritual está siempre en compañía del discípulo, mientras el discípulo siga las instrucciones del maestro espiritual. Esto se llama la asociación de vāñī. La presencia física se llama vapuḥ. Mientras el maestro espiritual esté presente físicamente, el discípulo servirá al cuerpo físico del maestro espiritual, y cuando el maestro espiritual ya no exista físicamente, el discípulo servirá las instrucciones del maestro espiritual.

Los discípulos de Śrīla Prabhupāda ya estaban cumpliendo sus instrucciones, pero entonces debían hacerlo sin el *vapuḥ*, sin la oportunidad de verle ni de estar con él. Al principio fue muy difícil para ellos enfrentarse con este hecho, pero los que eran sinceros pronto se dieron cuenta de que Śrīla Prabhupāda, al partir, les había dado el mayor don de todos: el servicio en la separación.

El servicio en la separación es la más elevada comprensión, y también el éxtasis más elevado. Ésta fue la enseñanza de Śrī Caitanya Mahāprabhu respecto a Śrī Kṛṣṇa y a Sus principales devotas, las *gopīs* de Vṛndāvana. Cuando Kṛṣṇa dejó a sus amadas *gopīs* y fue a Mathurā, para no volver nunca con ellas a Vṛndāvana, las *gopīs* (y todos los demás residentes de Vṛndāvana) lloraron desconsoladamente la separación. Todos ellos amaban tanto a Kṛṣṇa que no podían vivir sin Él, y para seguir viviendo, comenzaron a recordarle y a hablar de Su nombre, fama, forma y acompañantes, constantemente. Al recordarle constantemente con amor, y

pensando en Su vuelta a Vṛndāvana, alcanzaron el éxtasis de *la unión en la separación*, que los sabios *vaiṣṇavas gauḍīyas* declaran ser superior incluso al éxtasis que sentían las *gopīs* en la presencia de Kṛṣṇa. Al ser Kṛṣṇa absoluto, incluso recordarle o cantar Su nombre pone al devoto en contacto directo con Él. Pero como al mismo tiempo siente Su separación, hay otra dimensión más de una inconcebible unión y separación simultáneas. Éste es el compendio de la comprensión de la conciencia de Kṛṣṇa.

Los seguidores de Prabhupāda conocían este principio de servir en la separación, conocido técnicamente como *vipralambha-sevā*, pero para la mayor parte de los devotos era un concepto teórico. Antes de poder sentir la intensa separación amorosa de Kṛṣṇa, hay que sentir primeramente una intensa atracción por Él. Pero para el alma condicionada, que ha olvidado y abandonado a Kṛṣṇa, y ha venido al mundo material por el hechizo de *māyā*, o la ilusión, la «separación» de Kṛṣṇa se basa en la ignorancia y el olvido completos.

Al venir a la vida espiritual, el neófito comienza a despertar a la existencia real de Dios, a medida que supera los erróneos conceptos ateos. Después, con la práctica, llega poco a poco a adoptar la relación de servir a Kṛṣṇa, al servir a su maestro espiritual. El amor intenso de Kṛṣṇa en la separación es la fase más avanzada, y no es posible que la logre completamente un neófito. Así que el servicio en la separación se había quedado en enseñanza teórica para muchos seguidores de Prabhupāda.

Pero cuando Śrīla Prabhupāda abandonó este mundo y dejó a sus discípulos que continuasen su misión, ellos comprendieron al momento su unión en separación. Él se había ido, pero seguía estando muy presente. Esta comprensión no era una simulación ni un mito, ni tampoco un fenómeno síquico sentimental, telepatía, «comunidad con el muerto», ni nada parecido. Era una realidad completamente sustantiva, práctica, palpable, era un hecho real. Śrīla Prabhupāda les había dado el servicio personal, y entonces debían continuarlo. Prabhupāda seguía estando presente a través de sus instrucciones, y todo el néctar de su relación directa con él, el néctar de la conciencia de Kṛṣṇa que él les había dado y que había compartido con ellos, aún seguía a su alcance.

Para los discípulos de Prabhupāda, el servicio en la separación era, indudablemente, un hecho; de lo contrario, en aquel momento, en el que ellos estaban sin su presencia personal, ¿cómo hubieran sido capaces de mantenerse en la vida espiritual? El hecho de que podían continuar como

antes, aumentar sus sentimientos de devoción, y hasta aumentar su capacidad de servicio, significaba que Śrīla Prabhupāda aún estaba realmente con ellos. Así como la última instrucción de Śrīla Prabhupāda fue la lección de cómo debe morir un ser humano, les enseñaba después, más allá de la muerte, cómo aplicar prácticamente la enseñanza filosófica más elevada del vaiṣṇavismo *gauḍīya*.

Esta comprensión dio a los devotos gran esperanza de que Śrīla Prabhupāda y la vida revolucionaria de la conciencia de Kṛṣṇa que había llevado con él, no habían terminado con su partida. Con frecuencia, cuando muere una gran personalidad, termina su contribución; pero la presencia de Śrīla Prabhupāda permaneció y se extendió, manteniendo la vida de sus devotos. Seguía estando al cargo.

Glosario

Ācārya—aquel que enseña la conciencia de Kṛṣṇa con su ejemplo.

Ārati—ceremonia de adoración a la Deidad del Señor.

Arroz puṣpānna—arroz muy vistoso con trocitos de queso fresco frito.

Āśrama—lugar dedicado a la práctica de la vida espiritual.

Avatāra—(literalmente: aquel que desciende) nombre que se da al Señor Supremo cuando desciende del mundo espiritual al universo material.

Ayurvédico—relativo a la medicina védica.

Bābājī—devoto renunciado, retirado del mundo.

Barfi—dulce obtenido por la condensación de la leche.

Bhagavān—Kṛṣṇa. Aquel que posee plenamente las seis opulencias: belleza, riqueza, fama, poder, sabiduría y renunciación.

Bhajana—música y canto devocionales.

Bhakti-yoga—servicio devocional, unión con el Supremo.

Bhārata-bhūmi—India.

Brahmacārī—monje célibe.

Brahman— la Verdad Absoluta, el Espíritu Supremo; especialmente Su

aspecto impersonal.

Brāhmaṇa—persona inteligente que entiende el propósito espiritual de la vida, y puede enseñarlo a los demás.

Brahmajyoti—refulgencia que emana del cuerpo absoluto de Śrī Kṛṣṇa, y que representa el aspecto impersonal de la Verdad Absoluta.

Cādar—chal.

Caitanya Mahāprabhu—*avatāra* de Śrī Kṛṣṇa de esta era, cuya misión es enseñar el amor por Dios mediante el canto de Sus santos nombres.

Capātī—torta hecha de harina integral de trigo.

Caukīdār—guardia.

Chātāi—hojas de palma entrelazadas.

Dāl—sopa hecha con cierto tipo de legumbre (*dāl*) y especias.

Darśana—audiencia con la Deidad o una persona santa.

Deidad—figura autorizada, genuina del Señor Supremo.

Dhāma—morada del Señor Supremo.

Dharma—religión eterna; principios religiosos.

Dharmaśālā—albergue para peregrinos.

Dhotī—pieza de tela utilizada por los hombres de la India como prenda inferior.

Diwali—fiesta que se celebra anualmente en la India.

Ganja—derivado de la marihuana.

Gauḍīya Maṭh—misión *vaiṣṇava* de Śrīla Bhaktisiddhānta en la India.

Ghī—mantequilla clarificada.

Gośālā—establo de vacas.

Gṛhastha—devoto que vive en familia.

Guṇḍa—bandido a sueldo.

Guru—maestro espiritual.

Gurudeva—nombre cariñoso que se da al maestro espiritual.

Gurukula—escuela del maestro espiritual.

Halavā—dulce hecho con sémola, mantequilla y azúcar.

¡Haribol!—saludo o exclamación que significa: «¡canta los nombres de Hari (Kṛṣṇa)!».

Japa—canto de Hare Kṛṣṇa en privado y en voz baja.

Kacaurís—empanadilla frita, con especias.

Karatālas—pequeños címbalos de mano.

Karma—acción fruitiva, de la que siempre se sucede una reacción, ya sea buena o mala.

Kavirāja—doctor ayurvédico.

Kādhī—ropa de algodón tejida en casa.

Khīr—leche dulce condensada.

Khīcarī—plato sencillo cocinado con legumbre (*dāl*) y arroz.

Kīrtana—glorificación de Dios, especialmente cantando Sus santos nombres.

Kṣatriya—persona ocupada en tareas de administración y protección.

Kurtā—tipo de camisa para hombre.

Laddu—dulce hecho con harina de garbanzo.

Lakh—unidad utilizada en la India, equivalente a cien mil.

Līlā—pasatiempos espirituales del Señor Supremo o de Su devoto puro.

Mahā-mantra—gran canto para la liberación:

Hare Kṛṣṇa, Hare Kṛṣṇa, Kṛṣṇa Kṛṣṇa, Hare Hare
Hare Rāma, Hare Rāma, Rāma Rāma, Hare Hare.

Mandirā—templo.

Mantra—vibración sonora cantada que libera la mente.

Maṭha—misión; organización misionera.

Māyā—energía ilusoria del Señor Supremo.

Māyāvāda—filosofía impersonalista.

Māyāvādī—seguidor de la filosofía māyāvāda.

Mlecchas—Personas que comen carne.

Mṛdaṅga—tambor sagrado de arcilla utilizado en los *kīrtanas*.

Mūrti—Deidad.

Pakorā—verdura rebozada y frita.

Pān—tipo de intoxicante.

Pandāl—gran tienda de lona, por lo general decorada.

Paṇḍit—erudito.

Papaḍs—tortas finas y grandes para freír, hechas de harina de *dāl*.
Paramparā—sucesión de discípulos.
Parikrama—circunvolución a los santos lugares.
Prasādam—alimentos vegetarianos espiritualizados por haber sido ofrecidos ante todo para el placer del Señor Supremo.
Pūjā—adoración siguiendo ceremonias prescritas.
Pūjārī—sacerdote que sirve y adora a la Deidad.
Purī—tortas fritas de harina de trigo.

Rājarsis—reyes santos.
Rāma(candra)—encarnación del Señor Supremo actuando como rey ideal.
Rāma-navamī—día del advenimiento de Śrī Rāmacandra.
Ricksha—vehículo de tracción humana para transporte de personas o cargas.
Ṛṣi—sabio.

Sabjī—plato a base de hortalizas.
Sādhu—persona santa.
Samādhi—tumba o monumento en honor a un gran santo.
Samosā—empanadilla frita de verduras y especias.
Saṅkīrtana—*kīrtana* en congregación o glorificación pública del Señor Supremo.
Sannyāsa—orden renunciada de la vida.
Sannyāsī—aquel que pertenece a la orden renunciada de la vida.
Sārī—vestido típico de la mujer de la India.
Śikhā—mechón de cabello que deja un *vaiṣṇava* cuando afeitado su cabeza.
Śūdra—perteneciente a la clase obrera.

Tilaka—marcas de arcilla sagrada que pone un *vaiṣṇava* en su cuerpo.
Tīrthas—santos lugares.
Tulasī—la planta más sagrada de Śrī Kṛṣṇa.

Upaniṣads—sección de las Escrituras védicas.

Vaiṣṇava—devoto de Viṣṇu, Kṛṣṇa.
Vīṇā—instrumento musical de cuerda.
Vaiṣṇava Gauḍīya—seguidor de Śrī Kṛṣṇa (Viṣṇu) en la línea de Śrī

Caitanya Mahāprabhu.

Vaiśya—agricultor o mercader.

Varṇāśrama—institución védica que divide la población humana en cuatro órdenes sociales y cuatro órdenes espirituales.

Védico—relativo a la cultura humana que se basa en los *Vedas*.

Viṣṇu—primera expansión de Kṛṣṇa con la finalidad de crear y mantener los universos materiales.

Vṛndāvana—ciudad sagrada, hogar de Kṛṣṇa durante Su niñez.

Vyāsāsana—asiento que se ofrece al maestro espiritual.

Yoga—cualquiera de las diferentes disciplinas destinadas a la purificación y comprensión espiritual.

Pronunciación de las palabras sánscritas transliteradas

Las **vocales** se pronuncian aproximadamente como en español, excepto que hay vocales cortas y vocales largas. Estas últimas llevan una raya encima. Las vocales cortas son más breves que en español. Las vocales largas tienen el doble de duración que las vocales cortas, y son como las vocales acentuadas en español. La vocal ṛ se pronuncia **ri**.

Las **consonantes** se pronuncian casi todas como en español, con estas excepciones: cuando van seguidas de una **h** (**kh, gh, ch, jh, th, dh, ph, bh**) son aspiradas, es decir, se pronuncian emitiendo con cierta fuerza el aire de la gargante. La **g** se pronuncia como la **g** de **goma**. La **c** se pronuncia como la **ch** de **chino**. La **j** se pronuncia como una **ll** fuerte. La **y** se pronuncia como la **i** de **ionósfera**. La **l** se pronuncia como la **l** en **sol**. La **ś** y la **ṣ** se pronuncian como una **sh** suave, así como en la palabra **sha**. La **h** es aspirada.

El autor

Satsvarūpa dāsa Goswami nació el 6 de diciembre de 1939, en Nueva York. Fue a la escuela pública y obtuvo el título de Bachelor of Arts en el Brooklyn College en 1961. A continuación, trabajó dos años como periodista en la Marina de los Estados Unidos, y tres años como asistente social en Nueva York.

En julio de 1966 conoció a Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda, y se inició como su discípulo en septiembre de aquel año. Satsvarūpa dāsa Goswami comenzó escribiendo artículos para *Back to Godhead*, la revista del movimiento Hare Kṛṣṇa, de la que más tarde fue redactor jefe. En agosto de 1967, fue a Boston para establecer el primer centro de ISKCON en aquella ciudad. Satsvarūpa dāsa Goswami fue uno de los primeros miembros que Śrīla Prabhupāda eligió para constituir el Consejo de Administración Consultivo de ISKCON en 1970. Permaneció como presidente del centro de ISKCON de Boston hasta 1971, cuando fue destinado a Dallas como director del *Gurukula*, la primera escuela de ISKCON para niños.

En mayo de 1972, día de la aparición de Śrī Nṛsiṃhadeva, se le concedió la orden *sannyāsa* (renunciación) por Su Divina Gracia Śrīla Prabhupāda, y comenzó a viajar por los Estados Unidos, dando conferencias en colegios y universidades. En enero de 1974, Śrīla Prabhupāda le llamó para que fuese su secretario personal y para que le acompañara en sus viajes por la India y Europa. En 1976 publicó *Readings in Vedic Literature*, relación concisa de la tradición védica, que ahora se estudia en diversas universidades norteamericanas. En 1977, Śrīla Prabhupāda le ordenó que aceptase la función de *guru* iniciador, con otros diez antiguos discípulos. Además de su obligación como miembro del Consejo de Administración Consultivo y *guru* iniciador, ha escrito muchos libros incluyendo el *Śrīla Prabhupāda-līlāmṛta*, en varios tomos, y este mismo, *Prabhupāda*.

Las obras de Su Divina Gracia A. C. Bhaktivedanta Swami Prabhupāda

La Bhagavad-gītā tal y como es
El Śrīmad-Bhāgavatam, Cantos 1-10 (veinticuatro tomos)
El Śrī Caitanya-caritāmṛta (diecisiete tomos)
Las enseñanzas de Śrī Caitanya Mahāprabhu
El néctar de la devoción
El Upadeśāmṛta
Viaje fácil a otros planetas
Meditación y superconciencia
El Śrī Īsopaniṣad
Kṛṣṇa, la Suprema Personalidad de Dios
Kṛṣṇa, la fuente de placer
Las enseñanzas de la reina Kuntī
Las enseñanzas del Señor Kapila, el hijo de Devahūti
Vida y enseñanzas de Śrī Caitanya Mahāprabhu
La ciencia de la autorrealización
Más allá del nacimiento y de la muerte
En el camino a Kṛṣṇa
Rāja-vidyā: El rey del conocimiento
Elevándose a la conciencia de Kṛṣṇa
La vida proviene de la vida
La conciencia de Kṛṣṇa: el regalo inigualable
Las enseñanzas trascendentales de Prahlāda Mahārāja
Preguntas perfectas, respuestas perfectas
Revista: De vuelta al Supremo
Geetār-gān (bengalí)

La Biografía Definitiva

Con su Intrépida visión Espiritual, Construyó una Casa en la que Puede Vivir el Mundo Entero

El maestro espiritual más grande de nuestros tiempos enseñó que las personas pueden resolver sus conflictos y vivir juntos en paz y prosperidad únicamente mediante un cambio esencial de conciencia.

«Esta biografía debe estar en todas las bibliotecas académicas y públicas. El autor... escribe con simpatía y equilibrio... presta mucha atención a los detalles, además de incluir extractos de entrevistas tanto de personas «de dentro» como «de fuera». El resultado es una narración, notablemente comprensible y accesible a todo tipo de lector, sobre uno de los movimientos religiosos importantes en y entre América y la India contemporánea... muy recomendado.»

Choice Magazine
Asociación de Bibliotecas Americanas

«Aquí vemos, por primera vez desde los días del Imperio Romano, una religión asiática nueva —mejor dicho, una religión nueva para Occidente— que es seguida por gente de raza occidental y de educación judeo-cristiana. Apareció de la nada en menos de veinte años y se ha hecho conocida por todo Occidente. Según mi opinión es un signo de los tiempos y un hecho importante en la historia del mundo occidental.»

A. L. Basham, Ph. D.
Gran autoridad mundial
en Historia y Religión India.